



BEGOÑA PRO URIARTE

la
DAMĀ del VELO
y el LAUREL



La chanson de los Infanzones II



TTARTALO

Diseño de colección: Unai Arana
Diseño de portada: Juanma Aramendi
Ilustración de portada: *Tristan e Isolda*. 1916, John William Waterhouse
Fotografía de la autora: Clemente Bernad

© Begoña Pro Uriarte
© Ediciones Ttarttalo S.L.

I.S.B.N.: 978-84-9843-622-8
Depósito Legal: SS 129-2015

Editorial Ttarttalo
Portuetxe, 88 bis
20018 Donostia
Tel. 943 310267
ttarttalo@ttarttalo.eus
www.ttarttalo.eus

LA DAMA DEL VELO Y EL LAUREL

BEGOÑA PRO URIARTE

La *chanson* de los Infanzones II

TARTALO

A mi prima Ana Pro Rubio, gracias por tu entusiasmo, tus consejos y tu alegría. Es un honor haber compartido contigo tantos momentos de mi vida y poder seguir haciéndolo.

«Pro Libertate Patria, gens libera state»

«Pueblo libre, permanece en pie por la libertad de la patria»

***Lema de los Infanzones, que hoy luce, entre otros sitios,
en la fachada del ayuntamiento de Obanos y en la
fachada del Palacio de Navarra***



LA DAMA DEL VELO

Año de 1191

In the same month of February [1191], the king of England sent his galleys to Naples, to meet queen Eleanor his mother, and Berengaria, daughter of Sancho, king of Navarre, whom he was about to marry, and Philip, earl of Flanders, who was coming with them. However, the king's mother and the daughter of the king of Navarre went on to Brindisi, where Margarite, the admiral, and other subjects of king Tancred, received them with due honor, and showed them all consideration and respect. The earl of Flanders, however, came to Naples, and finding there the galleys of the king of England, embarked in them and came to Messina, and in many matters followed the advice and wishes of the king of England; at which the king of France being enraged, prevailed upon the earl to leave the king of England and return to him.

The Annals of Roger de Hoveden

En el mismo mes de febrero [1191], el rey de Inglaterra envió sus galeras a Nápoles al encuentro de la reina Leonor, su madre, y de Berenguela, hija de Sancho, rey de Navarra, con quien iba a casarse, y de Philip, conde de Flandes, quien venía con ellas. Sin embargo, la madre del rey y la hija del rey de Navarra continuaron hacia Brindisi, donde Margarite, el almirante, y otros súbditos del rey Tancredo, los recibieron con los debidos honores y les mostraron su consideración y respeto. El conde de Flandes, sin embargo, vino a Nápoles, y encontrando allí las galeras del rey de Inglaterra,

embarcó hacia Messina y en muchos asuntos siguió el consejo y los deseos del rey de Inglaterra; pero el rey de Francia, enfurecido, lo convenció para que dejara al rey de Inglaterra y regresara a él.

Historia de Inglaterra, Roger de Hoveden.

Traducción: Begoña Pro Uriarte

UN DESTELLO AZUL BRILLÓ EN SUS OJOS cuando se completó el nuevo bautismo, en aguas sicilianas, de aquella nave en la que pronto embarcaría con destino a Tierra Santa. Se trataba de una galera majestuosa, de nombre *Trenc-the-mere*, armada en la proa con un grandioso espolón de bronce. Sin perder tiempo, Ricardo subió a bordo, apreciando cada una de las partes de aquel imponente navío de guerra que contaba con dos filas de remeros y gruesos escudos a ambos lados que protegían a galeotes y soldados durante la batalla. Asintió levemente al examinar su castillo de proa equipado con dardos, flechas y fuego griego; igual que el alcázar de la popa, donde se hospedarían los oficiales.

El rey de Inglaterra dio su visto bueno. La gran nave estaba lista después de haber sido llevada a tierra para examinarla y repararla, igual que las otras cincuenta y dos galeras y los ciento cincuenta grandes barcos que formaban la flota de Ricardo I. Muchas de esas embarcaciones se habían llenado de gusanos tras haber permanecido fondeadas en el río Del Faro. Y los invertebrados se habían dado un festín a costa de su madera. Por eso, había sido necesario revisarlas todas.

Ricardo llevaba cinco meses en Messina y solo quedaba un detalle por atajar antes de poner rumbo definitivo hacia Tierra Santa. Saltó a tierra. La mandíbula apretada bajo su barba rojiza se distendió y sus pupilas se centraron en la contemplación de la nave desde la lejanía. Su hermana Joanna se aproximó despacio hasta el lugar donde se encontraba. Se colocó a su lado y miró hacia el mar, observando la majestuosidad de aquella flota desplegada sobre la superficie tranquila y relajada de oleaje. Decenas de mástiles se alzaban hacia el cielo cubierto de nubes.

—Nuestra madre y vuestra prometida han llegado a Nápoles—le informó Joanna, sin apartar la mirada del horizonte.

Ricardo hizo un leve asentimiento y movió sus labios. ¿Quizá el comienzo de una sonrisa? Luego miró a su hermana. Joanna había sido reina de Sicilia

hasta la muerte de su esposo, Guillermo II. Ahora era Tancredo el señor que dominaba aquellos parajes y el hombre con el que Ricardo había tenido que lidiar para liberar a su hermana, a quien había tenido prisionera, y sostener los derechos de su dote.

–¿A quién mandaréis a buscarlas? –preguntó ella, girando por primera vez su cabeza para mirar a su hermano.

El rey tomó aire por la nariz y sonrió.

–Haré llegar dos galeras a Nápoles.

–Eso no contesta a mi pregunta.

–Enviaré a Richard de Camville en el *Pombone* y a William de Forts en el *Fulk Rustac* –estas eran las dos galeras que habían traído a Ricardo desde Marsella, aunque no habían sido capitaneadas por los hombres que ahora iban a asumir el mando.

Joanna esbozó una amplia sonrisa.

–Veo que mi elección os satisface –observó el rey.

–Veo que lo tenéis todo pensado.

Aunque llevaban una semana en Brindisi, todavía se le hacía extraño aquel lugar. El aire tenía otra textura, otro sabor, otro olor; las calles, otros trazados distintos a los que acostumbraba recorrer; las gentes, otros acentos y las comidas, otros sabores. Sin embargo, era delicioso escuchar la llamada del mar que penetraba delicadamente hasta aquel refugio con forma de cabeza de ciervo. Miguel de Grez Almoravid inhaló aire despacio en sus pulmones. Lejos quedaba su casa y atrás aquel mes de septiembre del año 1190 en que la había abandonado.

Estaban allí por invitación expresa del almirante Margarite, que servía a las órdenes de Tancredo, rey de Sicilia. El almirante había puesto especial interés y mimo en agasajar a Leonor de Aquitania y a Berenguela de Navarra y había ido a buscarlas expresamente hasta Nápoles. Su hospitalidad, hasta la fecha, había sido exquisita. Y los placeres que de aquella se derivaban, bienvenidos. La casa donde estaban alojados, cuyo exterior lucía un intenso blanco, era amplia y lujosa. Cuando el sol brillaba, parecía que decenas de destellos se escaparan de ella. Estaba situada en el mejor emplazamiento posible y desde allí se tenía una espléndida vista del mar Adriático.

Miguel bostezó. Había dormido poco aquella noche y lo haría menos en la próxima, aunque por otros motivos. La noche anterior había tenido guardia;

esa, estaba invitado a una fiesta. Salió a la calle. La presencia de navarros y aquitanos no había pasado desapercibida en la ciudad, pero tampoco constituía una novedad importante. Los habitantes de Brindisi estaban acostumbrados a la presencia de cruzados y extranjeros. Recorrió a pie varias calles y entró en el templo de San Juan. Los dos leones de mármol que sujetaban las columnas de la nueva entrada recién construida asistieron impertérritos a su llegada. Miguel penetró en el interior de aquel templo de planta prácticamente circular del que cuidaban los templarios y se hincó de rodillas en el suelo, con la espada desenfundada. Apoyó las manos en su empuñadura y agachó su cabeza hacia ella, mientras oraba en silencio. Alzó los ojos hacia el fresco que tenía enfrente y contempló el Cristo crucificado, de intensos cabellos rojos. Despacio, se santiguó, se levantó y encendió una vela por su hermana. La incipiente llama le retrotrajo a aquel maldito día en que su joven hermana Guiomar había muerto arrollada por un carro, mientras él trataba de protegerla de la vileza de don Yenegro Martínez de Subiza. Abrumado, salió al exterior tras elevar de nuevo una oración en su nombre.

García sonrió al verlo. Lo esperaba recostado en la pared de enfrente, con su pie derecho apoyado sobre ella.

–Sabía que os encontraría aquí.

Miguel se unió a él y le palmeó la espalda. Juntos se dirigieron a la taberna.

–Margarite intenta buscarle una esposa a don Sancho –comentó García, una vez que se sentaron con una jarra de vino en la mano.

–Buena suerte con eso –le contestó Miguel, mientras la boca del otro esbozaba una sonrisa–. No nos imagino protegiendo a otra princesa, de camino a casa.

–Sí, ya hemos tenido suficiente con doña Berenguela –concluyó García.

–Y aún no hemos terminado. Don Sancho no querrá regresar hasta verla casada con él.

–Habláis de él como si fuera innombrable. Sus hombres lo respetan.

Miguel esbozó una mueca, recordando aquel lejano encuentro con Ricardo a las afueras de Pamplona en el que a punto estuvo de perder la vida. Él claro, no Ricardo. Sin embargo, y contra todo pronóstico, no solo había conservado la vida, sino que había terminado siendo prohijado por don Fortún Almoravid, padre de García.

–Querréis decir que sus hombres lo temen –le contradijo Miguel.

García volvió a reírse.

–Lo respetan, lo temen y lo admiran.

–Lo que vos digáis –contestó Miguel algo adormilado por la falta de sueño y el sopor del vino que ya había ingerido–. Debemos regresar –dijo al cabo, poniéndose de pie.

El cielo se estaba cubriendo con su vestido de noche y una única estrella se marcaba sobre el horizonte. El viento traía humedad. Miguel se envolvió en su capa.

–Estáis hecho un blando –apostilló García al ver el gesto de su amigo.

–Creo que me he resfriado.

–Lo que yo decía, sois un blando.

Miguel sacó vehementemente su brazo derecho y lo colocó sobre el pecho de su amigo.

–No os lo toméis a mal. Solo intentaba ser jocosos.

–No es eso. ¡Mirad!

García se detuvo en seco. El viento había arremetido y el mar rugía de fondo. Pero no era eso lo que su amigo le estaba pidiendo que observara. Un poco más adelante se había formado una trifulca. Desde esa distancia y, con la oscuridad cerniéndose sobre sus espaldas, era difícil distinguir los buenos de los malos. Si es que en ese asunto había buenos y malos. La cara de Miguel se puso seria y sus ojos buscaron el significado de lo que estaba viendo, antes de disponerse a actuar. García conocía bien esa mirada. Su compañero de armas se tomaba muy a pecho cualquier tipo de injusticia. Así que apretó los dientes y acercó su mano derecha a la empuñadura de su espada, seguro de tener que hacer uso de ella en breve. Pedir a Miguel que dejara pasar por alto aquella afrenta era como esperar que nevase en pleno mes de agosto en Pamplona.

Lo primero que constató Miguel, al acercarse un poco más, fue que aquella pelea no estaba equilibrada. Cinco atacantes habían arrinconado contra la pared a tres personas.

–¡Eh! –gritó mientras desenvainaba su espada.

Los atacantes no demostraron ningún interés por los recién llegados. Es más, la tenue luz del anochecer aún permitió ver a Miguel su determinación de continuar con su ataque. Los cinco hombres se cerraron más sobre las víctimas. Tampoco los otros parecieron prestar el menor interés por los recién llegados. Un joven salió al encuentro del atacante con una espada corta en la mano, mientras intentaba defender a un anciano y a una mujer cuyas espaldas

habían quedado bloqueadas por las paredes de las casas. No tenían escapatoria. Atacantes y atacados intercambiaron algunas palabras en un idioma desconocido para los navarros. Miguel miró a García, contrariado.

–¡Eh! –volvió a repetir. Pero su voz tan solo captó la atención de la mujer, cuyo rostro, cubierto por un velo, permanecía oculto. Ella les hizo un gesto con la mano, despachándolos, pero los dos caballeros no hicieron caso.

El cabecilla de los agresores dio un paso hacia delante y posó la punta de su espada en el estómago del joven que intentaba defenderse. Este retrocedió unos pasos. Volvieron a intercambiar algunas palabras, después de lo cual, todo ocurrió con la velocidad del rayo. El anciano se movió deprisa y en un abrir y cerrar de ojos se interpuso entre la espada y su sobrino. La pelea empezó ahí y duró unos pocos instantes en los que todo se volvió incontrolable. Al menos, desde el punto de vista de Miguel. Primero intentó proteger a la mujer, pero esta parecía insistir en quedarse. Después trató de ayudar al anciano que, desarmado, amenazó al atacante con palabras y gestos. Por detrás, su sobrino hacía lo posible para que el anciano se pusiera, de nuevo, tras él. Pero su intento, como el de Miguel y el de García, no sirvió para nada. Y cuando la sangre empezó a brotar del cuerpo del anciano, cualquier reacción ya era demasiado tardía. El ruido de pasos, jadeos y metal ahogó el grito de la mujer, quien acudió presurosa junto al anciano caído en el suelo. Después, los sonidos se fueron amortiguando hasta desaparecer.

Miguel salió detrás del último de los atacantes que, antes de irse, había arrancado la bolsa de dinero del hombre herido tras forcejear con la mujer. Mientras, García se acercó con cautela a las víctimas.

–¿Estáis bien? –les preguntó, guardando su arma.

El hombre herido se movió ligeramente. Su primera preocupación fue saber cómo estaba su hija. Ella era todo lo que tenía en su vida, su tesoro máspreciado. No carecía de bienes ni de dinero, pero Roger de Salerno era un hombre de principios y sabía valorar las cosas en su justa medida.

–¿Estáis bien? –volvió a preguntar García, dando por hecho que seguramente no entenderían su idioma. Pero debía preguntar.

El joven se aseguró de que todos los atacantes habían huido antes de acercarse a su tío y a su prima.

–Mi tío está herido. Debo llevarlo a casa.

–¡Habláis occitano! –le dijo el joven, algo confundido.

–Occitano, latín, árabe... Se me dan bien los idiomas –comentó, como si

fuera algo natural, mientras intentaba levantar al anciano.

–Os ayudaré –se ofreció García.

El navarro estaba en esos menesteres cuando Miguel retornó.

–Creo que esto es vuestro –dijo Miguel, devolviendo la bolsa que les acababan de robar.

Roger lo miró, algo confundido, y fue su sobrino quien cogió lo que se le ofrecía.

–Os agradecemos vuestra oportuna aparición –agradeció el joven. Puso tanto énfasis en su frase que a Miguel casi le pareció que fingía.

El de Grez sonrió como única respuesta y desvió su vista hacia la mujer que, silenciosa, contemplaba toda la escena. La oscuridad recién extendida y el velo que tapaba su rostro le impidieron distinguir sus rasgos.

–Soy Alejandro y estos son mi tío, don Roger de Salerno, y su hija, Laraine Sybina –presentó el joven.

–Don García Almoravid –correspondió el navarro–. Y este es mi hermano Miguel.

–Si nos disculpáis, debo llevar a mi tío a que lo vea un médico.

–No podréis solo con él –se ofreció Miguel–. Nosotros podemos acompañaros.

La mujer hizo un gesto negativo con su cabeza. Su primo lo vio claramente, a pesar de ser tan sutil como el roce de la seda pura. Alejandro entendió. Su intención era declinar su ofrecimiento, pero cuando su tío fue a dar el primer paso, no pudo sostenerse. Gracias a que García estaba aún a su lado, si no, habría terminado de bruces en el suelo.

–Mi prima me ayudará –les informó algo nervioso. Sin embargo, para entonces, Miguel ya había tomado a Roger bajo su protección y preguntaba hacia dónde debían dirigirse.

La morada de Roger de Salerno era distinta a cuantas Miguel había conocido y conocería jamás. Estaba llena de color y distintos olores y sabores surgían de cada rincón. Aunque decenas de objetos se multiplicaban en cada una de las estanterías y alacenas, todo estaba ordenado con exquisita pulcritud y buen gusto. Hasta para alguien tan poco observador como los dos caballeros que acababan de entrar, aquella atmósfera tuvo su embrujo significativo. Penetrar en aquel espacio era como atravesar la puerta de un lugar imaginado, soñado, pero jamás real.

En cuanto entraron, dos sirvientes, solícitos, se encargaron de Roger y

todo en la casa empezó a rodar como un engranaje que funciona a la perfección. Los dos navarros sintieron que su cometido allí había terminado y se dirigieron hacia la salida. Sin embargo, la voz de Alejandro los detuvo.

–Mi tío quiere hablar con vosotros antes de que os vayáis –no había notas de placer en su voz.

Miguel y García asintieron con la cabeza y siguieron al joven hacia el interior de la morada. Esperaron en una sala pequeña con cojines en el suelo. Miguel tuvo de nuevo la sensación de estar en un sitio irreal, un lugar que solo cabe dentro de la imaginación de un niño. Incluso los aromas que se respiraban allí le hacían tener la sensación de estar flotando. Un sirviente los obsequió con una bebida fuerte que ninguno de los dos pudo identificar y muy sutilmente les fue sacando algunos datos sobre su procedencia, siguiendo las indicaciones que le había dado Roger. Poco después, Alejandro los acompañó hasta la habitación de su tío y los dejó allí.

Laraine estaba junto a su padre. Parecía alterada. Hablaba fuerte en un idioma desconocido, cuyas palabras parecían interminables. Ni siquiera cuando la puerta se abrió la mujer detuvo su perorata. Esto puso en una situación incómoda a los recién llegados, quienes se disculparon por la interrupción y se ofrecieron a regresar en otro momento. Sin embargo, Roger los conminó a acercarse.

–No podía dejar que os fuerais sin agradeceros lo que habéis hecho por nosotros –Roger hablaba con pulcritud el occitano, aunque con un fuerte acento.

–Ha sido un placer poder serviros –confesó García.

–Un gesto que os honra. Aún así, me gustaría compensaros de alguna manera –les dijo, mientras apremiaba con un gesto a su hija para que le acercara su bolsa de monedas.

–No os lo toméis como un desaire, pero no podemos aceptar vuestro dinero.

Se le veía fatigado, pero su aspecto era bueno y su herida había sido limpiada y vendada con rapidez. Roger sonrió.

–Unos verdaderos caballeros. Quizá alguien podría aprender de ellos –dijo en tono alto. Los dos navarros se quedaron sin saber a quién iba dirigido aquel comentario–. Puesto que no aceptáis mi dinero, espero que admitáis otro tipo de compensación. Mi hija leerá la mano de uno de vosotros.

En cuanto escuchó aquellas palabras, Laraine comenzó de nuevo a hablar

en aquella extraña lengua.

–¿Qué dice? –preguntó con interés Miguel.

–Creedme, joven navarro. ¿Don Miguel, no? Mejor que no lo sepáis –comentó Roger, divertido. Hasta se permitió una pequeña carcajada, pero el esfuerzo le costó un acceso de tos con el consiguiente dolor en su herida.

–¿En qué idioma habla?

–Es el mesapio¹, un viejo idioma que hablaban los habitantes de esta región hace mucho tiempo. Lamentablemente, ahora se ha perdido.

–Extraño lenguaje –dijo Miguel–. No es nuestro deseo perturbar a vuestra hija. Ya hemos causado demasiadas molestias.

–No es ninguna molestia. Mi hija tiene el don de ver ciertas cosas –lo dijo con naturalidad, a pesar de que reconocer tal cosa en público y ante desconocidos podría ponerla en serios apuros.

Miguel tuvo que hacer un pequeño esfuerzo para disimular una gran carcajada que pugnaba por explotar dentro de él. Jamás en la vida se hubiera imaginado que alguien intentara agradecer una acción, leyendo el futuro en la palma de la mano. Fue a girarse, ofreciendo el honor de ver predicho su futuro a su amigo. Sin embargo, este fue más rápido y le dio un empujón que le hizo dar un paso adelante en vez de hacia atrás.

–Veo que ya tenemos un voluntario. Sentaos –le indicó delicadamente Roger a Miguel, mostrándole una silla de terciopelo rojo.

Miguel miró hacia su amigo con el entrecejo fruncido y una mirada que quería decir: «Tomaré merecida venganza». García se encogió de hombros y se apoyó en la pared dispuesto a ser testigo de una escena divertida que, a buen seguro, le haría recordar decenas de veces a su compañero de armas.

–Cuando queráis, Laraine Sybina –le señaló su padre.

Laraine se sentó enfrente de Miguel y tomó sus manos. El pulgar de ella rozó el anillo del leal que el navarro llevaba en el dedo índice de su mano izquierda. Enseguida, Miguel notó su contacto cálido, suave, y aquel nombre fascinante, Laraine Sybina, comenzó a bailar en su mente, repitiéndose como un suave eco. Su piel era tan sedosa que apenas parecía real. Recordó las manos de Blanca, curtidas por su oficio y ni siquiera las de María eran tan delicadas. Sintió como un abrazo y, por primera vez, los ojos de ambos se encontraron. En un instante desapareció todo lugar y espacio. Solo estaban ellos en el mundo. Tras ese primer contacto, Laraine pareció sobresaltarse y echó su cuerpo hacia atrás, como si hubiera visto algo increíble o maligno. El

primer impulso de Miguel fue soltar sus manos, pero ella las agarró con determinación. Las palabras de Laraine sonaron como un susurro agradable. Miguel la miró intensamente. Pero ella ya no lo miraba, sino que observaba las líneas de la palma de su mano derecha y después las de su izquierda, con extrema atención. Sus palabras, extrañas a sus oídos, le hicieron perder la noción del tiempo.

–La fuente de toda vida procede de lejanas tierras. Lucharéis contra las aguas. El destino os maltratará con una traición, pero de ella surgirá el amor más recio y más fuerte que jamás hayáis sentido. De él surgirán dos almas iguales, a la vera de un río. Conoceréis tierras oscuras e infértiles y también pueblos amables. Así será, hasta que la noche cálida me permita envolver la última de vuestras caricias –fue traduciendo el anciano.

Roger se quedó en silencio. Laraine tardó en soltar las manos de Miguel. Cuando el contacto se rompió, el de Grez sintió como si su cuerpo regresara despacio a la silla después de haber permanecido lejos. Fue una extraña sensación que se mantuvo en él durante algún tiempo.

Se levantó algo cohibido. Le pareció que había cierto brillo en los ojos de la mujer y que este se debía a la presencia de lágrimas. Con la mirada de ella aún sobre la suya, sintió su desnudez, su insignificancia. Movié rápidamente su cabeza hacia los lados queriendo sacudirse la sensación y se dirigió despacio hacia la puerta.

–Debemos irnos –dijo desde la entrada, sin poder dejar de mirar a la mujer que seguía oculta tras su velo.

Un extraño aroma se metió en su cabeza, mezcla de rosas y de vainilla, acompañado de cierta sensación de mareo. Fuera, el viento seguía soplando fuerte. Por suerte, su empuje barrió con aspereza aquel aroma que se había incrustado en sus sienes.

–Por un instante he pensado que esa mujer iba a declarar que os quedaban dos días de vida.

–Esta os la guardo –le replicó Miguel, invadido aún de una extraña emoción–. ¡Menuda adivina! Hasta yo puedo componer unas estrofas que parezcan un oráculo. «De lejanas tierras...». ¡Por supuesto que de lejanas tierras! ¿Acaso no venimos de Navarra?

–¿Y lo demás?

Miguel se encogió de hombros.

–Inventado, por supuesto. Casi me arrepiento de no haber cogido el dinero

que nos ofrecía.

–Eso iría en contra de vuestro honor –le dijo palmeando su espalda.

Miguel revolvió entre sus pertenencias en busca de un cinturón con el que sujetar su túnica. Lo encontró entre un par de calzas agujereadas. Desechó estas y desenroscó el cinturón impregnado de cierto olor a usado. El traje que llevaba era el mejor que tenía y, aún así, se veía sustancialmente desgastado. Tantos meses lejos de su casa habían ido disminuyendo el conjunto de sus pertenencias. No es que estas fueran tampoco realmente significativas. Después de todo, y aunque pertenecía al grupo de los infanzones, era hijo de un sirviente. Y su reciente ascenso al grupo de caballeros no le había dado todavía para engordar sus ahorros. A pesar de ello, Miguel estaba de buen humor. Tenía la vida que siempre había soñado, el futuro que siempre había imaginado.

Encontró a Guillermo en la parte de abajo, donde otros caballeros navarros esperaban la llegada de don Sancho y de las damas. Miguel sonrió. Los hombres allí reunidos formaron un corro y charlaron alegremente, hasta que llegaron los Martínez de Subiza. Entonces, la conversación se disolvió en corros pequeños. Las miradas de Miguel y Álvaro se encontraron, suspendidas en el aire lo que tarda en desaparecer un parpadeo. El infanzón movió su cabeza hacia arriba, en lo que quiso ser un rápido saludo. Álvaro le contestó enarcando de manera fugaz las cejas. No hacía mucho, habían sido los mejores amigos que una infancia difícil puede confeccionar y la separación de estamentos se permite burlar. Pero una mujer se había interpuesto entre ambos, debido a la diestra jugada de don Yenegro Martínez de Subiza. Y esa mujer era ahora la esposa de su hijo, Álvaro.

La tensión se disipó con la presencia oportuna del infante. Don Sancho buscó con la mirada a Miguel y este se adelantó hasta su presencia.

–Escoltad a mi hermana a su mesa –le ordenó.

Miguel asintió en silencio y esperó la llegada de doña Berenguela.

–¿Me permitís? –le preguntó a la infanta, en cuanto la vio.

La vista segura y cálida de la mujer se apoyó en sus ojos. Berenguela sabía sonreír con la mirada. Y esa sonrisa especial iluminaba su rostro. Miguel se encontró sonriendo también, sin querer. Berenguela llevaba una capa de terciopelo verde sobre sus hombros. El suave tejido caía delicadamente hasta el suelo, alargando su figura.

–¿Encontráis vuestra estancia aquí de vuestro agrado, señora? –le preguntó él cortésmente.

Berenguela hizo un gesto afirmativo sin dejar de mirar al frente. Miguel tampoco buscó el contacto de sus ojos.

–Brindisi es un lugar acogedor y Margarite no escatima en detalles. Pero anhelo el momento de nuestra partida.

–Y de encontraros con vuestro rey –añadió él.

Berenguela no dijo nada, pero sus labios no pudieron disimular una delicada sonrisa. Su mano libre ascendió despacio hasta el broche con que sujetaba su capa.

–Y de encontrarme con Richartz –repitió con cierto deleite–. Y vos, ¿habéis encontrado grato este viaje?

–Sumamente grato, doña Berenguela.

La infanta asintió con la cabeza, justo en el momento en que el almirante se acercaba para relevar a Miguel.

El grupo de los navarros fue el último en tomar asiento. De todos los que habían partido desde Pamplona, el único que faltaba era Philip, el conde de Flandes, quien esperaba en Nápoles noticias del rey Ricardo de Inglaterra.

El almirante Margarite hizo un gesto con su cabeza y la comida empezó a danzar entre los comensales, llenando las mesas de sabrosos y elaborados platos. Miguel hizo un barrido rápido entre las decenas de invitados. El murmullo de fondo creció a la vez que los primeros bocados llenaban de sabores los paladares. Cerca de Margarite, en una de las mesas principales, se encontraba Alejandro de Salerno. Nada recordaba en él el reciente incidente. Al reconocer a Miguel, levantó su copa brindando por él. El navarro le correspondió con un gesto similar y una sonrisa. Laraine también estaba allí. No habría pasado desapercibida aunque hubiese querido. Su vestido era diferente de cualquier otro. No solo por su color, sino también por su forma y por la clase de tejidos con que estaba confeccionado. Aquella ropa no le sentaría bien a cualquier otra mujer, pero a ella le encajaba como algo intrínseco a su personalidad. Sin embargo, no fue eso lo que llamó la atención de don Miguel. Lo que hizo que fijara la vista en Laraine fue la naturalidad con la que recorrió el velo para llevarse un bocado de manera delicada a la boca, el movimiento sutil de aquellas manos engalanadas de largos y finos dedos y, sobre todo, aquellos ojos profundos cual bóveda negra que dibuja la noche.

–¿Deseáis algo más?

La voz del sirviente sonó alta a su espalda. Giró la cabeza. Una fuente llena de carne se presentó ante él. Miguel aceptó gustoso. Era fácil dejarse arrastrar por el ambiente relajado, por los olores fascinantes y los sabores exóticos. Tras un prolongado banquete, Miguel se sintió saciado y salió al exterior. Apenas había probado el vino, pero se sentía enormemente embriagado.

–Parece que nuestro destino era encontrarnos hoy –le dijo Alejandro, acercándose en aquel instante hasta él.

Caminaba erguido, aunque le pareció que cojeaba ligeramente de su pie izquierdo.

–¿Cómo está vuestro tío?

–Su herida no es grave y mi tío es fuerte. Se recuperará enseguida.

Miguel se fijó en que Laraine se había levantado también y había seguido a su primo. Sin embargo, no se acercó a ellos. Permaneció en la semipenumbra, sola, mientras Alejandro y él charlaban. Su silueta apenas se insinuaba en la oscuridad de la noche. Parecía como si formara parte de ella. Sin moverse, la mujer inclinó su cabeza hacia la izquierda, mientras se volvía a preguntar qué podría haber llevado a aquel joven caballero a arriesgar su vida por unos desconocidos. La primera razón que le había venido a la cabeza había sido el dinero. Después de todo, su padre era uno de los mercaderes más ricos en aquellas latitudes geográficas. Pero Miguel había rechazado la recompensa ofrecida por su progenitor y había devuelto su bolsa robada. Además, era harto difícil que hubiera distinguido en la oscuridad la verdadera identidad de Roger. Laraine advirtió que el joven navarro usaba trajes corrientes y que no había sido sentado entre los personajes ilustres de su reino. Sin embargo, había sido el elegido para acompañar a doña Berenguela hasta su sitio y en su mano izquierda brillaba un anillo de oro, con un pequeño rubí engarzado con absoluta exquisitez. Aquella joya era un trabajo de un joyero experimentado y pulcro en su trabajo. Y eso lo sabía muy bien porque había muy pocas personas en el mundo que supieran más de telas y de joyas que ella.

–Espero que tengamos ocasión de vernos antes de vuestra partida. Se comenta que pronto viajaréis hacia Messina –le dijo Alejandro, antes de regresar a su sitio.

Miguel observó aquella misteriosa pareja. Solo cuando Alejandro llegó a la altura de su prima, esta empezó a moverse.

–¿No os parece extraño? –le preguntó Miguel a García, que llegaba en ese instante con una copa de vino extra para su hermano. Este hizo un gesto interrogativo elevando su ceja izquierda–. Ella –le explicó, moviendo el brazo que sostenía su copa hacia la silueta que se alejaba–. Siempre está sola.

García se encogió de hombros.

–Ningún hombre la ronda. Fijaos en el resto de mujeres. Sin embargo, Laraine permanece atrapada en la sombra de su primo –García sonrió ante la ocurrencia de su amigo.

–Tal vez estén comprometidos.

Miguel arrugó la nariz. Podía ser, pero no le había dado esa impresión.

–¿Sabéis que Roger es uno de los hombres más ricos de Sicilia? –le comentó García.

Esta vez fue Miguel el que se encogió de hombros.

–No sé si llegaré a comprender nunca esa ausencia vuestra de interés por el dinero.

–Nunca he tenido en la bolsa más que unas pocas monedas y nada he poseído de valor.

–A excepción de ese anillo que lucís en vuestro dedo.

–Sabéis mejor que yo que no es mío. Es solo un préstamo. Cuando yo muera otro lo poseerá.

–Espero que eso tarde mucho en suceder.

¹ El mesapio es una lengua muerta que se habló en lo que se correspondería con la actual Apulia italiana hasta la conquista de Roma, alrededor del año 273 a.C.

HERMANOS DE SANGRE

Ricardo, rey de los Ingleses por la gracia de Dios, a todos los que (...) Damos a conocer a todos vosotros todo aquello que asignamos en calidad de dote a Berenguela, esposa nuestra y reina de Inglaterra, duquesa de Normandía y condesa de Anjou: todo lo que poseemos en Vasconia más allá del río Garona: ciudades, castillos, aldeas y todos nuestros dominios, de modo que ella lo tenga y posea en vida de Nuestra madre, la ilustre reina Leonor, y que lo tenga bien y pacíficamente, de forma íntegra y plena, y honorable, del mismo modo en que Nosotros lo tenemos en mano propia. (...) Después de la muerte de Nuestra citada madre, si la dicha esposa Nuestra le sobreviviera, dejará pacíficamente todo lo acabado de citar más allá del Garona y que se le ha asignado, y entonces le asignaremos a cambio en Inglaterra aquello que suele constituir la viudedad de las reinas, esto es, aquello que Nuestro padre, el rey Enrique, asignó allí mismo a la varias veces citada madre Nuestra: en Normandía, nuestro castillo de Falaise y la ciudad con sus dependencias; el castillo de Domfront y la ciudad con sus dependencias, y el castillo de Bonneville-sur-Touque y la ciudad con sus dependencias; en Turena el castillo de Loches con todas sus dependencias y el castillo de Montbazon y la ciudad con sus dependencias; en Maine, Châteaude-Loir con sus dependencias; en Poitou la ciudad de Jaunay con todas sus dependencias, el castillo de Mervent con todas sus dependencias, y Oleron con todas sus dependencias. Todo lo arriba mencionado se lo concedemos y asignamos en calidad de bienes usufructuarios suyos, incluidos sus bosques y todas sus demás dependencias, y queremos que lo tenga

bien y en paz, de forma libre y pacífica, íntegra y plena, y honorablemente. Para que se tenga por rato y estable, redactamos la presente carta de confirmación, que firmamos siendo testigos Yo mismo, el obispo de Evreux, Garnerio de Nápoles, maestro del Hospital de Jerusalén, Andrés de Chauveny, Godofredo de Perche y Roberto de Sablé. Dada junto a Limassol a 12 de mayo, [1191], escrita de la mano del maestro Felipe, clérigo de Nuestra cámara.

<http://berengueladenavarra.blogspot.com.es/2007/03/la-dote-deviudedad-de-berenguela.html>, de Manuel Sagastibelza Beraza
Veterum scriptorum et monumentorum historicorum, t. 1, p. 995-7.

Traducción de Alicia Mª Canto

ÁLVARO SE ASOMÓ por la borda. Ni la fuerza del viento y el arrojito con que el mar golpeaba sobre estribor conseguían tapar los gritos que William de Forts daba a la marinería. El hombre que Ricardo había mandado para recoger a su madre y a su prometida tenía prisa por llegar, así que avivó el ritmo de los remeros. La galera se escoró ligeramente y provocó un vuelco en el estómago del joven. Al caballero navarro no le gustaba navegar. Prefería mil veces cabalgar día y noche sin descanso, a tener que soportar el vaivén de aquel transporte. Aprovechó el relevo de los remeros y se aferró con ambas manos a las protecciones de babor, asomándose entre los escudos que servían de protección a la nave. Necesitaba un poco de aire fresco.

Detrás se escuchaban risas, pero él se sentía tan atrapado en aquel oleaje como lo estaba en su propia vida. Desde hacía tiempo tenía la sensación de que solo era el títere de su padre y aquel viaje no había hecho sino avivar ese sentimiento. Don Yenegro Martínez de Subiza aprovechaba cualquier situación para ponerlo en evidencia. Lo que hacía Terrén Pérez de Eulate siempre era más importante, sus puntos de vista, más objetivos, sus acciones, más acertadas. Era curioso pensar que tenía la vida que siempre había soñado: había sido armado caballero; su padre, por fin, lo reconocía como heredero suyo y estaba casado con la mujer a la que amaba. Sin embargo, se sentía tan solo como si fuera un árbol que hubiera crecido, desubicado, en medio del desierto.

Se giró apretando con su mano la boca de su estómago, en la que sentía una inmensa bola a punto de explotar. Miguel y García reían con otros caballeros

cerca de la proa. Los miró con cierta envidia, especialmente a Miguel. Apretó los labios y agachó la cabeza. Odiaba la frialdad con la que, el que otrora había considerado su amigo, lo había tratado durante todo el viaje; pero odiaba todavía más saber que, a pesar de ese distanciamiento y de esa indiferencia, sería capaz de dar su vida por el mejor amigo que jamás había tenido.

—¡Tierra a la vista!

El grito del vigía revolucionó a la tripulación y distrajo por un instante a Álvaro de la furia interna que lo dominaba. Habían llegado a Messina.

Los pies se hundían en la arena mojada. Ricardo se había descalzado y caminaba deprisa hacia el mar. El viento arrastraba humedad y sal y hacía que las olas rompieran con fuerza en la orilla. El rey se metió en el agua y alcanzó la proa de la pequeña embarcación que traía a su madre y a su prometida. Varios hombres saltaron entonces al mar y ayudaron a Ricardo a frenar el esquife. De manera cortés, tendió la mano a su madre y la condujo hasta un lugar seco. Tras saludarse, Leonor miró hacia atrás e hizo un gesto a su hijo. Este salió al encuentro de Berenguela y la tomó en sus brazos.

—Estaba seguro de que vendríais —le comentó Ricardo cerca del oído.

—No podía perderme la boda del rey de Inglaterra —le declaró ella, sintiendo el calor que desprendía su cuerpo. A sus treinta y cuatro años, Ricardo mantenía intacto el fuego del guerrero que llevaba dentro.

—¿Habéis tenido un buen viaje?

Berenguela sonrió. Aquel había sido un viaje largo, engorroso y no exento de peligros. Habían tenido que improvisar en demasiadas ocasiones y cambiar de planes en muchas otras. Sin embargo, había merecido la pena atravesar los Alpes por el desfiladero de Montgénévre y recorrer Lombardía hacia la costa tirrena. Incluso la espera en Pisa, mientras encontraban un barco que les llevase a Nápoles, había sido gratificante; aunque al final se hubieran tenido que decantar por viajar hasta allí por tierra. Ahora, todo eso le parecía un sueño algo lejano.

—Un gran viaje que se ve recompensado por la vista que ahora ven mis ojos —le confesó, observando la profundidad de sus impenetrables ojos azules.

—¿Vais a dejar de una vez a mi hermana en el suelo? —la voz del infante Sancho arrancó una sonrisa del rostro feliz de Berenguela y una risotada de la garganta de Ricardo.

—Algún día, vuestra hermana me agradecerá haberla alejado de vos —le contestó, sin soltar todavía a su prometida—. Estaré con vos enseguida —le susurró a la infanta, dejándola en el suelo.

En cuanto sus pies tocaron la arena, una mujer joven se acercó a ella. Por detrás, Ricardo y don Sancho se abrazaron efusivamente.

—Vos debéis de ser Joanna —dijo con rapidez Berenguela.

La joven asintió. Se agarraron de las manos y se miraron como si fueran dos personas que no se veían desde hacía tiempo y no como dos desconocidas que se acabaran de encontrar. Joanna y Berenguela se cayeron bien enseguida.

—¡Vamos! —la apremió Joanna—. Quiero que conozcáis a alguien.

Doña Berenguela miró hacia atrás. Su hermano y Ricardo continuaban hablando como solo dos compañeros de armas, dos hermanos de sangre, lo hacen. Las dos mujeres se rieron con ganas, hasta que el carraspeo de doña Leonor las hizo ponerse serias. Luego, continuaron alejándose de la playa.

—Os presento a don Tancredo, rey de Sicilia —dijo Joanna.

La infanta navarra saludó a aquel hombre a quien el poeta Pedro de Éboli llamaba *Tancredulus*² por su pequeña estatura. El apodo le venía como anillo al dedo. Tancredo se interesó por su viaje. El rey de Sicilia no manifestó la tensión que había existido entre él y Ricardo con palabras, pero Berenguela sabía interpretar las actitudes. Y la actitud de Tancredo le decía que, lejos de haber perdonado a Ricardo por irrumpir en sus dominios y declararle la guerra para sostener la dote de su hermana, todavía coleaba cierto resquemor hacia él. Eso, a pesar de que habían firmado la paz e intercambiado regalos. Ricardo le había ofrecido a *Calibum*, la espada del rey Arturo. Tancredo le había obsequiado con quince galeras y cuatro barcos largos que ellos llamaban *ursers*.

A pesar de la efusividad con que Joanna la había recibido, se sintió un poco sola y extraña en la habitación que le habían asignado. Ricardo se había asegurado de que fuera confortable y tuviera buenas vistas, pero era una habitación fría. Se sentó en la cama y se sintió somnolienta. Seguramente, el batir de las olas que se escuchaba desde allí contribuyó a ello. Se asomó a la ventana atraída por aquel sonido. Le gustaba. Era relajante, magnético. Se entretuvo escuchando el sonido hasta que llegó Joanna. Entonces desapareció todo cansancio y cualquier sensación de soledad, barridos de un plumazo. La voz de la hermana del rey acaparó toda la estancia. Hablaba deprisa y las

emociones parecían salirse de su discurso y ocupar el espacio del aire. Eso hizo sonreír a Berenguela. Hablando, Joanna era como el viento. A la vez huracán y brisa; a la vez frío y calor.

—...desnudo. ¿Os lo imagináis? —estaba diciendo Joanna—. Completamente desnudo, en la playa, implorando el perdón del cielo.

La infanta navarra sonrió. Sí, así era Ricardo. Las pasiones bullían en su alma y en su sangre; para lo bueno y para lo malo. Ella lo sabía, lo tenía asumido. No lo pensaba como si eso fuera una carga para su futuro. Simplemente, lo aceptaba.

Habían llegado a Messina, pero todos sabían que aquel no era el final del viaje, sino el punto de partida. Así que nadie se preocupó demasiado por deshacer equipajes o revolver entre sus pertenencias. Aquella era tan solo una breve pausa, un pequeño descanso para dejar un barco y tomar otro. Álvaro siguió los pasos de su padre sin hacer mucho caso de adónde los llevaban. Seguramente la cama donde dormirían sería más cómoda que el catre en el que había sido confinado durante su estancia en alta mar, pero mucho menos que la cama que había tenido la suerte de ocupar en Brindisi.

Álvaro observó cómo caía la noche. El mar se fue oscureciendo, hasta convertirse en una masa tan oscura como el mismo cielo. Solo el ruido suave de las olas recordaba que estaba allí. En Messina todo parecía en orden, pero se trataba únicamente de la tensa calma que precede a la tempestad. El navarro podía olerla, podía sentirla en el ambiente. Incluso si se empeñaba un poco, podía llegar a tocarla con los dedos. La habitación se había quedado tan oscura como la noche. Se arrodilló en el suelo, apoyándose en su espada, y comenzó a rezar. Era una costumbre que no había abandonado a pesar de haber dejado atrás su vida de novicio, primero en el cabildo de Pamplona, después en la cumbre de San Miguel de Aralar, y de su breve estancia en Roma. Una costumbre que llevaba sosiego a su alma y que calmaba su ansiedad, como si se tratara del arrullo de una madre. Una madre que él nunca había conocido, ya que murió tras darle a luz.

La puerta se abrió de golpe haciendo un enorme ruido, pero Álvaro no se movió de su sitio. Cuando oraba, lo hacía con suma concentración. Sabía apartar las inquietudes mundanas.

—¡En el nombre de Dios! —exclamó un molesto Terrén, que acababa de tropezarse con sus pies—. ¿Es que no sabéis encender una vela?

Como Álvaro no le contestó, Terrén se aproximó a él y le golpeó la espalda.

–No se necesitan velas para orar –le contestó él, con calma.

–Pero los demás necesitamos luz para vivir.

–No estabais aquí.

–Vuestro padre tiene razón cuando dice de vos que no tenéis sangre –una ráfaga de impotencia surcó el rostro del joven que escuchaba–. Cuando un enemigo os ataque, ¿qué vais a hacer? ¿Echaros al suelo y orar? Espero no estar presente cuando eso ocurra, porque cubriréis de vergüenza a cuantos estén cerca de vos en ese momento.

–Si todos orásemos más, harían falta menos de estas –dijo, señalando su propia espada.

–No me hagáis reír. ¿Acaso creéis que Dios va a bajar del cielo a ayudaros en medio de una batalla? Sois un caso perdido –dictaminó Terrén, antes de quitarse las botas y recostarse sobre la cama.

Una cena abundante había sido servida en los aposentos privados de Ricardo, solo para él y para don Sancho. Los dos disfrutaban del buen yantar y de la buena conversación. Miguel permanecía en la puerta, recto como una vela, inmóvil como una roca, en posición de guardia. Los pinchazos en su estómago, que habían comenzado nada más empezar a servirse los primeros platos y de que llegaran hasta su nariz los más exquisitos olores, habían desaparecido. Seguía teniendo hambre, pero los primeros momentos de ansiedad ya los había superado.

El infante y Ricardo estaban terminando la cena. Hablaban sin cesar y ninguno había puesto especial interés en que la conversación fuera tan privada como para que Miguel no se enterara de lo que decían. Ricardo retiró el plato del que estaba comiendo. Se sentía lleno. Se echó hacia atrás, satisfecho. El rey de Inglaterra no vivía del pasado, ni siquiera del pasado más reciente y, además, no le gustaba dar explicaciones de sus actos. Pero sabía, muy a su pesar, que en este caso debía ciertas aclaraciones a don Sancho. Sobre todo, si quería que este actuase de guardián de sus territorios mientras durara su aventura en Jerusalén. Y supo que había llegado el momento de las explicaciones, cuando don Sancho le interrogó directamente.

–Y decidme, ¿cómo habéis arreglado vuestros asuntos? –le preguntó el navarro.

–Todo está solucionado con Philip –explicó, refiriéndose al rey de Francia.

Don Sancho se inclinó hacia delante, acercándose a Ricardo, mientras daba el último mordisco al trozo de carne que estaba comiendo.

–¿En qué términos?

Ricardo lo miró fijamente.

–El rey de Francia lo puso difícil. No quería dar su brazo a torcer e insistió mucho en la indisolubilidad de mi compromiso con su hermanastra Aélis.

–Pero vos lo convencisteis. ¿Qué excusa le pusisteis?

–Tan solo le expuse la verdad. Le dije que no podía aceptar a su hermana, porque mi padre la había convertido en su concubina y había tenido un hijo con ella.

–¿Eso le satisfizo?

–¡Es la verdad! ¡No puede hacer nada en contra de la más absoluta de las verdades!

–¿Así que claudicó?

–Antes intentó manipularme. ¿Queréis creer que envió una carta al rey Tancredo diciéndole que yo iba a traicionar la paz que había firmado con él? Al principio no creí a Tancredo. Pensé que era una maniobra suya para enfrentarme a Philip. Pero me enseñó la misiva y me confesó que le había llegado a través del duque de Burgundy.

–¿Lo comprobasteis?

Ricardo asintió dos veces y don Sancho sonrió mientras meneaba la cabeza.

–Supongo que no os molestará si os pido que concretemos los términos de este compromiso. Me gustaría tener vuestra palabra de que Berenguela estará bien asistida en caso de viudedad.

–¿Qué os hace pensar que voy a morir pronto?

–¿Por qué iba a creer que puede morir alguien que va a la guerra y que ha vivido siempre en medio de una? –le preguntó don Sancho.

Los platos de comida se habían vaciado y los dos hombres se miraron fijamente. Miguel pudo sentir unos instantes de tensión en los cuales un silencio irritante ocupó el espacio de las palabras. Por fin, Ricardo soltó una carcajada y don Sancho lo acompañó.

–Berenguela gozará de los mismos privilegios de viudedad de los que

goza mi madre, cuando esta muera. Os lo aseguro. Y si mi madre me sobreviviera, le otorgaré ciertos castillos para que disfrute de sus rentas, hasta que llegue la hora de mi madre.

–Y a cambio...

–Me gusta que nos entendamos tan bien.

Don Sancho esbozó una mínima sonrisa, casi de medio lado.

–Mi madre gobernará todos mis territorios en mi ausencia, pero necesito una mano firme que, llegado el momento, sepa actuar con decisión y vehemencia.

–Supongo que es un buen trato.

–Y... Cisa³. Sabéis que estoy interesado en que Cisa sea parte de la dote de Berenguela.

Don Sancho se echó hacia atrás, apoyando su espalda en el respaldo de la silla. Esperó antes de contestar.

–Supongo... –empezó a decir– ...supongo que podremos incluir los castillos de Rocabruna y San Juan de Pie de Port como parte de la dote de mi hermana.

No era mucho, pero era lo que Ricardo esperaba oír.

–Creo que este pacto se merece un juramento –dijo el rey de Inglaterra con decisión, elevando su copa de vino. Don Sancho alzó también la suya, pero ninguno de los dos bebió. En cambio, ambos caballeros sacaron sus cuchillos y se realizaron un corte en la muñeca. Juntaron los brazos, uniendo sus sangres. Después se separaron despacio. Cada uno de ellos dejó caer algunas gotas en los recipientes. Solo entonces brindaron y bebieron. Hermanos de sangre para siempre.

-
- ² En latín, los diminutivos se forman añadiendo al radical los sufijos –ulus, a, um, –olus, a, um, o –ellus, a, um, –illus, a, um.
- ³ Cisa: Se refiere a los terrenos que coinciden con la actual Baja Navarra y que entonces estaban enmarcados en el ducado de Gascuña-Aquitania pertenecientes a Ricardo. En esos momentos estaban bajo influencia navarra (Martín Chipía fue teniente de San Juan de Pie de Port) por lo que Ricardo insiste en que formen parte de la dote de Berenguela para no perder los territorios, en caso de que el matrimonio con la princesa navarra termine mal.

UN RESCATE ENTRE LAS OLAS

On the fourth day before the ides of May, being the Lord's day and the feast of Saint Nereus, Saint Achilleus, and Saint Pancratius the Martyrs, Berengaria, daughter of the king of Navarre, was married to Richard, king of England, at Limezun, in the island of Cyprus, Nicholas, the king's chaplain, performing the services of that sacrament; and on the same day the king caused her to be crowned and consecrated queen of England by John, bishop of Evreux, he being assisted in the performance of the ceremony by the archbishops of Apamea and Auxienne, and the bishop of Bayonne.

The Annals of Roger de Hoveden

En el cuarto día antes de los idus de mayo⁴, siendo el día del Señor y la festividad de los mártires san Nereo, san Aquileo y san Pancracio, Berenguela, hija del rey de Navarra, contrajo matrimonio con Ricardo, rey de Inglaterra, en Limassol, en la isla de Chipre. Nicolás, el capellán del rey, celebró el servicio del sacramento. Y en el mismo día, el rey hizo que Berenguela fuera coronada y consagrada como reina de Inglaterra por Juan, obispo de Evreux. Le asistieron en la celebración de la ceremonia los arzobispos de Apamea y Auxienne y el obispo de Bayona.

Historia de Inglaterra, Roger de Hoveden.

Traducción: Begoña Pro Uriarte

DOÑA LEONOR HABÍA CUMPLIDO la misión que le había llevado a atravesar medio mundo, así que se despidió con prisa y partió hacia Roma

para visitar al papa. Mientras, en Messina, los barcos estaban siendo cargados y soldados y galeotes comenzaban a ocupar sus lugares. El mar tenía un extraño color gris, a pesar de que el cielo estaba despejado y azul. Y a la brisa le era difícil traspasar aquella masa de embarcaciones que formaban una extraña manta sobre la superficie. Miguel miró a través de la cubierta. Llevaba un largo rato ayudando a cargar el barco, pero sentía la misma excitación que antes de subir a él. Tenía gran interés y curiosidad por ver moverse sobre el mar los varios cientos de buques que se estaban preparando.

Ricardo les había asignado el mayor de sus barcos, una nave de carga. Allí es donde viajarían Berenguela, Joanna y todos los caballeros navarros que acompañaban a don Sancho. Gobernaría el barco el capitán Roger Malche, viceministro del rey. Cuando Berenguela y Joanna subieron a bordo, hacía ya unas horas que Ricardo había partido capitaneando aquella armada y se encontraba ya lejos de ellos, por lo que no acompañó a su prometida ni a su hermana. En su lugar, mandó a Stephen de Turnham para escoltarlas. Si este consideraba o no la misión de su agrado, era algo que quedaba oculto en el rígido rictus de su cara. Miguel se sintió molesto con él desde el primer instante. En su afán de protección, iba tan pegado a las damas, que casi parecía formar parte de su sombra en vez de ser su escolta. En cuanto el barco se alejó lo suficiente como para hacer desaparecer todo rastro de tierra en el horizonte, ambas mujeres se metieron en sus camarotes. Stephen de Turnham se quedó haciendo guardia en la puerta. Miguel se preguntó si sería capaz de dormir de pie allí toda la noche. Claro que si se lo había mandado Ricardo...

—¿Por qué sonreís así? —le preguntó García, que estaba a su lado.

Miguel movió su cabeza en dirección al caballero.

—¿No os parece exasperantemente frío?

—¿Acaso preferís al conde de Flandes?

—No es eso. Nunca me ha gustado Philip. Siempre me ha parecido alguien para quien es difícil mantener sus lealtades. Sirvió a Ricardo, pero a la primera de cambio, se escapó en pos de Felipe Augusto de Francia.

—El conde de Flandes es por ley vasallo del rey de Francia.

Miguel meneó la cabeza. Suspiró.

—Sin embargo, acompañó a doña Leonor hasta aquí.

—Tal vez...

Miguel elevó la mano. Era inútil discutir por una tontería así. Los dos amigos se volvieron a contemplar el mar. Los compañeros de las

embarcaciones cercanas hacían señas y saludos.

–¿Habíais soñado alguna vez con estar tan lejos de casa? –le preguntó García.

–A veces, cuando era pequeño. Soñaba con que el Runa⁵ se convertía en un ancho y profundo río por el que barcos tan grandes como este navegaban desafiando a la corriente y llegaban al mar.

García sonrió.

–¿Y vos? –le preguntó su amigo.

El heredero de los Almoravid meneó la cabeza negativamente.

–Lo cierto es que no he tenido mucho tiempo para soñar. Estaba demasiado ocupado aprendiendo lo que un Almoravid debe ser.

Miguel asintió justo en el instante en que el cielo se cubrió de grandes nubes grises. De improviso, fuertes ráfagas de aire barrieron la cubierta. La mar se encrespó. El horizonte dejó de ser una línea recta para convertirse en devoradoras bocas marinas. El barco se balanceó bruscamente y los aparejos comenzaron a moverse de lado a lado. Los sonidos son distintos en el mar. Miguel ya lo había sentido antes, pero ahora se habían convertido en una risa histriónica que ponía los pelos de punta. El movimiento se hizo cada vez más continuado y más virulento. El barco dio bandazo tras bandazo. Las voces del capitán intentaron hacerse oír por encima de los demás sonidos. Salían fuertes de su garganta, pero pronto quedaban ahogadas, tragadas por la furia con que el aire empezaba a gobernar.

–¡Sujetad los enseres! –gritó Roger Malche.

Miguel y García se apresuraron a obedecer, aunque la orden no iba expresamente dirigida a ellos. El viento que antes barría la cubierta dejó paso al agua. Esta llegaba como si alguien estuviera lanzando enormes cubos sobre ellos. Miguel escupió agua salada. Los ojos le escocían. El cielo, cada vez más lleno de nubes, enviaba sombras de furia sobre la armada desplegada en medio del mar.

El viento empujaba la superficie, provocando olas cada vez más gigantescas. El barco se escoraba continuamente. Una ola empujó a Álvaro haciéndole caer de bruces sobre cubierta, encima de su propio vómito. Maldijo en silencio. Era imposible sostenerse sobre aquella superficie tan resbaladiza. Ironías del destino. Ahora ya no sentía mareo, aunque sí un terrible temor a que un golpe de mar lo arrojara por la borda. El mar gris se tornó negro, devorador. Y las nubes corrían por el cielo como sombras que

querían tragarse a las embarcaciones. El peor de los miedos atrapó su cuerpo. No aquel que nos pone alerta, sino el otro, el que paraliza cada célula de tu cuerpo. Sus ojos grises se quedaron abiertos, tan grandes como dos lunas cubiertas de cenizas. Aunque su experiencia como navegante se reducía a dos pequeños trayectos cortos sobre un mar en calma, nadie tuvo que decirle que aquel enorme barco estaba a merced de la furia marina y del viento.

Roger se agarró al timón con fuerza. Era el único que parecía sostenerse entre la vorágine desatada. Los relámpagos dejaban ver su silueta claramente, escupiendo órdenes igual que agua. También era mala suerte que aquella tormenta se hubiera topado con ellos, pero no era Roger Malche hombre que se dejara vencer. Dispuesto a desafiar a los elementos, siguió gritando órdenes, mientras trataba de esquivar tanto las olas como los barcos que se le venían encima, arrastrados por la tempestad. Conduciría sanas y salvas a doña Berenguela y doña Joanna, o dejaría de llamarse Roger Malche.

Álvaro observó los movimientos seguros del capitán sobre el timón. Lo único que el navarro podía mover eran sus pupilas y estas cada vez identificaban menos cosas. Una caja se le vino encima. Eso le hizo reaccionar. Al menos, su instinto de supervivencia seguía funcionando. Intentó bajar a la bodega del barco. No tenía ni idea de si eso era una buena elección o no y primero tenía que recordar por dónde debía hacerlo. A gatas, por fin, empezó a moverse.

García y Miguel intentaban amarrar los aparejos que, increíblemente, parecían haber cobrado vida y querer atacarlos. Miguel se preguntó si no sería mejor lanzarlos por la borda. Hizo así con alguno de ellos. La oscuridad era cada vez más gruesa y las formas habían desaparecido. Lo único que restaba era quedarse quieto y rezar para que ninguno de esos objetos animados quisiera llevarse sus vidas. García no tuvo suerte. Su mano se soltó de la cuerda a la que se había sujetado y su cuerpo resbaló sin control. El siguiente relámpago permitió ver a Miguel la caída de su compañero. Lo llamó, pero un trueno se tragó su voz. Miguel estudió sus posibilidades, pero se encontraba en un medio desconocido. Se fue a soltar para asistir a su amigo, sin embargo, un fuerte golpe en la cabeza le hizo perder contacto con la realidad. Poco después, lo peor de la tormenta llegó sobre ellos.

Un graznido desconocido y extraño le hizo abrir los ojos a Miguel. Una fina lluvia caía sobre su rostro y el barco se balanceaba suavemente

golpeando las rocas. Una vía de agua se había abierto en la bodega, pero ya no afectaba a la nave encallada. El joven se incorporó lentamente y un pinchazo agudo traspasó su cabeza. El único recuerdo de la tormenta eran unos relámpagos lejanos que zigzagueaban a lo lejos sobre la superficie del mar y esa fina lluvia que persistía molesta. Tenía los oídos taponados y los sonidos llegaban hasta él amortiguados y lejanos.

—¿Dónde está el capitán? —le preguntó un soldado desconocido atronando sus tímpanos.

Miguel meneó la cabeza, lo que le provocó un nuevo relámpago de dolor en su interior. Parpadeó varias veces intentando enfocar lo que tenía delante, mientras hacía una valoración interna de sus propios daños. Tenía varias contusiones, pero, milagrosamente, todo parecía estar en su sitio. El barco mostraba un gran agujero en la popa, justo en el sitio en el que se había estrellado contra las rocas. Pero, por lo demás, parecía intacto. Se encontraban encallados en una pequeña ensenada de un lugar desconocido. Miguel se golpeó los oídos intentando sacar el agua que había quedado estancada allí. Todos los sonidos seguían reverberando en sus orejas. Se puso de pie.

—¿García? —preguntó al vacío. Su propia voz sonó extraña.

Recordó haber visto desaparecer por la cubierta a su compañero. Miró en la dirección en que lo había avistado por última vez. Caminó despacio. Había perdido las botas y el contacto con la madera mojada y húmeda le provocó un escalofrío.

—¿García? —volvió a cuestionar, haciendo un barrido con los ojos.

Le pareció escuchar un quejido, pero era difícil asegurarlo con certeza. Se acercó a babor alertado por la visión de una mano. Removió varias tablas y dejó al descubierto un cuerpo inerte, inmóvil, muerto. Suspiró con alivio al certificar que no se trataba de García. Por un instante se temió lo peor. Su amigo bien podía haber sido lanzado a la furia del mar. Se giró bruscamente y caminó hacia estribor. Removió varias cajas. Entre ellas apareció el cuerpo de su amigo. Miguel tocó su pulso. Su corazón latía débilmente. Lo agarró con fuerza y lo tumbó de costado. Empezó a golpearlo en el pecho, más por desesperación que por saber lo qué hacía. De repente, un chorro de agua salió a presión por su boca y García empezó a toser. Miguel se sentó a su lado, cubierto de una rara sensación de alivio. Su amigo le palmeó la espalda justo en el momento en que Álvaro llegaba junto a ellos.

–Don Sancho quiere que nos juntemos todos –el joven hizo una pausa dramática–. Doña Berenguela y doña Joanna no aparecen. El acceso a su camarote ha quedado bloqueado. Y hay una grieta en el barco que amenaza con partirlo.

La rara sensación de alivio se tornó en un anhelo desesperado. Los tres jóvenes corrieron por la cubierta. Don Sancho y Miguel cruzaron miradas. Miguel asintió varias veces y saltó por la borda. García frunció el entrecejo.

–¡Qué demonios...!

Se asomó. La altura casi le dio vértigo, pero cerró los ojos y saltó, maldiciendo haber conocido a Miguel. Pero eran compañeros de armas, hermanos de sangre, y la suerte de uno era la del otro.

–¿Qué se supone que buscáis? –preguntó García, flotando cerca del agujero del casco.

–El barco tiene una gran brecha en la popa. En ese lugar viajaban las dos damas.

–Pero no tan abajo.

–Ya que no se puede acceder hasta su camarote desde arriba, probaremos desde abajo.

Los dos hombres se dejaron llevar por las olas. Estas no eran muy fuertes, pero debían ser cuidadosos para no estrellarse contra las maderas astilladas. El agua estaba fría y después de tantas horas mojados, lo último que apetecía era continuar a remojo.

–¿Dónde creéis que nos encontramos? –preguntó Miguel.

–Si hemos tenido suerte, en Creta.

–¿Y si no?

–Puede que esto sea Chipre.

–¿Y eso es malo?

–Dicen que Chipre está gobernada por un déspota llamado Isaac Komnenos.

–Doña Berenguela y doña Joanna serían un buen botín para ese tal Isaac. Recemos entonces por que esto sea Creta y no Chipre. Por aquí –le dijo, metiéndose en las tripas del barco. La parte de la popa estaba muy dañada. Como era un barco muy grande, apenas suponía una parte pequeña de todo él. García y Miguel no tuvieron ninguna dificultad para avanzar juntos. La luz se hizo más tenue dentro y una pequeña corriente se empezó a sentir justo entre las piernas. Algo rozó el pie de García.

–¿Habéis sentido eso?

–Parecía un pez –dijo Miguel restándole importancia, aunque bien podía ser un cadáver o algún miembro descuartizado.

Avanzaron hacia el interior. Pronto empezaron a flotar distintos objetos a su alrededor. Los dos jóvenes los fueron apartando con cuidado, hasta que Miguel agarró fuertemente a García por la mano.

–¿Qué ocurre? –le preguntó este, que a esas alturas no estaba para sobresaltos de ningún tipo.

–Mirad.

Los dos contemplaron un cuerpo que flotaba un poco más adelante. Tragaron saliva.

–Parece que se trata de un hombre –dijo García intentado tranquilizarse.

Se acercaron sigilosos. El ruido del agua era apenas un susurro allí adentro.

–¡Es Roger, el capitán! –exclamó García totalmente sorprendido.

–¡Pobre diablo! Hubo un momento, entre la tormenta, en que pensé que el capitán era el mismísimo demonio al mando del timón.

–Al parecer, sabía lo que hacía. Nunca he visto una tormenta semejante.

–Y espero no volver a ver otra así nunca más –apostilló Miguel.

–¿Qué hacéis? –preguntó el heredero del clan Almoravid, al ver que su hermano manipulaba el cadáver.

–Su sello real –le comunicó, a la vez que trazaba una cruz sobre su cabeza y cerraba sus párpados–. Nos servirá de testimonio de su muerte. No podemos subir su cuerpo al barco.

El camino se cortó un poco más adelante.

–¿Y ahora? –preguntó García.

Su compañero miró hacia todos los lados.

–Subamos –dijo muy convencido.

–¿Cómo?

–Escalando.

Miguel se subió a los hombros de su amigo y, después de varios intentos, logró asirse a un travesaño que le pareció seguro.

–Ahora vos –le conminó.

–Dudo que pueda alzarme lo suficiente como para asirme a vuestra mano. Seguid vos mientras yo busco algo sobre lo que pueda subirme.

Miguel llegó a una especie de piso superior. No estaba muy seguro de

dónde se encontraba, así que decidió seguir su instinto. La luz era escasa, pero todavía se distinguían bien las formas y los colores.

–¿Hola? –llamó–. ¿Hay alguien?

El agua regalaba un suave gorjeo. La superficie se movía mansamente, desprovista de cualquier furia.

–¿Doña Berenguela? ¿Señora? ¿Estáis ahí?

Miguel continuó avanzando a tientas. La humedad y las vías de agua que se escurrían sobre su cabeza dificultaban los pasos. A lo lejos se escuchó una tos, o eso le pareció a Miguel. Intentó correr, pero un resbalón inoportuno le previno de seguir intentándolo. Se quedó quieto, buscando el origen del sonido. Todo parecía en calma. Cerró los ojos. Su mente fue separando y clasificando los sonidos hasta dar con el que buscaba. Pero no era una tos, sino unos golpecitos. Con más seguridad, al saber de dónde provenían, el infanzón buscó la mejor manera de aproximarse.

–¿Hola? –volvió a repetir mientras los golpes llegaban cada vez más nítidos. Miguel pegó su rostro a la madera y entonces escuchó una voz.

–¿Quién sois?

–¿Doña Berenguela! ¿Sois vos? –preguntó Miguel, intentando que su voz no delatara alarma alguna–. Soy don Miguel Almoravid.

–¡Don Miguel, gracias a Dios!

La parte fácil estaba hecha, pero ahora quedaba lo más complicado: intentar sacarlas de allí. Al parecer, ninguna de las dos mujeres estaba herida, pero lo difícil iba a ser remover la madera para abrir un hueco lo suficientemente grande que permitiera su paso. Y todo eso contando únicamente con los puños. Sin embargo, eso no retrajo a Miguel. Enseguida se puso manos a la obra. Extrajo una tabla pequeña después de bastante trabajo. No era mucho, pero esa madera le sirvió para ayudarse a romper otras. «Me vendría bien García», pensó mientras trabajaba.

García, mientras tanto, apilaba algunos de los enseres que flotaban a su alrededor, pero era difícil lograrlo sin una base firme sobre la que asentarlos. Así que decidió cambiar de táctica. A partir de ahí, trató de rescatar el mayor número de cajas que encontró y las empezó a pegar a la pared de aquel cascarón, para intentar hacer una escalera.

Unos pies más arriba, Miguel había abierto ya un agujero del tamaño de dos cabezas. A través de él vio a las dos mujeres encogidas en un pequeño habitáculo. Examinó el interior mientras trataba de hacer más grande la salida.

El suelo parecía haberse abierto y aguantaba en un peligroso equilibrio. Cualquier movimiento podía hacer que todo se desplomara.

–¡No os mováis! –les indicó, iniciando él un movimiento suave. Un pequeño crujido lo alertó sobre el estado de la madera que acababa de pisar. Rectificó y buscó otro sitio por el que pasar. Entonces se dio cuenta de que parte del techo se había derrumbado y que el camarote había quedado reducido a menos de la tercera parte de lo que había sido. La puerta estaba bloqueada.

–¿Estáis bien? –volvió a preguntar para asegurarse y para escuchar la voz de las dos.

Berenguela fue la primera que contestó, su voz temblaba ligeramente, pero se mostraba segura en sus afirmaciones. Joanna contestó con un simple sí.

–Tendréis que pasar de una en una.

Hubo cierta vacilación a la hora de decidirse. Al final, Joanna fue la primera en salir. Miguel le tendió la mano y ella la asió con fuerza. Sus ojos azules se clavaron en los de él y Miguel sintió el peso de la mirada Plantagenet que tan bien conocía. El navarro contuvo la respiración mientras Joanna se acercaba a él.

–No miréis abajo –le dijo suave, aunque firmemente.

La siguiente parte del camino no era fácil. Miguel dejó que la mujer se agarrara a su brazo y comenzó a deslizarse muy despacio, desandando el camino que había seguido hacía unos momentos. El movimiento del agua enviaba reflejos hacia arriba, contribuyendo a la desagradable sensación de inestabilidad. Miguel dejó de lado esa impresión y se concentró en su cometido. La última parte del trayecto fue más sencilla y la realizaron con más rapidez. Cuando se asomaron al lugar donde esperaba García, este había logrado apilar un considerable conjunto de objetos y su escalera iba creciendo.

–¡García! –llamó Miguel.

–¡Gracias al cielo! –clamó este al ver a su compañero—. ¿Y doña Berenguela?

–Sana y salva. Debo volver a por ella.

–Yo me ocuparé de doña Joanna. Regresad a por la infanta.

Miguel acompañó a la hermana de Ricardo hasta la improvisada escalera de García.

–Os descolgaré para que don García pueda alcanzaros –le dijo.

–¿Estáis seguro?

–Por supuesto, señora.

Aquello no fue una mentira estrictamente hablando, sino la expresión de un convencimiento. Sin embargo, eso no evitó que, durante los siguientes instantes, la posibilidad de que la dama se escurriera de sus manos pasara por su mente. Joanna se agarró de las muñecas de Miguel antes de dejar el peso de su cuerpo a merced de la fuerza y de la destreza del infanzón. Miguel sintió un latigazo que tiró de sus hombros cuando tuvo que sujetar a la mujer. Apretó fuertemente la mandíbula buscando fuerzas y entonces se percató de lo cansado que se encontraba y del frío que habían cogido sus huesos. Pero si en algún momento no debía dejarse llevar por la incomodidad de su estado, ese era aquel.

–¡La tengo! –dijo García sujetando por la cintura a Joanna.

La mujer sonrió solo a medias. Descender por aquella improvisada escalera iba a requerir suerte y toda su concentración.

Miguel suspiró aliviado. Sin perder más tiempo se dirigió adonde aguardaba la infanta. Los músculos de sus brazos estaban tirantes y sin fuerza. Intentó desentumecerlos agitándolos de arriba abajo. Fue entonces cuando sus dientes empezaron a castañear.

–¿Doña Berenguela? –interpeló, intentando esconder el temblor de su mandíbula–. Es vuestro turno.

Una sombra se movió al fondo.

–Estoy preparada –escuchó.

–Iré despacio hacia vos.

Miguel caminó lentamente. La madera crujía bajo sus pies y parecía dispuesta a quebrarse en cualquier momento. El infanzón alcanzó el brazo de Berenguela y esta despegó su espalda de la pared y asió la mano que se le tendía. La infanta se agarró a su hombro y comenzaron a deslizarse.

–Debéis tener cuidado. El suelo está resbaladizo y la madera no parece demasiado segura.

Nada más decir esto, el tablón sobre el que acababa de pisar Miguel se partió. Entre ellos y el siguiente madero quedó abierto un hueco del tamaño de un brazo largo estirado.

–Tendremos que saltar –evidenció él–. Yo seré el primero.

Miguel saltó sin dificultad, pero un crujido le advirtió que aquel trozo tampoco era demasiado seguro. Se preparó para recibir a la infanta.

–Mirad a mis ojos, no hacia abajo –le pidió él.

Berenguela tomó impulso y saltó. Lo hizo con tanta fuerza que casi vence a Miguel, a pesar de estar preparado para recibirla. Por un momento temió perder el equilibrio, pero después de inclinarse hacia el otro lado, todo pareció controlado. Siguieron adelante. El sonido del mar se escuchaba ahora con nitidez. Parecía en calma, pero su furia permanecía plenamente consciente en la cabeza de Miguel.

La escalera que había improvisado García había quedado inoperativa, después de que los objetos que formaban la parte más alta hubieran caído al agua, al bajar Joanna por ellos. Así que tuvieron que buscar otra salida.

–Tendremos que saltar –le indicó Miguel.

La distancia en sí no era demasiada. Sin embargo, Miguel no sabía con certeza cuánta agua restaría bajo sus pies una vez que hubieran saltado.

–Perdonad mi atrevimiento, señora, pero quizá, solo quizá... y con esto no quiero decir que lo tengáis que hacer, pero, seguramente, será más seguro para vos si os quitáis parte de la ropa que lleváis. Si no, el peso os podría arrastrar hacia el fondo.

Berenguela asintió. Sus hermosos ojos castaños lo miraron con delicadeza y firmeza.

–Necesitaré de vuestra ayuda –le confió, girándose para que él pudiera proceder tirando hacia arriba del brial⁶.

Los dedos de Miguel parecían los de un gigante que intentara jugar con un hilo y sus manos frías multiplicaban su torpeza. Las apartó del cuerpo de ella, intentando controlar el temblor que sentía.

–¿Es demasiado complicado para vos? –le preguntó ella–. Os creía un hombre de más mundo.

Miguel sintió calor en sus mejillas al ruborizarse. ¿Se estaba burlando la infanta de él?

–Solo tenéis que tirar...

–Disculpadme. Es solo que tengo las manos entumecidas, pero encontraré el modo.

–¿Qué pensáis de Ricardo? –le preguntó la infanta, mientras Miguel procedía.

–¿Disculpad?

–Os he preguntado qué pensáis de Ricardo.

Miguel se sintió totalmente aturdido por lo inesperado de la pregunta.

–Es el comandante a quien todos desean servir, el hombre a quien todo soldado seguiría incluso al infierno. No hay duda de que el valor corre por sus venas, pero...

El infanzón se detuvo. No estaba muy seguro de si debía seguir.

–¿Pero...?

–Es solo que...

–¿Qué? –insistió ella–. ¡Hablad! Quiero sinceridad por vuestra parte. ¡Es una orden!

–Ricardo es el líder al que sin duda seguiría sin titubear, pero no es el hombre al que entregaría a mi hija, salvo que no me importara verla convertida en una joven viuda.

–¡Don Miguel! –le regañó la infanta–. ¿Cómo os atrevéis a hablar así?

–Habéis pedido sinceridad –se excusó, en voz baja.

–¿Acaso no sois vos igual? ¿Dejaríais vuestras obligaciones por el placer?

–El matrimonio también conlleva unas obligaciones.

Miguel apartó delicadamente el brial a un lado. Libre de su vestido, la infanta se volvió hacia don Miguel. El reflejo del agua enviaba sombras y luces sobre su rostro perfecto y hacía brillar su tez bañada aún de sol navarro. Miguel se quedó mirándola como extasiado. En ese momento no parecía existir otra cosa en el mundo. El mar se agitó inesperadamente bajo sus pies. Pequeños corros de espuma golpearon suavemente en la madera rota.

–Estoy lista –proclamó ella, olvidada ya la conversación que acababa de tener lugar.

Miguel asintió, saliendo de su ensoñación. La sonrisa había desaparecido del rostro de la dama y Miguel se sintió desnudo, como si ella hubiera podido leer sus pensamientos.

–A la de tres –le dijo Miguel, sin demorar más el salto. Sin preguntar, tomó su mano y tiró de ella. Un viento cálido rodeó sus cuerpos mientras caían. Cuando el peso de ambos dejó de arrastrarlos hacia el fondo, Miguel empujó de los dos hacia la superficie. Con su temple habitual retomado, intentando olvidarse del frío que atenazaba sus músculos, apretó los dientes y nadó hacia la salida. Lejos de dejarse llevar por el pánico, la infanta contribuyó empujando ella también con sus pies.

No hacía mucho rato que Joanna y García habían sido izados a la cubierta. Decenas de hombres miraban ahora a las aguas por donde debía aparecer Miguel. La tensión se palpaba en el ambiente. Con el rictus serio,

sobresaliendo entre ellos, don Sancho escrutaba el horizonte apenas sin parpadear. García estaba a punto de volver a tirarse al agua cuando un grito lo detuvo.

–¡Allí!

Todos miraron en la dirección que marcaba el dedo. Un suspiro de alivio generalizado recorrió la cubierta. Pasó un largo rato hasta que Miguel pudo pisar sobre suelo firme. Sentado, apoyada su espalda sobre los escudos de babor, miraba de reojo al corro que se había formado en torno a la infanta. Trataba de asegurarse de que estaba bien. A su alrededor, el agua que se escurría de su pelo y de su ropa había formado un pequeño charco. Recibió con gratitud la manta que García echó sobre sus hombros, aunque fue incapaz de controlar el castaño de sus dientes. Don Sancho lo buscó con la mirada a través de los cuerpos que separaban a ambos e hizo un movimiento de asentimiento con su cabeza. Era su forma de agradecerle la acción.

–Recordadme que nunca vuelva a seguiros en ninguna de vuestras alocadas aventuras.

Miguel comenzó a toser.

–¿De qué os quejáis? –le preguntó aún con algo de tos–. ¿Acaso no os he convertido en un héroe? ¡Habéis salvado a la hermana de Ricardo!

García lo miró con cierta incredulidad.

–No sé yo, pero vos estáis lejos de parecer un héroe. Más bien, un muerto andante constipado –García parecía serio al decirlo. Quería parecer ofendido, pero no lo consiguió del todo.

–Hemos salvado a la hermana y a la prometida de Ricardo –le recalcó.

–¡Ah! Ahora me lo explico todo. Lo habéis hecho para impresionar al rey. ¿Creéis acaso que os tomará a su servicio esta vez?

Miguel bajó la cabeza y se encontró de frente con el anillo que llevaba en el dedo índice de su mano izquierda.

–Yo ya tengo un rey al que servir.

–Todavía no es rey.

–Pero lo será –dijo Miguel pensativo. Se pasó la mano por el cabello que caía sobre sus hombros y se decidió a acercarse a don Sancho para darle el sello que habían encontrado.

Un murmullo interrumpió la conversación de los dos amigos.

–¿Qué ocurre? –preguntó Miguel con curiosidad.

García se levantó y ayudó a su hermano a hacerlo también. Se asomaron

por la cubierta. En medio del mar, entre los barcos que habían varado en la costa, varios hombres discutían de barca a barca. Ni Miguel ni García, educados tierra adentro, entendían qué estaba ocurriendo, pero era patente que la tensión crecía en torno a ellos.

De todos era conocida ya la muerte del capitán. Miguel había entregado su sello real a don Sancho. «¿Estáis seguro?», le había preguntado muy serio el infante. Miguel había afirmado con un lacónico sí. Y ahora, el infante era uno de esos hombres que discutían en una de las barcas.

–¿Qué es lo que está pasando? –quiso saber García.

Un marinero, a su lado, con su piel vencida por el mar, la sal y el sol escupió sobre la cubierta. Torció el gesto antes de hablar.

–Mal asunto –murmuró entre dientes–. Tendremos que atrincherarnos en la nave. Isaac Komnenos ha declinado darnos asilo –el marinero volvió a escupir y Miguel miró con cierto desmayo a su amigo.

«¿Ha dicho Isaac Komnenos? –se repitió el navarro para sí–. Así que, después de todo, estamos en Chipre».

El día estaba declinando cuando don Sancho regresó al gran barco. Miguel aún seguía temblando y su tos cada vez era más persistente y repetitiva. Le empezaba a doler el estómago. Las noticias que trajo el infante no hicieron sino confirmar las palabras del marinero. Isaac se había negado a darles asilo y les había dicho que cualquier intento de bajar a tierra sería respondido con fuego. A bordo se produjo un pequeño revuelo. Además, con el capitán muerto no estaba muy claro quién estaba al mando en aquella embarcación. Lo último que quería don Sancho era entrar en una batalla interna por ver quién debía dar las órdenes. Así que se reunió en privado con Stephen de Turnham. Miguel observó desde la distancia cómo ambos hombres se metían en el castillo de proa. El alcázar de popa había quedado en muy malas condiciones. Nada trascendió de lo hablado y por la nave se extendió una tensa calma tan espesa como una densa niebla. Pasó largo rato hasta que el infante se dejó ver en cubierta. Para entonces, la noche había empezado a extender su manto sobre ella. El horizonte de la isla se hizo borroso y tan solo unas luces lejanas titilaban tímidamente. El balanceo del barco era continuo, aunque suave. Cuando don Sancho llamó a sus hombres, Miguel tuvo otro acceso de tos. García lo miró de reojo. Empezaba a preocuparse. Miguel se quedó en la parte de atrás. La situación, según fue explicando don Sancho, no era favorable. Al parecer, Isaac –al que el infante calificó con algunos improperios–, había

saqueado los dos barcos hundidos frente a sus costas y había negado su hospitalidad a los supervivientes. Lo que expresado de otra forma, significaba que ahora eran sus prisioneros. Don Sancho había enfatizado la información con un fuerte golpe de su puño sobre la mesa. Después, él y Stephen comenzaron a dar órdenes. Habría que atrincherarse y comenzar a racionar los víveres. Isaac sabía que a bordo de aquel barco viajaban la prometida y la hermana de Ricardo y esperaba cobrarse una gran recompensa. Habría que hacer guardias y defender aquella nave maltrecha a merced de las mareas.

García, Miguel y Álvaro fueron asignados para buscar y recuperar cualquier arma servible. Miguel se envolvió en su capa.

–¿Tembláis ante vuestro primer enemigo, Miguel?

El infanzón no tuvo que mirar a la cara de su interlocutor para reconocer la voz de don Yenegro Martínez de Subiza. La deuda pendiente entre ambos pendería hasta que uno de los dos desapareciera bajo tierra.

–Ya sabía yo que no tendríais agallas suficientes –le recriminó don Yenegro, con tono burlón.

–No os he visto partiros la cara para buscar a la infanta –le contestó Miguel. Pero un nuevo ataque de tos restó fiereza a sus palabras.

–Espero que, cuando comience la batalla, guardéis un poco de temple para arrojaros al mar antes de dejar mal a nuestra delegación.

–Creo que el infante os reclama –dijo García, intentando dar por zanjada aquella pelea de palabras que no llevaba a ningún lado.

–No sabía que vuestro padre os hubiera dejado venir como niñera –le dijo don Yenegro a García, antes de marcharse.

Álvaro vio partir a su padre. Estaba harto de las peleas entre su progenitor y Miguel. Estaba cansado de sentir las palabras hirientes de don Yenegro porque, aunque se las dirigía a Miguel, sabía que también iban para él. Y aquella vez no era diferente. Le había llamado cobarde a Miguel para encenderlo, porque si algo no era Miguel era cobarde; pero a quien realmente iba dirigido su discurso era a él. Al hijo a quien siempre consideraría un apocado.

La labor de encontrar armas fue tediosa y poco productiva. Casi todas se habían perdido durante la tormenta y las que hallaron estaban en mal estado. Aún así, poco a poco, un pequeño montón de trastos fue tomando forma de pirámide.

–¿Os encontráis bien? –preguntó Álvaro.

Miguel intentó sonreír en medio de otro ataque de tos.

–Creo que no estoy acostumbrado al agua tan fría. Y cuando nos bañábamos en el Runa siempre nos secábamos enseguida.

Miguel se mostraba correcto con Álvaro, pero este echaba de menos la camaradería que habían compartido los dos y que ahora parecía existir entre el Almoravid y Miguel. Aunque en ese momento el de Grez le pareció menos frío.

–¿Cómo lleváis lo del barco? –se interesó Miguel, que conocía el mareo que le producía navegar.

Álvaro se encogió de hombros.

–Tengo ganas de pisar tierra firme.

–O mucho me equivoco, o no creo que eso sea factible en pocas horas.

Miguel se acurrucó detrás de uno de los escudos que aún se veían intactos. No era una noche especialmente desapacible, pero él tenía el frío tan metido en los huesos, que parecía que iba a morir congelado. García le prestó su capa.

–Conviene que durmáis –le dijo su amigo.

Miguel tenía los ojos febriles y su mirada denotaba cierta desesperación. Aquella noche tuvo pesadillas. En medio de ellas sintió de nuevo la ferocidad del mar embravecido, la fuerza del viento golpeando el casco de la embarcación y la impotencia de saberse a merced de la tormenta. Y entre las olas, se asomaba una y otra vez el rostro de Laraine diciendo sin descanso: «Os lo advertí. Os lo dije. Eso decía vuestra mano».

Se despertó empapado en sudor y con el frío aún pegado en su esqueleto. La ausencia de luz anunciaba que aún no había amanecido. El sonido del agua bajo el casco le recordó la tensa calma en la que se encontraban. Que Isaac no hubiera atacado todavía, no significaba que no pudiera hacerlo con las primeras luces del alba. Se movió inquieto. A su lado, García oteaba el horizonte.

–¿Qué locura se ha apoderado de vos? –le dijo Miguel con cierto malestar de mareo–. Sois un blanco fácil para una flecha perdida.

–¿Con esta oscuridad? Ni siquiera es posible intuir sombras.

–Por eso hablo de saetas perdidas.

–Habéis tenido un sueño agitado.

–Decid más bien, un sueño tormentoso.

Poco a poco, el cielo clareó y la superficie del agua descubrió un mar en

calma. Miguel se preguntó qué ocurriría durante las siguientes horas. ¿Atacaría Isaac, o simplemente se quedaría mirando mientras las provisiones desaparecían? ¿Saquearía el barco, o se conformaría con llevarlos como prisioneros a tierra? Miguel casi imploraba que sucediera algo. Aquella espera lo estaba matando.

La primera luz de la mañana descubrió ojeras profundas en el rostro del infanzón. Ya no tiritaba, pero se notaba sin fuerzas y la tos seguía allí instalada, impidiéndole pronunciar más de dos palabras seguidas. Optó por callarse y mirar en rededor. ¿Cómo se suponía que iban a defender aquel cascarón con un boquete en su popa, a merced de la marea y amarrado a las zarpas de un tirano? El cielo se llenó de nubes semejantes a piedras, que barruntaban lluvia. Aquellas nubes formaron una barrera que a mediodía tapó el sol. La lluvia llegó por la tarde, justo cuando se sintió el primer fuego desde la isla. Isaac atacó aprovechando la altura. Varios proyectiles pasaron sobre el barco y cayeron al mar. Miguel miró con cierta torpeza, mientras su cuerpo se llenaba de nuevo de temblores. La fiebre empezó a subir y sus dientes castañearon. El siguiente proyectil pasó muy cerca, trayendo fuego a la cubierta. Miguel escuchó el silbido que produjo al surcar el aire.

El fuego cruzado se prolongó en lo que pareció una eternidad. Estaba claro que aquel endemoniado de Isaac no pretendía causar daños importantes, sino avisar de que era él quien tenía el poder. Y, seguramente, comprobar las fuerzas con las que contaba el enemigo.

—¡Estáis ardiendo! —la voz de García sonó lejana, con un eco que hacía difícil su comprensión.

Miguel intentó responder, pero solo consiguió otro de sus ataques de tos. Abatido, recostó su cabeza sobre el escudo. Don Yenegro pasó cerca y le dirigió una sonrisa burlona. Miguel intentó sostenerle la mirada, pero no estaba muy seguro de haberlo conseguido. Se encontraba tremendamente cansado. Esperaba que a Isaac no se le ocurriera atacar de noche, porque no iba a poder ni sostener la espada. Entre delirios, miró hacia el castillo de proa. Le pareció apreciar la bella silueta de la infanta y recordó entre sueños el rostro que había admirado durante breves instantes, antes de terminar su rescate. Sus sueños empezaron así, dulces y felices, con el fondo alegre de aquellos ojos castaños que lo miraban con delicadeza y ternura. Sin embargo, conforme pasó la noche y el cielo oscuro se iluminó con las flechas incendiarias de Isaac Komnenos, los sueños dulces se transformaron en

pesadillas. Y otra vez apareció el rostro recriminatorio de Laraine.

Miguel se despertó sobresaltado, aunque no sabía muy bien si se debía a aquel sueño espantoso o al fuego que cubría de nuevo el cielo. Con las primeras luces, se sintió mejor, pero pronto comenzó a tener otras preocupaciones. Aquella nueva mañana, todo lo que podía ir mal empezó a ir mal y continuó peor.

El agua se había terminado y la despensa empezaba a mostrar una preocupante carencia de alimentos. Para mayor inri, las saetas comenzaron a volar con mayor frecuencia. Los inquilinos de aquel barco miraron al que tenían enfrente, tan maltrecho como ellos. Se hicieron señas y empezó el contraataque. Las flechas pronto se terminaron. Y las saetas que llegaban desde tierra fueron sustituidas por piedras y fuego. La orden de ponerse a cubierto llegó tarde para dos de los marineros de aquel barco. Cuando Álvaro quiso asistirlos, la vida se había escapado ya de sus cuerpos.

—¡Arrojadlos al agua! —le gritó su padre—. Ahí lo único que hacen es estorbar.

Pero él no tenía fuerzas, ni se sentía con ganas. Una bola de fuego cayó a sus pies. Su instinto le hizo saltar hacia un lado.

—¡Maldita sea! —volvió a interpelar don Yenegro—. ¡Arrojadlos!

Pero Álvaro se arrodilló junto a ellos y se puso a rezar por el eterno descanso de sus almas. Era lo menos que podía hacer, pensó.

—¡Grandísimo hijo de meretriz! —exclamó el de Subiza, dando un puntapié a su hijo—. ¿Es que queréis que nos maten a todos?

Álvaro terminó de decir amén y miró de manera recriminatoria a su padre. Justo en ese instante un fuerte impacto levantó la madera de la cubierta, repartiendo astillas por todos los lados. Don Yenegro miró hacia tierra. No declaró nada, pero su mirada decía más que sus palabras.

El fuego cesó durante un tiempo. Un recuento por encima dejaba claro que las municiones no tardarían en extinguirse. Y después, ¿qué?, se preguntó Miguel.

La lluvia regresó a la hora nona. La cubierta se había quedado impracticable y nuevas vías de agua se habían abierto en el casco. La embarcación se sostenía en un delicado equilibrio. La mar se enfureció y el vaivén al que empezó a someter al barco se hizo cada vez más palpable. Las olas saludaban a los sitiados, golpeando con fuerza. La cadena del ancla se partió. La nave comenzó a bailar lentamente primero, más deprisa después,

separándose del acantilado y volviendo a él, amenazando con chocar contra las rocas. El peligro venía ahora no solo desde tierra, sino también desde el mar. El primer golpe fue suave, apenas una caricia que produjo una suave sacudida. Pero el segundo bandazo provocó un impacto tan fuerte, que el *crack* se escuchó por toda la nave. La madera crujía desesperada, alzando gritos lastimeros que se confundían con el viento, las olas, la espuma y el mar. El gran barco estaba a punto de partirse por la mitad.

Miguel y García se miraron. Era difícil saber qué parte del barco sería más segura. En aquella mirada había muchas preguntas y ninguna certeza.

—¡A proa! —gritó en el último momento García.

—¡Remad! ¡Remad! —el grito de Ricardo se escuchó por encima de las olas, por encima del viento, por encima de la tormenta.

El *Trenc-the-mere* se deslizaba por la superficie embravecida, cortando las olas, desafiando al mar con su espolón de bronce. Aquella tormenta no era tan fuerte como la que había dispersado la flota del rey de Inglaterra que se dirigía a Jerusalén para participar en la cruzada, pero aún así contenía furia suficiente como para hacer naufragar a un barco. Aunque no al *Trenc-the-mere*, que venía a todo trapo desde Creta. Enfurecido tanto o más que el propio mar, Ricardo volvió a gritar a los remeros. Chipre quedaba ya cerca. A través de los relámpagos que zigzagueaban en el cielo oscurecido por gruesas nubes, se apreciaron las luces que el fuego cruzado dejaba sobre la costa.

Ricardo tomó su espada y apretó la mandíbula. A poca distancia se distinguían las siluetas maltrechas de dos inmensos barcos. Uno de ellos estaba a punto de partirse.

—¡Elevad los remos! —gritó.

A Ricardo le bastó una sola mirada para hacerse cargo de la situación.

—¡A estribor! —señaló con el dedo.

Los remos tocaron agua de nuevo suavemente y, esta vez, su cadencia fue más ligera. El mar les concedió una tregua y el barco se hizo más fácil de gobernar. Ricardo intercambió una mirada con su segundo. Los dos sabían que no podrían acercarse más sin que el casco del *Trenc-the-mere* peligrara.

—¡Echad el ancla y contrarrestad el fuego! ¡Preparad los botes para bajar a tierra! —fueron las últimas órdenes de Ricardo, antes de desaparecer. Sin esperar a que las barcas estuvieran preparadas, Ricardo se lanzó al agua con su espada como única arma, con el mar como único escudo, dispuesto a

conquistar aquella isla a base de pundonor, si llegaba el caso.

Miguel volvía a estar calado hasta los huesos y sangraba de su muñeca izquierda. Al dar el salto se había agarrado a una madera partida y se la había clavado. A pesar del dolor, se había aferrado a ella con fuerza. Había sido mayor el temor de perder el equilibrio y caer al mar, y de que el agua los succionara hacia sus frías profundidades, que el de herirse.

—¡Mirad! —dijo señalando con su cabeza.

Ni García ni él podían dar crédito a lo que veían. La silueta del *Trenc-themere* apareció ante ellos como invocada por los dioses. La tormenta se apaciguó ante su paso, el viento amainó, las olas parecían calmadas. La moral en aquellos naufragos cambió de repente. Los gritos lastimeros se convirtieron en vítores y salvas y el fuego de Isaac Komnenos, que había arreciado en las últimas horas, se congeló en el aire.

Estaban en tierra firme. En Limassol. Había que ver lo fácil que parecían las cosas cuando Ricardo estaba por medio. Tras el rey de Inglaterra, otros príncipes de Tierra Santa habían llegado también para prestarle su ayuda y rescatar a Berenguela. Entre ellos se encontraban Guy de Lusignan y su hermano, y Bohemond, príncipe de Antioch, y su hijo. Los navarros habían resistido en el barco mientras habían podido, pero otros naufragos habían sido hechos prisioneros por Isaac Komnenos. Ricardo, una vez en tierra, se dirigió hasta en tres ocasiones al tirano para solicitarle que dejara libres a sus cautivos. Sin embargo, Isaac hizo oídos sordos. El rey, dispuesto a tomar venganza, armó a sus hombres y, poniendo al mando de sus fuerzas a Guy, conquistó toda la isla en menos de once días. «Seguidme, que voy a tomar revancha de las injurias que este pérfido emperador ha hecho a Dios y a nosotros, quien, además, en contra de la justicia y equidad de Dios, mantiene a nuestros peregrinos encerrados⁷», había dicho Ricardo.

Miguel pudo ver por fin de cerca a Isaac Komnenos. Aquel tirano, que los había dejado a merced del mar y de las pocas provisiones que tenían, que había saqueado los restos del naufragio, y que no tuvo piedad ni siquiera de Joanna ni de Berenguela, estaba esposado con cadenas de plata. Ricardo le había prometido que sus manos no tocarían hierro y había cumplido su promesa. Chipre, su isla, pertenecía ahora al rey de Inglaterra.

Ricardo hizo un gesto y varios caballeros se llevaron a Isaac de su vista.

Justo en aquel instante, una joven se arrojó suplicante a los pies del rey. Era la hija del tirano. Ricardo la observó sin decir nada, sin moverse. Fueron su hermana y su prometida las que se acercaron a la mujer. Ricardo hizo entonces un gesto afirmativo, que provocó una sencilla sonrisa en Berenguela. Joanna y ella ayudaron a la mujer a ponerse en pie. Después, Ricardo tomó de la mano a Berenguela. Primero suavemente, después con más fuerza. La besó despacio y ya no la soltó hasta que Nicholas, su capellán, los casó. Tras la ceremonia, Juan, el obispo de Evreux coronó a la joven navarra como reina de Inglaterra y de Chipre. Era el 12 de mayo de 1191. El maestro Felipe le entregó la recién redactada carta donde se exponía la dote reservada por Ricardo para ella. Todo estaba hecho.

Era sorprendente, pensó Miguel, que una reina de Inglaterra fuera coronada tan lejos de la propia Inglaterra. Pero si lo pensaba bien, muchos acontecimientos habían sido insólitos durante aquel viaje. Incluso ahora, en tierra firme, seguía sintiendo el tambaleo del agua en todo su cuerpo y las flechas de fuego todavía silbaban en sus oídos.

Los festejos comenzaron tras las ceremonias. Una celebración exquisita y llena de sorpresas. Incluso hubo un pequeño teatro. Para ser algo improvisado, hay que decir que estuvo muy bien organizada. Los invitados compartieron un gran banquete y Miguel saboreó con fruición la carne fresca y el buen vino que Isaac Komnenos había abandonado tras rendirse. Por primera vez desde hacía días, su cuerpo estaba caliente y la tos prácticamente había desaparecido. Se sentía bien. Quizá hasta demasiado bien. Ricardo había procurado que toda la delegación navarra estuviera situada en un lugar destacado. Así que Miguel podía observar directamente, aunque de modo discreto, a la recién coronada reina. Doña Berenguela se veía feliz. De manera especial cuando su mirada coincidía con la de Ricardo. Miguel sintió una punzada de celos en su estómago saciado. Y el anillo que llevaba en su dedo pesó un poco más, como si en aquellos instantes le acabaran de atar de por vida a un deber que le obligara a renunciar al amor. Pero Miguel hacía tiempo que había renunciado a él. El día que Álvaro y María se casaron. Ese día, Miguel había enterrado para siempre su corazón.

Ricardo se levantó y acudió con su esposa hasta la mesa de los navarros. Pronto les hicieron sitio entre ellos y los reyes elevaron sus copas para brindar por la nueva alianza que se acababa de sellar.

—Es el momento de deleitarnos con una de vuestras canciones, dado que

pasará mucho tiempo hasta que podamos volver a reunirnos –le pidió don Sancho.

–¿Queréis una canción? –preguntó Ricardo.

Los navarros afirmaron con deleite. Todos llevaban alguna copa de más y el entretenimiento siempre era bien recibido.

–Pues no habrá canción –les confirmó Ricardo.

Hubo protestas airadas contra aquella sentencia y los puños golpearon sobre la mesa al grito de: «Canción, canción, canción». El rey movió las manos pidiendo calma. Se escuchó un silbido de protesta y Ricardo no pudo evitar reírse.

–No habrá canción, pero os contaré una historia siniestra –el rey hizo una pausa dramática antes de comenzar su relato–. Todo el mundo se pregunta por qué mi familia es tan... peculiar. Pues os lo voy a aclarar ahora. Vais a escuchar el relato de la condesa de Anjou, a la sazón, mi tatarabuela y de su esposo, Foulque le Rechin, a la sazón, mi tatarabuelo –el silencio se fue haciendo en la mesa, aunque las risas y las conversaciones de alrededor se escuchaban de fondo. El rey comenzó a relatar una anécdota desconocida para los navarros, pero que acostumbraba a contar a sus caballeros en Poitou–. El conde, mi tatarabuelo –apostilló–, conocía la reticencia de la condesa a asistir a misa. La dama iba en raras ocasiones y, cuando lo hacía, desaparecía antes de la elevación de la hostia. El conde, dispuesto a obligarla a permanecer hasta el final, ordenó a cuatro escuderos que la sujetaran del vestido durante la siguiente misa. Pero la condesa se desasíó de quienes la sujetaban y voló hacia una de las ventanas de la capilla, desapareciendo por ella. Y sucedió de tal modo, que nunca se volvió a saber más de la condesa. En el instante de su evanescencia se escuchó un gran trueno y un desagradable olor a azufre impregnó toda la iglesia. Mucho tiempo después, el hedor seguía allí, sin que nadie pudiera hacerlo desaparecer del todo. Ahora sabéis cuál es la estirpe de mi familia y por qué hemos estado mal avenidos durante años. ¡Del infierno provenimos y al infierno deberemos volver⁸! –gritó para finalizar su narración.

Tras sus palabras, hubo unos instantes de tensión y de duda. Miguel frunció el entrecejo, sin saber valorar con acierto la historia que acababa de escuchar. Algunos de sus compañeros se miraron, preguntándose qué debían hacer o decir a continuación. Mientras, Ricardo disfrutaba del desconcierto que su historia había provocado en su audiencia. Fue Berenguela quien rompió el hielo. Con una copa en la mano y una amplia sonrisa en su rostro, se levantó e

inició un brindis.

–¡Por la tatarabuela de mi esposo, la condesa de Anjou, que murió al alcanzarle un rayo! ¡Y por Ricardo, mi esposo, para que Dios guíe su mano y su corazón! –dijo sin poder contener del todo la risa. Ella ya conocía aquella historia y sabía que a Ricardo le encantaba contarla, solo para observar la reacción de quien escuchaba el relato.

Ricardo se levantó e hizo un gesto de correspondencia a su esposa, estallando en carcajadas. Los demás hicieron lo mismo.

–Y ahora, si nos disculpáis –dijo a todos los navarros en general y a don Sancho en particular–, doña Berenguela y yo tenemos asuntos que tratar – Ricardo guiñó un ojo a su esposa, la cogió en brazos y se la llevó lejos del ajetreo de la celebración.

⁴ Se corresponde al 12 de mayo de 1191.

⁵ Río Arga.

⁶ Traje que las mujeres nobles llevaban sobre la camisa. Las clases más bajas usaban una saya.

⁷ Palabras dichas por Ricardo tras negarse Isaac Komnenos a ayudar a los náufragos y liberar a los prisioneros. Se encuentran recogidas en los Annales de Roger de Hoveden. Pág. 201.

⁸ Historia que Ricardo contaba a sus caballeros de Poitou. Aparece recogida en el libro de Agnes Strickland y Elizabeth Strickland: *Lives of the Queens of England from Norman Conquest*.

EN LAS AGUAS DEL TIRRENO

*The king's own galley
He called it trenc-the-mere
It was first under weigh
And came that ship full near,
Who threw her buckets out
The galley to her drew
The king stood full stout
And many of them slew
Though wild fire they cast*

***The manoeuvres of the Trenc-the-mere,
described by the Provençal, after left Cyprus
Lives of the queens of England from the Norman
Conquest. Agnes Strickland, Elizabeth Strickland***

La galera del propio rey
A la que él llamaba Trenc-the-mere
Fue la primera en ponerse en marcha
Y vino aquel barco tan cerca
Lanzando sus proyectiles
La galera se acercó a él
El rey se mantuvo firme
Y dio muerte a muchos de ellos
A pesar de que les arrojaban fuego griego

*Maniobras del Trenc-the-mere, descritas
por el Provençal, después de dejar Chipre.
Vidas de las reinas de Inglaterra desde la
conquista normanda. Agnes Strickland, Elizabeth
Strickland. Traducción: Begoña Pro Uriarte*

BERENGUELA TENÍA LAS MEJILLAS ARREBOLADAS. Sus labios encarnados sonreían abiertamente e incluso sus ojos parecían sonreír también. Llevaba un brial nuevo en tonos verdes y una diadema a juego adornaba su pelo sedoso y brillante. Miguel bajó la vista e hizo una pequeña reverencia al encontrarse frente a la reina.

–Vuestra majestad –saludó.

–¡Acercaos! –la voz de la reina sonó suave y cálida.

Miguel se aproximó con cierta cautela. La sombra de Ricardo sobrevolaba la estancia.

–Os he hecho venir para daros personalmente las gracias por rescatarnos en el barco.

–No teníais por qué hacerlo. Tan solo cumplía con mi deber. La suerte hizo que don García y yo diéramos con vos y con doña Joanna enseguida.

Berenguela sonrió de nuevo y Miguel volvió a apartar su mirada. La reina creía conocer a Miguel lo suficiente como para saber que no era modestia lo que el infanzón manifestaba, aunque sí un profundo sentimiento del deber y de la dedicación. Y sobre todo, valor.

–Mi hermano algún día será rey, si Dios lo permite.

Miguel asintió.

–Creo que ha elegido bien al depositar su confianza en vos –dijo, mientras miraba directamente el anillo que él lucía en su mano.

–Espero que Dios me permita demostrar mi apoyo y mi lealtad al rey y al reino de Navarra. Así es como un verdadero...

–¿Sí?

–...un verdadero Almoravid debe conducirse.

–Veo que don Iñigo y don Fortún han hecho un buen trabajo. Si queréis que sea sincera, no tenía muchas esperanzas de que logran doblegar vuestro orgullo. Y con esto no quiero decir que debáis renunciar a él, al orgullo, solo que debéis saber discernir cuándo es conveniente mostrarlo y cuándo no.

Espero que tengáis siempre presente que el destino os ha colocado en una posición privilegiada con la que seguramente soñabais, pero que ni siquiera os correspondía.

–En eso tenéis razón, vuestra majestad.

–Entonces, no lo olvidéis y no lo desaprovechéis. Conducíos con prudencia y con valor y ayudad a don García en lo que os mande –le recomendó. La reina acababa de estar con García para darle también a él las gracias.

–Así lo haré, vuestra majestad.

–Eso está bien.

–Vuestra majestad...

–¿Sí?

–Me gustaría disculparme por mis palabras sobre vuestro esposo. Las que os dije cuando estabais a punto de saltar al agua. No es cierto que Ricardo no sea el hombre al que entregaría a una hija mía. Lo cierto es que siempre lo he admirado.

–No tenéis que disculparos. Os pedí sinceridad.

Miguel se mordió los labios.

–Os deseo felicidad. Que nunca os falten fuerzas para afrontar los deberes y responsabilidades de vuestra nueva vida –le manifestó.

–Vuestras palabras suenan a despedida definitiva.

Miguel recapacitó. Lo cierto era que él regresaría pronto a Navarra y la nueva vida de Berenguela la alejaba del reino que la había visto nacer. A partir de ese momento, no habría demasiadas oportunidades para que sus vidas volvieran a cruzarse.

–No hay nada que me agradaría más que poder veros con frecuencia –dijo sin pensar. Berenguela no demostró con gestos ni con palabras que aquellas palabras estuvieran fuera de lugar.

–Me han dicho que sabéis leer y escribir.

–Os han informado bien.

–Entonces... os escribiré y esto no será una despedida, sino un simple hasta luego.

–Recibiré vuestras noticias con profundo placer, vuestra majestad.

–Podéis retiraros.

Miguel fue a hacer una pequeña reverencia de despedida, pero se encontró con el abrazo inesperado de la reina. Un indeseado rubor creció en sus

mejillas, mientras el calor del cuerpo de Berenguela traspasaba el suyo.

–Mi hermano necesita hombres como vos –le confió.

–Os prometo que no lo defraudaré.

Aquella misma tarde, todos los navarros iniciaron el regreso a su tierra. El ahora prisionero Isaac Komnenos había tenido la deferencia de *prestarles* un barco que les llevaría hasta Nápoles. Doña Berenguela los despidió desde la playa y esperó allí hasta que la embarcación que se llevaba a su hermano y a los caballeros que lo habían acompañado se hizo un punto en el horizonte. El abrazo de su esposo le devolvió el calor que parecía haberse ido con aquellos que se marchaban.

Los templarios compraron la isla de Chipre a Ricardo por el montante de cien mil *besants*. El liderazgo del rey inglés había quedado demostrado y más que reconocido por todos los que lo habían seguido a Chipre. Ricardo era, por designio de todos, el comandante de la cruzada. Y como tal subió al *Trenc-the-mere* y dio la orden de zarpar hacia Jerusalén.

Doña Berenguela navegaba al abrigo del alcázar de popa. Nada de sorpresas ni de más retrasos, se había dicho Ricardo al embarcar. La mar estaba en calma y una suave brisa gobernaba la cubierta. Sin embargo, ni Berenguela, ni Joanna, ni Borgoña –la hija de Isaac Komnenos, que partía con las damas– disfrutaban de ella, puesto que estaban parapetadas entre las paredes del alcázar y no saldrían de allí hasta llegar a su destino. Así lo había dispuesto el rey. Stephen de Turham hacía guardia en la puerta.

El viaje estaba siendo tranquilo, e incluso agradable, pensó la reina. La galera se deslizaba con pequeños movimientos oscilantes, que mecían el barco. Las velas estaban arriadas y los remeros descansaban, puesto que el viento soplaba con suficiente fuerza.

Berenguela disfrutaba de la charla distendida con su cuñada y Borgoña, cuando se escucharon gritos en la cubierta. Su curiosidad innata y su magnífica percepción de las situaciones le hizo abrir más los oídos. Aunque notaba que las voces habían subido de tono, no identificaba las palabras. Estas llegaban amortiguadas por las paredes que la separaban del exterior y entrecortadas por el viento. De repente se puso de pie, su corazón latía cada vez más deprisa.

–¿Qué os ocurre? –le preguntó su cuñada.

–Hay discusiones en el exterior.

Las tres mujeres guardaron silencio para escuchar. Era cierto, se

apreciaban voces, pero en un barco siempre había órdenes repartiéndose por cubierta. Las voces se dejaron de escuchar de pronto y un silencio tenso recorrió cada rincón del *Trenc-the-mere*.

–Todo parece en calma –objetó Borgoña.

La reina negó con la cabeza. Aquel silencio confirmaba sus sospechas.

–Algo ocurre –dijo, totalmente convencida–. ¡Stephen! –llamó con cuidado, como si romper aquel silencio fuera un sacrilegio.

El caballero se asomó por la puerta.

–¿Qué sucede? –lo interrogó Berenguela en cuanto vio sus cabellos claros en el umbral.

–Nada, vuestra majestad.

Berenguela lo escrutó con la mirada.

–¿Nadie os ha dicho que mentís bastante mal? –le dijo la reina.

Stephen fue a protestar, pero Berenguela lo cogió del brazo y le hizo entrar, mientras se escuchaban unas risitas en el fondo. La reina cerró la puerta con cuidado.

–¡Explicaos! –le pidió.

La mirada castaña de la reina se clavó con tal intensidad en sus ojos, que Stephen claudicó.

–Hace unas millas hemos avistado un barco. Navega bajo bandera del rey de Francia y vuestro esposo ha mandado dos galeras para preguntar de quién es el barco.

–Y, ¿ha llegado ya la respuesta?

–Aseguran que son súbditos del rey de Francia. Ricardo ha pedido hablar con ellos. En estos momentos una galera avanza hacia allí para expresar la petición.

–Entonces... Eso significa que mi esposo ha sospechado de ellos.

–¿Por qué iba a sospechar el rey...?

La última palabra de Stephen coincidió con un estentóreo, aunque lejano ruido, que llevó la palidez al rostro del caballero.

–No os mováis de aquí –les pidió, desapareciendo inmediatamente.

Berenguela miró a las dos mujeres. Sabía que aquel sonido no barruntaba nada bueno y también sabía que, si iba a haber un enfrentamiento naval, el *Trenc-the-mere* estaría en primera fila. Nunca había vivido una batalla en el mar, pero el recuerdo de la tormenta y del barco vapuleado por el oleaje revivió en su mente. Después, cuando la galera comenzó a moverse

bruscamente, no ya por la acción del viento sino por la fuerza bruta de decenas de galeotes, Berenguela fue consciente de lo que debía hacer.

—¡Recojamos todo aquello que nos puede golpear y agarrémonos con fuerza! —les dijo a Joanna y a Borgoña. Ninguna de las tres dudó.

Desde el alcázar de popa era difícil hacerse una idea de lo que ocurría fuera. Sin embargo, la voz de Ricardo se escuchaba ahora con claridad. Al menos Berenguela lo hacía.

—¡Demos caza a esos mentirosos y quien los capture podrá quedarse con sus pertenencias!

A través del viento, por encima de las olas, su voz se escuchaba con firmeza. Por eso, la reina supo con certeza que el *Trenc-the-mere* no solo se había puesto en vanguardia, sino que había alcanzado al barco, desafiándolo con su espolón de bronce.

—¡Agarraos! —gritó la reina, sin importar que su voz se escuchara fuera.

El fuego griego que lanzaba el gran barco alcanzó el alcázar de popa y el humo empezó a llenar la pequeña estancia en la que estaban las mujeres. Berenguela sacó un pellejo con agua, se rasgó la parte baja de su vestido y la empapó.

—¡Haced lo mismo! —les pidió a Joanna y a Borgoña.

Las tres damas se colocaron las telas sobre los rostros. Aún así, el humo empezó a hacer irrespirable la sala y les hizo toser.

—Tenemos que salir de aquí.

Sin embargo, cuando quisieron hacerlo, se dieron cuenta de que la puerta estaba atrancada. Berenguela se mordió el labio. Golpeó con saña y fuerza la puerta, sin conseguir que nadie acudiera en su socorro. Gritar tampoco surtió ningún efecto. Fuera todos debían estar demasiado ocupados.

El *Trenc-the-mere* había alcanzado una posición magnífica para desfondar el barco enemigo. El rey permanecía firme desafiando, espada en mano, las flechas y el fuego griego que seguían cayendo sobre la cubierta.

—¡Preparaos! —gritó.

El espolón de la galera del rey chocó fuertemente con la embarcación rival —golpe que se sintió con brutalidad en el propio barco— provocando un enorme agujero en la línea de flotación del navío griego. El agua comenzó a entrar a borbotones en el barco enemigo y amenazó con hundirlo. Los hombres del rey abordaron la nave. La desbandada se produjo en un abrir y cerrar de ojos.

Muchos hombres se lanzaron al agua intentando evitar la sangría que se estaba produciendo en su cubierta. Otros trataron de quemar la nave, antes de permitir que cayera en manos enemigas.

La falda del vestido de Joanna se había prendido. Berenguela se lanzó sobre ella, tratando de apagar las llamas y en su intento se quemó el antebrazo. Sintió un fuerte dolor que la aturdió durante unos instantes. Con cierta desesperación, miró hacia la puerta. «¡Ojalá bastara con una mirada!», deseó. Como no encontraba nada con qué golpearla, tomó uno de los baúles más pequeños donde llevaban la ropa y comenzó a golpear la cerraja. No fue a la primera, ni a la segunda. Ni siquiera a la tercera. Pero a la cuarta, la madera de la esquina saltó y con ella la cerradura. Entre las tres empujaron con fuerza suficiente como para salir.

El humo se extendía sobre la cubierta, no de forma demasiado densa, aunque las cegó durante los primeros instantes. La cara de Stephen se tornó lívida cuando vio aparecer las tres siluetas. Sin pensárselo, se abalanzó sobre ellas. Primero con la intención de reprenderlas, pero tras ver el estado en que se encontraban y parte del alcázar quemado, las guio hacia la parte de atrás, parapetándolas detrás de un gran escudo y usando su propio cuerpo como protección. Ninguno de los cuatro se movió de allí hasta que las hostilidades cesaron y el propio rey fue a buscar a las damas.

Ricardo tenía la cara y el pelo oscurecidos por el humo. Se quitó el casco y envainó la espada antes de arrodillarse al lado de su hermana y de su esposa.

–¿Estáis bien? –les preguntó.

Berenguela lo miró a los ojos y trató de sonreír.

–Si vos estáis bien, nosotras también lo estamos.

Ricardo asintió y se levantó despacio. Miró a Stephen y desapareció. Había mucho que organizar. El caballero se hizo cargo de las mujeres.

El fuego había sido apagado, aunque el olor a quemado permanecía en el aire de manera intensa. Berenguela se echó por encima la capa. Hacía fresco. Las estrellas se reflejaban sobre la superficie en calma y en la profundidad de la noche se podía sentir la humedad y la sal del mar. Sus encuentros con Ricardo se habían reducido a una mirada. Tras el enfrentamiento, le habría gustado que su esposo mostrara un poco más de interés por ella, que se

encargara de llevarla él mismo hacia un lugar seguro, en vez de dejar la tarea en manos de Stephen de Turnham. Le habría gustado poder hablar con más detalle de lo que había sucedido, pero...

Se tragó la lágrima que amenazaba con perturbar la serenidad que buscaba. Era Berenguela, infanta de Navarra, reina de Inglaterra y de Chipre. No se podía permitir flaquear. Ni aun cuando sintiera esa soledad infinita a la que su madre solía referirse cuando a veces le hablaba de sus deberes. Un sentimiento que no podía compartir con nadie, y que ni siquiera la presencia de Joanna y de Borgoña podía mitigar, afloró dentro de ella.

El *Trenc-the-mere* navegaba tranquilo. Habían dejado atrás los restos del naufragio. El gran barco de carga al que se habían enfrentado se hundió en un santiamén, tragándose a la mayoría de los mil cuatrocientos paganos que navegaban bajo bandera del rey francés y que, sin embargo, eran hombres elegidos por el propio Saladino y enviados por él a Acre para dar la *bienvenida* a Ricardo. La tercera cruzada empezaba a disputarse en el mar.

Berenguela suspiró, colocándose la capucha y protegiendo así su presencia. Tenía orden de no abandonar sus aposentos, pero lo había hecho. El agua se veía tan negra como el cielo a la luz de la luna. Estiró la mano hacia aquella superficie que parecía agradable en un intento vano de alcanzar su frescura.

—No deberíais estar aquí —el susurro de Ricardo la pilló desprevenida.

Bajó la cabeza y meditó unos instantes antes de contestar.

—¿Os referís a aquí, en la cubierta, o aquí, en la cruzada?

El rey se apoyó en la barandilla junto a su esposa y suspiró. La oscuridad de la noche se tragó su gesto.

—A las dos cosas. No deberíais estar aquí, en la cubierta. Un golpe de mar os puede lanzar por la borda y desapareceríais sin que nadie se enterara. Y tampoco deberíais viajar a Acre. La guerra no es lugar para vos.

—La vida está llena de peligros, pero vos parecéis siempre dispuesto a correr ciertos riesgos, luchando por las causas que creéis justas. ¿Por qué os parece tan descabellado que no me importe hacer lo mismo?

—Berengère, vos sois una mujer prudente y sabia. Sabéis a lo que me refiero.

—Y vos... —la reina dejó la frase en suspenso. «Vos sois un hombre valiente, pero temerario. Un gran comandante, pero imprudente. Un hombre intrépido, pero irreflexivo. Un hombre al que no daría la mano de mi hija,

salvo que no me importara verla convertida en una joven viuda». Eso fue lo que pensó, pero no lo dijo. La frase que había dicho Miguel retumbó en su mente.

–¿Sí? –le preguntó Ricardo.

–Vos sois... mi esposo. Y os seguiré al fin del mundo si hace falta.

–Berengère –le dijo, tomándola de los hombros y bajando su capucha–. Mañana llegaremos a Acre y allí...

–Allí os espera una guerra –«Una cruzada que sabéis que no podéis ganar. Con enemigos a ambos lados de la línea de fuego».

–La cruzada no será fácil. No os quiero engañar, Berengère. Espero que me conozcáis lo suficiente como para saber lo que os espera a partir de ahora. Soy así, tal y como hoy me habéis visto, tal y como advertisteis en Chipre.

Berenguela sonrió mientras Ricardo la abrazaba y aquel abrazo compensó todos los pensamientos negativos que abrasaban su corazón.

–Lo sé –le dijo ella.

Alejandro inhaló el aire muy despacio, llenando sus pulmones hasta el máximo de su capacidad. Desde el embarcadero, comprobaba cada una de las mercancías que subían al barco. El Vesubio se veía con nitidez asombrosa aquella mañana. Sus dos montículos semejabán el cuerpo de una mujer tumbada. O eso le gustaba pensar a él.

–No, eso no –le dijo a uno de los trabajadores, haciéndole separar aquellas mercancías a un lado.

El hombre condujo de nuevo la enorme caja hacia abajo, moviéndola con cuidado por la estrecha pasarela que comunicaba tierra y barco.

–Colócala aquí –le indicó, con una sonrisa.

Alejandro miró el imponente barco de su tío con codicia. Roger de Salerno era un hombre rico y generoso. No tenía dudas de que su tío lo proveería de un buen futuro, pero él quería más. No, lo quería todo y creía saber cómo conseguirlo. Debía casarse con Laraine. Esa era la forma más sencilla y más lógica de conseguir sus deseos. Pero sabía que su prima no le tenía gran simpatía a esa propuesta. Era por culpa de esa maldita mezcla de sangres que poseía: normanda, persa, siciliana, lotaringia y, sobre todo, mesapia. Alejandro odiaba especialmente esa parte mesapia. La que la hacía tan especial, pero a la vez tan impenetrable y fría. En cualquier otro caso, no habría sido difícil convencer a su tío para que bendijera su enlace, pero

Laraine tenía demasiada ascendencia sobre el viejo y la usaría como arma para evitarlo a toda costa. Por eso, tendría que buscar otras armas para convencerla.

El día declinaba cuando Alejandro dio por concluida aquella jornada en el puerto. No era una tarea demasiado agradable para él. Pero le gustaba la forma en que los trabajadores lo miraban solo por ser el sobrino de Roger. Sería mucho mejor cuando todo el imperio recayera en sus manos.

Era tarde cuando Miguel se acercó al puerto. Las primeras luces se encendían ya en la ciudad, aunque aún se veía claramente la silueta del Vesubio en la lejanía. Aquella montaña tenía algo mágico, atractivo y, sobre todo, algo tenebroso. Miguel había oído decir que aquel volcán había entrado en erupción en el año 79 y sepultado las ciudades de Pompeya y Herculano, sin que la mayoría de sus habitantes hubiera podido hacer nada para salvarse. Las cenizas llovieron del cielo, convirtiendo a los moradores de la ciudad en estatuas vivientes. Miguel miró al Vesubio y sintió un escalofrío en su espalda. Dejó correr aquel pensamiento, para centrarse en la tarea que don Sancho le había encomendado: encontrar el medio más rápido para retornar a tierras navarras. No era el mejor momento para encontrar actividad en el puerto, pero acababan de llegar a Nápoles y aquel asunto era de vital importancia. Así que Miguel fue a echar un vistazo. Al menos, se dijo, le serviría para enterarse de quiénes eran los dueños de los barcos y su destino. Las luces de las antorchas se reflejaban sobre la superficie del mar. Sus aguas estaban tranquilas. El infanzón sonrió al recordar lo enfurecidas que se pueden volver en un instante.

Vio a un hombre trajinando cerca de uno de los barcos y se dirigió hasta él. Pero aquel hombre o bien era tonto, o se quería hacer pasar por tal. El caso es que no consiguió sonsacarle ninguna información de provecho. El reflejo de aquellos grandes barcos pintaba de un tono negruzco el mar.

–¡Alto! –escuchó a sus espaldas.

Miguel se giró despacio y colocó su mano en la empuñadura de su espada, al sentir el ruido inconfundible de una daga al ser desenvainada. Una vez frente a su interlocutor, esperó en silencio hasta ver qué se proponía.

–Solo el personal autorizado puede permanecer en los muelles tras la caída del sol.

–No lo sabía –dijo Miguel, a modo de disculpa.

El otro hizo una mueca y un sonido extraño salió de su garganta. Miguel se

preguntó si era un gruñido o simplemente había carraspeado.

–Solo busco un poco de información. Quizá vos podáis dármele – prosiguió, observando a quien le había ordenado detener su paso.

Se trataba de un hombre alto, que caminaba algo encorvado. Uno de sus ojos parecía más pequeño que el otro, o quizá solo fuera el fruto de una pelea en la que había salido malparado. Lucía barba larga y tan negra como el reflejo de una sombra y torcía la boca en un gesto de total desaprobación. Miguel prosiguió hablando. Sabía que a aquellas gentes les gustaba hablar.

–Solo quiero saber si hay algún barco que salga próximamente hacia la península ibérica y quién es el dueño para poder dirigirme a él.

Tras sus palabras hubo un momento de silencio.

–Pagaríamos bien por nuestro pasaje –añadió, como si eso le fuera a abrir la garganta a aquel hombre que tenía delante. Parecía haberse convertido en una estatua. Quizá, el fuego del Vesubio había tenido el mismo efecto sobre los habitantes de Pompeya. Por un instante, Miguel dudó sobre lo que tenía que hacer. Seguramente, marcharse habría sido la mejor opción y regresar por la mañana. Pero el infanzón se quedó y sacó un pellejo de vino de debajo de su capa y se lo ofreció al hombre. Tras un instante en el que el brazo de Miguel se congeló en el aire, el del marinero se acercó a él y agarró el pellejo con fuerza. Se lo acercó a su boca y bebió al aire dando un trago largo. Cuando acabó, una sonrisa boba se había instalado en su rostro. Con el revés de la manga se limpió las gotas que escurrían de la comisura de sus labios. El navarro tomó el pellejo y bebió también.

–¿De quién son estos barcos?

El marinero se encogió de hombros y miró hacia el pellejo. Miguel se lo volvió a ofrecer. Solo esperaba que no se emborrachara antes de conseguir la información que buscaba. Si lo hacía, habría perdido su tiempo y un buen vino. El hombre se dio el gusto de otro nuevo gran trago y Miguel miró con curiosidad la forma en que la nuez de su garganta subía y bajaba.

–Hay varios dueños –dijo al fin–, pero casi todos son del mismo.

Miguel lo miró con gesto interrogativo, aunque aún conservaba la calma.

–Y, ¿cómo se llama ese hombre, dueño de casi todos los barcos?

–Roger, Roger de Salerno.

–¿Roger de Salerno?

El marinero afirmó.

–Hoy han estado cargando aquel barco. Mañana seguirán con la tarea y con

la nueva marea partirán.

–¿Sabéis adónde se dirigirá una vez cargado?

–Creo que seguirá vuestro itinerario.

–¿Dónde puedo encontrar a Roger de Salerno?

El marinero pareció titubear. Miguel sacó entonces una moneda de su bolsillo y la lanzó al aire. El marinero se movió raudo como un relámpago y la atrapó cuando aún no había terminado de subir.

Miguel dejó atrás el puerto y se dirigió hacia el *Castel dell'Ovo*. En la oscuridad, aquella mole, construida sobre un islote, parecía un gigante dormido que desafiaba a las aguas. La leyenda decía que Virgilio había escondido un huevo mágico en sus cimientos. Y que si alguna vez el huevo sufría daños, el castillo se destruiría y Nápoles padecería numerosas catástrofes.

El infanzón miró fascinado la construcción, mientras caminaba hacia la casa del supuesto dueño del barco. Según aquel marinero, Roger de Salerno tenía su pequeño palacio construido muy cerca del *Castel de'll Ovo*. ¿Sería aquel Roger de Salerno el mismo que conocían Miguel y García? Si era así, quizá hasta tendrían suerte. Miguel no esperó al día siguiente para comprobarlo y, siguiendo las indicaciones del hombre del puerto, se dirigió hacia la casa. Lo único que esperaba era no hallar allí a Laraine. Por alguna extraña sensación, conectaba a aquella mujer con algo horrible que iba a ocurrir en su vida.

Desconocía si presentarse de improviso en casa de Roger sería descortés, pero debía correr el riesgo. Cuanto antes llegaran a tierras navarras, mejor para todos. Miguel no estaba seguro de poder soportar otros cinco meses de viaje, como les había costado la ida. Así que, con decisión, tocó en la puerta.

Después de un largo instante, los goznes de la entrada anunciaron que la puerta iba a ser abierta.

–¿Está don Roger en casa? –inquirió en el tono más educado que pudo encontrar–. Aunque no he anunciado mi visita, me gustaría que le preguntaras si puede recibirme.

Un sirviente de mediana edad, con el rostro cubierto de una barba perfectamente cuidada, lo escrutó con la mirada; hasta el punto de que Miguel se sintió incómodo.

–Es urgente e importante –añadió Miguel, sin saber muy bien si aquel

hombre comprendía sus palabras— dile que soy don Miguel, que nos conocimos en Brindisi —alegó, sin estar muy seguro de si solo existiría un Roger de Salerno.

—Sé quién sois —dijo por fin el hombre, con un marcado acento y una voz grave—. Pasad.

El sirviente desapareció sin hacer el menor ruido y Miguel se quedó solo en la inmensidad de aquella entrada que daba acceso a un vestíbulo desde el que se veía el patio central. Aquella vivienda nada tenía que ver con la que Roger poseía en Brindisi. El estilo de esta era mucho más sobrio y estaba construida según la estructura de una *domus* romana. Los colores vistosos y los ambientes abigarrados habían sido sustituidos por una atmósfera relajada, a la que contribuían los aromas refrescantes y el sonido del agua que llegaba desde el patio. Miguel se sintió observado, pero por más que aguzó la vista fue incapaz de reconocer sombras o ruidos que delataran la presencia de alguien. Esperó un poco, asomado a aquel espacio, hasta que escuchó un carraspeo. Se volvió con cuidado y sonrió de manera tímida al ver acercarse a Roger.

—¡No tenía ni idea de que estuvierais en Nápoles, don Miguel! —le dijo Roger, saludándolo con gran entusiasmo, como si Miguel fuera un amigo de toda la vida.

El anciano estrechó con fuerza la mano del joven y lo abrazó.

—Me alegra ver que os habéis recuperado con prontitud.

—Mi hija tiene unas manos divinas. Pasad por aquí —le indicó, conduciéndolo al *tablinum*. El *tablinum* era una sala amplia, despejada de muebles, cuyas paredes exhibían un fresco de llamativos colores. Cuando las luces fueron encendidas, Miguel pudo apreciarlo en todo su esplendor; igual que el mosaico que cubría el suelo y que se encontraba en perfecto estado.

—Decidme, caballero ¿a qué se debe vuestra visita?

Miguel empezó a desgranar su petición, mientras ocupaba el asiento que el anciano le ofreció. Roger le palmeó la espalda antes de sentarse. Parecía realmente contento de ver al navarro. Miguel le expresó su petición y Roger pareció dispuesto a escuchar cada una de las palabras del joven, después de que ordenara que les trajeran un pequeño aperitivo.

Laraine observaba la noche desde el peristilo, cuando escuchó la fuerte llamada de la puerta. Sin embargo, aquel golpe, cuando ya declinaba el día, no

distrajo su sosiego. Le gustaba estar allí, rodeada de plantas y arbustos. Aquel lugar le recordaba a su madre y, de alguna forma, se sentía en contacto con ella. Cuando la luz del *tablinum* se encendió, tampoco hizo caso, hasta que escuchó la voz del invitado de su padre. Entonces sintió un fuerte golpe en su corazón que le hizo llevar la mano derecha hasta su pecho. Tragó saliva y se acercó sigilosamente lo más que pudo, para poder escuchar sin ser vista. Un velo suave y delicado, de la mejor seda, cubría su rostro. Era del mismo tono verde de su vestido. Lo único que se veía de su cara eran sus grandes ojos y un mechón de pelo que se había escapado de su impecable peinado. Desde la penumbra de aquel patio, observó con curiosidad a Miguel y siguió con interés sus palabras.

—¡Estáis especialmente hermosa esta noche!

—¡Ah!

—¿Os he asustado?

Laraine se movió hacia su interlocutor intentando esconder su incomodidad. Le habría gustado que aquellas palabras las hubiera pronunciado otra persona y no su primo Alejandro.

—No os he oído llegar.

—Un largo día de trabajo en el puerto que se ve recompensado con vuestra presencia —le dijo su primo, regalándole una hermosa flor.

Ella la tomó en su mano, intentando escabullirse de su vista y maldiciendo el momento de su aparición. Lo que ella quería era seguir escuchando la conversación entre su padre y Miguel. Pero Alejandro fue más rápido e interceptó su avance, acorralándola contra una de las columnas del peristilo. Con decisión y fuerza, desenganchó el velo e intentó robarle un beso. Pensaba que si la besaba, ella se rendiría a él. Laraine notó el roce de los labios de su primo y sintió cierta aversión.

—No... no está bien eso que hacéis —le dijo con voz entrecortada—. Mi padre no aprobaría vuestro comportamiento. Después de todo, somos primos y hay invitados en la casa —añadió.

—Os amo, Laraine —le declaró, muy convencido, sin importarle la visita.

«Lo que amáis es el dinero de mi padre y yo soy solo el instrumento para llegar a él».

—Os amo con todo mi corazón. Una sola palabra, una palabra vuestra y seréis mi esposa y no mi prima. Solo tenéis que hablar con vuestro padre.

—Solo hay un problema. Yo no os amo.

–¿Acaso eso importa? –le dijo divertido–. ¿Queréis haceros de rogar? ¿Queréis jugar? Juguemos. No hace falta que me lo pongáis fácil y un poco de este juego será divertido. Pero os aseguro que, tarde o temprano, seréis mi esposa.

La expresión dulce de él cambió de repente. Sus facciones se volvieron duras y su boca tomó la forma de advertencia.

–No me lo pongáis difícil o... –Alejandro no quería pronunciar esas palabras, pero estaba empezando a perder la paciencia con su prima... o será peor para vos, o para vuestro padre.

Laraine se sintió amenazada. No era la primera vez que su primo la presionaba para que intercediera ante su padre y este permitiera su matrimonio. Laraine sospechaba de él y estaba casi segura de que andaba detrás del ataque que habían sufrido en Brindisi. Presentía que si no llega a ser por la intervención fortuita de Miguel y de García, su padre estaría muerto. Laraine miró hacia el *tablinum* y entrecerró los ojos.

–No insistáis más –le pidió a su primo en un susurro–. Es del todo imposible que vos y yo nos casemos. Somos primos, necesitaríamos un permiso especial.

–Que no sería difícil de conseguir con un poco de la influencia del dinero de vuestro padre –le interrumpió él.

–Y... además, se os han adelantado.

–¿Qué queréis decir?

Laraine miró de nuevo hacia el *tablinum* y Alejandro siguió su mirada. Justo en ese instante, Miguel y Roger se levantaban de la mesa donde habían estado charlando amigablemente y se estrechaban las manos. Después, Roger lo abrazó.

–No nos conocemos mucho, pero casi os considero como a un hijo –le dijo Roger–. Mi sirviente os acompañará hasta la puerta.

El velo ocultó la expresión de alivio que sintió Laraine y su clara satisfacción. Aquellas palabras de su padre habían venido como anillo al dedo para quitarse de encima a Alejandro. El joven se separó de ella bruscamente, lo que impidió que su prima viera cómo sus ojos se encendían de rabia y de odio. Con paso firme, apretando los puños y la mandíbula, abandonó el peristilo y llamó a uno de sus sirvientes.

–En unos instantes va a salir de la casa un invitado de mi tío –le susurró al oído–. Quiero que lo sigas y me digas dónde se aloja. Creo que intenta

engañar a Roger.

Miguel estaba satisfecho, henchido el pecho de satisfacción. Roger no solo había accedido a permitirles viajar a todos en su barco, sino que había estipulado un precio muy bajo por su pasaje. A cambio, solo había pedido que prestaran un poco de protección durante la travesía. Por si había problemas. A veces, los mercantes eran atacados por piratas que buscaban hacerse de forma fácil con mercancías con las que luego traficaban. Le dieron ganas de cantar, pero se contuvo. Se guardó su satisfacción para sí mismo y caminó deprisa hacia la posada donde se hospedaban los navarros.

Miguel dio dos golpes suaves en la puerta y esperó respuesta. El escudero del infante le abrió y le hizo pasar a su interior. Don Sancho estaba sentado junto a la ventana. En aquella habitación tan estrecha, todo parecía demasiado pequeño para las dimensiones de aquel hombre. Miguel esperó, regodeándose en la grata noticia que le tenía que dar a su señor.

—¿Cómo han ido vuestras pesquisas? —le preguntó por fin el infante.

—He encontrado un barco que nos puede llevar. Su destino es Barcelona, pero nos puede dejar en otro puerto si lo pedimos y el tiempo acompaña.

Don Sancho lo miró entonces con atención. Y una mirada de don Sancho pesaba como cien piedras.

—El barco está siendo cargado en el puerto. Mañana estará todo dispuesto y zarpará con la siguiente marea. Me han dicho que eso ocurrirá tras la hora de maitines. Si todo va bien, en un mes podremos estar en nuestro reino.

—Esperad, esperad, esperad —lo detuvo el infante—. ¿Me estáis diciendo que hay un barco que zarpará en la madrugada y que nos puede llevar?

—Sí, señor. Eso os estoy diciendo.

—¿Y cuál es el precio?

Cuando Miguel le dio la cifra, don Sancho soltó una tremenda carcajada.

—Si no os conociera pensaría que sois demasiado inocente. Decidme. ¿Qué tendremos que hacer? ¿Remar? ¿Acaso el barco va cargado de excrementos? ¿Es una nave vieja y desvencijada?

Miguel se puso serio ante el aluvión de observaciones nefastas y funestas que se le ocurrían a don Sancho, pero al final no le quedó más remedio que sonreír.

—Se trata de un barco mercante como el que nos trasladó hasta Messina —se explicó—. Su dueño es don Roger de Salerno. Os hablé de él. ¿Recordáis? En

Brindisi, García y yo nos enfrentamos a unos ladrones que atentaban contra su vida y la de su hija. Por eso nos hace un precio especial. Aunque me ha pedido que protejamos el barco si es atacado. Aquí está el documento que debemos presentar al capitán.

Don Sancho acercó su mano derecha y tomó el papel.

–No os deis tanta coba –le dijo–. Así que viajaremos en el barco de Roger de Salerno. Dicen que es un gran comerciante. La mitad de los edificios de esta ciudad le pertenecen. Y dicen que su hija es muy bella y que por eso se oculta bajo un velo.

–O quizá es que es demasiado fea.

Las carcajadas del infante sonaron con fuerza.

–Está bien, lo que vos digáis. Os daré el dinero para hacer el pago y avisad a todo el mundo. Que todos estén preparados para salir mañana de madrugada.

La luna resbaló por el tejado del patio y fue a bañarse en toda su redondez en la pequeña piscina que recogía el agua de la lluvia. Alejandro vio su reflejo flotando en la superficie y le dio un puntapié con fuerza denodada. La imagen se diluyó haciendo que la blanca y perfecta circunferencia se descompusiera en decenas de trozos.

Laraine y Roger cenaban dentro de la casa. Alejandro se había excusado. Esperaba con ansiedad el regreso del sirviente que había enviado tras Miguel. Solo de pensar que ese extranjero, al que Laraine únicamente había visto una vez, pudiera pretender su mano, hacía remover con bilis cada uno de sus órganos. Estaba furioso, como demostraba la mirada de sus ojos. Haría cualquier cosa, cualquiera, para deshacerse del navarro. Aquel caballero ya se había entrometido demasiado en sus planes. Primero al aparecer durante el ataque de Brindisi. Y ahora... Ahora no podía permitir que volviera a desbaratar sus planes. «Es tan solo un pequeño contratiempo –se dijo–, nada que no se pueda arreglar».

Cuando la puerta se abrió, Alejandro esperó hasta cerciorarse de que nadie lo veía e hizo una seña al sirviente. Este lo siguió sigilosamente, a cierta distancia, hasta una estancia interior.

–¿Dónde se aloja? –le preguntó. Su voz sonó semejante a un latigazo.

–En la posada del puerto.

–Quiero que te lles a dos hombres y que lo vigiléis. Deseo estar informado de cualquier movimiento que haga. ¿Entendido? –le preguntó,

agarrándolo de la túnica y acercándolo a su cara lo suficiente como para ver el nacimiento de cada uno de los pelos de su barba.

El siervo asintió repetidamente.

—Y ni una palabra a mi tío. No quiero que se preocupe en exceso. Hablarás conmigo y solo conmigo. Creo que no necesito decirte lo importante que es este asunto. Y ahora, ve.

Miguel durmió como un bebé durante las primeras horas de la noche, pero la madrugada asomó con una carga de pesadillas. Malos sueños que volvían como la marea y que reverberaban ecos de olas, olor a sal y rocas escarpadas, de esas que parten una embarcación en dos. Pesadillas que repartían zozobra y angustia a partes iguales por todo su cuerpo y que siempre terminaban con la cara velada de Laraine. Cuando se despertó, su respiración era entrecortada y sintió el mismo frío que lo acompañó durante y después del naufragio. García dormía tranquilo a su lado. La luz que empezaba a entrar por la ventana dio un brillo especial a su rostro. Miguel se levantó despacio y se asomó a la ventana. Todavía se le hacía raro escuchar la voz del mar tan cercana. Y, a pesar de la ingrata experiencia del naufragio en Chipre, sabía que lo iba a echar de menos cuando estuviera de regreso en la casa de los Almoravid en Iruñea.

Aquel día fue muy aburrido para él. Sus únicas tareas eran llevar el dinero del pago a Roger y quedarse en la posada para certificar que todo se organizaba correctamente, nadie quedaba rezagado y no olvidaban ninguna pertenencia en ella. Las horas pasaron despacio. El infante les permitió degustar un copioso desayuno, puesto que aquel día sería la última vez que comerían en condiciones hasta volver a pisar tierra. Entre los navarros había buen humor. Todos celebraban como una buena noticia la posibilidad de estar en casa en un mes. ¡Un mes! Sería casi un milagro. Claro que dependía de muchos factores, pero aquel barco iba directo a Barcelona, sin más escalas que las que fueran necesarias para reparaciones y avituallamiento. Hasta don Yenegro parecía estar más contento de lo habitual. Y eso que se había quedado con las ganas de tomar la cruz y luchar en la cruzada. Pero en el último momento se arrepintió y no preguntó. Seguramente tuvo miedo de que Ricardo le diera una negativa como respuesta.

Miguel se despidió de García a última hora. El Almoravid partió hacia el puerto con los últimos hombres y los últimos bultos.

–Echaré un vistazo rápido aquí, iré a saldar nuestra deuda con Roger de Salerno e iré al puerto.

–No tardéis. Sabéis que el barco no os esperará.

–¿Qué suponéis que me va a entretener en Nápoles?

–Laraine tiene bonitos ojos.

–¿Ah, sí? No me he fijado.

–Nunca cambiaréis. En cualquier caso, no os entretengáis o don Sancho echará fuego sobre vos en cuanto os vea –le dijo García.

–Sí, ya lo sé. Si no ve su anillo a bordo a tiempo cargará contra todos los que estén a su alrededor.

Miguel comprobó cada una de las habitaciones que los navarros habían ocupado en Nápoles. Encontró algunos objetos sin importancia, que de todas formas metió en un saco, bajó despacio las escaleras y se despidió del posadero y de su mujer. Eran gente agradable.

–Es una pena que os marchéis tan pronto –le dijeron–. Os echaremos de menos.

Miguel les sonrió. Parecían sinceros, aunque lo que más iban a echar de menos era el dinero que suponía cada día de estancia allí. El anochecer era agradable. Miguel se marchó silbando. Iba contento, sin preocupaciones. Todo estaba saliendo bien y pronto estaría navegando hacia su tierra. Tenía ganas de llegar, de volver a distinguir la vista de la ciudad erguida tras las murallas, de sentir el cierzo en su rostro y de ver a sus padres y a sus hermanos, aunque solo fuera desde la distancia. Estaba tan abstraído en aquellos pensamientos, que no se dio cuenta de que una sombra lo seguía.

Saboreando los primeros rayos de luna, llegó hasta la puerta de la gran casa de Roger. El sirviente abrió la puerta con diligencia y, aunque ya conocía de sobra a Miguel, volvió a hacer una revisión de su persona de la cabeza a los pies. Esta vez, la actitud del hombre ya no lo cohibió tanto. Seguramente porque ya se figuraba que lo iba a hacer. Roger lo saludó con gran simpatía y lo trató con especial deferencia.

–Es una pena que partáis tan pronto. En otras circunstancias me habría gustado dar una fiesta antes de que os fuerais.

–Ya hacéis suficiente permitiéndonos viajar en vuestro barco.

–Sabed que aquí dejáis una casa abierta. Si alguna vez necesitáis un favor... solo tenéis que pedirlo.

–Lo mismo digo. Si alguna vez viajáis hasta el reino de Navarra, será un

placer volveros a ver.

Alejandro estaba en su habitación sin hacer nada, cuando escuchó el suave golpe en su puerta. Había permanecido durante casi todo el día recluido allí, mascando su ira y removiéndola hasta hacerle casi daño. Había delegado en uno de los administradores de su tío sus obligaciones en el puerto, para la carga del barco que saldría durante la madrugada y se había centrado en sus planes. A su tío le había dicho que se sentía indispuesto.

–Pasa –gritó desde dentro.

El sirviente que había mandado espíar a Miguel empujó la puerta. Alejandro lo miró con cara interrogativa.

–Ha salido –le dijo escuetamente.

–¿Dónde se encuentra en estos momentos?

–Aquí mismo, en vuestra propia casa. Ha pedido ver al amo. ¿Queréis que llame a la guardia?

–¡No! –dijo casi como en una explosión. Después suavizó su negativa con una sonrisa–. Vuelve a tus ocupaciones. Haz como si nada ocurriera. A partir de ahora me encargará yo mismo. No hagas nada si no soy yo expresamente el que te lo pide. Y por lo que más quieras, sé discreto.

El sirviente se retiró algo contrariado. Le había gustado la perspectiva de hacer algo más que servir de mero recadista, pero Alejandro era el que mandaba y no le convenía estar mal avenido con él. El sobrino de Roger esperó hasta que los pasos del recién ido se perdieron en la distancia. Después, despacio, recreándose en cada uno de sus movimientos, se acercó a uno de los armarios y extrajo un cuchillo fino como una vaina, mortal como veneno de belladona. Se lo guardó en su cinturón, sintiendo cierto regocijo al hacerlo, o mejor dicho, en pensar en la carne sobre la que lo iba a hundir. En silencio, se acercó al *tablinum*. Las voces distendidas de su tío y de Miguel llenaron de resquemor su pecho y forjaron su determinación. A su rostro asomó una sonrisa maléfica, como solo alguien a quien ha abandonado la cordura puede esbozar. No sabía qué le producía mayor placer, si pensar en cómo iba a dar muerte a don Miguel, en lo fácil que iba a ser que pareciera un terrible accidente, o en lo gratificante que iba a resultar servir de consuelo para su prima.

Laraine parecía poseer pies de gato cuando se movía por la casa y su vestido darle alas. La silueta de su primo se percibía claramente en la

distancia. Le pareció que estaba apoyado porque se encontraba mal, pero al escuchar voces procedentes del *tablinum* supo con toda certeza que estaba espiando a su tío. No era la primera vez que lo hacía y tampoco era la primera vez que la joven lo sorprendía. Carraspeó. Alejandro se volvió como si no pasara nada.

–Iba a hablar con vuestro padre, pero veo que está ocupado, atendiendo a un invitado ilustre. Supongo que venís a despediros de él.

–¿Despedirme? –preguntó Laraine algo confusa.

–Nunca se sabe lo que puede pasar. Hoy estamos aquí, mañana no.

La joven miró a su primo dando por cierto que se encontraba mal de veras, aunque su aspecto exterior no lo manifestara.

–Creo que deberíais volver a la cama hasta que se os pase la indisposición.

–Sí, eso haré. Y vos, sed amable con él. Un gran caballero, ese don Miguel –le dijo antes de marcharse hacia los aposentos de la casa.

Laraine entrecerró los ojos. La actitud de su primo era extraña. Siempre actuaba con cierto misterio, pero aquello era algo diferente. Supuso que era producto de la fiebre. La joven se quedó en la puerta y vio a Miguel. Se detuvo allí, sabiendo que él no podía verla y no osó interrumpir a su padre. A Roger le gustaba cerrar sus tratos con calma y sosiego y aborrecía que alguien se entrometiera, aunque ese alguien fuera su propia hija.

La suave luz de las velas le permitió observar el rostro agradable de Miguel y sus profundos ojos castaños. Su primo tenía razón, don Miguel era un gran caballero. Su padre no le había comentado nada sobre su marcha. Si era así, su coartada sobre el compromiso que se había inventado para alejar a Alejandro se desinflaba por momentos. ¿Estaría tan contento su primo por eso?

Laraine vio que los dos hombres se levantaban y corrió a refugiarse en su cuarto. No estaría bien que la encontraran espiando de aquella manera. Ya encontraría la forma de sonsacar a su padre sobre Miguel durante la cena.

En el silencio de sus aposentos, Laraine encendió varias velas. La luminosidad que impregnaba la estancia cuando el día estaba a punto de desaparecer. Se sentó junto al espejo. No era vanidosa, pero le gustaba cepillarse el pelo allí, frente a su propia imagen, porque le recordaba a su madre. Cuando era pequeña le hacía sentarse en ese mismo lugar y ella se pasaba largos momentos desenredando cada uno de sus cabellos. Era un

recuerdo agradable que la ataba al pasado. Al principio había sido doloroso, pero luego, con el paso del tiempo, era como si aquel cristal pudiera devolverle el reflejo de su madre. Se quitó el velo y su rostro apareció en todo su esplendor. Su padre decía que se parecía a ella, a su madre, y a Laraine le gustaba creer que era así.

Una sombra la distrajo. Desvió la mirada hacia la calle. Cerca de su ventana pasó alguien. Sonrió al reconocerlo. Era Miguel. Silbaba y parecía feliz. Estiró su mano hacia él como si pudiera alcanzar el otro extremo de la calle. «Sé esperar –se dijo para sí–. Sé que volveremos a vernos». Se centró de nuevo en el espejo y tomó el peine. Pero cuando iba a dar la primera pasada a su cabello, varias sombras volvieron a distraer su tarea. Y esta vez fue como si alguien hubiera pisado su corazón. ¡Ah!, exclamó. A toda prisa se acercó a la ventana. Habría jurado que su primo estaba entre aquellos que acababan de pasar. Se asomó un poco más y lo vio claramente. Además, su capa era inconfundible. Le extrañó verlo salir, cuando había asegurado que iba a descansar a su habitación, pero tenía que reconocer que Alejandro era siempre un poco impredecible. Junto a él salieron dos hombres más a los que hizo un gesto con la mano. Se dividieron. Alejandro tomó el camino que había seguido el infanzón un poco antes y los otros dos eligieron el de la izquierda.

Laraine se sentó de nuevo, pero notó que algo turbaba su corazón. Siempre había sido una mujer intuitiva y sabía leer en las almas y en los cuerpos. En su corta vida había tenido sensaciones extrañas, encuentros con la muerte, experiencias inexplicables... pero jamás había sentido aquel vacío dentro de ella, aquella angustia que amenazaba con ahogar su corazón. Se levantó y deambuló por la estancia. Trató de poner orden a sus pensamientos y comprender qué era lo que la desazonaba de aquella manera. Se sentó en la cama y se arrugó el vestido con la mano. Su respiración comenzó a acelerarse.

La silueta del castillo *dell'Ovo* sobresalía sobre el mar. Miguel observó la fortaleza durante unos instantes, antes de doblar la esquina y dejarla atrás. Caminaba con paso decidido hacia el puerto. Dos siluetas aparecieron al frente, pero Miguel no les prestó demasiada atención hasta que llegaron a su altura. Por una extraña casualidad coincidieron en el mismo lado de la calle, impidiéndose mutuamente el paso. Miguel se movió hacia la derecha y ellos hacia su izquierda, coincidiendo de nuevo. «¡Qué tontería!», pensó Miguel, buscando pasar por el medio de ambos, aunque los tuviera que apartar como si se tratara de una cortina. Pero lo que parecía una molesta casualidad, se

convirtió en algo serio, cuando los dos hombres echaron mano a su costado y se escuchó el suave siseo de una espada que empieza a hablar. Miguel, que lo que menos quería en esos instantes era meterse en una pelea, retrocedió ligeramente. Muy cerca, una ola rompió contra la pared del castillo y produjo un suave golpe.

El infanzón apretó el paso sin dar la espalda a sus atacantes e intentó escapar por donde había venido. Pero el sonido de unos pasos le hizo girar la cabeza. Alguien más se acercaba. Miguel era un caballero intuitivo para el combate. Y en esos momentos, su instinto le decía que no iba a poder marcharse de allí sin pelear. Intentó encontrar la calma suficiente para enfrentarse a aquella situación. Y aunque lo que menos importaba en esos instantes era saber por qué lo atacaban, no pudo evitar preguntárselo. Una luz cercana iluminó el rostro del último hombre en llegar. Al reconocerlo, Miguel sintió un alivio momentáneo.

–¡Alejandro! –le dijo, saludándolo con alegría.

–Me alegro de que me reconozcáis –le contestó él con cierta ironía en su voz–. Así no tendré que dar explicaciones superfluas.

El alivio de Miguel desapareció por momentos. Sintió el aliento de los otros dos hombres sobre su nuca, mientras Alejandro sacaba algo de su cinturón. El brillo metálico del objeto puso en alerta cada poro del cuerpo del infanzón. Miguel sacó la espada y se giró tratando de refugiar su espalda en la pared de la casa de su izquierda.

–¿Qué es lo que queréis? –le preguntó.

–No os pongáis tan a la defensiva, amigo –Alejandro pronunció la última palabra demasiado despacio, para que su significado se correspondiera con el tono que había utilizado–. Voy a impedir a toda costa que os caséis con mi prima.

–¿Y por qué iba a casarme yo con vuestra prima?

–No hace falta que neguéis nada. Lo sé todo. Ella me lo ha contado y he visto la familiaridad con la que os trata mi tío.

Miguel fue a protestar pero el ataque de los dos hombres que habían desenvainado la espada le hizo centrarse en su defensa. Aquellos hombres eran buenos, pero Miguel se defendió con maestría. Durante los primeros compases se ocupó de rechazar los golpes que se le venían encima y contraatacó para conocer la forma de batirse de aquellos dos rivales inoportunos. El sudor comenzó a resbalar por su frente, pero aún se notaba

fresco y en forma. Se estaba defendiendo bien. Pensaba que podría con ellos y conseguiría explicar a Alejandro los motivos por los que había ido a ver a Roger, que estaban muy lejos de ser los que él esgrimía. «¿Por qué habría dicho Laraine que estaba allí para pedir su mano?», se preguntó en silencio y eso le hizo distraerse, lo que provocó que uno de sus atacantes le alcanzara el brazo. Sintió un dolor agudo que rápidamente subió hasta el hombro, que estuvo a punto de hacerle abrir la mano y que su espada cayera al suelo. Pero en el último instante encontró la fuerza suficiente para volver a cerrar el puño.

–¡Ya es suficiente! –gritó Alejandro y, al hacerlo, su voz sonó ronca.

Miguel se abrió un poco, pensando que Alejandro se daba por satisfecho, pero se equivocó. Los dos hombres se abalanzaron a la vez sobre él y Miguel sintió que algo o alguien atenazaba su brazo derecho haciendo inútil su movimiento para frenar la avalancha que se le venía encima. Un instante más tarde, las puntas de dos espadas rozaban su cuello mientras Alejandro apretaba fuertemente su brazo derecho, detrás de su espalda. Su espada hizo un ruido sordo al golpear contra el suelo. Miguel sabía cuándo su lucha resultaría en vano y esa era una de esas ocasiones. Su única posibilidad era hablar con Alejandro.

–¡Sujetadlo! –les dijo entonces a los dos hombres. El aire se enrareció y Miguel se dio cuenta de que estaba respirando fuertemente. Cuando sintió la firme sujeción de sus brazos intentó desasirse.

–Creo que os equivocáis al creer que he pedido la mano de vuestra prima –le dijo a Alejandro, cuando lo tuvo enfrente.

–Os creía un caballero y me estáis demostrando que sois un cobarde. Renegáis de vuestros actos y de vuestros sentimientos solo por salvar el gaznate.

Miguel no sabía a ciencia cierta si aquella era una situación para reír o para llorar, pero lo que sí le constaba era que su vida corría un gran peligro. Alejandro golpeó con saña la boca de su estómago y el golpe le hizo doblarse sobre sí mismo mientras se tragaba un grito de dolor que no consiguió aguantar del todo.

–Al menos, demostrad que sois un caballero al enfrentar la muerte.

–Demostrad vos que lo sois. Batíos conmigo de igual a igual.

–Eso sería muy caballeroso, sí, pero no sé si os habéis dado cuenta de que yo no lo soy. Así que no esperéis de mí un comportamiento tal.

Hacía ya un rato que Miguel se había dado cuenta de que sería inútil tratar

de argumentar con el sobrino de Roger. Y no estaba dispuesto a morir esa noche, no ahora que estaba a punto de zarpar con destino a Navarra. Así que, como tenía sujetos los brazos, se le ocurrió atacar con los pies. Lanzó una fuerte patada que pilló desprevenido a Alejandro y también a los dos hombres que lo sujetaban. Eso le permitió soltarse de ellos y estuvo a punto de escabullirse lo suficiente, pero tropezó con la pierna de uno de los hombres y perdió el equilibrio. Aquel instante le permitió a Alejandro recuperarse lo suficiente y lanzarle una estocada con su cuchillo que penetró en uno de los costados de Miguel. Este cayó rodilla al suelo.

—¡Agarradlo! —oyó el infanzón.

Dos manos fortísimas le pusieron en pie elevándolo como si fuera una pluma. Un dolor intensísimo se expandió por su cuerpo desde el costado, cual terremoto que rompe piedra a piedra los cimientos de una casa.

—¡Ya sabéis lo que tenéis que hacer con él! No le toquéis la cara. Quiero que se le reconozca bien.

Miguel sintió que sus pies dejaban de tocar el suelo y se removió con ferocidad. Su rebelión solo sirvió para que el dolor provocara decenas de réplicas en su cuerpo.

Laraine no estaba tranquila. Inquieta, estrujaba su vestido entre las manos haciendo que este se arrugara. Era extraño que su primo hubiera salido estando enfermo, se repetía una y otra vez. Era extraño... La joven movió la cabeza. Alejandro era un mal paciente. De esos que se quejan sin parar. Siempre que se encontraba indispuerto, reclamaba la presencia de ella, pero en esta ocasión... Laraine se pasó la mano por la cara y se colocó el pelo detrás de la oreja.

«Supongo que venís a despediros de él». Las palabras de Alejandro retumbaron en su interior. «Despediros de él, despediros de él... Nunca se sabe lo que puede pasar. Hoy estamos aquí, mañana no. Mañana no». Aquellas palabras tenían algo de funesto. Una intuición fatal le hizo ponerse de nuevo de pie. Miró en derredor, como si de pronto su habitación se hubiera llenado de presencias indeseadas. Pero era su corazón el que le gritaba. Salió del cuarto. Tal vez se había equivocado al reconocer a su primo. Tenía que comprobar si seguía en su habitación.

Salió de prisa, dispuesta a invadir la habitación de Alejandro, a echar abajo su puerta. Pero un sonido suave de pasos le hizo detenerse y buscar

cobijo en las sombras. Alguien se acercaba. Gracias a la antorcha que colgaba de la pared del pasillo, reconoció la silueta de su primo. Su capa tenía un roto en uno de los laterales, justo en el sitio en el que le había alcanzado la patada de Miguel, aunque eso ella no lo sabía. Su cara estaba sudorosa y su cabello revuelto y sus manos...

–¡Ah! –Laraine intentó reprimir una exclamación de sorpresa y dolor. «¿Qué he hecho?», se dijo horrorizada.

Laraine salió a toda prisa de su escondite, en cuanto la puerta del cuarto de su primo se cerró, y corrió sin detenerse en busca de Roger.

–¡Padre! –exclamó abatida y agitada–. ¡Padre! ¡Ha sucedido algo terrible!

Roger levantó la vista de los papeles que estaba revisando y centró su atención en su hija, que se acababa de postrar a sus pies. La joven miró con súplica a su padre, pero las palabras parecían haberse ahogado en su garganta.

–¡Explicaos, hija! ¿Qué es eso que ha sucedido?

Laraine abrió y cerró la boca dos veces antes de comenzar a hablar. Su voz salió ronca, imprecisa, dubitativa, tan extraña que parecía la de otra persona.

–El otro día le hice creer a mi primo que don Miguel estaba aquí para pedirme mi mano. Ya sabéis lo pesado que se pone a veces para convencerme de que yo sea su esposa y ahora él, creo que ha salido en pos de don Miguel y lo ha matado.

Ya estaba, ya lo había dicho, aunque ella misma notaba que lo que acababa de contar era una locura.

Roger se levantó de golpe y miró con severidad a su hija, que en esos instantes aún agarraba la pierna de su padre. El anciano se lo pensó un rato antes de hablar. Si algo había aprendido en su vida era a ser discreto y paciente.

–¿Qué os ha llevado a pensar que Alejandro ha podido matar a don Miguel?

–Cuando Miguel se ha marchado de nuestra casa, él ha salido detrás con dos hombres. Alejandro acaba de regresar. Tenía la capa hecha jirones por la parte de la izquierda y en sus manos... –la joven se detuvo al recordar horrorizada la visión que había contemplado–. ...y en sus manos llevaba el cuchillo de su padre, el que él llama *Magnot*, manchado de sangre.

–¿Estáis segura de que era sangre?

–Sí, bueno, no lo sé –dudó.

–Además, ¿por qué querría matar a don Miguel, si regresa esta misma

noche a su patria?

La joven se quedó pensativa. Era verdad. Alejandro le había preguntado si venía a despedirse de don Miguel.

—Supongo... supongo que ha sido un mal entendido. Ruego que me perdonéis.

Roger suspiró y ayudó a su hija a ponerse en pie. Esta lo miró y sonrió a través de las lágrimas que sentía calientes en sus mejillas. Ya en la puerta, cuando su padre se disponía a continuar con los asuntos que estaba revisando, Laraine se volvió llena de dudas y de temor. Cerró su mano derecha, aquella que había estudiado y seguido detenidamente las líneas de la mano del infanzón, y la sintió fría como la muerte. Parecía que la sangre había dejado de correr por ella.

—¡Padre! ¿Me haríais un favor?

Roger enarcó una ceja. Estaba claro que su hija no le iba a dejar en paz tan fácilmente.

—¿Qué queréis esta vez?

—¿Podríais pasaros por la habitación de Alejandro? Solo para... para cercioraros de que todo está bien.

—De acuerdo —claudicó su padre.

Laraine partió en pos de él. Cuando Roger llegó a la puerta de la habitación de su sobrino se volvió a su hija antes de llamar.

—Será mejor que esperéis fuera.

La mujer bajó la cabeza. Quería entrar, pero sabía que ya había abusado demasiado de la bondad de su padre. Roger golpeó con suavidad la puerta.

—Alejandro, soy Roger. ¿Puedo pasar?

Varios ruidos inconcretos se escucharon antes de que el joven diera su permiso. Roger abrió la puerta, después de dirigir una mirada de advertencia a su hija. Alejandro se encontraba en la cama. Había entrado en ella precipitadamente. Su rostro se veía sudoroso y estaba despeinado, pero podía ser fruto de la fiebre.

—¿Cómo os encontráis?

El joven se encogió de hombros y emitió un quejido. El anciano se paseó por la habitación. No apreció nada sospechoso.

—Me preguntaba —le dijo, echando un vistazo por la estancia e inspeccionando todos los detalles—, si estaríais lo suficientemente bien como para ir esta noche a comprobar la salida del *Cortavientos*.

–Creo que no será posible, pero ya he enviado a un hombre de mi más absoluta confianza para que se ocupe de todo.

–¿Y ese hombre es?

–Filipo.

Roger conocía a Filipo. Uno de los guardias preferidos de su sobrino. Alto, fuerte, de anchas espaldas y bobo como un cordero. Eso sí, obediente era, pero de ahí a ser el más adecuado para comprobar que todo estuviera en regla para dar la orden de zarpar... Nada dijo sin embargo el anciano sobre ello.

–De acuerdo. ¿Necesitáis algo? ¿Queréis que pida que os traigan alguna cosa?

–No será necesario, tío.

–Entonces, me marchó.

Roger se volvió y se tropezó con una de las botas de su sobrino. Sonrió.

–Creo que esto está fuera de su sitio. Os la dejaré aquí.

Roger tomó la bota. Estaba limpia y reluciente.

–Gracias, tío.

Roger abrió la puerta, pero antes de traspasar el umbral se volvió para hacer una última observación.

–Supongo que os habréis asegurado de que los pasajeros tengan todo lo necesario para su viaje...

–¿Pasajeros? –preguntó algo dubitativo. Nadie le había dicho que en el *Cortavientos* fueran a embarcar pasajeros—. Sí, claro, los pasajeros –dijo intentando no dar demasiadas explicaciones.

–¿Cuántos iban al final?

–Filipo no me lo ha dicho.

–Ya, bueno, no tiene importancia. Filipo se encargará. Que descanséis.

Cuando la puerta se cerró, una impaciente Laraine saltó sobre él. Pero su padre negó con la cabeza.

–Aquí no.

Roger la condujo hasta sus aposentos.

–¿Qué? –le preguntó ella con la mirada.

–Sentaos. Vuestro primo parecía realmente enfermo. Su cara estaba lívida y sudorosa y su pelo revuelto.

Laraine negó con la cabeza. Su mal presentimiento seguía allí.

–Su ropa estaba en orden y en la habitación no había nada que llamara la

atención.

–Pero ha tenido tiempo de...

Roger levantó su mano y siguió hablando.

–Sin embargo, hay dos cosas que me resultan extrañas. La primera de ellas es que sus botas estaban no limpias, sino limpiísimas y, ¿cuándo habéis visto las botas de vuestro primo, limpias? Y hay otro detalle, no sabía que los navarros partían hoy en el *Cortavientos*.

–Pero él me ha preguntado si iba a despedirme de don Miguel... Y que hoy estamos aquí y mañana, no –su mano tembló al decirlo–. ¡Padre!

–Id al puerto y aseguraos de que don Miguel está en el barco. Yo iré a hablar con Guillermo. Necesitaremos ayuda.

García se paseaba intranquilo por el muelle. El barco estaba preparado y todos habían subido a bordo. Meneó la cabeza. «¿Dónde estáis?», preguntó entre dientes. Su mandíbula se apretó y sus ojos escrutaron la oscuridad en busca de una silueta que no aparecía. «Algo le ha pasado». Miró de nuevo hacia el barco. El perfil del infante se veía claro en la cubierta. No estaba muy contento, porque había tenido que lidiar con el capitán para que les admitiera en el barco. Al parecer, no había sido informado. El Almoravid meneó negativamente la cabeza, pero a esas alturas García estaba dispuesto a desafiar la autoridad de su señor. Si Miguel no aparecía, pediría permiso para quedarse, aunque no estaba muy seguro de si don Sancho se lo concedería. No le importaba perder el barco. Alguien se acercó despacio y se colocó a su lado. García agradeció la compañía de Álvaro. Él también parecía preocupado.

–¿Todavía no viene? –preguntó el de Subiza.

García negó con la cabeza.

–Ha debido suceder algo. Solo tenía que ir a pagar a Roger y su casa está cerca.

–Entonces vayamos.

–Don Sancho no permitirá que ninguno de nosotros abandone el muelle.

–¡Mirad! –dijo entonces don Álvaro–. Parece que alguien se acerca.

García siguió con la mirada el lugar que su compañero le indicaba. Era cierto, alguien se acercaba a paso ligero.

–¡Por fin! –dijo García.

–Esperad, no tan deprisa. Ese no es Miguel.

García se detuvo unos instantes.

–¿Cómo sabéis...?

–Mirad su forma de andar y de moverse. No es él.

García había olvidado lo bien que Álvaro conocía a Miguel. Se fijó en la silueta que poco a poco iba creciendo en la distancia. Tenía razón. No era Miguel.

Filipo parecía más grueso a la escasa luz de las farolas. Sin hacer caso de la presencia de los dos caballeros al pie del barco, se dirigió hacia la pasarela que comunicaba tierra y barco, dispuesto a quitarla y dar la orden de marcha. No tenía intención de perder ni un solo instante, si no era estrictamente necesario. La pequeña pelea le había dado hambre y se moría por un poco de sexo. Y sabía dónde conseguir las dos cosas.

–¡Eh! Esperad. No podéis retirar la pasarela. Aún no hemos subido todos a bordo –le dijo don Álvaro.

–Eso no es de mi incumbencia –dijo en tono malhumorado–. Tengo órdenes de don Alejandro y me limitaré a cumplirlas. Nada se me ha dicho de que hubiera que esperar a alguien.

–Falta un hombre, se llama don Miguel –intervino García en tono conciliador–. Debe venir ahora. En cuanto llegue podréis dar la orden de zarpar. Quizá vos lo hayáis visto.

–No he visto a nadie –les dijo–. Y ahora, apartaos, si no queréis que saque la espada.

–¿No vais a comprobar si la carga está correctamente?

–Eso ya lo ha comprobado Alejandro –protestó.

Los dos hombres se interpusieron en su camino, intentando ganar tiempo. Filippo les dio un empujón con su mano derecha. No era un hombre de grandes discursos, ni siquiera de pequeños. Era un hombre de acción y siempre estaba preparado para ello. Álvaro fue a protestar, pero García lo apartó a un lado.

–Gracias –dijo Filippo.

–¿Habéis perdido el juicio? ¿Qué hacéis? –le preguntó el de Subiza contrariado.

–¿Os habéis fijado en su mano? –le dijo confidencialmente.

–¿Por qué habría de fijarme en su mano?

–Porque luce el anillo de Miguel –le dijo el otro.

El corazón de Álvaro perdió un latido.

–Yo lo entretendré –dijo el de Subiza convencido–. Vos id a avisar a don

Sancho.

—¡Eh!, grandullón —gritó Álvaro para llamar la atención de Filipo—. Decidle a mi espada lo que me acabáis de decir a mí.

La espada de Filipo era larga como un día sin pan, gruesa en la base de la empuñadura y más delgada en la punta y no hacía mucho que había sido usada. Un pesado presagio cruzó por la mente del navarro. Filipo pareció algo desconcertado al principio, pero no era hombre que hiciera escrúpulos ante la perspectiva de una buena pelea. Unos instantes más no iban a afectar a la salida del barco.

El cuerpo gigante de don Sancho saltó a tierra de golpe. Ni siquiera hizo uso de la pasarela que estaba preparada. En cuanto dijo: «¡A mí!», una decena de caballeros se agolparon a su alrededor. Filipo no los vio hasta que lo tuvieron rodeado.

—¿Qué demonios significa esto? —bramó.

Don Sancho se acercó a él, mientras sus caballeros hacían un círculo compacto alrededor, del que era imposible escapar. En medio, el soldado dio vueltas sin soltar la espada, amenazando a unos y a otros, sin mostrar ni una pizca de temor o de arrugarse. Entonces se rio con fuerza. Pero su risa duró hasta que se vio frente a frente con el infante. Aunque era alto, don Sancho lo era más. Aunque era ancho de espaldas, don Sancho lo era más. Aunque era valiente, don Sancho lo era más y a todas luces, y, por supuesto, el infante era mucho más inteligente que él.

—¿Qué habéis hecho con don Miguel? —le dijo directamente.

—No sé de qué me habláis.

El infante le propinó un golpe seco en el brazo y su espada cayó al suelo.

—Podemos hacer esto a las buenas o a las malas. Y no tengo tiempo para estar repitiendo mis preguntas. ¿Qué habéis hecho con mi caballero?

Filipo ya no reía, pero mantenía su postura de reto y estaba dispuesto a luchar hasta el final. Se encogió de hombros. Don Sancho se acercó a él y tomó su brazo con fuerza retorciéndoselo.

—Ese anillo no os pertenece y don Miguel no se lo entregaría a nadie si le quedara un soplo de vida con el que protegerlo.

Filipo miró en dirección a su dedo. Aurelio le había dicho que no lo cogiera, pero él se había encaprichado de la joya. Después de todo, el caballero al que se lo había arrancado ya no lo iba a poder usar más. No había sido fácil quitárselo. En un momento determinado incluso había pensado en

arrancarle el dedo. Pero al final no había hecho falta.

–Entonces, quizá es que aquel a quien buscáis está muerto.

–Por vuestro propio bien, rezad para que eso no sea cierto –le dijo, golpeándolo con saña en el bajo vientre–. ¿Dónde está don Miguel?

Mientras don Sancho intentaba arrancar de la boca de Filippo el paradero de Miguel, arriba, en el barco, acababa de comenzar una fuerte discusión. Los pocos navarros que habían quedado en cubierta se peleaban con el capitán, empeñado en zarpar cuanto antes. Pero los otros estaban dispuestos a ejercer la fuerza. El capitán había llamado al grupo de cinco hombres que Roger había asignado para protección del barco y las espadas habían asomado por la proa.

–¿Dónde está don Miguel? –repitió don Sancho, agarrando del cuello a Filippo.

Este apretó los dientes sin soltar prenda. La luna se dibujaba divertida en lo alto y todo Nápoles parecía haberse conjurado contra los navarros. Don Sancho estaba empezando a perder la paciencia, cuando una voz extraña se escuchó por detrás del círculo de los navarros. Las palabras tenían un acento diferente y parecían demasiado largas. Nadie las entendió, pero aquellos sonidos llenaron de lividez y temor el rostro de Filippo. El infante se volvió con curiosidad hacia el lugar del que provenía la voz y vio a una mujer envuelta en un elegante vestido verde, con la cara cubierta por un velo del mismo color.

–¡Laraine! –exclamó García.

La mujer, sin hacer caso a nadie y manteniendo los ojos fijos en Filippo, siguió hablando en aquella extraña lengua. El infante notó cómo el cuerpo de Filippo perdía peso y rigidez. Su actitud desafiante había desaparecido por completo y parecía un niño desangelado.

–*Castel dell'Ovo* –fue todo lo que entendió García.

–¡Deprisa! –dijo entonces Laraine–. Filippo ha arrojado a don Miguel desde el castillo del Huevo.

Don Sancho dio unas órdenes precisas, antes de partir con García y Álvaro detrás de una presurosa Laraine. Nada más dejar el embarcadero, Roger se cruzó con ellos. Iba acompañado de otra persona.

–¡Padre! –le gritó la mujer sin detenerse–. Filippo ha arrojado a Miguel desde el castillo del Huevo por orden de Alejandro. Tenéis que detener el barco.

Había tenido suerte de caer sobre el agua. Eso pensó Miguel, antes de hundirse por el peso de su ropa y por la propia debilidad que le embotaba cuerpo y mente. Los golpes de aquellas dos bestias habían convertido su cuerpo en un recipiente de dolor. Contrariamente a lo que había imaginado, se sintió feliz. Incapaz de mover su cuerpo o de pensar, pero feliz. Parecía que las aguas gritaran su nombre y le dieran la bienvenida. Descubrió algunos recuerdos que pasaron por su cabeza en un último momento de lucidez. Vio a Álvaro y sus ojos grises parecieron clavarse en los suyos durante un breve instante. Le decía algo, pero era imposible entenderlo. Después vio a María, la dulce María que nunca sería suya y a Berenguela. La reina sonreía, con esa sonrisa tan dulce. García, sin embargo, parecía enfadado. Su cara desapareció de pronto y su lugar lo ocupó otra. Era Laraine que le llamaba con desesperación. Elevó una mano hacia esa superficie que se alejaba cada vez más de él, intentando arrancar el velo que tapaba la supuesta hermosura de la joven. Una voz le llamaba. «¿Era posible escuchar una voz debajo del agua?». Lo que quedaba de lucidez en él le contestó que no. Sin embargo, esa voz seguía sonando. Se imaginó a Laraine llamándole y tomando suavemente su mano. Fue esa imagen, por encima de las otras, la que le hizo reaccionar. Se quitó las botas que amenazaban con hundirlo del todo y empujó con todas las fuerzas que le quedaban hacia arriba, donde sabía que estaba el aire. A punto de perder el conocimiento, notó una ligera brisa sobre su coronilla. En su desesperación, encontró una roca y se agarró a ella como pudo, a pesar de que le estaba cortando la mano. Intentó subirse a ella, pero ya no tenía fuerzas. Agotado, cerró los ojos.

Laraine fue la primera en meterse al agua y zambullirse. No había demasiada luz, pero a ella no parecía importarle. Había urgencia en su respiración, en sus movimientos, en su corazón. Una urgencia como jamás había experimentado.

La fortaleza estaba cerrada. García la miró desafiante, retándola a que le dijera desde dónde podían haber arrojado a Miguel.

–Busca por abajo –le dijo a don Álvaro–, yo iré a ver si hay alguna puerta abierta para tener otra perspectiva.

Álvaro rodeó la fortaleza mientras su compañero se lanzó a empujar e intentar abrir cada una de las puertas que encontraba a su paso. Le dolía el hombro después del tercer empujón, pero no cejó en su intento. Por fin, una

puerta cedió y pudo entrar en un habitáculo interior, oscuro y húmedo. Tardó unos momentos en habituarse a la escasa luminosidad y, más por empeño que por ver dónde se encontraba exactamente, siguió adelante. Tanteó con su mano izquierda por delante para no chocarse con nada, mientras la derecha asía firmemente su arma. Arrastró los pies por el suelo, temeroso de encontrar algún agujero indeseado y siguió hasta que encontró unas escaleras. Subió por ellas, apoyado en la pared. Aquellas escaleras parecían conducir al cielo. Por fin, los escalones se terminaron en un descansillo y a dos pasos de él vio otra puerta. Dispuesto a echarla abajo, apoyó todo su cuerpo de nuevo sobre su hombro derecho y forcejeó con fuerza. Para su alivio, la puerta cedió fácilmente. Una ligera brisa le anunció que aquella apertura daba directamente al exterior. Se asomó con cuidado a una de las estrechas ventanas. Abajo ya se habían concentrado varias personas y no parecían ser solo curiosos, sino hombres dispuestos a ayudar. García buscó en la oscuridad de las aguas cercanas, hasta que dio con la sombra de Laraine. La luna esparcía algo de claridad sobre la noche. Le pareció que la mujer le hacía señas.

–¡Allí! –gritó García–. ¡Allí!

Volvió a repetir hasta que Álvaro se percató de su llamada. Todos corrieron hacia donde señalaba el Almoravid.

Laraine notó el cuerpo rígido de Miguel bajo su brazo. Las tímidas olas golpeaban su espalda suavemente. La mujer sujetó con fuerza su cabeza, para que el agua no le entrara en los pulmones. Con manos temblorosas había comprobado el pulso en su cuello. Una sonrisa nerviosa había acudido a sus labios, al notar el golpeteo débil del pulso sobre la vena.

–¡Miguel! –lo llamó con cierto temor.

El agua no estaba tan fría como había pensado, pero el esfuerzo estaba empezando a hacer mella en sus fuerzas. Por entre sus piernas, notó la corriente del agua, mucho más fuerte que en la superficie. Miró hacia tierra. Había tenido suerte de que don García la hubiera visto tan pronto; sin embargo, le parecía que la ayuda tardaba una eternidad en llegar. Le habló dulcemente al oído, mezclando palabras mesapias y occitanas. El rostro del joven se veía relajado a la luz de la luna. Su cara no presentaba ninguna contusión, salvo un raspazo en la mejilla. Tampoco parecía tener ningún golpe en la cabeza, pero Laraine era consciente de la herida de su costado, de la que salía un hilillo fino de sangre. También notaba su olor.

–¡Laraine! –alguien gritó desde la orilla.

La joven entrecerró los ojos para hacerse una idea exacta de sus opciones de avanzar con el cuerpo de Miguel hasta la orilla. Sabía que lo podía conseguir, aun con peligro de perder todas sus energías. Se decidió. No estaba dispuesta a demorar el rescate del caballero. Así que moviendo lo menos posible el cuerpo del joven y manteniendo en todo momento su cabeza fuera del agua, comenzó a dejarse llevar por la corriente. Tuvo que hacer mucha fuerza con sus pies, para impulsar el peso extra que llevaba, pero con gran determinación fue avanzando hacia la orilla. A mitad de camino encontró la ayuda de dos jóvenes que la liberaron de su peso y que se habían lanzado al agua para ayudarla. No conocía a ninguno de los dos. Ella lo agradeció y entonces fue mucho más sencillo alcanzar el objetivo. Entre varios hombres subieron el cuerpo del herido a tierra y después, Álvaro y don Sancho, que eran quienes se habían tirado a por Miguel, la ayudaron a ella. Varios hombres se arrimaron.

—¡Apartaos! —dijo ella. Su voz sonó con autoridad.

Laraine se sentó al lado de Miguel y fue pronunciando palabras en un idioma desconocido y extraño. Con cuidado, se quitó el velo que se le había pegado a la cara por las salpicaduras del agua y lo colocó sobre la herida del joven, haciendo presión para que dejara de sangrar. A simple vista parecía solo un pinchazo, pero con esas heridas nunca se sabía.

Álvaro se quedó extasiado por un breve momento, hechizado por el canturreo de aquel idioma que salía de la boca de Laraine y por su belleza. El mismo efecto habían notado García y el infante. Allí sentada, Laraine parecía una sirena. Nunca habían visto una, pero si existían, tenían que ser como ella.

Con cuidado, la joven examinó el cuerpo de Miguel, buscando posibles heridas. De su primer examen dependía que los siguientes movimientos no lastimaran al caballero, como para producirle lesiones irreversibles. Miguel abrió los ojos durante un instante. Intentó decir algo, pero una mueca de dolor le hizo arrugar el gesto. Luego volvió a cerrar los ojos. Como por arte de magia, un carro apareció detrás de ellos y alguien acercó unas mantas y algo de ropa.

—¡Ayudadme a quitarle las ropas mojadas! —pidió a García.

Este se agachó junto a la mujer.

—¡Con cuidado! —le rogó ella—. No es un trapo.

García Fortúnez cambió la prisa por la precisión. Observó maravillado cómo la mujer colocaba los brazos de Miguel en posición cruzada sobre su

pecho. Luego puso una de las mantas en el suelo, estirada al lado del cuerpo del infanzón. Con dos estudiados movimientos ejecutados con precisión, la manta quedó debajo de él. Después lo cubrió rápidamente con el trozo que quedaba a cada lado.

—¡Vos, vos, vos y vos! —dijo ella, sin dejar que nadie más tomara el mando de la situación—. Subidlo al carro. García, subid, os llevaré al puerto.

Los tres navarros subieron junto a Laraine y Miguel y el carruaje se fue en silencio.

El *Cortavientos* acababa de zarpar. Llevaba varias horas de retraso, pero había salido con buen viento y buena mar, así que no tendría problemas en recuperar el tiempo perdido. Laraine, desde la cubierta, vio cómo la figura de su padre se hacía pequeña hasta desaparecer. Bajó los ojos y apretó los labios, escondidos de nuevo bajo su velo, y desapareció rumbo a los pequeños aposentos donde descansaba Miguel. Don Sancho la vio entrar, pero no dijo nada. Tenía el ceño fruncido. Lo tenía desde que había visto el anillo en el dedo de Filipo y no se le había quitado desde entonces.

Laraine se sentó junto al herido. Miguel tenía un enorme hematoma en la parte derecha del tórax. Filipo y el otro soldado lo habían pateado a conciencia y seguramente se habría golpeado contra alguna roca antes de caer al agua. No podía saberlo a ciencia cierta, pero lo que estaba claro es que Miguel tenía heridas internas y a causa de ellas había perdido mucha sangre. Como había sospechado, la herida abierta no constituía sino un pinchazo. Doloroso, eso sí, pero estaba hecho sin desgarros y cicatrizaba bien. Llevaba la firma del cuchillo vaina de su primo.

Miguel abrió los ojos por primera vez cuando ya estaban muy lejos de la costa y los clavó en los de ella.

—Vos... no —consiguió articular con bastantes problemas.

Laraine sintió una punzada de tristeza en su estómago y en su corazón. Miguel cerró los ojos. En su cara pálida destacaba su barba crecida, no muy espesa y, entre ella, sus labios bien definidos, aunque pálidos. La joven había visto las huellas de heridas pasadas, del tiempo vivido, en su cuerpo. Se preguntó cómo sería la tierra donde Miguel había crecido, si vivirían sus padres, si tendría hermanos, qué comidas le gustarían, qué sueños tendría... Pasó la mano derecha delicadamente entre su cabello oscuro, apartándoselo de la frente y le secó el sudor despacio. Miguel gimió sin fuerzas y tragó saliva

con gran esfuerzo. Laraine incorporó su cabeza con sumo cuidado y le dio un poco de agua. Parte del líquido resbaló por la comisura de sus labios, pero algo llegó a su garganta y él tragó con entusiasmo, tenía sed. García entró con un cuenco de comida para ella.

–Debéis descansar –le dijo.

La joven no se había apartado del lado de Miguel, salvo lo estrictamente necesario para hacer sus necesidades, en los dos días que llevaban navegando.

–No. No lo haré hasta que él esté bien –le contestó decidida.

–Él comprenderá y os perdonará.

Ella negó con la cabeza.

–Debo cuidarlo –declaró con tristeza–. Puse en peligro su vida más allá de lo perdonable.

García le acercó el cuenco.

–Al menos, comed algo –le pidió, sentándose al otro lado de su amigo.

Laraine tomó el cuenco con ambas manos y comenzó a comer. Allí adentro no utilizaba velo y García se había acostumbrado al rostro enigmático de la joven.

–Esas palabras que pronunciáis... –se atrevió a conjeturar el navarro–, ¿son un conjuro o algo semejante?

Ella sonrió por primera vez desde que embarcaron. Negó con la cabeza.

–¡No!

–Y, ¿me podéis decir qué significan?

–Es una especie de canción. Los mesapios creían que esas palabras los protegían.

–Entonces, en cierto modo es un conjuro.

–Pero no al modo que vos pensáis. «Nada te traspase, nada te hunda. La sangre lleva la vida, escudo contra la muerte».

El Almoravid se quedó pensativo.

–¿Cómo pueden ayudar esas palabras a proteger a alguien?

–Solo el que lucha hasta el final puede vencer. Solo el que derrama hasta su última gota de sangre, vive. La victoria solo puede surgir de la muerte.

–Creo que no os entiendo.

–Lo que quiero decir es que en la batalla, cuando peor parece que van las cosas, es cuando realmente se empiezan a enderezar y todo cambia. El simple gesto de un hombre que lucha hasta derramar su última gota de sangre, puede cambiar el signo de un combate. Él –dijo mirando a Miguel– está librando

ahora una batalla.

García miró al caballero herido, su hermano de sangre, y asintió. Aunque no estaba muy seguro de por qué lo hacía. Aquella mujer era enigmática, no solo en su forma de comportarse, también lo era con la palabra.

–Debo irme. Cuidad bien de él.

–Lo haré. Aunque él no quiera mis cuidados, es mi deber.

Miguel se despertó al cuarto día. Se notaba despejado de mente, pero su cuerpo se le antojó pesado y lento. Le dolía la garganta y el costado derecho. El olor a sal y la densa humedad del lugar, junto con el vaivén que sentía, le decían que se encontraba en las tripas de un barco. Tenía la sensación de haber percibido la presencia de García, pero se encontraba todavía confuso. Parpadeó varias veces, y trató de situarse, de asegurarse de si se encontraba en un sitio seguro o si debía temer por su vida. A su lado vio una silueta quieta. Le dolió descubrir que era la de Laraine y se preguntó qué demonios hacía ella en el barco y adónde lo llevarían a él. Se incorporó despacio, pero la cabeza le empezó a dar vueltas a mitad de su intento y tuvo que volver a echarse. La joven, que dormitaba a su lado, se despertó de golpe y clavó su mirada en los ojos castaños del joven. Después, discretamente, desapareció.

Intentó sentarse de nuevo y esta vez tuvo un poco más de éxito, a pesar de que la sensación de mareo continuaba arraigada en su estómago.

–¿Así que es verdad que habéis despertado? –la voz familiar de García lo tranquilizó.

–¿Cómo conseguisteis encontrarme a tiempo? –le cuestionó el herido.

–Es una larga historia.

–Creo que tengo tiempo para escucharla.

García comenzó su relato desde el momento en que Filippo apareció en el muelle con su anillo.

–Creo que ese anillo está maldito –le comentó Miguel, mirando su dedo y comprobando que seguía allí, para desgracia suya. El infante se lo había vuelto a colocar.

–Ese anillo nos permitió saber que algo os había pasado y quién os lo había hecho.

Miguel se calló y escuchó el relato.

–Ella se lanzó al agua sin pensarlo.

–Su mala conciencia, supongo –interrumpió el herido. Su amigo se encogió de hombros.

–Solo sé que fue la primera en llegar a vos y os mantuvo agarrado para que no os llevara la corriente, hasta que pudimos sacaros.

–¿Qué hace ella aquí?

–Eso os lo explicará el infante. Quiere hablar con vos en cuanto os encontréis mejor. Ahora descansad. Me alegro de que estéis bien.

García abandonó en silencio la sala y Miguel se quedó pensativo. El barco seguía bamboleándose despacio de lado a lado y las viejas maderas crujían lanzando al aire extrañas lamentaciones. Se rascó la cabeza. Al contrario de lo que pudiera parecer, su pelo estaba limpio y suave. Apoyando su mano en el costado dolorido, se incorporó despacio. Sus piernas flaquearon y las sintió temblar. No creía estar tan débil. Subió despacio las escaleras. Estaba aburrido de aquel lugar. El aire fresco del mar le rozó el rostro con suavidad. Varios hombres se volvieron al verlo, asintiendo despacio. Sus rostros eran desconocidos la mayoría de las veces, pero de vez en cuando, un navarro se acercaba a él y lo saludaba, alegrándose de verlo.

Siguió adelante, hasta que la voz cortante de don Yenegro se interpuso entre sus pensamientos y anularon la concentración que necesitaba para seguir caminando.

–¡Ahí va, el infanzón don Miguel! –dijo con tono despectivo–. Vencido por una mujer.

El ricohombre estalló en risotadas que fueron seguidas por algunos de sus hombres. No así por Álvaro. Sus miradas se encontraron en el vacío de la cubierta y Miguel asintió varias veces, dándole así las gracias por su contribución en su búsqueda y salvamento.

–Don Sancho –dijo Miguel al llegar hasta el lugar de popa donde se encontraba el infante–, me han dicho que me presentara ante vos en cuanto pudiera moverme.

El infante lo examinó con atención. El día estaba despejado y el viento soplaba con suficiente fuerza para mover con rapidez aquella enorme embarcación colmada de mercancías. La mar estaba en calma y el sol parecía sonreír en lo alto.

–Sentaos –le dijo el infante. No había que ser demasiado espabilado para darse cuenta de la debilidad del joven–. ¿García os ha puesto al corriente de vuestro rescate?

Miguel asintió.

–Mi hermano me ha dicho que vos me aclararíais la presencia de ella aquí.

El infante apretó los labios y le ofreció a Miguel un vaso de vino. Este aceptó, aunque solo se mojó los labios. Le escocían.

—Roger de Salerno ha construido un gran imperio. Es un hombre respetado y al parecer tiene buen tiento para los negocios. Pero Roger es también un hombre anciano. No quiero decir que se vaya a morir de inmediato —goza de buena salud—, aunque al parecer, había alguien al que no le hubiera importado que esto sucediera. Su sobrino Alejandro quería asegurarse el futuro y se había propuesto casarse con su prima. Como siempre había recibido negativas, hizo un intento desesperado por convencer a ambos de la necesidad y urgencia de un casamiento entre él y Laraine. Así fue como organizó aquel ataque en Brindisi que vos y don García neutralizasteis.

—¿Lo preparó él? —preguntó Miguel, algo perplejo.

—Sí. Ya en Nápoles, Laraine se sintió acorralada y pensó que diciendo que vos la pretendíais, su primo se olvidaría de ella durante un tiempo. Pero no contó con que Alejandro se enfurecería lo suficiente contra vos, como para planear vuestro asesinato.

—Sí, ¿pero por qué está ella en el barco? —insistió.

—Roger y yo hicimos un trato. Él necesitaba tiempo para tratar el asunto de su sobrino y para eso tenía que enviar a su hija lejos de Nápoles. Al parecer, tienen unos parientes en Toledo. Me comprometí a que la escoltaríamos hasta allí y ella se encargaría de vuestros cuidados a bordo. De esa manera, Laraine viajaba segura y nosotros partíamos casi tal y como habíamos previsto.

—Con todos mis respetos, señor, no quiero que ella me siga cuidando.

—Creéis que ya estáis curado, pero todavía necesitáis de ella.

—Lo que quiero decir, señor, es que no quiero volver a verla más.

—¿La teméis a ella más que a la herida de una espada? ¿La odiáis más que a don Yenegro?

—Simplemente... quiero olvidar —dijo enfadado ante el comentario.

—Pues tendréis que esperar un poco más de tiempo para olvidar.

Miguel lo miró con cara interrogativa.

—Vos seréis quien la escolte hasta Toledo.

—¿Yo? Os recuerdo que tengo otra misión. Debo llevar a cabo las últimas voluntades de don Gaufrido, por mandato de vuestro padre.

—Razón de más. Tendréis que pasar por Toledo antes de proseguir hacia las tierras del de Aliseda.

A Miguel no le gustó la perspectiva.

–¿Puedo rogaros que encomendéis esa tarea a otro de vuestros caballeros?

–Podéis, pero eso no cambiará vuestro destino. Y, ahora, podéis retiraros. Creo que deberíais descansar un poco.

Miguel se levantó e hizo una inclinación con la cabeza, guardándose su malestar para sí.

–Señor –le dijo antes de despedirse–. Gracias por esperarme.

La noche se estaba echando sobre el mar. A lo lejos, luces diminutas avisaban que se encontraban cerca de tierra, aunque todavía no habían llegado a su destino. Miguel se sentó en la cubierta, en el lado de babor. El ruido que las tranquilas aguas producían al chocar contra el casco relajaron su mente, mientras su estómago trataba de llevar a cabo una digestión difícil. Las luces del barco enturbiaron el agua de sombras. La temperatura era agradable. Un suave ruido le descubrió que alguien se acercaba. Por la suavidad de las pisadas supo que era ella. Desde que había despertado, se mantenía a cierta distancia y procuraba no coincidir con él. Pero él sabía que seguía velando sus sueños y curando sus heridas. Las externas y las internas, que eran mucho más difíciles de tratar. También sabía que, tarde o temprano, era inevitable que se encontraran. Laraine se quedó parada a cierta distancia, quizá cavilando sobre la posibilidad de darse la vuelta. Miguel lo deseó, pero en el último momento, debió decidir seguir adelante. La joven se paró a su lado.

–Es una bonita noche –le dijo ella, contemplando la superficie dorada sobre la que desaparecía el sol.

Miguel la contempló. Los tonos de oro se reflejaban en su frente y en sus ojos. Se fijó en ellos. Eran oscuros, intensos, brillantes, hermosos.

–Sí –concedió él.

–Me gustaría disculparme por meteros en todo este lío.

Miguel miró al mar. Aún se sentía enfadado, pero no podía dejarse llevar por la ira.

–Comprendo que todavía estéis enfurecido contra mí, pero dejadme decir que jamás sospeché que mi primo fuera capaz de algo semejante. Os pido disculpas de todo corazón y espero que un día podáis perdonarme. Mientras tanto, si hay algo que pueda hacer por vos. Cualquier cosa.

–Solo dejadlo tal y como está –le declaró con cierta rabia.

Miguel notó cómo la joven bajaba su cabeza.

–Como deseáis –le dijo mientras se marchaba.

Miguel siguió su estela. Seguramente había sido muy duro con ella, pero Laraine se lo había buscado por contar una mentira. Una mentira que había estado a punto de matarlo. La distancia que puso la joven entre los dos, sin embargo, no le llevó más paz. Al contrario, consiguió hacer temblar su corazón.

Había lágrimas asomando a sus ojos, aunque lo intentó ocultar. ¿Por qué le era tan difícil llegar al joven, cuando ella lo sentía tan cercano y tan real? Se ocultó entre las sombras. Eso lo sabía hacer muy bien. Las sombras eran sus aliadas.

Cuando Miguel retornó a su litera para pasar la noche, sabía que ella estaba allí. Sentía su presencia igual que ella notaba la de él. Pero ninguno de los dos hizo nada por acercarse al otro. Eso sí, cuando la respiración rítmica de Miguel le informó de que estaba dormido, ella tomó posición junto a su lecho y veló sus sueños. El barco se bamboleaba suavemente. La mar seguía en calma.

UN CORAZÓN ROTO

Yo elevo a los comensales mis quejas en este asunto de la botella,
que se ha vestido con una túnica de color negro espeso.

Habíamos vertido en ella el sol del vino entre nosotros; mas este sol
se ha ocultado en un ala de la noche tenebrosa.

La botella niega con su color las luces del vino, como el corazón del
ingrato niega la mano que le favorece.

*Abu Bakr Yahyá Ibn Muybar, el Buhturi de al-Andalus. Fue poeta
oficial de la corte almohade. Cantó la victoria de Alarcos y la
construcción de la maqsura en la mezquita real de Marrakus.*

Recogido en el libro Elogio del islam español. Emilio García Gómez

LE GUSTABA SENTARSE bajo aquella higuera. A veces con una labor entre sus manos, otras sin nada más que la silenciosa compañía de Blasquita y de la hija de esta, Marieta. La cara de Blasquita seguía siendo una máscara impenetrable. No se movía, no gesticulaba y la mayor parte del tiempo no se permitía ni siquiera un leve parpadeo. María sabía que hacía mucho tiempo que había perdido a su Blasquita, a la que consideraba como una hermana, pero no por eso dejaba de buscar su compañía, de hacerle partícipe de la vida diaria, de hablarle, de contarle los sucesos de la ciudad. Y, sin embargo, no estaba segura de que ella la escuchase, ni la entendiese. Un puyazo de rabia golpeó su estómago. El parche que cubría la mitad de la cara de Blasquita siempre le recordaba aquel maldito día en que don Yenegro le había puesto la mano encima, causándole lesiones externas espantosas e internas que nunca cicatrizarían. Había pensado que la ausencia prolongada de su esposo favorecería su recuperación, pero se sentía frustrada, porque no había sido así.

Ya nada parecía poder sacar a Blasquita de su nube infernal.

María anhelaba el regreso de los Martínez de Subiza tanto como lo temía. Deseaba estar con su esposo. Pero el retorno de don Yenegro abría un agujero en su corazón, que la vaciaba de todo sentimiento que no fuera el miedo.

La tarde era fresca, pero debajo de la higuera se estaba al abrigo. Y los rayos de sol que llegaban hasta las dos mujeres a través de las ramas del árbol, aún tenían fuerza suficiente. La casa estaba sumida en un tranquilo silencio. Las voces que se escuchaban eran suaves y los hombres atendían sus trabajos bajo la experta batuta de Juan. Este no había bajado la guardia ni un solo día desde que los amos se marcharon; hacía ya unos cuantos meses. Juan conocía más que suficiente a don Yenegro y sabía que cualquier negligencia podía servirle de excusa para mostrar la dureza de su carácter.

En el silencio de la tarde, los cascos de varios caballos se hicieron perfectamente audibles. María se puso de pie algo sobresaltada, expectante, con el corazón latiendo muy deprisa, como si se hubiera movido de sitio. Poco después se escuchó el chirrido del portón de entrada, como un gemido alto y claro, partiendo la tarde en dos.

Juan buscó con la mirada a Diego y a Marcos y les hizo una seña con la cabeza. Los dos sirvientes se acercaron a Blasquita y la tomaron en brazos, desapareciendo hacia el interior de la casa. La silla donde había estado sentada se tambaleó durante un breve instante y después cayó hacia atrás. Los caballeros entraron al trote, encabezados por don Yenegro.

–Bienvenido a vuestro hogar, don Yenegro –lo saludó Juan, tomando las bridas de su caballo.

El de Subiza descabalgó de un salto –aún estaba en forma para su edad– y entró en la casa sin saludar a nadie.

María buscó con la mirada a Álvaro. Por un momento temió que le pudiera haber pasado algo, que estuviera herido, o lo que era peor, muerto. Álvaro era su salvoconducto en aquella casa. El suyo y el de Blasquita. Sin él, estarían a merced de la tiranía de don Yenegro. Álvaro desmontó despacio. Varias jornadas de viaje le habían entumecido los músculos de las piernas. Estaba seguro de que su padre sentía lo mismo, pero había hecho el alarde de descabalgarse de un salto, aunque hubiera sentido un inmenso dolor. Tenía el pelo despeinado y sus ojos grises brillaban por la acción del viento. Sonrió al ver a María y se acercó a ella, envolviéndola en un cálido abrazo. María aspiró de él.

–¿Habéis tenido un buen viaje? –fue lo único que se le ocurrió preguntar a ella.

Álvaro afirmó.

–Todo ha ido bien.

La joven se moría por saber más detalles, por estar a solas con él, pero eso no entraba dentro del orden lógico de la vida en casa de los Martínez de Subiza.

–¡Álvaro! –don Yenegro bramó desde la entrada.

–Enseguida estoy con vos –le dijo a María besándola suavemente y volviéndose para atender la llamada de su padre.

María sintió la fría mirada que don Yenegro le lanzaba. Se obligó a clavar los ojos en la espalda de Álvaro para quitarse de encima ese estupor que cubría sus hombros. No escuchó las órdenes de su suegro, pero enseguida le comunicó Guiomar que pronto sería servida una cena para todos. María aprovechó para subir a visitar a Blasquita. La mujer estaba sentada en una silla junto a la ventana, tal y como Marcos y Diego la habían dejado. Si el regreso de don Yenegro produjo algún cambio en su piel, nunca se supo.

Sentada en la mesa, María observaba a su marido por el rabillo del ojo. Aquel amigo de la infancia le parecía ahora un tanto distante. Se preguntó si los acontecimientos de aquel viaje, que ninguno de los hombres comentó durante la cena, le habrían cambiado. Cuando terminaron de cenar, María se levantó discretamente y subió a sus habitaciones. Sabía que a su suegro le gustaba disfrutar de una sobremesa solo con sus hombres. Se metió en la cama. Esperó, esperó y esperó. Casi estaba dormida cuando escuchó que la puerta se abría tímidamente. Aguardó de nuevo hasta que sintió el cuerpo de Álvaro junto al de ella y se volvió hacia él. Hicieron el amor despacio, reencontrándose después de un largo viaje.

En casa de los Almoravid el nerviosismo se mezclaba con la expectación. Se respiraban aires de fiesta y solo faltaba el novio para que la alegría fuera completa. Catalina Mauleón miró por la ventana. Estaba nerviosa y su pie se movía con celeridad de arriba abajo, sin que ella pudiera detenerlo. El mensajero había anunciado la llegada de los viajeros para el mediodía y se estaban retrasando. De hecho, aquel viaje había durado mucho más de lo previsto y la fecha de su boda se había tenido que retrasar dos veces. Por eso tenía ganas de ver la cara de García asomarse por el patio. Buscó en el cielo

la posición del sol. No, no estaba equivocada. Era más del mediodía. La puerta se abrió despacio y una doncella le preguntó si deseaba comer algo. Negó tres veces antes de centrar otra vez su vista en la ventana. ¿Por qué tardaban tanto? Suspiró y acercó su rostro al marco. Una dulce sonrisa se pintó en su rostro de tez clara, iluminando su mirada. Por fin.

Miguel miró de soslayo la figura menuda de Laraine. Era imposible que aquella mujer pasara desapercibida en ningún sitio. Colocada cerca de él, aguardaba sus indicaciones. Miguel esperó hasta que un paje tomó las bridas de su caballo y se giró hacia ella. Era un verdadero quebradero de cabeza la decisión del infante de que fuera él quien se hiciera cargo de la joven, justo cuando la boda de su hermano era tan inminente. Notó las miradas de todos los de la casa sobre la extranjera y los cuchicheos por lo bajo. No quería ni pensar cómo correrían los comentarios por toda la ciudad. A saber qué fábulas imaginarían sobre ella y él en las próximas horas. Afortunadamente, el viaje hacia Toledo no se demoraría demasiado.

Don Iñigo salió al patio en cuanto escuchó el murmullo de los recién llegados. Se abrazó a su sobrino y después a Miguel.

—¿Cómo estáis? —les interrogó.

—García nos ha traído a un ritmo endiablado —contestó Miguel—. Hemos tenido que dormir sobre los caballos.

—No es cierto —contestó el aludido, mirando con marcado interés hacia la casa.

Su tío sonrió.

—Catalina está impaciente.

—Iré a verla.

—No deberías... —le comentó don Iñigo.

—¡Ah!, ¿no? Y, ¿quién me lo va a impedir?

—¿Y ella? —preguntó don Iñigo al ver acercarse a Laraine. García dio varios golpes con su mano al hombro de su hermano, dejando para él las explicaciones.

—Es una larga historia, pero no tiene nada que ver con lo que estáis pensando —le dijo el de Grez, amenazándolo amistosamente con el dedo índice de su mano derecha—. Ella es Laraine Sybina de Salerno —le dijo a modo de presentación—, hija de Roger de Salerno. Su padre nos ha pedido que la escoltemos hasta Toledo, donde viven unos parientes suyos.

–Os lo ha pedido a vos –le dijo García divertido, antes de desaparecer.

–Veo que nada ha impedido que volváis a meteros en líos –le recriminó su tío, mientras tomaba la mano de Laraine y la besaba despacio. Al hacerlo se quedó cautivado por la profundidad de los ojos que lo miraban. A través del suave velo que cubría su rostro, discernió una sincera sonrisa.

–Pediré a Toda que prepare una habitación para vos –le dijo.

Miguel tomó el equipaje de la joven. Era escaso, pero pesaba. Después de todo, Laraine no había tenido mucho tiempo para prepararlo. De lo que estaba seguro el infanzón era que su padre no habría escatimado en dotarla de algunas monedas para pagar los objetos que no habían sido empaquetados. Se volvió hacia Laraine, asegurándose de que llevaba todos sus enseres.

–Don Iñigo os agradecerá –le confió–. Y toda la familia Almoravid.

En ese momento, don Fortún y doña Teresa se presentaron en el patio para darles la bienvenida. La casa, que durante algunos meses había estado relativamente tranquila, espiraba acción por cada uno de sus poros.

–Estoy segura –le contestó ella–. Muchas gracias, Miguel. Sé todas las incomodidades que mi presencia aquí os representa.

–No debéis pensar eso –dijo cortésmente.

Laraine supo que sus palabras no eran del todo sinceras. Se notaba que Miguel aún estaba enfadado y resentido con ella. Solo lo había dicho porque era un caballero.

–Os acompañaré hasta vuestros aposentos e iré a buscaros cuando sea la hora de la boda.

La joven siguió a Miguel en silencio, mientras todos los miembros del clan Almoravid los miraban.

Miguel se aseó deprisa. En cualquier otro momento habría disfrutado del agua que le habían preparado, pero tenía demasiados asuntos en la cabeza como para poder relajarse. Así que se mojó, se refrotó bien para que saliera todo el polvo acumulado en su cuerpo y se vistió rápidamente. Estar en casa era una sensación distinta y agradable. El sonido del mar había quedado lejos, pero todavía podía recordarlo. Miró por la ventana. Un sentimiento de emoción embargó su ser. Tenía ganas de pisar tierras navarras, de sentir el calor de un hogar como el de los Almoravid y, sobre todo, de dormir en su cama.

Al terminar de vestirse observó todos sus enseres. No tenía muchos, así

que casi todas aquellas cosas las necesitaría para su próximo viaje. Se apresuró a separar las ropas que debían ser lavadas o cosidas y decidió llevárselas él mismo a Toda, para hacer hincapié en la urgencia que había en volver a tenerlas listas cuanto antes. Desde el pasillo se escuchaban voces lejanas que le hicieron sonreír. Y desde las cocinas empezaron a esparcirse deliciosos y familiares aromas, que hicieron que su estómago se quejara. El joven encontró a Toda y le hizo el encargo de su ropa. Luego se entretuvo en los establos, entre los caballos.

–Me gustaría saber de dónde habéis sacado esa joya –escuchó poco después, mientras cepillaba el pelaje del caballo que lo había traído desde Barcelona. No era el suyo, ni uno de los sementales del desierto de los Almoravid, pero era otro amigo más que había hecho durante su viaje. Don Iñigo palmeó su espalda.

Miguel sabía a qué, o mejor dicho, a quién se refería. Bajó la cabeza.

–Un encargo –le dijo escuetamente.

Don Iñigo enarcó una ceja de forma interrogativa y lo miró divertido.

–Esa joya estuvo a punto de matarme –le dijo muy serio–. Y como premio, ¿qué consigo? Hacer de niñera.

–¿Lo decís en serio? Lo de mataros. No me la imagino esgrimiendo una espada, ni siquiera una daga. Y no la veo capaz de usar veneno. ¿O sí?

–No le hace falta ninguna de esas armas, cuando posee una que maneja a la perfección.

–¿Sí? ¿Y cuál es?

–La lengua. Y creedme, la usa muy bien. Convenció a su primo de que yo iba a pedir su mano, para evitar que él se casara con ella. Y su primo procuró que ese obstáculo desapareciera *accidentalmente*.

–Entonces, os ama.

–¿Que me ama? ¿No habéis escuchado que estuvo a punto de matarme?

–Es una digna historia para la sobremesa de una comida Almoravid.

–Ni se os ocurra mencionarlo –lo amenazó. Pero don Iñigo sabía que era una amenaza cordial.

–Creo que es la hora.

El gran salón de los Almoravid estaba plenamente iluminado. Aquella era una fresca tarde de finales de junio y el cierzo se colaba por las ventanas. Cuando Laraine entró en la sala, se hizo un silencio absoluto. Miguel sabía que

ella era consciente de la admiración que despertaba. Se había vestido en tonos azulados y al andar, el vestido se movía sobre sus piernas como si fueran las olas del mar. Don Fortún la acompañó hasta su asiento y el murmullo comenzó a llenar de nuevo la sala. Para desgracia de Miguel, Laraine había quedado justo enfrente. La joven posó sus ojos sobre los de él durante un breve instante. Él sonrió de manera cortés, pero rehuyó el contacto. Escuchó cómo Iñigo, situado a su derecha, entablaba conversación con la joven y ella le contestaba con su voz serena.

Los recién casados aparecieron en la gran sala y todos prorrumpieron en aplausos y gritos. Don Fortún hizo un gesto con su cabeza y los sirvientes comenzaron a servir los primeros platos. Había mucho que celebrar y muchas anécdotas que compartir. De eso estaba seguro. Tenía curiosidad por saber cómo un hombre, totalmente desconocido, había confiado su hija a la expedición navarra. Confiaba en tener la oportunidad de escucharlo de boca de los recién llegados.

Cuando la cena comenzó a ser servida, Miguel se relajó un poco. No se había dado cuenta hasta ese instante del hambre que arrastraba. Las mujeres, empezando por doña Teresa, acapararon entonces la conversación con su invitada y don Iñigo les puso al corriente de lo acontecido durante sus meses de ausencia. Aunque en realidad, no había demasiados asuntos que destacar. Pero con los postres, llegó el momento que tanto había temido Miguel. Don Fortún elevó su copa, brindando por los novios y después dio la bienvenida a Laraine. Tras lo cual, insistió a su hijo para que contara a todos los presentes la razón por la que Laraine estaba en su casa. García carraspeó antes de hablar y miró de reojo a Miguel. Luego clavó su mirada en él y se mojó los labios con la lengua.

—Creo —dijo algo titubeante— que hay alguien más indicado que yo para narrar esta historia.

Miguel intentó conservar la calma. Le molestaba sobremanera la idea de ser el hazmerreír de todos. El infanzón don Miguel engañado por una dama, pensó con sensación amarga. Laraine, enfrente, clavó una vez más sus ojos en él, igual que el resto de los comensales. La dama se inclinó sobre el oído de doña Teresa y le susurró algo. Esta se inclinó a su vez hacia don Fortún por encima de la mesa y le siseó unas palabras que nadie pudo escuchar.

—Parece —dijo el anfitrión— que nuestra invitada, Laraine, nos contará cómo mis hijos tuvieron la buena fortuna de encontrarla.

«Sí, especialmente buena fortuna –pensó Miguel–. Que me hubiera partido un rayo. Eso sí que habría sido buena fortuna». Antes de comenzar, la joven miró una última vez hacia Miguel, buscando su permiso. Este le dedicó un brindis, moviendo hacia ella la copa y apurando después todo el líquido, hasta que no quedó nada en el interior del recipiente. «¡Allá vamos! –pensó Miguel–. Mejor que el relato me encuentre ebrio». El interés creció por momentos, mientras un silencio expectante cubría la sala.

–Vivo entre el mar Adriático y el Tirreno. Creo que es un buen lugar para vivir –las palabras de Laraine sonaban como una melodía hipnótica. Su pronunciación tenía un suave deje y por primera vez, su rostro permanecía al descubierto, dejando ver su cutis delicado, su piel perfecta. No era una belleza según los cánones del reino, pero su porte, procedencia y maneras la convertían en una mujer exótica y misteriosa–. Mi padre es un buen hombre, un mercader que se ha hecho un lugar entre los grandes comerciantes, gracias a su dedicación y esfuerzo. Debo decir que me adora casi tanto como yo lo adoro a él. Tengo un primo. Se llama Alejandro. Mi padre lo quiere como a un hijo, pero él ha demostrado que solo quiere su dinero. La primera vez que mi vida tropezó con la de don García y don Miguel, estábamos en nuestra casa de Brindisi. Aquella tarde, mi padre, mi primo y yo habíamos salido a pasear cuando unos asaltantes nos atacaron. Don Miguel y don García aparecieron como de la nada y en un santiamén se deshicieron de ellos, aunque mi padre resultó herido. Él –dijo señalando a Miguel– recuperó la bolsa de nuestro dinero. Esa fue la vez que nos conocimos.

»Semanas después volvimos a encontrarnos en Nápoles. Gracias a ellos, mi padre descubrió que fue mi primo quien preparó el asalto de Brindisi. Él estaba empeñado en casarse conmigo, para heredar todo el negocio de mi padre, aunque este siempre había pensado dejarle una buena parte de las transacciones que realiza. Con el asalto pretendía que yo me asustara y convenciera a mi padre de que necesitaba que Alejandro me protegiera. Solo que la aparición de don García y de don Miguel frustró sus planes. Así que cuando los vio en Nápoles, decidió matarlos. Eligió a dos de sus hombres de armas y les ordenó que le dieran una paliza a Miguel y que lo arrojaran al mar. Eso sucedió el día que debían embarcar de regreso a su reino, mientras el resto de los navarros aguardaban en el puerto la llegada de Miguel, para zarpar.

Miguel miró a la joven al escuchar aquellas palabras. No era así como

había sucedido. Aquella versión le acercaba más a la esencia de héroe que a la de necio. Entornó los ojos levemente, pidiéndole explicaciones, pero ella siguió con el relato.

–Al ver que don Miguel no llegaba, sus compañeros empezaron a sospechar. Entonces vieron a uno de los hombres de armas de mi primo con el anillo de don Miguel y así fue como conseguimos saber qué habían hecho con él. Lo encontramos a punto de ahogarse.

»Después, mi padre le pidió al infante don Sancho que me acompañara hasta Toledo, donde tenemos unos parientes, bajo su protección y la de los Almoravid. De esa manera, él podría enfrentarse a mi primo.

El murmullo se incrementó cuando Laraine concluyó su relato y todos empezaron a hacer comentarios mirando a los dos jóvenes protagonistas de la acción.

–Dice García –le comentó don Iñigo a Miguel al oído– que se tiró desnuda al mar en cuanto os vio, para rescataros.

–Eso no es verdad –protestó García.

–¿A qué parte os referís? –quiso saber su tío–. ¿A que no me lo habéis dicho o a que no se tiró desnuda?

–A las dos, aunque sí que se tiró desnuda.

–¿Y no os ha dicho también que se convirtió en sirena? –bromeó Miguel.

Los dos lo miraron, francamente interesados.

–Es cierto –les dijo el infanzón, convencido.

–¡No, que va! –concluyó García–. Estabais inconsciente. No podéis acordaros.

Durante los dos siguientes días, Miguel apenas vio a Laraine. Pero todo el mundo en la ciudad parecía conocer la historia de la joven. Por las calles corrían varias versiones. En la difundida por los Martínez de Subiza, por ejemplo, don Miguel, en estado de embriaguez, se había metido en innumerables líos. El de Grez dejó que la imaginación de sus conciudadanos siguiera su curso. Después de todo, él se marchaba al día siguiente y sabía que las aguas volverían pronto a su cauce y el asunto se daría por olvidado.

Aquella mañana nublada de junio de 1191, Miguel se acicaló con esmero. Se recortó la barba, se peinó y se colocó una túnica de color marrón ribeteada con tonos más claros. Pensó en su madre, pero en realidad, para la que se estaba engalanando era para María. Bajó la mirada al suelo, como si le diera un poco de vergüenza reconocerlo, y salió de su cuarto. Tenía la esperanza de

no encontrarse con demasiada gente, por eso se escabulló sin desayunar y se dirigió a casa de los Martínez de Subiza. Sí. Tenía prohibido acercarse allí, pero se había asegurado de que don Yenegro no estaría en su casa de Pamplona. La tarde anterior había partido hacia Subiza. Se sintió como un ladrón colándose por la puerta de atrás, la que usaba el servicio y por la que él tantas veces se había escapado, pero no tenía otra opción.

Su madre, una de las sirvientas del de Subiza, ya se había levantado. La vio trajinando en la cocina a través de la ventana que daba al patio. Le pareció que no había cambiado. Pero, al acercarse, se dio cuenta de que las líneas de expresión se habían acentuado cerca de las comisuras de los labios, de los ojos y en la frente. Sin embargo, seguía luciendo una tranquilizadora sonrisa. Tuvo miedo de aproximarse más, pero la intuición de madre hizo que Guiomar levantara la vista en ese instante, juntándose con la de su hijo. La mujer se llevó la mano al pecho y sonrió mientras salía a todo correr.

Las palabras no le salieron de la garganta, así que se limitó a abrazar fuertemente a aquel hijo que le pasaba casi dos cabezas.

–¿Cómo estás? –le preguntó él.

–Todo va bien por aquí.

Miguel no sabía si creérselo o no. El todo va bien por aquí podía significar muchas cosas, tratándose de don Yenegro.

–Pasad y tomaos algo –le invitó su madre.

–Padre... –comenzó Miguel una vez que estuvieron en la cocina.

–Partió ayer con don Yenegro. ¿Habéis venido a ver a don Álvaro?

Miguel hizo un gesto evasivo con los hombros.

–¿No habréis venido a verla a ella? –la incipiente sonrisa de Guiomar se desvaneció.

–*¡Amatxo!* Me ofendes al pensar así de mí. En realidad... vengo a reclamar a mi hermano. Deseo que él sea mi escudero.

«Quiero sacarlo de este sitio y si pudiera os llevaría a todos», pensó. Aunque esto último se lo guardó para sí.

Guiomar lo miró seriamente. Miguel pudo ver tristeza en su mirada, mientras negaba con la cabeza.

–Vos sabéis que no es posible, hijo.

–¿Por qué no?

–Tenéis buen corazón, Miguel, pero sabéis que don Yenegro no lo permitiría. Además, lo único que conseguiríais sería poner en un aprieto a don

Álvaro y a vuestro hermano –Guiomar guardó silencio, mientras Miguel daba vueltas por la cocina–. Bartolomé no es como vos. Es un chico listo y espabilado, pero es obediente. Don Yenegro lo trata... bien.

El joven negó con la cabeza.

–No me lo creo.

–Debéis hacerlo. Por favor. Me alegro mucho de veros, pero debéis irnos antes de que don Álvaro...

Una voz que llamaba a Guiomar interrumpió la conversación. Madre e hijo se miraron.

–No os mováis.

Miguel se encogió de hombros. «¿Adónde más puedo ir?».

Guiomar salió al encuentro de María.

–¿Necesitáis alguna cosa, doña María?

–Sí. ¿Hablabas con alguien en la cocina?

–No, solo... solo cantaba.

–¿En serio? –le preguntó intentando abrir la puerta.

–En serio. No hay nadie.

María sonrió a Guiomar, pero logró apartarla de su camino y abrió la puerta. Miguel y ella se miraron a los ojos. El corazón de él empezó a palpar con fuerza. ¿Cómo era posible que después del daño que María le había infligido, todavía su corazón latiera así con su sola presencia?

–¡Ah! –exclamó ella, quedándose sin aliento. Hacía mucho tiempo que no veía a Miguel. Sus mejillas se ruborizaron y sus labios temblaron involuntariamente.

Guiomar contempló la escena, sin darse cuenta de que su respiración también se había agitado.

–Hola, doña María –dijo Miguel. Su voz sonó tranquila, como si dominara la situación, aunque podía sentir el desbocado correr de su corazón dentro de su pecho.

–Yo... –fue lo único que logró articular ella–. Lo sien...to. De-debo irme –pronunció después como si fuera tartamuda. Inmediatamente se alejó.

–¡Miguel! –le advirtió su madre algo enfadada. En el rostro del joven se veía una sonrisa triunfal, como si hubiera sabido que María aún sentía algo por él. Una decena de malos pensamientos, entre los que se incluía la muerte accidental de su amigo, pasaron por su mente, pero enseguida se reprendió por cada uno de ellos–. Debéis irnos antes de que aparezca don Álvaro. Y, por

favor, sacaos de la cabeza esa idea loca de implicar a vuestro hermano. Él no tiene sueños de grandeza como vos, ni quiere ser caballero.

María debió avisar a su esposo, porque un instante después, con la última palabra de Guiomar todavía suspendida entre el humo del fogón, el joven apareció por la puerta.

–Guiomar, déjanos solos.

La mujer hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y se marchó, no sin antes volver a advertir a su hijo con la mirada.

–¿Qué os trae por aquí? ¿Acaso estáis fuera de vuestros cabales? –le preguntó Álvaro, algo nervioso.

–He venido a pedir algo –los ojos grises de Álvaro miraron con desconfianza, mientras esperaba a que su amigo continuara–. Me gustaría llevarme a mi hermano menor para que me sirva como escudero.

–¡Por Dios, Miguel! ¿Qué insensatez se os ha ocurrido esta vez? ¿Acaso las aguas del Tirreno os han derretido el cerebro?

–No es ninguna insensatez. Pagaré por él si vos ponéis el precio.

Álvaro se rascó la cabeza y por un instante pareció el chiquillo asustadizo y enfermo que compartía las tardes con Miguel. Pero fue solo durante un breve espacio de tiempo.

–¿No lo entendéis, verdad? Mi padre jamás aceptará, aunque se lo supliquéis y le deis todo el oro del mundo.

–Mi padre es el sirviente de vuestro padre, pero Barti lo es vuestro. Por eso no se lo pido a vuestro padre, sino a vos.

–¡Fuera, Miguel! ¡Largo de mi casa! –Álvaro estaba encendido. Definitivamente, Miguel se había vuelto loco–. ¡Sacaos esa idea de la cabeza o mi padre...! –sin darse cuenta, Álvaro se había llevado la mano derecha a la empuñadura de su arma, que colgaba del cinto.

Miguel levantó las manos pidiendo calma. Estaba claro que Álvaro seguía teniendo miedo a su padre, pero ya no era el niño desasistido e inerte que un día fue. Tendría que recordarlo en el futuro. Salió despacio, seguido con atención por la mirada de Álvaro.

–¡Que tengáis un buen día! –le deseó de manera formal Miguel.

Se dirigió a la puerta de atrás, pero antes de salir, se giró una última vez y miró hacia la ventana del cuarto de María. Esta estaba en la ventana, observando. Cuando sus ojos se encontraron, ella corrió la cortina deprisa.

Miguel repasó por última vez todo el equipaje. No era demasiado. Se preguntó si las armas que llevaba serían suficientes para defender a Laraine, el dinero que debía llevar a la viuda de don Arnaldo y al escudero que le había asignado don Iñigo. Todavía estaba disgustado por no haber podido llevarse a su hermano, pero en el fondo, tenía que reconocer dos cosas: una, que siempre había sabido que Álvaro se negaría y, dos, que ir a reclamarlo era una excusa que su cerebro había maquinado para ver a María antes de marcharse. Don Ponce, que había ido a despedirse, lo ayudó a sujetar el último fardo de comida.

–Se os ve bien, Miguel –le comentó el viejo alcalde de Navarra.

–Y a vos. ¿Cómo va el negocio?

–Blanca me ha dado esto para vos –le dijo don Ponce.

Miguel se rascó la oreja.

–No sé si debo. Ella siempre es muy amable conmigo y yo... he sido un torpe con vuestra sobrina.

–¿Os he comentado que se casó hace dos meses? –le dijo entonces don Ponce, arrimando el obsequio hacia su mano—. Creo que se cansó de esperaros.

Miguel se animó un poco. Siempre se había sentido bastante culpable por haber sido tan poco caballeroso con ella, cuando se veía que Blanca sentía cierto interés por él. El joven desenvolvió el regalo. Era una preciosa vaina de cuero para su espada, pero no de las de colgar al cinto, sino de las de llevar a la espalda. Blanca la había decorado con un búho, apodo cariñoso con el que le decían los Almoravid: *Búho real*.

–Es un trabajo precioso, como todos los de vuestra sobrina. Dadle las gracias de mi parte.

Don Ponce asintió y esbozó una amplia sonrisa.

–Decidme –le comentó entonces el exalcalde cerca del oído—. ¿Es tan bella como dicen?

–¿Vos también? Pensaba que estabais aquí para ayudarme y solo habéis venido por ella. Me siento defraudado –le dijo Miguel, exagerando el tono de broma—. Por allí viene. ¿Por qué no juzgáis vos mismo?

Laraine se acercó justo en ese instante.

–Buenos días –la saludó el de Grez—. ¿Cómo os encontráis esta mañana?

La joven asintió con la cabeza.

–Estoy bien –le dijo, siendo consciente de que eran las primeras palabras

que ambos intercambiaban desde el día que habían llegado a Pamplona—. ¿Y vos?

—No puedo quejarme. Me gustaría presentaros a mi buen amigo don Ponce.

La joven aceptó la mano del hombre y pestañeó dos veces captando la mirada del exalcalde. El velo no permitía distinguir las facciones de la joven, pero solo sus ojos ya valían de por sí una fortuna.

—Espero que podáis regresar a esta tierra algún día.

—Yo también lo espero —le dijo, mirando hacia Miguel. Este contestó con una sonrisa.

—Creo que está todo preparado.

—Entonces... es hora de partir.

Laraine se despidió de don Ponce y se subió al pequeño carruaje que habían preparado para ella. Don Sancho le había ofrecido una ostentosa carroza para realizar aquel viaje y a Miguel le había resultado difícil convencerle de que iba a llamar demasiado la atención de gente indeseable. Además, solo iban a estar él y su escudero para proteger a Laraine. Cuanto menos se hicieran notar, mucho más sencillo resultaría el viaje.

Miguel miró hacia arriba. El cielo estaba empedrado aquella mañana. Eso significaba que la lluvia estaba cerca. Comprobó que su caballo estaba bien sujeto en la parte trasera del carruaje y dio un golpe suave a las riendas. Un muchacho regordete, de redondos ojos verdes, saltó a su lado y sonrió. Era la suya una sonrisa amplia y sincera. Hasta las pecas de sus mejillas parecían sonreír también. Se llamaba Jaime y era el escudero que don Iñigo le había asignado. Durante las primeras horas de la mañana le había repetido una y otra vez la satisfacción y la alegría que sentía, por haber sido elegido para ser su escudero. Por eso, a mitad de la mañana, Miguel ya estaba un poco harto de tanta coba. Además, a eso se le unía la frustración por no conseguir para su hermano ese puesto de honor.

El buen tiempo se mantuvo hasta Tudela. Muy cerca de la localidad, el cierzo comenzó a soplar con insistencia y no los abandonó hasta su llegada a Borja. Miguel contempló el gran torreón plantado en la coronilla del pueblo, bastión del poder de los Banu Qasi. Buscaron alojamiento. No fue difícil. El dinero siempre abría ciertas puertas que no podía abrir solo el deseo y, en esos instantes, Miguel portaba una bolsa repleta de monedas. Aunque se guardó muy bien de hacer ostentación de ello en público. Nunca se sabía quién podía estar mirando.

–Jaime –ordenó a su escudero–, sube los enseres de la señora.

El muchacho se apresuró a obedecer la orden. Deseaba agradecerle.

–Agarra bien el baúl –le advirtió–, o se te caerá todo al suelo.

Jaime tuvo que utilizar toda su fuerza para elevarlo. Hinchó los carrillos; su cara se puso colorada por el esfuerzo. Miguel lo miró divertido. Mientras el chiquillo desaparecía por la puerta arrastrando el equipaje, el infanzón se acercó al carro y ayudó a Laraine a descender. La joven inspiró aire y miró en derredor. La calle era estrecha en ese lado y apenas había sitio para descender, lo que le obligó a pegarse mucho al cuerpo del joven. Su roce revivió el recuerdo del contacto que ambos compartieron en las aguas del Tirreno. Laraine recordó la desesperación de saberlo en peligro, la urgencia de protegerlo, la alegría de sentirlo vivo.

–¿Estáis bien? –se interesó él.

Ella contestó con un asentimiento de cabeza.

–Os acompañaré a vuestra habitación.

El cuarto de Laraine era pequeño, pero estaba bien iluminado. Quizá tendría que haber buscado algo más adecuado, pero tampoco se podía exigir mucho estando de viaje.

–¿Es de vuestro agrado? –se preocupó él.

Laraine echó un vistazo. Su velo le impidió a Miguel ver la reacción de su rostro.

–Cenaré aquí –fue lo único que pidió ella–. Si no es mucha molestia, me gustaría que me trajerais algo a la habitación. Os lo dejo a vuestro buen criterio.

–Como deseéis –le dijo él, algo confundido.

Miguel se quedó parado ante la puerta de Laraine, cuando esta la cerró delicadamente. «A mi buen criterio», se repitió para sus adentros. Se refrotó la cara y se marchó a la sala común de la posada, donde pidió algo de beber. Mientras, Jaime se ocupaba de los caballos. Poco después, el muchacho se colocó a su lado y esperó a que le diera nuevas órdenes. Estas no llegaron. Con la caída de la noche, cenaron en silencio, uno frente al otro.

–Es muy bella –le dijo Jaime, para entablar conversación.

–Tú qué sabrás –le contestó Miguel. Y con estas palabras quedó zanjado el diálogo.

El viaje estaba siendo aburrido. La rutina se había instalado desde que

salieron de Borja y se había repetido en Calatayud, Sigüenza y Guadalajara. Se encontraban de camino a la población de Arauz. Miguel notaba la boca reseca por el polvo de la senda. Por señas, le advirtió a Jaime para que le pasara el pellejo de agua. Laraine seguía recluida en su soledad, escondida detrás de su velo. A esas alturas, Miguel no sabía si lo usaba como excusa o como protección. De cualquier forma, ya le daba prácticamente igual. Quedaban pocas leguas para llegar a su destino.

La noche se presentó rápida aquel día. La lluvia que les había acompañado durante largas horas entre Sigüenza y Guadalajara se había quedado atrás y la temperatura era buena. Así que Miguel decidió acampar al aire libre en aquella ocasión. Detuvo el carruaje cerca de la protección de un montículo y avisó a Laraine de sus intenciones. Al salir al exterior, la dama vio el cielo azul oscuro del anochecer marcado en el horizonte. Una brizna de aire hizo que un mechón de su cabello se escapara hacia su frente. Despacio, se lo apartó detrás de la oreja.

–Ve a buscar unas ramas para hacer fuego –le pidió Miguel a Jaime en un tono brusco. No sabía cuál era la razón, pero se sentía contrariado. Aquel viaje lo tenía enfadado.

De mala gana, se dispuso a hacerse cargo de los caballos; más por entretenerse en hacer algo que porque realmente le apeteciera. Jaime regresó poco después cargado de ramas secas que le cubrían hasta la frente.

–¿Será suficiente? –le preguntó.

–Déjalas ahí –le contestó, señalando el suelo.

–Cerca de aquí hay un arroyo. Si os parece, puedo ir a rellenar los pellejos –se ofreció el muchacho, voluntarioso.

–¡Hazlo!

Jaime lo miró algo sorprendido, pero no hizo mención de contestar y se giró, presto a realizar su cometido.

–¿Por qué le habláis de esa manera tan brusca?

Miguel se volvió y se encontró el cuerpo de Laraine casi pegado a él. La voz de la joven sonó suave, no como un reproche.

–No sé a qué os referís –le dijo él, con el gesto torcido.

–Jaime no os cae bien, ¿verdad? ¿Por qué?

Miguel se separó un poco de ella. Se había quitado el velo de la cara y su piel brillaba bajo el reflejo de la luna creciente. Sus pómulos sobresalían lo justo, para darle a su rostro un toque muy femenino, sus ojos tenían la mirada

de un felino y la profundidad de un mar transparente. El joven se encogió de hombros.

–Jaime es un chico listo que, por alguna extraña razón que no alcanzo a entender, os tiene en muy alta estima y se siente orgulloso de ser vuestro escudero. No solo quiere agradaros, sino que espera aprender del mejor. Y vos no le estáis dando la menor oportunidad. Siempre le decís lo que no debe hacer, pero nunca le señaláis cómo debería haberlo hecho. O, simplemente, os dedicáis a contestar con monosílabos. Así nunca aprenderá.

Miguel se encogió de hombros. No tenía ganas de explicarse ante Laraine.

–No creo que eso os ataña –le dijo de manera escueta, mientras se iba hacia el carruaje en busca de la comida. Laraine lo siguió.

–Miguel –pronunció ella en un susurro.

Él se giró.

–Miguel –volvió a repetir en el mismo tono–. Nunca había conocido a nadie con ese nombre hasta encontraros a vos.

–¿Encontrarme? –le dijo él divertido–. Más bien fui yo el que os encontré a vos. Algo de lo que... –Miguel meditó sus palabras y no continuó la frase. El rictus serio de Laraine le hizo ver que ella había entendido.

–Yo... –comenzó él, intentando disculparse. Pero fue ella la que siguió hablando.

–Don Fortún os trata como a un hijo, aunque no lleváis sangre Almoravid. Don García os quiere como a un hermano, aunque no compartís padre ni madre. En cuanto a don Iñigo... os considera un igual aunque realmente... no lo sois.

–Sois observadora –le dijo, mientras se agachaba para colocar las ramas en orden y prenderles fuego.

–Don Iñigo es un buen conversador. Aunque eso ya lo sabéis.

–Y supongo que vos habéis sacado buen provecho de sus palabras.

–Digamos que satisfizo mi curiosidad por la vida de vuestra ciudad y por cómo os organizáis.

–Y os habló de mí.

Laraine asintió en silencio, mientras una pequeña llama brotaba entre la hojarasca. Enseguida el olor a quemado y a humo se propagó por el aire. Miguel hizo un gesto rápido con la mano para desviar la trayectoria del humo.

–Creo que deberíais colocaros en este otro lado, si no queréis terminar ahogándoos.

–¿No os gustaría saber qué es lo que me contó de vos?

–Nada bueno, supongo –ironizó–. Supongo que os previno acerca de mí.

Laraine sonrió. Al hacerlo, dos pequeños hoyuelos se asomaron a sus mejillas y los ojos se alargaron un poco, mientras un brillo especial asomaba en su iris.

–Me dijo que sois un hombre que os habéis hecho a vos mismo, un caballero con principios y honesto.

–Se burló de vos. Vos sabéis que no soy así, sino tal y como me habéis visto en este viaje. Seco, frío, huraño, mal conversador... Y soy un imán para los problemas.

–Sé que llegar a ser caballero –le interrumpió ella– no ha sido fácil para vos, pero que habéis sorteado cuantos impedimentos se han interpuesto en vuestro camino. Empezando por el de vuestro nacimiento. Por eso me extraña tanto que tratéis a Jaime con cierto... desdén.

Miguel apretó los labios. Estaba sentado sobre una piedra incomodísima cuyos pliegues se le clavaban en sus partes nobles, pero no se movió. Laraine, que se había colocado a su lado para evitar el humo del fuego, acercó su mano y la apoyó en su antebrazo.

–Miguel –le dijo–, quizá Jaime no sea el escudero que hubieseis elegido, pero creo que es el escudero perfecto para vos.

En ese momento, el muchacho regresó con el agua y se la ofreció a Laraine. Esta la aceptó con agrado y le sonrió, lo que hizo que el chiquillo también sonriera. Cuando hubo acabado de beber, la joven le alcanzó el pellejo y este se lo pasó a Miguel.

–Bebe tú primero –le dijo el infanzón. Y Jaime se sintió, en aquel instante, el muchacho más afortunado del mundo. Laraine sonrió de nuevo.

Cuando el fuego quedó reducido a unas pocas brasas, Miguel acercó los trozos de carne de la cena para que se fueran cocinando. Laraine preparó un guiso, a base de verduras, que les sirvió de guarnición. La noche estaba en calma y una suave brisa corría por la ladera de la colina donde habían acampado. Aquella noche, a diferencia de las anteriores, los tres cenaron juntos en un ambiente distendido. A Miguel se le había disipado su mal humor y disfrutó de la charla.

–¿Sabéis que don Miguel se enfrentó a un terrible y vengativo asesino y consiguió desenmascararle y llevarlo ante la justicia? –dijo de pronto Jaime, dirigiéndose a Laraine.

Miguel sonrió incómodo, mientras que ella se mostraba interesada.

–¿Es eso cierto?

–¡Claro que sí! –contestó un emocionado Jaime–. Se enfrentó a su espada con tan solo una daga y consiguió vencerlo.

–Me gustaría oír esa historia.

–Sí, contádnosla –se entusiasmó el chiquillo.

Miguel perdió su vista en el fuego e instintivamente hizo rodar el anillo del pequeño rubí sobre su dedo índice, ayudado por su pulgar. Contar aquella historia era como narrar la historia entera de su vida porque, en realidad, aquella historia había comenzado junto al río Runa cuando él era un niño.

–La primera vez que don Gaufrido asesinó a un hombre, yo tenía diez años. Me vi envuelto en ese incidente de manera accidental, por estar jugando en la orilla del río más allá del horario que nos permitían. Gunter apareció de pronto entre las aguas. Su rostro estaba deformado por el golpe de una maza. Pensé que estaba muerto. Sin embargo, antes de fallecer, alcanzó mi mano y depositó en ella un anillo, rogándome que se lo entregara al rey. Poco podía sospechar yo entonces que mi vida estaría marcada por esa sortija –Laraine miró hacia el anillo que Miguel lucía en su dedo índice. Estaba segura de que el joven estaba hablando de él y sabía que, gracias a ese aro, habían sabido que a Miguel le ocurría algo en Nápoles–. Hubo otros crímenes a lo largo de los años y empezaron a sospechar que todos estaban relacionados y que tenían un móvil en común: este anillo.

Al decir estas palabras, la boca de Jaime se abrió como una o enorme y sus ojos se ensancharon, formando un círculo aún más grande.

–Así que un día, muchos años más tarde, al infante don Sancho se le ocurrió entregármelo y proponerme hacer de cebo, para llevar de una vez al asesino ante la justicia. Debo decir que esta acción casi termina con mi vida.

–Contadle vuestra discusión con don Yenegro –dijo Jaime inmerso en la historia que ya conocía de sobra, aunque nunca se la hubiera oído contar a su protagonista. Pero en ese instante se dio cuenta de que quizá había metido la pata. Sin embargo, Miguel agachó la cabeza unos instantes. Obviamente iba a saltarse aquella parte, pero después de todo, sintió que Laraine podía entenderlo.

–Yo había estado cortejando a una muchacha. Se llamaba María y era la hija de un pequeño terrateniente. El problema era que su tutor, don Pere Pérez de Eulate, y mi antiguo amo, don Yenegro, habían sido compañeros de armas y

estaban bien avenidos. Además, don Yenegro estaba casado con su hija, Blasquita. Y había un problema aún mayor: don Yenegro y yo nos odiamos a muerte. A pesar de todas esas circunstancias, hice valer mi petición ante don Pere y, con el apoyo de los Almoravid, logré que el de Eulate me dejara verla a menudo. Metido en mis preparativos para cazar al asesino, descuidé mi guardia. Don Yenegro se enteró de alguna manera de mi interés por María y lo organizó todo para quitármela. No se conformó con eso. No sé cómo, se las arregló para convencer a su hijo Álvaro de que dejara sus hábitos de novicio y se comprometiera con ella. Cuando yo me enteré, monté en cólera y, en medio de la plaza del Palacio Real, me enfrenté con don Yenegro. Imaginaos, un sirviente amenazando a un ricohombre. No fue un acto muy inteligente, pero lo volvería a hacer. Mas eso tuvo sus consecuencias: acabé en prisión y todo el montaje que habíamos preparado para detener a don Gaufrido se derrumbó. Os podéis imaginar cómo se puso don Sancho –Miguel gesticulaba y Laraine y Jaime seguían sus movimientos muy atentos–. Sin embargo, no fui el único que cometió errores. A don Gaufrido se le ocurrió asaltar la prisión pero, en vez de asesinarme en mi celda, me sacó de allí y me llevó al bosque, varias leguas al norte de Pamplona. Allí pretendía matarme. Después de muchos intentos, conseguí que me dejara defender con una daga. Así fue como me enfrenté a él. Peleamos y nos golpeamos, hasta que él consiguió alcanzarme con su espada. Yo le clavé el cuchillo en la espalda. Cuando García y Álvaro nos encontraron, don Gaufrido, aunque grave, seguía con vida, y yo intentaba moverme lo menos posible para que la sangre no se escapara de mi cuerpo. Esa es la historia.

–Don Gaufrido fue colgado a los pocos días, después de rogarle a don Miguel que viajara hasta sus tierras para portar un mensaje y dinero a su esposa e hijo –aclaró el escudero–. Miguel se recuperó y logró su nombramiento de caballero.

–Y este anillo –dijo entonces él, mostrándolo con cierto orgullo que no había sentido hasta ese momento. *El anillo del leal*, lo había llamado en su día don Gaufrido–. Y después de esta pequeña historia, llega la hora de dormir.

Jaime se levantó. Se dirigió hacia su saco, pero a mitad de camino se volvió.

–Señor, yo...

–¿Sí?

–Estaba pensando que vos no podréis hacer la guardia toda la noche. Me

preguntaba, señor, si aprobaríais que yo...

—¿Crees que eres capaz de hacerlo?

—Por supuesto, don Miguel. Don Iñigo y yo hemos practicado. Él no me habría dejado venir con vos, si no estuviera seguro de que puedo llevar a cabo todos los cometidos que vos pudierais encomendarme.

Miguel tuvo que reprimir una pequeña sonrisa.

—Está bien. Será una prueba. Te despertaré a la hora prima, cerca del amanecer.

Jaime pareció complacido. Le dio las gracias, mientras estiraba mucho la espalda para parecer más alto. Miguel removió las brasas con un palo mientras jugueteaba con ellas. Laraine recogió los utensilios de la cena y se sentó luego cerca de él.

—¿Puedo preguntaros algo?

El joven elevó la vista hacia Laraine. El brillo del fuego danzaba en sus ojos. La joven pudo ver que su mirada estaba serena. De ella, parecía haber desaparecido la inquietud que se marcaba los días anteriores.

—¿Don Yenegro fue el que os originó las cicatrices de vuestro cuerpo? Don Iñigo me contó que le gustaba golpearos e infligiros castigos corporales.

Miguel se rascó la barbilla.

—Hubo un tiempo en que don Yenegro podía hacerme mucho daño, pero ya no.

—¿Y María?

—María es la esposa de don Álvaro. Mi corazón ya no la ama—pronunció estas palabras despacio. Había pensado que le iban a doler más, pero la realidad era que había sentido como si acabara de quitarse un peso de encima. Sonrió ligeramente y se volvió hacia Laraine. Esta lo miraba sin perderse detalle de sus gestos. Estaba segura de que había sido sincero.

—¿Puedo preguntaros algo a vos? —esperó a que ella diera su consentimiento antes de hacer la pregunta—. ¿Por qué usáis el velo?

—No es fácil de explicar.

—Yo os he contado la historia de don Gaufrido.

Ella dudó antes de hablar.

—Es una costumbre que heredé de mi madre.

Miguel se quedó mirándola. Había esperado otra explicación.

—¿Eso es todo?

La mujer bajó la mirada un instante, pero luego dirigió sus pupilas hacia el

joven.

–Os vais a reír –murmuró dejando pasar un momento. Viendo que Miguel respetaba su silencio y su decisión de hacerle partícipe o no, decidió continuar–. Muchos consideran la belleza como un don y un regalo, pero no yo –relató al fin–. En mi tierra, muchos me consideraban hermosa y eso atraía a gentes de la peor calaña a casa de mi padre. Sé que él sufría por mi seguridad, así que opté por ocultar mi rostro. El velo fue la solución perfecta.

–Pero, ¿no creéis que esconderos bajo el velo, solo aumenta la curiosidad y la leyenda sobre vuestra belleza?

Ella negó con la cabeza. A lo lejos se escuchó el ulular de un búho. Una nube escondió el cuarto de luna creciente.

–Hice correr la voz de que algo horrible le había sucedido a mi rostro y que esa era la causa por la que usaba esta prenda.

Miguel soltó una carcajada.

–Muy inteligente y muy audaz. Pero, decidme, ¿funcionó?

–Quiero pensar que sí. Hace ya una temporada larga que mi padre no recibe proposiciones de boda, si exceptuamos a mi primo.

Miguel la miró durante largo rato. Nunca había pensado que la belleza podría llegar a abrumar así a una mujer.

–Creo que es la primera vez que os veo tanto rato sin velo. ¿No tenéis miedo de que vuelva a pedir vuestra mano, a Roger? –ironizó Miguel.

–Vos sois diferente. No miráis como los otros hombres.

–¿A qué os referís? –le preguntó, algo confundido.

–No sabría decirlo con certeza. Sé que vos apreciáis mi belleza–Miguel se ruborizó al escuchar aquellas palabras, pero la oscuridad de la noche veló su sonrojo–, pero la respetáis, me respetáis. Mi padre eligió bien al ponerme bajo vuestra protección.

–¿Lo hizo? –le preguntó, intentando quitar importancia a lo que acababa de decir.

–Miguel yo... estoy muy apenada por lo que ocurrió. De veras. Nunca quise poner vuestra vida en peligro. Me siento terriblemente dolida y abrumada. Si hay algo que pueda hacer por vos, cualquier cosa...

–Chsss –le dijo el joven, mientras tomaba sus manos entre las suyas–. Olvidemos aquel pequeño incidente. Yo tampoco me porté como un verdadero caballero con vos durante nuestro regreso.

–Era lo normal después de lo que yo había hecho. Así que mi ofrecimiento

sigue en pie. Si hay cualquier cosa que queráis que haga por vos...

Miguel se la quedó mirando y entornó la mirada.

–Tal vez sí haya algo que podáis hacer por mí. Por favor, no volváis a leer el futuro en mi mano. Cuando lo hicisteis, pensé que me iba a morir allí mismo, después de la sorpresa que manifestasteis.

Laraine apretó las manos de Miguel con fuerza.

–Miguel, debo deciros que todo lo que os dije es cierto. Nada me inventé. Solo que no os podéis imaginar... el significado que tiene para mí.

Por un instante, el rostro de la joven se entristeció y una pequeña lágrima resbaló despacio por la mejilla. Miguel la alcanzó justo en la comisura de sus labios con su dedo pulgar y la secó despacio.

–No pretendía ponerlos triste, solo haceros reír.

Laraine sonrió entre las lágrimas. Retuvo durante unos instantes más la mano de Miguel entre la suya y su rostro y luego la soltó despacio, poniéndose de pie.

–Gracias, Miguel. Es hora de que me vaya a descansar.

–¿Estáis bien?

Ella asintió.

Miguel sintió un suave tirón en su hombro. Su sueño era todavía ligero cuando Jaime lo despertó. En el rostro joven del escudero, se enmarcaba la suave felicidad que le producía haber llevado a cabo su primera guardia con éxito. El infanzón avisó con delicadeza a Laraine y se pusieron en marcha hacia Toledo.

La ciudad impresionó a Miguel. Quizá fue por la forma en la que el sol resbalaba por sus piedras o el trasiego que presentaban sus calles. Lo cierto es que Miguel sonrió al entrar en Toledo. Laraine, que se había colocado de nuevo el velo sobre su rostro, miraba curiosa las calles bulliciosas. Un muchacho de unos siete años indicó a Miguel el camino hacia la casa de los parientes de Laraine y el infanzón le regaló una moneda que alegró el día del chiquillo.

Miguel se detuvo ante una puerta de madera de un tono muy claro y llamó un par de veces. La portezuela del lateral izquierdo tardó en abrirse y de ella asomó una cabeza menuda y después un cuerpo, también menudo, de mujer.

–Buscamos a don Munio Núñez. Nos han indicado que vive aquí.

–¿Habéis anunciado vuestra llegada?

–Roger de Salerno envió una carta, notificando que su hija, Laraine, llegaría en breve...

–¿Está ella aquí? –la pregunta interrumpió la explicación del joven y los ojillos de la sirvienta se alegraron. Durante los últimos días, había oído hablar mucho de aquella visita y quería comprobar si Laraine era tan misteriosa y tan extravagante como decían.

–Ella está en el carruaje.

–¿Y su escolta?

–Yo soy su escolta –explicó Miguel, que ya se empezaba a cansar de tanta divagación–. ¿Podemos pasar?

–Ahora mismo abrirán la puerta grande.

En cuanto la portezuela se cerró, las voces empezaron a escucharse por toda la casa. Miguel pudo imaginarse cómo la noticia corría de boca en boca. La presencia de Laraine nunca pasaba inadvertida y parecía que aquí no iba a ser distinto. Se subió al carromato, tomó las riendas y, con un suave movimiento de estas, los caballos comenzaron a andar. El patio interior era exquisito. Tenía forma de rectángulo porticado. Las sencillas columnas y arcos en forma de herradura, herencia de un pasado mozárabe, se repetían a intervalos iguales. En cuanto pusieron un pie en aquel rincón, el mismo Munio fue a recibirlos. Se abrazó inmediatamente a su sobrina, dándole una calurosa acogida, a pesar de ser la segunda vez en la vida que se veían.

–La carta de vuestro padre llegó hace seis días. Pensaba que tardaríais algo más en llegar.

–Hemos tenido un buen viaje –le indicó Laraine.

–Vos debéis de ser don Miguel –dijo Munio, saludando al joven.

El de Grez le dio un fuerte apretón de manos.

–¿Y el resto de vuestra escolta? –preguntó, algo sorprendido.

–No hay más escolta. Solo yo y mi escudero, Jaime –dijo señalando al muchacho–. Si alguien de vuestro servicio le indica adónde debe dirigirse, él mismo se encargará de nuestros caballos.

–Por supuesto, sí. Y, ahora, sed bienvenidos.

El hogar de don Munio era sencillo y acogedor. La vida allí estaba regida por una férrea rutina que resultaba efectiva. Era fácil acostumbrarse al ambiente agradable de la casa y a la vida de Toledo, pero Miguel sabía que debía continuar camino y, una vez completada la primera de sus misiones, no tenía sentido prorrogar mucho más su estancia en aquella ciudad.

–Jaime dice que os marcharéis pronto –la voz de Laraine distrajo por un momento su atención. Acababa de terminar su entrenamiento con algunos caballeros y el sudor corría por su frente y sus brazos. Asintió.

–Mañana, pasado a más tardar. Todavía tengo que comprar algunas provisiones –Miguel era consciente de las miradas de los demás hombres sobre Laraine, aunque intentaban disimularlo. Se dio cuenta entonces de lo que Laraine le había querido decir la noche que pasaron al raso.

–No será como el Runa para vos, pero podríamos dar un paseo por los alrededores del Tajo esta tarde.

–No creo que vuestro tío lo autorice.

–Se lo he preguntado. Ha dado su consentimiento.

Miguel cogió agua de un barreño próximo y se la echó sobre la cabeza y el torso. Luego se secó con una toalla que le alcanzó Jaime. Su barba había crecido durante los últimos días, pero seguía pareciendo igual de joven. Se entretuvo en su labor, porque no estaba seguro de la respuesta que quería dar a Laraine.

–Me gustaría que aceptarais. Le he dicho a mi tío que Jaime nos acompañará –añadió mirando al chiquillo.

El joven tendió la toalla a su escudero y posó sus ojos sobre los de ella, mordiéndose el labio inferior.

–Hablaré con don Munio –concedió por fin.

El azul le iba bien al color de su piel. Laraine lo sabía y por eso había elegido aquel vestido. No era como los que habitualmente usaba. Se sentía extraña, pero su tío había insistido en que vistiera acorde con lo que se llevaba en Toledo. Llevaba el pelo suelto, sujeto tan solo por una diadema del mismo color que el vestido y un fino velo que salía de ella. Miguel le tendió la mano para que descendiera del carruaje y ella le sonrió. Una sonrisa entre satisfecha y nostálgica. Le embargaba cierta tristeza al saber que Miguel se iría pronto.

La primavera había llenado los alrededores del Tajo de plantas y árboles y el verano había intensificado sus tonos verdes. Una ligera brisa siseaba entre las hojas. Pasearon despacio, seguidos por Jaime, que caminaba unos pasos más atrás. Miguel se sentía incómodo y Laraine lo sabía.

–¿En qué entreteníais vuestro tiempo en Nápoles?

Laraine agradeció la pregunta del joven.

–Administraba la casa de mi padre. Me ocupaba del servicio y de su organización –Laraine se quedó en silencio. Nunca se había parado a pensar en ello, pero dicho así, su vida parecía de lo más aburrida–. A veces, mi padre me dejaba ver las mercancías que llegaban.

Miguel se paró y se quedó mirando el lugar.

–Este es un buen sitio para detenernos –dijo mirando a Jaime y pidiéndole que extendiera las mantas y sacara la comida que habían llevado. Miguel ayudó a Laraine a sentarse.

–Y, ¿qué hacíais con esas mercancías? –le preguntó él, retomando la conversación que habían dejado en el aire. Laraine se alegró. Por un instante había creído que él no estaba interesado en absoluto.

–Llegaban joyas y telas. Las más preciadas eran las sedas y mi padre me dejaba elegir algunas para mí. Luego mandaba hacer vestidos con ellas.

–Tenéis buen gusto y mucha suerte de poder elegir entre las mejores telas.

Laraine asintió, bajando la mirada. No quería que Miguel se marchara de Toledo con la única idea de que ella era una manipuladora y una egoísta que a punto estuvo de conseguir que lo mataran. Pero no sabía qué más podía hacer para cambiar las cosas. Lo miró de soslayo. Se había afeitado y el color de sus ojos marrones se veía acentuado por los rayos de sol que se colaban entre las ramas y las hojas.

–¿Y vos? –se interesó ella.

–Ya sabéis lo que es la vida de un caballero. La mía no difiere mucho de la del resto.

–Jaime dice que siempre queréis ser el mejor.

Miguel miró al chiquillo. No estaba enojado con él, solo algo extrañado de que le hubiera dicho eso a la joven. Jaime se sonrojó, pidió permiso para ir a buscar algo y se alejó unos cuantos pasos.

–Supongo que no lo habréis notado, pero los que tenemos un origen humilde estamos abocados a demostrar continuamente que somos los mejores. A pesar de ello, alguien siempre acaba recordándote que no estás donde deberías estar.

–Apuesto a que haríais lo mismo, aunque hubieseis nacido en una familia distinguida. Es parte de vuestro carácter y lo considero un buen atributo.

–Como también lo es meterme en líos –dijo y su voz sonó más relajada. Reclinó su espalda y la apoyó sobre un tronco. Entonces le contó lo que ocurrió uno de los días en que a don Fortún se le ocurrió hacer unos ejercicios

bajo la lluvia. Y cómo acabó pasando la noche atado a un árbol y sintiendo muy cerca el aliento de las alimañas nocturnas. Y todo por no seguir las indicaciones de su capitán.

La historia hizo reír a la joven.

–¿Qué ocurrió después? –le preguntó, divertida.

Miguel se llevó la mano derecha a los ojos y los ocultó durante unos instantes.

–No os lo vais a creer, pero don Iñigo apareció a la mañana siguiente y me hizo luchar contra él. No paró hasta que me hizo demostrar que había aprendido tanto la lección, como a ser un buen Almoravid.

–Los Almoravid os quieren como si fuerais de verdad su familia.

–Y yo a ellos. Tuve suerte cuando don Fortún me prohió.

–¿Echáis de menos a vuestra verdadera familia?

Miguel se levantó y echó a andar unos pocos pasos. Laraine tuvo miedo de haber hecho la pregunta equivocada, pero el joven no parecía contrariado. Se encogió de hombros.

–Supongo que sí, pero mi presencia en casa de don Yenegro solo acarrea problemas. Sé que me quieren y yo a ellos, pero es mejor así.

–Siento mucho que las cosas no puedan ser de otra manera.

–¿Vos lo sentís?

–Sé lo que es crecer lejos de una madre.

Miguel asintió.

–¿Erais muy pequeña cuando ella murió?

–Tenía siete años. Dicen que me parezco a ella, aunque a mí me habría gustado conocerla mejor, para tener mi propia opinión.

–Lo siento mucho.

–Os lo agradezco. Mi padre siempre me cuenta cosas de ella y me hace reír. No le gusta que me ponga triste cuando la recordamos. Dice que era una persona alegre y de buen corazón y que yo debo parecerme también en eso.

–Vuestro padre es un gran hombre.

Laraine sonrió al recordar a su progenitor.

–Es momento de regresar. Le prometí a vuestro tío que llegaríamos a buena hora para la cena.

Laraine tomó la mano que Miguel le ofrecía y se levantó suavemente. Se sonrieron.

Atrapada entre la cortina y la zozobra de sus propios pensamientos, Laraine observaba el metódico quehacer de Miguel y Jaime. El carruaje que habían traído desde Pamplona estaba siendo cargado desde primera hora de la mañana. Y mientras se iba llenando, el corazón de la joven se vaciaba en la misma proporción. Jamás imaginó Laraine que iba a sufrir tanto al ver marchar a alguien, especialmente si ese alguien era un hombre. Le dolía solo pensar que, en pocas horas, su rastro se perdería por los caminos que llevan al sur de la península. Y aunque quería creer que aquello tan solo iba a ser una separación transitoria, cada instante sin él se presentaba como algo demasiado difícil de asumir y de soportar. Tragó saliva despacio y se agarró a la cortina, como si aquello fuera la solución para detener el tiempo.

Don Munio se abrazó a Miguel. Los sonidos no llegaban hasta la ventana, pero los gestos de despedida que intercambiaron eran evidentes. Obligó a sus dedos a soltar las cortinas. Sabía que debía ser así, que tenía que dejarlo ir. Se resignó. No podía obligarlo a quererla, aunque le habría gustado. Bajó despacio al patio. El lugar se le antojó frío y silencioso y se sintió presa de su propio miedo. Ordenó a su mano que dejara el tembleque y ensayó una bonita sonrisa, que tembló antes de ser esbozada en toda su plenitud. Se acercó despacio, deseando atraer la atención de Miguel y atrapar su mirada. Él salió a su encuentro y la tomó de las manos.

–Habéis madrugado.

–Quería despedirme de vosotros.

–No me hubiera ido sin deciros adiós.

Aquellas palabras le infundieron ánimos.

–Me gustaría que tuvierais esto –le dijo, poniendo en su mano un pedazo de tela perfectamente doblado.

–¡Vuestro velo!

Ella se encogió de hombros y apretó los labios sin saber muy bien qué decir. Él sonrió.

–Debéis tenerme cierto aprecio –aceptó él, bastante sorprendido–. Os deseo que tengáis una vida próspera y feliz. Si algún día viajáis a Pamplona seréis agasajada como corresponde.

–Quizá queráis visitarme a vuestro regreso, aquí en Toledo.

–No os puedo prometer nada. Ahora mismo, me debo a mi señor y a mi reino.

–Que tengáis buen viaje, entonces –le deseó, intentando ocultar su

decepción.

–Ha sido un placer –le dijo él, besando su mano.

Laraine permaneció muy quieta en medio de aquel patio, sintiéndose sola y desprotegida. Se quedó mirando la puerta por la que acababa de salir Miguel durante mucho tiempo, con la esperanza de que se volviera a abrir, a pesar de saber que eso no iba a suceder. Una gallina pasó a su lado, picoteando algún grano olvidado en el suelo. Y ella continuó allí, sin moverse, ocultando su tristeza tras una estudiada y hierática expresión.

Pere era un adolescente rebelde de cuerpo flacucho y mirada lánguida. Él era el heredero de todas aquellas tierras en las que don Miguel y Jaime acababan de poner el pie y el amo de dos millares de personas. O eso creía él. Para Domingo Pérez, quien seguía comandando las fuerzas militares que protegían esas tierras, era tan solo un guiñapo, un títere que mover a su antojo y el instrumento que pensaba utilizar para acercarse a su madre. Domingo lo tenía muy claro y para Oliva empezaba a ser evidente. Su hijo siempre había sido su ojito derecho, pero era patente que carecía de la fuerza y personalidad de su padre. Oliva no lo había querido ver hasta entonces. Tras el anuncio del fallecimiento de su esposo, Gaufrido de Aliseda, había resistido como un bastión primero y como un roble después, pensando que en breve su hijo sería lo suficientemente mayor y cabal como para frenar a Domingo. Pero últimamente las insinuaciones de este empezaban a ser más constantes y su avaricia más manifiesta. Y su hijo, aunque era duro reconocerlo, no daba la talla. Y eso provocaba en ella un sentimiento de temor. En su fuero interno sabía que la presencia de su hijo no bastaría para frenar las intenciones del que otrora estuviera a las órdenes de Gaufrido. Muy al contrario, Pere podía llegar a suponer un obstáculo para su ambición y podría intentar eliminarlo. La vida de su hijo, intuía, estaba en peligro.

Domingo quería ganarse esas tierras y sabía que podía conseguirlo. Estaba dispuesto a hacerlo de la manera más fácil. Esto es, a través de un matrimonio. Ya se lo había insinuado a Oliva y esperaba que su propuesta madurara en breve. Estaba seguro de que aquella unión era ventajosa para ella también. Después de todo, ella no podía mantener a raya a almohades y cristianos y por eso sabía que acabaría aceptando. Pero si eso fallaba, había empezado también a barajar otras opciones. Prácticamente actuaba como señor y amo, pero él esperaba hacerlo de manera oficial, sin que ningún obstáculo le

impidiera ser el rey de aquel territorio.

Oliva se asomó a la ventana preguntándose si aquel sería otro día infernal. Primero venían siempre los gritos de su hijo. Era su forma de expresarse. Sentía la vida como un grito. Estaba claro que su madre no lo entendía y recelaba de Domingo; últimamente estaba demasiado simpático. Intentaba evitarlo, porque le ponía nervioso.

Los intentos de Oliva por mantener una conversación con su hijo se esfumaron antes del desayuno. Pensó que quizá le habría presionado de más. Desde la ventana de su dormitorio, la espalda de Pere parecía más estrecha, caminaba encorvado.

—Señora Oliva —le interrumpió uno de los sirvientes—. Ha llegado una visita. Un caballero dice haber viajado desde Pamplona para haceros entrega de un documento.

El corazón de Oliva se encogió en su pecho. No estaba muy segura de lo que iba a significar aquella visita. Gaufrido había muerto en Pamplona. De eso había dado fe un mensajero llegado desde el norte hacía ya unos cuantos meses. Igual que le había dicho que en breve recibiría una visita para relatarle lo sucedido. Sin embargo, ese *en breve* se había convertido en semanas y las semanas en meses. Oliva ignoraba cuál había sido la causa del fallecimiento de su esposo y ahora que había llegado el momento de la verdad, no sabía si quería saberlo.

Miguel estaba nervioso. No era plato de gusto para nadie llevar la noticia de la muerte de un familiar. Mucho menos, si uno ha sido la mano ejecutora. ¿Cómo explicar a una mujer que su marido no era la persona que ella suponía y que intentó matarle, pero que, sin embargo, él está muerto y uno no? Miguel se movió inquieto por la sala. La casa de don Gaufrido o de don Arnaldo Fernández, como lo conocía Miguel, no era lujosa. Estaba preparada para defenderse como lo puede estar cualquier hogar que se establece en tierra de nadie, pero que todo el mundo parece reclamar. Vivir en aquella frontera itinerante, situada entre dos culturas que se odian y se declaran la guerra constantemente, no debía ser fácil. Y, sin embargo, allí había una atmósfera de relativa tranquilidad.

Con el sonido de los primeros pasos, los músculos del cuerpo de Miguel se tensaron y su puño se cerró como si hubiera empuñado una espada. Notó la misma incertidumbre que cuando se preparaba para un entrenamiento. Oliva apareció por la puerta de repente. Miguel la miró guardando las distancias,

estudiando al enemigo.

–Me han dicho que venís de Pamplona –su voz era dulce. Sonaba como una vieja y conocida melodía.

–Soy don Miguel de Grez Almoravid –se presentó–. Vuestro esposo me pidió que llevara a cabo esta última voluntad por él.

–Sentaos –le pidió, señalando hacia la mesa.

Oliva agarró el respaldo de la silla donde se iba a sentar. Necesitaba asirse a algo porque un desasosiego interno amenazaba con llevarse su consciencia. Miguel esperó a que la mujer tomara asiento. Después lo hizo él.

–¿Os puedo ofrecer alguna cosa? Estaréis cansado de vuestro viaje.

–Imagino que deseáis saber cuanto antes las noticias que traigo. Después, si aún lo consideráis adecuado, aceptaré gustoso vuestra hospitalidad –la tensión de su cuerpo no había disminuido, pero se mantenía firme y distante, esperando el primer movimiento de avance del adversario. Aunque era difícil considerar a aquella mujer un enemigo. Miguel acercó un pequeño baúl hacia Oliva.

–Esto es lo que don... Gaufrido –a punto estuvo de decir don Arnaldo– preparó para vos.

Oliva tomó el objeto y lo sujetó con ambas manos, sin saber muy bien qué debía hacer a continuación.

–¿Vos sabéis cómo murió mi esposo? –preguntó, más porque eso debía de ser lo que se esperaba de ella, que porque sintiera verdaderas ganas de saberlo.

El joven tomó aire antes de responder. Miró con cuidado y detenimiento a su interlocutora e intentó mantener la calma.

–Vuestro esposo escribió una carta para vos. Allí os lo explicará todo. La guardó dentro del baúl. Si no quedáis satisfecha, yo responderé entonces vuestras preguntas.

Oliva miró directamente y por primera vez a los ojos del joven que tenía delante.

–Ya casi no recuerdo su rostro –dijo con esos ojos brillantes que barruntan lágrimas.

Las ausencias de don Gaufrido habían sido más frecuentes que las estancias. Pero eso, ¿qué le importaba a aquel joven desconocido, que había recorrido decenas de leguas para llegar hasta allí? Oliva se decidió y abrió el baúl. En su interior se intuían joyas, piedras preciosas y dinero. Ella ignoró

todo aquello y cogió el trozo de pergamino que estaba en la parte de arriba.

–No sé leer –dijo, tendiendo el papel a Miguel.

Este lo tomó resignado. Oliva parecía frágil, pero serena. El infanzón rasgó el sello que protegía el documento de ojos indeseados y fijó la vista en las primeras palabras.

Es difícil hablar a alguien desde la tumba, porque allí es donde estaré cuando recibáis esta carta. Quiero que sepáis que siempre os he querido y que ninguna luz ha brillado tanto en mi vida como la vuestra.

No culpéis a nadie de mi muerte, pues solo yo soy responsable de ella. Cometí algunos errores y he pagado por ellos. A veces, uno cree que está haciendo lo correcto, hasta que alguien le abre los ojos y se da cuenta de que ha elegido el camino equivocado. En mi caso fue don Miguel quien lo hizo. El joven que ahora tenéis delante. Lo obligué a enfrentarse a mí y pagué por ello. Don Miguel no hizo sino cumplir con su deber. Al menos, le debo el que me pusiera en mi sitio y que me diera la ocasión de arrepentirme. Siento dejaros así, pero quiero que sepáis que vuestro recuerdo reconforta mi cuerpo maltrecho y mi alma en pena.

Me consta que a don Miguel le incomoda esta pequeña misión que le he encomendado, pero es un caballero y cumplirá su palabra. Junto a esta carta os envió dinero suficiente, para que no os falte nada, ni a vos ni a nuestro hijo. ¡Pere! Apenas lo conozco. Él necesitará toda la ayuda posible y sospecho que Domingo no será la persona adecuada para convertirlo en un gran hombre. Él es bueno cumpliendo órdenes y dándolas, pero no creo que esté capacitado para dejar en nuestro hijo la impronta de una adecuada formación, como la que mi heredero requiere. Si queréis mi opinión, fíaros de don Miguel y ponedlo bajo su protección.

Miguel dejó de leer, elevó la vista y se mordió el labio inferior. Los ojos de Oliva se habían desbordado y su rostro estaba empapado en lágrimas. Se sintió incómodo y no precisamente por el llanto de la viuda, sino porque don Arnaldo se hubiera tomado la licencia de enredarlo en la educación de su hijo. Algo molesto, retomó la lectura.

Domingo es un buen soldado. Sabrá proteger bien la frontera de nuestras posesiones y, además, es de buen conformar, por lo que no os molestará. Quedo tranquilo en ese aspecto. No sé que más deciros, salvo que

os quiero con toda mi alma. Más aún sabiendo que no volveré a verme reflejado en vuestros ojos ni a teneros entre mis brazos. Oliva, rezad por mi alma.

Vuestro siempre, don Gaufrido de Aliseda.

Miguel se habría reído de no ser porque la que tenía delante era una viuda compungida. Una mujer que ignoraba el pasado macabro de su marido que incluía la existencia perniciosa de Arnaldo Fernández (nombre con el que se le conocía en el norte y tras el cual se escondía para cometer sus fechorías). ¿Cómo un ser como él podía ser tan cínico delante de su mujer y fingir llevar una vida totalmente normal? Le había prometido a un moribundo que guardaría su secreto, pero de buena gana le habría dicho a Oliva: «No lloréis. Un vil y frío asesino como don Arnaldo no merece lágrima alguna». Pero permaneció en silencio, respetando el ininterrumpido gimoteo que sonaba en la sala.

–¿Puedo seros de ayuda? –le preguntó por fin Miguel.

Oliva pareció percatarse entonces de la presencia del infanzón.

–¿Fuisteis entonces vos quien se enfrentó a mi esposo?

–No creo que eso tenga mayor relevancia –dijo Miguel, aparentando mayor serenidad de la que realmente sentía. Estaba ya un tanto cansado de todo ese asunto y quería dar por zanjada su participación en él.

–Para mí es importante.

–Don A... –Miguel casi se confunde otra vez y dice Arnaldo en vez de Gaufrido– vuestro esposo me confundió con otra persona. Me defendí como pude y los dos nos enfrentamos, produciéndonos heridas de consideración. Las de él fueron más graves.

Miguel dejó ahí las explicaciones. Debería haber añadido más cosas, pero no lo hizo. Debería haberle dicho cómo esa sanguijuela se había burlado de la justicia navarra durante casi catorce años. Bien se merecía la soga que quebró su cuello.

–Mi esposo viajaba mucho –Oliva parecía más serena y con ganas de hablar–. A veces, cuando regresaba, tenía la sensación de estar saludando a un desconocido. Me adoraba, o lo fingía, no lo sé muy bien. Porque a veces tenía la sospecha de que me ocultaba algo. Cuando vino aquí y se presentó como Gaufrido, el hijo del señor moribundo, quise creerlo. Para mí fue mucho más sencillo aceptarlo así que terminar casada con un hombre que casi triplicaba mi edad. ¿Queréis creer que mi padre me había prometido con aquel

vejestorio? –Oliva se quedó en silencio durante un rato, nadando en el pasado y en los recuerdos–. A veces, su mirada se tornaba huidiza e incluso vil, pero a mí siempre me trató con ternura; me hizo sentir viva e importante.

Una gruesa lágrima surcó de nuevo su mejilla. Miguel se sentía incómodo.

–¿Os importa dejarme sola? –le preguntó.

Miguel hizo una pequeña inclinación de cabeza y se retiró aliviado. Tenía ganas de huir de allí.

El calor empezó a apretar muy de mañana. Miguel miró por la ventana mientras se pasaba la mano por la nuca. Intentaba poner orden en sus pensamientos. En esos momentos, la puerta principal de la casa se abrió de golpe y por ella apareció Pere seguido de cerca por Oliva. Los dos gesticulaban y sus bocas se abrían con desmesura, lo que reveló a Miguel que madre e hijo estaban enfrascados en una pelea verbal. El muchacho se acercó más a la ventana desde la que el infanzón observaba.

–¡Dejadme en paz! –escuchó claramente decir al muchacho.

–¡Hijo! –suplicó ella, agotada.

–¡Que me dejéis, os he dicho! Vos no sabéis nada. Sois solo una mujer y no entendéis nada.

El muchacho se alejó. Su madre, desesperada, se dejó caer sobre los escalones de la entrada.

–Siempre es así –dijo la voz dicharachera de Jaime, que acababa de abrir la puerta de la habitación–. Eso dicen las sirvientas. Creo que ese muchacho necesita mano dura.

–¿Qué sabrás tú? –replicó Miguel lanzándole un pequeño cojín que descansaba sobre la cama.

–¡Vais a tirar el agua que os traigo para lavaros! –protestó el escudero.

–Estaré listo enseguida.

–¡Acicalaos bien! Doña Oliva quiere veros después del desayuno.

El joven se quedó solo y hundió su cabeza en el agua fría que había vertido sobre una jofaina. Sacó la cabeza de golpe y el agua escurrió sobre su nuca, su espalda y su pecho. Se frotó los sobacos y se secó. Parecía llevar el calor metido en su cuerpo porque, inmediatamente, se sintió sofocado. Buscó entre su ropa algo ligero y se puso una camisa y unas calzas. No era lo más elegante que tenía, pero sí lo más práctico. Una sirvienta le subió el desayuno y se llevó el agua. Cuando terminó, bajó al encuentro de Oliva. La mujer parecía

serena, a pesar de sus ojos enrojecidos e hinchados y de su mirada lánguida.

–Sentaos –le pidió a Miguel.

Oliva se encontraba sola en una estancia donde la luz irradiaba a borbotones y los ligeros cortinajes de nada servían para sofocar el calor que entraba desde fuera. El ambiente era pegajoso. Miguel, sin apartar la vista de la mujer, se sentó al otro lado de la mesa.

–Os preguntareis por qué os he hecho llamar...

El joven asintió, pero decidió no interrumpir.

–Estas tierras están en la frontera de nadie. Unas veces son los almohades, otras los castellanos, otras los portugueses. ¡Qué sé yo! –Oliva hizo una pausa. Parecía que le faltaba el aire y que de un momento a otro se iba a poner a llorar desconsoladamente.

Miguel sintió cierta pena, pero no sabía qué podía hacer él en toda esa trama. Lo que le pedía su cuerpo era retornar al viejo burgo de la Navarrería. Llevaba demasiado tiempo alejado de él y lo extrañaba. Lo que ocurriera tan al sur... no era de su incumbencia. Aún así, se las arregló para parecer interesado. Nada perdía por escuchar.

–Mi marido tenía razón en muchas cosas, pero no en lo que se refiere a Domingo. Codicia estas tierras que ahora ve sin dueño. Y las quiere para sí, no para protegerlas para nuestro hijo. Él sabe cómo manejar la pequeña recua de soldados que mi marido reunió. Al principio fueron insinuaciones, pero creo que vuestra presencia le ha asustado un poco y ha decidido pedírmelo.

A esas alturas, Miguel andaba un poco perdido. No terminaba de ver la conexión que podía existir entre las frases que la mujer pronunciaba.

–Sé que no tengo elección, don Miguel. No quiero hacerlo, pero me casaré con Domingo. Él tendrá lo que quiere y, por mi parte, es la única manera que se me ocurre de seguir controlando estas tierras y guardarlas para mi hijo. Si no, él acabará quedándose por la fuerza y yo me veré en la calle. Pensaba que Pere podría plantarle cara, de verdad que lo creía... –Oliva volvía a ser imprecisa y oscura en sus divagaciones, aunque el infanzón parecía intuir el fondo del asunto– pero se niega a hablar conmigo de cualquier tema. Siento que no ha superado la pérdida de su padre. Creo que siempre lo idealizó.

Era fácil entender esto último. Si no lo veía a menudo, seguramente la joven imaginación de Pere habría construido un padre a su medida. Oliva se calló.

–¿Qué es exactamente lo que queréis de mí, doña Oliva?

La mujer se levantó de la silla y caminó por la estancia. Parecía estar tomando fuerzas para hacer su petición.

–Lo que os voy a pedir... –Oliva se quedó pensativa unos instantes. Estaba a punto de encomendar lo que más quería en el mundo a un desconocido. Pero, ¿acaso tenía otra opción?–. Lo siento, yo... no tengo derecho a pedir os nada, pero mi situación es... desesperada.

Miguel la miró con cara interrogativa.

–Quiero rogaros que toméis a mi hijo bajo vuestra protección, que lo eduquéis como caballero y lo preparéis para tomar las riendas de su hogar.

La frase la pronunció toda seguida, sin respirar ni dejar hueco entre las palabras. Había reunido todo el valor posible para decirla y ahora empezaba a sentirse culpable.

–Nada sabéis de mí. ¿Por qué queréis que me lleve a Pere lejos de vos, lejos del único hogar que conoce? Ni siquiera sabéis si soy de fiar.

–Lo que sé de vos me basta –dijo con la voz desgarrada, rota por el dolor y el tremendo esfuerzo que estaba haciendo para llevar a cabo la decisión tomada–. Heristeis a mi esposo, es cierto. Aún así, él confió en vos lo suficiente como para encomendaros el transporte de estas monedas y la carta y pedir os que vinierais hasta aquí. Y vos lo habéis hecho. Por eso confío en vos. Por eso y porque vuestros ojos son los ojos de un caballero que cumple su palabra.

–¿Qué esperáis de mí? No tengo dinero, pertenezco a otro señor...

–Os daré dinero suficiente para los gastos de mi hijo. Y si necesitáis más, os lo haré llegar –suplicó–. Por favor.

Oliva cerró los párpados y las últimas lágrimas que habían contenido sus ojos se derramaron sobre sus mejillas, rodando hasta el borde de su cara.

–Está bien –concedió Miguel, aún sabiendo que se arrepentiría de aquellas dos palabras tarde o temprano.

Oliva respiró aliviada. Sintió deseos de abrazar a aquel joven que pintaba su rostro de una sonrisa reconfortante, pero se detuvo a tiempo, limitándose a darle las gracias.

–Necesito un pequeño favor más... –le dijo, mordiéndose los labios–. Hoy me desposaré con Domingo. He accedido a cambio de un pequeño trato. Firmaremos un documento en el que se especifique que Pere es el primer y único heredero de estas tierras. El problema es que no sé leer ni escribir y temo que Domingo...

–...como en algunas posadas, os sirva asno en vez de ternera, o gato en vez de liebre –terminó Miguel por ella.

–Eso es.

–Estad tranquila. Leeré el documento antes de que pongáis una marca en él.

–Gracias, gracias, gracias...

–No puedo demorar más mi estancia aquí. Mañana partiremos poco después de la hora prima. Si Pere está listo, podrá viajar con nosotros. Si no, se quedará aquí.

–Estará listo.

Como había prometido Oliva, Pere se presentó puntual a la hora de la salida. En aquella mañana de cielo despejado, nada recordaba que el día anterior se hubiera celebrado allí una boda. Todo estaba tranquilo y limpio. No había borrachos durmiendo en cualquier rincón, ni restos de comida por el suelo, ni olor a vino. En cambio, el cielo despejado barruntaba un buen día de viaje. Oliva despidió a su hijo con cara seria y labios apretados. Se tragó las lágrimas, o quizá fue simplemente que ya no le quedaba ninguna. Jaime no estaba entusiasmado con la idea de la presencia de Pere. No le había dicho nada a Miguel al respecto, pero su cara no pudo disimular un gesto de contrariedad cuando el hijo de Oliva apareció con su petate preparado. A Pere tampoco le apetecía la nueva perspectiva que se abría ante él. Pero, a diferencia de Jaime, aprovechó cualquier excusa para manifestarlo.

A los tres días de marcha, Miguel estaba a punto de perder la paciencia. Pere llevaba muy mal las rutinas del viaje y Jaime no era de los que se mordía la lengua. Miguel era consciente de que el hijo de Arnaldo escurría el bulto siempre que podía, pero había decidido ser paciente con él. Sin embargo, aquella tercera tarde, cuando se detuvieron en un claro apartado del camino para pasar la noche, Pere, indignado, empezó a quejarse. El infanzón se había acostumbrado al ronroneo sordo que producía la constante pelea entre los dos adolescentes y no hacía mucho caso. Además, las dos noches anteriores las habían pasado en posadas, por lo que la trifulca había cesado en cuanto se hizo hora de irse a dormir. Sin embargo, aquella noche que pasarían al raso estaba tomando otro cariz y no pintaba nada bien. Jaime le había pedido a Pere que fuera a buscar leña y este no solo se había negado, sino que había aludido de forma grosera a los orígenes de Jaime.

Miguel, que estaba agachado organizando los sacos, se levantó despacio. Jaime nunca lo había visto con esa cara. Antes de que terminara de alzarse en toda su altura, el escudero ya sabía que los dos iban a recibir una reprimenda. Sin embargo, a diferencia de lo esperado, la voz de Miguel salió templada.

–Jaime, ve a buscar leña.

El muchacho fue a protestar. Abrió la boca, pero el gesto severo del caballero fue suficiente para que se volviera a cerrar. Pero sonrió maliciosamente. No lo habría hecho, si hubiera sabido lo que venía a continuación. Miguel se volvió hacia él.

–¿Qué crees que estás haciendo?

–Soy un señor, el hijo de un señor, y pronto heredaré sus tierras. ¿Sois vos acaso algo de eso?

Miguel se acercó al joven y le habló con dureza.

–No sé lo que eres. Me acerco a ti y solo veo a un muchacho que habla mucho y que ni siquiera sabe prepararse su lecho para dormir. Te burlas de Jaime, pero él es cien mil veces mejor en orden, disciplina y valentía. Si vas a ser un señor y heredar unas cuantas tierras, tendrás que demostrar antes ser cien mil veces mejor que Jaime y no veo que ni siquiera lo estés intentando.

–¿Cómo os atrevéis...?

–Hoy no cenarás y, a partir de mañana, te ocuparás de tus cosas, porque nadie lo va a hacer por ti.

–Regresaré a casa –le amenazó, pensando que así iba a conseguir que Miguel cediera.

–Podrías hacerlo, sí. Te imagino apoyado en un árbol, haciendo frente a la oscuridad con la punta de tu cuchillo, mientras escuchas a lo lejos aullar a los lobos.

–Tengo dinero, me hospedaría...

–En una de esas hospederías que hemos dejado atrás, donde los viajeros huelen el dinero y el miedo a cuatro leguas. ¿De verdad crees que sobrevivirías para llegar a tu casa y decirle a tu madre: «Aquí estoy, madre, he abandonado la promesa que te hice»? Métete en tu lecho y no quiero oírte rechistar hasta mañana.

–Me iré –le volvió a amenazar–. Ni vos ni vuestro escudero alcanzáis a cubrir la suela de mi zapato.

Miguel obvió las últimas palabras y respiró profundamente para soltar la tensión que llevaba acumulada. Cuando Jaime regresó, el silencio reinaba en

el improvisado campamento. El muchacho buscó con la mirada a su compañero de viaje, hasta que sus ojos dieron con el bulto que permanecía inmóvil dentro del saco de dormir.

–Pere ha decidido ayunar hoy –anunció Miguel.

Jaime se encogió de hombros. «Él se lo pierde», pensó. No tenía ni idea de lo que su señor le podía haber dicho, pero le estaba agradecido.

A diferencia de los días anteriores, las primeras horas de viaje fueron muy silenciosas. Pere, pese a sus amenazas, no se había ido y colaboró en los preparativos, tanto para el desayuno como para la marcha. Un fino sirimi comenzó a caer al mediodía y pronto se convirtió en una fuerte lluvia. Miguel decidió detenerse en el siguiente pueblo que encontraran. Pero lo único que hallaron fue una casa aislada cuyos dueños les permitieron alojarse en el granero. Y menos mal que lo hicieron, pues pronto los caminos se convirtieron en un barrizal impracticable. El infanzón pagó bien al granjero. Más de lo que debería pero, a cambio, recibieron algo de comida caliente.

El día se oscureció pronto y el repiqueteo del agua al golpear sobre la madera transmitía cierta nostalgia. Los tres viajeros hablaron poco durante la cena y menos después de ella. Los dos muchachos estaban cansados. Miguel agradeció aquellos momentos de descanso. Había notado que conforme avanzaban hacia Pamplona, una fuerte carga de añoranza se instalaba en su interior. Jaime y Pere dormían ya. El joven acercó su petate y rebuscó en él una manta más gorda. La humedad de aquel día le había dejado los huesos helados. Al sacarla, un trozo de tela salió también enredado en ella. En la semipenumbra lo tocó y apreció su suavidad en contraste con la bastedad de la manta. Inmediatamente, la imagen de Laraine se dibujó en su cabeza. Hacía tiempo que no pensaba en ella y era justo entonces, cuando se aproximaban a Toledo, cuando aparecía el velo que la joven le había regalado y, con él, la imagen de su rostro, tan vívida, como si pudiera tocarla. Miguel se quedó dormido con la tela en la mano. Transmitía seguridad. Se despertó despejado y tranquilo, pero antes de calzarse ya había decidido que no pasaría por Toledo.

LOS SALVAGUARDAS DE RICARDO

Año de 1192

Leyes navarras de guerra: Debe acudir un hombre de cada casa o bien pagar y poner un sustituto. Están exentos los impedidos físicamente y los que tuvieran padres, hermanos o mujer enfermos. Cuando se convoca al Apellido, quedan emplazados todos los que pudieran empuñar armas. Cada soldado debe llevar alimento para tres días, después el conducho o manutención correrá a cargo del rey, así como el de las bestias que llevasen. Cada tres hombres recibirán dos litros de vino y como ración de carne, para cada doce hombres, un carnero diario.

ÁLVARO TENSÓ LA CUERDA DE SU BALLESTA y esperó el momento preciso para soltar la flecha. Esta voló suavemente dibujando un trazado recto y mortífero. El impacto detuvo la frenética carrera que había iniciado el corzo para huir del peligro que le acechaba. Unos cuantos pasos más adelante, el animal cayó herido de muerte. Su respiración duró tan solo unos instantes más. Álvaro estaba satisfecho. Su puntería mejoraba de día en día. Se acercó con prudencia. Los disparos de otros cazadores podían resultar peligrosos. No había dado ni cuatro pasos cuando sintió un fuerte empujón que a punto estuvo de mandarlo al suelo. Terrén se abrió paso sin pedir permiso y reclamó la presa para él. Se la cargó al hombro. Era un joven con una gran fuerza, de eso no había duda.

–¿Qué hacéis? –le preguntó fastidiado Álvaro.

Terrén se limitó a sonreír y presentó la pieza ante don Yenegro.

–¿Una buena pieza esta, verdad, señor?

Don Yenegro asintió satisfecho.

–Sí que lo es.

Álvaro abrió la boca para protestar, pero la volvió a cerrar. Poco después, su padre dio la orden de retirarse. Los Martínez de Subiza regresaron sin prisas hacia Pamplona. Había buen ambiente, puesto que la caza se les había dado bien. Terrén fanfarroneaba de haber sido el que más piezas había abatido. «No me extraña –pensó Álvaro–, si se ha apuntado todas las que han cazado los demás, lo ha tenido muy fácil». El joven marchaba al final de la formación. Miró con ojos de rabia a Terrén. No le importaba que contase la verdad a su medida. Después de todo, al mentiroso se le coge antes que al cojo. Lo que realmente odiaba Álvaro era la cara de satisfacción y aprobación con que su padre lo miraba. Esa mirada nunca había sido para él. Y daba igual lo que hiciera; don Yenegro nunca parecía estar satisfecho. No odiaba a Terrén, pero le fastidiaba que fuera todo lo que él nunca llegaría a ser a los ojos de su padre.

Al grito de ¡fiesta, fiesta, fiesta!, un gran banquete fue servido en la casa que don Yenegro poseía en Pamplona. Era la misma rutina de siempre: comer hasta hartar, beber hasta vomitar. Esa parecía ser la máxima de don Yenegro durante los últimos años. Álvaro intentó olvidar que aquella fiesta era en su honor. Acababa de cumplir veinticinco años, pero a veces se sentía igual de tímido y fuera de lugar que cuando tenía siete. Solo que ahora era un chiquillo que sabía manejar una espada y acertar a un blanco móvil a más de cien pasos. No tenía mucho apetito y no pensaba emborracharse, así que salió al patio. En la puerta se zafó de los abrazos voraces de una mujer que no era la suya. Seguramente una de las que su padre había pagado para la ocasión. Miró hacia arriba. La ventana de su cuarto permanecía cerrada y oscura. María estaría acostada. Oria le había dicho que se cuidara más durante los últimos meses de su embarazo; aunque no era esa la causa exacta por la que no estaba presente en la celebración del cumpleaños de su marido. Don Yenegro siempre vetaba la presencia de María porque si ella acudía, tenía que estar también su esposa, Blasquita, y eso habría ido en contra de sus principios. Álvaro escuchó las risas que venían de dentro. Las voces cada vez eran más altas, lo que significaba que la comida estaba empezando a cambiarse por el vino. Era curioso apreciar que ninguno de los que tan bien se lo estaban pasando podía considerarse su amigo.

–Siempre huyendo. Incluso de vuestra propia celebración –la voz de su padre sonó pastosa a los oídos de Álvaro.

Intentó sonreír y aceptó el vaso que le ofrecía su progenitor, aunque no de muy buen grado.

–Una buena pieza, esa última que habéis abatido. No me extraña que Terrén haya querido llevarse el mérito. ¿Sabéis que le he pedido a Guiomar que os la preparara especialmente para vos?

–¿Vos sabéis que fui yo quien acertó al corzo?

–Por supuesto.

–Aún así aceptasteis que Terrén se llevara el mérito.

–Tened clara una cosa, Álvaro. Yo no acepté que él se llevara el mérito. Fuisteis vos. Os dejasteis arrebatar el preciado trofeo en vuestras mismas narices. No esperéis que yo defienda algo por lo que vos no estáis dispuesto a luchar.

Don Yenegro se llevó su copa a la boca y echó un trago largo. Cuando terminó, su rostro tenía pintada una sonrisa cínica, mordaz.

–Si fuerais lo suficiente hombre, le habríais devuelto el empujón a Terrén y habríais reclamado vuestro trofeo. Si fuerais lo suficiente hombre, no habríais despreciado a la mujer que se ha echado a vuestros brazos en la puerta.

La sonrisa no se había borrado de la cara de don Yenegro. Por contra, Álvaro permanecía serio y circunspecto.

–Volvamos dentro, –le instó su padre–. Ahí es donde están vuestra familia y vuestros amigos. Que no se diga que un hijo mío huye de su propio cumpleaños. Una celebración así no os puede herir.

«No sabéis cuánto», pensó Álvaro.

El señor de Subiza hizo un gesto con su mano, dando paso a su hijo. En la puerta, se miraron sin decir nada. Don Yenegro, en cambio, agarró del brazo a Terrén y lo atrajo hacia así.

–Emborrachadlo –dijo al oído del de Eulate.

Terrén acompañó a Álvaro hasta su sitio y puso un vaso de vino delante de él. No tenía intenciones de beber, pero las escenas que presenció dentro del comedor le dieron tanto asco –y no precisamente por lo que vio, sino porque se sentía tan fuera de lugar como un pez en lo alto de la sierra de Aralar– que apuró su copa hasta el final.

–Hermano–le dijo Terrén–, un baile –y se lo llevó hasta el centro de la

sala.

Terrén comenzó a mover brazos y piernas. Desde las mesas siguieron su ritmo golpeando con vasos y platos de madera. Álvaro bebió otro trago y, después, otro. Alguien le volvió a llenar el vaso. El brazo de Terrén rodeaba sus hombros. Se dejó llevar. El vino le reportó cierta placidez momentánea. Empezó a ser uno con la música y los golpes. Bebió de nuevo. Quería olvidar, olvidar que era esclavo en una familia en la que nunca había encajado. Quizá si su padre muriera él podría ser feliz, pensó. Un escalofrío recorrió su cuerpo. No era digno de él pensar así. «Que Dios me perdone», suplicó. Bebió de nuevo y la realidad comenzó a perder cierta consistencia.

Cuando despertó, los ojos de María lo estaban mirando directamente. Había cierto reproche en ellos. No estaban en su cama, ni en su cuarto, de eso estaba seguro, pero no tenía ni idea de dónde se encontraban. Álvaro abrió la boca para decir algo. Su afonía se lo impidió. Se incorporó despacio y apoyó las manos en el suelo, al sentir que este se movía. Aunque en realidad, ese movimiento solo existía en su mente. María seguía sin decir nada. Álvaro inspiró un par de veces seguidas. Oía a humo. Se miró las manos. Tanto ellas como sus ropas estaban manchadas de marcas negras.

–Espero que el estado lamentable, tanto de vuestra persona como de vuestras ropas, sea debido a que habéis colaborado en la extinción del incendio en la casa de los Almoravid.

Álvaro intentó recordar, pero un hueco vacío y frío se abrió en su mente. Miró alrededor. Estaba en el pajar, donde solía dormir Miguel. No tenía ni idea de cómo había llegado hasta allí ni por qué lo había hecho. Ni tampoco cómo lo había encontrado su esposa. Dadas las circunstancias, Álvaro decidió no hablar mucho, hasta no tener una idea clara de lo que había ocurrido. Se levantó agarrándose la cabeza, que le dolía horrores, y siguió con la mirada a María.

Su mujer bajó despacio por la escalera. Estaba un poco aturdida. Aquel lugar... le traía lejanos recuerdos. El pajar olía todavía a Miguel, aunque hiciera mucho tiempo que este ya no lo ocupaba. No había subido allí desde aquel día que estuvo con él. Sabía que iba a ser doloroso recordar aquel beso que una vez se dieron y que aún vivía en aquel espacio. Y ahora, era mucho más insoportable comprobar que se quedaría allí, encerrado para siempre sin que existiera de verdad.

La luz del sol hizo que Álvaro entornara los ojos. El olor a humo era más intenso en el exterior. «Entonces, es cierto que la casa de los Almoravid se ha incendiado –reconoció para sí–. Pero, ¿qué tengo yo que ver con eso?». Entró en la casa. El gran salón había sido limpiado. Terrén salió a su encuentro, le dio dos golpes en la espalda y le guiñó un ojo. Álvaro lo miró confundido. ¿Desde cuándo Terrén se mostraba tan cercano y complaciente con él?

Pero lo que verdaderamente desarmó a Álvaro, no fue tanto el comportamiento de Terrén, como que todos los demás hombres de armas de su padre tuvieran el mismo gesto significativo hacia él. «¿Qué demonios he hecho esta noche?».

Don Iñigo aseguró la cuerda al pilar que soportaba el granero. Miguel y García tiraron de ella con fuerza. La madera cedió enseguida. Estaba prácticamente calcinado. Miles de motas de polvo inundaron el ambiente. A través del pañuelo que llevaba sujeto sobre su boca y nariz, Miguel apreció la bocanada de olor a quemado que se transportó por el aire. Tragó saliva una y otra vez, pero el regusto a paja y madera carbonizada no terminaba de irse de su boca por mucho que insistiera.

El incendio había comenzado muy avanzada la noche; en el silencio oscuro de los sueños. No había sido más grave gracias al insomnio que últimamente padecía don Fortún. Él fue quien avisó y el primero que empezó a echar cubos de agua. La colaboración de la familia hizo el resto. A pesar de ello, el granero, parte del establo y la esquina sur de la vivienda habían resultado dañadas. También habían tenido que sacrificar a un cerdo. Eso fue lo que más le dolió a doña Teresa.

–Un poco más fuerte –indicó don Iñigo a García y Miguel–. Parecéis débiles muchachas. Todo esto debe estar despejado antes del anochecer.

García dio un codazo a Miguel. Los dos se miraron y empujaron con tal fuerza que se llevaron paja, pilar y gallinas y a punto estuvieron de arrastrar también a su tío.

–Al menos disfrutáis con el trabajo –apuntó don Iñigo entre las risas de los dos jóvenes.

Había más trabajo del que imaginaba. Aunque no parecía grave, el incendio había dañado lo suficiente la vivienda como para pensar seriamente en tirar parte de ella o, en su defecto, poner un grueso contrafuerte. Miguel y García continuaban desescombrando al anochecer.

–¡Maldita sea! –se quejó García–. ¿Cómo creéis que ha podido arder todo

esto? –ya lo habían comentado antes, pero el joven seguía dándole vueltas.

Miguel suspiró y se pasó el antebrazo por la frente. Sudaba. Se inclinó de nuevo y, con fuerza, introdujo otra vez la pala entre los restos calcinados que aún esperaban para ser retirados. Con un estudiado gesto, depositó toda la basura en uno de los carros. García lo relevó, pero cuando iba a hacer el gesto para recoger otra palada, el brazo de Miguel lo detuvo.

–¡Esperad! Mirad esto –le dijo, agachándose.

–Es una tea –comprobó García.

–Lo que queda de ella.

–¿Es nuestra?

–Creo que deberíais llevársela a vuestro padre.

Miguel contempló la silueta esbelta de su hermano de sangre, mientras accedía a la casa. Una sospecha traspasó su mente, pero era reacio a aceptarlo. Esa tea podía significar que alguien había provocado aquel incendio. Para olvidar aquel pensamiento, volvió a retomar su labor y se centró en ella. Cuando terminó de llenar el carro, se giró hacia la puerta. García no había vuelto. Bonita forma de escurrir el bulto, pensó. Dejó la herramienta apoyada en una de las paredes y se lavó las manos en un inmenso barril que recogía el agua de la lluvia en el patio. Se metió en la casa. Tenía hambre. Al fondo de la sala, en la mesa principal, García charlaba con su padre y don Iñigo. Iba a recriminarle su ausencia, cuando se dio cuenta de que un espeso silencio acompañaba a su entrada. Los tres se quedaron mirándolo.

–Puedo volver más tarde –dijo, tras ser consciente de la incomodidad que había provocado su llegada.

–Creo que debe saberlo –susurró García. Don Iñigo asintió levemente.

–Acercaos, hijo –le dijo don Fortún.

Miguel caminó hasta la mesa. El resto de la sala estaba vacía.

–Sentaos.

El infanzón habría preferido que le ofrecieran un buen trozo de carne, pero se conformó con el asiento.

–Esta tea que habéis encontrado –comenzó el cabeza de familia– parece indicar que el incendio ha podido ser provocado.

–Claro que lo certifica –estalló García–. Y todo apunta a que los Martínez de Subiza están detrás de ello.

–¡García, calmaos! –le pidió su padre.

–Pero vos habéis comentado que los desmanes de los Martínez de Subiza

han sido la comidilla de la ciudad durante todo el día. Ayer celebraron una fiesta y algunos siguieron el festejo por las calles de la vieja Iruñea.

«El cumpleaños de Álvaro», pensó Miguel.

–Pero –continuó don Fortún– no podemos confirmar que ambos hechos estén relacionados. Esta tea incluso podría ser nuestra.

García estaba indignado. No podía creer que su padre se mostrara tan frío en lo tocante a ese tema. Se levantó disgustado y no hizo nada por disimular su enfado.

–Si me disculpáis –dijo en tono de fastidio.

–García, quiero que dejéis estar este asunto –le advirtió su padre–. Y eso va también por vos, Miguel. Y, ahora, podéis retiraros, los dos. Tengo asuntos que tratar con mi hermano.

Salieron juntos al patio. García miró a Miguel.

–¿Qué pensáis? –le preguntó.

Miguel se encogió de hombros.

–No es algo que se pueda pasar por alto.

–Carlo, nuestro escanciador, me ha comentado que varios testigos vieron a Álvaro ebrio y alborotando por los alrededores.

–No creo que él lo hiciera, si es a eso a lo que os referís.

–Pues yo creo que sí. Si iba lo suficientemente borracho y estuviera desesperado por mostrar a su padre su valía. Y creedme si os digo que lo está.

–Aún así, sigo sin creer que él fuera capaz de hacerlo, borracho o no.

–¿Sabéis? Odio que lo hagáis.

–¿Qué haga qué? –preguntó Miguel algo desconcertado.

–Que sigáis defendiendo a Álvaro.

Miguel negó con la cabeza. No sabía muy bien qué decir. García se alejó despacio. Era la primera vez que el de Grez veía tan enfadado a su hermano.

–Don Miguel –escuchó a sus espaldas, justo cuando se había girado para subir a sus habitaciones y descansar un poco–, ha llegado un mensajero.

Miguel miró a Jaime con atención.

–¿Y bien?

–Ha traído esto para vos –le dijo entregándole una carta.

Miguel subió las escaleras. Se le habían quitado las ganas de comer. Se sentó en el borde de la cama algo fatigado. La vela que acababa de encender regalaba una tímida circunferencia de luz. Se frotó los ojos. Hacía tiempo que no leía y cada vez le costaba más esfuerzo descifrar la palabra escrita. Aún

así, tenía curiosidad por saber quién le podía enviar aquella misiva. La tomó con cuidado y le dio la vuelta. Sonrió al ver el sello: dos tórtolas. Rompió el lacre y extendió los dos pergaminos que contenía. Encendió un par de velas más y se puso cómodo. Miró con detenimiento las letras antes de iniciar la lectura y llegó a la conclusión de que aquella carta no había sido escrita seguida, sino que contenía distintas narraciones, retomadas en varios días y quizá también en diferentes lugares.

Berenguela, por la gracia de Dios, reina de Inglaterra, duquesa de Aquitania y Normandía, condesa de Anjou e infanta de Navarra, al infanzón don Miguel de Grez Almoravid:

Es extraña esta tierra donde se debería respirar la paz más que en ningún otro lugar del mundo. Sin embargo, hasta nuestras ventanas llegan constantes ecos de muerte y guerra. Joanna, Borgoña y yo pasamos largos ratos juntas, bordando, hablando e incluso cantando. No hay otra forma de entretenerse aquí. Su amistad y su presencia hacen que la estancia sea más llevadera.

Nada más llegar, los cruzados pusieron sitio a Acre. Siento tener que comunicaros que nuestro amigo Philip, el conde de Flandes, fue uno de los primeros en caer.

Miguel detuvo la lectura. Nunca había considerado a Philip su amigo pero, en todo caso, sentía que hubiera muerto casi sin tener tiempo para respirar el aire de Jerusalén.

Pero debo decir que fueron hombres como él los que contribuyeron a la conquista de Acre y Jaffa. Con esta victoria, los cruzados han conseguido la liberación de todos los cristianos y la devolución de la reliquia de la Vera Cruz. Y doscientos mil besants se han añadido a las arcas cruzadas. A pesar de este pequeño triunfo, las celebraciones fueron casi tan duras como la batalla misma, ya que los ingleses desclavaron la bandera del duque de Austria que había sido colocada junto con las de Inglaterra y Francia. Me consta que el duque está muy enfadado por ese desafortunado incidente y me temo que tarde o temprano intentará saldar cuentas. A pesar de eso, Richartz parece contento con la marcha de esta empresa. Saladino y él se

respetan y se admiran. Para mí eso es algo complicado de entender. Pero supongo que, en un enfrentamiento, la categoría del rival decide la categoría y valía del vencedor. Y, en este caso, ambos están dispuestos a probarse mutuamente.

Todavía no hay nada confirmado, pero se rumorea que el rey de Francia va a regresar a sus tierras. No se lleva bien con Richartz y ha estado enfermo. Si termina marchándose, dejará una guarnición capitaneada por el duque de Burgundia.

La primera escritura se detenía en ese punto. Miguel apartó por un momento los papeles que tenía delante y se restregó los ojos. No tenía ni idea de por qué la infanta le enviaba aquella misiva ni qué pretendía con ello. Ella sabía de sobra que Miguel no contestaría. Después de todo, él era incapaz de sentarse a construir tres frases seguidas que tuvieran sentido. Estaba demasiado apegado a la tradición hablada. Eso, sin contar lo inadecuado que sería que un infanzón escribiera a la hija de su rey. Más cuando esta estaba casada con alguien poderoso que era capaz de tajar el gznate de un hombre con solo chasquear los dedos. Y, además, sería difícil saber a dónde enviar la carta. Se echó sobre la cama e intentó revivir la imagen de Berenguela. La recordaba como una persona vivaz, curiosa, pero sobre todo, franca. Y franca estaba siendo al relatar aquella pequeña guerra en la que se había visto envuelta. Agotado tras un día removiendo escombros, se quedó dormido con la misiva en la mano.

Miguel notó unos golpes en su puerta, pero se le antojaron muy lejanos. Cuando escuchó el chirrido de los goznes, sintió que lo despertaban del mejor de los sueños. Ni siquiera se acordaba si estaba soñando algo bonito e interesante, o no. Solo sabía que se sentía bien dentro de aquel sueño.

—¿Otra vez os habéis quedado dormido encima de la cama? —le preguntó Jaime.

El infanzón se llevó las manos a la cara para taparse de la luminosidad que entró en la habitación, cuando el doncel descorrió la cortina. Fue entonces cuando pensó en la carta. La encontró encima de su almohada y, con un sutil movimiento, la escondió en uno de los cajones de su cómoda, el único mueble que adornaba la estancia.

—Don Fortún os espera en la sala —le anunció su escudero—. Ha dicho que

era urgente.

Miguel fue uno de los primeros en presentarse en la sala principal de la casa. La palabra urgente utilizada por Jaime, había barrido su somnolencia de un plumazo. Si la reunión tenía algo que ver con el incendio del día anterior y la acusación contra Álvaro, quería ser el primero en enterarse. Don Fortún conversaba con su hermano menor en un rincón, así que el de Grez esperó cerca de la puerta.

García se acercó a él por detrás y se colocó a su lado. Miguel observó a su amigo. Su expresión parecía relajada. Se cruzó de brazos. Eso era lo que tenía de bueno el heredero del clan Almoravid. Decía lo que pensaba a la cara y si se tenía que enfadar lo hacía, pero sus enfados solían durar poco y no era rencoroso.

–¿Sabéis qué ocurre? –se animó a preguntar Miguel, al ver el buen estado de ánimo de su amigo.

Por toda contestación, García se encogió de hombros.

–¿Ha habido alguna novedad respecto al... incendio?

–No lo creo –contestó esta vez García–. ¿Estáis preocupado por Álvaro?

–No, claro que no.

–Sí, ya sé. Creéis fervientemente en su inocencia. Pues os voy a decir algo, Miguel. *Cuchillos* afirma que desde el cumpleaños del señor, Álvaro ha sido felicitado y palmeado en numerosas ocasiones por los caballeros de su padre. Incluso por Terrén. Y le consta que algo sucedió aquella noche para que el trato que le dispensan a vuestro amigo haya cambiado tanto; aunque no se atreve a confesar en público qué es lo que ocurrió. Supongo que por miedo a don Yenegro.

Miguel lo miró, algo dolido.

–Si no me creéis, ¿por qué no habláis con vuestra madre? Algún día me tomaré revancha de este incidente, Miguel. Pero no os preocupéis, no os pediré que participéis, aunque será un placer descubrir realmente de qué lado están vuestras lealtades.

–No lo decís en serio –le dijo Miguel. García parecía incluso divertido por aquella conversación–. Sabéis que si Álvaro ha tenido algo que ver con el incendio y se demuestra, seré el primero en pedirle explicaciones. Pero si no es así, será muy grato para mí recibir vuestras disculpas.

–No esperaba menos de vos –le dijo García, justo en el momento en que don Fortún pedía atención a los asistentes.

–El rey ha hecho un llamamiento a las armas –dijo yendo al grano.

–¿Estamos en guerra? –fue la pregunta general que se extendió tras aquella declaración.

–No se trata de eso, exactamente –prosiguió don Fortún–. Algunos nobles se han sublevado al otro lado de los Pirineos, aprovechando la ausencia de Ricardo y la enfermedad del senescal de Gascuña. El infante partirá en breve. Aquellos de vosotros que queráis uniros a él –dijo mirando a alguno de los hombres que estaban en la sala, entre ellos, Miguel y García–, presentaos ante mí a lo largo de la mañana. El rey no ha convocado al Apellido, puesto que no se trata de una guerra que amenace al reino, pero su petición ha dejado muy claro que debe haber alguna representación de los ricoshombres del reino.

Miguel notó una extraña sensación en su estómago, un cruce de exaltación y miedo. Era algo que no había sentido hasta ese momento. «Una guerra», pensó. Todavía era joven e inexperto y el solo pensamiento le hizo sentir una grata sensación de euforia.

La noticia de la próxima marcha nubló cualquier otra actividad o pensamiento en casa de los Almoravid. Hasta tal punto, que el incidente del incendio quedó pronto relegado a un segundo plano. Sirvientes y escuderos trabajaron a destajo para tener todo preparado el día señalado para la partida. Miguel se recluyó en su dormitorio y preparó las pertenencias que había decidido llevarse. Al rebuscar en los cajones de la cómoda, la carta de la infanta, que había dejado a medio leer, llamó su atención. Se sentó en el borde de su cama, donde ropas y enseres cubrían la superficie, y retomó la lectura.

El invierno está siendo muy duro y la guerra se ha tornado cruel. Ricardo ha entablado negociaciones con Saifedin, el hermano de Saladino, en numerosas ocasiones, pero la masacre que los cruzados llevaron a cabo en Acre en el mes de agosto –dos mil setecientos prisioneros asesinados–, aún pesa demasiado en los corazones de los musulmanes. Aquellas personas que, vivas, se habían convertido en un lastre demasiado pesado –Ricardo no los podía alimentar y tampoco se podía permitir dejar enemigos vivos a sus espaldas– son ahora, una vez muertas, un tormento escalofriante para mi alma.

Desde finales de este año de 1191, los cruzados estuvieron acampados cerca de la Ciudad Santa, pero Ricardo ha dado la orden de retirarse a Ascalón. Hasta yo sé que, aunque hubieran logrado conquistarla, los

cristianos no disponen de fuerzas suficientes para defenderla.

Tardarán aún en llegaros estas noticias. Probablemente ya estará el año 1192 bastante avanzado cuando lo hagan. Espero sinceramente que Navarra siga siendo una tierra noble y firme y vos continuéis dando muestras de vuestra lealtad y valentía.

Así se terminaba la escritura de la infanta. Miguel se quedó pensativo, relejó aquellas líneas una vez más y después guardó la misiva. Nada había comentado a García sobre su recepción. A decir verdad, le ponía nervioso. Decidió centrarse en su cometido y en la guerra que le esperaba al otro lado de los Pirineos. Unos suaves golpes se escucharon entonces en su puerta y Toda entró apresuradamente.

–Pido disculpas, señor, pero García me ha rogado que venga a buscaros enseguida. Debéis bajar al patio.

No le hizo falta preguntar nada para darse cuenta de que algo serio ocurría. Bajó los escalones de dos en dos, cuestionándose qué otro suceso podía haber alterado la vida de la comunidad Almoravid. Miguel detuvo su andadura en la puerta de salida al patio y se quedó mirando fijamente el círculo de curiosos que se había formado unos pasos más adelante. Empezaba a comprender por qué lo habían llamado. Apretó los labios, suspiró y se dirigió por fin hacia su destino. El corro se fue abriendo para dejarle paso. Enganchados como dos animales rabiosos, Jaime y Pere se peleaban con ferocidad. Eran sus donceles, sus escuderos y por eso le tocaba a él repartir disciplina. Sabía que en esas circunstancias las palabras no servían de nada, así que agarró con fuerza a uno y a otro por el cuello de su camisa y los separó. Los pies de ambos quedaron colgando durante unos instantes lejos del suelo. Los tuvo así, hasta que hubo captado su atención. Cuando la mirada de sus ojos se centró en su figura, los volvió a depositar en el suelo, aunque sin soltarlos.

–Aquí ya no hay nada que ver –dijo sin apartar la vista de los muchachos.

El corro se deshizo y llegó el momento de repartir justicia. Miguel sabía que el látigo funcionaría bien, pero en su fuero interno no quería hacer uso de él. Sin embargo y por encima de cualquier otra convicción, tenía claro que aquel incidente no podía quedar sin consecuencias.

–Jaime, ve a los establos y ensilla mi caballo. Espera allí hasta que vaya a buscarte.

El gesto en la cara del muchacho le hizo sospechar a Miguel que iba a

protestar, pero este se adelantó indicándole con un leve gesto negativo de su cabeza que no quería réplica alguna. Jaime miró con algo más que desprecio a Pere y después se apartó de él con gesto disgustado. Miguel se quedó a solas con Pere. El muchacho lo miró con desdén, por encima del hombro. Al infanzón no le gustó nada aquella actitud de altanería. En cierto modo le recordaba algo al muchacho que un día fue él mismo. Pero había una diferencia; mientras que Miguel estaba siempre dispuesto a mejorar y a aprender, Pere se contentaba con meter bulla y esconder la mano.

–¿Por qué os peleabais?

Pere no contestó. Se limitó a mantener la mirada de su interlocutor un breve instante y después bajó la vista al suelo.

–Te he hecho una pregunta y quiero una respuesta.

–Y si no, ¿qué? ¿Pensáis atarme a una estaca y verme suplicar por un poco de comida y de bebida?

–¿Eso te hacía él? –Pere se sorprendió. No esperaba aquella pregunta y se quedó en silencio—. No estás en el sur, Pere. Y aquí hay unas normas y las normas se cumplen o uno acata las consecuencias. Me da igual que tu estancia aquí no sea de tu agrado. A mí tampoco me entusiasma cargar contigo. Pero es algo que he aceptado y ya está, no voy a discutir sobre ello. Mas te aseguro que, como vuelvas a cometer una falta de disciplina, te echo a la calle.

El semblante de Pere se tornó lívido. No era que hubiera desaparecido su altanería, pero no estaba preparado para enfrentarse al frío, al hambre y a la soledad. Y su casa quedaba demasiado lejos. Él sabía, por experiencia, que sería difícil atravesar el reino castellano y llegar a los lindes de la frontera almohade sin contar con ningún tipo de recurso. Y podía asegurar que Miguel hablaba completamente en serio.

–Ahora quiero saber por qué peleabais.

–Hice un comentario y Jaime respondió inventándose un montón de mentiras.

–¿Qué tipo de comentario hiciste?

Pere dudó. Sabía que Miguel hablaría a continuación con Jaime y sabría si le mentía o no. Además, era de suponer que se fiaría más de Jaime que de él.

–Un comentario sobre mi padre –dijo agachando la cabeza.

–Tu padre está muerto.

–Pero era mucho mejor hombre que... –la respuesta casi se le vino encima, incapaz de contenerse igual que había sido incapaz de hacerlo antes

con Jaime.

–¿Mejor que yo? –terminó Miguel.

–Mejor que cualquiera –dijo altanero, pero un poco más comedido.

–¿Y qué te dijo Jaime que te exaltó tanto?

–Que no me jactara tanto de ser hijo de don Gaufrido de Aliseda, puesto que era un asesino que se escondía bajo el nombre de don Arnaldo Fernández y que se merecía la muerte que tuvo. Que toda la ciudad vio cómo su cadáver pendía de la horca y que nadie lloró por él.

Pere estaba encarnado de rabia e indignación. Miró a Miguel, sus ojos rojos, sin apartar su visión.

–Debes aprender a contener tus reacciones. Has equivocado el sitio y las formas. Un caballero debe aplicarse en el uso no solo de las armas, sino también de la palabra. Tú has demostrado que no estás preparado ni para una cosa ni para la otra. Suspenderé por ahora tus prácticas y tus entrenamientos. Cuando aprendas a comportarte como un doncel, recibirás los privilegios correspondientes. Mientras tanto, te encargarás de los cerdos.

Pere tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no replicar. Aguantó la mirada de Miguel, pero al final claudicó.

–¿Puedo retirarme? –preguntó dolido.

Miguel hizo un gesto aseverativo. Vio marchar al muchacho. Sabía que los problemas no habían acabado ahí. Su mirada decía que aquella altanería buscaría respuestas sobre su padre y clamaría venganza.

Pere no miró atrás. Más que el castigo, le dolía que Miguel no hubiera desmentido la historia de su padre. Todos estaban equivocados. Su padre no era un asesino, sino un caballero injustamente tratado y él restablecería su buen nombre.

Jaime palmeó por sexta vez el cuello del caballo que acababa de ensillar. Cuando la puerta del establo se abrió, animal y muchacho movieron sus cabezas hacia el umbral. Jaime tragó saliva.

–Sígueme –le ordenó Miguel.

Jaime se esmeró por darse prisa. El de Grez no lo esperó, así que tuvo que partir a la carrera. Salieron de la ciudad por la puerta del Abrevador. El sonido del agua se escuchaba desde la lejanía. Caía la tarde. Miguel se dirigió hacia la orilla del río. Allí donde tantas veces había jugado con Álvaro. En aquel suelo lleno de piedras había aprendido a escribir sus primeras palabras.

Descabalgó. Jaime llegó resoplando, sus pecas acentuadas en su rostro rojo. Miguel le tendió las riendas de su caballo y el doncel esperó cabizbajo.

–¿Se puede saber en qué estabas pensando? –le preguntó.

Jaime agradeció que Miguel lo hubiera sacado de casa de los Almoravid para recibir aquella reprimenda, pero no por eso estaba menos nervioso.

–Pere me saca de quicio. Siempre está alardeando de que es mejor que todos nosotros juntos. Si sirve de algo... siento haberos puesto a vos en un compromiso.

–No se trata de eso, Jaime. Se trata de que dos escuderos que deberían trabajar juntos han acabado agarrados del cuello. Se trata de que habéis roto las reglas. Y eso no me lo esperaba de ti.

Jaime miró con cara de arrepentimiento. No dijo nada. Ningún comentario suavizaría la situación y aún debía dar las gracias porque Miguel no hubiera cogido el látigo.

–A partir de mañana, y hasta nueva orden, suspenderé tus entrenamientos y prácticas.

Jaime agachó aún más la cabeza y bajó los hombros. Aquello se le antojó peor que recibir cien latigazos. Miguel se sentó en una piedra redondeada y el escudero se quedó de pie, asido a las bridas del caballo, como un tonto.

–Sabes que te has buscado un mal enemigo, ¿no? –le dijo Miguel–. Pere apenas conoció a su padre. Tiene una visión idealizada de él, de lo que supone que debería haber sido. Para él, es más fácil creer que don Gaufrido fue un gran caballero, un héroe incluso. Y defenderá esa imagen con uñas y dientes, porque es la que ha sostenido su vida hasta este momento. Ten cuidado, Jaime. Pere es vengativo y yo espero mucho de ti.

Aquellas últimas palabras tornaron la seriedad del rostro del escudero en una tímida sonrisa. Al menos, eso suavizaba el castigo y sumaba parte de la moral perdida tras la pelea.

–Cabalgaré un rato –decidió Miguel–. Hace buena tarde.

El escudero lo siguió a pie

–¿Puedo preguntaros algo? –se atrevió a decir Jaime mientras seguían la orilla del río.

Miguel asintió.

–Si pensáis que Pere puede dar problemas, ¿por qué aceptasteis haceros cargo de él?

–Su madre me lo pidió. Creo que ella, aunque no tenía plena certeza, sí

intuía la doble vida de su marido.

–¿Queréis decir que ella quería que su hijo se enterara de lo de su padre?

–Supongo que esa era la idea. Además, creo que quería alejarlo de la frontera almohade y de su nuevo padrastro. Temía ambas cosas por igual.

Miguel miró a Jaime que marchaba a su izquierda. Este le sonrió.

Los ochocientos navarros que habían cruzado los Pirineos marchaban a buen ritmo y con la moral alta después de sus últimas victorias. El desgaste para sofocar la sublevación del conde Pergord, del vizconde de la Marca y de los otros barones gascones había sido mínimo hasta el momento y prácticamente no había habido bajas. El senescal de Gascuña, representante del duque de Aquitania y del rey inglés –dicho de otra forma, de Ricardo– había resistido atrincherado hasta la llegada de la ayuda navarra. Una vez que las fuerzas de don Sancho se hubieron desplegado por la zona, los sublevados habían decidido cejar en su empeño. Obviamente no habían contado con que los navarros cubrirían las espaldas de Ricardo durante su ausencia. Tras conseguir que los alzados volvieran a jurar su vasallaje al rey inglés ante su senescal, las tropas del infante habían tomado el camino hacia Toulouse.

Cabalgaban en paralelo a los Pirineos. La bruma, agarrada a la falda de las montañas, solo permitía ver los picos más altos. Hacía calor y las negras nubes de tormenta que descargaban abundante lluvia sobre las cimas, parecían avanzar a la par de los ochocientos caballeros navarros destacados al otro lado de las fronteras de su reino. El suelo estaba húmedo y los cascos de los caballos se hundían en la tierra color ocre, cubierta en muchas zonas por hojas de roble.

Miguel viajaba al final de la caravana, flanqueado por Jaime y Pere. Le gustaba la tranquilidad de la parte de atrás de la marcha, a pesar de ser la zona más peligrosa, expuesta a ataques sorpresa. Pero no le importaba. Compartía la plácida sensación de euforia que corría entre los soldados de aquella expedición. Miguel no conocía exactamente la situación de aquella zona. Por lo que había escuchado al infante y al senescal, dedujo que la nueva empresa no iba a ser tan fácil como la experiencia pasada. Aunque, de momento, avanzaban sin contratiempos. Don Sancho dio la orden de detenerse justo cuando las primeras gotas alcanzaban a la expedición navarra.

–¡Descansaremos unos instantes! –fue la orden que pasó de fila en fila hasta llegar a la retaguardia.

Miguel aprovechó para estirar las piernas. Se quitó los guantes y movió los dedos, agarrotados de tanto sostener las bridas. Jaime le ofreció un pellejo con agua y bebió un largo trago. Miró al cielo. Estaba encapotado y oscuro, pero la tormenta solo les pillaría de refilón. El de Grez devolvió el pellejo a su escudero. Señales de cansancio y falta de sueño cruzaban su cara igual que la de Pere. Un run-run de conversaciones se extendió por la larga hilera. Duró poco, porque la caravana se puso en marcha enseguida. Cambiaron el rumbo, dejando los Pirineos a la espalda y subiendo hacia el norte. Un escalofrío recorrió los brazos de Miguel. Había dejado de llover, pero la temperatura estaba bajando. Se abrigó con su capa.

La noche la pasaron al raso, compartiendo el vino y la carne de carnero que había sobrado de la comida. Miguel, sentado frente a la hoguera al lado de García, sentía la mirada intensa de don Iñigo sobre él y otro escalofrío se extendió por sus brazos. El infanzón acercó sus manos hacia el fuego.

—¿Queréis que os afile la espada? —le preguntó Jaime. Cada día, desde que él y Pere fueran castigados a prescindir de sus entrenamientos, el joven hacía la misma pregunta. Como si la necesidad de tocar el arma pudiera resarcirle de la ausencia de las prácticas. Y todas las noches recibía la misma respuesta de Miguel.

—Sabes que yo me ocupo de mis armas.

Jaime recogía la respuesta con resignación, pero no cejaba en su empeño. Pere lo miró con recelo, pero no dijo nada.

—Podéis retiraros a descansar —les dijo Miguel a ambos.

—Voy a ver si ha sobrado algo de carne —les anunció García.

—No sé dónde metéis todo lo que coméis —le dijo su tío.

El joven se encogió de hombros y se levantó despacio.

—Necesito alimentarme bien. Si he de luchar, por lo menos lo haré con el estómago lleno.

—Nunca cambiaréis.

Cuando García se alejó, Miguel volvió a sentir la mirada de don Iñigo sobre su rostro.

—¿Vos no coméis? —le preguntó.

—Suficiente para mí —le comunicó Miguel.

—Tomad, comed —le dijo, lanzándole un trozo de la pata que él no había terminado.

—¿Ocurre algo que deba saber? —le preguntó el infanzón algo suspicaz.

–Nada que deba preocuparos por el momento.

–¿Os preguntáis si seré capaz de obedecer las órdenes recibidas? ¿Si evitaré la tentación de seguir cualquier loca idea que se me pase por la cabeza? Hasta ahora lo he hecho, ¿no?

–Hasta ahora ha sido fácil –le informó don Iñigo–. Pero el conde de Toulouse estará prevenido. Además, está acostumbrado a repeler ataques y es un enemigo declarado de los Plantagenet. Defenderá su independencia con uñas y dientes. No lo olvidéis.

–No lo olvidaré.

El perfil de aquella enorme torre del homenaje escoltada por dos más pequeñas había llamado la atención de todo el grupo. Álvaro se echó agua por la cara por segunda vez. El sueño y la sensación de cansancio se habían agarrado a su cuerpo. Miró fijamente el perfil de la ciudad amurallada que se veía ya próxima. Don Sancho mandó aligerar el paso y Álvaro tragó saliva antes de espolear a su montura. Estaba nervioso y sentía la furia de los ojos de su padre clavados en su nuca.

–¡Todo el mundo a formar! –la orden era un claro aviso de que no iban a pasar de largo. Don Sancho iba a cargar contra aquella fortaleza antes de que pudieran preparar una defensa adecuada. Se agachó sobre su caballo y se caló el yelmo. Los ballesteros pasaron velozmente por los laterales, ocupando las primeras posiciones. Ellos serían los primeros en actuar. La organización fue muy rápida y las órdenes volaron entre los caballeros de tal forma que, cuando llegaron al pie de la muralla –de la que ninguno conocía el nombre–, todos sabían qué debían hacer.

–La parte sur está protegida por un ancho río. De allí solo se puede acceder a la fortaleza atravesando un largo puente de madera.

–La fortaleza está protegida por varios canales en el este.

–Hay una puerta en la parte norte.

–Y otra en el oeste.

Las informaciones de los exploradores llegaron enseguida a oídos del infante. Don Sancho decidió que habían tenido mucha suerte de no haber arribado hasta allí por el sur. Aquella era la posición más fácil de defender y, por el contrario, la más difícil de acometer. La resolución se centraba entre la puerta norte y la oeste. Se decidió por la oeste, porque intentar un asalto por ella no parecía tan descabellado. Además, se encontraban cerca.

–¡Arqueros, dos filas en ataque, defensa con escudos! –ordenó don Sancho.

El movimiento fue rápido y efectivo.

–¡Don Yenegro, don Iñigo! –llamó–. Tomad el grueso de la caballería e iniciad el asalto a la puerta con las tropas ligeras, en cuanto los arqueros hagan su trabajo.

–¡Don Álvaro! –el joven miró con extrañeza al escuchar su nombre. El infante nunca se había dirigido directamente a él. Hasta ese instante siempre había recibido las órdenes de su padre–. Buscad a don Miguel y a don Juan y partid hacia al este. Encontrad algún paso entre los canales. A ver si podéis hacer algo de ruido por ahí para distraer a los defensores.

Álvaro no podía calmar la sensación de ahogo que empezó a sentir dentro de él. «¡Maldita sea! ¿Por qué, entre todos los hombres que hay en el campamento, se le ocurre pronunciar mi nombre? La maldita costumbre de mi padre de decir que hay que estar siempre cerca del infante». Un fuerte golpe en la espalda empujó todos sus pensamientos hacia el exterior.

–¡Dejadme en buen lugar! –le dijo su padre–. Y demostrad que no solo podéis ser valiente cuando estáis borracho.

Las palabras de su padre eran siempre puro veneno. Nunca sabía decir nada agradable. Se alejó en cuanto pudo de allí y fue a buscar a los que iban a ser sus compañeros. Confiaba en Miguel, pero no le producía ninguna satisfacción tenerlo a sus órdenes. Miguel era cien veces mejor soldado que él. Y qué decir de don Juan. Él no era solo un veterano, sino que era *el veterano por excelencia*. El hombre con más experiencia de los ochocientos que formaban parte de aquel grupo de aguerridos navarros. Incluido el infante. Cualquier leve equivocación y era hombre muerto. «¡Qué suerte la mía!».

García le propinó un codazo a Miguel.

–¡Mirad! –le dijo con un movimiento de su cabeza–. Creo que viene a hablar con vos.

Miguel se levantó y saludó con la cabeza.

–Tenéis que venir conmigo, don Miguel –dijo, después de elegir con cuidado sus palabras–. Órdenes de don Sancho.

Miguel buscó con la mirada a don Iñigo.

–Id –le dijo este–. Llevaos a Pere y Jaime.

–¿Cuál es nuestro cometido? –le preguntó Miguel, una vez se alejaron unos

pasos.

–Primero debemos buscar a alguien más –le contestó. Álvaro se sentía raro en compañía de Miguel. El recuerdo de lo mucho que habían disfrutado juntos y de los largos veranos de juegos le hacía daño. «¡Ojalá todo pudiera ser otra vez así de fácil!», deseó. Se sacudió la cabeza. Debía olvidarse de eso y debía dejar atrás el recuerdo del incendio que provocó el día de su cumpleaños. ¿Lo sabría Miguel? Debía centrarse en la difícil misión que le habían encomendado.

–¿Y esa persona es?

Los dos caballeros se miraron, estudiándose.

–Don Juan de Rada.

Miguel reprimió una sonrisa de satisfacción. Fuera lo que fuese lo que debían hacer, tener al lado a don Juan era una garantía. El veterano siempre viajaba con una decena de experimentados soldados. Los más jóvenes los denominaban *los arcaicos*, pero todos admitían que aquel grupo era aguerrido y eficaz.

A don Juan no le sentó bien que Álvaro se postulase como la persona al mando de aquella pequeña misión. Fue a quejarse a don Sancho, pero este no hizo sino confirmar su decisión.

–Nos vamos –se limitó a decir don Juan cuando regresó junto a sus hombres.

Miguel frunció ligeramente el entrecejo. A él también le parecía extraña la decisión de colocar a Álvaro al mando de un grupo tan destacado y avezado. Con él, las circunstancias eran diferentes. Después de todo, Miguel no era sino un infanzón, un miembro de la baja nobleza. Y, además, había llegado a ella gracias al prohijamiento de don Fortún, pero don Juan... Para él debía ser algo así como un mazazo. Sin tiempo para más cábalas, se desplegaron hacia el este, justo cuando don Sancho daba la orden de atacar.

–¡Arqueros! ¡Prevenidos! ¡Fuego!

La primera ráfaga de flechas surcó el cielo destacándose sobre el fondo gris. El claro siseo se escuchó varias veces más. Luego, las paredes de la fortaleza bloquearon el sonido. Aquella que pisaban era una zona de marismas en la que los caballos se hundían con facilidad. Varias veces tuvieron que desandar el camino para poder seguir avanzando. Un pesado silencio rodeaba aquellos muros milenarios. Álvaro miró hacia arriba, todavía estaban lejos de ellos, pero su construcción tenía algo que abrumaba. Y no era por su altura,

sino por la sensación de consistencia que emanaba de ellos.

–¡Allí hay una puerta! –observó Miguel.

Todos miraron en la dirección que señalaba el joven. Álvaro sintió que debía decir o hacer algo. Pero no estaba seguro de qué.

–¡Vamos! –dijo escuetamente.

La entrada estaba más lejos de lo que parecía y el acercamiento fue lento debido a los lodazales que rodeaban toda la zona.

«Y ahora, ¿qué?», pensó Álvaro cuando la puerta estuvo lo suficientemente cerca como para poder ver el grosor de cada una de sus hojas, y su buen estado de conservación. Aquel portón resistiría bien unos cuantos envites del tronco que llevaban para intentar abrir una brecha en la madera. Continuaron avanzando. Un hormiguelo recorrió el cuerpo de Miguel. Era el mismo que sentía cuando se cernía algún peligro y se ponía alerta. El humo que se destacó en el cielo les informó de que las flechas incendiarias de sus compañeros habían hecho su trabajo y que la pelea ya había comenzado.

–¡Vienen jinetes! –la advertencia, dada por uno de los veteranos, llamó la atención de todos.

–No son de los nuestros.

Miguel miró a Álvaro. Aquella presencia era un estorbo con el que no habían contado. Y, aunque en una batalla siempre hay que esperar cualquier cosa, ninguno había supuesto que el peligro podría llegar de fuera y no de dentro. Álvaro sintió cierto pánico que quiso disimular.

–¡Hacia la puerta! –gritó para que se le escuchara bien.

Por un instante, el tiempo se congeló entre los navarros. Don Juan y sus veteranos sabían que, de entre todas las opciones que tenían en ese momento – y no eran muchas –, esa era la más descabellada. Miguel también lo sabía. La distancia que había entre ellos y la puerta no era mucha, pero era un terreno que desconocían, plagado de barro, lodo e incluso arenas movedizas. Seguramente el agua lo cubriría durante gran parte del año. Las patas de los caballos podían quedar atrapadas, por lo que la zona se acabaría convirtiendo en una trampa mortal. Además, la puerta estaba cerrada. Esa opción solo la escogería un insensato, o un hombre desesperado. Lo más lógico hubiera sido retroceder hacia un lugar más seco y esperar allí la carga de los jinetes. De cualquier manera estarían más cerca del campamento en caso de necesitar ayuda. Miguel estuvo a punto de contradecir a Álvaro. Miró a don Juan y barajó todas las opciones, mientras el ruido de los cascos de la caballería

enemiga aumentaba. Pero una de las primeras lecciones que había aprendido bajo techo Almoravid era a obedecer las órdenes de quien estaba al mando. Miró a Álvaro. Su rostro se estaba tornando lívido. Seguramente se acababa de dar cuenta de la torpeza de su orden, pero ya estaba dicha y sus palabras flotaban en el aire. Miguel volvió la mirada de nuevo hacia don Juan. Se preguntó qué haría.

—¡Ya habéis oído a don Álvaro! —gritó Miguel de pronto—. ¡Todos hacia la puerta! ¡Jaime, Pere! ¡Ayudadme a enganchar el tronco a mi caballo. Los demás, seguid a don Álvaro.

Don Juan escupió en el suelo, maldiciendo, mascando la posibilidad de rebelarse.

—¡Malditos desgraciados! —repitió para que todos sus hombres lo escucharan bien.

«Vamos, vamos», pensaba Miguel intentando animar a su montura para que siguiera más deprisa. Pero el terreno no era el más adecuado para arrastrar un tronco de árbol y acabó atascado en medio del barro. De un salto se plantó en el suelo y empujó con todas sus fuerzas. Álvaro acudió en su ayuda y los dos tiraron hasta desatascarlo, no sin gran esfuerzo. Don Juan desplegó a sus veteranos en dos filas ante la puerta. Se abrió un poco para dejar paso a los dos jóvenes y después cerró la formación.

—¡Vosotros, coged esto! —ordenó don Álvaro.

Una vez que el tronco fue desplazado hasta la muralla, todos los escuderos y los soldados de a pie lo desengancharon y comenzaron a embestir contra la puerta. Álvaro no sabía mucho de tácticas, pero sí cómo enfrentarse a la carga de la caballería. Eso lo había aprendido de su padre y también de su hermano.

—¡No separéis las filas! Permaneced juntos.

«¡A mí me va a enseñar ese mocoso cómo hacer frente a una carga!», pensó don Juan.

Los enemigos les superaban en número y ellos conocían mejor el terreno. Los golpes de madera sobre madera pronto quedaron engullidos por el fragor del choque. Los navarros aguantaron bien el primer asalto. Los enemigos se retiraron unos pasos. La segunda carga tuvo mayor efecto. Pronto, los caballos empezaron a cansarse y sus movimientos a ser torpes en un terreno que atrapaba sus cascos. Miguel miró hacia atrás, la puerta no parecía ceder. Dio un par de mandobles al aire antes de acertar de lleno en el pecho del caballero que se le había colocado delante. Gritó de euforia y de rabia, intentando

cerrarse junto a sus compañeros y derribar a más contrarios. Pero no era fácil. Aquellos hombres parecían estar acostumbrados a batallar en terreno pantanoso. En un instante, la igualdad inicial fue desapareciendo. Los enemigos se cerraron en círculo sobre ellos. Estaban a punto de envolverlos y esa era una mala perspectiva. El corcel de Miguel se encabritó de repente y piafó en el momento menos oportuno, lanzándolo contra el suelo. Se dio de lleno contra el barro frío y pegajoso y, lo que era peor, su pie se quedó enganchado en el estribo. Se soltó como pudo y se movió con rapidez entre las patas de los caballos que amenazaban con pisotearlo. La cercanía de los otros animales había evitado que el suyo iniciara la espantada. Comprobó que estaba entero y que su espada seguía intacta antes de lanzarse a por otro enemigo. La pequeña batalla tomaba mal cariz. Los enemigos estaban a punto de envolverlos. Pero, justo en ese instante, una olla de aceite hirviendo cayó desde lo alto. El ataque hizo correr tanto a navarros como a defensores. Eso evitó el último movimiento que hubiera puesto a los hombres de don Sancho en clara desventaja y, probablemente, hubiera provocado su rendición. Álvaro reordenó de prisa y con eficacia aquel flanco y eso los salvó.

Miguel miró hacia atrás por un instante. Tras ser arrojado el aceite hirviendo, los escuderos parecían indecisos.

—¡Seguid golpeando! —les dijo, tomando él mismo el tronco por la parte de delante—. ¡Solo un poco más!

El arrojado de los navarros dio un nuevo giro a la batalla. Muchos ya, cuerpo a tierra, luchaban desde el suelo. Los defensores fueron cayendo cada vez con mayor frecuencia hasta que solo quedaron cinco caballeros que terminaron por rendirse. Álvaro se acercó al corro. Su moral era alta tras el éxito de su primera batalla, aunque fuera salpicado de sangre hasta las cejas.

—¡Vos! —le dijo a uno de los recientes prisioneros—, decid que abran la puerta.

El caballero se negó. Entonces Álvaro, para sorpresa de Miguel y de todos los que estaban, cogió su espada y atravesó con ella al enemigo, buscando un hueco que no fuera mortal de necesidad, pero que tuviera su efecto.

«Después de todo, sí que corre sangre Martínez de Subiza por vuestras venas», pensó Miguel.

—¡Vos! —dijo a otro de ellos—. Haced que abran la puerta.

El segundo caballero se lo pensó mejor y se dirigió a la entrada. Intercambió unas palabras con el vigía. Este desapareció durante unos

instantes. Hubo tensión. Los navarros se preguntaron si habría más resistencia o si todos estarían luchando en el otro lado, donde don Sancho había lanzado el ataque principal. Contuvieron la respiración.

–Señor –escuchó Miguel por detrás, mientras esperaban–. Jaime está herido.

Miguel se volvió hacia Pere.

–¿Dónde?

El joven escudero le señaló un punto cercano a la puerta donde varios cuerpos caídos formaban un montón.

–¡Ayúdame! –le dijo al doncel.

–Estoy bien –la voz nerviosa del muchacho caído se escuchó con escasa fuerza. Tenía una herida en el costado no muy profunda.

–Busca mi caballo –le ordenó a Pere.

El ruido de los goznes de la puerta anunció que esta estaba a punto de abrirse. Miguel tuvo tiempo justo de montar a su escudero sobre su caballo y seguir el camino que había iniciado Álvaro.

«¿Será una trampa?», se preguntó el de Subiza, al poner el primer pie en aquella ciudad. Los cuatro soldados rendidos marchaban en cabeza. Muy despacio, fueron ascendiendo por las callejuelas estrechas que llevaban al castillo principal. Nadie les salió al encuentro. En medio del silencio que les acompañaba, comenzaron a escucharse sonidos de batalla. Aceleraron el paso.

Los hombres de don Sancho habían logrado entrar en la ciudad y batallaban entre las casas. La aparición del grupo de don Álvaro pilló por sorpresa a la retaguardia local, que pronto se vio entre dos fuegos. Los sitiados, viendo que no iban a poder vencer a los navarros, se rindieron.

La hazaña de don Álvaro fue la comidilla del campamento. Unos lo tacharon de loco y otros, de afortunado. Su padre se encontraba entre los primeros.

–Lo que habéis hecho es una estupidez –le dijo, a modo de saludo, cuando se encontraron.

Pero Álvaro estaba tan contento y satisfecho de sí mismo aquella tarde, que ni las palabras de su padre pudieron borrarle la sonrisa.

–Ahí viene el héroe –le comentó Iñigo a Miguel.

Este elevó la vista y vio acercarse a su otrora amigo.

–¿Puedo hablar con vos? –pidió Álvaro muy educadamente a quien una vez

había sido un hermano para él.

Miguel se levantó. Estaba atendiendo a Jaime. Su herida no era grave, aunque no iba a resultar muy útil de cara a la próxima campaña, cualquiera que fuese. Se alejaron un poco, para que nadie los escuchara. Álvaro tenía un pequeño corte en la cara.

–Gracias –le dijo Álvaro.

–¿Por qué? –le preguntó el otro, algo extrañado.

–Por apoyar mi decisión.

–Solo he cumplido órdenes.

–Habéis hecho más que eso y vos lo sabéis.

Por un instante ambos se quedaron en silencio, caminando despacio, mirando ora al suelo, ora al horizonte.

–Os honra que lo reconozcáis.

–A vos que cumplierais la orden más estúpida que seguramente nadie os dará.

–Hoy hemos tenido mucha suerte. Lo sabéis, ¿verdad?

Álvaro asintió.

–Debo irme.

Miguel se quedó mirándolo. En la cara de Álvaro había una sonrisa de satisfacción que nunca antes había visto. Aquel día había conseguido resaltar por algo en lo que nunca se había atrevido ni siquiera a soñar. Estaba claramente satisfecho.

Durmieron bajo techo. Don Sancho dio orden de que nadie se emborrachara, ni molestara a los lugareños. Aunque no todos obedecieron la orden, no hubo serios altercados. A la mañana siguiente, tras obligar al representante del conde de Toulouse a prestar juramento a Ricardo, partieron hacia Toulouse llevándose a dos rehenes.

Allí estaban. Acampados a las afueras de Toulouse en una mañana de cielo despejado y viento frío. Los navarros habían dejado atrás Muret –así se llamaba la ciudad que acababan de rendir– y, tras sus murallas, a los compañeros heridos. El médico del infante le había asegurado a Miguel que Jaime se recuperaría pronto, pero aún así se había quedado preocupado. Y no solo por la herida, sino porque sentía que lo dejaba abandonado en terreno hostil. Sin embargo, en esos instantes, cuando la ciudad del conde Raymundo V se alzaba ante sus ojos, otras preocupaciones llamaron a su puerta.

Pere se cercioró de que todas las tiras de cuero estaban bien sujetas y guardó la espada de Miguel. Nada de armas. Esa era la orden. Miguel se había puesto la túnica azul y, sobre ella, la coraza de cuero que para él había confeccionado Blanca. Estaba nervioso, aunque trataba de disimularlo delante de su escudero.

–Tráeme agua –le pidió a Pere.

Por unos momentos se quedó solo. El silencio pesaba dentro de aquella tienda en la que se estaba preparando. Tocó el filo de su espada, despidiéndose de ella, y de entre sus pertenencias sacó el velo verde que le había regalado Laraine. Durante un instante se imaginó su sonrisa, desdibujada por el paso del tiempo y la distancia. No sabía muy bien por qué lo había llevado consigo en esa misión y tampoco intentaba entender qué era lo que le impulsaba a tomarlo ahora. Pero lo hizo. Con cierto mimo se lo guardó en el interior de la coraza.

–¿Estáis listo?

Iñigo y García entraron a la vez que Pere. Miguel tomó el vaso de agua y lo apuró hasta el final.

–Estoy listo –aseguró Miguel.

–Llevad los brazos bien alejados del cuerpo –le dijo Iñigo.

–No sé si le servirá demasiado –intervino García–. Antes de llegar a la puerta, una flecha le habrá atravesado el pecho.

–Vos sabéis cómo transmitir confianza.

Pere le acercó los guantes. Miguel se los puso con ceremoniosa lentitud, intentando sostener el tiempo que se escapaba. El anillo que llevaba en el dedo índice de su mano izquierda brilló durante un breve instante, antes de desaparecer bajo el guante negro. Era un brillo oscuro, casi tan negro como los malos presagios que se agolpaban en su cabeza.

–Es la hora –dijo Miguel, sin mirar a ninguno de los Almoravid en particular.

–Lo haréis bien –le auguró García palmeando su espalda.

–Si no vuelvo, alguien tendrá que venir a por el anillo. No me gustaría estar en vuestro lugar –le dijo Miguel a su hermano de sangre.

–Creo que nos bastará con pedir vuestro dedo.

–No lo creo.

–Vamos, vamos, el infante se impacienta –le recordó Iñigo.

Miguel salió de la tienda. La mañana le pareció más fría y el sol más

brillante. Los primeros pasos amenazaron con atenuarlo, pero el infanzón trató de respirar con calma y logró vencer el miedo que sentía. Los ojos de don Sancho se posaron en él.

–Estoy listo, señor.

–Muy bien. Entonces, adelante –le confirmó el heredero.

Miguel atravesó el campamento. Era consciente de las miradas que se posaban en él, aunque intentó minimizarlas y olvidarse de ellas. Si quería tener éxito, debía concentrarse en su misión. García e Iñigo lo siguieron con la mirada. Miguel caminaba con pasos regulares, las manos extendidas a ambos lados de su cuerpo, bien separadas del tórax. Se detuvo a una veintena de pasos de la puerta. El tiempo se agrandó, los latidos se aceleraron y la respiración se agitó. En los siguientes instantes nada sucedió. Miguel trataba de ver la actividad de las almenas. A aquella distancia sería imposible esquivar una flecha. Tomó aire por la boca.

«¿Por qué estoy aquí? No creo que sea porque el infante piense que yo soy la persona más adecuada para parlamentar con el conde de Toulouse, quienquiera que sea. Claro que yo soy quien lleva el anillo y no otro. Pero, ¿qué sé yo de ese tal Raymundo, ni de sus disputas con Ricardo, el rey de Francia, o el de Aragón, salvo las rápidas lecciones que me ha dado don Arnaud? Y es más, ¿qué sé yo de negociaciones? ¿Qué se supone que debo decirle? Hola, disculpad, pero hemos venido desde Navarra para pedirnos que, por favor, olvidéis vuestras rencillas con el rey de Inglaterra y dobléis vuestra rodilla ante él. O, mejor aún, hola, vengo en calidad de enviado del infante de Navarra, vos sabréis qué queréis hacer conmigo. Don Yenegro estaría encantado si me devolvéis en trocitos. Y el infante se limitará a decir: Ya iba siendo hora. Ese anillo ha estado demasiado tiempo en sus manos».

La puerta se abrió despacio, dejando un pequeño hueco por el que solo cabía una persona. Miguel se olvidó de sus pensamientos y dio el primer paso. No pensaba volver la cabeza atrás, pero le habría gustado echar un último vistazo a la cara de García y de Iñigo. Por si no volvía a verlos.

Le cachearon a conciencia y le hicieron quitarse las botas. Descalzo y con la punta de una lanza clavada en sus costillas recorrió los primeros pasos. La casa de los condes de Toulouse no estaba lejos. Era un viejo caserón de gruesos muros y techos altos. Dentro hacía frío. Con un gesto le indicaron que esperase. Y le hicieron aguardar un buen rato durante el cual, Miguel trató de no pensar en nada. Más que nada, porque únicamente le asaltaban

pensamientos funestos. Por fin, una puerta lateral se abrió y vertió algo de luz sobre el oscuro zaguán en el que lo habían dejado.

–Seguidme –le dijo un sirviente, a la vez que le devolvía sus botas. Miguel lo siguió sin abrir la boca. El criado lo guio hacia una sala ornada con escudos y cabezas de animales, seguramente cazados por generaciones de condes de Toulouse, y le hizo esperar allí. Todo aquel despliegue de ornamentación provocaba cierto efecto de ahogo. Mantuvo la calma. «Si hubieran querido matarme, ya lo habrían hecho –pensó el infanzón–. Aunque no digo yo que una palabra errónea por mi parte me lleve al mismo desenlace que por ahora he esquivado».

–Bonito ejemplar –una voz se alzó de pronto por detrás de él–. Lo cazó mi padre cuando tenía catorce años.

Miguel se volvió hacia la voz que le hablaba. Le extrañó ver a alguien tan joven. Le habían dicho que el conde tendría unos cincuenta y ocho años y aquel que estaba ante él no podía tener más de treinta y cinco.

–Hermoso y peligroso. Alabo la habilidad de vuestro padre a tan temprana edad –elogió Miguel.

–Soy don Raymundo, el hijo del conde de Toulouse –se presentó el joven.

–Gracias por recibirme en estas circunstancias. Soy don Miguel de Grez Almoravid. El infante don Sancho de Navarra me envía para presentaros sus respetos y manifestaros sus buenas intenciones para con vuestra ciudad.

–¿Las mismas buenas intenciones de las que ha dado muestras en Muret?

Aquello era un revés en la conversación. Debía guardar las buenas formas. ¿Pero cómo? ¿Cómo ser amable sin sentirse ofendido, contestar a una afrenta abierta siendo indulgente y ser diplomático sin que se note que ciertas palabras hieren, aunque sean verdad?

–La ciudad de Muret está situada en un enclave privilegiado –dijo para ganar tiempo–. Sus habitantes han sido muy hospitalarios con nosotros y sentimos los daños que pudimos ocasionar. Y, os aseguro que estos ya han sido reparados. Pero he de deciros que no fuimos nosotros los que nos sublevamos contra el duque de Aquitania.

–Ricardo no tiene jurisdicción aquí.

–Confío en que eso predisponga, digamos que... vuestra neutralidad.

–Ya veo por dónde vais –le contestó en un tono más relajado–. Y, decidme, ¿qué es lo que quiere exactamente ese infante vuestro?

Miguel fue a contestar, pero Raymundo hizo un gesto con su mano.

–Estoy siendo un poco descortés y vos sois mi invitado. Nos disponíamos a comer. Quizá os gustaría acompañarnos.

–Será un placer, señor.

Un sirviente los acompañó hasta una pequeña sala, donde estaba dispuesta una gran tabla.

–Os presento a mi hija Constanza –la joven era hija de su segunda esposa, Beatriz de Bezier.

Miguel hizo una leve inclinación y tomó la mano de la joven. El infanzón creyó ver en su mirada un atisbo de sonrisa pícaro que no acertó a qué atribuir.

–Y este es Bernardo, conde de Cominges, conde de Bigorre, vizconde de Marsan y señor de Muret, de Samatán y de Zaragoza.

Cuando Miguel escuchó todos los títulos se quedó lívido, especialmente el de señor de Muret. Sin embargo, aún pudo reaccionar a tiempo, dando un salto hacia atrás cuando don Bernardo lanzó un ataque directo con su espada.

Don Raymundo se rio y a Miguel le pareció que también Constanza lo hacía. Y entonces descifró la mirada que antes había intentado leer. Ella lo sabía, sabía el susto que se iba a dar y le había parecido divertido, incluso antes de que sucediera. Miguel se encontró de pronto con una espada apuntando a su gáznate y la certeza de que nada bueno iba a salir de todo aquel asunto.

–¿Cuántas partes del cuerpo de este mal llamado caballero creéis que debo cortar para resarcir los atropellos de Muret? –la voz grave de don Bernardo se escuchó con claridad en aquella sala de pequeñas dimensiones.

El de Grez tuvo la sensación de estar flotando, incluso el pulso parecía haber desaparecido de su cuerpo. El rostro de Constanza reflejaba todavía su estado de diversión. Pero Miguel se centró en los ojos de su atacante. Era difícil descifrar las intenciones de su arremetida. Aunque parecía ir en serio, hubo un punto que no pasó desapercibido para el navarro. Los ojos de su atacante carecían de ese odio visceral que tantas veces había visto en los ojos de don Yenegro. Y eso lo animó.

–Mi señor don Sancho no me ha enviado aquí para luchar con vos. Y afuera, en el campamento, está don Arnaud, que nos ha acompañado desde Muret y puede asegurarnos de que todo está en orden allí y que nuestras intenciones distan mucho de querer hacernos con el control de la ciudad.

Miguel no se movió. Tenía la punta de la espada tan encima que hasta le parecía que de ella emanaba cierto calor, como si estuviera al rojo vivo.

–Esa excusa no os libraré de mi acero.

Un sirviente entró en ese momento por la puerta con dos grandes bandejas.

–¿Dónde queréis que ponga esto, señor? –preguntó a don Raymundo, como si fuera lo más normal del mundo entrar en una sala donde se va a servir la comida, y encontrar a uno de los invitados a punto de ser atravesado por una espada.

–Justo en medio. Nosotros mismos lo serviremos –le indicó el hijo del conde de Toulouse.

Varios criados dispusieron las viandas y las bebidas encima de la mesa y después salieron en silencio. Miguel seguía allí, pegado a la punta de la espada, sin estar totalmente seguro de si su vida estaba a punto de extinguirse.

–¿Vos qué creéis, Constanza?

–Cuando lo rebanéis, ¿seríais tan considerado de ofrecerme su cabeza? –le dijo ella.

–Ya lo veis –comentó divertido don Bernardo–, Constanza sabe lo que quiere. ¿Tenéis algo que objetar?

Mientras hablaban, Miguel calculó cuáles serían sus posibilidades de coger una silla y defenderse, antes de que la espada se introdujera en su cuerpo. «No muchas», concluyó.

–No seré yo quien dispute los deseos de una dama, pero, al menos, dejadme llevar a cabo mi cometido –pidió Miguel.

–Y vos, Raymundo, ¿qué decís?

–Os advertí que el navarro no mandaría a ningún cobarde para parlamentar.

–Sí, en eso he de daros la razón –confirmó el conde de Cominges, bajando su arma–. Comamos antes de que me arrepienta.

Miguel se permitió una sonrisa nerviosa y dejó que el aire de sus pulmones se escapara poco a poco por su boca. Aquella respiración salió como si fuera la primera que hubiera dado en su vida.

–Por aquí, don Miguel –le indicó don Raymundo, intentando contener la risa.

–¿Hacéis esto con todos vuestros invitados? –se atrevió a preguntar Miguel, una vez sentado a la mesa.

–Solo a los que llegan con demasiados humos.

–¿Humos, decís? Si me he presentado desarmado y sin botas.

–Comed –le ofreció el anfitrión.

Los tres se quedaron mirando al de Grez mientras Constanza le ofrecía una bandeja.

«¡Menudo lío! –pensó Miguel–. Y ahora, ¿qué hago? ¿Me estarán intentando envenenar o será otra prueba?».

–Gracias –le dijo a la joven, agarrando una pata de aquella carne mientras ocultaba su temor con una elegancia y un aplomo que él mismo desconocía que poseyera. Dio un gran bocado e intentó saborear aquel pedazo, evitando pensar en el veneno.

–Sabroso –dijo.

Constanza dejó de nuevo la bandeja en la mesa y ella misma se sirvió un buen trozo de carne, sonriendo al invitado.

–Espero que os guste la comida de por aquí.

–Soy de buen conformar en ese aspecto.

Pasado el primer trago, Miguel disfrutó de la velada. Fue agradable conversar con aquellos nuevos amigos. Especialmente con Raymundo. Ambos se cayeron bien enseguida.

–¿Y vuestro padre? –le preguntó, una vez saciado su apetito–. ¿No se encuentra en la ciudad?

–Hoy hay reunión del *Capitoulat* y estará encerrado con los representantes de los barrios y suburbios de la ciudad durante un rato largo todavía. Más tarde se unirá a nosotros.

Tras la comida, que resultó copiosa y agradable, Raymundo llevó a Miguel a recorrer la ciudad. Comenzó su visita por la catedral de Saint Sernin.

–Resulta curioso –le dijo–. Este santo estuvo predicando en Pamplona, donde bautizó a muchos paganos, entre los que se cuentan el senador Firmo, su mujer y su hijo del mismo nombre. Murió aquí, en Toulouse, tras ser atado a un toro que lo arrastró por toda la ciudad. Por eso se le conoce como San Cernin del Toro.

La visita concluyó en el espacio donde un par de años atrás había comenzado la construcción del edificio del Capitolio. Allí se reunirían los *capitouls* una vez concluyeran las obras. Cuando regresaron, el conde de Toulouse ya estaba en su casa y Miguel fue conducido directamente a su presencia.

–Señor –dijo Miguel a modo de saludo, cuando la puerta se cerró tras Raymundo y él. Constanza estaba sentada al lado de su abuelo y le servía en silencio. El hijo del conde tomó asiento junto a su progenitor y Miguel

continuó de pie, ya que nadie le había invitado a sentarse.

Raymundo padre tomó aire y miró al joven que tenía delante. Luego mordió un trozo de carne de su plato.

–Dicen que sois unos setecientos.

–Ochocientos, señor. Aunque hemos tenido alguna baja desde que salimos de Navarra.

–Sí, Navarra. Queda un poco lejos de aquí. ¿Qué se os ha perdido tan lejos de vuestra tierra?

–Solo acudimos a la llamada del senescal de Gascuña.

–¿Así que es cierto que sois los perros de Ricardo?

A Miguel no le hizo gracia la comparación, pero lejos de ofenderse, se lo tomó con filosofía. Después de todo, ya había tenido suficiente ración del humor de aquella familia, como para sentirse agraviado a esas alturas.

–Lo cierto es que el rey Ricardo está casado con una hija de mi rey.

–Ya veo. ¿Y vuestro rey, qué es lo que desea de Toulouse?

–Podría dar muchos rodeos y deciros gratas palabras, pero creo que sois una persona que prefiere las cosas claras –Miguel prosiguió animado por el leve asentimiento que percibió en la cabeza del conde–. Solo pretendemos asegurar vuestra neutralidad respecto a los asuntos de Ricardo.

–¿Es que acaso no la tiene?

Miguel sonrió lacónicamente.

–Vos sabéis que el rey está luchando en Jerusalén.

–Se ha ido demasiado lejos, dejando muchos enemigos a su espalda. Enemigos, por otro lado, que él mismo se ha creado.

–Quizá sea el momento de mirar de otro modo el asunto. Mientras esté fuera Ricardo, nadie atacará vuestro territorio.

–¿Acaso vosotros no lo habéis hecho?

–No, no lo hemos hecho.

Tras estas palabras, se produjo un silencio profundo y pesado como piedra de molino.

–Don Bernardo ya me ha advertido de que erais obstinado y directo. Y de que no os marcharíais de aquí sin haber cumplido vuestro cometido –el conde hizo una pausa antes de proseguir–. Decidme, joven Miguel, vuestro territorio limita con Aragón y Castilla, ¿no es así?

–Nuestro reino, señor, así es.

–¿Reino? Si no me equivoco, el papa no lo ha reconocido como tal.

–Reconocido o no, Navarra sigue siendo un reino.

–¿Sabéis que ocurriría si vuestras palabras llegasen a oídos del santo Padre?

–Dicen por aquí que simpatizáis con los cátaros, aquellos que se hacen llamar *les bonnes hommes*. ¿Sabéis lo qué ocurriría si estas palabras llegaran a oídos del santo Padre? –le presionó Miguel.

El rostro de Constanza se tornó lívido, tras escuchar la palabra cátaros. Miguel se dio cuenta. «¿Teme la muchacha a los cátaros o es que teme por ellos y su destino?», se preguntó el joven navarro en silencio.

El conde se levantó de repente y arrastró con él plato, guisado y verduras que se desparramaron por el suelo, dejando un reguero de tensión. Miguel permaneció quieto, con sus ojos tratando de penetrar las intenciones del conde y el pulso acelerado. En aquel preciso instante sabía que tenía más posibilidades de morir o quedarse para siempre preso en Toulouse, que de regresar a tierras navarras. Su destino estaba en manos de un desconocido y eso le incomodaba, pero aún así fue capaz de controlar sus nervios. El semblante del conde, tenso y serio, se relajó de repente, mostrando una leve mueca que se fue tornando en sonrisa.

–¿Y decidme, el infante don Sancho está soltero? –dijo volviéndose a sentar y continuando la conversación como si no hubiera sido interrumpida. De reojo, miró a su nieta.

Miguel frunció el ceño levemente. No acababa de acostumbrarse a esos giros imprevistos del comportamiento de aquellos tolosanos.

–Muy cierto –dijo el navarro, volviendo a sentir el pulso más calmado.

El sol enviaba sus últimos rayos sobre el campamento navarro cuando Miguel dejó atrás la ciudad de Toulouse. Le acompañaba un asno algo tozudo cargado de obsequios para el infante. El navarro se sentía extraño. Aún no estaba seguro de si su misión había sido un éxito o no, pero, al menos, había logrado un documento escrito, donde el conde de Toulouse garantizaba su neutralidad. El navarro lo había leído antes de ser firmado por él y su hijo, el conde de Saint Gilles. A sus veinticinco años, Miguel se felicitó por esa pequeña victoria; porque seguir vivo después de aquella encerrona, se podía considerar un gran logro.

–Don Sancho –dijo Miguel haciendo una leve reverencia.

El infante lo miró directamente, sin que su rostro trasluciera sensación

alguna sobre su estado de ánimo. Miguel le contó con pelos y señales cómo había sido la jornada de aquel día. El infante escuchó con atención, haciendo algunas preguntas de vez en cuando. El infanzón fue minucioso con su relato y el infante no lo dejó marchar hasta darse por satisfecho. Al día siguiente, muy de mañana, los navarros abandonaron tierras tolosanas e iniciaron el camino de regreso. De su breve estancia al pie de la muralla de Toulouse, tan solo quedaron algunas armas rotas y excrementos de caballo.

UN PRISIONERO LLAMADO RICARDO

Año de 1193

*Ja nus hom pris ne dira sa reson
Adroitement, s'ensi com dolans non
Mès per confort puet il faire chançon.
Moult son amis, mès povre sunt li don
Honte en avront, se por ma reançon
Sui ces deux yvers pris.*

*Ce sevent bien mi homme et mi baron
Englois Normant Poitevin et Gascon
Que je n'avoie si povre compaignon
Que je laissasse por avoir en prison.
Je nel di pas por nule retraçon
Mès encor sui ge pris.*

*Or sai je bien de voir certainement
Que mors ne pris n'a ami ne parent.
Quant hon me lait por or ne por argent
Moult m'es de moi, mès plus m'est de ma gent
Qu'apres ma mort avront reprochier grain
Se longuement sui pris.*

*Ce sevent bien Angevin et Torain,
Cil bacheler qui or sont riches et sain,
Qu'encombrez sui loing d'aus, en autrui main*

*Forment m'aimoient, mès or m'aimment grain
De beles armes sont ores vuit li plain
Por ce que je suis pris.*

*Mes compaignons cui j'amoie et cui j'ain
Ceus de Cahen et ceus de Percherain:
Ce di, chançon, qu'il ne sont pas certain
Qu'onques vers aus nen oi cuer faus ne vain.
S'il me guerroient, il font moult que vilain
Tant con je serai pris.
El Contesse suer, vostre pris souverain
Vos saut et gart cil a cui je me clain*

*Et por cui je sui pris.
Je ne di pas de celi de Chartain,
La mere Looy.*

Canción compuesta por Ricardo durante su cautiverio

Ningún hombre hecho prisionero cuenta su historia objetivamente
Como si no pudiera sentir daño alguno
Pero, para consolarse a sí mismo,
Puede escribir una canción:
Tengo muchos amigos, pero todos sus dones valen poco
Deberían avergonzarse al saber que por rescate
Llevo dos inviernos encerrado

Mis hombres de armas y barones saben demasiado bien;
–Los ingleses, normandos, gascones y poitou–
Que no hay compañero mío, por pobre que sea,
Al que yo abandonaré, dejándolo encarcelado.
Y no digo esto como un reproche
Pero aún así... continúo prisionero

Ahora sé bien, y lo veo con claridad
Que la muerte no olvida ni a amigos ni a familiares

Cuando sea liberado por plata o por oro
Significa mucho para mí e incluso más para los míos,
Porque cuando esté muerto ellos reprocharán
Mi largo cautiverio

No me sorprende que mi corazón duela
Porque mi padre torture mi tierra.
Si él pudiera recordar el juramento que hicimos
Los dos en común
Sé muy bien que en este lugar
No permanecería mucho tiempo encerrado.

Mientras los angevinos y los de Torain son buenos
Estos hombres de armas que ahora son buenos y ricos
Pero yo estoy lejos de ellos, en otras manos.
Ellos me amaban mucho; ahora no tanto
Y ahora la llanura está vacía de sus armas
Y, por tanto, sigo prisionero

La compañía que yo amé y aún sigo amando
Todos los de Caen y los de Percheraine.
Decidme, oh canción, que ellos no pueden estar seguros:
Mi corazón nunca es falto o vano para ellos.
Si ellos me hacen la guerra a mí, ningún villano la haría
En tanto siga prisionero

Oh condesa, hermana, tu alto precio protege
Y salva para ti lo que yo reclamo en contra
Y por quien estoy prisionero

De ella de Chartres, no digo palabra,
La madre de Louis.

***Canción compuesta por Ricardo durante su
cautiverio. Traducción: Begoña Pro Uriarte***

GARCÍA SE AGARRÓ AL HOMBRO DE MIGUEL para no caerse. Una sonora carcajada se escapó de la garganta del infanzón y pronto García se unió también a ella. Era una tarde tranquila de principios de febrero del año 1193, una tarde de celebración.

–Creo que estáis demasiado borracho.

–¡No! –protestó García–. No demasiado, solo un poco –afirmó, haciendo un gesto con el dedo índice y pulgar de su mano izquierda que indicaba poca cantidad. Arrastraba las palabras y la lengua se le trababa.

–Será mejor que os lleve a casa.

–Una última ronda. ¡Por mi hijo!

–La tomaremos en casa –le aseguró Miguel, mientras sostenía el peso del cuerpo de su amigo.

–¿Podéis creerlo? ¡Un hijo, Miguel, tengo un hijo!

–Sí, lo sé. Y tiene buenos pulmones, como toda la casa hemos podido comprobar.

–Va a ser un gran guerrero.

–Un gran Almoravid.

Tras caminar costosamente por las calles de Iruñea, Miguel arrastró el cuerpo de García hacia el interior de su morada. Las ventanas estaban cerradas, para que el frío del invierno no invadiera la calidez del hogar de los Almoravid. Toda la familia se había volcado con el nuevo vástago y el recién estrenado padre estaba entusiasmado. Miguel, como nuevo tío –porque eso era lo que se consideraba– era partícipe de la misma alegría.

–Chsss –le chistó a García cuando traspasaron la puerta. Pero a esas alturas era difícil controlar las emociones bañadas en alcohol.

–¿Ya estáis aquí? –preguntó don Fortún de manera informal–. Espero que no hayáis secado todas las tabernas de la ciudad.

–Creo que aún queda algo –contestó Miguel.

–Hijo, ¿seréis capaz de encontrar solo vuestros aposentos? Me gustaría hablar con Miguel.

–Por supuesto –proclamó García. Aunque sus movimientos no confirmaban la afirmación que acababa de hacer.

Miguel miró alrededor con suspicacia. El escudero de don Sancho no parecía encontrarse en la casa. Siempre que don Fortún quería hablar con él y el doncel del infante estaba cerca, significaba que iba a tener que solventar alguna situación no deseada.

–No lo acapares demasiado. Mañana nos espera un laaaargo día.

Don Fortún hizo caso omiso del comentario de su hijo y se acercó a Miguel, observándolo de cerca.

–¿Ocurre algo, don Fortún? –se empezó a preocupar el infanzón, que no se sentía en esos momentos en condiciones de tratar asuntos trascendentales.

El Almoravid le hizo un gesto con el brazo para que tomara asiento después de cerciorarse de que su pupilo estaba lo suficientemente sereno como para mantener una conversación normal.

–Mi hermano y yo hemos estado hablando de vuestro futuro.

Unas pequeñas alarmas saltaron dentro del cuerpo algo ebrio del joven.

–Los dos creemos que ya es momento de que vayáis pensando en sentar cabeza. Podría sugeriros alguna de mis sobrinas. Para mí sería un honor y sé que mis hermanos y cuñados os tienen en alta estima. Pero si vos tenéis alguna otra preferencia, Iñigo y yo estamos dispuestos a escucharla.

Miguel se sintió torpe de reflejos.

–Señor, con todos mis respetos, creo que aún soy demasiado joven para...

Don Fortún levantó su brazo pidiendo calma. Quizá una leve sonrisa se asomó a su rostro cubierto por una espesa barba.

–No estamos diciendo que os caséis pasado mañana. Y tenéis casi veintiséis años, una edad más que adecuada para que vayáis eligiendo a alguien. Mi primogénito es más joven que vos y ya tiene los deberes hechos. Además, un compromiso oficial no hará daño a nadie. Y creo recordar que ya estuvisteis comprometido.

–Y salió mal, como recordaréis...

El recuerdo de María llegó sin avisar, como un cuchillo que hiere en la oscuridad de la noche. El efecto del alcohol se le pasó de golpe.

–Id pensando en ello.

El infanzón asintió varias veces.

–¿Puedo retirarme?

–Sí, pero antes, un asunto más... El escudero de don Sancho está aquí.

Miguel volvió a mirar en derredor.

–¿Ha venido desde Tudela?

–Sí. Ahora está descansando. Mañana a primera hora deberéis acompañarlo. Tomaos algo para estar despejado y preparad vuestras cosas.

–De acuerdo –dijo con voz firme, intentando ocultar sus dudas.

Don Fortún se quedó sentado durante unos instantes más junto al fuego. Las

brasas iban perdiendo su brillo, ocultándose en el gris de las cenizas. Allí clavó sus ojos el jefe del clan Almoravid. «Miguel –pensó con cariño–, es capaz de meterse desarmado en la ciudad de Toulouse y salir airoso, pero tiembla como un conejillo con solo escuchar la palabra compromiso matrimonial».

El viento soplaba con fuerza como era habitual en Tudela. Miguel se quitó los guantes y se los tendió a Pere. Este miró con envidia el anillo que llevaba en el dedo índice. Un sirviente acompañó al infanzón hasta una pequeña sala y le hizo esperar. La puerta se abrió poco después y el guerrero aguerrido que escondía la figura del infante se manifestó en toda su esencia.

–Señor –lo saludó Miguel–. ¿Me habéis hecho llamar?

–¿Alguna novedad por Pamplona? –le preguntó de manera extraoficial el infante.

Miguel sabía perfectamente a qué se refería.

–Todo está en orden. Ramiro da muestras cada día de su fortaleza e inteligencia. Narbona está muy orgullosa de él.

El infante dejó entrever una sonrisa y Miguel esperó pacientemente a que don Sancho revelara por fin qué era lo que quería de él.

–¿Todo en orden en la familia Almoravid?

–Todos están bien, señor. Don García acaba de ser padre.

–¿Y el nuevo vástago es...?

–Un varón.

–¿Y qué nombre han elegido para él?

–Se va a llamar Miguel, señor.

El infante soltó una carcajada.

–¡Que Dios nos proteja! Otro Miguel Almoravid. Espero que no sea tan osado como vos.

–Si me lo permitís, me tomaré eso como un halago.

–No deberíais –le reprochó amigablemente.

La conversación se interrumpió al abrirse la puerta. Un sirviente se acercó al infante con discreción y le entregó unos documentos.

–Puedes retirarte.

El sirviente desapareció tan silencioso como había llegado.

–Quiero que leáis algo –le dijo el infante, entregándole uno de los documentos que le acababan de traer.

Miguel tomó la misiva y le dio un par de vueltas antes de decidirse a abrirla. El sello con el que estaba lacrada no dejaba lugar a dudas sobre la emisora de aquella: un par de tórtolas.

—¿Es de vuestra hermana? —dijo en tono de sorpresa, bastante azorado.

—Sí, es de Berenguela.

—¿No la habéis abierto?

—Va dirigida a vos —infante e infanzón se sostuvieron la mirada—. Parece que mi hermana os tiene en gran aprecio.

—Para mí es un honor, señor.

—Sentaos.

Miguel obedeció y rasgó el lacre. Don Sancho se dirigió a la ventana dando la espalda a Miguel, quien se sumergió en la lectura.

Roma, 7 de enero del año de gracia de 1193

Berenguela, por la gracia de Dios, reina de Inglaterra, duquesa de Aquitania y Normandía, condesa de Anjou e infanta de Navarra, al infanzón don Miguel de Grez Almoravid:

Tras nuestra partida de Tierra Santa a finales del mes de septiembre del año pasado, Joanna, Borgoña y yo nos encontramos en Roma, acogidas y protegidas por el papa Celestino III. Antes de iniciar el regreso, Richartz me prometió que nos seguiría en breve —después de firmar los últimos acuerdos con Saladino— y nos puso bajo la protección de Stephen De Turnham para que se hiciera cargo de nosotras. Todas estamos bien, gracias a Dios, pero hasta aquí han llegado noticias inquietantes, que cuentan que Richartz está retenido por el archiduque Leopoldo de Austria. Dicen que el archiduque toma así justa venganza de la afrenta recibida en Tierra Santa, donde los ingleses impidieron que su bandera ondeara junto a la suya tras la victoria de Acre, tal y como ya os relaté. Comprenderéis mi temor y la desazón que gobierna mis días. Aunque Richartz es valiente y un gran guerrero, temo por su vida.

Miguel levantó la vista de la carta y miró al infante. Este, sin embargo, seguía ensimismado observando por la ventana. Las palabras de Berenguela sobre la suerte de su esposo habían hecho que un escalofrío recorriera su espalda. No podía imaginarse al rey inglés dejándose capturar. Bajó de nuevo

la vista y continuó con su lectura.

La cruzada ya ha concluido, aunque no se ha podido conquistar la Ciudad Santa, como se pretendía. Y no porque los cruzados no estuvieran en condiciones de hacerlo, como han demostrado en numerosas ocasiones. El problema era defender la ciudad y los caminos una vez conseguida su rendición. Para eso, hacían falta muchos más hombres de los que han participado en la lid. Así que Saladino y Richartz, después de dieciséis meses de lucha, hicieron lo único lógico en esa situación: pactar. Saladino permitirá que los cruzados visiten Jerusalén y que los cristianos accedan a la ciudad libremente, en grupos reducidos y sin armas. El pacto se firmó con una duración de cinco años. Estas noticias llegaron a Roma poco después que nosotras y nos las contó el propio papa.

Permitidme que os comente que en las batallas de Arsuff y de Jaffa el rey demostró sobradamente su valía. Destacable fue la batalla librada el 5 de agosto cerca de Jaffa. Richartz ordenó construir una empalizada con estacas de las tiendas de campaña y formó, detrás de ella, una línea de soldados armados con escudos y lanzas para repeler la caballería enemiga. Saladino cargó hasta siete veces con mil caballos, sin resultados positivos. El rey esperó hasta el momento adecuado e hizo pasar a sus arqueros al frente. Así consiguió la victoria.

En Acre, Richartz enfermó de escorbuto. Como no podía moverse, hizo trasladar su camilla a un lugar indicado por él y se entretuvo disparando con su ballesta a los guardias apostados en sus puestos de vigía.

Pero todo eso ya es historia. Y, ahora, otros menesteres preocupan a nuestra alma. Comprenderéis que a la vista de los acontecimientos y de las noticias que llegan hasta nos, permanezcamos aquí, sin movernos, a la espera de unas garantías satisfactorias que nos permitan continuar nuestro viaje de regreso a Poitiers.

Mi buen infanzón, espero que vuestro destino sea afortunado y que algún día tengamos la oportunidad de volver a vernos. Mientras tanto, rezo a Dios por vos y por todos los navarros y os pido que, en la medida de vuestras posibilidades, penséis en alguna solución para ayudar a mi buen esposo Richartz I, rey de Inglaterra, y a nos, para poder regresar sanas y salvas hasta nuestro nuevo hogar.

Miguel tomó aire con fuerza tras leer las últimas líneas. La situación de Berenguela era complicada y la de Ricardo –si era cierto que el archiduque le había hecho prisionero– todavía más. El infanzón se rascó la cabeza.

–¿Es cierto? –preguntó levantándose. No era correcto que él permaneciera sentado mientras el infante continuaba de pie–. ¿Es cierto que Ricardo ha sido capturado por el archiduque Leopoldo de Austria?

El infante se volvió por primera vez desde que entregara la carta a Miguel. Tomó aire antes de responder.

–Aunque no hemos podido comprobar fehacientemente este hecho, me temo que todo apunta a que sí.

–La situación de vuestra hermana es... complicada. Me temo que los enemigos del rey Ricardo son ahora sus enemigos; más, si viaja con Joanna. Y los enemigos del rey son numerosos.

–También sus amigos.

Miguel asintió. No sabía qué decir, sobre todo porque el infante no había desvelado aún qué significaba su llamada. Estaba claro que no le había hecho viajar hasta Tudela, solo para hacerle entrega de una carta que se la podía haber hecho llegar a través de su escudero o de cualquiera de sus sirvientes. La puerta se volvió a abrir. Esta vez no era ningún criado sino el infante Fernando. El muchacho entró en la sala sin pedir permiso, dando grandes zancadas y sonriendo con el descaro y sinceridad propios de su edad.

–Señor –saludó formalmente a su hermano.

Después, se dirigió a don Miguel y lo abrazó con efusividad, como si fueran dos amigos que se reencontraban. Miguel correspondió al saludo, preguntándose si esa familiaridad no sería considerada una descortesía por su parte. Después de todo, Fernando era infante, igual que don Sancho, pero al heredero no pareció molestarle demasiado. Al menos no lo manifestó en aquel instante.

–¿Y bien? ¿Habéis tomado ya una decisión? –preguntó el muchacho.

A Miguel, aquella frescura y espontaneidad le recordaron a Berenguela. Sí, definitivamente, Fernando y ella se parecían mucho, decidió.

–Fernando, calmaos –le pidió don Sancho.

–Estamos perdiendo el tiempo y Berenguela...

–Berenguela está a salvo, de momento, bajo la protección de Celestino III. Debemos considerar este asunto con tranquilidad.

«¿Debemos? –se preguntó Miguel de repente–. ¿Cuándo he pasado a

formar parte de ese *debemos?*».

–Sentémonos –pidió el infante.

Miguel dejó la carta abierta encima de la mesa. No quería que el heredero creyera que tenía algo que ocultar a sus ojos. Esperó a que los dos infantes se hubieran sentado y después lo hizo él.

–Mi hermano quería salir corriendo hacia Roma en cuanto llegaron las cartas de Berenguela. La inmadurez de su edad le hace conducirse con imprudencia. En cuanto a vos... No sé por qué, pero mi hermana parece confiar en vos. Demasiado, en mi opinión, teniendo en cuenta vuestra edad y vuestra inexperiencia. Aún así, ella os ha hecho partícipe de toda esta situación. ¿Qué decís?

Los ojos de don Sancho lo atravesaron, como si de una lanza se tratara. Miguel reflexionó unos instantes. «Que me quiero ir –pensó–. Que no quiero verme enredado en otra de estas intrigas políticas».

–Soy vuestro para lo que ordenéis –contestó sin embargo con prudencia–, siempre y cuando esas órdenes no deshonren a un Almoravid.

–Siempre tan diplomático –le dijo–, pero no esperaba menos que una buena predisposición por vuestra parte.

Miguel había aprendido que muchas veces era mejor ser prudente, en vez de enfrentarse abiertamente a alguien de mayor autoridad. Y lo había aprendido, después de recibir decenas de golpes de don Yenegro Martínez de Subiza y de tener la piel surcada de cicatrices. Pero, aunque podía ser joven, como bien había dicho don Sancho, aprendía con rapidez y ahora sabía elegir sus batallas. Sin embargo, debía ser cauto con el infante; una palabra suya y podía acabar mendigando.

–¡Sabía que podríamos contar con vos! –exclamó un entusiasmado Fernando.

–Os enviaré a por mi hermana y deberéis enteraros de lo que le ha sucedido a Ricardo. Esta noche nos reuniremos aquí para ultimar detalles.

–Necesitaré...

–Cualquier cosa que necesitéis, consultadla con mi hermano y, por favor, no molestéis a mi padre.

–No lo haré, señor.

–Podéis retiraros. Yo también tengo mucho en lo que pensar.

Miguel se levantó y siguió a Fernando.

–Olvidáis vuestra carta –le remarcó el heredero.

El infanzón se volvió sin decir nada, tomó la carta e hizo una leve inclinación de cabeza.

Miguel no compartía el entusiasmo del hijo menor del rey. Muy por el contrario, estaba seguro de que aquello no iba a ser una aventura agradable. Después de su experiencia en Toulouse, sabía cómo se las gastaban los condes del otro lado de los Pirineos y de todas las desavenencias que arrastraban a lo largo de los siglos. Pero, por el momento, era mejor no pensar en ello y centrarse en el itinerario de su viaje.

–¿Por dónde empezamos? –le preguntó Fernando.

–Necesitamos mapas.

–Eso es fácil.

El de Grez se refrotó los ojos y la cara. Había estado horas recorriendo con el dedo índice el camino de Toulouse hasta Roma y viceversa. Y lo había hecho en diferentes mapas y planos que el escriba del rey le había facilitado al infante. Durante un rato, el mismo escriba había hecho sus propias aportaciones y comentarios, pero hacía ya unas horas que había desaparecido, alegando otros menesteres que atender. Los nombres de ciudades y ríos bailaron ante sus ojos y los de los señores de todas aquellas tierras revolotearon en su mente. Cerró los ojos y se refugió en el silencio que reinaba en la sala, tan solo roto por el sonido del rasgueo de la pluma del infante sobre el pergamino. Revolvió entre los papeles y tomó de nuevo un plano que ya había utilizado antes. El día declinaba. Decidió encender unas velas que colocó en la mesa, lo suficientemente apartadas para evitar cualquier tipo de incendio.

–¿Cuánto tiempo creéis que estaremos fuera? –preguntó Fernando.

–Mucho tiempo –contestó sin concretar don Miguel. «Lo que me permitirá apartar la decisión de don Fortún de comprometerme con dama alguna», pensó con cierto placer.

–¿No podéis ser un poco más concreto?

–Me temo que no, joven infante. Ir por tierra nos hará estar menos expuestos al destino incierto de los mares, pero nunca se sabe los peligros que puede esconder un camino, ni los rodeos que deberemos dar.

–Eso no resulta de gran ayuda.

–Al menos, memorizar ciertos sitios nos ayudará a no perdernos.

–Es un consuelo –respondió don Fernando divertido.

Los dos jóvenes se miraron y sonrieron. El sonido de la puerta anunció que alguien había entrado.

–El infante don Sancho os espera en sus aposentos –anunció un sirviente.

Miguel estaba seguro de que alguien espiaba a través de la puerta pequeña, situada a la derecha de la cabecera de la cama del infante. «¿ El rey?», se preguntó. Miró hacia ella, pero a través de la quietud de la madera no percibió nada extraño. ¿Se lo estaría imaginando? Había pasado la hora de laudes y seguían discutiendo sobre los detalles del viaje y la seguridad de la infanta. Todo era algo extraño y bastante repentino, pero, por alguna extraña razón, Miguel se empezó a entusiasmar con esa misión.

–Creo que Miguel tiene razón –comentó Fernando–, el conde de Toulouse será más receptivo si os mostráis obsequioso con él.

–¿Llamáis ser obsequioso a abrirle las puertas del reino? Si, como Miguel recuerda, el conde se interesó sobre mis compromisos matrimoniales, habrá que andar con tiento –aseguró el heredero, con la furia del trueno.

Miguel se estaba acostumbrando a las ráfagas de impetuosidad que de vez en cuando corrían por las venas del infante y se escapaban por su boca, cual chimeneas lanzallamas. Pero don Sancho confiaba en las personas, en especial en aquellas que le habían demostrado su valía.

–Se trataría solo de una invitación que incluyera a Constanza. Nadie va a hablar de un posible matrimonio. Ni siquiera se me ocurriría sugeriros... De cualquier forma, Constanza no es... –Miguel se dio cuenta de que se había metido en terreno pantanoso.

–¡Ni una palabra de más, don Miguel! ¿Me habéis entendido?

–Seré extremadamente cauto, pero comprenderéis que nos conviene mantener la buena disposición con él.

–Miguel lo hará bien –comentó Fernando.

–No sé de quién debo fiarme menos en este asunto. Si de vos o del entusiasmo de mi propio hermano. Supongamos que contamos con la ayuda de don Raymundo o, al menos, su neutralidad, y que don Alfonso de Aragón mira hacia otro lado.

–Vos habéis dicho que el aragonés y vuestro padre están en buenas relaciones ahora.

–Ahora es ahora y quizá cuando hayáis llegado a la Provenza, sea de otra

forma –tronó de nuevo el infante–. Pero bien, supongámoslo. Y después, ¿qué?

–Después las repúblicas marítimas –dijo por enésima vez Miguel.

–Sí, ya lo he oído.

«Entonces no hay nada nuevo que añadir», pensó el infanzón.

–Y aquí topamos con Enrique VI, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

–Ese será el tramo más peligroso de vuestro viaje. Y no me refiero a la ida, sino durante el regreso. Me temo que Enrique y Ricardo no son precisamente amigos. Tendréis que pensar en algo con urgencia.

–Calmaos, hermano. No podemos tenerlo todo amarrado como pretendéis. Vos sabéis tan bien como nosotros, que habrá situaciones imprevistas.

Don Sancho se levantó de la mesa y llamó a uno de sus sirvientes. Tenía hambre. Miguel no se había dado cuenta de lo hambriento que estaba, hasta que el olor de las viandas le traspasó el apéndice nasal. Comieron mientras discutían de nuevo los detalles. Una y otra vez, una y otra vez.

Aquella noche Miguel soñó con la infanta. Corría hacia él, con la cara desencajada y pidiendo auxilio. Y aunque corría y corría, parecía que nunca llegaba a estar lo suficientemente cerca. De repente, una ola se cernió sobre ambos, una ola enorme que los arrastró, engulléndolos como meros trapos viejos. A lo lejos, el rostro de Berenguela seguía pidiendo auxilio, rogando una ayuda que él no podía darle. Luego su rostro se desdibujó y surgió otro. Era Laraine la que le pedía auxilio. Y el mar embravecido continuaba separándola de él. Poco a poco fue perdiendo fuerzas, mientras el mar lo arrastraba hacia el fondo, tirando de su pierna como si lo tuviera amarrado con una gruesa soga.

Cuando se despertó, aún le pareció que el sabor a sal y agua fría continuaba pegado a su garganta. Durante los siguientes días, y hasta que se pusieron en marcha, las pesadillas se sucedieron. Aunque intentaba no reconocerlo y no darle importancia, estaba nervioso. No solo iba en busca de la reina de Inglaterra, sino que tendría a su cargo al infante Fernando.

La luz incidía en oblicuo sobre la Puerta Ferreña que pronto atravesarían. Miguel estaba pensativo. Delante de él, los cuatro hombres que protegerían al infante de Navarra preparaban los caballos. Llamarían la atención aunque no lo quisieran. Eran caballeros fornidos, casi tan altos como el heredero. Don Sancho los había escogido personalmente. No dudaba de su valentía, pero

hasta el más tonto se daba cuenta de que estaban allí para proteger al muchacho que Fernando no había dejado de ser todavía.

El rey salió a despedirse de su hijo. Se abrazaron. Era la primera vez que Miguel lo veía desde su llegada al castillo. Don Sancho no había sido el mismo desde la muerte de su esposa, pero mantenía el porte gallardo y la mirada serena de siempre.

–Vuestra majestad –le saludó Miguel, postrándose ante él.

El rey correspondió con apenas una leve inclinación de su cabeza. No pareció hacerle mucho caso, sin embargo, estudió con atención los rasgos de aquel joven, en cuyas manos iba a poner la vida de dos de sus hijos.

–Id en paz de Dios –les deseó, mientras montaban.

Todo estaba preparado, así que no tenía sentido demorar más la partida. Dejaron atrás el feudo de los Jimeno y se encaminaron hacia Pamplona. El día estaba despejado y la jornada se desarrolló con normalidad. Pernoctaron en la vieja Iruñea, en el Palacio Real. Miguel habría preferido hacerlo en la casa de los Almoravid, en su habitación, pero la orden del infante fue clara al respecto. No quería que nadie se separase del grupo, hasta que su misión fuera completada. De todas formas, Miguel pidió permiso para pasar un rato con los suyos y agradeció la respuesta afirmativa de Fernando. El infanzón aprovechó para recoger algunos enseres, saludar a su familia y pasar un rato con García y su hijo. Y, sobre todo, para charlar con don Iñigo. Necesitaba de sus consejos.

–Mantened vuestra espada afilada y vuestros cinco sentidos alerta y todo irá bien –le dijo el menor de los hermanos Almoravid, intentando dar a la conversación un tono formal y serio–. Y por lo que más queráis, Miguel, no intentéis salvar damas en apuros. Ya tenéis bastante con doña Berenguela.

–No os riáis de mí.

–No lo hago, pero debéis ser prudente –le aconsejó en un tono más formal.

–He aprendido.

–Eso dijisteis la última vez y casi acabáis ahogado en el mar Tirreno.

–Ni me lo recordéis.

–¿Os vais a llevar a Pere?

El infanzón se rascó el cuello antes de contestar.

–Sí, me los voy a llevar a ambos. Será una buena prueba para ellos y para mí.

–Pero si surgen problemas...

–Entonces os aseguro que ataré a Pere a un árbol y dejaré que se ocupen

de él las fieras o los bandidos.

Salieron muy de mañana. El día aún respiraba noche dentro de su amanecer. La ciudad estaba silenciosa y el eco de los cascos de los caballos se magnificaba entre las casas. Miguel se colocó al final de la marcha, como era su costumbre. Miró hacia atrás una sola vez. Tardaría muchos meses en regresar y quería ver por última vez el perfil de la ciudad. Luego miró hacia delante y dejó de pensar en el pasado, para centrarse solo en la misión que le habían encomendado. En su zurrón atesoraba varios salvoconductos del rey y del obispo de Pamplona, por si les fueran útiles. Y en una carreta tirada por dos viejos palafrenes, que Miguel dudaba pudieran concluir su viaje, conservaban sus provisiones y los obsequios para el conde de Toulouse.

Conforme avanzaban hacia el norte, el cielo se fue oscureciendo y el viento arreció con fuerza. Comenzó a llover y las sendas de los Pirineos se llenaron de barro y charcos. Los árboles bamboleaban sus ramas sobre los caminos y vertían sombras siniestras entre los caminantes. Las ruedas del carro se lamentaban, añadiendo sonido de plañideras a las lágrimas que bajaban del cielo cada vez con mayor intensidad. El temporal los acompañó hasta San Juan de Pied de Port. El río Nive bajaba caudaloso, pintado de marrón y el ruido de sus aguas se mezclaba con el de la lluvia infinita. Cuando entraron en la casa de don Martín Chipía, la lluvia seguía golpeando con fuerza las piedras y los tejados. Doña Elvira bajó deprisa, en cuanto le fue anunciada la presencia del infante y de su sobrino adoptivo.

—Miguel, ¿cómo es que no habéis avisado de vuestra llegada? —le reprochó con cariño.

—Lo siento, doña Elvira. Este ha sido un viaje imprevisto.

—¿Cómo están mis hermanos, Fortún, Jimeno e Iñigo?

—Los tres están bien. Y, por cierto, García ha sido padre de un robusto niño.

—Me alegro tanto...

Doña Elvira dio las órdenes pertinentes para que los recién llegados fueran correctamente atendidos. Miguel agradeció el calor de la chimenea y el agradable placer de vestir ropas secas. Hasta el sonido de la lluvia le pareció relajante. La presencia de Fernando levantó mucha expectación en la casa. Entre las doncellas, empezaron a correr comentarios y se escuchaban risitas ahogadas, cada vez que el infante miraba a alguna de ellas o decía algo. A sus catorce años, Fernando se hacía querer. Eso había que reconocérselo. Era un

don natural en él. Miguel sonrió al ver cómo hasta cuatro sirvientas lo agasajaban a la vez, mientras el resto de los recién llegados permanecían desatendidos. Pero el infante siempre tenía una palabra adecuada, un gesto bonito para todo el mundo, sin importarle el origen o la condición de quien lo recibía.

Cuatro eran los guardaespaldas que viajaban con el infante. Miguel no había tenido tiempo suficiente de conocerlos. No hacía mucho que habían unido sus destinos y la continua lluvia no había dejado mucho espacio para la camaradería. Juanes era el que más hablaba con el infante, el que siempre cabalgaba a su lado. Domingo y Diego eran hermanos, de esos que se parecen tanto que puedes llegar a confundirlos, salvo por la voz, que parecía ser lo único que los diferenciaba. De Gerónimo solo sabía el nombre. Era parco en palabras, parco en gestos, parco en todo y siempre llevaba una expresión adusta impresa en su cara. El infanzón los observó con disimulo, hasta que sus ojos se encontraron con los de Gerónimo y, sin querer, apartó la vista como si le hubieran pillado haciendo algo malo. Se desprendió de sus pensamientos cuando don Martín atravesó la puerta de la sala donde esperaban. A grandes pasos se acercó hasta el infante y le saludó con verdadero afecto. Las doncellas desaparecieron en ese instante, dejando las bandejas encima de la mesa. Domingo y Diego miraron las viandas. No veían el momento de poder hincarles el diente.

—Fernando —le dijo Chipía—, es un placer contar con vuestra presencia. Espero que vuestro viaje no se deba a ninguna mala noticia.

—De eso hablaremos más tarde —le anunció el infante—. Ahora, contadnos cómo va todo por aquí.

Hacia aproximadamente un año que don Martín Chipía se había hecho cargo de la tenencia de San Juan Pied de Port. Aquel territorio, que hasta 1191 había rendido vasallaje a Ricardo, formaba ahora parte de la esfera de influencia navarra, tras el acuerdo con el rey de Inglaterra. Aquel territorio se había convertido en una atalaya desde la que proteger los territorios del aquitano; una extensión del dominio navarro que solo podía aspirar a expandirse por el norte, ya que tenía sus fronteras sureñas comprimidas por castellanos y aragoneses.

—Todo está en calma por el momento. Después de la incursión de vuestro hermano nadie ha osado rebelarse de nuevo contra Ricardo.

—Eso está bien —pronunció el infante.

Fernando esperó hasta la noche para informar personalmente a don Martín sobre el motivo de su viaje. Lo hizo durante una audiencia privada a la que Miguel no fue invitado. Chipía tomó buena cuenta de todo cuanto le contó el hijo menor del rey. La captura de Ricardo podía poner en pie de guerra de nuevo a todos aquellos nobles que ya se habían sublevado una vez. Ahora no se trataba solo de que el rey estuviera ausente, lo perturbador era que estaba preso. Tenía que estar alerta. En cuanto a doña Berenguela... haría todo cuanto pudiera para ayudar y así se lo manifestó al infante. Don Martín, además, tomó la decisión de acompañar con varios de sus hombres a la expedición navarra hasta Toulouse. Sería una buena oportunidad para tomar el pulso a los barones aquitanos y gascones.

–¿Siempre es así? Parece que nunca va a acabar de llover –le preguntó Miguel a la tía Elvira.

Esta sonrió y acarició al menor de sus hijos, Fortún, que estaba con ella. El muchacho apartó la cabeza, algo cohibido, y miró directamente a Miguel.

–¡Es horrible! Aquí solo hay agua –dijo el chico.

–Vamos, Fortún. No es para tanto. Te has pasado todo el verano jugando por las montañas.

–Tío Miguel, ¿me enseñáis vuestra espada? Creo que ya he crecido lo suficiente como para poder sostenerla.

Miguel miró a Elvira y esperó hasta que esta dio su consentimiento.

–Solo unos instantes y a dormir. Ya se ha hecho muy tarde.

–Vamos al pajar. Allí podremos ver cuánto has mejorado.

Al chiquillo se le iluminó el rostro por el entusiasmo.

–Apuesto lo que queráis a que ya puedo sostenerla y levantarla sobre mi cabeza. He crecido mucho desde la última fiesta de Apellido –se refería a aquellas que celebraban en casa de don Fortún y en las que se reunían todos los Almoravid.

Miguel le revolvió el cabello.

–Ahora veremos.

El pajar estaba húmedo. Alguna fisura en el tejado permitía la entrada de agua y en uno de los laterales se había formado un pequeño riachuelo.

–Está bien, probemos –le dijo el de Grez, poniendo la empuñadura de su espada cerca de la mano del muchachillo.

Fortún la cogió con una mano y la punta del arma cayó pesadamente sobre

el suelo.

–Lo siento –se lamentó.

–Inténtalo de nuevo. Ahora con las dos manos.

–Pero...

–Has de probar primero con las dos manos –insistió.

Fortún así lo hizo y, poco a poco, logró mantenerla suspendida en el aire.

–¡Vamos! –le animó Miguel–. Inténtalo de nuevo una y otra vez, una y otra vez.

El muchacho obedeció. Miguel vio la sonrisa de su rostro. Viendo sus intentos, recordó al chiquillo que una vez sacó de las aguas del Runa la espada de don Gunter y la escondió entre la hojarasca, antes de decidirse a cargarla y esconderla en su carro. Aquella fue la primera espada que Miguel tuvo jamás en sus manos. Entonces le había parecido magnífica, y lo era. Pero de eso hacía ya mucho tiempo.

–Hora de irse a la cama –anunció poco después Miguel.

–Pero tío... –protestó el muchacho.

–Si no regresamos, tu madre no nos dejará practicar otro día.

Los caminos se habían llenado de barro. Légamo ocre que se pegaba a las pezuñas de los caballos y les salpicaba patas y ancas. La lluvia les había acompañado durante todo el trayecto y ahora, que se encontraban ya cerca de Toulouse, seguía pegada a ellos, como una vieja amiga que no se quisiera marchar. Estaban cansados de aquella testarudez gris en que se había convertido todo. Pere miró al cielo de reojo, buscando un atisbo de luz azul que no aparecía por ningún sitio. Mientras, decenas de recuerdos asaltaban la mente de Jaime. Habían dejado atrás Muret hacía apenas unas horas. Allí había recibido su primera herida de importancia. Parecía imposible pero, cada uno de los sentimientos que había experimentado en aquella batalla, volvía nuevamente a su cabeza tan vívido como si estuviera sucediendo de nuevo.

Seguía lloviendo cuando se presentaron delante de la puerta de la ciudad. Cuán distinto se sentía Miguel en aquellos instantes. Tocó el pomo de su espada, asegurándose de que iba allí, bien pegada a su cuerpo. Eso le dio seguridad. Fernando miraba todo con atención. Cada detalle, cada gesto, quedaba registrado dentro de él. Nunca olvidaba un lugar, una fecha, una cara, un nombre. Descabalgó despacio y buscó con la mirada a Miguel que viajaba en la parte trasera. La capucha mojada se le había pegado a la cabeza y pesaba

demasiado. Al llegar, se la echó hacia atrás. Su cabello negro estaba tan mojado como si acabara de salir del río. El conde de Saint Gilles les dio la bienvenida con una sonrisa en los labios y se abrazó a Miguel.

–Sabía que tarde o temprano regresaríais por aquí –le dijo.

–Vos sabéis cómo tratar a un huésped. Quiero presentaros a alguien –le dijo, llevándolo hacia donde se encontraba el infante.

–Este es el infante Fernando, hijo menor del rey don Sancho de Navarra –y volviéndose a Fernando continuó– os presento a don Raymundo, conde de Saint Gilles e hijo del conde de Toulouse.

–Sed bienvenido –lo saludó el tolosano.

–Sed bienhallado –le contestó el navarro.

–Nos acompaña también el tenente de San Juan Pied de Port, don Martín Chipía, mi tío –le informó el infanzón.

–Pasad. Mi fuego es vuestro fuego; mi casa, vuestra casa.

Los huéspedes fueron atendidos con prontitud y Miguel se encontró enseguida con un vaso de vino en la mano.

–Probadlo. Me lo acaban de traer –les ofreció don Raymundo.

Fernando, Miguel y don Martín coincidieron en mostrar su agrado.

–Y, decidme ¿qué os trae por aquí?

Miguel esperó a que Fernando tomara la palabra, pero no lo hizo, así que se aclaró la garganta y comenzó a hablar.

–Nos dirigimos a Roma y hemos pensado que vos nos daríais cobijo durante una noche.

–Veo que vuestra costumbre de llegar aquí para regalarme los oídos con nuevas peticiones no ha cambiado. Aunque ahora habéis tenido la deferencia de no sitiar la ciudad.

Hubo unos momentos de tensión por parte del infante y de Chipía. Miguel, que ya estaba acostumbrado a ese juego, no se inmutó.

–Lo habíamos pensado, pero al final al rey le ha parecido más adecuado compensaros por vuestras molestias. Os hemos traído unos obsequios de parte de él y del infante don Sancho. Incluida una invitación para que vuestra familia conozca nuestro reino. Sería una buena oportunidad para Constanza de conocer otras tierras.

–Muy generoso –comentó, aceptando los presentes que uno de los escuderos de Fernando le ofrecía.

El conde excusó la ausencia de su padre y les invitó a cenar con él y con

su hija Constanza. El infante aceptó de buen grado; tenía gran interés por conocer a la nieta del conde de Toulouse y valorar si una invitación expresa a tierras navarras merecía la pena.

–He de reconocer que vuestra visita ha roto la rutina cotidiana. Este invierno está siendo muy lluvioso y los días parecen iguales unos a otros.

–No ha sido muy grato cabalgar todas las jornadas bajo una intensa lluvia. Eso nos ha retrasado bastante –reconoció Miguel.

–Entonces, os alegrará saber que la lluvia remitirá pronto. Parece que, a partir de mañana, estará más despejado.

–Esa es una buena noticia.

Los cuatro hombres se giraron cuando la puerta se abrió. Constanza apareció en el umbral y todos se levantaron para recibirla. Su padre la presentó a los invitados y ella respondió con una leve reverencia cuando se acercó a Fernando.

–No esperaba veros tan pronto por aquí –le dijo con cierto descaro a don Miguel.

–Yo tampoco esperaba tener la oportunidad de viajar por vuestras tierras con tanta inmediatez. Es un honor veros de nuevo.

–¿Viajar? La última vez que os acercasteis hasta Toulouse os abristeis camino a base de espada y fuego.

–Entonces primaban otras circunstancias y no habíamos tenido la oportunidad de conoceros.

Constanza se sentó a la mesa y los sirvientes empezaron a servir la cena. Miguel comió con frugalidad. Tenía más cansancio que hambre y el vino ingerido contribuía a llenarlo de sopor. Probó la carne; un guiso bastante condimentado que le dio sed. Tuvo que beberse dos vasos seguidos de vino para quitarse el gusto. La cena concluyó pronto y Miguel vio un buen momento para que todos se retiraran a descansar. Pero le sorprendió la voz de don Raymundo, que le invitaba a quedarse un poco más charlando con él.

–Así que Roma... –dejó escapar el conde de Saint Gilles, mientras le servía a Miguel otro vaso de vino.

Miguel dejó que don Raymundo lo sirviera, pero sin tener intención de beber nada más. Sabía hasta dónde debía llegar y ya había traspasado esa línea.

–Sí –contestó lacónico.

–Y, ¿qué os lleva allí? ¿Una promesa, un arbitrio con el papa, un

matrimonio, quizá?

Miguel no había tenido la intención de compartir el verdadero propósito de aquel viaje con el conde, pero de algún modo, aquel hombre en plena madurez, casado tres veces –tras haber repudiado a sus dos primeras esposas– y con un gran sentido sarcástico del mundo, le inspiraba confianza. Y, a pesar de lo mal que lo había pasado la primera vez que estuvo bajo ese mismo techo, don Raymundo le caía bien.

–Vamos a buscar a la hermana de don Fernando, que se encuentra allí.

Don Raymundo se quedó pensativo. Miguel le dio tiempo, sabía que su cabeza estaba atando hilos tan deprisa como si se tratara de una araña tejiendo su tela.

–Y esa hermana suya, ¿lleva mucho tiempo en Roma?

–Desde septiembre u octubre, no lo sé con certeza.

El conde inspiró despacio, sus ojos fijos en la circunferencia de su vaso. De pronto elevó la mirada como si acabara de hacer un gran descubrimiento. Señaló con el dedo una, dos, hasta tres veces y entrecerró los ojos. Miguel lo observó y le dejó sacar sus propias conclusiones.

–En verdad no vais a buscar a la hermana de Fernando. A quien vais a buscar es a la reina de Inglaterra, la esposa de Ricardo –dijo satisfecho de sus propias deducciones.

–No sé de dónde os sacáis eso. Solo vamos a escoltar a la hermana de Fernando de vuelta a casa.

El conde no pudo evitar que una sonrisa resbalara por la comisura de sus labios.

–Tendréis que atravesar la Provenza. ¿Cómo están las relaciones con el rey de Aragón?

–Digamos que estables, pacíficas, amistosas en el momento en que dejamos atrás nuestro reino.

–Entonces, dejadme esa parte a mí. Yo hablaré con Alfonso.

–¿Por qué? –le preguntó Miguel totalmente sorprendido.

–¿Por qué quiero ayudaros? Me aburro aquí, os lo he dicho antes. Además, me caéis bien y, sobre todo, me apetece conocer a la mujer que ha tenido las agallas de casarse con Ricardo.

Cuando Miguel se retiró a descansar, la conversación mantenida con el conde de Saint Gilles aún daba vueltas en su cabeza. Estaba un poco embotado

y bastante cansado y todavía no entendía la razón por la que Raymundo quisiera ayudarlos en este viaje. Iba sumergido en sus pensamientos, por lo que tardó en hacer suyas las palabras que de pronto sonaron cerca de su oído.

–Habéis aguantado muy bien el tipo.

–Uno se acostumbra pronto a las ironías del conde –dijo Miguel, mirando a la oscuridad de aquel rincón, donde Fernando había decidido esperar.

–Habéis sido muy galán y muy cortés con Constanza, a pesar de su descaro. Ahora entiendo por qué las damas de la corte hablan tan bien de vos.

–No os entiendo. Apenas he hablado con las damas de la corte y me temo que no conozco ninguno de sus nombres.

–Pues ellas sí saben de vos.

Miguel se sintió incómodo. Y eso que Fernando era la clase de persona con la que se congenia enseguida.

–¿Qué pensáis de ella? –preguntó, desviando la atención de su persona–. Creo que simpatiza con los cátaros.

–¿Los cátaros? –preguntó el infante, algo desorientado.

–Sí, un movimiento religioso establecido en esta zona. Creen que existe una dualidad creadora Dios-Satanás y rechazan todo lo material del mundo. No sé mucho más de ellos, solo que muchos los consideran herejes.

–¿Y creéis que ella pertenece a ese movimiento?

–No estoy seguro, pero en mi anterior visita, su cuerpo se tensó y cambió de actitud cuando mencioné esa palabra. Fue algo que noté, nada más. Igual estoy equivocado.

Don Fernando se quedó pensativo. Miguel no supo si aquella información afectó o no al infante y, si lo hizo, de qué modo, porque la escasa luz velaba la expresión de su semblante.

–Nunca nos hemos medido –dijo por todo comentario, tras un breve momento de silencio.

–¿Medirnos? –preguntó el de Grez algo sorprendido.

–Ahora es un buen momento.

–Es de noche y no hay luz y estamos en una casa que no es la nuestra.

–¡Vamos! Los Almoravid os entrenáis en peores condiciones. ¿No iréis a tener miedo de un joven inexperto como yo?

–¿Inexperto? Con que seáis la mitad de hábil que vuestro hermano a vuestra edad ya seríais demasiado bueno.

El patio era pequeño y el barro se adhería a las botas, cargándolas de peso

extra. Los dos jóvenes se aventuraron entre las sombras, andando en círculos, buscando la amenaza. La silueta del rival se intuía más que se veía. Miguel probó fortuna y Fernando dio un salto atrás. La espada pasó rozando. Después probó fortuna el infante, pero Miguel fue más rápido y paró con decisión el golpe. Las nubes se apartaron de repente y la luna llenó el espacio de luz, brevemente; lo justo para que los dos vieran la posición del otro y rectificaran la suya. Forjaron golpes arriba y abajo, los sonidos metálicos arrebataron silencio a la noche. Miguel resbaló. Rodilla a tierra tuvo que esquivar el golpe haciendo un giro sobre el barro. Parecía que Fernando lo tenía a su merced, pero fue solo un espejismo. El de Grez se levantó de un salto y se puso de nuevo en guardia. El cielo se tornó negro de nuevo, el brillo de la luna palideció en la noche y se escaparon algunas gotas. Miguel aprovechó los primeros momentos de aquel apagón inesperado y atacó con fuerza provocando que el infante se cayera sobre su trasero. Fernando descuidó la guardia y Miguel posó despacio su espada sobre su cuello nívico.

–Siento comunicaros que estáis muerto, don Fernando –le dijo Miguel.

Fernando comenzó a reír.

–Sois demasiado formal, don Miguel. Ayudadme a levantarme.

Miguel le tendió la mano izquierda. El infante, en vez de hacer fuerza para levantarse, estiró hacia abajo y consiguió que Miguel se cayera al suelo.

–Siento comunicaros que estáis embarrado, don Miguel.

Los dos rieron y Miguel se alegró de tener al infante como compañero de viaje.

Don Raymundo acertó en su pronóstico. El tiempo escampó a la mañana siguiente y el cielo se abrió en grandes claros. Las nubes seguían siendo grises y algunas viajaban preñadas de lluvia, pero los siguientes días se mantuvieron secos. El conde de Saint Gilles parecía de buen humor. En cabeza de la expedición navarra, charlaba de forma animada con el infante.

Colocado al final de la marcha, Miguel cabalgaba algo tenso. No habían encontrado dificultades y el viaje se estaba desarrollando mejor de lo que habían previsto, con la única salvedad de haber soportado un intervalo de incómoda lluvia durante toda la primera parte del trayecto. Eso era lo que lo exasperaba. No es que quisiera que algo fuera mal, pero todo parecía excesivamente tranquilo. Incluso Pere y Jaime habían permanecido todo el trayecto sin enfrentarse. El Almoravid miró al frente. Estaban llegando al

Ródano. Aquel era el punto de despedida, el lugar en que don Martín Chipía y don Raymundo emprendían el retorno.

–Me entrevistaré con don Alfonso de Aragón. Os esperaremos en Marsella a vuestro regreso. Una vez lleguéis a esta ciudad, preguntad por la casa de Hugues.

La despedida fue breve y rápida. Los navarros no se demoraron en su marcha hacia la residencia papal.

La llegada a Roma se hizo sin contratiempos. Una vez instalados en el palacio de Letrán, Fernando esperaba ansioso el encuentro con su hermana, sin poder disimular su nerviosismo.

–Como sigáis así, vais a hacer un agujero en el suelo –le advirtió don Miguel.

El infante sonrió nerviosamente y continuó con su paseo arriba y abajo por la habitación. La puerta se abrió, sin ruido, y la figura de doña Berenguela apareció, al fin, junto al umbral.

–La reina de Inglaterra –anunció alguien que desapareció poco después.

El infante se quedó quieto hasta que la puerta volvió a cerrarse. Entonces, echó a correr hacia su hermana y la abrazó con entusiasmo.

–Se os ve muy bien –le dijo él.

–Vos habéis crecido. De nuevo.

–Si he de parecerme a mi hermano...

Se separaron despacio uno del otro y entonces Miguel acertó a dar un paso hacia ellos y mostrar sus respetos.

–Vuestra majestad –le dijo a doña Berenguela–, es un honor veros de nuevo.

–Me alegro de vuestra presencia aquí –le dijo ella, haciéndole un gesto para que se levantara.

–Si me disculpáis. Debéis tener muchos asuntos que tratar con vuestro hermano.

–¡Quedaos! –le pidió ella–. Acompañadnos en nuestro paseo.

Algo desconcertado, el de Grez aceptó la invitación.

–¿Cuándo nos vamos? –preguntó con voz de preocupación la reina, una vez que salieron del edificio.

–Cuando estéis listas –le dijo su hermano.

–¡Mañana, entonces!

El tono algo apremiante no pasó desapercibido para Miguel.

—¿A qué viene tanta prisa?

Berenguela miró en derredor. No había nadie cerca de ellos, pero debía ser precavida. Los chismes iban y venían con la rapidez del rayo, como muy bien había podido comprobar durante el breve tiempo que llevaba en Roma.

—Me gustaría llegar cuanto antes a los dominios de Richartz —le comentó de modo confidencial a su hermano y mirando de reojo al infanzón, para estar segura de que este escuchaba también el comentario.

—¿Ha sucedido algo de lo que debemos preocuparnos, hermana?

—No estoy segura. Pero se escuchan rumores. Dicen que Leopoldo de Austria secuestró a Richartz por orden de Enrique VI y que ahora está en sus manos.

—Pero estáis bajo la protección del papa.

—Y eso es lo que me preocupa. Os recuerdo que lo primero que hizo Celestino III tras subir al solio fue coronar a Enrique emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

Fernando tuvo que admitir que la situación era más delicada incluso que lo que habían supuesto. Las preocupaciones de su hermana tenían sentido. Ricardo había apoyado a los nobles que se oponían a Enrique en sus disputas por la supremacía de poder.

—¿Creéis que el papa puede reteneros por orden de Enrique?

—Lo desconozco, pero si sabe que estamos aquí quizá no quiera desaprovechar la oportunidad.

—Entonces, será mejor que no demoremos nuestra partida.

Los dos hermanos miraron al infanzón. Este asintió despacio. Sabía lo que ambos le pedían: discreción y diligencia.

Fernando estaba nervioso. Habían anunciado su próxima partida para la mañana siguiente y su deseo de despedirse antes del papa y temía que Celestino demorara la audiencia *sine die*. Para su sorpresa, el papa no solo los recibió aquella misma mañana, sino que les asignó al cardenal Melior para escoltarlos. Don Miguel habría preferido prescindir de aquella deferencia. La compañía del cardenal significaba que tanto el papa como el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico los tendrían localizados en todo momento.

Partieron con premura de Roma, sin poder ver las ruinas de la *città*, ni el magnífico Coliseo, pero las circunstancias imponían otro tipo de actuación.

Doña Berenguela permaneció silenciosa durante todo el camino. A veces parecía mirar hacia atrás con recelo, esperando en cualquier momento un revés en los planes.

Miguel contestó de forma distraída a la pregunta del cardenal Melior. Este se había colocado a su lado en la retaguardia de la comitiva, donde el infanzón siempre acostumbraba a viajar, y no paraba de hablar. Pero la cabeza del navarro estaba pendiente de otros asuntos y, además, la mezcla de latín y occitano que hablaba el cardenal era difícil de seguir. Fernando volvió la cabeza e intercambió una mirada con el infanzón. Parecía inquieto. Desde que habían salido de Roma, no se había separado de su hermana ni un solo instante.

El infanzón se levantó ligeramente de su montura para desentumecer las piernas, pero estas estaban más agarrotadas por la propia incertidumbre que llevaba, que por la duración del viaje. Sonrió al cardenal que seguía su perorata, intentando descubrir si era un hombre en quien se podía confiar. Le hubiera gustado poder leer su mente. En Pisa, Miguel se había sentido observado, incluso seguido. Y ahora que estaban entrando en las entrañas de Génova, ese efecto se empezaba a acentuar. Atravesaron varias calles, hasta llegar a la posada que el cardenal les había recomendado. Miguel no se fiaba de su elección; la calle era estrecha, fácil de bloquear a ambos lados y mal iluminada. Así que decidió entrar el primero y salir diciendo que no había sitio. Pero sus planes se vinieron al traste cuando el cardenal entró sin darle tiempo a fingir su engaño. Peor aún, en cuanto el dueño del establecimiento reconoció a Melior, le faltó tiempo para acercarse a él y saludarlo, rodilla a tierra. No había duda de que se conocían.

—¿Qué ocurre? —le preguntó el infante a Miguel, con cierto secretismo.

—Parece que el cardenal es muy conocido y respetado aquí.

—Ya me he dado cuenta de que la gente lo reconocía por las calles y lo saludaba.

—Lo cual significa que estamos totalmente a su merced.

Mientras ambos hablaban, las tres damas entraron y el posadero, junto con el cardenal, se acercó para agasajarlas e indicarles cuáles eran sus habitaciones.

—Id a dar una vuelta por la ciudad. Sed discreto, pero procurad enteraros de los últimos acontecimientos —le pidió Fernando al infanzón.

Miguel asintió y le hizo una seña a Jaime con su mirada que este supo

interpretar a la perfección. Se acercó discretamente a él y su señor le habló en tono quedo.

–Voy a salir en breve. Quiero que te fijes si alguien sale detrás de mí y que después me sigas a una distancia prudente.

El muchacho asintió feliz de que su señor lo eligiera a él por encima de Pere.

Las calles empezaban a contagiarse del color del anochecer cuando Miguel se escabulló por la puerta. Se movió entre las casas cuyas sombras se pegaban unas a otras formando una intensa mancha negra. «Mala señal», pensó el navarro. Por detrás se escuchó el piar de un pájaro desconocido. A Miguel le bastó aquel sonido para saber que Jaime le avisaba de que era seguido. Mantuvo el paso, sus cinco sentidos prevenidos y la mano presta en la empuñadura de su espada. Quería acercarse al puerto, seguro de que allí el espacio sería más amplio para enfrentarse a su perseguidor. A eso había que añadir el factor sorpresa y la suma de fuerzas de Jaime –que, aunque solo era un escudero, manejaba la espada bastante bien–, don Miguel estaba seguro de poder sorprenderlo. Se dejó guiar por su instinto. Por la calle había poca gente y nadie parecía prestarle atención, pero el navarro sabía que cualquier ingenuo paseante podía ser un agente del cardenal Melior. El olor a mar y el graznido de las gaviotas le indicaron que estaba cerca del muelle. El sonido de las olas llegaba ya con claridad hasta sus oídos. Se detuvo unos instantes a contemplar los barcos, aunque lo que en realidad buscaba era un lugar apropiado para saltar sobre su perseguidor, lejos de ojos indiscretos. La actividad comercial era importante en aquel puerto. Se dirigió hacia su izquierda, andando deprisa, y después se fue hacia la derecha, intentando que su perseguidor se delatara. Con el rabillo del ojo lo vio. Llevaba una larga capa de color verde. Solo esperaba que Jaime hubiera podido seguir su estela.

Abrigándose en la sombra de un gran recipiente que no se molestó en intentar discernir qué contenía, se giró de pronto y dio cara a su perseguidor espada en mano. Tenía interés en saber quién era y lo iba a averiguar. Aunque no deseaba llamar la atención de nadie, era la única manera que se le ocurría y la más rápida. Pronto se escuchó el familiar ruido de las espadas al chocar.

–¿Quién sois? –le preguntó Miguel entre los primeros jadeos–. ¿Quién os manda?

De la boca de su contrincante, buen espadachín, no salió palabra alguna. Don Miguel miró de reojo, tratando de averiguar si su escudero estaba cerca,

pero sin dejar por ello de repartir mandobles a diestro y siniestro. El que enfrentaba no era ningún principiante. Tenía temple en su oficio. Una sombra se sumó pronto al envite y el navarro respiró aliviado. No porque pensara que no iba a poder doblegar a su adversario, sino porque no quería eternizarse en aquel baile de espadas. Sin embargo, pronto comprendió que quien le ayudaba no era Jaime. «Entonces, ¿quién?», se preguntó algo extrañado. Don Miguel golpeó con su espada a su perseguidor en el brazo, infringiéndole una herida superficial. El hombre, al sentir el contacto y la cálida sangre que se escurría por su antebrazo, se giró y se escabulló entre las sombras de la noche. No era eso lo que pretendía el infanzón, pero no le quedó más remedio que resignarse.

Miguel bajó la espada, algo más relajado, y fue a dar las gracias a quien le había ayudado. Pero cuando tendió la mano se encontró con la punta de su espada presionando sobre su pecho. «¿ Qué significa esto?», se preguntó perplejo.

–Veo que vuestra manía de meteros en líos no os ha abandonado –escuchó de pronto. Aquellas palabras no hicieron sino magnificar su extrañeza–. ¡Ja! ¿Se trata de otra dama en apuros? No veo a ninguna por aquí cerca.

–¿Alejandro? –preguntó incrédulo.

–Seguís siendo demasiado descuidado.

Miguel sonrió de manera enigmática. Poco después fue Alejandro el que sintió una punta de espada entre sus costillas.

–Creo que algo he aprendido desde nuestro último encuentro. Bajad vuestra espada.

Alejandro obedeció despacio y el navarro se apresuró a recoger su arma guiñando un ojo a Jaime, quien se apartó de manera discreta.

Los dos jóvenes se quedaron uno enfrente del otro, midiéndose, recordando viejas heridas que aún quedaban entre los dos.

–¿Qué os trae por Génova? –preguntó un ufano Alejandro.

–Asuntos que no son de vuestra incumbencia. ¿Y a vos?

–Un barco. ¿Qué si no?

–¿Se lo habéis robado a vuestro tío?

Alejandro negó con la cabeza.

–Navego bajo su visto bueno. Está atracado aquí cerca. ¿Por qué no subís conmigo y os invito a un buen trago?

–¿Pensáis hacerme arrojar de nuevo por la borda?

–No seáis mal pensado. No haría eso con un amigo. Además, os guardáis

muy bien las espaldas.

–Vos primero –lo amenazó Miguel con la espada.

–Como gustéis.

El barco que Roger de Salerno tenía atracado en Génova no era de los mayores de su flota, pero aún así era grandioso.

–Vuestro tío ha sido demasiado benévolo con vos –le dijo Miguel, una vez instalados en cubierta. Se sentaron uno a cada lado de un barril en la que se apoyaba una rebosante jarra de vino.

–¿Eso creéis? Me mantuvo un mes encerrado en las profundidades. Una celda sin ventilación, ni luz. Y mirad –le aclaró mostrándole el dedo índice de la mano izquierda, donde le faltaba una falange.

–Pero ahora estáis aquí, libre, y gobernando uno de sus barcos. ¿O ya es vuestro?

Alejandro esbozó una mueca de complicidad.

–Comportarse correctamente tiene sus premios.

–Un buen sitio, Génova –comentó Miguel, cambiando de tema y relajando por primera vez su espalda sobre la barandilla de estribor.

–Aquí se cuece el comercio de medio mundo conocido. Es un buen lugar para hacer negocios.

–¿Y el emperador? ¿No ha subido los impuestos?

–¿Enrique? Creo que ahora presta su atención a otros asuntos. ¿Sabéis qué dicen? –dijo en tono confidencial, acercándose a don Miguel–. Que tiene secuestrado al rey de Inglaterra. ¿Os lo imagináis?

Miguel casi se atraganta. Intentó mantener su cara impasible, aunque le fue difícil.

–Ahora que recuerdo –prosiguió el de Brindisi, entornando sus ojos–. ¿No era a su futura esposa a la que escoltabais cuando nos conocimos?

–Corrían otros tiempos –le dijo el navarro, restando importancia a aquella misión–. Y, decidme –comentó como de pasada–, ¿cuánto tiempo permaneceréis aquí anclados?

–No mucho. Mañana, si todo va bien, nos marcharemos.

–¿Y cuál es vuestro rumbo?

–Regresamos a Brindisi.

Don Miguel se rascó la barbilla, pensativo; una idea iluminó su mente. Se levantó de golpe.

–Creo que me debéis un favor. Uno, digamos que bastante grande.

Alejandro se levantó también algo confuso con la última reacción de Miguel.

–Supongamos que digo que sí. ¿Qué es lo que queréis? ¿Vino?, ¿aceite?, ¿telas y joyas para impresionar a una dama? Puedo conseguir un buen precio.

–Me llevaréis a Marsella en vuestro barco. Esta noche.

–¡Lo que me pedís no puedo hacerlo! –se rebeló, sorprendido por la petición.

–¡Por supuesto que sí! Lo haréis –le dijo muy serio, clavando en él sus ojos–. A la hora de completas estaremos aquí y llevaréis anclas. Y os juro que, si me tendéis alguna trampa o si os negáis a hacer lo que os pido, será vuestro cuerpo el que esta noche descansa en el fondo de este puerto. Y yo mismo me aseguraré de que cuando os arrojen al agua estéis muerto y que de vuestro cuello cuelgue una enorme piedra de molino.

–Podemos hablar. Si esperáis un día y hablamos de precio...

Miguel no le dejó terminar.

–Os recuerdo que ya pagué por adelantado –le dijo en tono amenazante con la espada clavada en su ombligo, dispuesto a abrirle en canal–. Mi vida, la que estuve a punto de entregar en las aguas del Tirreno, pagará este viaje. A completas estaré aquí de regreso. Tened todo preparado. Mis hombres os vigilarán desde abajo.

–Al menos decidme de quién escapáis esta vez. Me gustaría saber si merece la pena correr este riesgo.

–Claro que lo merece, porque es vuestra vida la que está en juego.

–Decidme algo más: ¿De vuestro rey, ese tal Sancho? ¿De algún rey de los reinos lindantes al vuestro? ¿Del papa? ¿De Enrique...?

–A completas –le volvió a advertir don Miguel–. Rumbo a Marsella. Y nada de juegos.

–Está bien. Lo haré. Por Laraine. Ella parecía teneros aprecio. Y por los hijos que ambos tendréis algún día.

–Dejad de decir sandeces y preparad todo enseguida.

Miguel no perdió el tiempo. Corrió hasta la posada.

Doña Berenguela estaba vestida. Hacía tiempo que sabía que no merecía la pena cambiarse de ropa para dormir, porque en cualquier momento tendrían que salir corriendo. Así que cuando su hermano, después de burlar la guardia

que el cardenal Melior había colocado en la puerta de su habitación, le habló en bajo y le pidió que cambiara sus ropas de mujer por otras de hombre, solo se sorprendió a medias. Intercambió una mirada rápida con Joanna y Borgoña para cerciorarse de que estas también habían comprendido y asintió despacio. Fernando miró hacia la ventana y pidió silencio. Al cabo de unos momentos, un pequeño sonido hecho con una china al golpear la madera se dejó oír con claridad. Era la señal acordada. A pesar de eso, el infante se aproximó con cautela. Abrió la ventana y, sin intercambiar palabras, tomó el bulto que alguien le pasaba.

–Poneos esto –les pidió a las damas–. Y dejad aquí vuestras ropas. Alguien ocupará vuestro lugar. Cuando todo esté listo os sacaremos por la ventana a las tres y Juanes os llevará hasta el puerto con el resto de caballeros navarros. Allí embarcaremos hacia Marsella.

–¿Y vos? –se interesó Berenguela con tono de preocupación.

–Me quedaré en la retaguardia con don Miguel.

–No sería mejor... –la reina no quiso continuar. Si su hermano había trazado un plan era mejor no estropearlo con objeciones–. Tened mucho cuidado –dijo en compensación.

Fernando salió de la habitación por la puerta, intentando aparentar normalidad. La confirmación por parte de Miguel, de que el archiduque Leopoldo de Austria había entregado a Ricardo al emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, había sembrado inquietud en su alma. Gracias a Dios que el infanzón se había mostrado hábil y rápido al trazar un plan sobre la marcha. Un plan que, aunque improvisado, debería sacarles del aprieto. El infante no se fiaba del cardenal Melior. La guardia que había aparecido en la posada tan pronto atravesaron la puerta, le había puesto en alerta. El cardenal había dicho que era para su seguridad, pero una cosa era seguridad y otra no poder moverse a su antojo. Bajó las escaleras despacio, atento a cuanto acontecía a su alrededor, situando a cada uno de los actores de aquel juego. Miguel estaba al fondo, sentado con el cardenal.

–Me han dicho que habéis dado un paseo por el puerto –le dijo Melior a don Miguel, usando por primera vez un romance parecido al navarro, fácil de entender.

«El muy bastardo se ha pasado el camino haciéndonos creer que no nos entendía –pensó el infanzón–. Suerte que parte de nuestras conversaciones han sido en vascuence y ese idioma estoy seguro de que no lo entiende».

Miguel asintió, mirando hacia el fondo, donde un caballero al servicio del cardenal exhibía una pequeña herida en su antebrazo.

–Me gusta conocer los sitios a los que voy –respondió, mirándolo a los ojos sin pestañear.

–El bueno de Giovanni se ha llevado un buen susto. Habéis sido demasiado osado saliendo sin protección.

–Podíais haberme dicho que ibais a proporcionármela vos.

El cardenal elevó la vista hacia la silueta de Fernando, que se asomaba entonces por las escaleras. El infante se dirigió a una mesa vacía y se sentó allí.

–¿No os acompaña Fernando?

–Está resentido conmigo –le dijo Miguel–. Ya sabéis, por el incidente del puerto. Dice que le he puesto en serios aprietos delante de vos.

–Esperemos que no se repita.

–Con vuestro permiso, ilustrísima, creo que me retiraré a descansar.

El cardenal hizo un gesto con su mano y el infanzón se levantó. El infante lo miró ir con semblante serio y se pasó la mano por la cara. Esperaba que el cardenal hubiera picado el anzuelo.

–Acercaos, querido hijo –le pidió Melior a Fernando.

Miguel subió con prisa las escaleras, atravesó la puerta del cuarto que le habían asignado como un pequeño huracán y se encerró dentro. Había poco tiempo. Todo debía parecer normal dentro de lo absurda que se había vuelto la situación. Tardó poco en preparar sus enseres y los lanzó por la ventana. Pere, su escudero, los recogió desde el suelo. No se fiaba mucho de él. Habría preferido que Jaime se encargara de todo, pero este se había quedado de guardia en el puerto para que Alejandro no preparara alguna de sus jugarretas. Tras el fardo, Miguel se asomó por la ventana y comenzó a descender. Solo que esta vez su destino no era el suelo, sino la ventana del dormitorio de las damas.

–¡Ah! –se sobresaltaron las tres mujeres, cuando vieron asomarse una cabeza extraña por la rendija de la ventana. Miguel alzó el mentón y dejó al descubierto sus rasgos para que ellas lo reconocieran. Después les indicó que mantuvieran silencio, llevándose el dedo índice de su mano derecha a la boca. Berenguela, Joanna y Borgoña estaban terminando de imbuirse en las ropas de caballero. Miguel las ayudó.

–Dejad encima de esa cama vuestros vestidos.

–¿Quién se los pondrá? –preguntó Joanna.

El infanzón dibujó una mueca en su cara. Ninguna de las tres pudo reprimir una sonrisita al imaginarse la escena.

Lejos de reírse, aunque con el tiempo pudiera llegar a considerar aquel momento gracioso, Miguel miró con preocupación las prendas que las damas estaban dejando sobre la cama. «No va a funcionar –se recriminó–. Son demasiado estrechas para que Fernando y yo quepamos en ellas. Quizá Pere, que es algo desgarrado y estrecho de espaldas, pero nosotros...».

–¿Estáis listas? –preguntó.

Las tres contestaron de forma afirmativa. Berenguela le dio la mano a Miguel para iniciar la maniobra de descenso. Debajo de la ventana, que afortunadamente no era muy alta, esperaban ya Juanes y los otros navarros.

–Idos ya –susurró el infanzón en cuanto Joanna estuvo abajo–. No nos esperéis. Y si no hemos llegado en el tiempo previsto, partid sin nosotros.

Pere pensó que ponerse el vestido de una mujer era lo más humillante que había hecho en su vida. Miró a Miguel con rencor, justo en el momento en que Fernando entraba por la ventana.

–Es vuestro turno –le dijo don Miguel.

–Menos mal que seguís esa absurda moda de Ricardo de afeitaros.

–Menos mal que vos solo tenéis pelusilla cubriendo vuestro rostro.

–Aun así no funcionará –atajó Pere malhumorado.

–No quiero oírte refunfuñar –declaró Miguel–. Aunque vayas vestido como una dama, procura comportarte como el hombre que un día deberías ser.

Pere no dijo nada, aunque puso cara de disconformidad.

–¡Varios caballos han desaparecido del establo!

La noticia corrió rápida entre las gentes del cardenal. A este casi se le escurrió el vino que estaba bebiendo por el pescuezo, cuando un sirviente le susurró las nuevas al oído.

–¿A qué esperáis, malditos? –el cardenal perdió la compostura–. Id a comprobar quién se ha marchado.

–Dos de vuestros soldados han salido tras ellos –dijo alguien.

–¿Y las damas? –preguntó Melior corriendo escaleras arriba.

–El guardián dice que no han salido de su cuarto.

El cardenal dio dos fuertes mamporrazos sobre la puerta. La voz fingida de

Pere –a quien Miguel había ordenado que contestara– llegó algo indefinida del otro lado de la puerta.

–La habitación del infante está vacía –pregonó un soldado desde el fondo del pasillo.

–Y las de los otros caballeros.

«Es imposible que hayan dejado a las damas desvalidas –pensó el cardenal–. Algo raro ocurre».

–¡Tirad esta puerta! –ordenó con voz potente, que se escuchó por todo el piso.

–Prevenidos –dijo Miguel, que había escuchado la orden con meridiana claridad.

La puerta se abatió de golpe y por ella empezaron a entrar soldados. El disfraz de dama protegió su identidad solo unos instantes. Luego brillaron las espadas. Por fortuna, como el sitio era muy estrecho, solo podían luchar de uno en uno, lo que dio cierta ventaja a los que se encontraban atrincherados dentro. Miguel repartía mandobles, mientras con su ojo izquierdo espiaba a Fernando, situado un poco más atrás. No quería verlo herido. Sin tiempo para pensar en lo que estaba ocurriendo, el infanzón empujó al soldado con el que se estaba batiendo y se abrió un pequeño espacio.

–¡Salta por la ventana! –le dijo a su escudero.

Pere obedeció la orden. La altura no era demasiado grande pero las faldas que cubrían sus piernas lo volvieron algo torpe. Se encogió para caer sin hacerse daño en las plantas de los pies y corrió por la estrecha calle hacia el puerto tal y como le había ordenado su señor. La situación no pintaba demasiado bien para los dos navarros en la habitación. «Siento hacer esto –pensó Miguel–, pero no me queda otra opción». Con un fuerte golpe de su capa, usada a modo de látigo, hizo caer una de las velas situada cerca de la cama. Las ropas prendieron enseguida y el humo surgió antecediendo a las llamas por pocos instantes.

–¡Saltad, ahora! –le gritó a Fernando.

Este no se hizo de rogar. Miguel blandió su espada en el aire. Aún hizo diana antes de girarse y saltar también al vacío.

–¡Uau! –dijo al sentir el impacto contra el pavimento.

–¡No os detengáis, bella dama! –escuchó la voz burlona de Fernando.

Miguel se echó a reír, mientras emprendía una carrera loca hacia el puerto, detrás del infante. Debían ser rápidos porque pronto una patrulla del cardenal

estaría al acecho. Llegaron a su destino un poco después, con los ollares de los caballos de los hombres de Melior resoplando cerca de su pescuezo.

–¡Allí! –anunció el de Grez, señalando un barco que había iniciado su maniobra para zarpar.

Fernando, bastante extenuado para entonces, apretó el paso.

–¡Saltad! –le gritó Miguel volviéndose para hacer frente al primer soldado del cardenal.

Pere fue el primero, después el infante saltó también sobre cubierta y varias manos lo ayudaron a sostenerse. Sin tiempo, se volvió hacia tierra para ver cómo le iban las cosas al infanzón.

–¡Una cuerda! –pidió el infante.

Alguien le pasó una maroma gruesa como el brazo de un hombre. El infante hizo un nudo y lo lanzó. El barco empezaba a alejarse de tierra y Miguel parecía no poder deshacerse de su rival. Fernando volvió a tirar la maroma. Esta vez rozó la cabeza del navarro. De un puntapié despachó al soldado aprovechando que había bajado su guardia y corrió en pos de la cuerda que empezaba a marcharse hacia el agua, apresándola en el último instante.

–¡Izadlo! –gritó el infante.

Miguel estiró las piernas para frenar el golpe que se iba a dar contra el casco del barco. Miró atrás una sola vez, para asegurarse de que estaban lejos de la mano del cardenal. Poco después, se encontraba en la cubierta.

La reina rompió el protocolo unos instantes y se abrazó a él. Le dio las gracias con una sonrisa.

–¿Estáis bien? –se preocupó Miguel.

–Perfectamente –constató ella.

–¡Tomad! –dijo una voz, viniendo desde atrás y ofreciéndole un pellejo de vino–. Creo que lo necesitáis para volver a ser un hombre –Alejandro no pudo evitar reírse, al abrazar a Miguel vestido de dama.

El viento fue favorable durante todo el itinerario y pronto llegaron a Marsella.

–Creo que así nuestra deuda queda saldada –le dijo Alejandro cuando se despidió de Miguel.

–¿Un pequeño viaje por una vida?

–¡Tendré que responder ante el cardenal Melior!

–Decidle que secuestré el barco y que os amenacé con tirar toda la mercancía al mar o quemar el barco, si no me llevabais hasta las costas de

Barcelona.

–¡Pero no os he llevado hasta Barcelona! –protestó el de Brindisi.

–Pero eso él no lo sabe.

–¡Que el diablo os lleve!

–¡Que tengáis buen regreso!

La casa de Hugues fue fácil de encontrar. El caballero era muy conocido en la Provenza, además de ser uno de los hombres de confianza del rey Alfonso. Miguel no disimuló a la hora de observar al aragonés. A esas alturas, no era fácil saber de quién se podía fiar y quién podía venderles al emperador del Sacro Imperio. La expedición navarra fue muy bien acogida, sin embargo, por el rey vecino y en particular por el conde de Saint Gilles, al que le sobró tiempo para ofrecer sus servicios. Raymundo enseguida congenió con Joanna y no dejó de agasajarla ni un solo instante. Durante los días sucesivos, todos los navarros, y en especial Miguel, disfrutaron de un placentero descanso. Y también de los relatos que las damas contaron sobre su estancia en Tierra Santa. Una noche, Joanna narró cómo, tras morir el corcel de su hermano, al que él llamaba *Fanuelle*, en la batalla de Jaffa, el rey se dispuso a combatir a pie. Cuando Saladino lo vio, le regaló un caballo de guerra árabe. Cauto, Ricardo pidió a uno de sus caballeros que lo montara. El caballo se enfadó y se volvió hacia sus propios cuarteles. Si Ricardo lo hubiera montando, habría acabado rodeado de enemigos. Saladino, que aunque enemigo, era ante todo un hombre de honor, envió al caballero con un corcel más manso y Ricardo lo montó durante el resto de la contienda.

Permanecieron en Marsella tan solo una semana. El tiempo justo para descansar. De allí, el rey Alfonso los acompañó hasta la desembocadura del Ródano y se despidió de ellos. El conde de Saint Gilles, sin embargo, los escoltó hasta Chinon. Durante el camino no perdieron el tiempo. Joanna y Berenguela utilizaron todas las alianzas que pudieron para buscar el modo de liberar a Ricardo. No hubo percances durante el viaje, pero la tensión y el esfuerzo que requirió hablar con tantas personas y enviar todo tipo de misivas, hizo que la expedición llegara exhausta a las puertas de la fortaleza que resplandecía retadora, dominando el río Loira.

Cuando aquella mañana Miguel fue avisado de que el infante quería hablar con él, intuyó que los momentos de relajación habían terminado. Fernando aún se reía, mientras recordaban cómo habían saltado por la ventana, escondidos

debajo de aquellas faldas y con el fuego pisándoles los talones.

–No os acostumbréis a este tipo de vida –le aconsejó Miguel–. Podría gustaros.

–No os quepa la menor duda –le dijo el infante muy ufano.

Un sirviente les ofreció una copa de vino. Tras beber el primer sorbo, Fernando lo despachó y le indicó al infanzón que se sentara junto a él.

–Es hora de regresar a Navarra –le dijo Fernando con un ligero suspiro.

El otro asintió despacio, intentando leer en ese pequeño lamento lo que sus palabras aún no habían pronunciado.

–Miguel... he decidido permanecer junto a mi hermana.

–¿Estáis seguro? –le tanteó.

Fernando se levantó despacio y caminó por la estancia con sus manos hacia atrás. Se detuvo en el alféizar de la ventana, por cuyo hueco se veían las aguas tranquilas del río.

–Debo hacerlo –dijo al fin–. Mi hermana me necesita aquí.

–Comprendo –miró a los ojos del muchacho que tenía enfrente, mientras apuraba su vaso.

–Pero vos debéis retornar ya.

–¿Estáis seguro de que no me necesitáis?

–Nada me alegraría más que contar con vuestra compañía. Pero quiero que regreséis a Navarra y le contéis a mi padre, el rey, todo cuanto nos ha acontecido. He escrito una carta de la que le haréis entrega y os pido que contestéis con sinceridad a cuantas preguntas os haga.

–Cuidaos mucho –le dijo con sinceridad.

–Lo haré. Y vos también.

Miguel se levantó temprano y terminó de preparar todas sus pertenencias. Después del desayuno se despidió de su anfitrión, de don Raymundo y de las tres damas.

La primera hora de la mañana aún no había transcurrido, cuando don Miguel abandonó Chinon. Pere y Jaime fueron sus únicos acompañantes.

FUEGO EN SUBIZA

Año de 1194

Henry, by the grace of God, emperor of the Romans, and ever august, to his dearly-beloved friends the archbishops, bishops, earls, barons, knights, and all the faithful subjects of Richard, the illustrious king of England, his favour and every blessing. We have thought proper to intimate to all and every of you, that we have appointed a certain day for the liberation of our dearly-beloved friend, your lord, Richard, the illustrious king of the English, being the second day of the week next ensuing after the expiration of three weeks from the day of the Nativity of our Lord, at Spire, or else at Worms; and this you are to consider as certain and undoubted. For it is our purpose and our will to exalt and most highly to honor your aforesaid lord, as being our special friend. Given at Thealluse, on the vigil of Saint Thomas the Apostle.

The letter of the emperor Henry to the nobles of England, in the liberation of Richard, king of England.

The Annals of Roger de Hoveden

Enrique, por la gracia de Dios, emperador de los romanos y siempre agosto, a sus amados amigos los arzobispos, obispos, condes, barones, caballeros y a todos los leales súbditos de Ricardo, el insigne rey de Inglaterra, su favor y eterna bendición. Hemos creído oportuno informaros a todos vosotros de manera privada de que hemos concretado la fecha para la liberación de nuestro amado amigo, vuestro señor, Ricardo, el insigne rey de los ingleses, siendo

esta el segundo día de la semana consiguiente tras las tres semanas desde el día de la Natividad de Nuestro Señor, en la localidad de Speyer o en la de Worms; y de esto doy fe de manera incontestable. Ya que es nuestro propósito y nuestro deseo ensalzar y honrar a vuestro mencionado señor, siendo como es nuestro amigo especial. Escrito en Thealluse, en la vigilia del apóstol Santo Tomás.

*Carta del emperador Enrique a los nobles de Inglaterra
con motivo de la liberación de Ricardo, rey de Inglaterra.*

Historia de Inglaterra, Roger de Hoveden.

Traducción: Begoña Pro Uriarte

LOS GRITOS SE ESCUCHARON mucho después de que el fuego estuviera fuera de control. Para entonces, ya era demasiado tarde. Pedro Díez de Treviño pasaba por allí por casualidad. Se había perdido en las proximidades de Subiza y caminaba a ciegas cuando escuchó los lamentos. Se detuvo para cerciorarse de que su oído no lo engañaba y en ese momento, además de los alaridos desgarrados, discernió también la furia huracanada del fuego. Echó a correr. Un caballo le salió al paso, sorprendiendo su carrera. Se quedó paralizado hasta que la pierna del caballero que montaba le dio una fuerte patada en el pecho, mandándolo al suelo. Miró hacia arriba solo un instante porque, poco después, el caballero ya había desaparecido.

–¡Esperad! –le chilló. Pero sus palabras cayeron en oídos sordos.

Levantándose, siguió su carrera, hasta que el calor lo cubrió como una manta en pleno verano. Se detuvo en seco, horrorizado por la visión dantesca. Los gritos aún se escuchaban dentro de aquel infierno en que se había convertido la construcción que tenía delante. Los que estaban en el interior, no tenían escapatoria. Pedro Díez de Treviño se santiguó tres veces seguidas. Miró al cielo y después en derredor, mientras dentro de él se agudizaba la sensación de peligro. Tenía que irse de allí. El fuego se había empezado a extender. Ya nada podía hacer por aquellas gentes.

El aviso de fuego le pilló a Álvaro contemplando cómo María amamantaba a su hijo de veintidós meses.

–Esperad aquí –le pidió a su esposa.

El heredero de Subiza salió corriendo a la calle.

–¿Qué ocurre? –preguntó a uno de los sirvientes.

El hombre le señaló hacia el norte.

–Si no cambia el viento, pronto lo tendremos encima.

Álvaro miró hacia la lejanía. El fuego parecía haberse iniciado en las proximidades de la cabaña de Juan, el leñador. «Espero que él y su familia hayan tenido tiempo de huir».

–¿Y mi padre?

El sirviente se encogió de hombros.

–Llama a los hombres. Habrá que preparar un cortafuegos.

El joven organizó todo enseguida. La campana seguía bandeando su lastimero anuncio de incendio. María estaba mirando por la ventana, cuando su esposo subió a avisarla.

–Hay un incendio en el bosque, cerca de la cabaña de Juan. Preparad lo necesario por si vos y el niño tenéis que marcharos.

–¿Y vos?

–Iré con los hombres. Intentaremos sofocar el incendio.

–Tened cuidado –le pidió ella.

Antes de marcharse, Álvaro la besó en la frente. María cogió a su hijo en su regazo y lo abrazó con fuerza. Sus ojos inquietos mostraban el tono grisáceo, heredado de su padre.

Los hombres se aproximaron todo lo más que pudieron, pero aquel fuego parecía sacado del mismísimo infierno. Pronto comprendieron que había poco que hacer. Solo quedaba rezar para que las llamas no llegaran al mismo corazón de Subiza.

El fuego tardó casi tres días en sofocarse. Afortunadamente, el viento lo desvió a tiempo para que no tocara las posesiones del señor de Subiza. Pero todo había quedado dañado, de un modo u otro, en cinco leguas a la redonda. Don Yenegro no parecía demasiado preocupado. Cuando se enteró de la muerte de la familia del leñador, tras el espeluznante relato de Pedro Díez de Treviño –al que habían encontrado don Álvaro y sus hombres, poco después de salir de Subiza–, se limitó a asentir fastidiado. Para, a continuación, clamar a los cuatro vientos que el leñador debía las rentas de los últimos diez meses a su señor, o sea, a él, y que así es como Dios castiga a aquellos que no cumplen con sus deberes terrenales.

Pronto se corrió la voz por las posesiones del de Subiza de lo que había ocurrido y la creencia de que la mano de Dios había estado detrás de ello,

creció entre las clases más bajas; muchas de ellas también deudoras de don Yenegro. Y el miedo se extendió casi tan rápido como aquel fuego que se había llevado a todos los miembros de la familia del leñador.

Álvaro, aún con el brillo de las llamas dibujado en sus ojos grises, volvió a retomar sus labores cotidianas. Pero cuando estaba con María y su hijo no podía dejar de pensar en las palabras de Pedro Díez de Treviño. Al principio dio por hecho que aquel hombre se había imaginado al caballero que, decía, le había dado una patada. Pero con el paso de los días y la actitud de su padre, que con tanto denuedo defendía la acción de la mano divina en aquel incendio, la sospecha de que su progenitor tenía algo que ver con el fuego aumentó.

Las desgracias continuaron en las siguientes semanas: caballos robados, ganado que aparecía muerto, pequeños incendios, raptos, violaciones, robos... El miedo se extendió como viento huracanado. Y en medio de aquel tumulto de desgracias, don Yenegro se alzó como la voz de la cordura y en paladín de los indefensos, predicando el arrepentimiento con una mano y decidido a combatir al enemigo con la otra.

A su hijo y a Terrén los envió a cobrar un impuesto especial a cambio de protección. A Álvaro no le gustaba aquella nueva aventura en la que le había liado su padre, pero Terrén disfrutaba viendo el terror pintado en la cara de aquellos a los que cobraba el impuesto de la vida, –nombre que él mismo había inventado–. El resto de nobles hizo la vista gorda al principio. Después de todo, aquellos incidentes tenían lugar en los feudos de don Yenegro y a nadie le interesaba inmiscuirse en coto privado. Hasta el día en que murió la hija del señor de Azagra tras un asalto en el camino, supuestamente a peregrinos. Entonces, algunas voces empezaron a levantarse.

Miguel llegó a Pamplona sin caballo, sin comida y sin bolsa. Una emboscada en el camino se había saldado con una grave herida de su caballo, al que por desgracia hubo de sacrificar poco después. En la huida había perdido su ropa y su bolsa y las pertenencias de sus escuderos. Además, eso había retrasado el regreso. Estaba enfadadísimo debido a esa incidencia. Las continuas discusiones de Pere y Jaime lo habían distraído haciéndole bajar la guardia. Si no hubiera estado perdiendo el tiempo recriminándoles su actitud, habría podido percibir el peligro. Miguel había descargado su furia contra Pere, obligándole a luchar contra él con los puños. El escudero tenía el pómulo abierto y el cuerpo lleno de contusiones. Una marca de odio se había

quedado impresa en su rostro. Miguel estaba dolorido, pero le pesaba más no poder controlar el incesante goteo de protestas del de Aliseda. De su boca no salían sino protestas. Para él todo estaba mal. Sus palabras eran como la continua corriente que orada la roca sin piedad durante siglos. Las últimas leguas las había hecho a lomos del caballo de Jaime mientras sus dos escuderos caminaban detrás, por una vez, sin abrir la boca.

Una espesa barba cubría su rostro, donde el color castaño de sus ojos se había hecho más brillante y más profundo. Estaba hambriento, cansado y dolorido, pero todo se le hacía deliciosamente conocido. Aquella tranquila sensación le hizo sonreír. Tenía ganas de ver a los suyos. Su sobrino debía de haber crecido bastante durante su ausencia y deseaba hablar con García e Iñigo. Sin embargo, aquella anhelada charla tuvo que esperar. Cuando llegó al hogar de los Almoravid, un pequeño cónclave se estaba celebrando en la sala principal. En teoría, se trataba de una reunión de amigos, pero no estaban allí para celebrar nada. Algunos nobles y alcaldes se habían citado para hablar de un tema que a todos preocupaba.

Fue la esposa de García quien le dio la bienvenida y le informó sobre quiénes se encontraban en esos momentos en la sala.

–Mandaré que os preparen un buen baño y una buena comida –dijo ella, diligente.

Miguel asintió y le dio las gracias, aunque, en vez de subir a su habitación, decidió acercarse a la sala donde tan nobles caballeros se hallaban reunidos. Debía tratarse de algún asunto serio o grave para que tantos hombres se hubieran citado allí. Y para que caballeros de la Navarrería y del burgo de San Saturnino estuvieran compartiendo mesa. Siempre eran muy reacios a colaborar. Muy al contrario, siempre se hallaban enzarzados en pleitos. Reconoció a la mayoría.

–Ya os lo he dicho antes y lo vuelvo a reiterar –decía un caballero de cabellos rojizos–. Nadie se atreve a denunciarlo. Y aquellos que han osado insinuar que don Yenegro estaba sospechosamente en el lugar del suceso, han muerto o desaparecido sin dejar rastro. Acordaos lo que le ocurrió a ese tal Pedro Díez de Treviño.

El nombre de don Yenegro bailó de forma lacerante en sus oídos. Miguel prestó atención a lo que allí se decía.

–Calmaos –pidió la voz sensata de don Fortún–. Sin pruebas, ninguna acusación se sostendrá ante el rey.

–Entonces... consigámoslas.

La sala se llenó de voces. Unas tapaban a otras y el alboroto creció.

–Vuestro baño está preparado –escuchó a sus espaldas.

Miguel sonrió a la esposa de su amigo.

–¿Qué ocurre? –la interrogó.

–Durante las últimas semanas se han sucedido las desgracias. Comenzaron en las tierras del de Subiza. Nada importante al principio. Pero ya van más de diez muertos y decenas de cabezas de ganado perdidas. Eso, sin contar las cosechas quemadas y varios destrozos en huertas. Yo tampoco sé mucho más – se disculpó ante la falta de noticias certeras que poder reportarle.

–¿Cómo está mi pequeño sobrino?

–Creciendo sin parar. Después de vuestro baño lo podréis ver.

Los primeros vapores le hicieron cerrar los ojos. Se estaba bien allí mientras Toda le refrotaba la espalda y el cuello. La muchacha observó los cabellos oscuros del navarro, su barba crecida y los brazos fuertes que asomaban por encima de la bañera. Le habría gustado preguntarle por su viaje –Miguel siempre era amable y nunca rehuía una palabra con el servicio–, pero vio los ojos cerrados del infanzón y dedujo que sería mejor dejarlo tranquilo. Revolvió su cabello y lo enjabonó con suavidad. Después echó agua sobre su cabeza y su rostro y lo secó con delicadeza. Sobre la cama, preparó ropa limpia que dejó perfectamente ordenada y se quedó quieta en un rincón esperando, en silencio.

–Puedes retirarte, Toda –le dijo él al cabo de unos instantes.

–¿Necesitaréis la ayuda de Domingo para vestiros, señor?

–Mándamelo dentro de unos momentos.

Toda hizo una pequeña inclinación de cabeza y salió despacio, dejando a Miguel con sus propios pensamientos, en los que bailaban las últimas palabras escuchadas en el salón principal del hogar de los Almoravid. Si el nombre de don Yenegro Martínez de Subiza estaba en boca de todos, algo grave debía estar sucediendo.

Un tímido golpe en su puerta anunció la llegada de Domingo. El sirviente le tendió la toalla y lo ayudó a vestirse. A Miguel le hizo gracia el sonrojo de sus mejillas. Estaba terminando de vestirse cuando la puerta de su cuarto se abrió de nuevo, esta vez sin esperar respuesta. Miguel sonrió al ver a García, despidió al sirviente y se abrazó a su hermano de sangre.

–No parece que el camino os haya tratado demasiado mal –le dijo el hijo

de don Fortún.

–Tampoco hace tanto tiempo que dejé Iruñea.

–Lleváis casi un año fuera del reino.

–¿Por casualidad, no estará el rey aquí?

–No, según mis últimas informaciones, sigue en Tudela.

Miguel deseaba saber más sobre la reunión que había tenido lugar en casa de los Almoravid. Abrió la boca para entonar la interrogación, pero García lo detuvo con la mano.

–Ni una pregunta más. Hablaremos durante la cena. Mi padre está deseoso de veros.

Cuando llevas mucho tiempo fuera de casa, cualquier pequeño lujo se agradece el doble. Por eso, el vino rojo sangre que Miguel estaba degustando le supo a manjar del cielo. Lo malo era que al día siguiente debería ponerse de nuevo en camino hacia Tudela. Pero mientras tanto, disfrutaría de la compañía de los Almoravid. Cuando el nombre de don Yenego se pronunció por primera vez tras la cena, don Iñigo observó directamente el rostro de Miguel.

–Por lo que contáis, parece que existe algo más que una mera casualidad en todos esos *accidentes* –dijo Miguel pareciendo bastante calmado. Pero sus ojos miraban lejos, al pasado. Y no había en su pasado nada que le inspirase paz si estaba relacionado con su antiguo señor.

–Nadie parece estar seguro de nada –le replicó.

–Lo que queréis decir más bien es que ninguno se atreve a acusarlo de manera directa –dijo Miguel.

Hubo unos instantes de silencio.

–Deberíamos unirnos y acabar con estos abusos. Ni siquiera él tiene tanto poder para estar por encima de la ley –prosiguió el infanzón.

–Sé que vuestro espíritu es fogoso, querido sobrino –le dijo con aprecio Iñigo–, pero andaos con tiento. Don Yenego querrá cobrar su presa.

–Sé que nunca olvidará que escapé de sus garras y jamás me perdonará que me haya ido también con su propio enemigo, pero hablo en serio. Deberíamos enfrentarnos a él. ¿No decís que ha llegado a ofrecer –mediante amenaza– sus servicios de ayuda también a las gentes de Peralta?

–No es algo que podamos solucionar ahora –dijo taxativamente don Fortún–. La primera reunión, la que hemos tenido hoy, siempre es la más difícil. Pero a esta seguirán otras, ya lo veréis. Y conseguiremos frenar estos ataques. Creo que ha llegado el momento de irse a descansar –expresó,

mirando a los ojos de Miguel.

Este apuró su copa de vino y se despidió. García salió con él.

–¿Qué os proponéis? –le cuestionó García camino de su alcoba.

–Nada.

–He visto esa mirada.

–¿Qué mirada?

–Tened cuidado con don Yenegro. Prometedme que no intentaréis tomaros la justicia por vuestra mano.

–Ni se me ocurriría.

–Lo digo en serio –le reiteró, poniendo la mano sobre su hombro en un gesto de aprecio.

–Lo sé, García. No os preocupéis. No haré tonterías.

LA PRIMERA PALPITACIÓN DE UN CORAZÓN HERIDO

Look to yourself; the devil is loose!

¡Cuidado ahora: el diablo anda suelto!

Mensaje de Felipe Augusto de Francia a Juan Sin Tierra tras la liberación de Ricardo I, su hermano. Traducción: Begoña Pro Uriarte

EL CAMINO HACIA TUDELA le sirvió a don Miguel para pensar. Y pensar mucho. En silencio, el eco de las palabras se agrandaba y cada vez estaba más convencido de que debía haber una forma de parar los pies al de Subiza. En su corto viaje, se dio cuenta de que la gente tenía miedo, bajaba la voz en cuanto veía cerca algún desconocido y miraba con desconfianza.

El patio del feudo de los Jimeno en Tudela estaba vacío. Le extrañó. A esas horas, el infante solía estar allí con sus hombres, entrenando el cuerpo a cuerpo. Se identificó tras pasar la Puerta Ferreña, pero don Gonzalo, que estaba de guardia, le dijo que debería esperar antes de ser recibido, porque el rey y su hijo estaban atendiendo una visita. Y que, si quería, podía pedir al mayordomo real que le prepararan algo mientras tanto. Don Miguel decidió esperar en el exterior. Dejó su caballo en manos de Pere para que lo condujera a los establos y le pidió a Jaime que aguardara allí, mientras él daba una vuelta. Necesitaba un poco de aire. Muy cerca se escuchó al muecín llamando a la oración. Su voz potente rasgó el silencio. El infanzón paseó despacio por el interior del patio y se acercó a la entrada, haciendo un gesto de saludo a don Gonzalo. Este se lo devolvió y Miguel se acercó.

–He oído que ha habido altercados en los caminos durante las últimas semanas –le comentó Miguel.

Don Gonzalo afirmó con un leve movimiento de su cuello. Sus ojos azules

se clavaron por un momento en sus retinas, estudiándolo.

–¡Oh!, lo siento. Estáis de guardia y os estoy importunando.

–¡Garcés! –llamó.

Un soldado se aprestó a contestar la llamada.

–Vigilad la puerta.

–Así lo haré, señor.

Don Gonzalo miró al infanzón y le invitó a pasear con él. Sabía que Miguel gozaba de la aquiescencia del infante. Y no había muchos en el reino que pudieran presumir de ello. Además, era un Almoravid. Tenía curiosidad por saber más de él.

–Vos sois quien fue a buscar a doña Berenguela con el infante don Fernando –declaró.

–Sí –dijo lacónico–. No he tenido mucho tiempo de ponerme al día con los asuntos del reino, pero durante el camino por tierras navarras he oído comentar que ha habido asaltos e incluso asesinatos –comentó, aprovechando la buena disposición del guardia.

–¿Qué habéis oído exactamente? –quiso saber el de Garés.

–He oído que, en las cercanías de Subiza, se originó un incendio que arrasó la cabaña del leñador. Murió toda la familia. Las gentes dicen que aquel incendio fue obra del mismísimo demonio. Cada vez que parecía sofocado, se reavivaba de alguna manera. También he oído que asesinaron a tres mujeres en el camino que va de Pamplona a Subiza, una de ellas, la hija del señor de Azagra. Sus cadáveres fueron profanados. Se han producido asaltos y robos en la ruta jacobea. Yo mismo sufrí un ataque cerca de Roncesvalles... –Miguel dejó la frase en suspenso.

Don Gonzalo apretó los labios y respiró con fuerza. El de Grez se detuvo y lo miró de manera escrutadora, tratando de dilucidar de qué parte estaría aquel hombre, también infanzón como él.

–Y parece que siempre que hay un incidente, el nombre de don Yenegro Martínez de Subiza está en boca de todos –prosiguió para animar al otro a dar su opinión.

–¿No lo sabéis?

El de Grez lo miró intrigado.

–Iluminadme.

–Los primeros incidentes tuvieron lugar en las tierras del de Subiza.

–Eso ya lo sé.

–Pero hay más –prosiguió don Gonzalo–. Todos los que han muerto o han sufrido serias pérdidas en sus pertenencias eran deudores de don Yenegro. Hace unas semanas se corrió el rumor de que una banda de asaltantes gobernaba los caminos. La gente tenía miedo. Entonces fue el señor de Subiza quien ofreció protección, a cambio de pequeños donativos que él juraba iban a parar a monasterios e iglesias. Algunas de sus donaciones han sido sonadas. Después, durante unos días, los asaltos remitieron hasta desaparecer. Al cabo de un tiempo empezaron de nuevo y don Yenegro volvió a recaudar donaciones.

–¿Esto son solo conjeturas o hechos? –reclamó don Miguel, que quería asegurarse de que todo eso que acababa de escuchar era verdad.

–Son los hechos. Cualquier hombre con un poco de inteligencia, no tiene más que sumar dos y dos.

–¿Nadie ha intentado pararle?

–¿Quién en su sano juicio osaría enfrentarse al *defensor* del pueblo? ¿Vos?

El tono irónico del de Garés no pasó inadvertido. Como tampoco lo fue la mirada retadora que exhibió el de Grez. Parecía cierto que entre el señor de Subiza y él quedaba una cuenta pendiente.

–Yo, nosotros... Deberíamos hacerlo. Como infanzones, es nuestro deber cuidar por el bienestar del pueblo.

–Supongo que algunos hombres se alzarían, si tuvieran una mano que los guiara y un cabecilla al que no le importara perder la cabeza, si el rey le pidiera cuentas.

–¿Vos os uniríais? –preguntó Miguel con osadía.

–Creo que casi todos los nobles del reino tienen algo pendiente con don Yenegro.

–¿Vos lo tenéis?

–No personalmente, aunque sí mi familia. Una tía mía fue prometida al señor de Subiza. Tres días después de la boda la repudió sin aparente motivo. Hubo escaramuzas entre ambas partes que duraron meses. Hasta que el rey intervino, buscándole otro marido a mi tía.

–Desconocía esa historia.

–Es probable que al señor de Subiza no le guste que se sepa.

–Supongo.

Los dos hombres miraron al frente. Habían llegado de nuevo a la par de la Puerta Ferreña, cuya sombra se empezaba a proyectar estirada sobre el suelo.

–Será mejor que entréis al castillo –le sugirió don Gonzalo.

Miguel se giró para irse, pero se volvió hacia el infanzón de ojos azules.

–¿Quiénes son los ilustres invitados del rey?

El aludido se encogió de hombros y sonrió.

–Su caballo está en los establos –fue lo único que le indicó.

–Que tengáis buena guardia –se despidió Miguel–. Pensaré en todo lo que hemos hablado.

–No creo que hayamos hablado de nada.

Miguel meneó la cabeza y se metió en los establos. Tenía curiosidad y estaba intrigado. Atravesó el espacio destinado a los caballos y continuó hasta el lugar en el que se guardaban las sillas de montar. Revolvió entre ellas sin saber muy bien qué buscaba. Todas eran demasiado iguales y ninguna parecía contener la respuesta que delatara la identidad del misterioso visitante. Respiró hondo y se giró, colocando sus brazos en jarras, escrutando con sus observadores ojos de búho el espacio que se vaciaba de luz. Una sonrisa subió a sus labios. Se acercó despacio hasta esa silla que parecía recién estrenada. Estaba cubierta de una suave tela de color verde, donde una D y una H, bellamente bordadas, destacaban en tonos dorados. La rozó despacio con su mano derecha y ese contacto abrió un hueco hacia su pasado; hacia el día en que un joven con enormes heridas internas y externas abandonó el cuerpo maltrecho de un siervo y encontró el abrazo de los Almoravid. Y ese tránsito había sido posible gracias a una lanza; la lanza del ilustre invitado del rey Sancho.

Miguel entró en la sala y saludó a su rey.

–Levantaos, don Miguel –don Sancho, el sexto de su nombre, parecía estar contento.

Al levantarse, el infanzón giró la cabeza hacia su derecha, donde sabía que se encontraba David, conde de Huntingdon, y lo miró de manera retadora, diciéndole: «¿Te acuerdas de mí? Soy Miguel, aquel chiquillo contra el que cargasteis con vuestra lanza. Sí, aquel que os la quitó de las manos y os hizo caer del caballo».

–Creo que ya conocéis a David, conde de Huntingdon –apuntó el infante hacia el que se había dirigido Miguel para saludarlo.

El infanzón no pudo reprimir una sonrisa victoriosa. El conde, sin embargo, recibió con frialdad la mano que se le ofrecía.

–Un encuentro fugaz, pero, sí, nos conocemos –declaró Miguel.

Sancho hizo un gesto hacia el conde y ambos salieron de la estancia dejando solos al infanzón y al monarca. Don Miguel inició el relato de su viaje y lo completó con todo lujo de detalles. Le pareció observar cómo los ojos del viejo rey brillaban cuando le narró cómo habían dejado a Berenguela sana y salva en Chinon y la decisión de Fernando de permanecer junto a ella. Cuando concluyó, don Sancho agradeció sus servicios y lo despachó con un pequeño ademán de su mano.

—Podéis retiraros a descansar. Aceptad nuestra hospitalidad esta noche —le dijo por último.

Miguel hizo un pequeño saludo y se retiró. Estaba intrigado por la visita del conde. Estaba seguro de que traía noticias de Ricardo. Tenía ganas de que le llamaran a cenar para enterarse de todo. Pero, contrariamente a lo que el de Grez había esperado, no fue invitado a cenar con el rey. Un sirviente le anunció que le sería servida una cena fría en su habitación y que más tarde el infante le mandaría llamar. Miguel se tragó su orgullo y recibió la bandeja que le ofrecían. Se le había quitado el hambre, así que la dejó sobre la mesa. La noche se cernía ya cerrada sobre Tudela. Se sentó sobre el alféizar de la ventana, haciendo cábalas sobre el significado de la visita de David. ¿Habría noticias de Ricardo? Y si era así, ¿en qué sentido?

La vela había menguado hasta más de su mitad. Miguel dormitaba dando cabezadas sobre el alféizar en el que se había acomodado esperando al infante. Inquieto, se pasó la mano izquierda por su rostro, en un vano intento por despejarse, y cambió de postura. El pequeño rubí de su dedo pareció brillar durante un breve instante. La puerta se abrió de repente y arrastró el aire hasta la llama temblorosa de la vela, que por un instante amenazó con desaparecer.

—¿Seguís despierto?

La interrupción y la pregunta hicieron que Miguel se pusiera de pie de manera inmediata.

—Sí, señor —contestó con un titubeo.

—Bien —el infante se acercó y encendió un par de velas más.

—¿Se trata de Ricardo? ¿Hay alguna noticia al respecto? ¿Cuándo partimos? —quiso saber el infanzón.

Don Sancho hizo una mueca a modo de sonrisa, eludiendo la pregunta.

—Sentaos —le pidió— y contadme vuestro viaje.

—Pensaba que vuestro padre os habría puesto al corriente.

El infante dio un golpe sobre la mesa, no demasiado fuerte pero sí contundente. Miguel lo miró sin sobresaltarse, tratando de calcular hasta qué punto el hombretón que tenía delante estaba ebrio.

–No os he pedido que me digáis lo qué pensáis. Empezad.

Resignado, comenzó su relato. Al concluir este, el infante tan solo emitió un enigmático *mmm*.

–¿No creéis que se os olvida algo en ese relato?

Miguel arrugó el entrecejo sin comprender.

–¡Maldita sea, Miguel! Explicadme de una vez de dónde salió esa loca idea que mi hermano ha llevado a cabo.

El infanzón tragó saliva y miró al infante, tratando de pensar con claridad. Un leve temblor surgió de su labio inferior que ahogó apretándolo contra el superior.

–Con todos mis respetos, señor, pero no sé de qué me habláis. Vuestro hermano se quedó en Chinon para ayudar a doña Berenguela a reunir el rescate de don Ricardo. No sé nada más. Si el conde de Huntingdon os ha dicho algo...

–¡Callad! –le espetó poniéndose de pie. El techo pareció achicarse conforme lo hacía. Miguel se levantó también. Se miraron tan solo un momento tras el cual, el infante, con furia, le arrojó un guante a los pies.

–¡Os envié a Roma para que protegierais a mis hermanos!

–¿Y qué creéis que he hecho? ¿Divertirme en todas las tabernas de aquí a aquella ciudad?

–¡Recoged el guante!

Miguel miró la prenda a la que se refería el infante, con la respiración entrecortada y la mirada contrariada.

–¿Por qué? ¿Por qué debería hacerlo?

–Mi hermano se ha cambiado por Ricardo y, además, yo así os lo ordeno –explicó lanzando una mirada muy explícita al anillo que Miguel llevaba en su dedo índice.

El infanzón estaba perplejo. No podía creer las palabras que acababa de escuchar.

–No comprendo. ¿Estáis diciendo que Fernando se ha ofrecido para ocupar el puesto de Ricardo? ¿Ha sacrificado su libertad por la de vuestro cuñado?

–Al menos para vos está claro. Recoged el guante.

Miguel se agachó de mala gana y recogió el guante. Don Sancho acababa de retarle... en secreto. Sin testigos. No iba a ser un reto al uso; no era así como se debía hacer según el fuero. Pero don Sancho nunca se había ajustado demasiado bien a las medidas normales de la vida cotidiana.

–Al alba. En el patio –le aclaró.

Miguel se tiró de espaldas en la cama, tras cerciorarse de que el infante se había marchado. El guante se quedó quieto al lado de su mano, agrandando la diferencia de tamaño entre su mano y la prenda. Cerró los ojos. «Así que esa es la razón por la que David está aquí. O, al menos, una de ellas. Ricardo ha sido liberado y el bondadoso de Fernando se ha ofrecido a penar por él. Un alma noble en la derrota. ¿Y yo...? Por eso me despachó con tanta prisa. Sabía que nunca se lo habría permitido». Suspiró, sin saber hasta qué punto eso había enfadado al infante. Su visita daba a entender que mucho pero, ¿clamaría por su vida o se contentaría con un combate a primera sangre? Dentro de unas horas lo desvelaría.

Miguel esperó la claridad del día en el alféizar de la ventana. Apoyó su cabeza contra la dura piedra. Se había envuelto en una gruesa manta, pero esta no amortiguaba la incomodidad que aquella provocaba. Respiró dos veces profundamente antes de decidirse. Se despejó con el agua que quedaba en la palangana, recogió una vez más el guante y salió al patio.

Despacio, se ajustó las protecciones. El frío del amanecer se agarró a su nuca, que había quedado descubierta al agachar la cabeza. El ruido de pisadas le advirtió que su rival ya estaba preparado. Se volvió para enfrentarlo mientras se ajustaba los guantes. Tres pequeños gorriones recorrieron el cielo gorjeando. Jaime le acercó la espada. Parecía que el infante tenía todo previsto. Miguel miró en derredor. Debajo del rictus serio de Pere, advirtió una nota de placer. «Apuesto a que le gustaría verme ensartado en la larga hoja de la espada de don Sancho».

Miguel adelantó su pierna izquierda y se preparó con una guardia corta, sin perder ojo de los movimientos del infante. Paró la primera estocada y retornó a la misma guardia. Don Sancho se movió de lado a lado y lanzó un golpe recto desde atrás. Miguel ejecutó una parada rápida, no muy diestra, pero suficiente para que la hoja se desviara de su trayectoria y estiró los brazos. La punta de su espada quedó a escasos centímetros del cuello real.

Un nuevo lance terminó con las espadas cruzadas por su mitad. El infante se movió rápido, buscando el brazo izquierdo del infanzón. La cota de malla

evitó el corte en su antebrazo. Animado por este hecho, el infante se acercó, agarrando con fuerza el brazo diestro de Miguel entre el suyo izquierdo y su cuerpo, tratando de que aquel soltara el arma. Miguel se retorció y lanzó una patada al estómago del Jimeno, lo que le permitió soltarse y recular. Se decidió por una guardia larga y ejecutó un mandoble que buscaba la garganta de su oponente. Pero a don Sancho le bastó con dar un salto hacia atrás.

Miguel apuntó con su espada hacia el suelo, mientras el otro se preparaba para iniciar un golpe desde detrás de su cabeza. El infante fue más rápido y pisó la punta de la espada de Miguel dejándolo inerte por unos instantes. La punta de la espada real se paseó por su muslo, abriendo una pequeña herida. «Primera sangre», pensó Miguel. Pero no parecía que don Sancho se fuera a conformar con eso. Su oponente atacó de nuevo desde arriba. Miguel lo detuvo con destreza y se separó. El otro era más fuerte que él. Los mandobles se redoblaron en intensidad y frecuencia. Miguel jadeaba y cojeaba, pero todavía resistía bien.

—¿Por qué me lo ponéis tan difícil? —le preguntó el infante, tras varios golpes más. Estaba claro que quería humillarle. Eso bastaría para detener el combate. Pero Miguel no estaba dispuesto a aceptar una derrota degradante. Lucharía hasta el final. Se volvió con fuerza golpeando el costado de su rival y después dirigió su espada hacia el muslo real, haciendo brotar una línea roja tras el roto infringido a las calzas del infante. Este ni se inmutó, pero Miguel empezó a sentir, aunque bastante atenuado, el dolor de su pierna herida.

El tiempo transcurrió despacio. El infante buscó de nuevo la pierna de Miguel, pero este llegó antes hasta su cuello. El infante era alto y fuerte, pero si Miguel se metía en distancias cortas, quebraba toda su ventaja. Cuando mejor se estaba defendiendo el de Grez, don Sancho acertó a interceptar su espada y de un fuerte golpe la envió fuera de su alcance. El pecho del desarmado subía y bajaba con fuerza. El infante sacudió un golpe de espada, buscando su hombro. Miguel se movió deprisa hacia la derecha, esquivando por una pulgada la herida. Don Sancho se separó unos pies y miró a su contrincante. El de Grez se pasó el antebrazo por la boca seca y sacudió su cabeza para apartarse un mechón de pelo que caía sobre su frente. Don Sancho escupió en el suelo y lanzó lejos su espada. Entonces comenzaron a hablar los puños. Miguel recibió el primer impacto en el estómago. No fue demasiado fuerte, pero le hizo retirarse, doblándose y mascando en silencio su dolor, apretando los labios, con tanta fuerza como le fue posible. Poco después, los

dos se enzarzaron en un barullo de brazos y piernas que acabó con ambos en el suelo repartiendo golpes sin cesar. Ninguno de los presentes, ensimismados en la pelea, se percató de la presencia de Blanca. La hermana de don Sancho había salido al patio con una campana pequeña. Se acercó a los dos hombres que estaban en el suelo y la hizo sonar de manera contundente. Su sonido agudo traspasó los tímpanos de ambos.

–El desayuno está listo –dijo con voz angelical.

Como si hubiera sido una señal, dos hombres de armas de la guardia real se acercaron a don Sancho y Miguel y los separaron. Estos se pusieron de pie, sosteniéndose la mirada, intentando demostrar que habían salido mejor parados de la pelea que el otro. A Blanca se le escapó una pequeña risita y se tapó la boca con su mano derecha, mientras seguía a los hombres hacia el salón. A sus dieciséis años, tenía la mirada regia de su padre y la figura de su hermana Berenguela.

–¡Ah! Ya estáis aquí –dijo David al verlos entrar, como si presentarse a desayunar desaliñado, sucio, herido y con cota de malla, fuera lo más normal del mundo.

García lo detuvo en la puerta, agarrándolo del brazo.

–¿Qué hacéis? –le preguntó intrigado tras saludarse, al ver que su amigo no le soltaba el brazo, ni le dejaba entrar en la casa. Tenía ganas de refugiarse en el feudo de los Almoravid y descansar su pierna. Durante el camino había estado sangrando aunque, si bien era cierto, no había dejado que nadie se la tocara.

–No estáis presentable.

–Claro que estoy presentable. Y aunque no fuera así, ¿qué más daría?

–Hacedme caso.

–Para vuestra información, vengo de viaje y no he podido evitar que el polvo se pegue a mi ropa. Pero no es nada serio que un buen baño no pueda arreglar.

García lo miró sin pronunciar palabras, al tiempo que se preguntaba qué le habría pasado a su hermano.

–Hay más que polvo en vuestro cuerpo –le dijo, mirando intrigado un pequeño corte en su ceja y los moratones que mostraba su rostro–. De cualquier forma, será mejor que os deis un buen baño, pero entrad por detrás.

–¡Pretendéis que entre en mi propia casa como un ladrón!

–Creedme. Es mejor que lo hagáis así. Por aquí –le dijo, demostrando bastante alegría.

García no quería soltar prenda sobre la identidad del ilustre invitado que había llegado a casa de los Almoravid y que exigía tanta etiqueta. Se dejó llevar hasta sus aposentos por la parte de atrás y permitió que las manos expertas de Toda y de Domingo lo bañaran y lo vistieran; pero no permitió que nadie tocara su herida. Cuando estaban terminando de ceñir su cinturón sobre la túnica, un frío sudor empezó a correr por su espalda. «Me van a comprometer con alguien –pensó de pronto–. De ahí que García quiera que esté presentable». Miró hacia la ventana con cierta angustia. Las cortinas estaban corridas y nada le permitía obtener ni siquiera una pista del origen de los invitados.

–Os esperan –el requerimiento del criado le hizo tragar con fuerza. Resopló.

Las voces llegaban amortiguadas a través de las escaleras, pero aún así se distinguía que quien esperaba disfrutaba de una conversación amena y entretenida. Cuando entró en la sala, las voces se acallaron. Miguel abrió mucho los ojos.

–Don Miguel, hijo mío –un anciano vivaracho, lleno de vida, se acercó a él con los brazos extendidos.

–¡Don Roger! ¡Qué grata sorpresa! –dijo, recuperando su habitual aplomo–. ¿Qué os trae por nuestro reino?

–Negocios –sonrió complacido– y el recuerdo de dos buenos amigos.

Se sentaron a una larga mesa que los sirvientes enseguida se encargaron de llenar de exquisitos manjares. Para bochorno de Miguel, pronto surgió el recuerdo de su casi ahogamiento y todos rieron ante la narración que con gran esmero, adorno y amistad inició Roger. La puerta de la gran sala se abrió de nuevo. Pero esta vez no era para surtir con nuevas viandas el festín, sino para dar paso a las damas de la casa; y, junto a ellas, llegó Laraine. García sonrió al ver la cara de sorpresa de su amigo. Miguel contempló de nuevo aquellos hermosos ojos. Le pareció que le sonreían, pero era difícil de adivinar lo que aquel velo ocultaba. Los caballeros se levantaron para saludar a las mujeres. Cuando Miguel estuvo a tan solo un paso de Laraine, le tendió la mano y tomó la de ella, besándola despacio, recreándose en el momento. «Soltad ya su mano», se tuvo que decir. Pero en lugar de eso continuó un poco más allí. Mirándola.

–Es un placer volver a veros –se oyó decir a sí mismo. Iba a hacer un comentario sobre su belleza, pero se lo pensó mejor, al recordar lo poco que le gustaba a Laraine que se hablara sobre ese tema.

–Para mí, también es un placer –dijo la armónica voz de la mujer, examinando cuidadosamente las huellas del último enfrentamiento del infanzón, aunque sin hacer referencia a ello.

Los caballeros guiaron a las damas hasta los lugares asignados en la mesa. Miguel, tras unos instantes de indecisión, hizo lo propio con Laraine. Titubeó después como pez fuera del agua y se fue a un lugar desde el que no pudiera cruzar su mirada con la de la joven, para tomarse un instante y poder reaccionar. Pero Roger lo llamó enseguida y le hizo sentarse a su lado, de tal forma que él y Laraine quedaron en diagonal.

–Estuve con vuestro sobrino en Génova –le participó a Roger de Salerno.

–Espero que esta vez se comportara como un caballero.

–Fue muy amable al llevarnos hasta Marsella.

–No esperaba menos de él.

–¿Sabéis? Creo que lo apreciáis con amor de padre. Cualquier otro hombre no habría sido tan indulgente con él. Ni le habría confiado uno de sus grandes barcos.

–Alejandro es un buen muchacho. No niego que peque de exceso de ambición y en algunas ocasiones haya que pararle los pies, pero tiene olfato para los negocios y sabe gobernar un barco.

–Y también domina con maestría el arte de desembarazarse de alguien molesto.

–Según creo, amigo, eso no se le da tan bien como él suponía –le dijo Roger, apuntándole.

Miguel pensó que Roger de Salerno era un hombre agradable, un buen padre. Sin querer, se puso a recordar a su *aita*. Hacía tanto tiempo que no se veían que casi le parecía un extraño. ¿Qué habría sido de su familia? ¿Estarían bien? Quizá en las próximas fechas, bien pudiera encontrar una excusa para verlos. Algo melancólico por el recuerdo de su familia y un poco decepcionado consigo mismo, porque la presencia de Laraine le estaba produciendo peores efectos que si hubiera abusado del vino, se levantó de la mesa.

–Quizá –dijo Roger mirando a don Fortún–, si a vuestro padre le parece bien, podríais mostrarle a mi hija la ciudad.

Miguel miró hacia el que Roger acababa de nombrar como su padre pidiendo auxilio. La risa de García interrumpió la silenciosa súplica. Iñigo le dio un pequeño codazo a su sobrino para que disimulara y este se atragantó con el vino que estaba bebiendo, provocándole una fuerte tos.

–Id –dijo don Fortún, después de mirar a su primogénito, sin entender muy bien qué le había ocasionado semejante ataque de tos.

Poco después, Miguel condujo a Laraine a través de las calles del burgo de la Navarrería. Les seguían Pere y Jaime y una sirvienta de Roger muy discreta, que caminaba encorvada, pero sin perder ojo de cada paso que daban. La temperatura era agradable y Laraine caminaba con su cara cubierta. Quienes se tropezaban con ellos, miraban curiosos la figura de aquella mujer que ocultaba su rostro. Laraine observaba de reojo a aquel joven que se mostraba bastante silencioso. Atravesaron algunas calles estrechas y sus cuerpos se juntaron. El corazón de ella comenzó a latir con fuerza y una imperiosa necesidad de perderse en sus ojos ascendió desde su estómago. Estaba nerviosa, aunque ella raramente se ponía nerviosa. Salieron de la ciudad camino del río. El viento siseaba entre las hojas de los árboles.

–¿Aún estáis molesto conmigo por lo que sucedió en Nápoles?

Miguel se llevó la mano al anillo de su dedo y lo hizo girar. La sirvienta había dispuesto una gran manta sobre el suelo.

El de Grez negó con la cabeza. Aunque quisiera estarlo, no podría y sería una chiquillada por su parte seguir enfadado por eso.

–No –dijo, acompañando la respuesta por una sutil sonrisa y haciendo un gesto con su mano, invitándola a tomar asiento. Ella lo hizo con un tímido asentimiento. Miguel aprovechó para descansar su pierna herida. Al parecer se había vuelto a abrir y la sangre empapaba un pequeño corro en sus calzas. Disimuladamente se tapó con la túnica.

–No pasasteis por Toledo en vuestro regreso desde el sur y eso me hizo pensar que quizá vuestro corazón siguiera enfadado conmigo.

–Perdonad si mi ausencia os dio esa impresión, pero mis tareas me llevaron por otros caminos –se excusó, preguntándose si sus palabras habrían querido decir que lo había echado de menos.

–Fue una temeridad por mi parte, hacerle esa confidencia a mi primo.

–Querréis decir más bien mentirle en vuestro propio beneficio –le dijo él ofreciéndole algo de fruta que ella tomó de su mano.

Sus ojos se encontraron. Por el tono que utilizó y la expresión de su rostro,

Laraine supo que no había reproche en las palabras de Miguel.

–Tenéis razón –dijo ella, valorando si debía mencionar la herida sangrante que él había ocultado a su vista–. No debí hacerlo.

–No me gustaría nublar vuestra visita a mi reino con pensamientos tristes. Olvidemos ese episodio que tanto os aflige y contadme qué os parece mi ciudad.

–Me parece algo extraña, pero lo cierto es que todas las ciudades que carecen de mar lo son para mí. Estoy acostumbrada a escuchar el suave mecer de las olas y el rugido amenazador del mar. Se me hace curioso ver el horizonte surcado de montañas que, aunque en la lejanía, rodean todo el contorno de vuestra ciudad.

–Cierto que no hay mar y solo contamos con este pequeño río, pero si viajáis al norte, los paisajes de las montañas son impresionantes. Sé que os gustarían. Y el mar no queda lejos.

–Quizá algún día podáis enseñarme todo eso.

Miguel sonrió ante aquella idea y a Laraine le pareció la sonrisa más hermosa del mundo.

–¿Pensáis quedaros algún tiempo por aquí?

Ella se encogió de hombros.

–No lo sé con exactitud. Mi padre está interesado en establecer contactos en esta zona.

–Hasta aquí no podrán llegar sus barcos.

–No –se rio ella y su risa contagió a Miguel–. Es una pena.

Miguel miró de reojo hacia la ventana por la que entraba una suave claridad. La imagen de Laraine flotaba aún entre la frontera de sus sueños y su consciencia. Tembló al pensar que ella se encontraba tan cerca, justo al otro lado del pasillo. Dentro de él notaba el empuje de un nuevo sentimiento que pugnaba con hacer tambalear todos sus cimientos y trataba por todos los medios de impedir que saliera y desbordara toda su existencia; aunque sin lograrlo. Le había costado quedarse dormido la noche anterior, a pesar de que arrastraba una buena dosis de sueño, pero el recuerdo de Laraine había llenado de un dulce placer su vigilia.

Al ponerse en pie, un inesperado dolor le recordó que no se había ocupado recientemente de su herida. La limpió con agua y pasó una suave tela de lino sobre ella para secarla. Bajó cojeando a desayunar y después fue a ocuparse de sus tareas. A media mañana, atravesó el patio despacio. Seguía cojeando.

Una mueca de incomodidad se marcó inconscientemente en su cara. Laraine lo observó desde la ventana del piso inferior.

A última hora de la tarde, un mensajero anunció la presencia del infante y del conde de Huntingdon en la ciudad. Don Fortún, don Iñigo y García acudieron a la llamada. Se reunieron en el palacio Real con ellos. Allí aguardaban con expectación todos los nobles del reino.

Miguel subió renqueante hasta su habitación. Cerró los ojos, cansado. Poco faltaba para que todos los ricos hombres del reino supieran que Ricardo había sido liberado, tal y como Enrique había expuesto y el conde de Huntingdon había explicado al rey Sancho, con fecha 4 de febrero de ese año de 1194. A cambio, había recibido ciento cincuenta mil marcos de plata y varios hombres se habían ofrecido a ocupar su lugar, entre ellos el infante Fernando de Navarra. Pero si el heredero estaba en Pamplona y con él, David, y, si, además, había convocado a la flor y nata de la nobleza, significaba que había algo más. Ricardo querría cobrar justa venganza y, ahora que Fernando estaba prisionero, también los Jimeno estarían deseosos de repartir justicia. O mucho se equivocaba, o pronto habría una movilización en el reino. Miró pensativo hacia su herida y cerró los ojos. «Esta vez, el infante no contará conmigo». Se quitó con cuidado las calzas. En su obstinación, estaba descuidando el tratamiento de su herida. Su dedo índice presionó despacio los bordes. Se lamentó entre dientes y apretó los puños sobre la cubierta de su cama. Un suave golpe en la puerta entreabierta desvió su atención.

—¿Qué...? —preguntó, tratando de taparse las piernas con un trozo de sus calzas.

Laraine entró decidida y se sentó a su lado sin decir palabra alguna. Dejó con cuidado la cesta que llevaba en las manos al lado del cuerpo del infanzón, para que este viera su contenido.

—¿Me permitís? —dijo con voz serena, mirando el muslo de Miguel. Este asintió despacio.

La joven retiró cuidadosamente las calzas. El velo le impidió al de Grez ver la expresión de su cara.

—Lo que sospechaba —comentó. Y paseó su mirada por los ojos del joven—. Esto os aliviará —le aseguró, mostrándole un unguento—, pero debo coserla si queréis que cicatrice bien. Será mejor que os echéis en la cama.

—No hace falta.

—Como queráis —aceptó Laraine, sin estar demasiado segura de si su

paciente aguantaría sin tumbarse.

La joven procedió con infinita paciencia y dulzura. Pero Miguel tuvo que morderse la lengua para aguantar el dolor que propiciaron las puntadas de las expertas manos de la mujer.

–Mantened la pierna en alto –le aconsejó ella colocando la última de las telas limpias sobre la herida y haciendo un nudo con otra para que no se movieran.

Miguel retuvo su mano antes de que ella pudiera apartarla lejos de su alcance y la miró a los ojos. Estaba algo turbado por aquella presencia.

–Laraine Sybina –dijo en un susurro, mientras quitaba el velo de su rostro–. ¿Qué significa vuestro nombre?

Miguel había asido sus manos y las retenía entre las suyas.

–Laraine es una variante de Loraine, o Lorraine. Significa coronada en laurel. Sybina es una palabra mesapia, cuyo significado es lanza.

–Extraña combinación –dijo sonriendo–, pero tan apropiada para vos... Laraine Sybina, gracias.

–Ha sido un placer poder seros de utilidad.

–Buenas noches –le dijo por fin, soltando sus manos y devolviéndole el velo.

Se tumbó en la cama y cerró los ojos. No sabía lo que había ocurrido en las últimas horas, pero el temor a ahogarse había desaparecido. Es más, deseaba ahogarse en aquellos profundos ojos oscuros en los que acababa de verse reflejado. Esa mirada lo tenía prisionero y eso le hacía sentirse bien.

AL GALOPE POR TIERRAS DE RICARDO

Por este tiempo, estando en Pamplona todo el verano, como otros años en los quales por las datas de sus cartas se puede haver notado frequentaba el Rey la asistencia en Pamplona, agradado de la frescura de sus ayres, como en Tudela en los hibiernos por ser region mas calida, sobrevino al Rey la enfermedad de la muerte, y haviendose dispuesto para ella con gran piedad y Chyristianas costumbres con que havia vivido, murio el dia Lunes veinte y siete de Junio de este año 1194 con universal llanto de todo el Reyno, que gozó en el, y comenzò entonces á echar menos, un Principe amabilissimo, digno de la primera estimación por sus grandes prendas, y de quien justamente se puede dudar si fue mayor en la paz, o en la guerra.

*Annales del Reyno de Navarra. Volumen 2.
José de Moret y Francisco de Alesón*

EN CUANTO LA TEMPERATURA SUBIÓ lo suficiente, el rey Sancho ordenó a su mayordomo que preparara todo para el viaje a Pamplona. No quería esperar a que llegara el verano y el calor le impidiera viajar. Lo cierto es que se sentía cansado y decidió que el clima de la vieja Iruñea le iría bien. Su llegada tempranera animó un poco la vida de la ciudad. Miguel entretenía sus días asumiendo algunas de las tareas de su hermano y de su tío, quienes habían seguido al infante hacia el norte. Pero estaba dolido por no haber sido llamado para acompañarlos.

Tras su liberación, Ricardo había viajado hasta Inglaterra para volver a

ser coronado rey, hecho que se consumó el 16 de abril. El 2 de mayo intentó zarpar hacia Francia, pero el mal tiempo retrasó su partida. Sin embargo, diez días después puso pie en Barfleur (Normandía), con la intención de recuperar cuantas plazas le había arrebatado Felipe Augusto durante su cautiverio. Ricardo empezaba por el norte, mientras que –tal y como habían convenido– don Sancho, con el grueso de sus fuerzas formadas por ciento cincuenta ballesteros, salía a su encuentro desde el sur. Y con él se encontraban García, Iñigo, Álvaro y don Yenegro, entre otros. Pero no Miguel, ni Terrén. Aunque por diferentes motivos.

El lacayo de los Martínez de Subiza golpeó con fuerza su jarra contra la mesa cuando terminó el contenido. Unas fiebres contraídas en el momento más inoportuno lo habían dejado postrado en cama, justo cuando la expedición navarra estaba a punto de emprender la marcha. Ahora pasaba los días en las tabernas, relajado de la estricta vigilancia del señor de Subiza.

–Otra más –pidió, totalmente eufórico.

Pere había decidido que tenía edad suficiente como para frecuentar ese tipo de establecimientos y miraba embelesado el corro que se había formado alrededor de Terrén. Parecía ser alguien muy popular. Pere sabía que no debería acercarse. Era un Martínez de Subiza y él, atado a la disciplina Almoravid, tenía vetado ese acercamiento. Pero ni don Miguel estaba allí para prohibírselo, ni don Yenegro para reprochárselo. Así que se dirigió hacia él. Cuando concluyó la siguiente jarra, jaleado por todos los presentes, Terrén se levantó tambaleándose. El círculo se ensanchó para dejarle paso y Pere aprovechó la ocasión para colocarse a su lado y permitir que se apoyara en él. Terrén lo miró de soslayo.

–¿Te dejan salir sin collar? –le preguntó, provocando la risa de los que tenía alrededor.

–¿Perdón, señor?

–Te he preguntado que dónde está tu collar. ¿No eres uno de esos malditos Almoravid?

Pere se puso rojo de ira, apretó los dientes y se dirigió a la salida sin mirar. En su furiosa huida se golpeó cerca del ojo con el codo de un hombre que declamaba una poesía, haciendo grandes aspavientos. Una carcajada general cubrió de golpe la taberna. Pere se volvió hecho una tempestad.

–Pensaba que erais mejor que ellos, pero estaba equivocado.

Terrén se quedó mirándolo y dejó que las carcajadas cesaran antes de salir

en pos de él.

–¡Eh! –le chistó–. Espera.

El chico obedeció. Terrén se colocó a su lado y lo cogió por los hombros. La noche estaba tranquila y estrellada.

–¿Así que sois un Almoravid?

–¿Y qué si lo soy? Lo cierto es que no ha sido por propia elección.

–Hueles como ellos –le dijo muy serio, y ni su expresión ni sus palabras parecían ya las de un borracho.

–¿Fingíais vuestra borrachera?

Terrén restó importancia a su puesta en escena y le sonrió.

–Y dime, ¿eres feliz entre los Almoravid? –le preguntó, intuyendo cuál sería su respuesta. Un extraño brillo sobrevoló sus pupilas.

Pere se despachó a gusto. Sentía que Terrén lo comprendía.

–¿Así que de Aliseda? –le preguntó el lacayo rascándose la barbilla–. No me extraña que estés a disgusto entre los Almoravid si tienes que servir al hombre que asesinó a tu padre.

–¿Qué queréis decir? –Pere sabía que su padre había sido ahorcado en la plaza, delante de toda la ciudad. Pero, ¿asesinado?

–¿No lo sabes? –le preguntó con cara de sorpresa para, a continuación, pasar a relatarle una versión bastante subjetiva de lo que había pasado entre su padre y Miguel–. ¿Queréis trabajar para mí? –le preguntó al acabar su descripción.

–¿Para vos? –preguntó, algo perplejo.

–Para los Martínez de Subiza, quiero decir –le aclaró Terrén.

–Por supuesto –se entusiasmó el muchacho–. Mañana mismo puedo mudarme...

–Alto, alto. No tan deprisa. Lo que quiero es que trabajes desde dentro.

–¿Desde dentro? –repitió como anonadado–. ¿Y qué sacaría a cambio?

Terrén lo tomó otra vez por los hombros y le invitó a entrar en la taberna diciéndole que, para empezar, le pagaba cuantas rondas pudiera aguantar sin caerse.

A Miguel le ponía nervioso la corte. Se desenvolvía mucho mejor en terreno de combate, pero don Fortún le había pedido que los acompañara. Era una buena ocasión para ver al rey y para que Roger y su hija alternaran con las familias nobles del reino. El infanzón sabía que Roger anhelaba esa

oportunidad para tantear negocios; en cuanto a Laraine... era difícil saber cómo encajaría. Toda le había preparado una túnica en tonos verdes. «Resalta vuestro porte», le había indicado, sin que él supiera muy bien a qué se refería. Domingo estiró de las puntas hacia abajo antes de dar su aprobación con un gesto afirmativo de su cabeza, mientras la sirvienta perfumaba sus cabellos y traje de forma algo exagerada. «Va a parecer que me he bañado en jazmín», pensó apurado. «Las damas os van a adorar», concluyó Toda, que se había alejado unos pasos para observarlo.

–Bueno, está bien. Es hora de irse.

Miguel bajó a la entrada. Roger y don Fortún estaban ya allí. Faltaban las damas. Doña Teresa descendió despacio las escaleras.

–¿Y vuestra hija? –preguntó Miguel, al ver que Roger hacía ademán de irse.

–Se encuentra indispuesta.

«¿Indispuesta?», se preguntó, mientras aparecía una sombra de decepción en su rostro.

–Estará bien –intervino Roger, al ver el gesto del caballero.

Antes de que pudiera pronunciar alguna palabra, temiendo que pusiera alguna excusa, doña Teresa agarró del brazo a su hijo adoptivo y le pidió que le hiciera el honor de caminar junto a ella. Miguel miró hacia atrás, justo en el instante último en que la puerta comenzaba a cerrarse y su mirada se encontró con la de Laraine, un instante, una chispa, un parpadeo.

Miguel se retiró con discreción hacia uno de los pasillos. Anhelaba retornar a casa, pero debía esperar. Buscó la luz de una pequeña ventana que se abría hacia el patio. Un recuerdo doloroso acudió a su mente. Justo en ese lugar, no hacía tanto, había visto a Álvaro y a María –a la que entonces aún creía comprometida con él– darse un beso. Se permitió sonreír. La puerta que quedaba a su espalda se abrió, barriendo despacio aquel recuerdo. La infanta Blanca apareció por ella. Además del parecido físico con su hermana, se apreciaba en ella también algo del pundonor y del aplomo del carácter de Berenguela.

–¿Os marcháis ya? –preguntó con interés.

Miguel negó con la cabeza, mientras sentía la mirada curiosa de la joven pegada a su cara.

–¿Me acompañaréis a mí también, como hicisteis con Berenguela, cuando

tenga que viajar en busca de mi esposo?

La pregunta le hizo gracia a Miguel y tuvo que esconder una sonrisa espontánea que acudía a su rostro.

–Si ese es vuestro deseo y el de vuestro padre... para mí sería un honor.

Una sombra cubrió el rostro de la joven brevemente.

–Mi padre ha estado enfermo –le confió.

–No os preocupéis. Pronto se restablecerá.

Blanca asintió una vez con la cabeza.

–¿Me acompañáis dentro? –le preguntó, mientras extendía su mano hacia el infanzón.

–Con sumo gusto –le indicó el de Grez, acercándole su brazo.

Dentro del salón, un músico llegado de Champaña animaba la velada y varias parejas bailaban en mitad de la sala. Blanca condujo hasta allí a su caballero y a Miguel no le quedó más remedio que invitarla a bailar. Las damas allí reunidas pronto tomaron nota y el infanzón estuvo muy solicitado. No se sentía de humor, pero notaba los ojos de su padre adoptivo clavados en él y sabía que doña Teresa no le perdía tampoco de vista. Así que se resignó y con algo de desgana se comportó como todo buen Almoravid debe.

Casi todo el mundo se había ido ya, cuando la velada fue interrumpida debido a un pequeño desvanecimiento del monarca. Su mayordomo trató de ocultar este hecho tanto como le fue posible, pero para nadie pasó desapercibida la ausencia repentina de don Sancho.

Blanca se quedó en medio de la sala con los ojos muy abiertos mirando alrededor. Con su padre enfermo, su hermano mayor luchando en tierras extranjeras, Fernando prisionero del rey Enrique, Berenguela esperando en Chinon a su rey ausente y Constanza pasando unos días en un monasterio, solo quedaba ella. Miguel se acercó despacio y le tendió su brazo. Se inclinó sobre ella lo suficiente para poder hablarle al oído sin que nadie más escuchara el comentario.

–Tendréis que despedir a los invitados que restan. Yo os acompañaré.

La joven infanta pareció por un momento una niña asustada. Pero el roce del brazo de Miguel le permitió relajarse un poco. Apretó con toda la fuerza de que fue capaz su antebrazo y este colocó su mano derecha sobre la de la infanta para hacerle saber que estaba allí, con ella.

–Debo irme –le dijo Miguel cuando concluyeron las despedidas–. Lo habéis hecho muy bien.

Blanca sonrió agradecida. Su labio se había torcido en un gesto entre alivio y apuro. Se limitó a inclinar la cabeza del mismo modo que él se lo había visto hacer a Berenguela. Miguel tomó su mano derecha y se la besó.

–Ha sido un placer, mi pequeña dama.

La muchacha contestó con una graciosa reverencia.

Miguel caminó despacio hacia la salida. Don Fortún, Roger y doña Teresa lo esperaban fuera. Mientras andaba, pensaba en el desvanecimiento del rey y en el comentario que había hecho su hija sobre el estado de salud de su padre. Solo esperaba que fuera algo pasajero. Estaba ya cerca de los suyos, cuando un paje lo interceptó y le habló al oído.

–Idos sin mí –les pidió Miguel–. Debo atender un asunto.

El infanzón siguió al paje por el interior del palacio real de San Pedro. Caminaban por un lugar desconocido para él, seguramente las salas privadas del palacio real. Se sintió incómodo. El paje no había sido muy concreto al explicarle el motivo por el que era requerido para volver a entrar. Quizá se tratara de la infanta, pensó.

El paje se plantó delante de una gran puerta de madera oscura y llamó con fuerza. Dejó pasar unos instantes antes de entreabrirla y accedió al interior, indicando a Miguel que aguardara unos instantes. El de Grez permaneció quieto. Solo el movimiento de su dedo pulgar sobre el anillo que portaba en el dedo índice de la mano izquierda mostraba vida dentro de ese cuerpo impertérrito. Pasó un largo tiempo sin que nada aconteciera. Rodeado de silencio, se preguntó qué estaría pasando.

Cuando Miguel penetró en la penumbra de la estancia, el rey había recobrado su prestancia, pero la palidez extrema de su rostro recordaba el repentino desvanecimiento sufrido. Miguel se quedó quieto en el umbral de la puerta, algo confundido, ya que no esperaba ser conducido ante el rey. Al ver los ojos de don Sancho dirigirse hacia la silueta que había aparecido en aquel momento, el de Grez se inclinó levemente.

–Vuestra majestad, deseo que os encontréis mejor.

–Acercaos –le dijo el rey

Alguien se movió a la vez desde su izquierda y Miguel dudó si la orden había sido dada para él. El canciller entregó un documento al monarca y este asintió con su cabeza, mientras estampaba su sello en el lacre derretido.

–Dejadnos solos un momento –pidió don Sancho.

Miguel fue a girarse algo confuso. Don Fernando, el canciller, puso una

mano fuerte sobre su antebrazo y asintió un par de veces como diciéndole: «Me acuerdo de ti y me alegro de verte, pero este no es el momento de hablar. Id junto al rey».

El sonido de la puerta al cerrarse acentuó el silencio que se creó, de golpe, en el interior. La respiración del monarca se tornó estentórea y Miguel abrió mucho los ojos sin saber muy bien cómo conducirse. El rey lo miró como si acabara de percatarse de la presencia del infanzón.

–Don Miguel –le dijo el rey, clavando su mirada en el dedo índice de su mano izquierda.

–Vuestra majestad –le repitió él.

–En las cuadras Almoravid hay buenos caballos. Tomad el más rápido y marchad en pos de mi hijo. Debéis entregarle esto sin dilación. No confiéis a nadie esta misiva. Entregadla en persona.

–Partiré al instante, vuestra majestad. ¿Deseáis que le diga algo a vuestro hijo, de vuestra parte?

–Solo que apresure su regreso –le dijo poniendo en su mano el documento que acababa de lacrar.

–Os deseo lo mejor, vuestra majestad –el infanzón se retiró con una pequeña reverencia, sin saber que esa iba a ser la última vez que viera al rey con vida–. Vuestra carta será entregada en el menor tiempo posible.

Miguel había preparado sus cosas para el viaje tantas veces, que había establecido una rutina rápida y eficaz para estar listo en el menor tiempo posible. Solo interrumpió un instante su diligente proceder, para sostener en sus manos la tela verde que un día había dado forma a uno de los velos de Laraine. Cerró su puño sobre él y se lo llevó a la nariz. Absorbió con fuerza, intentando que su esencia penetrara sin piedad en sus pulmones, barriendo la inquietud que sentía dentro. Pero su estado empeoró. No deseaba alejarse de Pamplona en esos momentos. Apretó los labios, dolido por tener que dejar a la joven sin saber si ella estaría allí a su regreso. Un suave golpe en la puerta le hizo abrir los ojos.

–Pasad –contestó sin mirar.

La puerta se abrió despacio. Laraine penetró en silencio y se acercó sin hacer ruido hasta el centro de la habitación. Miguel se volvió con el velo aún cerca de sus labios, con la intención de dar a Toda más indicaciones sobre aquello que debía preparar, pero se encontró con la mirada tierna y dulce de

Laraine y con la mágica sonrisa de un rostro sin velo. Miguel se recompuso enseguida y escondió la tela esmeralda debajo de su zurrón. Un brillo de chispas dorado paseó por la mirada limpia de la joven.

–Me satisface ver que os encontráis mejor –le comentó Miguel, volviéndose hacia ella.

–Jaime me ha dicho que tenéis que iros y... había pensado que antes de marcharos debería mirar vuestra herida.

–Está bien. No tenéis por qué preocuparos.

–¿Sois siempre así de... cómo decís aquí... cabezón?

A Miguel le hizo gracia el comentario.

–La mayoría de las veces.

–Entonces tendré que insistir.

–¿Por qué queréis hacerlo?

Laraine bajó la cabeza. «Porque os amo –pensó–. ¿Hay alguna razón más poderosa que esa?».

–¿Tiene que haber alguna razón para que amanezca, para que llueva, para que el sol caliente?

Miguel sonrió y agachó la cabeza.

–No dispongo de mucho tiempo.

–No me llevará más de unos instantes.

Miguel se sentó en el borde de la cama y estiró su pierna. Deslizó su calza hasta la rodilla, mientras ella seguía atenta sus movimientos, que dejaron a la vista su muslo musculoso y la venda que se extendía por la cara interior de aquel. Con mucho cuidado, la mano delgada y segura de la joven subió su túnica hasta la ingle. Con rapidez quitó la venda y con un leve movimiento de su cabeza dio el visto bueno. De la pequeña cesta que había llevado consigo, Laraine sacó un unguento y lo extendió sobre la herida. Miguel notó frío y dolor al principio y después un suave calor que se extendió por toda la pierna. Inmediatamente, la joven cubrió otra vez la herida con un trozo de tela limpio e hizo varios nudos para que no se moviera.

–Llevaos esto –le dijo poniendo en su mano el tarro de unguento con que le había untado–. Os será útil.

Miguel acercó su mano para coger el tarro, pero agarró también la de ella, reteniéndola dentro de la suya.

–¿Seguiréis aquí cuando regrese?

–Eso depende de... mi padre.

–Me daré prisa –dijo él soltando su mano.

–Que tengáis buen viaje –le deseó ella cogiendo la tela verde que Miguel había guardado debajo de su zurrón y metiéndosela dentro.

Miguel se despidió de don Fortún y de Roger con un cálido abrazo y se fue hacia los establos. Se cercioró de que las cinchas estaban bien atadas y sus enseres perfectamente colocados y amarrados a su caballo y deslizó su espada en la funda. Con el último siseo, Guillaumes apareció a su lado.

–Quedas como responsable, joven Almoravid –le dijo Miguel de buen humor.

–He visto a Laraine salir de vuestra habitación.

–Se ha asegurado de que mi herida estuviera en buen estado.

–Y vos le habéis dejado hacer... supongo.

–Es ducha en el cuidado de heridas. Sabe lo que se hace.

–¿En vuestro muslo? ¿Sabéis lo qué está cerca de vuestra herida?

Miguel tomó a Guillaumes por el brazo y lo acercó hacia él. Bajo la suave tela de su camisa notó el músculo en tensión y el agitado galopar de un joven corazón.

–Yo sé –dijo acentuando mucho la última palabra– qué hay cerca de mi herida. ¿Y tú, estás seguro de que lo sabes? –le preguntó, riéndose. Al parecer, el joven Guillaumes no había sido ajeno a los encantos de Laraine.

Miguel subió raudo en su montura y partió al galope.

TAÑIDO DE MUERTE

Haviendo cumplido con los honores funerales de su padre, y jurado los fueros, fue luego aclamado Rey y coronado con las ceremonias acostumbradas en Sancta Maria de Pamplona, á donde havia llamado a los Prelados, Ricos hombres, Caballeros, y Legados de las ciudades y pueblos principales del Reyno el officio postrimero al padre, y primero á la coronación del hijo, mitigando la tristeza del un acto la alegría y solemnidad del otro, en especial con las esperanzas, que ya le havian concebido del sucesor de valor y esfuerzo grande de corazon, de que ya havia dado muestras viviendo su padre y aun corria la fama por los Reynos de fuera.

*Annales del Reyno de Navarra.
José de Moret y Francisco de Alesón*

CIENTO CINCUENTA BALLESTEROS bien disciplinados, de alta gallardía y puntería ejemplar, habían bastado para someter y devastar los territorios de Godofredo de Bacon en Poitou y los del conde de Angulema. La mesnada navarra marchaba a buen ritmo, con el objetivo de llegar cuanto antes a Loches, donde tenían previsto juntarse con las huestes de Ricardo, que habían avanzado desde Normandía asegurando las plazas de Verneuil y Montmirail.

Don Sancho estaba satisfecho. Con la larga espada al cinto, escrutaba el ajeteo del campamento mientras todos se organizaban para pasar la noche. Un cielo sin nubes por el oeste dejaba al descubierto una franja de intenso rojo, como dentellada de un sol descendente a punto de extender sus últimos rayos sobre el horizonte. La esmerada capacidad organizativa de los navarros se vio

alterada de pronto por la llegada de un jinete. Este galopaba con el cuerpo pegado al cuello de su caballo, los dientes apretados y el rostro surcado de polvo y sudor. El brillo de sus dos grandes ojos pardos destacaba perceptiblemente sobre la piel manchada. Hincó sus espuelas de oro y el animal saltó sin dificultad la primera de las barricadas que los navarros acababan de montar. Sin perder velocidad esquivó al primer caballero que le salió al paso y burló las primeras flechas que amenazaron su vida. Eludir a los siguientes caballeros no fue tarea fácil, pero también lo logró y solo se detuvo cuando llegó ante un hombre en concreto. Con la respiración agitada y con el palpito del corazón muy fuerte en su cuello, Miguel saltó de su caballo y se quedó quieto ante la figura interrogativa del infante que, de inmediato, desenvainó su espada. El recién llegado no se arredró ante el arma larga que tan bien conocía. Con la cabeza alta, desafió el frío acero cuya punta buscaba su corazón, justo en el momento en que García y don Yenegro llegaban hasta el infante con su espada en la mano. Don Iñigo arribó poco después, blandiendo también su acero.

—¿Qué demonios estáis haciendo aquí, Miguel? —le preguntó su tío.

Don Sancho tenía la frente arrugada y miraba con intensidad la carta que Miguel le acababa de entregar. Unos trocitos de lacre rojo descansaban sobre la mesa que uno de sus pajes había dispuesto de manera atropellada. Las últimas palabras del infanzón aún bailaban en los oídos del heredero: «...que apresure su regreso». «¿Tan grave es?», quiso preguntar. Pero no lo hizo. De un trago, vació el vaso de vino que su paje le acababa de ofrecer. Frente a él, Miguel esperaba de pie, con las muestras de cansancio, hambre y falta de sueño extendidas por su cuerpo delgado. Estaba exhausto, pero mostrar agotamiento delante de don Sancho no era una posibilidad que se planteara. Al amanecer, tras dejar el mando de la mesnada navarra en manos de Iñigo Almoravid, don Sancho y Miguel regresaron a Navarra.

Apenas se sentó en la cama, cayó exhausto. El recuerdo de los últimos días se diluyó entre las sombras de los sueños, sin que Miguel tuviera plena conciencia de cómo habían sido las jornadas ni de cuántas habían transcurrido desde que dejaron atrás a los soldados navarros. Se esforzó por recordar, pero su clarividencia se perdía una y otra vez en la penumbra de los caminos recorridos, cuyo polvo había borrado el sol, la luna y las estrellas con igual

fiereza. Cada una de las jornadas se había prolongado hasta que los caballos caían agotados, sin prestar atención a las prácticas que la prudencia exigía. Trató de recordar cuántos días había durado su viaje de retorno, pero le fue imposible. Al final, pudo más la fatiga y su cuerpo se rindió al descanso.

Llevaba casi un día entero durmiendo. Por la puerta semicerrada, Laraine pudo ver su semblante tranquilo sobre la almohada y el brazo derecho debajo de ella, colocado en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Se acercó despacio. Una barba corta cubría el rostro del de Grez. Sus labios se movieron alargando su línea de expresión. Parecía tranquilo y relajado. Un mechón corto de su cabello cubría parte de la frente y le tapaba el ojo derecho. Laraine fue a apartárselo cuando el primer tañido sonó con claridad. La joven se asustó y miró por la ventana. Aunque era extranjera, nadie le tuvo que decir cuál era el mensaje que aquel repique escondía. Miró de nuevo hacia la cama y acercó su mano derecha hasta el joven. Miguel no tardaría en despertar. Con un movimiento sutil apartó el mechón de la frente y salió despacio.

Cuando se incorporó le dolía todo el cuerpo. Se estiró como pudo, tratando de recolocar sus maltrechos huesos. Entonces percibió con claridad el sonido de la campana y todos los recuerdos llamaron a su puerta a la vez. Solo con las calzas y una camisa, se lanzó escaleras abajo. No hacía falta que nadie se lo dijera, pero debía confirmarlo. Su mirada se encontró con la de su padre, un momento después. Don Fortún estaba en la sala común con alguno de los pocos hombres de armas que quedaban. Miguel entró y se sentó con ellos. Nadie decía nada, aunque todos eran conscientes de lo que estaba ocurriendo. Un paje de la casa real llegó en ese instante y entregó un mensaje al Almoravid. Este lo abrió y lo leyó con atención. Se persignó mientras decía en voz queda: «¡ Que Dios lo tenga en su gloria!». Don Fortún entregó el pergamino a Miguel y este asintió, repitiendo el ritual de su padre. Luego pasó el testigo al resto de los hombres allí congregados, que no eran muchos, puesto que los soldados destacados en territorios del rey Ricardo todavía no habían regresado a casa.

Una tensa calma se extendió por la ciudad y después por todo el reino, mientras las campanas se llamaban unas a otras en un repique que no se detendría durante los siguientes treinta días y treinta noches. Era el 27 de junio de 1194. Don Sancho, el sexto de su nombre, había reinado durante cuarenta y tres años. Todos coincidían en decir que había sido un hombre prudente, magnánimo, valiente y sabio.

Don Sancho dio las órdenes precisas para preparar el sepelio de su padre. El cadáver, colocado en un túmulo, permaneció insepulto hasta que se dijeron las cien misas preceptivas para el eterno descanso de su alma. Sus funerales suscitaron un enfrentamiento entre el prior de Roncesvalles y el de Jerusalén sobre quién debía ser el encargado de celebrar las exequias reales. El obispo, don Pedro de París, había muerto unos meses antes y había sido enterrado en el monasterio de Santa María la Real de Iranzu, que él mismo había fundado. Y don Martín de Tafalla, llamado a sustituirle, estaba camino de Roma y todavía no había tomado posesión de su cargo. La sede episcopal estaba, por tanto, vacante y sus desempeños en el aire.

Nada más cumplir con los honores funerarios, don Sancho convocó las Cortes. Todos en el reino estaban expectantes. Los pasos para la coronación de un nuevo rey acababan de comenzar.

Iñigo y García retornaron cuando las campanas aun seguían llorando la muerte del rey Sancho VI. La euforia que traían y la alegría que les había proporcionado la última campaña, quedaron enturbiadas por el conocimiento del fallecimiento del rey navarro. Catalina salió al encuentro de García. No le importó ni su aspecto desaliñado, ni el rastro que el sudor había dejado en sus mejillas. Se echó a sus brazos y lo apretó hacia sí. Laraine sonrió para sus adentros y se imaginó haciendo lo mismo con Miguel. Luego, de repente, sacudió su cabeza y quitó aquel pensamiento de su cerebro.

Aquella noche, la cena fue tranquila en casa de los Almoravid. Se permitieron alguna que otra carcajada al recordar la guisa con que Miguel había irrumpido en el campamento navarro cuando fue en busca del infante y también algún alarde al rememorar el asalto a Loches. Acto que se había producido el 13 de junio.

—En tres horas —gesticulaba García—. Ricardo tomó Loches en tres horas. Teníais que haber visto la fortaleza, con su torre de 118 pies⁹ de altura, rendida a los pies del rey.

El calor aún era soportable. Con un solo gesto, don Sancho controló la gran espada que ceñiría sobre su cintura, el pavés sobre el que sería izado y los preparativos que los priores de Jerusalén y de Roncesvalles estaban llevando a cabo. La iglesia de Santa María la Real de Pamplona, donde hacía poco había sido enterrado su padre, lucía espléndida.

Afuera, la temperatura era más elevada, como correspondía a aquella fecha del calendario: 15 de agosto. Los representantes de los doce ricos hombres del reino esperaban su turno para entrar. El mayordomo los fue llamando, describiendo el blasón de cada uno de ellos:

–Almoravid, en campo dorado, tres bastones de azur; Guevara, en campo de gules bermejo, cinco panelas de argent; Aibar, campo de oro sin ninguna mezcla de color ni divisa; Baztán, tablero de escaques de plata y sable; Urroz, escudo partido por medio de lo alto a lo bajo a manera de banda en blanco y bermejo; Lehet, en campo de oro, tres potes a la manera de ollas en sable; Subiza, escudo de oro con un chef de sable en la parte alta; Rada, escudo de oro con una cruz verde floreada; Vidaurre, escudo de oro y en medio una faja azul; Cascante, escudo de oro con águila de sable; Monteagudo, de oro y en medio una faja colorada; Mauleón, en escudo de oro, un león rampante de gules.

Los doce nobles formaron en fila. Detrás de ellos se situaron los doce sabios del reino. El murmullo creció entre los congregados en el exterior.

–¿Ha comido bien nuestro padre hoy? –le preguntó Miguel a García con una sonrisa maliciosa en los labios.

–¿Por qué os interesa?

–Porque hará falta mucha fuerza para levantar y sostener al nuevo monarca encima del pavés.

El codo del heredero Almoravid se clavó en las costillas del de Grez.

–¡Ay! –se quejó.

–Lo tienes bien merecido.

–A don Yenegro se le ve muy complacido. Seguro que tiene algo en mente –comentó, mientras se frotaba la zona resentida con su mano izquierda.

–Hace mucho que no hay ataques. Los caminos están tranquilos.

–Un respetuoso luto por el viejo rey Sancho, supongo.

Alguien chistó a su lado. La fila de ricos hombres y sabios se movió hacia el interior y cada uno se dirigió a su asiento. Tras ellos entraron los representantes de otras casas reales, algunos nobles y varios invitados, entre los que se contaban Miguel, García, Álvaro, Terrén y las damas de sus familias. La frescura del interior fue hartamente agradecida.

Cuando todos ocuparon su sitio, varios tambores redoblaron anunciando la aparición del que iba a ser nuevo monarca. Don Sancho avanzó despacio, pero con grandes zancadas que le hacían abarcar mucho espacio en poco tiempo.

Los priores, delante, debían acelerar su paso para impedir que el Jimeno los pisara. Con voz clara y alta, el rey procedió a hacer su juramento. Y así dijo para que todos lo oyeran:

–Yo, Sancho, hijo de Sancho, y nieto de García Ramírez el Restaurador, juro por Dios y por estos santos Evangelios y por esta santa cruz, que a todo el pueblo del reino de Navarra, a los que ahora son y serán en toda mi vida, y especialmente a la iglesia y a los clérigos, y a todos los ricoshombres, y a todos los caballeros, y a todos los francos, y a todo el pueblo de Navarra, que defenderé a cada uno en sus fueros y en sus libertades y en todos sus derechos, e íntegramente en las buenas costumbres, así como mejor las tuvieron siempre sus antecesores y los míos y ellos mismos. Y jamás los desaforaré en toda mi vida, ni les quitaré nada de sus fueros, ni de sus libertades, ni de sus derechos, ni de las buenas costumbres, ni nadie en mi nombre, ni permitiré que otro por mí, en ningún modo lo haga.

»Juro que desfaceré cualquier afrenta y todos los agravios y todas las injusticias y todas las malas costumbres que fueron hechas en tiempo de mi abuelo, y de mi padre, y de todos mis parientes que hayan sido reyes de Navarra, desde mi abuelo hasta aquí, cuya verdad sea hallada o mostrada por el buen derecho; y nunca más en mi vida serán tomadas ni demandadas estas afrentas, ni se hará ninguna otra por mí, ni en mi nombre.

»Juro que ningún hombre o mujer del reino de Navarra será prendido, ni ninguna de sus pertenencias tomadas, si, amparado por el derecho de su propio fuero, no se demostrase que es un traidor, o ladrón manifiesto o proscrito. Pero si por fuero, mi representante hubiera de hacer embargo en algunos lugares del reino, el embargo que sea hecho si el fiador jura de cómo su fuero manda de aquel a quien el embargo fuera hecho, en todo y por todo que mantenga yo el embargo, como todas las otras cosas a su fuero.

»Juro que ningún pleito que llegue al tribunal de la Cort dejará de ser juzgado y se hará con el consejo de los doce ricoshombres de mi reino, si estuvieren; y si no estuvieren, por consejo de los doce hombres más ancianos y más sabios de Navarra; o con el consejo de la mayoría de estos. Y todo esto se hará a través del alcalde correspondiente entre aquellos en que se dé el pleito y dentro del fuero de cada uno; si no hubiese voluntad entre ambas partes, que dejado su alcalde, vengán a juicio en el tribunal de la Cort. Pero si algún pleito producido, como el de reto, llegara a mi tribunal, yo enviaré a por los ricoshombres y a por los sabios anteriormente citados, y con consejo de la

mayor parte, yo daré a cada uno su derecho.

»Juro que si hubiere de hacer guerra, paz o tregua con otro reino, o contra otro reino, o contra otra parte de mi reino, lo haré con el consejo y con la voluntad de los ricoshombres y de los sabios anteriormente citados, o de la mayor parte de ellos.

»Juro que repartiré con los ricoshombres y con los caballeros y con los hombres de las villas naturales de Navarra los bienes de mi reino de Navarra y no con extranjeros de otra tierra.

»Juro que no habrá a mi servicio más de cinco hombres extranjeros, procedentes de otras tierras, ni que hablan otras lenguas.

»Juro que cuando yo quiera hacer Corte general, lo haré con el consejo de los doce ricoshombres y de los sabios mencionados, o con el consejo de la mayor parte de ellos.

»Juro que esta moneda tendré en vida y no acuñaré otra.

»Juro que si yo quiero ir a otras partes fuera de mi reino de Navarra, dejaré como senescal a aquel que me aconsejen los ricoshombres y los sabios mencionados, o la mayor parte de ellos.

»Y todas estas cosas y cada una de ellas mismas, tal y como están escritas, otorgo y confirmo y juro. Y yo, Sancho por nombre, juro que mantendré y cumpliré y haré durante toda mi vida a todo el pueblo de Navarra, todas las cosas que aquí están escritas.

»En testimonio de esto, otorgo que daré cartas abiertas con mi sello pendiente en todas estas conveniencias: a los ricoshombres, una carta; a las órdenes militares, otra; a los caballeros, otra; a la iglesia, otra; otra, a los infanzones; y sendas, a cada una de las buenas villas del reino de Navarra.¹⁰

Puesto que el Papa no reconocía a Sancho como rey, como tampoco lo había hecho con su padre –por lo que no podía ser ungido como tal–, una vez concluido el último de los juramentos, los nobles navarros se levantaron para izarlo sobre el pavés. Don Sancho había elegido un nuevo escudo con un águila negra que relucía sobre el fondo blanco. Los doce ricoshombres juntaron sus hombros y elevaron al nuevo rey al grito de: ¡Real, Real, Real!

El eco de estas palabras se extendió sobre las cabezas de los presentes, rebotó en los gruesos muros de la catedral pamplonesa y traspasó sus puertas, hasta penetrar en los oídos de todos los moradores del reino de Navarra. Terminado este primer acto, don Sancho descendió al suelo, ocupó una silla confeccionada de terciopelo rojo y esperó sereno el juramento de cada uno de

sus nobles, comprometiéndose a defender al rey, al reino y a todos sus habitantes, así como a mantener los fueros.

Don Fortún fue el primero en proceder. Y dijo así:

–Yo, don Fortún Almoravid, juro por Dios y por estos santos Evangelios y por esta santa cruz a vos señor, por nombre rey de Navarra, que cuidaré de vuestra persona y de vuestra tierra y de vuestro pueblo y os ayudaré lealmente a mantener los fueros y las demás cosas tal y como las habéis jurado.

El calor era ya sofocante cuando todo el protocolo concluyó. Los Almoravid y los Martínez de Subiza se encontraron en la entrada de la catedral, justo en el momento en que el nuevo monarca salía al exterior. La gente le aclamaba con entusiasmo, buscando hacerse con uno de los *sanchetes* que don Sancho lanzaba con denodada alegría. El rey había acuñado su propia moneda, en cuyo anverso aparecía su figura ecuestre, con el motivo del águila en su escudo y la leyenda *Sancius Dei Gratia Rex Navarre*; y en el reverso un águila rodeada con el lema *Benedictus Dominus Deus Meus*, y era el momento de estrenarla. Ajeno al tumulto, Miguel apretó la mandíbula y su mano derecha tomó forma de puño. Don Yenegro sonrió burlonamente al rozar el hombro de su antiguo criado.

«Guárdate bien las espaldas», le dijo entre dientes. García dio un paso hacia su hermano, Álvaro sujetó a tiempo el puño derecho de Miguel antes de que se elevara más allá de su cintura. Iñigo apartó de un empujón a don Yenegro. «Id a buscar problemas a otro sitio y en otro momento», le exigió. «Siempre habrá algo pendiente entre nosotros», predijo el de Subiza antes de marcharse. «Solo hay una cosa pendiente entre nosotros –pensó Miguel– y uno de los dos no vivirá para contarlo».

⁹ Unos 36 metros de altura.

¹⁰ *Cómo deve jurar el rey de Navarra*. Fueros sueltos en los manuscritos del Fuero General de Navarra. José María Lacarra y Juan F. Utrilla. Ver el texto original al final del libro, en el apartado de *Algunas referencias históricas*.

LA PRIMERA MESNADA

«Pro Libertate Patria, gens libera state»

«Pueblo libre, permanece en pie por la libertad de la patria»

Lema de los Infanzones, que hoy luce, entre otros sitios, en la fachada del ayuntamiento de Obanos y en la fachada del Palacio de Navarra

MIGUEL DIO POR FIN CON SU TÍO.

–¿Qué ocurre? –le preguntó, desmontando de un brinco.

–Los ataques han vuelto a comenzar –le dijo Iñigo.

–¿Dónde?

–Esta vez muy cerca de aquí. Tres campesinos han sido ejecutados en los límites de Baranain¹¹.

Sin pensárselo mucho, Miguel volvió a montar, dispuesto a salir corriendo.

–¿Qué hacéis? –le preguntó un poco desconcertado Iñigo.

–Quizá aún estemos a tiempo de encontrar alguna pista –le contestó decidido.

–Los hombres del alcalde ya han estado allí. No hallaréis nada que ellos no hayan encontrado.

Miguel no contestó. Estaba ya en la puerta cuando García montó también. Este se encogió de hombros antes de decirle a su tío:

–Tenéis dos opciones, o dejarle que meta la pata solo, o acompañarle para que no manche el buen nombre de los Almoravid.

Iñigo entró en la casa, interrumpió la conversación que su hermano estaba manteniendo con el alcalde y le contó la fuga de sus hijos. Poco después, los tres cabalgaban en pos de ellos.

El lugar del asalto era una altiplanicie en el sitio conocido como Miluce¹². En el lugar aún se percibía el silencio perturbador que deja tras de sí la muerte. Miguel descabalgó despacio y pisó con cuidado la tierra, como si temiera eliminar alguna huella importante. García se acercó a él.

—¿Qué buscamos? —le preguntó bajito. No quería perturbar la concentración de su amigo, que rastreaba con los ojos todo el terreno.

Miguel guardó silencio. Unos pasos más adelante, se podían ver restos de sangre aún frescos.

—¿Qué se supone que es eso? —preguntó en voz alta el infanzón, señalando un montón de paja quemada unos pasos más a su derecha.

Los dos se aproximaron. Cerca del montón había un hierro de los que se usaban para marcar el ganado.

«¡Qué extraño! —se dijo el de Grez—. Es raro que los hombres del alcalde hayan dejado una prueba como esta aquí».

Miguel se agachó para tomar el hierro. En su punta aparecía una “R” al revés. García se agachó junto a él.

—Ordalía —le dijo.

Miguel lo miró extrañado.

—Alguien ha buscado aquí el juicio de Dios. Y, por lo que creo, el pecador no ha superado la prueba. Apuesto lo que quieras a que el muerto tiene una “R” marcada en alguna parte de su cuerpo.

—¿Por qué una “R”?

García se encogió de hombros.

—Eso no lo sé.

Miguel volvió a mirar el suelo quemado y el hierro aún candente, pero un sonido llamó su atención.

—¿Habéis oído eso?

García se levantó.

—Se acercan jinetes —dijo señalando hacia el noreste.

—No —le dijo el otro convencido—. Viene de allí, del norte.

En esos momentos, una rama se movió justo en el lugar donde apuntaba el dedo índice de Miguel.

—Tened cuidado, no os asalte un zorro. O, lo que es peor, un jabalí y tenga yo que dar cuenta ante padre de vuestra heroicidad.

—Muy sagaz —le contestó, ya espada en mano, moviéndose hacia el sitio.

Poco antes de llegar a los matorrales, un bulto saltó casi encima de él, pero, en vez de encararse con el infanzón o atacarle, salió huyendo.

–¡Por aquí! –gritó, llamando la atención de García.

Los dos echaron a correr tras el desconocido, que huía despavorido. Enseguida los hombres que venían con don Iñigo se unieron a la caza. El hombre fue prendido con celeridad. El alcalde, Guilhem Aude, miró al hombre con exhaustivo escrutinio. Este apeló a su curiosidad para excusar su presencia en la zona. Pero sus ropas sucias, manchadas de humo, y sus manos enrojecidas con el color de la sangre lo colocaban en una situación comprometida. García le dio al alcalde el hierro que habían encontrado. «Esto no estaba ahí hace unas horas», se dijo algo preocupado. Él mismo se bajó del caballo y volvió a examinar el lugar con cuidado. Nadie se atrevió a interrumpir su tarea. Solo los gritos de aquel hombre, clamando su inocencia, rompían el silencio de los alrededores. Miguel lo miró con atención, pensativo. «Si hubiera buenos hombres que se dedicaran a patrullar los caminos... si hubiera caballeros decididos a impartir justicia...». La voz de su tío interrumpió el curso de sus pensamientos. Todos se acercaron a él. A sus pies, junto a un arbusto de llamativas hojas rojas, descansaba un bulto atado por los pies y por los brazos. Se correspondía al cuerpo de un muchacho de unos catorce años. Tenía los ojos cerrados y la palma de su mano acababa de ser marcada a fuego. Todavía respiraba.

Don Iñigo desató al muchacho y vertió agua despacio sobre su rostro. El joven abrió los ojos y comenzó a gritar.

–Todo ha pasado ya –intentó hacerle comprender el Almoravid.

Tardó en calmarse y, de repente, rompió a llorar.

–¿En qué estáis pensando? –interpeló García a su hermano camino de casa. Miguel movió reiteradamente su cabeza de lado a lado.

–En que tengo hambre –le dijo.

–Tranquilizaos. Dentro de poco estaremos sentados a la mesa de nuestro padre, degustando un buen asado, junto a vuestra dama.

García no se equivocó. Poco después, los Almoravid daban buena cuenta de un delicioso asado. Aunque los últimos acontecimientos ocuparon gran parte de la conversación, Miguel apenas participó en ella. Varias ideas daban vueltas en su cabeza. Y entre ellas, surgió de nuevo la conversación que no hacía mucho tiempo había mantenido con don Gonzalo en Tudela. «Como

infanzones, es nuestro deber cuidar por el bienestar del pueblo», recordaba haberle dicho a Gonzalo. «Supongo que algunos hombres se alzarían, si tuvieran una mano que los guiara y un cabecilla al que no le importara perder la cabeza, si el rey le pidiera cuentas», le había respondido el de Garés.

–¿Qué os pasa? –le preguntó Iñigo, cuando la comida terminó y todos se levantaron–. Habéis estado como ausente.

–Solo un poco de cansancio.

–¡Cómo! El gran don Miguel, ¿cansado? Ni siquiera habéis mirado a Laraine. Ni una sola vez –le dijo bajando la voz–. Y eso que el otro día me pareció que la observabais con más atención de la que habéis puesto nunca en dama alguna.

–Tengo cosas en las que pensar.

–¿Algo de lo que deba preocuparme? –insistió el Almoravid.

–Nada de lo que debáis preocuparos –«todavía», pensó.

Miguel no dijo nada más y salió a la calle. Necesitaba pensar. La orilla del río siempre había sido su lugar favorito.

Terrén tomó un buen trozo de carne de la bandeja que estaba encima de la mesa y se sentó a horcajadas en una banqueta de madera, al lado de María. El comedor estaba silencioso –don Yenegro y su hijo Álvaro casi nunca tenían nada que decirse y María evitaba la conversación–por lo que el ruido que hizo al masticar, se escuchó con claridad. El de Subiza elevó su mirada hacia el recién llegado.

–Dicen que Andrés, al que llaman *Conejo*, ha confesado ser el autor del asesinato de Miluce –declaró Terrén sin demasiada afectación.

–Solo a un loco se le ocurre regresar al lugar del crimen... para cometer otro crimen –declaró don Yenegro–. Y usar el hierro para marcarlo como «Reo», igual que al anterior asesinado.

Terrén enseñó su boca llena de comida, al soltar una carcajada.

–Dicen que vuestro amigo Miguel ha tenido mucho que ver en la detención del criminal –comentó, mirando a Álvaro–. Su curiosidad le llevó a Miluce poco después del asesinato. Fue entonces cuando encontraron al *Conejo*.

Álvaro se mordió los labios. Hacía mucho tiempo que no veía a Miguel. Ya no sabía si seguían siendo amigos o no.

–¡Vaya! Parece que a vuestra esposa, la mención de Miguel le hace más ilusión que a vos –dijo descaradamente Terrén, pasando la mano sobre el

rostro de la mujer.

Álvaro se levantó de manera brusca y Terrén se rio con fuerza. Una carcajada forzada, pero fuerte.

–¡Conteneos, Terrén! No seáis grosero con mi hijo.

La farsa de la voz de su padre irritó más a Álvaro, pero no dijo nada. María, sonrojada, escondió su cabeza cerca del plato y siguió comiendo, intentando fingir que no había pasado nada. Álvaro volvió a sentarse.

–Si yo fuera el tal *Conejo* –dijo don Yenegro volviendo al tema original– me buscaría un buen veneno con el que poner fin a mis tormentos. Quizá un clérigo, con el corazón de un buen samaritano pueda ayudarle.

–Sí –dijo Terrén cogiendo otro trozo de carne y levantándose–. Brindo para que ese santo padre aparezca pronto.

Miguel no podía dar crédito a las palabras de Gonzalo. Y, sin embargo, lo que decía debía ser cierto, porque nadie bromeaba con una noticia así. Andrés *el Conejo* había aparecido muerto en su celda aquella mañana. Llevaba encarcelado un mes largo, a falta de juicio.

–¿Muerte natural? –repitió Miguel, incrédulo.

Miguel había convencido a varios hombres para que se reunieran con él. Estaban en la sala principal de la morada que la familia materna de Gonzalo poseía en Obanos. Una casa solariega sita en el centro de la localidad, que pertenecía a su linaje desde cuatro generaciones atrás. Por un instante, el silencio se abrió hueco entre los presentes y perturbó su buen ánimo. Sin embargo, el infanzón se percató de que el proyecto que venía madurando durante los últimos días y que apoyaban quienes compartían mesa con él, era más necesario que nunca.

–El religioso que fue a confesar sus pecados presencié cómo moría presa de un ataque repentino, ante sus mismísimos ojos. Y en su celda no había nadie más –explicó el de Garés.

«Lo cual deja al cura como principal sospechoso», pensó Miguel.

–Este hecho solo confirma la necesidad de la existencia de una mesnada permanente –dijo Miguel, mirando a los once pares de ojos que lo acompañaban. Junto a él estaban Gonzalo Fernández y su hermano Sancho; por parte de los Almoravid, Fortún, Iñigo, García y Guillaumes; Lope Arcéz de Arce y su sobrino, Hernando; Arnaute Aldasoro; Miguel de Medina y Martín Azcona–. Un grupo de hombres que patrulle los caminos y que esté organizado

para cuando haya que actuar. Y no como ahora, que cada vez que alguno de los alcaldes tiene que investigar algo, debe buscar a los hombres para que le ayuden y pagarles.

Hubo una pausa y algunos gestos afirmativos se unieron en el silencio que siguió.

–¿Alguien ha interrogado al cura? –preguntó García.

–Los guardias dicen que al poco de entrar en la celda, el cura pidió auxilio. El cuerpo del *Conejo* no tenía signos de haber sido herido o golpeado.

–Al menos se sabrá el nombre del sacerdote que lo asistió –reclamó García.

–Damiano –intervino Gonzalo.

–Lo conozco. ¿Os sorprenderíais si os digo que es primo de don Yenego? –dijo Miguel.

–Entonces, ahí está la prueba –sentenció Lope Arcéz de Arce.

–Yo también lo conozco y es un buen hombre. En alguna ocasión ha reprendido a su primo en público. No creo que se prestara a un asesinato de esa forma –declaró Iñigo.

–Apostaría mi cabeza a que el tal Damiano mató al *Conejo* sin enterarse –dijo el de Grez.

Todos se echaron a reír.

–No os riáis –reclamó él–. Seguro que le llevó la comunión –dijo entre seguro e interrogativo, mirando a Gonzalo, que era el que tenía la información del suceso.

El rostro de este cambió lo justo para que todos aceptaran ese gesto como un sí.

–Y eso nos lleva de nuevo al nombre de don Yenego –atajó el de Grez, algo sulfurado.

–Tranquilizaos, sobrino –le recomendó Iñigo–. Todo llegará a su debido tiempo.

–Pero, entonces, ¿estáis todos de acuerdo? ¿Nos organizaremos para patrullar los caminos?

Esta vez todos asintieron. Los doce hombres ocupaban una mesa cuadrada de madera. Tres en cada uno de sus lados. Sobre la tabla descansaban dos objetos de la familia de don Gonzalo, como único ornamento. Se trataba de un ejemplar de la Biblia y una cruz patriarcal de doble travesaño. Allí se comprometieron por primera vez a unir sus esfuerzos y cooperar.

El golpeteo en la mesa, tímido al principio, grueso después, se escuchó en la pequeña sala con ímpetu. Cuando cesaron los vítores, brindaron con un buen vino, guardado con especial mimo para la ocasión. Y unas horas más tarde se encontraban aún celebrándolo en una taberna de Puente la Reina. Había buen humor entre ellos. Era una ocasión especial. Miguel, por fin, había encontrado un apoyo para frenar las atrocidades que don Yenegro estaba llevando a cabo; bien directamente, bien amparado en la sombra de una mano ejecutora a sus órdenes.

Como si el demonio lo hubiera mentado, la figura de don Yenegro apareció de repente en la puerta. Junto a él entraron Terrén y Álvaro. Don Iñigo le dio un codazo a García y le señaló hacia la entrada.

—Ponte al lado de Miguel —le pidió—. En esos momentos el infanzón quedaba de espaldas y todavía no se había percatado de la reciente aparición.

García hizo tal y como le había dicho su tío. Llegó a la altura de Miguel y le pasó un brazo por el hombro y le comentó algo gracioso al oído. Eso le permitió examinar su estado, con disimulo. No estaba borracho, pero había bebido lo suficiente como para aceptar cualquier reto que viniera de don Yenegro. Debía tener cuidado.

Poco tardó en darse cuenta de la llegada de los Martínez de Subiza. La mano de García en su pecho impidió que se moviera, pero la mirada que ambos se dirigieron, congeló el ambiente durante unos instantes.

—Es una pena que no exista una ley que permita castigar a los que osan rebelarse contra el estado natural de la sociedad —dijo don Yenegro, en clara alusión al medro que Miguel había hecho bajo la sombra de los Almoravid desde su posición de sirviente—, y también a aquellos que manchan su alta cuna con malas compañías.

—Deberíais medir vuestras palabras, don Yenegro —le atajó don Iñigo—. Últimamente, siempre que alguien pronuncia vuestro nombre, la palabra fuego anda cerca. Tened cuidado o algún día os acabaréis quemando vos.

—Os cobijáis —se dirigió a Miguel, haciendo que se notara el tono despectivo en sus comentarios— bajo la manta de los Almoravid, pero ni siquiera su mano llega tan lejos como para protegeros siempre.

Miguel dio un paso al frente apartando la mano de García que aún seguía en su pecho. Haciendo caso omiso de las palabras de su hermano de sangre «dejadlo, no merece la pena», se plantó delante de don Yenegro. Su mirada se cruzó con la de Álvaro durante lo que dura un parpadeo, antes de fijarla

definitivamente en el ricohombre.

–Olvidáis que ya no soy el chiquillo indefenso al que atosigabais hace unos años –clamó henchido de enfado.

–Deberíais mostrar más respeto a vuestro amo y ser más humilde, más si cabe cuando es vuestra hombría lo que está en boca de todos –atajó despectivo, intransigente, odioso.

–¿Qué insinuáis?

–No insinúo nada. Solo digo lo que se dice por ahí.

–¿Y qué se dice exactamente?

–Que no os habéis casado y que rechazáis a cuantas candidatas os proponen por falta de... vigor y porque os gustan más otro tipo de relaciones. ¡*Fududinculo*¹³! –le insultó desafiante. Su mano sobrevoló la empuñadura de su espada.

El cuerpo de Miguel se tensó y la ira rozó sus pómulos, tiñéndolos de rojo.

–¡Es suficiente por hoy! –don Iñigo reaccionó con rapidez, colocándose entre ambos–. Quizá preferáis disfrutar de un buen vino con vuestro hijo y vuestros hombres, en vez de continuar esta conversación –dijo encarándose al de Subiza.

La boca de don Yenegro esbozó una sonrisa de satisfacción.

–Tenemos una mesa reservada –alardeó, dando un paso atrás y escupiendo al suelo–. Por cierto, Miguel, vuestra madre se encuentra bastante indispuesta últimamente. Es una pena que esa orden directa del rey os impida acercaros a mi casa.

Miguel cerró su puño y le hubiera propinado un buen puñetazo de no ser por la intervención de su tío. García le echó la mano al hombro y lo sacó de allí entre empujones.

–Deberíais moderar vuestra lengua o algún día colgará de vuestra boca –le dijo don Iñigo al de Subiza antes de irse.

–Un esclavo como Miguel deshonra la mano que lo cobija. Algún día os daréis cuenta. Si necesitáis que un brazo justo y recto os libre de él y vosotros no tenéis las suficientes agallas, quizá tengáis que tocar mi puerta.

Don Iñigo se dirigió a la salida. Al pasar por delante de Álvaro le dio una pequeña palmadita en el hombro. El rostro del joven estaba contraído. Fue el único que no rio las últimas palabras de su padre antes de que el Almoravid llegara a la salida. Con el eco de las últimas carcajadas, Iñigo Almoravid cerró la puerta de la taberna.

Miguel estaba muy enfadado. De hecho, estaba tan furioso, que se encaró con su tío nada más poner un pie en la calle.

–¿Por qué me habéis detenido?

–¿Acaso pretendíais golpearlo en una taberna llena de testigos y rodeado de su propia gente?

–Me ha insultado.

–Tendríais mil declarantes contra diez de que no lo había hecho. Suerte tendréis que no os acuse de haber roto la imposición de no acercaros a él.

Miguel lo miró con enojo. Se montó en su caballo y salió a galope tendido. García fue detrás de él, pero su tío lo detuvo con el brazo.

–¡Dejadlo! Necesita estar solo. Don Yenegro lo ha humillado en público y nuestra presencia no hará sino aumentar su ofensa.

Las palabras de don Yenegro habían roto todo el buen hacer de aquel día. La alegría y satisfacción que le había dado el apoyo de aquellos hombres que lo acompañaban para hacer frente a don Yenegro, se habían quedado lejos, oscurecidas por las insinuaciones del de Subiza. Aquel encuentro le quemaba por dentro tanto, que sentía furia y deseos de venganza. Había sido deshonrado delante de los otros hombres de armas, de sus amigos y de Álvaro. Además, las palabras de don Yenegro sobre su madre añadían sufrimiento a su corazón. ¿Sería verdad que estaba enferma? ¿Y si se estaba muriendo? ¿Lo habría dicho solo para retarle a romper la orden de alejamiento y así tener una excusa para atacarlo? El viento le daba en la cara, mientras su caballo cabalgaba a galope tendido. Llegó a Pamplona cuando la mancha oscura del crepúsculo se insinuaba en el este.

–¿Qué hacéis aquí? –la risa contagiosa de García lo despertó de golpe. Eso y el puntapié que le dio en el trasero.

Miguel se incorporó despacio. Su cabello y sus ropas estaban llenas de paja.

–Tenéis un aspecto horrible.

–Supongo que sí –admitió, revolviendo su pelo para que se desprendieran las pajitas.

–¿Estáis bien? –le preguntó ya en tono más serio, removiendo los montones de paja que había alrededor del cuerpo de su hermano de sangre–. ¡Podéis salir! –dijo como si buscara a alguien.

–¿Qué se supone que estáis haciendo?

–Busco a la *dama* que os ha acompañado en vuestra velada –comentó con cierto tono de malicia.

–Buscáis en balde. Aunque sea otro duro golpe a mi orgullo, he de admitir que he dormido solo.

García lo miró, sonrió y continuó con el registro. Miguel se puso de pie. El enojo del día anterior se había mitigado un poco, después de pasar parte de la noche con Godina, en la posada de *Los Tres Caminos*. A media mañana se había marchado hacia la morada de los Almoravid. Sin saber muy bien la razón, se había dirigido al pajar en vez de a su cama. Quizá lo había hecho porque de pequeño era el único lugar donde se había sentido protegido, mientras había vivido bajo el techo de los Martínez de Subiza. O quizá porque don Yenegro le había recordado su origen humilde y su baja cuna; el hijo de un sirviente.

García cejó en su búsqueda.

–Esta búsqueda me ha dado hambre.

–¿Cuándo habéis llegado? –preguntó Miguel, cogiendo del hombro a su hermano.

–No hace mucho.

–¿Cómo sabíais que estaría aquí?

–Creo que os conozco mejor de lo que pensáis –le dijo, agarrándolo también del hombro y mirando de reojo hacia atrás, como si aún pensara que una mujer iba a aparecer de entre el heno.

–No debéis hacer caso a las palabras de don Yenegro. Solo pretendía heriros y vos no sois tan necio como para permitir que lo haga, ¿verdad? Además, todo lo que dijo no son más que sucias mentiras.

–Todo no. Tiene razón sobre mis orígenes. No solo es cierto que soy hijo de un sirviente, sino que soy hijo de un sirviente suyo. Y, aunque eso a mi padre nunca le ha importado, a mí me parece lo peor que a un hombre le puede pasar. García, ¿averiguaréis si es verdad lo que dijo sobre mi madre?

Su compañero afirmó varias veces con la cabeza.

–No os preocupéis. Lo haré.

Las gotas de lluvia resbalaban despacio por sus cabellos, mientras Terrén lo retaba cuatro pasos más adelante. El lacayo de don Yenegro parecía disfrutar del momento.

–Un paso más y me daréis la excusa perfecta para atravesaros con mi espada.

Miguel sospechaba que la aparición de Terrén no se debía al azar. Pero también podía haber sido solo mala suerte que sus caminos se encontraran en el peor de los momentos: justo cuando le quedaba tan poco para llegar hasta su madre. García le había confirmado lo que las palabras de don Yenegro habían descubierto en la taberna. Su *ama* estaba muy enferma. En la distancia reconoció el rostro de su *aita*. Era todo lo que podía hacer. Estar allí, apoyando, solo con su presencia. De buena gana habría dado ese paso al que le había retado Terrén, pero ¿de qué serviría? Morir allí tampoco le permitiría ver a su madre. Le había mentido a García, a quien había prometido que no intentaría verla. Se había escapado, como había hecho otras veces cuando era aún un niño, retando las órdenes de don Yenegro, pero hasta él sabía cuándo debía retirarse. Continuó allí un rato más. Solo le quedaba pensar que su padre le transmitiría a su madre que él estaba allí, en la distancia. Cuando el rostro de Juan desapareció, decidió regresar. Montó en su caballo. Lo intentaría otro día.

Pero no tuvo oportunidad. Seguía lloviendo cuando a media mañana, un mensajero preguntó por él. Bajó deprisa las escaleras. Un muchacho esperaba cabizbajo, como pidiendo perdón. Es lo que tiene ser el portador de malas noticias, que la ira del receptor puede dirigirse hacia el transmisor del mensaje.

–¿Sois don Miguel Juárez de Grez? –preguntó con cierto tartamudeo, aunque sabía con certeza que era él.

–Lo soy –afirmó con cierto recelo. Solo su padre lo seguía llamando Miguel Juárez, reivindicándolo como suyo. Los demás lo conocían como Miguel de Grez o Miguel el Almoravid.

Sin mirarle a la cara, el muchacho habló en tono quedo.

–Vuestro padre y don Álvaro me envían. Quieren comunicaros el fallecimiento de vuestra madre.

El tiempo se paralizó durante unos instantes para Miguel. Se sintió ajeno al mundo, flotando en el espacio. Su intento no había dado sus frutos. No había conseguido ver a su madre viva por última vez. Su mano se acercó al hombro del muchacho, quien dio un paso atrás, temeroso. El brazo de Miguel, más rápido, lo alcanzó frenando su retirada.

–¿Cuándo? –le preguntó.

–Anoche.

El infanzón cerró los ojos. No debía haber sido mucho después de su partida. Era como si su madre hubiera esperado hasta saber que él había ido a verla, para dejar este mundo. Se lamentó de aquella disputa lejana que tuvo con el de Subiza y que le había impedido despedirse de su madre.

–Gracias –le dijo al muchacho que aún esperaba–. Dile a mi padre que les acompaño en el dolor y dale las gracias a don Álvaro por enviarte.

–Mañana la enterrarán en Subiza. Vuestro padre me ha pedido que os diga que vuestra madre estaba orgullosa de vos.

Miguel asintió.

–Puedes irte.

El chico se perdió por la puerta principal, cuyo hueco derramó existencias grises sobre el alma de Miguel. La lluvia caía fina, repartiendo humedad sobre el piso. Cerró la puerta. Sabía que tampoco podría presenciar el entierro de su madre si se celebraba en Subiza. Don Yenegro no se lo permitiría y su padre así se lo había avisado, diciéndole que su madre estaba orgullosa de él. Juan no quería enterrar el mismo día a su madre y a su hijo mayor. Cabizbajo, comenzó a andar sin saber muy bien adónde ir, rumiando su pena. Abrió la puerta de la gran sala pero, al ver que estaba ocupada, se giró deprisa. Las mujeres conversaban en bajo mientras cosían y bordaban. Se disculpó tímidamente y se alejó en dirección contraria. Laraine, que lo había visto, dejó su labor encima del taburete y salió tras él.

–¡Don Miguel! –lo llamó con su acento característico–. ¿Os sucede algo?

Miguel se quedó parado. La última persona a la que quería mostrar su debilidad en aquellos momentos de zozobra era a Laraine.

–No –mintió–. No sabía que estuvierais en la sala –le dijo sin volverse–. Regresad a vuestras labores.

Sin hacer caso, la mujer se acercó y rodeó el cuerpo del infanzón hasta colocarse delante de él. Laraine vio pena y abatimiento en su rostro. Bajó la mirada y, muy despacio, alargó su mano hasta encontrar la de Miguel.

–¿Ha ocurrido alguna desgracia?

Miguel se conmovió ante la muestra de intuición de Laraine. Llevaba el rostro descubierto y su mirada clara y limpia reflejaba la sinceridad de sus palabras y el profundo interés que manifestaba. La confusión creció dentro del infanzón. Las mismas ganas de abrazarse a ella le hacían también querer apartarla de un empujón y alejarse de su presencia. Se decidió por algo

intermedio. Ninguna de las dos opciones hubiera sido apropiada.

–Me acaban de notificar la muerte de mi madre y... yo... –las palabras murieron en su boca mientras nacía una lágrima. Bajó la cabeza.

Laraine se llevó la mano derecha a la boca.

–Yo... –dio un paso hacia él–, no sabéis cuánto lo siento –puesto que doña Teresa estaba bien, dedujo que se estaba refiriendo a su madre biológica. Don Iñigo ya le había hablado algo de la adopción de Miguel. De su sincero afecto y empatía, brotaron lágrimas que resbalaron por sus mejillas.

Miguel elevó su mirada. Laraine era bella, pero había algo en ella que la hacía mucho más atractiva. Disimulando el temblor de su mano, Miguel acercó sus dedos hacia su rostro. Estaban muy cerca el uno del otro. Sus miradas, bálsamo en medio del dolor. Y fue como si el corazón de ambos latiera por primera vez, como si ambos músculos hubieran decidido palpar al unísono. Miguel acercó su rostro al de ella. Laraine esperó anhelante, temerosa de que, como otras veces, el de Grez mostrara su indiferencia. Pero no fue así. Cuando los labios cálidos de él rozaron los suyos explotó la felicidad dentro de ella y se dejó envolver por su abrazo cálido, compartiendo dolor, lágrimas y amor.

–¡Miguel! –la voz de don Iñigo rompió el hechizo.

Laraine se separó avergonzada, pero Miguel la retuvo entre sus brazos. Miró a su tío feliz, dolorido, atravesado por una gran pena pero, a la vez, agarrado a su tabla salvadora.

–¿Qué estáis haciendo?

–No la reprendáis a ella. Me acaban de comunicar el fallecimiento de mi madre y ella me ha mostrado sus condolencias. Yo... yo...

–No sigáis, por el amor de Dios. Si es así como agradecéis las muestras de condolencia, no sé si quiero ser yo el siguiente en ofrecéros las.

Laraine se tapó la boca con la mano para disimular la risa que las palabras de don Iñigo habían provocado. Incluso Miguel sonrió, agradecido por la forma en que su tío había distendido el ambiente.

–¿Podéis disculparnos un momento? –le dijo a Laraine–. He de hablar con mi sobrino.

Miguel retuvo unos instantes a la mujer por el brazo.

–Miguel –le reprendió su tío–, no voy a hacer nada que pueda perjudicar a Laraine.

El infanzón se mordió los labios y entrelazó sus dedos con los de ella antes de soltarla definitivamente.

–Gracias –le dijo en un susurro–. No os vayáis demasiado lejos.

El Almoravid esperó a que el sonido de la puerta de la gran sala le indicara que estaban solos. Entonces miró a su sobrino.

–Lo siento, de veras. Os acompaño en el sentimiento –le transmitió.

Miguel se dejó abrazar y permitió que el tiempo transcurriera. Era reconfortante no estar solo en momentos como ese.

–¿Cómo os encontráis?

–Confuso, triste, enojado y...

–¿Feliz?

–Culpable.

–Extraña esta vida que mezcla los peores momentos con los más dulces. Venid, paseemos.

El sirimiri había sustituido a la lluvia. García siempre se refería a él como calabobos. Tenía razón. Del sirimiri nunca te guarecías y acababas calado hasta los huesos. El cielo estaba gris. Con su tonalidad reivindicaba también la pena que él sentía dentro. Dejaron atrás la casa de los Almoravid y llegaron hasta la posada de *Los Tres Caminos*. Miguel se dejó invitar a un trago, aunque no sentía ganas de beber. Iñigo se sentó en un taburete.

–Por mi sobrino –dijo, elevando la copa hacia Miguel.

–Por mi tío –correspondió el más joven.

–Mi hermano y Roger estuvieron hablando el otro día sobre el futuro de Laraine. Es un poco mayor para Guillaumes, pero sería un buen matrimonio para ambas partes.

El cuerpo de Miguel se puso en tensión. Sin querer, colocó los puños sobre la mesa. Iñigo no pudo evitar una sonrisa.

–¿Eso dijeron? –preguntó anhelante.

–Sí, algo así. Aunque creo recordar que Roger parecía más interesado en otro pretendiente.

–¿Dijo su nombre?

Iñigo pudo palpar la tensión y la aflicción de su sobrino.

–Dejadme recordar –comentó, mientras la impaciencia devoraba las tripas del infanzón–. Nombró a un tal... Miguel.

En el rostro pálido y triste de Miguel brilló el inicio de una sonrisa.

–Creo que deberíais hablar con vuestro padre, antes de que Guillaumes se os adelante. Laraine no es una mujer ante la que uno se pueda quedar indiferente. Aunque llegamos a pensar que vos no habíais caído en sus

sortilegios.

–Estuvo a punto de conseguir que me mataran.

–Os amaba ya desde entonces. Si no, ¿por qué creéis que se han desviado tanto de su camino para retornar a Brindisi? ¿Solo para saludar a un viejo amigo? Desde el momento en que os vio, Laraine no ha apartado la mirada de vos.

–Exageráis.

–Pensad lo que queráis, pero habladlo con Fortún cuanto antes, si vuestras intenciones son nobles.

–Lo son –se apresuró a afirmar.

Regresaron despacio. El sirimiri seguía empapando el suelo de la ciudad.

–Quiero ir al entierro de mi madre –le confesó a Iñigo.

–No es prudente.

–Es mi madre. Vosotros habéis sido y sois mi familia y siempre os estaré muy agradecido por ello. Pero ella es mi madre. La mujer que me dio la vida, la que me alimentó y la que sufrió todos los arranques rebeldes de mi infancia.

–Os comprendo, pero don Yenegro no dejará que os acerquéis. Y si lo hacéis, lo usará como excusa para atacaros. Ya acabasteis una vez preso por ello.

Miguel se quedó pensativo durante unos instantes.

–No lo hará, si me acompañáis todos vosotros; los que hemos jurado defender los caminos.

Su tío sopesó su propuesta.

–Se podría hacer –concedió al final.

–Lo haremos –sentenció convencido.

–Dejadme consultarlo con ellos, aunque tenemos poco tiempo.

–El suficiente.

–A veces es peligroso que esa cabeza vuestra se ponga en funcionamiento.

La casa estaba silenciosa cuando llegaron, tocada por ese manto denso y espeso que la palabra muerte deja tras de sí. Las mujeres fueron las primeras en darle las condolencias, que él aceptó con gratitud, pues sabía eran sinceras. Roger se abrazó a él con fuerza, como solo un leal amigo acompaña en las desgracias. Miró a Laraine y su mirada le dio valor para sonreír a través de la pena.

–Fortún ha dicho que fuerais a verlo en cuanto regresarais –le dijo Teresa.

–Yo también quiero hablar con él –le confesó, mirando de reojo a Laraine.

Miguel tomó las manos de la madre de García entre las suyas y le dio las gracias. Cuando se retiró, don Iñigo salió detrás de él.

A Fortún nunca le habían importado ni la lluvia ni el barro, ni el frío ni el calor. Es más, disfrutaba como un chiquillo cuando se entrenaba en circunstancias adversas. Cuando Miguel llegó al patio trasero, los hombres cesaron su actividad. Uno a uno, empezando por García y Guillaumes, le demostraron su pesar. Don Fortún fue el último.

–Únete a nosotros –le dijo el cabeza de familia, arrojándole una espada.

–¿Ahora?

–¿Acaso va a hacer más liviana tu pena quedarte mirando cómo la lluvia humedece el suelo de Iruñea?

Miguel se unió al ejercicio, pero aquel día su cabeza estaba llena de otras cosas y más de una vez terminó en el suelo. Aquella tarde había un tormento peor que el propio dolor físico, una pesadumbre lastimera que laceraba su alma. Al final del entrenamiento, estaba enfadado consigo mismo. No se había podido concentrar en lo que hacía. Había fallado en innumerables ocasiones y lo que menos le apetecía era hablar de amor. Decidió que no pasaba nada por esperar y encontrar otro momento para tratar el tema de Laraine con don Fortún. Pero Iñigo, que lo conocía bien y vio su intención, decidió intervenir.

–Miguel quiere hablaros de un asunto privado –le dijo a su hermano, cuando este dio por concluido el ejercicio y todos estaban recogiendo las armas.

Don Fortún fue en busca de Miguel.

–Mi hermano dice que deseáis hablar conmigo –dijo, dirigiéndose al infanzón y tomándolo por el hombro–. ¿Tiene algo que ver con la muerte de vuestra madre?

–Lo cierto es que no, pero no es algo urgente...

–Un Almoravid no teme la muerte, pero la respeta –interrumpió Iñigo, pasando cerca de Miguel y susurrándole las palabras al oído–. Un Almoravid afronta las circunstancias favorables con humildad y las adversas con templanza. Un Almoravid reconoce cuándo está enamorado y lo clama a los cuatro vientos...

–Y un Almoravid siempre sabe cuándo está de más en un sitio –le dijo Miguel, bromeando también.

–¿Y bien? –pidió don Fortún, que se empezaba a impacientar.

Miguel tomó aire. No iba a ser aquella una prueba más difícil que otras

que implicaban fuerza y espada.

–Se trata de Laraine. Vería con buenos ojos que vos hablarais con Roger en mi favor. Me gustaría... desposarla.

La cara de don Fortún se tornó circunspecta. El barro que salpicaba su rostro y cabello aumentaba la sensación de gravedad y seriedad.

–Es mi deber comunicaros, Miguel –le manifestó– que el otro día, en una de las charlas que mantuve con Roger, el nombre de su hija estuvo bastante ligado al de mi hijo Guillaumes.

El de Grez respiró hondo. Las ropas empapadas acrecentaban el cansancio y el frío que sentía dentro, pero era un Almoravid. Así se lo había recordado su tío, justo antes de hablar con don Fortún. Ya había perdido a María, no estaba dispuesto a perder también a Laraine, ahora que había descubierto... descubierto, ¿qué exactamente? Había descubierto que la amaba y que su vida sin ella sería vacía y triste.

–Aunque me une a vos un afecto de hijo y a Guillaumes un aprecio de hermano, mis sentimientos por Laraine son tan fuertes como el roble del que el primero de los Arista¹⁴ mamó su fuerza. Y mi amor por ella es tan incipiente como poderoso. Estoy dispuesto a luchar por la dama, ya sea con mis puños o espada, pero no dejaré que nadie se interponga entre ella y yo...

Don Fortún se rio, rompiendo el instante glorioso del poeta que había surgido de pronto dentro de él. «¿De qué se ríe?», se preguntó Miguel. Sin querer, había elevado el habla en demasía, aunque no parecía haber nadie lo suficientemente cerca como para recoger sus palabras. Se miró por unos instantes en los ojos de su padre adoptivo. Su pelo chorreaba barro y agua y su rostro debía estar tan sucio como el que en esos momentos lo contemplaba.

–Lo cierto –don Fortún retomó la palabra después de dejar de reírse– es que vuestro nombre surgió muchas más veces unido al de ella, que el de mi hijo. Roger os tiene aprecio y si ha venido hasta Pamplona no ha sido solo para despedirse de vos, sino porque Laraine insistió en ello. Y una hija persistente puede mover una montaña. Os lo digo yo.

El cabeza de la familia Almoravid, sin previo aviso, lo abrazó.

–Ahora entiendo por qué siempre que os proponía el matrimonio con alguna dama de alta alcurnia, me dabais largas. Espero que esta unión no os aleje de Pamplona.

–Entonces, ¿hablaréis con Roger?

–Ahora mismo, si me soltáis y dejáis que me asee.

–Gracias, padre.

–De nada, hijo.

La noche no parecía tan negra, ni la oscuridad tan densa. Miguel fue el primero en llegar al salón pequeño, donde don Fortún lo había citado. Miró a través de la ventana con algo de nerviosismo, las manos a la espalda, la figura recta. Se había recortado la barba y se había peinado con esmero. Sus ojos castaños brillaban con intensidad. La puerta se abrió despacio. Al contrario de lo que pensaba, no fue su padre adoptivo, sino Laraine la que atravesó la puerta. Su cara se iluminó.

–Mi padre me ha dicho que viniera aquí.

–Don Fortún me ha avisado a mí.

Laraine apretó los labios un poco desconcertada, pero luego esbozó una amplia sonrisa.

–Vuestra presencia alegra mi corazón en este día tan triste para mí –le dijo él.

–Me alegra poder servirlos de consuelo.

Si algo le gustaba de Miguel, además de esos ojos que ahora la miraban con fuego, era que nunca hacía comentarios relacionados con su belleza. Estaba cansada de lisonjas y alabanzas fútiles, vanas, que solo buscaban el favor de su lecho y no la prestancia del amor.

El de Grez tomó las manos de Laraine entre las suyas. No le importaba que Roger y Fortún los encontraran así. Necesitaba beber del aliento que ella le ofrecía.

–¿Cómo está resultando vuestra estancia en Pamplona?

–Me tratan con deferencia, me cuidan con esmero...

–Sed sincera. Aquí no se escucha el susurro del mar bravío, ni las olas rompiendo salvajemente contra los acantilados.

–Pero hay otras cosas que suplen esa ausencia.

–¿Os acostumbraríais a vivir aquí?

Laraine bajó la cabeza. ¿Era esa una pregunta fortuita o tenía una intención? El ruido de la puerta le evitó tener que contestar. Don Fortún carraspeó y Miguel soltó las manos de Laraine, pero se mantuvo a su lado. Junto a él entró Roger. Miguel intentó interpretar, por la expresión de sus caras, qué habían hablado y cómo estaban las cosas, pero no pudo entrever demasiado. Estaba claro que ambos hombres estaban acostumbrados a

esconder emociones y estados de ánimo.

–Sentaos –les pidió el anfitrión.

Don Fortún trató el asunto con diligencia. Parecía acostumbrado a aquellos menesteres. La primera parte fue la más sencilla. «Miguel me ha solicitado que, en su nombre, os pida en matrimonio a vuestra hija». Roger miró a su hija, como pidiendo su beneplácito antes de contestar afirmativa, pero formalmente. «Es de nuestro mutuo interés», se limitó a decir. A Miguel le extrañó la frialdad de la respuesta, pero no dijo nada, limitándose a observar el sonrojo de la joven. A pesar de ello, Laraine se mantuvo en segundo plano.

La parte difícil vino después. Don Fortún y Roger se pusieron a concretar los pormenores. Miguel miraba de uno a otro, aturdido. Parecía que estuvieran en un mercado subastando género, en vez de estar hablando de ellos. Y encima estaban delante. Roger era un comerciante rico. Don Fortún había sido un milite de Sancho VI, y era un ricohombre digno de tener en cuenta. Ninguno de los dos carecía de inteligencia y arrojo. Las negociaciones fueron duras. Miguel sintió la necesidad de levantarse, pero sabía que no debía hacerlo. Así que se centró en contemplar a su amada. A falta de palabras –que ninguno de los dos creyó conveniente pronunciar mientras los dos titanes negociaban– las miradas lo dijeron todo entre ellos.

Cuando don Fortún y Roger de Salerno estrecharon sus manos, había pasado una hora larga de negociaciones. Los dos se levantaron y se dirigieron hacia los novios, dándoles la enhorabuena. La frialdad que había achacado Miguel a Roger al entrar en la sala se había disipado hasta desaparecer. El padre de Laraine lo abrazó y le sonrió con franqueza.

–Te llevas la mejor flor de Sicilia –le dijo.

–La cuidaré como merece.

Luego se dirigió a su hija. Había lágrimas en los ojos de los dos.

Cabargar de noche no le daba miedo. Muy al contrario, se encontraba a gusto entre las sombras y la oscuridad. Había crecido lo bastante para que su figura inspirara temor y manejaba con suficiente destreza la espada y la maza como para salir airoso de cualquier pequeño desafío. Era cierto que los caminos se habían vuelto algo peligrosos en los últimos meses, pero él contaba con un salvoconducto especial y el premio compensaba con creces el riesgo que estaba corriendo.

Don Miguel nunca le había gustado, jamás había sentido un vínculo

especial con él y no soportaba la preferencia que siempre mostraba hacia Jaime. Aquel infanzón era engreído. Y la mayoría de la gente le profesaba una admiración inversamente proporcional a la repulsión que él sentía hacia su persona. No había tenido ocasión de pasar largos ratos con su padre, pero una de las pocas cosas aprendidas de él, era a desconfiar de aquellos que son adulados en extremo, sin ser merecedores de tales lisonjas. Además, la participación de Miguel en el asesinato de su progenitor había sido confirmada. Terrén se lo había aclarado gustoso aquella noche en la que ambos coincidieron en una taberna de la ciudad y a la que el de Aliseda había ido a escondidas de los Almoravid. Y Pere quería venganza.

Terrén le abrió la puerta somnoliento, pero con la misma determinación con que su mano empuñaba un largo puñal. Pere sonrió.

–¿Es así como recibís a un amigo?

–Sabéis de sobra que yo no tengo amigos –contestó el lacayo del de Subiza, bajando su arma y dándole paso.

–¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

–Vuestros vigilantes no valen lo que caga el peor de vuestros caballos.

–En cuanto don Yenegro se entere, hará colgar al maldito que hoy estaba de vigía.

–¿Por qué molestar a vuestro amo, cuando podéis sacar buena ventaja de su relajamiento?

–Eso me ha gustado siempre de ti, pequeño canalla, que sabes pensar. La noche que nos vimos, en aquella taberna del burgo de San Cernin... le echaste agallas. Al principio pensaba que renegabas del de Grez solo por salvar tu trasero, pero has demostrado que tus palabras eran sentidas.

Terrén encendió un par de velas cuya luz oscilante incitó a bailar a los muertos. Con un gesto de su mano invitó al recién llegado a sentarse. Pere había corrido un gran riesgo al aventurarse de noche hasta Subiza, pero Terrén no lo admiraba por eso. Ni por el claro desprecio que había manifestado por los Almoravid la primera vez que se vieron. A Terrén no le gustaban los traidores, aquellos que cambiaban de blasón según les convenía. Era cierto que a él mismo no le importaba hacer algún trabajo para otros señores, cuando la posibilidad de hacerse con unos buenos dineros se le había presentado en bandeja, pero se mantenía siempre leal al de Subiza. Sin embargo, Pere destilaba odio hacia Miguel por todos los poros de su cuerpo y desde un principio se había mostrado dispuesto a venderlo por unas monedas. El olfato

de Terrén, entrenado al efecto, enseguida había captado la esencia del juego que Pere se traía entre manos. Y desde el primer instante supo que ese rencor podía jugar a su favor. Ya había sido así una vez. Don Yenegro se había mostrado satisfecho, al enterarse que había cortado el acceso de Miguel para que este no pudiera ver a su madre antes de morir, tras avisarle Pere de la presencia de su señor en tierras de Subiza. Y esperaba que, esta vez, la llegada del escudero del de Grez le reportara el mismo beneficio ante don Yenegro, en detrimento de Álvaro.

–¿Y bien? –le invitó Terrén.

–Esta vez quiero una moneda más. Es mucho lo que he arriesgado al venir hasta aquí de madrugada.

–Sabes que serás recompensado según la relevancia de tu información.

Pere se lo pensó un poco.

–Mi señor piensa venir al entierro de su madre, aunque su padre y el sentido común le recomienden lo contrario.

Terrén sacó un pellejo de vino y llenó dos vasos de madera, aprovechando el movimiento de su cabeza para ocultar la satisfacción que esas palabras le producían.

–¿Es seguro?

–Sí. No tardará mucho en ponerse en marcha.

–¿Y tú? ¿No te echará en falta cuando vaya a partir?

–Ayer fingí estar enfermo. Nadie se acordará de mí.

Terrén esbozó una sonrisa.

–¿Merece o no merece una recompensa esta valiosa información?

–Te daré lo que mereces, pero necesitaré de tu colaboración en algunos asuntos –dijo sin concretar nada–. Si te diriges bien, obtendrás ciertas ganancias... adicionales –añadió estimulando el aire de codicia que envolvía la figura del joven que tenía delante.

Pere era un muchacho deseoso de medrar. Pero no lo quería hacer bajo la autoridad impuesta del de Grez. Cuando fuera armado caballero, regresaría a Aliseda, mataría a Domingo y serviría al mejor señor en cada momento –es decir, el que mejor pagara– sin importarle bajo qué bandera luchara.

–Siempre hay tiempo para los buenos negocios –dijo con interés.

–Brindemos, pues, por ellos.

Hacía frío y las últimas horas de la noche se consumían entre las antorchas que portaban sus compañeros. Miguel iba serio, abatido por una extraña

sensación de soledad y de vacío. Avanzaban a buen paso por los caminos que ellos mismos habían prometido proteger. El amanecer no tardaría en despuntar. Poco después, el perfil de Subiza apareció bajo la luz blancuzca de los primeros rayos de sol. El pulso del de Grez tembló imperceptiblemente sobre las riendas de su caballo. Era raro pensar que su madre estaba muerta y que, en poco tiempo, su cuerpo se fundiría con la tierra misma. Miguel se detuvo. El resto del camino debería hacerlo a pie.

–¡Jaime! –llamó.

El muchacho parecía distraído. «Sueño», dedujo Miguel. Pero era otra cosa lo que el joven traía en la mente. Cavilaba sobre Pere. No es que sintiera especial aprecio por su compañero, pero Jaime tenía buen corazón. Antes de partir había ido a ver cómo estaba el escudero. La noche anterior había manifestado que se encontraba indispuerto. Y no solo no lo había hallado en su cama, sino que había encontrado un fardo de ropa con la forma de un cuerpo en su lugar. Muestra indiscutible de que quería que todos pensaran que se encontraba allí y de que, por tanto, tramaba algo. Y ese algo no podía ser nada bueno, tratándose de Pere. Durante todo el camino había estado dándole vueltas a la idea de si debía o no comentárselo a su señor. Al final, había decidido guardar silencio. No están bien vistos los chivatos entre los miembros de la caballería. Y quizá solo se tratara de un asunto amoroso. Pero aún así, no podía dejar de preguntarse qué tramaría el forastero.

Miguel se dirigió al cementerio. Los que lo acompañaban permanecieron a cierta distancia, vigilando el espacio para que la presencia de su compañero no fuera perturbada. No tardó en aparecer el primer brillo de espada, abriéndose paso a través del oscuro de una capa. El sonido metálico detuvo en seco el paso del infanzón.

–No vengo a luchar, sino a despedir a mi madre –le dijo a Terrén, mostrando sus manos despegadas de su cuerpo a todos los que lo acompañaban.

–No podéis estar aquí. Si no os vais por las buenas, las armas obligarán a vuestros pies a emprender el camino de regreso –contestó Terrén, al abrigo de varios de sus hombres.

–Solo he venido a sepultar a mi madre. Y, como veis, no porto espada.

–La ley no os permite estar aquí.

–La ley no me permite estar a menos de cien pasos de don Yenegro y a él no lo veo.

–Ni de don Yenegro, ni de su casa –respondió Terrén, moviendo cuerpo y espada hacia él.

–No vengo a perturbar la paz del señor de Subiza.

–Ya lo habéis hecho.

Los que habían acompañado a Miguel fueron acercándose, despacio. Pronto, dos arcos de hombres se formaron a las espaldas de Terrén y de Miguel. La tensión crecía por momentos. Las espadas rozaban ya la rosada de la aurora. La lógica aconsejaba la retirada, pero los sentimientos entienden poco de razones y Miguel no tenía intención de ceder. Miró hacia atrás, sabiendo sus espaldas cubiertas. Todos asintieron a su mirada. Poco a poco, el infanzón se retiró hacia la retaguardia, marcada por los hombres con los que ahora formaba una mesnada. En cuanto se acercó a su línea, los otros tomaron el relevo. Aprovechando el tumulto y los primeros choques de armas, Miguel corrió hacia el cementerio. Ni la carrera rápida de Terrén pudo alcanzarlo, al ser frenado aquel por la espada del propio don Fortún.

La paz quebrada del improvisado campo de batalla quedaba lejos en aquel pequeño cementerio, en el que el despertar del día despedía silencioso a su *amatxo*. Apenas tres siluetas se elevaban del suelo junto al enterrador viejo y enclenque, que con cada palada arrancaba heridas lastimeras del suelo. Miguel no supo descifrar lo que la mirada de su padre dijo al encontrarse con la suya. Pero, *aún* así, se acercó a Juan. Sus hermanos, Teresa y Bartolomé, lo observaron con extrañeza, convertido ya en un desconocido para ellos. Apenas recordaba haber intercambiado un par de palabras con ellos durante los últimos cinco años. Estaban delgados y sus rostros expresaban la congoja que seguramente presidía su alma en esos delicados momentos. El cuerpo de su madre descansaba a sus pies, escondido en blanca mortaja. Miguel se arrodilló junto a ella. El sonido de la pala al chocar con las piedras escribía el paso del tiempo hacia un final consabido. La cara de su madre estaba seria, enjuta, pero había algo en sus ojos cerrados que le transmitió serenidad. Juan la cubrió entonces con mano trémula y sus rasgos se ocultaron ante su vista. Miguel agachó la cabeza hacia ese rostro de madre que muy pronto desaparecería para siempre, intentando dominar las lágrimas que sus ojos querían verter. Apretó los puños. Alguien se agachó a su lado. Volvió la cabeza lo justo, pensando que se trataría de alguno de sus hermanos, pero fue el rostro de Álvaro el que se dibujó junto a él.

–En cierto modo –dijo con calma–, ella también fue mi madre.

Álvaro tenía razón. Guiomar lo había alimentado en sus primeros años de vida. Fue su nodriza. La única madre que conoció. Y Miguel sabía que aquella mujer había sentido un cariño especial por el niño enfermizo y frágil al que nadie parecía importar. Los dos amigos de la niñez se miraron sin decirse nada más.

El agujero esperaba. Miguel y Álvaro tomaron con cuidado el cuerpo frágil de Guiomar y lo devolvieron a la tierra. El de Grez tomó un puñado del suelo y lo dejó caer despacio sobre el cuerpo de su madre. Aquel sonido suave desgarró sus entrañas durante un instante. María apareció detrás de él, acompañando en silencio aquel íntimo entierro. Don Yenegro no había permitido que ningún sirviente de su casa, ni vecino alguno de Subiza, dejase el desempeño de sus tareas por la asistencia al entierro. Tras el responso, el cura se retiró sin hablar con la familia.

–Debéis iros –le dijo Álvaro.

Miguel lo sabía, pero no quería dejar aquel momento, el único que le ataba ya a su madre. Sabía que en cuanto se marchara de Subiza, la vida no volvería a ser la misma. Saludó a su padre y a sus hermanos con un abrazo y miró en la distancia a María, que aguardaba en silencio, siendo consciente de la separación que el tiempo puede poner entre dos personas. María tenía la cara llena de lágrimas y guardaba un respetuoso silencio. Un primer impulso le llevó a Miguel a saludarla, pero lo reprimió bajando la cabeza. Tenía que irse, pero necesitaba que el tiempo se detuviera. Sin esperárselo, se encontró con el abrazo de Álvaro.

–Lo siento mucho –le dijo. Había sinceridad en sus palabras. Miguel asintió varias veces–. Mi padre vendrá en cualquier momento. Terrén no ha conseguido echar a vuestros hombres.

No son mis hombres, fue a decir Miguel, tan solo son mis hermanos, pero se calló. Apretó el paso, tomó un puñado de tierra de la tumba de su madre y se alejó corriendo. La apretó en uno de sus bolsillos y gritó con furia, echándose a correr. Jaime le lanzó su espada y al grito de Almoravid, entró en combate. Aún tuvo tiempo de esgrimir varios mandobles antes de que don Fortún llamara a sus hombres y se batieran en retirada. Fue justo en ese instante cuando don Yenegro llegó al lugar. Estaba a menos de cien pies, furioso, iracundo. La mirada que le lanzó a Miguel fue de muerte.

La cólera moraba en los ojos de don Yenegro. Cabizbajos, los hombres

esperaban escapar a las iras de su amo. Pero ni siquiera Terrén evitó aquella mañana la furia desatada del de Subiza. Y eso le dolió más que la herida recibida en su brazo izquierdo, durante el pequeño escarceo. Herida, por otro lado, que no le sirvió para escaparse del látigo castigador que con tanta habilidad manejaba el señor de aquellas tierras.

El látigo habló cinco veces y las carnes de la espalda del lacayo se abrieron mostrando un pequeño río de sangre. Amo y señor se miraron cuando el cuerpo de Terrén cayó sobre el heno después del castigo. «Es por tu bien», parecía decir don Yenegro. «Todo esto lo soporto por el premio que vendrá dentro de unos años, cuando vos estéis muerto», pensaba Terrén.

–Que os traten vuestras heridas. Y después, presentaos ante mí.

A Terrén le gustaba la sensación de poder que notaba cuando estaba en compañía de la esposa de don Álvaro. O quizá fuera solo el miedo que traslucían esos ojos grandes cuando la tenía cerca. Le gustaba perturbarla con indirectas y miradas que no deberían dirigirse a la señora de la casa. Con ingenuidad fingida, rozó el brazo desnudo de la mujer que curaba su herida. No era su tarea, pero al menos había conseguido esa gracia de don Yenegro, quien parecía disfrutar alimentando los celos de su hijo.

–Sois muy bella –le dijo en un susurro. A lo que ella se apartó hacia atrás, conteniendo una arcada. Pero la mano firme del soldado la agarró con fuerza, acercándola hasta su pecho. Era comprensible que Álvaro y Miguel se hubieran distanciado por esa mujer. Un trofeo que merecía la pena poseer.

–Es impropio de un caballero comportarse como lo hacéis vos.

–¿Y cómo, según vos, debe conducirse un caballero? ¿Acaso vos conocéis a muchos?

–¿Cómo os atrevéis...?

Terrén sonrió, acercándola más hacia él.

–¿Esperáis, acaso, la ayuda de don Yenegro? ¿Y qué me decís de vuestro esposo? Es un cobarde.

–Álvaro no es un cobarde.

–Está bien que defendáis a vuestro esposo, pero no merece la pena mentir por él.

Terrén la miró con fijeza y sonrió con lascivia mientras le acariciaba un pecho.

–¿O es que esperáis que sea Miguel el que venga a rescataros?

La cara de María se encendió de cólera y miedo. Aquel hombre era

horrible, como todos los que rodeaban a don Yenegro. ¿Es que nunca se acabaría aquello?

–Tratad mis heridas de una vez. Lo hacéis muy bien. A cambio seré agradecido. Cuando esta noche disfrute de una de las rameras de Pamplona, prometo acordarme de vos.

Álvaro seguía en el cementerio, solo. Una sensación amarga y triste atravesaba su corazón. Acababan de enterrar a Guiomar y cientos de recuerdos dormidos despertaron a la vez dentro de su cabeza. Aquellos ratos pasados junto a Miguel, dolían por lo lejanos y perdidos. Y dolían más porque habían sido hermosos, gloriosos, eternos y porque ahora aquellos amigos de la infancia se habían convertido en dos extraños. Cada uno en un bando, cada uno en una línea diferente.

María le esperó en el umbral de la entrada. Álvaro no se dio cuenta del temblor de sus manos y de su barbilla; ni del miedo profundo, claramente escrito en sus pupilas.

–Vuestro padre está furioso –le dijo con voz trémula.

«¿Acaso no lo está siempre?», pensó Álvaro.

–Esta vez lo ha pagado Terrén. Y... –María cortó su frase. ¿Qué era lo que pretendía? ¿Acaso Álvaro entendería la agresión de la que había sido objeto? ¿Acaso la comprendería y la mecería en sus brazos diciéndole: «Tranquila, todo va ir bien. Yo estoy aquí, a tu lado».

Su esposo la miró. Había cansancio en sus ojos. Estaba claro que no veía lo que ella le quería mostrar. Estaba sola. Vivía en la más absoluta soledad. «Si fuera hombre... –pensó– yo misma acabaría con la vida de don Yenegro». Aquel pensamiento, perturbador e intenso, tiñó de encarnado sus mejillas.

«Ese mal nacido de Terrén tiene lo que se merece», pensó Álvaro, mientras con un gesto le indicaba a su esposa que pasara dentro.

–Entremos –le dijo–. Nuestro hijo necesitará de vuestros cuidados.

María, molesta, se dirigió a sus aposentos, donde aguardaban su hijo y Blasquita. El silencio era absoluto en la estancia, como si el niño hubiera comprendido que no era el momento adecuado para molestar. La mujer se dirigió hacia la ventana, observando el lugar por el que Miguel y los suyos habían abandonado Subiza. Por un instante fantaseó pensando en cómo hubiera sido su vida de haberse casado con él. No es que los Almoravid fueran unos santos. Ellos también cometían atropellos, pero, al menos, parecían tener un

poco de corazón y, sobre todo, cuidaban de la familia.

Sin querer, las lágrimas brotaron de sus ojos y escaparon como un río desbordado hacia su garganta. Se sentó entre su hijo y Blasquita, con las manos en su regazo, vacía de todo entusiasmo o alegría. Notó un pequeño roce en su mano. ¿Había movido Blasquita su mano para consolarla? Cuando giró su cabeza hacia la mujer, el contacto había desaparecido y el cuerpo de aquella, a quien consideraba su hermana, estaba estático. Martín, que ya había cumplido dos años, se movió hacia ella y se apoyó en su regazo. Con su pequeña manita le acarició el pelo. María le sonrió.

Don Yenegro irrumpió en la sala donde lo esperaba Terrén. Lo observó para comprobar su estado, antes de proceder a entablar conversación con él. Los latigazos proferidos habían sido necesarios. De vez en cuando había que recordar a todos cómo se tenían que hacer las cosas en casa de los Martínez de Subiza. Y que no hacerlo tenía consecuencias para todos. Incluso para Terrén, al que todos consideraban el favorito del señor de aquellas tierras. Y al propio Terrén le vendría bien que se le bajaran un poco los humos.

—Sentaos —le participó don Yenegro.

Terrén tomó asiento, pero se guardó muy bien de apoyar su espalda.

—¿Cómo van vuestras heridas? —se interesó el de Subiza.

—Sanarán —le contestó, sin darle demasiada importancia—. Los cuidados especiales de María siempre ayudan.

—Hacedme el favor de ser discreto. No quiero un enfrentamiento entre vos y mi hijo.

Terrén sonrió ante el comentario y eso arrancó también la sonrisa de don Yenegro.

—Y decidme —inquirió el lacayo—, ¿para qué me habéis hecho llamar?

—Los Almoravid se han vuelto pretenciosos. Hay que pararles los pies —los dos hombres se miraron, sin apartar la vista—. Quiero mandarles un mensaje. Un mensaje claro. Había pensado en elevar una queja al rey, pero Miguel porta ese maldito anillo que el propio rey puso en su dedo y bien pudiera ser que don Sancho diera la cara por él. Además, eso se demoraría demasiado y esa mesnada detrás de la que se dice anda ese cretino, seguiría teniendo carta blanca. Lo que quiero es algo más rápido —siguió hablando el de Subiza. Pero esta vez sacó una bolsa llena de dinero que colocó al lado de Terrén—. Quiero que preparéis un escarmiento. Y no escatiméis en medios, pero sed discreto —

prosiguió, acercando más la bolsa hacia el otro.

Terrén se inclinó hacia esa bolsa llena de monedas y la abrió.

—¿Entendéis lo que os digo?

El joven hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Sabía lo que quería su mentor. Quería venganza. Una venganza clara y firme, pero que no dejara huellas. Y Terrén estaba dispuesto a proporcionársela. Y solo por una única razón. Si jugaba bien sus cartas, don Yenegro conseguiría lo que quería, pero él también alcanzaría lo que tanto anhelaba. Se quitaría de en medio a Álvaro. Era lo único que se interponía entre él y la heredad del de Subiza.

No le gustaban los Almoravid. Y no por las mismas razones que a don Yenegro. Terrén odiaba la ascendencia que don Fortún parecía tener sobre el rey, a pesar de que su padre —de nombre García— había sido un traidor respecto a sus lealtades: había servido a las órdenes de Sancho III de Castilla y del conde Ramón Berenguer IV, y había muerto teniendo como señor al rey de Aragón. Odiaba de igual modo la prepotencia con que siempre parecían conducirse todos ellos. Especialmente Miguel, un siervo, hijo de siervo, al que algún día él pondría en su sitio. Y ese día, presentía, se hallaba cercano. La nobleza no podía permitirse ese tipo de intrusismo, pensaba. Y en eso coincidía con el señor de Subiza.

Desde la distancia contempló el movimiento de la pequeña tropa Almoravid. Terrén se había colgado de la silla una manta blanca. Era su forma de avisar a Pere de que quería hablar con él. Hincó sus estribos en el viejo caballo que montaba y se dirigió a su encuentro. Vestido de caminante, oculto bajo su ancha capucha, despojado de sus atributos de caballero —salvo por la espada que llevaba camuflada en su alforja— y de cualquier otro elemento que pudiera identificarlo con los Martínez de Subiza, atravesó la hilera de soldados Almoravid que regresaba a su hogar. Saludó con cortesía, pero sin ánimo de entablar conversación alguna. La voz de Miguel llegó a sus oídos, revolviéndole el estómago, pero ocultó el odio que le producía mirando hacia otro lado. Pere viajaba justo detrás de él. Terrén lo vio enseguida y, con disimulo, hizo girar a su caballo. Las rodillas de ambos chocaron.

—Disculpadme, buen escudero —dijo.

Pere escondió una sonrisa.

—¡Viejo! ¡Cuidad vuestro camino!

Los otros escuderos se rieron.

Pronto se olvidó aquel pequeño incidente que para algunos incluso había pasado desapercibido, pero que en Pere plantó un gusanillo en su estómago; mitad nerviosismo, mitad anticipación. Casi deseó que se hiciera de noche para encontrarse con Terrén.

La luz del interior de *Los Tres Caminos* invitaba a la intimidad. Godina se paseaba entre las mesas con jarras de vino muy frías contoneando sus caderas, con esa sonrisa tan típica suya que atraía miradas y despertaba deseos. Miró hacia la puerta cuando esta se abrió, tenebrosa de noche. Le gustaba echar un primer vistazo a los clientes. Su intuición raramente le fallaba. Deducir sus intenciones, sus anhelos, incluso sus pensamientos, era una de sus diversiones favoritas. Cuando el cliente entró, la chica torció la boca. Un joven solo, que miraba a ambos lados al entrar y no a la barra, siempre buscaba a alguien y siempre traía problemas. Ese pensamiento le hizo fijarse más en él. Le pareció reconocerlo. No recordaba su nombre, no era muy buena para eso, pero jamás olvidaba una cara. Y al recién llegado lo había visto en bastantes ocasiones acompañando a Miguel. Nunca en *Los Tres Caminos* –lo cual significaba que Miguel no confiaba mucho en él–, pero sí en otros lugares, con el resto de los Almoravid.

El recién llegado se sentó en la única mesa que quedaba libre. Volvió a mirar alrededor.

–¿Vino? –le preguntó Godina, rozando a propósito su cuerpo con el hombro de él.

Pere se palpó la bolsa atada al cinto. Tenía dinero para pagar alguna ronda, aunque esperaba no tener que hacerlo.

–Un vaso –le contestó algo inquieto, colocando sus brazos sobre la mesa.

«Este no viene aquí buscando lecho», pensó Godina al ver el distraimiento de sus ojos, su no posarlos sobre ella. La chica se alejó, reclamada por otros clientes. Aquella noche la taberna estaba llena. Y casi todos los presentes eran hombres de paso, viajeros, comerciantes menores, tramperos y jugadores.

Terrén no tardó en aparecer, aunque no fue demasiado fácil deducir que era él, ya que se había afanado en ocultarse tras un disfraz de campesino. Hasta el propio Pere estuvo a punto de despacharlo la primera vez que le dio un codazo y lo llamó por su nombre. Terrén se comportó como un alma alegre, un borracho que llamaba la atención de clientes y chicas y que gastaba dinero. Y este último detalle siempre atrae a numerosos amigos. Pere estaba algo

disgustado. No era así como había previsto tener un encuentro con Terrén. El asunto era demasiado serio para tomárselo a risa. Pero Terrén estaba dentro de su papel y se lo tomaba más en serio de lo que su compinche creía. «¡Insensato! –le recriminó Terrén–. Si alguien se da cuenta de que un Martínez de Subiza y un Almoravid andan juntos, mañana, tú y yo seremos historia». Tenía razón y Pere lo sabía, pero seguía sin gustarle.

Godina observó al nuevo cliente. Había algo en él que no encajaba, si bien no sabía lo qué era. Desinhibido sí, pero un poco ¿forzado? Le palmeó el trasero pidiendo una jarra de vino en voz alta, mientras repartía a la vez una invitación para los que tenía cerca. Pronto se hizo un gran corro. Pere intentó acercarse. No era demasiado paciente. Entre copa y copa, chiste y canción, Terrén le fue dando trozos de instrucciones.

Pere salió algo aturdido de *Los Tres Caminos*. Se había formado un poco de alboroto. Le dolía la cabeza. Según le había dicho Terrén, debía informarle de la próxima vez que los Almoravid hicieran alguna de sus salidas familiares. No de esas de soldados, sino de aquellas a las que acuden también las damas. Además, debía contratar unos mercenarios, para darles un buen susto, con el dinero que dentro de dos días le llevaría a las ruinas de un monasterio al norte de Pamplona. A Pere no le hizo ninguna gracia escuchar de su voz que debería disfrazarse de ermitaño para recoger el dinero. Pero nada se atrevió a comentar. Parecía que Terrén lo tenía todo organizado.

A Terrén le fue relativamente fácil convencer a Álvaro para que llevara la bolsa de dinero. Al pensar en lo inocente que era, sonrió. «Ese sensiblero, blando, de buen corazón... no es más que un imbécil. Daría mi mano izquierda por observar la cara de Pere cuando vea al mismísimo hijo de don Yeneo entregarle la bolsa con el dinero». No había tenido que insistir mucho. Ya por la mañana había fingido una espectacular caída del caballo.

–Vuestro padre tiene mucho interés en refundar el monasterio. Ya lo tiene apalabrado con el arcediano –le dijo, tejiendo así la tela de araña en la que debía caer Álvaro–. Me había encargado que le llevara esto, pero el golpe de esta mañana me hace imposible cabalgar.

–Mandad a uno de los sirvientes –le había dicho en principio Álvaro.

–¿Con esta suma de dinero? –le había preguntado en tono bajo y confidencial–. ¿En quién creéis que debo confiar todas estas monedas? ¿En Palotes, el harinero? ¿En Paulo, el carnicero? No estáis en vuestros cabales.

Incluso si lo dejáramos en las manos de Juan, a quien vos tenéis en alta estima y consideración, ¿cómo creéis que lo defendería de asaltantes y ladrones? ¿Acaso queréis que llamemos a uno de esos soldados que rondan los caminos, en los que vuestro padre tanto confía, para que escolte a uno de nuestros sirvientes? Además, vuestro padre quiere que esta donación quede en secreto.

No hizo falta mencionar ninguna otra palabra de más. Álvaro, aunque de mala gana, accedió.

Para Pere fue mucho más difícil encajar aquella jornada. Escaparse de las tareas Almoravid era complicado, cuando no imposible. Había tenido que acudir a una curandera de mala reputación para que le diera unas hierbas y poder fingir una enfermedad. Solo que en esos momentos, camino ya de las ruinas de la pequeña ermita y después de haber dejado un bulto en su cama que hacía las veces de su cuerpo, se sentía realmente mal. Tenía retortijones en el estómago y la cabeza le daba vueltas. Se abrigó con el manto que llevaba. El frío exterior y el malestar interior le hacían tiritar. Llegó antes de la hora señalada al lugar. Se cambió de ropa con mano temblorosa. Su cuerpo desnudo se encogió y una arcada subió hasta su garganta. Se puso las ropas de asceta, escogidas concienzudamente, y que apenas daban para cubrir su tronco, y se manchó la cara de barro, tal y como le había pedido Terrén, aunque no entendía la razón. Por último, se colocó la capa raída que olía a excremento de vaca. Reprimiendo una nueva arcada se colocó la capucha. Pudo más el frío que la repugnancia que sentía. Ahora solo faltaba esperar. Para matar el tiempo y sacar el frío se puso a caminar por los alrededores. Pronto dispondría de una cantidad importante de dinero, se dijo, y eso animó su espíritu. Terrén le daría una bolsa llena de monedas. Con eso pagaría a unos cuantos mercenarios y habría una buena suma también para él. En eso estaba pensando cuando a lo lejos vio una figura acercarse. Terrén llegaba por fin.

Álvaro se acercó a buen paso. Su caballo trotaba con soltura. Tenía ganas de terminar aquel encargo. En su fuero interno algo le decía que sospechara de aquella misión que Terrén, en nombre de don Yenegro, le había encomendado. Era una voz lejana que no llegó a escuchar bien; una voz que le decía que su padre nunca hacía donaciones como aquellas, sin pregonarlas a los cuatro vientos. Siempre se aseguraba de que todos estuvieran al corriente y le recordaran por su generosidad. Pero Álvaro no escuchó esa voz, porque lo que más ansiaba en la vida era contentar a su padre y recibir una palabra de reconocimiento sincero. Algo que nunca había obtenido y que desde niño lo

había torturado. Así que, a pesar de la mañana gélida y de lo inusual de la situación, se apresuró a llevar a cabo su cometido.

El joven desmontó y saludó con un suave «¡Buenos días!». El lugar estaba en ruinas, solo unas cuantas piedras de una de las paredes permanecían en pie y estas no llegaban ni a la cintura de un hombre bajo. «¿Por qué querrá mi padre levantar otra vez este sitio?», preguntó su lado más lógico. Pronto, la aparición de un monje al otro lado de la pared, distrajo su pensamiento.

Pere se quedó petrificado. ¿Qué jugarreta era esa? ¿Qué broma pesada le estaba gastando Terrén? Don Álvaro lo conocía. ¿Estaría él también en el ajo? No, no podía ser. Si no, Terrén no le habría pedido que se disfrazara así. ¿O era solo por si alguien los veía? Sin embargo, el hijo de don Yenegro no se había molestado en ocultar su identidad. Se notaba a la legua que era un Martínez de Subiza. Pere hundió su rostro en la capucha y aguardó, intentando aparentar normalidad. Su corazón empezó a palpar con fuerza.

–¿Hola? –volvió a repetir Álvaro, acercándose–. ¿Sois vos quien guarda esta vieja ermita?

Pere se mantuvo en silencio. Algo dentro de él le impedía hablar, moverse.

–¿Digo que si sois vos el ermitaño?

El escudero alzó las manos, gesticulando, improvisando. No había conocido mucho a su padre, pero había en él más de don Arnaldo de lo que nunca podría llegar a sospechar.

–Habéis hecho voto de silencio –concluyó el noble.

La capucha se movió de arriba abajo.

–Traigo algo para vos, algo de parte de mi padre, don Yenegro Martínez de Subiza –había orgullo en sus palabras, aunque en el fondo sabía que no debería sentirlo.

Pere se acercó con pasos cortos y ágiles. Con rapidez tomó la bolsa que el otro le ofrecía. Pesaba más de lo que había esperado, y a punto estuvo de caer de rodillas cuando se inclinó en forma de saludo hacia el caballero.

Álvaro no sabía si debía decir algo más, pero dado que aquel eremita no iba a darle conversación, decidió retirarse. ¿Dónde guardaréis la bolsa y cómo la vais a proteger?, estuvo a punto de preguntarle, pero no lo hizo. Miró por última vez la bolsa que acababa de entregar, en la que había introducido el broche de oro y perlas que había heredado de su madre para contribuir él también a esa nueva obra, y se retiró de nuevo hacia Subiza.

Pere estaba excitado y algo nervioso. El día había llegado. Por fin los Almoravid se movían. Aquella misma mañana partirían hacia Tudela, invitados por el rey. Durante algunos días, el escudero había llegado a temer que la espera sería en vano y que los días cortos y fríos del final del otoño harían que la familia permaneciera recluida en Pamplona. Eso, sin contar con que, cada día que pasaba, suponía un gasto extra en la manutención de los mercenarios contratados. Así que la noticia de la invitación del rey cayó como agua de mayo en los oídos de Pere. «Por fin», se dijo de nuevo.

Reclutar soldados no había sido fácil. Tras las últimas actuaciones de la mesnada de los Almoravid había cierto reparo en acometer actuaciones delictivas, así que había tenido que alejarse de las fronteras del reino en busca de su objetivo. Sin embargo, siempre hay hombres dispuestos, sobre todo si la cantidad de dinero se considera suficiente. Había gastado algo más de lo que pensaba, pero lo que conseguiría a cambio bien merecía la pena. Y aún le quedaba una pequeña bolsa llena de monedas.

Fingir estar indispuesto casi se había convertido en una rutina para él. Se le empezaba a dar bien, aunque él mismo sabía que no debía abusar. «Últimamente siempre estás enfermo. Así nunca llegarás a ser caballero», le insinuó Jaime, para quien pensar que Pere estaba metido en algún asunto turbio empezaba a ser ya algo más que una mera sospecha. Los otros escuderos también bromeaban. Miguel dejaba el asunto de lado. Le disgustaba la debilidad continua. Pero tenía su lado bueno; las discusiones entre sus dos escuderos habían remitido.

Partieron muy temprano, con la niebla pegada al suelo pamplonés. Don Fortún y su esposa con sus hijos y nietos, Iñigo, Roger de Salerno y Laraine y Miguel y muchos de sus sirvientes. Pere los vio marchar con regocijo. En el camino les esperaba una sorpresa y no iba a ser de su agrado. Los Almoravid eran diestros guerreros, pero este iba a ser un ataque imprevisto, con mujeres y niños a los que proteger. Se preparó despacio. No tenía por qué ir y él sabía que no era demasiado prudente, pero no quería perderse la cara de sorpresa y de impotencia que pondrían al verse atacados de improviso. Dejó su escondite, su lecho de fingida enfermedad, y preparó sus armas. Eligió una buena ballesta y algunas flechas. «Despacio – se dijo–. No hay prisa. Los Almoravid no se van a salir del camino». Estaba de buen humor. En breve iba a contemplar la cara de susto de los Almoravid y, sobre todo, de don Miguel.

–¿Por qué? –preguntó García tras descolgarse del grupo principal.

–Ya sabéis que siempre viajo en la retaguardia –le dijo Miguel.

–No entiendo la razón. Los de atrás son siempre los primeros en caer y, además, Laraine viaja más adelante.

Miguel se encogió de hombros, a lo que García soltó una carcajada.

–Si no os conociera bien, pensaría que le tenéis miedo.

–No digáis tonterías. Sabéis que me gusta viajar en esta posición.

Los Almoravid avanzaban sin prisas. La niebla se había disipado y un tímido sol presidía el cielo. Miguel se acomodó en su montura. Estaba de buen humor. Iba a presentar a su futura esposa al rey y aprovecharía el viaje y la recepción para hacerle una solicitud especial en nombre de todos los hombres que se habían reunido en Obanos. Le rogaría que les permitiera organizarse en una liga para poder defenderse de los desmanes de don Yenegro. Posó su mano derecha sobre la silla de montar y apoyó los pies en los estribos. Por un instante, su espuela de oro brilló tras posarse en ella la luz solar. Un velo de sombra en su rostro recordaba aún la reciente muerte de su madre. Don Iñigo miró hacia atrás. Las miradas de tío y sobrino se cruzaron justo antes de que este último sintiera muy de cerca el suave siseo que antecede a la muerte. La flecha, por suerte, pasó de largo. Su instinto de soldado se activó de golpe.

–¡Qué demonios! –exclamó el de Grez, sujetando con fuerza las riendas de su caballo y girándose hacia su derecha–. ¡Nos atacan! ¡Cubríos! –fue lo único que acertó a decir antes de recibir una lluvia de flechas.

Los dardos venían de ambos lados del camino y habían pillado a toda la comitiva en medio. Miguel y García sacaron sus escudos, pero eran insuficientes para detener las saetas. Por unos momentos, cundió el pánico. Los caballos se encabritaron y tiraron a algún que otro jinete. Pero lo peor de todo fue la estampida que emprendieron los caballos encargados de tirar de una de las carretas y que provocó el vuelco de esta.

–¡A mí! –la voz potente de don Fortún se elevó de alguna manera sobre el barullo inicial. La disciplina y buen entrenamiento de los Almoravid se impusieron al desorden inicial. Los hombres se agruparon tras el cabeza de familia. No había tiempo que perder.

–¿Quiénes son? –preguntó alguien.

Pero eso era lo de menos. No importaba quién atacaba. Lo importante era poner a las mujeres y a los niños a salvo. Y contrarrestar el ataque.

–García, vos y Miguel, al flanco izquierdo, Iñigo, al derecho. Yo me

encargo de proteger a los demás.

Escudo en mano, los dos jóvenes se dirigieron hacia la parte izquierda, seguidos de escuderos y de un par de hombres de armas que viajaban con ellos.

–¿Cuántas malditas flechas tienen? –preguntó Miguel.

–¿Cuántos son?

–Yo diría que más de una docena –contestó, buscando parapeto.

–Este bosque no es muy espeso y los troncos de los árboles son delgados. No podrán esconderse eternamente.

El primer intento fue fallido, tuvieron que huir de las flechas y una de ellas alcanzó al caballo de Miguel. Pie a tierra, sacó su espada y colgó su maza del cinturón. Jaime se aproximó para ofrecerle su caballo, pero el infanzón declinó la oferta. Quizá a pie fuera más fácil adentrarse en el pequeño bosque.

Una flecha incendiaria surcó el aire y fue a parar a la carreta volcada, donde don Fortún se afanaba por sacar a su esposa, a su nuera, a sus nietos, a Roger y a Laraine. El fuego pronto se extendió. Baúles llenos de vestidos y joyas, sacos de comida... todo fue pasto de las llamas. Las mujeres tosían, los niños lloraban, mientras don Fortún obligaba a sus hombres a mantener los escudos sobre todos ellos, lo más apretados posible, para impedir que nuevas flechas hicieran diana en alguno.

Pere disfrutaba en segunda fila. Contemplaba el lanzamiento de aquellas saetas imparables, mortíferas. El caos había sido impresionante en los primeros momentos. «¡Probad vuestra propia medicina!», se había dicho para sí mismo, entusiasmado. Un buen susto, eso era lo que merecían los Almoravid. Desde que supo la verdad sobre la muerte de su padre, era una deuda que tenía pendiente. Ahora se sentiría mucho mejor. No le importaba que Miguel regresara con algún que otro rasguño, así aprendería. Henchido de orgullo, lanzó un fuerte grito cuando uno de los atacantes envió una nueva flecha sobre los Almoravid. Había ambiente de entusiasmo a su alrededor. El olor de la sangre llamaba a la sangre.

García le hizo un gesto a Miguel con los brazos. Este entendió y se dispuso a dar un pequeño rodeo. Fue así como entraron en el bosque, colándose por los laterales. Despacio al principio, más deprisa después, se deslizaron en busca de los enemigos. El primero de los mercenarios no tardó en caer. Un hombre fornido, de anchas espaldas, al que García despachó de un tajo en la garganta después de un breve forcejeo. Miguel no tuvo tanta suerte. El primero

de sus contrincantes lo vio venir en el último instante y lo esperó espada en mano. Lucharon entre los árboles que sembraban una sombra tenue sobre el suelo y elevaban sus delgados troncos hacia el cielo. Las espadas cortaron el aire en un zumbido de muerte mientras se escuchaban los gritos, los susurros de las flechas que seguían cayendo sobre la familia Almoravid y el crepitar del fuego, que lamía gustoso toda la madera que encontraba a su paso. Por fin encontró Miguel un hueco y clavó con fuerza su espada en las entrañas de aquel enemigo.

—¿Quién eres? ¿Por qué nos atacas? —le preguntó mientras caía.

Pero no tuvo tiempo de escuchar la contestación. Otro atacante se le vino encima.

Pere se dejó llevar por el entusiasmo que lo rodeaba, por la emoción del peligro. Hasta ese momento no había participado de manera directa, pero decidió hacerlo. Cogió una de sus flechas y tensó la cuerda de la ballesta. Se había subido a la rama de uno de los árboles para tener una mejor visión a la hora del lanzamiento. La rama en la que se apoyaba era frágil, pero suficiente para sostener su peso. Había una sonrisa extraña en su rostro. Era algo más que diversión. Estaba disfrutando. Los Almoravid se lo pensarían mucho antes de organizar ningún ataque en las próximas fechas. Con la mirada siguió el trayecto de su flecha hasta el lugar de impacto. Cuando se clavó, su sonrisa se borró de repente de su cara. Tragó saliva y en lo que tarda en suceder un parpadeo, se dio cuenta de lo que sucedía. Miró con desesperación hacia don Fortún. La flecha que acababa de lanzar sobresalía de su hombro. La podía ver con claridad, aunque su cuerpo yacía tirado en el suelo, entre el carruaje volcado y el fuego que ahora se propagaba hacia los árboles. El humo envolvía todo aquel claro en el que se desarrollaba la refriega y se adentraba en el bosque. Un alarido estremecedor cruzó el aire. Pere descendió del árbol.

—¡Ya basta! ¡Es suficiente! —gritó con cierta desesperación. Después de todo, el objeto de ese ataque era dar un susto a los Almoravid, no matarlos.

Pero nadie puede detener lo que ha iniciado el diablo. El escudero se dirigió hacia uno de los mercenarios que había contratado.

—¡Es hora de retirarnos! —le dijo—. Haz sonar tu cuerno, tal y como quedamos.

Pero el otro hizo caso omiso. Quería terminar lo que habían empezado. El olor a sangre y fuego había estimulado sus instintos más básicos y primarios. Y no era hombre de enfrentarse a sus debilidades, sino de dejarse arrastrar por

ellas. Así que le dio a Pere un codazo en la boca y se zafó de él, arreciendo el ataque.

Pere, desde el suelo, se sintió derrotado. Para él ya no quedaba nada por hacer. No podía detener a aquellos hombres, así que hizo lo único que le restaba; huir. Se adentró en el bosque, aturdido y desorientado. Tenía que llegar a Pamplona antes de que lo hicieran los Almoravid. Debía salir de aquel infierno.

Iñigo había escuchado el grito. Sabía quién lo había proferido y no le gustó. Si Teresa había chillado así no podía significar nada bueno. Apretó los dientes. Una flecha le había rozado el brazo provocándole una herida superficial. Pero había logrado abatir a quien se la había lanzado.

«¿Cuántos son estos malditos bastardos?», se preguntó, mientras comprobaba que sus compañeros seguían tras él. Afortunadamente el lanzamiento de flechas había cesado. Los Almoravid eran buenos en el cuerpo a cuerpo y poco a poco fueron superando a sus adversarios. Ya no parecía tan aparente la victoria de los atacantes.

García se acercó a Miguel, quien cruzaba espadas con un hombre delgado como un alfiler. Entre los dos lo despacharon en un santiamén.

—¿Podéis con los que quedan? —le preguntó García, colocándose el brazo sobre la boca. El humo empezaba a ser más denso.

Miguel afirmó varias veces con la cabeza. Jadeaba.

—Voy a ver qué ha ocurrido en el camino.

Laraine reptaba por el suelo, huyendo de un hombre que la amenazaba con una espada en alto. De repente, la espalda de aquel hombre se arqueó de manera extraña, el arma se le soltó de golpe y cayó junto a su pie. Chilló, un grito ahogado. Se relajó lo justo cuando vio el rostro de García aparecer por detrás. El fuego se extendía. El joven caballero miró alrededor. Con una manta que encontró entre los restos del carruaje, comenzó a golpear para apagar las llamas que amenazaban a su familia.

—¿Estáis bien? —le preguntó a la prometida de su amigo.

—Vuestro padre... —le dijo, dirigiendo la mirada hacia su derecha mientras asentía.

García saltó por encima de los restos del carruaje y del fuego y se dirigió hacia donde yacía don Fortún.

El trote de varios caballos se dejó sentir a lo lejos. Poco a poco fue más evidente y varios caballeros aparecieron en el lado sur del camino. Se trataba

de la mesnada que los hombres reunidos en Obanos habían creado para su mutua protección y que, por fortuna, se encontraba en la zona. Acudía atraída por la columna de humo que se elevaba hacia el cielo mortecino de aquella mañana. Al ver la enseña Almoravid –en campo dorado, tres bastones de azur–, el capitán de aquella partida ordenó a sus cinco hombres que se apresuraran.

Poco a poco, la refriega se fue terminando. Los mercenarios que quedaban huyeron al ver llegar a los refuerzos.

–¡Perseguidlos! –ordenó García.

Iñigo, varios de sus hombres y los recién llegados salieron en pos de los huidos. El fuego se fue apagando, ayudado por las recientes lluvias otoñales que habían dejado el suelo húmedo. García se arrodilló junto a su padre. Respiraba con dificultad. La flecha se había clavado muy cerca del corazón y no en el hombro, como había creído Pere.

Miguel se acercó a su amigo y posó su mano en el hombro. García elevó la mirada y sus ojos se encontraron, compartiendo un gesto de impotencia.

–Comprueba si hay más heridos –le dijo a Miguel.

–¡Laraine! ¿Estáis bien? –preguntó, acercándose a su prometida.

–Mi padre ha quedado atrapado bajo el carruaje –dijo con cierto apremio.

Miguel miró el amasijo de enseres revueltos alrededor de ellos y las maderas destrozadas de lo que había sido un elegante carruaje. Observó con cuidado y extrema atención para localizar el cuerpo de Roger de Salerno.

–¡Aquí! –dijo, al fin, llamando a un par de sus hombres–. ¡Ayudadme con estos maderos!

La operación no fue sencilla y tardaron en hacer aparecer el cuerpo y los pies del mercader. Lo retiraron despacio. Su rostro había ennegrecido por el sudor y el humo. Tenía los ojos cerrados. A Miguel le costó reconocer en él los síntomas de una respiración normal.

–¡Respira! –dijo tras una larga comprobación.

Laraine acudió a su lado como rayo en tormenta desatada.

–¡Padre! –lo llamó.

Miguel se agachó a su lado. Quería decirle cuánto lo sentía, pero ninguna palabra le pareció adecuada. Don Fortún había considerado una excelente ocasión la invitación del monarca navarro para presentar formalmente a Roger de Salerno y a su hija y recibir la aprobación de su próximo enlace con Miguel. Pero el viaje se había convertido en un infierno.

—¡Tenemos que trasladar a los heridos! —la consideración de García no era un simple comentario, era una orden.

La disciplina de los Almoravid se impuso a las circunstancias. Enseguida buscaron un lugar adecuado para poder trasladar a los heridos. El padre de Laraine estaba inconsciente y don Fortún, muy grave. El propio García había extraído la flecha y taponado la herida. Ahora, su rostro traslucía una seriedad profunda. Miguel nunca lo había visto así antes. Y, por eso mismo, tenía cierto miedo, porque no sabía cómo iba a reaccionar en ese momento.

El viaje de regreso a Pamplona se hizo largo, a pesar de que estaban bastante cerca. Miguel no se podía quitar de la cabeza la cara compungida de doña Teresa. Por encima de su hombro observaba el paso lento y callado de García al lado de su padre. Más atrás, Guillaumes acompañaba a Teresa, que no paraba de sollozar. No pretendía hacerlo, pero no podía evitarlo.

Contrariamente a su costumbre, Miguel no viajaba en la zaga. Se había situado en la cabeza de aquella expedición, como si con ese solo hecho pudiera hacer que avanzaran más deprisa. Cuando la ciudad se intuyó en la lejanía, hincó espuelas y se adelantó al grupo para alertar a los sirvientes que se habían quedado en la casa y que todo estuviera preparado para recibir a los heridos. Y también debía avisar al médico.

Al amanecer, Miguel salió al encuentro de la partida que perseguía a los atacantes. Lo había hecho en parte para relevar a los otros hombres y que estos pudieran descansar —aunque él mismo había dormido bien poco esa noche— y en parte porque aquella espera lo estaba matando. A duras penas había conseguido convencer a García para que se quedara al lado de su padre. Aunque ninguno quería aceptarlo de manera explícita, todos sabían que la herida de don Fortún era muy grave.

—Debéis esperar junto a vuestro padre —le había dicho Miguel—. Además, no sabemos cuánto durará la persecución y necesitaremos hombres de reserva en los próximos días.

El joven tenía un mal presentimiento, sobre todo después de haber hablado con Laraine. Miguel se había acercado a visitar a Roger antes de partir. Laraine estaba a su lado cuando el infanzón entró en la estancia. Le susurraba palabras cerca del oído. Al escuchar el ruido de la puerta, ella se había vuelto. En su rostro se pintaba una mueca de sufrimiento, que intentó transformar en sonrisa al ver al joven.

–¿Cómo se encuentra vuestro padre? –le había preguntado don Miguel.

–No ha despertado todavía, pero su respiración es más fuerte.

Miguel contempló la frágil figura de su futuro suegro. Tenía ambas piernas rotas y se le veía muy débil.

–¿Cómo está don Fortún? –se había interesado ella.

Miguel había apretado los labios.

–Ha perdido mucha sangre y delira.

–Sé cuanto lo apreciáis. Lo amáis como a un padre.

Miguel había asentido en silencio.

–Rezad por su alma.

Las palabras de Laraine aún flotaban en su mente, cuando cerca de Olite se encontró con su tío. «Rezad por su alma, rezad por su alma».

–¿Estáis bien? –le preguntó don Iñigo cuando se acercó a él—. Parecéis algo cansado.

Miguel hizo un gesto con la mano sin concretar nada.

–¿Alguna novedad?

–Todavía no. Pero la voz se va extendiendo. Nadie cobijará a los asaltantes. Tarde o temprano serán nuestros.

–Espero que más temprano que tarde.

–¿Cómo está mi hermano?

El infanzón negó con la cabeza y suspiró.

–Francamente, no lo sé. Sus heridas no tienen buen aspecto. Pero os aseguro que esos malditos mal nacidos pagarán por todo lo que han hecho. Por todo –Miguel se había puesto de pie para declamar su rabia.

Don Iñigo no dijo nada. Compartía la indignación de su sobrino. Y él más que nadie sabía que no pararía hasta haber hallado a los culpables y verlos colgar de una cuerda. En cuanto a su hermano... No quería ponerse en lo peor y don Fortún ya se había recuperado de heridas graves en el pasado, pero él mismo había visto esa maldita flecha clavada cerca de su corazón.

–¿Y el resto de los heridos? –preguntó para distraer sus pensamientos.

–Roger aún no había despertado. Tiene fracturadas las dos piernas y creemos que alguna costilla. El resto estaba mejor.

–Partiremos en breve –dijo el Almoravid, evitando pensar demasiado.

Miguel asintió. La luz del día apenas producía sombras. Las primeras antorchas se encendieron arrojando chispas venenosas, fuego de odio. La persecución continuaría de noche. No dejarían piedra sobre piedra y

removerían las entrañas de la tierra y los cimientos de las casas, hasta encontrar a los responsables de aquel ataque. Y para eso contaban con la ayuda y colaboración de la patrulla y de todos los Almoravid, que a buen seguro se unirían a ellos en las próximas horas.

Pere era preso de un temblor continuo. Incluso las mandíbulas le castañeaban. Y no era por frío. Ni por estar enfermo. Era un temor infinito que se había agarrado a su corazón y sacudía todo su cuerpo. Sus ojos eran ojos de rata, su aliento olía a azufre y su respiración, entrecortada, recordaba a la de un anciano a las puertas de la muerte.

«No seas estúpido –se dijo–. Nadie te ha visto, nadie te puede relacionar con el ataque», le decía una y otra vez su yo superviviente.

Lo cierto era que nadie lo había echado en falta. Con el revuelo de los heridos ningún Almoravid se había percatado de su presencia. O más bien de su ausencia. El único que podía haberlo echado de menos era Jaime y, según había podido saber, don Miguel lo había enviado a Tudela para avisar al rey del ataque y excusar la cancelación de su visita. Y con un poco de suerte, los mercenarios que había comprado estarían muertos o conseguirían escapar. Pero aún así... Se refrotó las manos, como si tuviera frío, y se escondió en su catre. El silencio de la casa se le antojó peor que el clamor de mil tambores llamando a la batalla. Se tapó los oídos para no escucharlo y se cubrió con una manta hasta que no se le vio ni un solo cabello. Intentó dormir. Con seguridad no podría hacerlo, pero necesitaba –aunque fuera durante unos instantes– no pensar en nada. Tardó en dormirse y, al final, no lo hizo del todo, abrumado por sueños de los que no podía escapar. Temeroso, abrió los ojos y asomó la cabeza. Alguien le dio un puntapié.

–¡Ven a cargar sacos! –le dijo el mayordomo.

No era ese su cometido y así se lo intentó decir a aquel viejo ignorante.

–Me importan bien poco cuáles son tus funciones aquí. Lo único que sé es que no hay gente suficiente en la casa y tú no puedes estar toda la vida enfermo. Así que hazte un favor, menea tu trasero y ayúdame a cargar sacos.

Pere extrajo su espada. Sería fácil acabar con la vida de un cerdo como él. Pero la parte de su cabeza que aún permanecía lúcida le conminó a frenar su loca idea. Era mejor no meterse en más líos. Bastantes problemas tenía encima. Así que agachó las orejas y ayudó al mayordomo a cargar los sacos. Seguramente, tampoco sería ese su cometido.

Los siguientes días se los pasó ayudando en diversas tareas. Cada hora que pasaba en casa de los Almoravid tenía más claro que debía irse. Pero no sabía adónde. «Volveré a mi casa –se dijo mil y una veces–. Mi madre se alegrará de verme. Cogeré ahora mismo un caballo y partiré sin demora». Pero hasta su casa era un sitio alcanzable para los Almoravid. Don Miguel había estado allí. Si querían prenderlo, aquel sería el primer sitio en el que buscarían.

Tenía dinero. El suficiente como para sobrevivir y establecerse en algún sitio. Pero los brazos de los Almoravid eran largos. Si Miguel desposaba finalmente a Laraine, sus tentáculos llegarían aún más lejos. A mucha más distancia de la que él se creía capaz de recorrer en toda su vida.

Los rumores de las siguientes horas terminaron de decidirle. Por la casa empezó a comentarse que habían logrado atrapar a uno de los atacantes. Si eso era verdad, podrían identificarlo. «Mañana me iré. Es lo mejor. Aún tengo tiempo. Para cuando quieran darse cuenta de mi ausencia, yo estaré lo suficientemente lejos como para que no encuentren mi rastro durante el tiempo suficiente».

A partir de ese instante, todos sus esfuerzos se concentraron en planificar su huida. Tan absorto estaba en sus pensamientos que casi se dio de bruces con García.

–¿Cómo está vuestro padre? –le preguntó en un ataque de cinismo.

–Sigue luchando –le contestó el mayor de los hijos de don Fortún.

–¿Hay novedades sobre los autores del asalto? –en contra de lo que había pensado, su voz no tembló al hacer la pregunta. Eso le dio fuerzas y valor.

–Pronto sabremos algo, Pere. Muy pronto.

–¿Mañana?

–Sí, puede que mañana.

En cuanto García desapareció de su vista, corrió hacia las cuadras. Recordó que aquella misma mañana había llegado el escudero de don Iñigo. Se fue directo hacia él. Sabía que no traicionaría a su señor si este le había dicho que no compartiera información alguna con nadie, pero había otros métodos. Pere se paseó ansioso delante del otro escudero.

–¿Qué te pasa? –le preguntó por fin el escudero.

Pere se dio un golpe en la mano izquierda con el puño cerrado de la derecha.

–¿No tienes ganas de que llegue mañana? Don García me ha dicho que mañana...

El escudero lo miró con una medio sonrisa.

–No me gustaría estar en la piel de esos hombres. Los que los encontraron querían ahorcarlos en el acto, pero mi señor los convenció para traerlos a Pamplona. Los mantendrán con vida hasta que confiesen los nombres de todos los implicados.

Pere tragó saliva. ¿Así que habían capturado a varios hombres? Un rayo de miedo lo traspasó sin permiso. Devolvió la sonrisa a su interlocutor y se fue. Por la mañana, temprano, antes de que llegaran con los prisioneros, dejaría Pamplona. El destino le daba igual, lo importante era poner distancia entre los Almoravid y él. Por lo que pudiera pasar. Tenía dinero y experiencia y, aunque todavía no lo habían armado caballero, eso nunca lo podrían averiguar lejos de allí. Tenía que aprovechar, mientras la fortuna le siguiera sonriendo.

Fue el ruido de unas voces y no la luz del alba lo que lo despertó. Eran unas voces apremiantes acompañadas de pasos ligeros y potentes. La luz de una vela se abrió paso hasta el lugar donde dormía.

–¡Pere, levántate! –la orden llegó con contundencia.

Algo desorientado, Pere miró con cierto pánico a la cara del hombre que le hablaba y después recorrió con urgencia el lugar en el que dormía. Con las prisas temió haber dejado a la vista alguna evidencia de su inminente marcha.

–¡Levántate! –la insistencia del mayordomo era patente.

Pere se levantó al fin.

–Corre, busca al arcediano y tráelo aquí. Don Fortún necesita de sus servicios –tras la muerte de don Pedro de París, Martín de Tafalla había sido elegido para sucederle en la diócesis, pero un infortunio le había hecho morir camino de Roma. García Fernández, hasta hacía unos meses obispo de Calahorra, era en esos momentos el obispo electo de Pamplona, aunque todavía no había tomado posesión de su cargo y no se encontraba en la ciudad. Por eso llamaban al arcediano.

La fuerza de ánimo que había acompañado al escudero la noche anterior se esfumó de golpe.

–¡Por Dios! ¡Corre! ¿Es que el sueño te ha trastocado el conocimiento?

Y Pere corrió, corrió más por miedo que por la orden recibida. Don Fortún se muere. Aquella certeza asaltó su mente y lo dejó sin respiración. Su primera idea fue huir con lo puesto. Pero lo pensó mejor. Iría a buscar al arcediano y después, aprovecharía las circunstancias para desaparecer. Estiró de la campanilla y esta empezó a repicar con insistencia.

García se pasó ambas manos por la cara. Había hecho llamar al arcediano por expreso deseo de su padre. Se lo había pedido con cierta urgencia y eso solo podía significar que su progenitor intuía el final. El joven aparentaba serenidad porque era lo que se esperaba de él, pero por dentro estaba hecho un manojo de nervios. La presencia de su tío o la de Miguel, le habrían servido para serenar su nerviosismo, pero ninguno de los dos estaba allí. Y mucho se temía que su padre no se mantendría con vida el tiempo suficiente como para que ellos lo vieran vivo, a pesar de que había enviado de vuelta al escudero de su tío para que apremiaran su regreso.

Miró a su madre, arrodillada muy cerca de la cama donde su esposo se despedía de la vida. «Si padre aguanta un poco más, Miguel e Iñigo llegarán a tiempo mañana», se dijo.

Su madre se levantó y se refugió en el abrazo de su hijo, ahogando sus penas en el pecho joven de su primogénito. No pudo contener el llanto. García la separó un poco, secó sus lágrimas con sus manos y se dirigió a una de las sirvientas para que la acompañara fuera.

–Vuestro padre quiere hablar con vos –pudo pronunciar al fin.

Don Fortún ya había hablado con todos sus hijos y con Teresa, solo faltaba él. Se acercó con paso ligero y miró a su padre con un elevado grado de reconocimiento.

–¿Han llegado ya?

García negó con la cabeza. Su padre, al igual que él, esperaba el retorno de Iñigo y de Miguel. También estaba al corriente del apresamiento de dos de los atacantes.

–García, sabéis que siempre he sido un hombre de armas y poco lugar ha habido en mi vida para sentimentalismos, aparte del cariño que siento por Teresa –aclaró no sin cierta dificultad. Su hijo lo dejó hablar–. Y no lo voy a hacer ahora. Sin embargo, cierta vez, me dejé convencer para acoger a un joven díscolo e imprudente –García sonrió al mencionarlo–. Quiero que sepáis que no me arrepiento. Será para vos un buen soporte y un amigo leal. En cuanto a mis hermanos, sé que os aceptarán como la cabeza visible de los Almoravid. Haced siempre honor a vuestro nombre, hijo. Apoyaos siempre en ellos, en especial, en Iñigo. Jimeno es un buen caballero, pero Iñigo tiene el don de saber estar donde se le necesita y él estará a la altura. Ahora os toca tomar el relevo, que os cedo con gusto, porque sé que sois el hombre

adecuado.

La voz de don Fortún se apagó durante unos instantes. García lo miró fijamente, creyendo que aquello que temía había ocurrido, pero su padre suspiró con fuerza una vez más.

–Recordad, hijo, un Almoravid siempre lucha con honor. Un Almoravid siempre sabe elegir sus batallas. Apellido, honor, valor, rey, Navarra.

Un suave golpe en la puerta anunció la llegada del arcediano. Le acompañaba un presbítero de su confianza. García se fue a levantar, pero su padre lo retuvo por la muñeca.

–Prometedme que cuidaréis de vuestra madre.

–Lo haré según vuestros deseos. Viviré bajo mi techo hasta el fin de sus días.

–Don Fernando... quiero que seáis mi testigo. Este es mi hijo García, mi primogénito, a quien yo bendigo y nombro mi heredero.

Don Fernando asintió en silencio.

–Si mi hermano y Miguel llegan...

–Los traeré aquí de inmediato –terminó García por él. Besó a su padre en la frente y saludó al arcediano. Después, salió.

Inquieto, se paseó durante horas por delante de la puerta del dormitorio de su padre. De pronto se paraba mirando a la puerta y preguntándose por qué el arcediano no salía ya del cuarto. Otras veces, desviaba la vista hacia la entrada de la morada Almoravid, preguntándose por qué su tío y su hermano de sangre tardaban tanto en llegar. Luego continuaba su caminata de arriba abajo y de abajo arriba. Sus pasos resonaban en el silencio mortuorio de la casa, marcando el paso del tiempo.

–¡Ya están aquí! ¡Señor, ya están aquí! –los gritos de uno de los escuderos encontraron a Pere en la puerta de las caballerizas, a punto de confundirse con las sombras de un amanecer aún oculto y de desaparecer para siempre. Pero aquel aviso le hizo dar un paso atrás. Parecía que el destino jugaba con él. Tras los gritos, los cascos de varios caballos resonaron en el interior del patio. Don Iñigo y Miguel entraron al galope, seguidos de algunos escuderos.

–Jaime, ocúpate de los caballos. Que te ayude Pere.

En la oscuridad de los establos, Pere se quedó paralizado. Las palabras claras y contundentes de su señor habían alcanzado nítidamente sus oídos. No reaccionó hasta que la puerta comenzó a abrirse. Solo entonces guió a su

caballo hasta la parte trasera y a toda prisa procedió a quitarle la silla y a esconder sus pequeños tesoros. Luego se mostró ante Jaime.

—¡Estás ahí! —le dijo—. Por una vez en tu vida estás donde se te necesita.

La mano prudente y sabia del arcediano se apoyó en el hombro de García en un gesto que pretendía reconfortarle. El joven estaba más aliviado ahora que su tío y Miguel habían llegado, aunque otra angustia consumía su alma. Era consciente de que la vida de su padre se extinguía. Miguel, tras saludar a don Fernando, se dirigió hacia García y se abrazó a él.

García recibió aquel saludo como un sostén para su alma. No, aquellos no eran momentos de regocijo, pero se alegraba de poder compartirlos con Miguel.

Había una tensa espera en casa de los Almoravid. Una frustración, que ni siquiera la noticia de que dos de los atacantes habían sido prendidos, mitigaba. La entrevista entre don Fortún y don Iñigo se estaba prolongando. Era lógico, porque Iñigo tendría muchas nuevas que relatarle, pero ese tiempo que volaba estaba terminando con los nervios de Miguel. Sabía que don Fortún quería hablar con él.

La figura de don Iñigo apareció por fin en el umbral y con un gesto de cabeza le indicó al de Grez que entrara. Miguel se adelantó con cuidado y avanzó hasta la cabecera de la cama. El rostro de aquel hombre que tanto le había dado en la vida aparecía sereno. Y hasta se permitió una ligera sonrisa al ver llegar a aquel joven que un día aceptó como uno más entre los miembros de su familia. Ciertamente fue a petición del entonces infante don Sancho, pero tenía que reconocer que Miguel había resultado ser un joven valiente y de honor. Don Fortún alargó sus manos y Miguel acercó las suyas.

—Miguel, hijo mío.

—Padre... —le correspondió Miguel, sorbiendo su propia emoción.

—No todos los hombres tienen la posibilidad de despedirse de aquellos a los que ama antes de abandonar este mundo... —Miguel se acomodó sin decir nada y miró a los ojos de quien le hablaba—. Nos costó doblegaros, pero habéis sabido convertirnos en uno de nosotros.

El infanzón sonrió ante las palabras.

—Aún tenéis un carácter vehemente, pero me consuela pensar que sois fuerte de espíritu.

—Nunca podré agradeceros vuestro apoyo y confianza y, sobre todo, la gran

oportunidad que me disteis al acogerme en vuestra casa. Siempre me he sentido querido aquí. Y García siempre me ha tratado como un hermano.

–De eso quería hablaros. Confío en mi hijo. Está preparado para sucederme y es un Almoravid con todas las letras. Pero vos sois ese contrapunto que le da equilibrio. Sé que confía en vos y ahora necesitará de vuestro apoyo más que nunca. ¿Estaréis con él?

–Tenéis mi palabra de Almoravid de que le ayudaré en todo lo que necesite.

–Quiero daros mi bendición...

Don Fortún levantó su mano, en un intento de trazar una cruz en el aire. Su mano cayó pesadamente sobre la cama y, cansado, cerró los ojos.

Miguel se levantó y abrió la puerta para que la familia pudiera entrar.

Las campanas de la catedral tañían proclamando la muerte de un noble. La noticia se extendió rauda por toda la ciudad. La familia Almoravid velaba a su señor y el nombre de aquel apellido clamaba justicia. Miguel se sentó junto a la cama donde Roger dormitaba. Llevaba allí un buen rato. En parte, porque se sentía en débito con aquel hombre que había resultado herido en un ataque en el que nada tenía que ver y, por otro lado, porque necesitaba alejarse durante un rato de todos los acontecimientos que se sucedían en torno a él a una velocidad de vértigo.

Laraine entró poco después.

–¡Miguel! –dijo algo sorprendida–. No sabía que estuvierais aquí. Mis más sinceras condolencias por la muerte de don Fortún. Sé del afecto que os unía a él.

Miguel asintió.

–Gracias, Laraine.

Laraine se acercó a la cama y arregló las sábanas. Contempló a su padre con dulzura. Roger estaba débil y tardaría en recuperarse, pero su vida no corría peligro.

–Vuestro padre es fuerte –le dijo él–. Siento mucho todo este asunto. No puedo dejar de pensar que cualquiera de vosotros podíais haber muerto... – Miguel se levantó y acercó un asiento para que la dama pudiera sentarse.

–Ya os habéis disculpado.

–Me siento en deuda.

–Vos no sois responsable –le dijo ella, dulcificando sus palabras con una

bella sonrisa.

–¿Os importa si os hago compañía durante un rato?

–Mi padre os lo agradecerá.

Miguel se volvió a sentar. Las campanas seguían tañendo y aquel sonido empezaba a molestarle. Llevaban así todo el día y continuarían hasta que el cuerpo de don Fortún descansara bajo tierra. Laraine se levantó de nuevo y refrescó el rostro de su padre con un trapo humedecido. De reojo, vigilaba al joven con el que se suponía iba a casarse. Se le veía afligido y se preguntó si debía decirle algo. Pero, ¿qué? Quizá no conocía suficientemente a su prometido. Pero sentía que él estaba pasando momentos difíciles. Se aproximó hasta donde estaba sentado y se arrodilló a sus pies.

–¿Os aflige algo, mi señor? –le preguntó.

Miguel, algo sorprendido ante aquel hecho que le pilló desprevenido, se levantó de golpe y se fue hacia la ventana. Laraine agachó la cabeza. ¿Le habría molestado? Parecía que sí, pero no estaba dispuesta a rendirse.

–Cuando vi a padre herido –dijo ella en tono suave y confidencial– el dolor traspasó mi alma. No podía dejar de repetirme: «No, él no, no, por favor. Mi padre, no». Cada vez que recuerdo ese momento, el temor permanece, pero es peor el dolor que siento al pensar que lo podía haber perdido. Sin embargo, es reconfortante ver que hay personas dispuestas a defendernos, a exponer su vida para garantizar nuestra seguridad. Y, por eso, quería daros las gracias.

Miguel se volvió hacia ella y se sentó en el suelo, muy cerca. Sus ojos brillaban, encendidos por pequeñas lágrimas. Él tomó sus manos.

–Siento haberos expuesto a ese peligro.

–Yo me alegro de que estuvierais conmigo.

Miguel acercó su rostro al de Laraine y la besó. Se separó despacio de sus labios y le sonrió. Luego la ayudó a levantarse, sin dejar de contemplarla.

–Tengo que irme.

–Debéis acompañar a vuestra familia en estos momentos de dolor.

Miguel bajó la cabeza.

–Si necesitáis cualquier cosa, hacédmelo saber.

–Estaremos bien. No os preocupéis. Oria viene dos veces al día para ayudarme y mi padre tolera bien los líquidos.

La mujer contempló la figura de su infanzón, mientras caminaba hacia la puerta. Estaba claro que no le gustaba mostrarse débil y que no estaba

acostumbrado a compartir sus sentimientos. Pero era valiente y dulce y era permeable al dolor de los demás.

Miguel cerró despacio la puerta y salió al encuentro de don Iñigo. Quería saber cómo iban los interrogatorios. Cruzó el patio a toda prisa. Pere vio pasar su figura y lo siguió con la mirada. Maldecía entre dientes por no haberse podido fugar todavía. Desde la llegada de los señores todo había sucedido demasiado deprisa. La puerta estaba vigilada de manera constante y nadie podía abandonar la casa. Había tenido que atender a los caballos, limpiar y bruñir las armas, comprobar los víveres, barrer el patio, organizar los establos... estaba harto de tareas para sirvientes. Y además estaba la mirada de Jaime, que parecía seguirlo a todas partes. Durante aquel día había intentado recuperar en un par de ocasiones sus pertenencias escondidas a toda prisa, pero siempre había alguien merodeando por allí. Disimulando, cogió el rastrillo para empujar la paja del suelo y se acercó todo lo más que pudo hasta los dos Almoravid. Hablaban bajo, pero algunas palabras llegaban hasta él.

—...joven, barba escasa, pelo oscuro...

—Ciertamente la descripción que han dado esos asesinos de quien los contrató es un poco vaga —dijo Miguel.

—¿Un poco vaga? —repitió Iñigo—. Cualquier joven de la ciudad podría encajar en esa descripción.

Aquellas palabras tranquilizaron un poco al díscolo escudero. Al parecer, había sido listo a la hora de ocultar su personalidad. El viento y las campanas le impidieron escuchar bien las siguientes palabras.

—¿Qué joven puede ser tan rico como para pagar esas cantidades de dinero? —preguntó Miguel.

Iñigo se encogió de hombros.

—Quizá el dinero no era suyo.

—¿Queréis decir que lo había robado? —preguntó, no con demasiada sorpresa.

—Quiero decir que podría ser de su padre o de su tío...

Miguel se puso en pie de golpe.

—Necesitamos saber más datos. Dejadme que sea yo quien los interroge.

Iñigo se levantó también y tomó a su sobrino por el brazo.

—Son momentos de tensión, pero debemos mantener la cabeza fría —le dijo con firmeza, pero sin levantar la voz.

Pere vio cómo el menor de los hermanos Almoravid lo observaba por

encima del hombro de Miguel. El escudero tuvo que retirarse. No quería llamar la atención. Las palabras de los dos hombres se desvanecieron para él en la negrura de la noche.

–Los dos prisioneros han confirmado que el ataque fue cosa de veinte. Y que quien los contrató participó también en el asalto. Doce de ellos murieron durante la pelea. Y dos se encuentran bajo nuestra custodia. Eso hace catorce. Otros cuatro han huido a la montaña, pero los nuestros siguen su rastro. Si no son ellos, los lobos o los osos los despedazarán. Aunque espero que sean los nuestros los que los encuentren antes. Es cuestión de tiempo que los tengamos a todos, Miguel. El que organizó el ataque tiene que estar entre ellos y, tarde o temprano, caerá en nuestras manos.

–Aunque tuviéramos a todos esos hombres que has citado, todavía faltarían dos.

–Centrémonos en enterrar a mi hermano y en recibir al rey. Y después nos ocuparemos de los culpables.

El ímpetu de Miguel se veía en sus ojos, en la tensión de su mandíbula, en la fuerza con la que cerraba sus puños.

–Miguel, necesito que acompañéis a García durante estos momentos. No es necesario que habléis con él. Tan solo velad con él. Ya ha intentado dos veces acercarse a los asesinos de mi hermano y temo que, en un arranque de ira, pueda hacer algo de lo que todos tengamos que arrepentirnos. Sé que estáis tan dolido como todos nosotros, pero alguien tiene que preservarse lúcido. ¿Lo entendéis?

El gesto de la cara del infanzón se suavizó, aunque sus labios seguían apretados.

–Está bien, haré como decís.

Miguel se retiró hacia el salón donde se velaba el cuerpo de aquel a quien tanto debía. Dentro hacía frío y un olor indefinido impregnaba el ambiente. Sin decir nada, el joven se sentó al lado de su hermano de sangre. Se miraron en silencio, unidos por el mismo amor hacia esa familia y el mismo odio hacia quienes habían roto la paz y tranquilidad del hogar de los Almoravid. Aquella noche nadie durmió en la casa. La campana seguía repicando, aunque el tiempo parecía haberse detenido en lo profundo de la noche.

Poco después del amanecer, un escudero del rey se presentó en la casa. Pere se acercó a avisar a su señor. Sin darse cuenta, caminaba algo encorvado.

–Señor –le dijo cerca del oído–, un escudero del rey ha traído un mensaje.

Don Iñigo no está en la casa –se disculpó.

Miguel asintió y salió al encuentro del recién llegado.

–Me envía el rey. Debo presentarme ante don Iñigo Almoravid.

–Mi tío no puede atenderte en estos momentos. Yo soy don Miguel Almoravid, puedes darme a mí el mensaje.

El escudero pareció contrariado por no encontrar a la persona indicada. Suspiró, pero le dio igualmente el mensaje.

–El rey anuncia su llegada. Le antecede solo en unas leguas –le confirmó de viva voz el muchacho.

–El rey será recibido como merece.

El escudero pareció complacido por la respuesta y se retiró.

Miguel anunció la visita del monarca a García y a doña Teresa. Él mismo organizó el recibimiento y se encargó de que todo estuviera dispuesto para cuando don Sancho apareciera por la puerta. Hizo formar a todos los escuderos y permaneció en el patio con ellos hasta que el rey llegó.

Don Sancho parecía apesadumbrado cuando apareció en casa de los Almoravid. Miguel salió a su encuentro y lo saludó con una reverencia.

–La familia agradece infinitamente vuestra presencia en estos momentos de intenso dolor, vuestra majestad.

–Levantaos, don Miguel.

–Si me permitís acompañaros... –mientras caminaba a su lado, Miguel recordó la petición que tenía pendiente. Quizá su propuesta fuera más acuciante que nunca, pero sabía que no era el momento. Muy a su pesar, decidió posponerla.

Escortó al rey hasta el velatorio donde doña Teresa y García recibieron su pésame. El rey se acercó hasta el lugar donde descansaba el cuerpo de don Fortún. Allí yacía un hombre valiente que se había mostrado digno de la confianza del monarca. En el año 1174 había sido alférez del reino y siempre había servido de forma leal a la corona. Don Sancho se arrodilló junto al féretro y, por unos instantes, todos salieron de la sala y lo dejaron solo.

Aunque no quisiera reconocerlo, Miguel estaba cansado y abatido. Además, andaba falto de sueño. Como pudo, reprimió un largo bostezo que intentaba salir de sus mismas entrañas. Las interminables jornadas de persecución y la sombra de la muerte empezaban a hacer mella en su cuerpo. Contempló al resto de los allí presentes. Todos transmitían la misma sensación de abatimiento. Con su mirada, fue pasando revista a todos ellos.

Pere miraba hacia la puerta, mientras hacía el gesto de recoger paja con el rastrillo, aunque en realidad el heno resbalaba una y otra vez sin llegar nunca a su destino. El infanzón advirtió su laxitud. Según recordaba, su escudero había estado enfermo, aunque no creía que fuera tan grave como para haberle dejado sin fuerzas. Estaría distraído, como casi siempre. Con él, la disciplina a menudo era difícil. «Y eso no es algo bueno en un soldado –pensó Miguel–. Ahora, en vez de hacer su trabajo, se dedica a contemplar la puerta». Tras los últimos acontecimientos, don Iñigo había intensificado la guardia en la morada Almoravid. Y esta había sido doblada tras la llegada de los asaltantes capturados. Era una imagen inusual. Pero eso no era excusa para no completar la tarea que se le había encomendado.

Era cierto que Pere no hacía más que mirar el apelotonamiento de soldados en las inmediaciones de la casa de la familia Almoravid. Maldecía su suerte. Tenía que haber aprovechado la llegada del arcediano para escapar, pero ya era demasiado tarde. Nadie entraba o salía de allí sin el permiso de García o de Iñigo. Pero él era listo. Encontraría la forma de irse. Aunque las descripciones que habían dado los rehenes eran vagas y poco concisas, alguno de ellos podía dar más adelante algún detalle significativo que pusiera los ojos en él. No podía arriesgarse. El rey salió en ese instante y el escudero fue barrido hacia el interior del patio por uno de los caballeros de don Fortún. Desde un pequeño rincón, Pere observó las maniobras de los guardias. Quería estudiar sus movimientos. Así se pasó parte de la tarde, hasta que la puerta se volvió a abrir de nuevo.

La llegada de don Jimeno añadió un crespón más a la jornada de luto. Había sido avisado de la gravedad de las heridas de don Fortún pero, aunque se había puesto en marcha sin dilación, no había llegado a ver a su hermano con vida.

Laraine bajó despacio por las escaleras, apoyando sus manos en la pared, para pisar con delicadeza los escalones de madera, que parecían lamentarse a cada paso. La casa se mantenía en silencio y las notas lastimeras de la campana de la catedral se escuchaban con nitidez. Se detuvo un instante en el zaguán de la entrada. La puerta del salón pequeño estaba abierta y en el fondo se recortaba la figura de Miguel, recostado en un sillón de madera. La joven se acercó con sigilo y golpeó con suavidad su brazo.

–¿Os encontráis bien, mi señor?

Miguel abrió los ojos algo sobresaltado, mientras su mano derecha buscaba el pomo de su espada. Al enfocar el rostro de la joven, su brazo se relajó.

—¿Es vuestro padre? ¿Le ha sucedido algo? —le preguntó, todavía algo dormido.

—Mi padre está bien. Pronto amanecerá, mi señor.

El infanzón miró por la ventana. Todavía estaba oscuro.

—Si os parece bien, pediré que os traigan algo para desayunar.

No tenía hambre, pero aceptó el ofrecimiento de la joven. La noche anterior se había refugiado en el salón pequeño para meditar. Sabía que no iba a poder dormir. Había dado cien mil vueltas en su cabeza a todo lo sucedido. Intentaba recordar cada detalle, como si eso le fuera a permitir señalar al culpable. Cerca del alba se había quedado, por fin, dormido. Había soñado con don Yenegro y con Álvaro. Aquellas imágenes le habían dejado un filtro amargo en su estómago.

Laraine llegó seguida de una sirvienta y dispuso todo para que Miguel comiera con tranquilidad.

—¿Queréis acompañarme?

Laraine lo miró con incertidumbre.

—Por favor, acompañadme.

Ella aceptó.

—No tenéis mucha hambre —acertó a decir ella, al ver cómo su prometido recolocaba una y otra vez la comida sobre el plato.

—Son días extraños —le dijo él, tomando un trozo de queso en su mano y llevandoselo por fin a la boca.

—Y duros —completó ella—. Es curioso este mundo. El paisaje puede ser diferente, pero los hombres se comportan igual en todos los sitios.

Laraine se calló de pronto. Estaba acostumbrada a dar su opinión. Quizá a su futuro esposo eso no le gustara. Su padre le había dicho que no en todos los sitios los comentarios de una mujer eran bienvenidos. Sin embargo, Miguel dejó escapar una media sonrisa. No parecía que sus palabras le hubiesen molestado.

—En eso tenéis razón —dijo él, clavando su mirada en los ojos de ella. Parecía una mujer muy intuitiva. Esa característica le había puesto nervioso cuando se conocieron, pero ahora debía reconocer que se sentía a gusto. Era gratificante ser comprendido, sin tener que expresar sus sentimientos—. Aunque

supongo que vos habréis permanecido lejos de la maldad del mundo.

Laraine bajó la cabeza y respiró con intensidad.

—Cuando tenía once años me escapé de casa. Estaba cansada de la soledad. Mi padre viajaba constantemente y yo me aburría, así que me embarqué de polizón en uno de los barcos de mi padre. Fue un viaje movido y truculento. La embarcación sufrió un ataque y se incendió. Estuvimos a punto de hundirnos. Vi morir a decenas de hombres envueltos en llamas y ese olor, creedme, jamás se va de la cabeza. Roger se enfadó muchísimo conmigo. Me castigó con severidad y me envió dos años a un convento. Creo que no le molestó tanto el hecho de que le desobedeciera, como la posibilidad de haberme perdido para siempre. Estoy segura de que la medida le dolió más a él que a mí —hizo una pequeña pausa y torció el gesto de sus labios hacia la derecha—. Reconozco que los primeros meses fueron incluso más aburridos que estar sola en casa, pero durante el tercer mes, se produjo un terremoto. El seísmo apenas se sintió en el lugar en el que estaba, pero en otras ciudades no muy lejanas, fue devastador. Empezaron a llegar heridos, evacuados... El convento se llenó de niños moribundos, hambrientos; de hombres a los que la muerte perseguía y de mujeres desesperadas. Hicimos lo que pudimos. Fue allí donde aprendí a tratar heridas.

—Por eso sabíais que la herida de don Fortún era mortal —la mujer lo miró, saliendo de aquella remembranza y volviendo al presente—. Recuerdo que me dijisteis que rezara por su alma.

—Creo que todos de alguna forma lo sabíamos, aunque es difícil reconocer en nuestro interior que aquel a quien amamos se va a ir.

Miguel acercó su mano a la de Laraine. Le gustó ver en ella a una mujer fuerte.

—Debo ir a prepararme.

—Id.

Miguel subió despacio las escaleras. No iba a ser una jornada fácil.

El amanecer trajo nubes grises, pero, después, el viento las arrastró, barriendo la lluvia hacia el suroeste. Aun así, cuando el cortejo fúnebre abandonó el hogar de los Almoravid en la Navarrería, el suelo estaba mojado y embarrado. En el camino hacia la catedral se habían congregado varios vecinos; algunos por curiosidad, otros con verdadera pena. El funeral fue largo o eso al menos le pareció a Miguel. Sin embargo, el entierro se le antojó demasiado breve. Como uno más, arrojó a Teresa y al resto de la familia y

esperó junto a la tumba reciente, el pésame de todos los que aguardaban en fila. Seguía allí cuando un pequeño disturbio llamó su atención. Miguel se volvió. Pere parecía discutir con dos mujeres.

–Disculpadme –se excusó. Lo último que faltaba era un alboroto durante el entierro y encima protagonizado por su propio escudero.

–¿Qué ocurre, Pere? –le preguntó. El escudero gritaba palabras malsonantes ante dos mujeres que permanecían con la cabeza cubierta.

–Estas rameritas... ¿Cómo se atreven a aparecer en este sitio? Solo cumplo con mi deber.

El cuerpo de Miguel se tensó en el momento en que reconoció a ambas.

–Desaparece de aquí, Pere. Yo me ocupo.

–No debéis perder el tiempo con estas mujeres de mala vida. Las sacaré de aquí aunque sea a puntapiés –Pere parecía estar disfrutando en su papel.

–He dicho que yo me encargo. Vete con el resto de escuderos y no molestes más. Si creas problemas seré yo el que te saque de aquí a latigazos. Luego hablaré contigo.

Pere se alejó molesto. El odio le salía por todos los poros de su cuerpo y no era capaz de controlarlo.

–Disculpadle, señora –dijo Miguel, sintiéndolo de corazón–. Pere a veces es un estúpido y el resto del tiempo se comporta como si lo fuera.

–Quizá sea porque su señor no le ha enseñado bien.

–Seguramente tengáis razón. Un hueso duro de roer.

Narbona se acercó a Miguel y le tomó de las manos.

–Solo queríamos daros el pésame y deciros que lo sentimos mucho.

–Muchas gracias, señora. Agradezco mucho vuestras palabras y vuestra presencia. ¿Cómo está Rodrigo?

–Crece fuerte y robusto, aunque lejos de mí.

–Será un gran hombre.

–De eso no me cabe la menor duda –dijo Narbona acompañando las palabras con una leve sonrisa. Rodrigo se estaba convirtiendo en un hombre tan alto y fuerte como su padre, el nuevo rey–. Debemos irnos. Pasaos un día por *Los Tres Caminos*, seréis bien recibido.

Godina se acercó entonces a Miguel, cogió sus manos y le dio un beso en la mejilla.

–Os acompaño en el sentimiento, Miguel.

–Gracias, Godina.

–Y si queréis un consejo –añadió acercándose al oído del joven–, mantened a ese escudero a raya. No me gusta su aspecto y no me gusta su mirada. El otro día tampoco me gustó, pero hoy me gusta menos.

–¿El otro día?

–Hace unos días estuvo en *Los Tres Caminos*.

–¿Pere?

–Estaba acompañado de otro hombre que no se dejó ver la cara en ningún momento, pero lo recuerdo, porque invitó a beber a todos los que se hallaban en la posada en ese momento. Me pareció sospechoso y ya sabéis que yo tengo olfato para esas cosas.

Pere caminaba con los puños apretados. No iba a esperar de brazos cruzados el sermón de Miguel. En vez de aguardar con el resto de escuderos, se marchó hacia la casa.

–Soy Pere, el escudero de don Miguel. Me ha pedido que le lleve un caballo a doña Teresa. Está demasiado abatida para regresar andando.

Fue más sencillo de lo que había imaginado, más fácil que quitarle un trozo de pan a un niño. Entró en las caballerizas, preparó un palafrén. «Lástima que no pueda llevarle un caballo de guerra de esos magníficos que posee don Iñigo. Pero eso levantaría sospechas». Así que se tuvo que conformar con el palafrén. Escondió sus tesoros en las alforjas y algo de comer que tomó a toda prisa y salió delante de las narices de todos aquellos guardias. «Jamás volveré a esta casa», se dijo con determinación.

La campana había dejado de tañer. El silencio era absoluto en casa de los Almoravid. Miguel estaba molesto. Había odiado el repiqueteo continuo de la campana, pero tenía que reconocer que aquel silencio era aún mucho peor. García, Jimeno e Iñigo estaban hablando con el rey. A él no lo habían convocado. No es que le importara ese hecho, lo que le mataba era no poder hacer nada. Poco se había podido sustraer de aquellos dos hombres apresados. Apenas una vaga descripción de su benefactor. Eso no era nada. Si no lograban averiguar algo más, pronto serían ejecutados y eso era lo que temía que estuvieran acordando en su ausencia. Tenía que haber una forma de sonsacarles la verdad antes de que fueran ajusticiados. Miguel, como el resto de los Almoravid, quería un nombre.

Salió al patio. Una bocanada de aire frío lo recibió sin piedad. Un aire tan gélido como las muestras de condolencia que había exhibido don Yenegro

Martínez de Subiza. Al menos se había dignado a estrechar la mano de la familia. Aunque no la de él. Había pasado por delante de Miguel sin siquiera mirarlo. Con ese porte de indiferencia que tan bien sabía exhibir. Ya no era el caballero joven y ágil que un día fue, pero su mirada seguía siendo de muerte. Se había hecho acompañar por Terrén, que tenía la capacidad de mostrarse tan frío y cruel como él. Supuso que por eso se llevaban tan bien. El propio don Yenegro había excusado la ausencia de su hijo, que estaba de viaje. Pero a saber cuál era la verdad. El guardia de la puerta lo saludó con la cabeza y él hizo un gesto parecido. Recorrió el lugar despacio, marcando cada paso, mientras observaba cada palmo del muro y del suelo. El carruaje destrozado estaba en un rincón. Alguien se había encargado de llevarlo hasta la casa, aunque él no recordara haberlo visto antes ni tenía idea de por qué lo habían dejado allí. Las maderas estaban rotas en la parte trasera, astilladas por el impacto de alguna maza. La parte delantera no había corrido mejor suerte; casi toda ella estaba quemada. Varias flechas continuaban allí clavadas, testigos mudos del asesinato consumado. Miguel arrancó una de ellas. Sus ojos se clavaron en su afilada punta, ahora resquebrajada en parte. Una flecha común para un asesino común, desconocido. Si aquella flecha pudiera hablar, reconocer la mano con la que había sido lanzada... Con cierta desgana apoyó sus manos sobre los restos del carruaje y elevó su mirada al cielo negro, ausente de estrellas y de luna.

El sonido de unas palabras llegó hasta sus oídos. El rey parecía disponerse a abandonar la casa de los Almoravid. La despedida duró unos instantes, luego el silencio cubrió de nuevo el techo de la casa familiar. Miguel soltó la flecha, que cayó al suelo sin hacer ruido y se dispuso a caminar de nuevo. Despacio, se acercó hasta las caballerizas y deambuló entre los animales. Estos parecían inquietos. Se acercó hasta su caballo y lo saludó, acariciando su cuello.

—¿Vais a salir, señor? —le preguntó uno de los muchachos que ayudaban en el mantenimiento de las caballerizas.

—No, no voy a salir —respondió algo molesto.

El muchacho se alejó y continuó con sus tareas, Miguel regresó hacia la casa. Abrió la puerta con cuidado, como si él mismo temiera hacer ruido. La luz se escapaba de la puerta entreabierta del salón pequeño y las voces de Jimeno, Iñigo y García llegaban en susurros. Miguel se dirigió hacia la escalera, pero una voz lo llamó.

–¡Miguel! ¿Sois vos?

El infanzón se acercó a la puerta.

–Pasad –le invitó don Iñigo–. Comed algo.

Sobre la mesa quedaban algunas sobras de la cena que le habían ofrecido al rey. Miguel se sirvió y comió despacio. Su tío Jimeno llenó un vaso con vino para él. Se sintió un poco incómodo allí, siendo el objeto de las miradas de los demás.

–¿Hay alguna noticia sobre el resto de los atacantes? –preguntó Miguel, intentando borrar aquel maldito silencio.

–Don Gonzalo llegará aquí mañana con cuatro de ellos y, al parecer, don Sancho Fernández ha dado con otro –dijo Iñigo.

–Eso hacen diecinueve contando los dos que apresamos nosotros y los doce fallecidos –comentó Miguel–. Nos falta uno.

–Y será encontrado –aseguró don Jimeno–. Aunque tengamos que buscarlo en el mismísimo infierno.

Miguel miró de reojo a García. El joven permanecía un poco apartado, callado, jugueteando absorto con una flecha encima de la mesa.

–¿Vais a preparar otra partida? –preguntó Miguel–. Me gustaría unirme.

–Iñigo partirá al alba con algunos hombres, pero vos debéis quedaros aquí –señaló Jimeno.

Miguel se sintió algo ofendido.

–¿Hay algún motivo en particular por el que deba quedarme? –preguntó. Intentaba aparentar normalidad, aunque se sentía dolido por no verse incluido.

Había sido una orden del propio rey. Los enfrentamientos entre los Almoravid y los Martínez de Subiza habían llegado demasiado lejos. Y, aunque la participación de los hombres de don Yenegro nada parecía tener que ver con el ataque que acabó con la muerte de don Fortún, todos habían estado de acuerdo en que el de Grez se quedara al margen. Al menos hasta que todo se aclarara. Pero nada de esto querían decirle a Miguel. Así que Iñigo intentó suavizar el terreno y esgrimir otra razón, que, aunque cierta, no era del todo la verdad.

–El rey ha hecho a García depositario de las tenencias de Aibar y Falces –declaró.

Miguel miró entonces a su amigo. Seguía abstraído, sin participar en la conversación.

–Es una gran noticia, una estupenda nueva –declaró el de Grez con

sinceridad—. Aunque es una pena que no podamos celebrarlo como es debido. En cualquier caso os felicito, García.

El joven Almoravid miró por primera vez a su hermano de sangre, pero enseguida desvió la mirada de nuevo hacia la flecha.

—Pero... —prosiguió Miguel dirigiendo la cuestión hacia sus tíos—, no entiendo qué tiene que ver ese nombramiento conmigo.

—García necesitará ayuda con los preparativos y la organización de todo —contestó Iñigo.

Miguel fue a protestar. Todo estaba ocurriendo con demasiada celeridad. «Y esto —pensó—, ¿dónde me deja a mí?».

—Ayudaré a García con eso —concedió sin demasiado entusiasmo, pero con la suficiente fuerza como para que sonara sincero.

—Además... vos tenéis una boda que preparar —le animó Jimeno.

—Todavía estoy de luto por mi madre, sin contar la muerte de don Fortún y que Roger sigue convaleciente. Es pronto para pensar en eso.

—Pronto o no, tendréis que prepararla. García os ayudará a vos. No hace falta que sea fastuosa. Solo casaos pronto.

Miguel miró a su amigo en busca de un poco de apoyo moral, pero solo encontró vacío. Un vacío creado en torno a esa flecha que hacía girar insistentemente sobre la mesa. Y que parecía arrastrar el tiempo hacia ella, orgullosa, con las plumas de ganso coloreadas de amarillo y azul. Esa saeta de muerte tan.. tan... ¡tan Almoravid! El infanzón se levantó de golpe, el asombro pintado en su rostro. Por un instante, Jimeno e Iñigo creyeron que su reacción tenía que ver con la referencia a su matrimonio. Hasta que Miguel empezó a balbucir unas cuantas palabras que no llegaban a tener sentido.

—La flecha-sí-la flecha-maldita-sea-cómo es posib...no puede ser.

—¿Se puede saber qué os ocurre? —preguntó Iñigo, levantándose a la par.

Miguel señaló la flecha con su dedo índice, seguro, delator.

—¿Es esa la flecha que mató a padre?

No era una pregunta dirigida a nadie en concreto. Ni siquiera era una pregunta que esperara respuesta. Pero logró que García centrara su vista perdida por fin. Primero en su hermano de sangre, luego en la flecha y después de nuevo en Miguel. Los cuatro hombres miraron entonces esa saeta por unos instantes. Llevaba los colores del escudo Almoravid —en campo dorado, tres bastones de azur— en sus plumas. Hacía algunos años las plumas de las flechas Almoravid habían sido amarillas y negras, pero el maestro de armas había

dado con una mezcla especial para poder colorearlas de azul Almoravid y no confundirlas con los Subiza, cuyo escudo de armas pintaba en campo de oro un chef de sable negro. Y ahora todas las flechas Almoravid se diferenciaban por sus colores azul y amarillo.

¿Cómo no se habían dado cuenta antes? Miguel salió de la estancia corriendo y se dirigió al patio. En la oscuridad de la noche buscó la flecha que momentos antes había arrancado de los restos del carruaje y tirado al suelo.

–¡Luz! –pidió a gritos–. ¡Que alguien traiga luz aquí!

Jimeno, Iñigo y García habían salido tras él. Iñigo entró de nuevo y cogió la antorcha que iluminaba la entrada de la casa.

Miguel buscó y rebuscó entre los restos, arrancando con furia todas las flechas que quedaban entre el carruaje incendiado. Con ellas en la mano, entró de nuevo en la casa.

–¿Qué ocurre? –preguntó Guillaumes tras escuchar las voces de los mayores y salir a ver si sucedía algo serio. El pequeño episodio también había sido contemplado por los guardias que custodiaban la casa, pero ninguno se atrevió a abandonar su puesto e interesarse por el alboroto.

Los cuatro hombres entraron en el salón pequeño sin decir nada. Miguel dejó sobre la mesa las flechas que había cogido. García colocó la que guardaba un poco más lejos, aquella que él mismo había arrancado del cuerpo de su padre. Todos se quedaron contemplando la escena como si alguien hubiera congelado el tiempo.

–Guillaumes, cierra la puerta y ven aquí –pidió Jimeno a su sobrino.

La tensión impregnó aquella sala hasta hacer el aire irrespirable.

–Una flecha Almoravid mató a mi hermano –clamó por fin Iñigo, mirando a los demás.

Durante unos instantes nadie se atrevió a hablar.

–¿Estáis hablando de fuego amigo? –preguntó Guillaumes en un susurro mientras tragaba saliva.

–¡Imposible! –dijo su hermano. Aquellas eran sus primeras palabras después de un largo día de silencio–. Ninguno de nosotros disparó flechas.

–¿Estáis seguros? –preguntó Jimeno, que no había estado presente en el momento del asalto y quería atar todos los cabos sueltos.

–Ninguno –repitió Iñigo.

–Ninguno –confirmó Miguel–. Estaban ocultos entre los árboles. Era casi imposible acertarles, así que optamos por envolverlos.

–Eso solo nos deja una opción posible: hay un traidor entre nosotros – constató Jimeno.

El silencio desapareció de pronto. Había que actuar y había que hacerlo con prontitud y decisión. No podían arriesgarse a que el culpable escapara. El abatimiento de García desapareció de golpe. Se movía por la casa como un rayo que acabara de ser lanzado de la peor de las tormentas. Las órdenes se sucedían sin cesar, pero sin provocar caos en la casa, aunque sí un gran movimiento. Miguel contemplaba a los dos hombres que ahora custodiaba. Esa había sido la primera orden de García. Hasta que encontraran al traidor, no se fiaba de nadie y lo último que quería era que aquellos dos asesinos se le escaparan de sus propias narices. Así que García había encomendado aquella misión a alguien de su máxima confianza.

Tenían el pelo revuelto, sucio, lleno de pegotes de sangre reseca que lo enmarañaba por todos los lados. Uno de ellos presentaba una herida en el pómulo que recalca su aspecto demacrado. El otro había perdido una oreja, seguramente en el transcurso de uno de los interrogatorios.

«Hay un traidor entre nosotros», las palabras de Jimeno traspasaron otra vez sus oídos como si acabaran de ser pronunciadas. «Así que eso explica por qué solo han aparecido diecinueve hombres. El vigésimo... el vigésimo se encuentra entre nosotros».

Miguel miró con desdén a los rehenes; miseria de hombres que no merecían ni siquiera poder sentarse en el suelo que tenían bajo sus pies. Había escuchado de labios de otros las descripciones de quien había pagado con monedas la sangre de don Fortún, pero ahora quería escucharlo de primera mano. Eligió al que le pareció más débil, pero estaba demasiado exánime siquiera para poder hablar. Así que se volvió hacia el otro. Pero no logró arrancarle nada que no supiera. Debía concentrarse en esos datos y colocarlos en el rostro de alguien, de alguien conocido. Pero ¿quién? Sin remilgos, le hizo repetir de nuevo la descripción al preso.

–¿Don Miguel? –la voz de Jaime distrajo sus pensamientos.

–¿Qué quieres? –bramó Miguel, algo molesto por aquella interrupción.

Jaime se acercó con cuidado, pero no dijo nada hasta estar cerca de su señor. Tan cerca como para hablarle al oído.

–Pere no está, señor.

Miguel lo miró a los ojos, estudiando sus facciones.

–¿Qué quieres decir con que Pere no está? –le cuestionó, susurrando para que ninguno de los dos reos lo escuchara.

–Quiero decir que no está en la casa.

–¿Estás completamente seguro?

–Sí, señor. He mirado bien –dijo Jaime algo nervioso.

–¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

–En el entierro de don Fortún.

De eso habían pasado ya horas.

–Ve directo a don Iñigo. Dile que quiero verlo enseguida y venid los dos aquí.

El infanzón se movió inquieto por el lugar. Arrastrando los pies sobre la paja.

–¿El señor está preocupado por algo? –preguntó soltando una carcajada el hombre que acababa de ser interrogado.

Por toda contestación Miguel sacó la espada y se la puso en el gaxate.

–¡Vamos! –le retó en un conato de osadía o de desesperación–. ¡Matadme!

–Eso es lo que te gustaría, canalla. Fácil y rápido. Pero sufrirás cada gota de sangre Almoravid que has hecho derramar.

El de Grez tomó varias cuerdas y amarró fuertemente las piernas de ambos hasta cortar casi la circulación por ellas. Luego hizo lo propio con los brazos y colocó una fuerte mordaza sobre sus bocas. Cuando estaba terminando la tarea, el sonido de pasos anunció la llegada de su tío.

–¿Qué ocurre, Miguel? –preguntó Iñigo, temiendo que en un arrebato su sobrino hubiera acabado con la vida de los dos asaltantes.

–Pere –le dijo muy bajito, cerca de su oído–. Encaja con la descripción. Y no está en la casa.

El Almoravid miró entonces hacia Jaime. Este se había hecho muy pequeño.

–Yo mismo lo comprobaré.

El tiempo pasaba como eterna condena. La furia de Miguel empezaba a ser incontenible. ¿Por qué había supuesto que Pere podía ser diferente a su padre? Estaba en sus genes. ¡Maldito el día en que aceptó tomarlo como escudero y maldito el día en que encontró a Gunter, hijo de Rinoso, flotando en el Runa!

Iñigo miró con severidad a Miguel, lo que hizo que este confirmara sus sospechas. Se acercó hacia él para alejarse de los oídos de los prisioneros y para escuchar la sentencia. Al parecer, el escudero se había marchado poco

después del entierro y se había llevado un palafrén con la excusa de que doña Teresa lo requería. Al menos no era un caballo de guerra, se consoló tristemente Miguel.

–Ordenaré que unos cuantos de nuestros hombres vayan en su busca.

Miguel negó con la cabeza.

–Soy yo el que debe arreglar este asunto. Pere era mi escudero, yo le daré caza. Además, los hombres ya han tenido suficiente búsqueda durante los últimos días.

–¿Sabéis dónde buscarlo?

–Pere es un cobarde y a un cobarde hay que buscarlo entre cobardes.

–Vuestro hermano querrá saber...

–Decidle la verdad.

–Miguel, traedlo vivo. ¿Habéis entendido?

El infanzón asintió despacio.

–Miguel. Es una orden Almoravid. Lo quiero vivo.

Apretó los labios. Le iba a resultar difícil contener su ira cuando lo encontrara, pero sabía que su tío tenía razón. Aunque primero había que darle caza.

–Os lo entregaré vivo.

Miguel se volvió hacia Jaime y le ordenó que ensillara su caballo y otro para él y que preparara víveres y agua para unos cuantos días. Miguel buscó sus armas y se preparó para una empresa que no sabía cuánto tiempo iba a durar. Lo cierto es que no tenía ni idea de por dónde empezar a buscar a su escudero. Tenía una corazonada, sí, pero era solo eso, un presentimiento.

Con un movimiento rápido, Álvaro pasó su dedo índice sobre sus labios, cruzándolos de lado a lado. Con ese gesto pretendía quitarse todo el barro y el polvo que tras dos días de viaje bajo la lluvia se habían pegado a su rostro. Bartolomé corrió a la entrada en cuanto vio que la puerta de la morada de los Martínez de Subiza se abría.

–¿Y Juan? –le preguntó al muchacho.

–Está sirviendo a vuestro padre, señor –le contestó este con la cabeza gacha y la mirada vuelta hacia sus propios pies.

Álvaro no tenía especial afecto por Barti, como todo el mundo seguía llamándolo, a pesar de haber dejado de ser un niño. Físicamente, cada vez se parecía más a su hermano, pero carecía del aspecto desafiante de Miguel. Lo

primero le hizo ser blanco de las iras de don Yenegro durante cierto tiempo. Lo segundo le había librado de los padecimientos físicos a los que el señor de Subiza sometió a Miguel durante la infancia. Don Yenegro, simplemente, se había aburrido. Era un superviviente a su manera, más cariñoso y protector que su hermano mayor, más diplomático, quizá, pero ninguna de esas cualidades ponían en jaque al señor del lugar, por lo que lo había dejado crecer tranquilo.

Álvaro le entregó los guantes y su capa.

–Dile a Francisco que venga a desensillar mi caballo.

–Francisco está Pamplona, señor. Yo lo puedo hacer, si el señor lo cree oportuno.

–Está bien, Bartolomé. Deja mis guantes y mi capa en la casa y ven a las caballerizas. Mientras, yo conduciré el caballo hasta allí.

Estaba cansado y necesitaba una cama. Todavía no tenía muy claro por qué su padre le había enviado a Petilla. Y lo cierto era que las últimas actuaciones de su progenitor eran, cuando menos, un poco extrañas. Como cuando le hizo entrega de aquel dinero para el monje, con la intención de reconstruir el monasterio en ruinas. En el fondo le daba igual, porque aquel viaje le había permitido alejarse durante unos días de la vigilancia paterna. Álvaro entró en los establos y encendió una tea, con cuidado de no rozar ningún elemento que pudiera arder. En uno de los rincones le pareció escuchar voces.

–¿Terrén? ¿Sois vos? –preguntó Álvaro una vez dentro de los establos.

–Vuestro padre no os esperaba hasta mañana.

–¿Con quién hablabais?

–¿Yo? Con mi caballo. ¿No habláis vos con el vuestro? Deberíais hacerlo. Os obedecería mejor.

–Estáis tan loco como... –Álvaro se calló de repente.

–¿Calláis? Mejor así. No es prudente hablar mal de vuestro padre. En especial delante de alguien que se ha ganado su confianza.

Álvaro se retiró hacia el otro lado del establo dirigiendo a su caballo. Barti entró poco después, rápido, silencioso, eficaz y tomó las riendas que Álvaro le ofreció.

–Yo lo haré, señor.

Álvaro estaba demasiado cansado. Sin decir nada más, dejó el cuidado de su montura al hijo de Juan, se despidió de Terrén y se dirigió hacia la casa.

Bartolomé acarició al caballo. Le gustaba cuidar de ellos. No soñaba con

montar uno de guerra, como siempre había hecho su hermano. Ni con ganar gloria en el combate. El objeto de sus deseos estaba más cerca. Se llamaba Juana y era la hija del carnicero. Mientras desensillaba el caballo, recordó su rostro y se deleitó en aquel recuerdo. Unas voces roncadas lo expulsaron de golpe de su ensoñación.

—¿Cómo te atreves a venir aquí pidiendo, no, exigiendo, mi ayuda, sucio miserable?

No sabía a quién iba dirigida aquella queja, pero algo en su mente le dijo a Bartolomé que no debería escuchar aquella conversación. Sin embargo, no había forma de salir sin que lo vieran. Así que se apretó contra la pared y rezó para que nada delatara su presencia.

En cuanto oyó la interpelación, Pere comprendió que había errado en su estrategia, pero ya era demasiado tarde para cambiar las cosas. En su huida desesperada se le había ocurrido que Terrén lo ayudaría. Lo ocultaría, o le facilitaría un escondite, una vía de escape; algo.

—Tenéis que ayudarme —imploró de nuevo—. Los Almoravid...

—¿Tenéis? Yo no tengo que hacer nada por ti.

—Pero vos me prometisteis...

—Yo jamás te he prometido nada que no tengas ya. Creo que lo que recibiste es más que suficiente.

Bartolomé arrugó el entrecejo en su escondite, como hacía siempre ante algo que no comprendía. ¿De qué hablaban y quién era el que estaba con Terrén?

Pere se sentía abandonado y acorralado. Por eso, sin darse cuenta de que Terrén carecía de escrúpulos, se atrevió a seguir hablando.

—Pero si me cogen... sabrán que vos, sabrán que don Álvaro...

—Entiéndelo bien —le dijo Terrén agarrándolo por el cuello—. ¿Crees que puedes venir aquí y amenazarnos? ¿Crees que puedes hacerle chantaje al señor de Subiza? Estás solo en esto. Puedes acusar a Álvaro, ¿pero qué crees que hará su padre? ¿Crees que permitirá que un sucio escudero como tú, un escudero Almoravid, ensucie el buen nombre de los Martínez de Subiza? Es cierto que don Yenegro no tiene mucho aprecio por su hijo, pero, ¿de verdad crees que permitirá que alguien sin nombre juegue con él? Podrás decir lo que quieras. Pero, ¿a quién creerán? ¿A un escudero? ¿O a un caballero, a un ricohombre del reino?

Pere comprendió que lo habían utilizado para esa lucha que los Subiza

tenían planteada.

–Será mejor que desaparezcas cuanto antes de aquí. Por lo que a mí respecta, nunca has estado conmigo. Y nunca hemos hablado. Si intentas implicarme en algo, serás hombre muerto antes de que tu boca haya pronunciado siquiera la primera letra de mi nombre. Y, ahora, vete. Ya.

–Dadme al menos algo de comida.

–Ya tienes tu oro. ¡Lárgate o yo mismo te mataré aquí y ahora!

Pere se mordió la lengua y se largó por donde había venido.

En su escondite, Barti luchaba contra su corazón desbocado. No tenía ni idea de con quién había hablado Terrén, ni le importaba lo más mínimo ninguno de sus asuntos. Pero, aunque no había podido escuchar todas las palabras, en aquella conversación había salido la palabra Almoravid y eso le hizo pensar en su hermano. Esperó un buen rato, hasta que las voces, los pasos y la luz se extinguieron, y solo entonces se decidió a salir del establo.

Álvaro se presentó ante su padre, antes de subir a descansar. Lo encontró bebiendo cerca de la chimenea.

–Vuestro mensaje ha sido entregado tal y como me ordenasteis, señor – Álvaro odiaba dirigirse a su padre llamándole señor, como hacía todo el mundo. Pero don Yenegro no le permitía ninguna clase de acercamiento.

–Podéis retiraros –le dijo, sin darle tiempo a dar mayores explicaciones. Algo confuso, Álvaro se despidió y subió a sus aposentos. Al oír el ruido de la puerta de su cuarto, María dejó su labor encima de la mesa y se fue hacia allí. Cuando Álvaro estaba en casa se sentía mejor. Seguía temiendo a su suegro, pero el temor era menos intenso. María siempre lo recibía con una sonrisa, pero aquella vez tenía el rostro serio.

–Me alegro de vuestro regreso –le dijo ella, indicando con un gesto a Juan que saliera y los dejara solos.

–¿Y nuestro hijo? –le preguntó, mientras se lavaba rostro y torso con el agua que Juan le había llevado.

–Jugando en la sala de labor.

Álvaro asintió. Por un momento, el rostro circunspecto de su esposa le había hecho sospechar que había ocurrido algo.

–Pronto anochecerá –dijo por decir algo–. Hoy ha sido un día largo.

–¿Queréis que pida que os suban aquí algo de comer?

El caballero asintió. María le acercó una toalla y se quedó mirando a su esposo largo rato. Había algo que le quería decir, pero no acertaba con las

palabras y no sabía si sería oportuno.

–Álvaro... –se decidió al fin–. Hoy han enterrado a don Fortún Almoravid.

El joven se quedó parado, mirándola con incredulidad.

–¿Ha muerto don Fortún? No sabía que estuviera enfermo.

María negó con la cabeza.

–No ha muerto por enfermedad. Hubo un ataque. Alguien asaltó a los Almoravid cuando se dirigían a Tudela invitados por el rey.

La cara de Álvaro mostró sorpresa e incredulidad.

–¿Ha habido más heridos?

–Algunos. El peor parado ha sido un tal Roger, un invitado de los Almoravid.

–Roger de Salerno –dijo él. Álvaro había oído que estaba en Navarra. Roger de Salerno, el padre de la dama con quien Miguel iba a desposarse–. Los Almoravid no tendrán piedad con quien sea el responsable –pronunció Álvaro.

–Decidme que vos... que vos no tenéis nada que ver.

–¿Cómo podéis pensar algo así?

–Sé que vos no lo haríais, pero vuestro padre... –dijo bajando la voz hasta casi desaparecer–. Si los Almoravid imaginan que los Subiza tienen algo que ver... atacarán.

–Os preocupáis sin razón. Los Almoravid no nos atacarían solo por una sospecha y creedme si os digo que no la tendrán, porque esta vez nosotros no hemos tenido nada que ver.

«Esta vez –se repitió María para sí–. Esta vez, no. Pero, ¿y las demás?».

–Id a pedir esa cena para mí. El camino me ha dado hambre –le pidió, acercándose a ella y besando su frente.

María salió de la habitación. Sus manos temblaban.

Bartolomé se acostó bien entrada la noche. Se había olvidado del suceso que había presenciado en los establos. En aquel momento le había impresionado, pero estaba acostumbrado a los arrebatos de ira de los señores y caballeros de aquel lugar, a los episodios de exhibición de poder y de fuerza y, especialmente, de humillación. Aquel no era sino otro de aquellos incidentes. Escuchando los ronquidos de su padre se quedó dormido.

Los días eran cortos, demasiado cortos, se dijo Miguel, mientras cabalgaban lo más deprisa que podían, abriéndose paso entre la oscuridad de la noche. Las dos antorchas que portaban apenas iluminaban el camino, pero él tenía el destino bien definido y esperaba que la intuición y el conocimiento de aquella ruta le bastaran para no perderse.

Mientras terminaban de preparar los caballos, Miguel había estado debatiendo en su interior las posibles rutas. Pero había sido un comentario de Jaime el que lo había decidido en última instancia.

–Hace tiempo que debía haberos dicho esto –le había comentado su escudero. Miguel lo había mirado esperando sus palabras–. Es sobre la enfermedad de Pere el día del entierro de vuestra madre. Cuando regresamos no estaba en la cama. En su lugar encontré un muñeco de paja. Entonces no le di importancia, porque creí que se podría tratar de un asunto de mujeres. Ya sabéis, pensé que quizá fingía estar enfermo para pasarlo bien con alguien.

–Muy oportuno –había comentado Miguel–. Los Martínez de Subiza me estaban esperando. Mejor dicho, Terrén me estaba esperando. Sabía que iba a ir y sabía por dónde. Alguien me delató.

–Y el día del ataque... –había dejado caer Jaime.

No hizo falta que continuara. Miguel lo tuvo claro. El día del ataque casualmente también estaba enfermo. Eso le había librado de estar allí y de ser atacado. Solo quedaba comprobar si había estado al otro lado, si había sido él quien había liberado la flecha que se había hundido en el pecho de don Fortún o se la había dado a otro para que lo hiciera. Esa declaración de Jaime había cambiado la idea primera de Miguel de cabalgar hacia el norte. En un momento dado, había creído que Pere habría podido escoger el camino que un día eligió su padre, cuando iba a matarlo. Pensó que, tal vez, él se dirigiría también hacia el lugar donde sus antepasados moraron, pero esa revelación le hizo cambiar de opinión. Eso, y el recuerdo de las palabras de Godina, durante el entierro de don Fortún, cuando le dijo que había visto a Pere conspirando con alguien en la taberna de *Los Tres Caminos*.

–No perdamos tiempo –le había dicho Miguel.

–¿Adónde vamos? –había preguntado por su parte Jaime.

–Al mismísimo infierno.

Y, efectivamente, allí estaban, a las puertas del mismísimo infierno. O eso pensaba Jaime, porque sospechar de los Martínez de Subiza era una cosa y meterse en su guarida, otra bien distinta.

Jaime esperó órdenes. Miguel estaba muy silencioso y el escudero no se atrevió a pronunciar palabra alguna. Temía cualquier cosa que pudiera ocurrir a continuación. Estaban a varios pies de la tapia de la casa de los Martínez de Subiza. El ladrido de un perro se escuchaba con nitidez en la noche.

–Espérame aquí –dijo por fin Miguel–. No te muevas de la posición y no te delates. No sé cuánto tardaré. Sé paciente y tú solo espera.

Jaime confirmó con la cabeza y a Miguel se lo tragó la oscuridad de la noche.

Respirar el aire de Subiza siempre le traía amargos recuerdos, pero en aquella ocasión no había tiempo para lamentos, ni para lejanas evocaciones. Así que Miguel apretó los dientes y caminó con seguridad por un terreno conocido. El negro de la noche lo ayudaba a mimetizarse, pero también le impedía ver con claridad. Y eso era un obstáculo. Recordaba con exactitud dónde se situaban los vigías cuando él vivía en aquel lugar, solo esperaba que don Yenegro no hubiera cambiado sus costumbres. La tapia crecía ante sus ojos. Algunos gritos y escenas del pasado llamaban a su mente, pero evitó permitir que lo arrastraran. Con cuidado, escaló por el lado norte y se asomó por encima del muro. Todo parecía tranquilo. Tras mirar a ambos lados, decidió saltar. Estaba quebrantando unas cuantas leyes y unos cuantos mandatos. Se permitió una sonrisa maliciosa, que se borró de golpe cuando sintió el aliento de un galgo y su repentino ladrido. No contaba con eso y el corazón se le subió de golpe al cuello. El animal lo olfateó con insistencia y luego relajó su ladrido. Miguel respiró aliviado. Aquel animal parecía haberle reconocido como amigo. Tras superar el pequeño susto, se introdujo en la casa por la ventana de la cocina y se acercó despacio a su objetivo.

Barti dormía apaciblemente cuando una mano apretó su boca y lo despertó de golpe. Confundido, somnoliento y atemorizado, intentó controlar la situación, pero no pudo. Pataleó y movió sus manos con impulsos incontrolables.

–Soy yo, Miguel, tu hermano.

Las palabras llegaban a su mente, pero no podía comprender su significado. Solo pensaba en quitarse de encima a la persona que lo estaba atacando. Intentó pedir que lo soltara con el miedo bailando en su estómago, creyendo que Terrén o don Yenegro intentaban divertirse con él. Hasta que, de pronto, las palabras cobraron sentido y dejó de agitarse. Cuando Miguel notó que su hermano se tranquilizaba un poco, lo agarró por el brazo y se lo llevó a

los establos. Bartolomé se dejó llevar. ¡Qué más podía hacer! Su hermano todavía era más fuerte y más alto que él y era un hombre de armas.

—¿Qué hacéis aquí? —le preguntó de golpe, en la oscuridad del establo—. Nos matarán a los dos.

—Seré breve, Bartolomé. No quiero ponerte en aprietos. Solo busco información. Busco a alguien.

—¿Uno de los que mató a don Fortún?

—Podiera ser. Quiero que me digas si hoy ha venido por aquí alguien que haya pedido hablar con Terrén o con don Yenegro.

Bartolomé se quedó en silencio durante unos instantes y el miedo retornó a su cuerpo. Bajó la mirada al suelo. Su hermano no vio su reacción, pero el silencio que mantenía Barti le hizo pensar que había habido alguna visita inesperada.

—¿A quién buscáis exactamente? —le preguntó el menor de los hijos de Juan.

—A mi escudero, Pere. Nadie sabrá nunca que he estado aquí y no te pondré en peligro. Pero es muy importante.

—Esta tarde, al regreso de don Álvaro, me he encargado de desensillar su caballo. Mientras me encargaba del animal, unas voces me han llamado la atención. Sin tiempo para salir, no me ha quedado otra opción que esconderme. Os juro que no quería escuchar la conversación, pero estaban muy cerca.

—¿Quién? ¿Quién estaba muy cerca? —insistió Miguel, impacientándose.

—Terrén hablaba con alguien.

—¿Con Pere?

—No lo puedo confirmar. No le vi la cara y no conozco su voz como para decirlo. Y las frases llegaban entrecortadas

—¿Has podido entender algo?

—El otro le ha pedido ayuda a Terrén y este se la ha negado. Han dicho algo de los Almoravid y algo de don Álvaro.

—¿Sigue aquí?

—No, Terrén no se lo ha permitido. Le ha dicho que don Yenegro no le dejaría manchar el nombre de los Martínez de Subiza.

—¿Cuánto hace que se ha ido?

—Las primeras luces se habían encendido ya en la casa.

Miguel se rascó la barbilla. Parecía que había encontrado el rastro de Pere

y que no le llevaba mucha ventaja.

–¿Hacia dónde?

–Ha ido hacia el sur.

–¿Estás seguro?

–No le he visto salir de la casa, pero, poco después de irse, los perros de Martinico han empezado a ladrar.

–Gracias por la información –le dijo Miguel entonces.

El infanzón se volvió una vez antes de irse.

–¿Aita y nuestra hermana, están bien?

–Sí, están bien.

–Cuídate, Barti.

–También vos.

Jaime temblaba de miedo y de frío. Hacía bastante rato que había perdido la noción del tiempo y no sabía si, de la marcha de su señor, hacía mucho o poco. Miró hacia el cielo, intentando descubrir por la posición de las estrellas cuánto tiempo había transcurrido, pero las nubes jugaban con él. El retorno de Miguel lo sobresaltó, a pesar de estar esperándolo.

–Hacia el sur –le dijo.

Y los dos, sin más palabras, montaron y se alejaron de Subiza. Cuando pasaron cerca de la casa de Martinico, los perros empezaron a ladrar. No había luces y Miguel se negó en rotundo a encender las antorchas que habían llevado consigo.

–No cabalgaremos mucho más, pero necesito localizarlo.

Después de una legua, Miguel decidió que lo mejor era detenerse. Calculó que esa sería la distancia que Pere podría haber cabalgado, antes de que la noche se le echara encima. Ciertamente podía haber decidido seguir, a pesar de la oscuridad, pero, por otro lado, Miguel temía pasarse de largo y no contaban con la luz del día para encontrar huellas claras. Así que muy a su pesar, dio el alto.

–Duerme –le dijo a Jaime–. Yo me quedaré de guardia.

El escudero no discutió la orden y pronto se quedó dormido. Miguel permaneció de pie durante un buen rato, escuchando el aire que soplaba, frío pero suave, y los búhos cercanos que salían de caza. La furia que sentía dentro no le permitía pensar en dormir, solo deseaba que se hiciera pronto de día para proseguir su particular persecución.

Jaime no dijo nada cuando sintió que alguien zarandeaba su cuerpo. Se abrigó bien para protegerse del frío de aquella mañana, aún indefinida bajo un cielo arropado por la oscuridad que precede al alba, y subió a su caballo. Miguel no había dormido nada, pero no lo comentó. Tan solo se limitó a ofrecerle algo de comer y de beber y partieron despacio, buscando un rastro, una huella, un indicio que pudiera llevarlos hasta el fugitivo.

Pere se lamentó por enésima vez de que el palafrén que se había llevado de casa de los Almoravid no fuera más rápido, más fuerte, más veloz. Pero era lo único que tenía. Tras salir de Subiza se había sentido desamparado; sin embargo, su instinto de supervivencia le había hecho recapacitar y dejar de lamentarse. Los Almoravid entrenaban a sus hombres para sobrevivir en la guerra y en situaciones extremas y él, aunque no durante mucho tiempo, había recibido ese adiestramiento. Así que no le quedaba más remedio que ponerlo en práctica. Lo que Pere no sabía era que Miguel estaba pensando lo mismo en ese momento. Si el escudero huido quería sobrevivir tendría que poner en práctica lo que los Almoravid le habían enseñado, solo que Pere no era un auténtico Almoravid, y Miguel, sí.

Al infanzón le costó encontrar su rastro y de hecho tuvo que recular varias veces durante aquella mañana, parar y probar diferentes caminos, pero, por fin, halló una huella clara de caballo en un camino secundario, paralelo al principal. Al menos Pere había sido lo suficientemente sensato como para abandonar el camino más transitado. Durante unos cuantos pasos, las huellas desaparecieron. El escudero estaba poniendo en práctica el método de ocultar su rastro, pero parecía que en ciertas ocasiones podían más sus ansias de huir y entonces era descuidado.

Pere miró atrás. Los árboles se mecían empujados por el viento y cualquier ruido le provocaba un susto. Un búho ululó en ese instante. Tragó saliva. «Los búhos se escuchan por la noche, no durante el día. La mente me está jugando una mala pasada», se dijo. Hincó sus espuelas en los flancos del palafrén y se inclinó sobre su cuello. Volvió a mirar hacia atrás y su respiración se aceleró, como si él mismo estuviera corriendo. La vegetación a su alrededor era frondosa, pero no demasiado espesa en las alturas. Podía ver el cielo cubierto de nubes grises. Tras recorrer cierta distancia a galope tendido, decidió dar un poco de tregua a su montura. El viento pareció intensificarse silbando a su alrededor. De nuevo, giró su cabeza. Otra vez

aquel búho. «Los búhos se escuchan por la noche», le decía su cabeza. «Solo hay un búho que caza de día», le replicó una voz muy dentro de él. Se asustó tanto que perdió las riendas y, en un intento por volver a asirlas, se cayó del caballo. Su brazo derecho recibió todo el impacto. No estaba roto, pero sí magullado. Varias gotas de sangre se quedaron impresas sobre las hojas del suelo. Se levantó sobresaltado, mirando en derredor. Allí no había nadie. Se acercó al palafrén y se montó de nuevo. Una sombra pasó a lo lejos por entre los árboles. Su boca se abrió, sus ojos lo hicieron todavía más. «Es tu imaginación. Controla tu miedo», se dijo. La sombra volvió a pasar y tiró de las riendas para volver sobre sus pasos, intuyendo ya que no era únicamente su imaginación. No estaba solo. En aquel bosque había alguien más y si había escuchado a un búho...

Miguel apareció de pronto tras él, imponente en su caballo de guerra, alto, recio y potente. «¿Cómo me ha encontrado?», se preguntó, desolado, pero sin darse por vencido. Iba a ser una lucha desigual: su palafrén contra el caballo de guerra de Miguel, pero, sin pensárselo, salió al galope. «¿Cuántos hombres más habrá?». Siguió adelante, atravesando el bosque que cada vez se hacía menos denso y, por un momento, creyó de veras que lo iba a conseguir. Fue un espejismo. Miguel lo seguía sin forzar su montura, sabiendo que en cualquier momento le podía dar caza cómo y cuándo quisiera. Y así fue. Le bastó con retirarse hacia su izquierda y galopar en paralelo al fugitivo para pasarlo y esperarlo al final del bosque. El palafrén, que no estaba acostumbrado al choque, se asustó al ver al caballo de Miguel y tiró a su jinete. El resto fue fácil. Miguel se abalanzó sobre él, mientras Jaime le cortaba la retirada. No opuso demasiada resistencia y pronto se encontró inmovilizado y con varias vueltas de cuerda sobre sus muñecas.

–Escudero Pere. Se te acusa de haber robado el palafrén de la señora doña Teresa Almoravid.

¹¹ Barañáin.

¹² Durante la Edad Media, Miluce se utilizó como lugar para cumplir las ejecuciones.

¹³ Fududinculo, sodomítico o fodido, era el insulto sexual masculino más utilizado en la época.

¹⁴ Hace referencia a Iñigo Arista, primer rey de Pamplona entre 810/820-852 y al que decían Aritza: roble, en euskera.

UNA AMISTAD BAÑADA EN SANGRE

Muerto el rey D. Sancho el Sabio sucedió en el regno su fijo D. Sancho, intitulado el Fuerte, el qual no solamente fue fuerte en la persona, mas fue mucho esforzado de su corazon real; el qual hobo de su muger un fijo, el qual se llamó el infante D. Fernando Calabaza, el qual corriendo tras un oso cayó del caballo é morió, e fue soterrado en Santa Maria de Tudela á la espalda del coro; é non embargant que no tobiese frontera de moros para pelear con eillos, por acrecentar la fé de nuestro Señor, quiso comprar del rey D. Jaime de Aragon los logares de Aymuz, Castel Abip, Ferrera, Feliron e Callataamor, por tener frontera de moros para guerrear con eillos...

*Crónica de los reyes de Navarra escrita por Carlos,
Príncipe de Viana; y corregida en vista de varios códices
e ilustrada con notas por José Yanguas y Miranda*

TENÍA UN EXTRAÑO Y AGUDO DOLOR DE CABEZA, pero recordaba con claridad meridiana todo lo acontecido en las últimas horas. El lugar en el que se encontraba le era tan familiar que le provocaba náuseas. Estaba en el único lugar del mundo en el que no quería estar y no podía hacer nada por remediarlo. Desde su llegada al hogar Almoravid nadie se había dirigido a él, nadie le había dicho nada. Así que las palabras de Miguel seguían flotando dentro de él. «Escudero Pere. Se te acusa de haber robado el palafrén de la señora doña Teresa Almoravid». Eso era todo, se dijo para tratar de calmarse. Había devuelto el palafrén, bueno, más bien lo había hecho don Miguel por él, pero lo había entregado. Así que pronto lo dejarían libre. A lo mejor el

infanzón le regalaría algún latigazo, le gustaba ese tipo de alardes, pero nada más.

El ruido de unas cadenas le hizo cambiar el discurrir de sus pensamientos. Aquel tintineo se le antojó insoportable. Le recordaba demasiado al castigo que Domingo Pérez infligía a los que osaban desobedecerle: los golpeaba con las cadenas. Fue aquel sonido el que le trajo a la memoria las monedas que había cargado en la alforja; monedas manchadas de sangre, y aquel broche de oro y perlas que tanto le había gustado desde que lo vio y que se había guardado para sí. Los Almoravid querrían saber de dónde había sacado todo eso. Podía fingir que estaban allí cuando cargó el caballo. Sí, eso haría; culparía a otro. Eso siempre le había dado resultados en su hacienda natal. Pero allí era el hijo del amo. Daba igual; utilizaría la misma estrategia. Eso pensó Pere en aquellos momentos en los que se encontraba atado en una de las dependencias de la casa de los Almoravid.

García miró al sirviente que esperaba a su izquierda y este se apresuró a servir la comida en el plato de Miguel, quien acababa de sentarse. Cuando terminó, el nuevo señor de la casa le ordenó que los dejara solos. Jimeno, Iñigo y el joven Guillaumes completaban el plantel de invitados a aquella mesa.

–¿Por qué no se me ha despertado antes? –preguntó Miguel.

–Yo he ordenado que se te dejara descansar –le contestó García.

El infanzón atendió sus palabras. A García se le veía más maduro, más serio y, también, más distante. No había perdido su aplomo; ni siquiera un ápice de determinación y dentro de él bullía una tormenta contenida, que parecía buscar el sitio adecuado sobre el que descargar. Miguel se encontró con su mirada directa, sus palabras francas.

–¿Cómo está nuestra madre?

–Abatida –le contestó, llevándose un trozo de carne a la boca.

–¿Habéis interrogado a Pere?

–Todavía no –respondió Iñigo–. García piensa que la incertidumbre de no saber qué va a ser de él, le hará ser más cooperativo a la hora de confesar.

–Dejadme que sea yo...

–¡No! –le cortó García–. Tengo otras tareas para vos –añadió suavizando un poco el tono tajante que había usado.

–¿Y bien? –inquirió el de Grez, intrigado.

–Mañana, a la hora prima, partiréis hacia Aibar con las mujeres y Roger.

–Pero... –fue a objetar Miguel. Aquella misión era una forma de degradarle; guardián de mujeres. Supuso que García estaba muy enfadado con él. Si se demostraba que Pere, su escudero, había matado a su padre... Iñigo ladeó lo justo la cabeza para detener sus palabras. Ese gesto quería decir: «García es ahora el nuevo señor Almoravid. No objetaríais una orden de don Fortún, no lo hagáis con una suya»–. Partiremos al alba, señor.

–Tampoco os pongáis tan ceremonioso –le dijo su hermano de sangre, permitiéndose una sonrisa. No eran muchas las ocasiones en las que a Miguel se le veía desconcertado–. Mi hermano Guillaumes os acompañará. Velaréis por su bienestar y organizaréis el lugar, para que tengan una feliz estancia. Llevaos cuanto necesitéis, incluidos sirvientes.

Miguel estuvo callado durante el resto de la cena. Por primera vez se sintió incómodo en casa de los Almoravid, extraño, fuera de lugar. La culpabilidad mortificaba sus sentimientos. Esperó a que todos se levantaran, antes de salir al patio. Había mucho trasiego de personas y enseres. Era tarde y quedaban muchas cosas por preparar. A pesar de ello, se sentó unos instantes en las escaleras que daban acceso a la casa. Hacía frío y la humedad del aire barruntaba lluvia, pero no se abrigó. Necesitaba sentir el agua sobre él, notar que sus finas gotas se llevaban la tormenta que arreciaba dentro.

–¿Es así como cumplís las órdenes de vuestro hermano? –le dijo Iñigo, sentándose a su lado.

–¿Creéis que me perdonará algún día?

–¿Perdonaros? –inquirió.

–Pere era mi escudero. Yo lo traje aquí. Si él no hubiera venido... don Fortún estaría aún vivo.

Iñigo se tomó su tiempo antes de contestar. Las nubes comenzaron a descargar un suave sirimiri.

–¿Es eso lo que os preocupa? –dijo Iñigo, poniendo su mano sobre el hombro de su sobrino.

–Entiendo que no quiera tenerme aquí cerca, pero de ahí a mandarme lejos... Yo, más que nadie, quiero que se haga justicia. Y quiero que Pere pague por lo que hizo.

–Miguel, escuchad y entended bien lo que voy a deciros. Aunque no era nuestro deseo, esta casa se ha llenado de maleantes. No es conveniente que las damas Almoravid estén aquí en estos momentos... llamémosles cruciales.

Supongo que me entendéis –le dijo en alusión a los interrogatorios que en breve comenzarían y que forzarían más de un grito de dolor y palabras de súplica–. Si García os ha encomendado esa tarea, es porque se fía de vos y estáis capacitado para llevarla a cabo.

–¡Claro que estoy capacitado para conducir a un grupo de mujeres y de niños hasta su destino!

–Relajaos, ¿queréis? García no dejaría en manos de cualquiera la vida de su madre, ni la de su esposa. Y menos aún la de su hijo. Además, si recordáis bien, el rey acaba de encomendar a vuestro hermano las tenencias de Aibar y de Falces. Si delega en vos para que hagáis los preparativos de Aibar es porque os tiene en muy alta estima. No seáis tonto y no desaprovechéis la oportunidad que os brinda. Vuestro hermano os quiere probar. Ya tiene claro que sois un gran guerrero y un excelente caballero, pero quiere saber también si sois capaz de organizar una tenencia.

Los dos se quedaron en silencio, hasta que el de Grez se levantó.

–Mantenedme informado, ¿queréis? Aibar no está tan lejos.

Iñigo asintió.

Miguel no se sintió demasiado cómodo al entrar en su nueva, aunque temporal, residencia. Creía que su sitio, en esos momentos, estaba en Pamplona. Y, aunque su tío intentaba convencerlo de lo contrario, al llegar a la villa sintió cierto rechazo a permanecer allí. El mayordomo asignado salió a su encuentro. Lo atendió con cortesía y trató de causar buena impresión. El infanzón desmontó y miró con ojos de estrategia el edificio que tenía delante. Estaba absorto y solo unos instantes después se dio cuenta de que todos lo estaban mirando.

–Mi nombre es Juan Ros –se presentó el sirviente que salió a recibirlos–. ¿Habéis tenido un buen viaje?

Miguel asintió de manera concisa, mientras el que se había presentado como Juan Ros hacía un gesto con la cabeza e, inmediatamente, un jovencito de apenas once años llegaba corriendo para tomar las riendas del caballo árabe que montaba el infanzón.

–¿Están preparadas las habitaciones?

–Todas están listas, señor.

Miguel se permitió una leve sonrisa, mientras miraba hacia atrás y se cercioraba de que todos los que lo acompañaban habían llegado sanos y

salvos.

–Toda y Martín te acompañarán y decidirán la asignación de estas.

–¿Querrá el señor tomar un refrigerio mientras todos quedan alojados?

–Eso estaría bien.

Juan hizo una pequeña reverencia con la cabeza y se alejó, seguido por los sirvientes. Miguel se dirigió hacia doña Teresa y la tomó por el brazo. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo afectada que estaba. Se la veía encogida y, aunque llevaba su dolor con serenidad, la vida parecía haber pasado de golpe para ella.

–Os acompañaré a vuestros aposentos –le dijo con cariño.

Ella se agarró con fuerza al brazo que Miguel le tendía y se dejó llevar.

Las habitaciones estaban limpias y oreadas. Carecían de ornamentos y poseían los objetos justos. No eran tan grandes como las de la morada que los Almoravid usaban en la Navarrería, pero su amplitud era suficiente como para poder moverse en ellas sin tener la sensación de estar apretujados.

Mientras todos se aseaban, Miguel y Guillaumes bajaron y se sentaron en el pequeño salón que había justo en la parte izquierda de la entrada.

–¿Qué te parece? –le preguntó Miguel al jovencísimo Guillaumes.

Este se encogió de hombros. Como Miguel, estaba contrariado por haber tenido que abandonar Pamplona.

–Os lo diré dentro de unos días.

–Estaba pensando en salir a cazar.

–¿Aquí hay caza?

–Eso tendremos que averiguarlo.

–¿Cuándo? ¿Mañana?

–Mañana es demasiado pronto. Pero pasado mañana estaría bien.

El rostro de Guillaumes se iluminó.

–¿Palabra de Almoravid?

–Palabra de Almoravid. Y ahora, bebamos.

Miguel se sirvió un poco de vino que Juan había dejado en una jarra y luego le sirvió otro vaso a Guillaumes, este rebajado con agua.

–Por la justicia –dijo Miguel.

–Por la justicia –repitió Guillaumes.

Miguel madrugó aquel día.

–¿Está todo a vuestro gusto, señor?

El infanzón lo miró con cierto recelo, pero lo cierto era que la expresión del sirviente parecía sincera y su mirada limpia.

–Un buen desayuno –le contestó–. Dime, Juan, ¿con qué recursos contáis aquí?

–Tenemos un buen huerto, gallinas, cerdos, ovejas, carneros...

–¿Como para autoabastecernos?

–Si todas las condiciones son favorables se puede decir que sí. Sí, nos autoabastecemos. Pero ya sabéis que a veces las cosas se tuercen. Las enfermedades se llevan a los animales, las heladas...

–Sí, sé a qué te refieres. ¿Quién se ocupa de cuidar la huerta y los animales?

–Siempre lo hemos hecho nosotros, los sirvientes.

–La esposa de don García, doña Catalina, es la nueva señora ahora. Es a ella a quien debéis obedecer. ¿Me has entendido, Juan?

–Por supuesto, señor.

–Me gustaría que me mostraras las propiedades.

–Con mucho gusto, don Miguel. ¿Cuándo deseáis empezar?

–Ahora mismo.

Miguel necesitaba actividad, le hacía falta mantener la mente en algo para evitar pensar demasiado en lo que estaría sucediendo en Pamplona. Así que, durante gran parte de la mañana, se dedicó a tareas domésticas aburridas, pero necesarias por otro lado, deseando que llegara pronto el día siguiente para salir a cazar con su hermano Guillaumes.

Era pasado el mediodía cuando Miguel regresó a casa. Laraine estaba en el exterior. No llevaba ninguno de sus vestidos habituales de vivos colores. Los había sustituido por otro más austero y discreto. El infanzón se quedó mirándola.

–Puedes regresar a tus tareas –le dijo a Juan, mientras él se dirigía al encuentro de su dama.

–Mi señora –le dijo él usando el mismo apelativo que ella utilizaba con él–, ¿está siendo la estancia de vuestro agrado?

–No importa tanto el lugar como la compañía.

–¿Y es la compañía de vuestro agrado?

–Hay cierto caballero que me tiene algo desatendida.

–Decidme quién es y lo reprenderé.

Laraine sonrió.

–Deberíais hacerlo. Y muy severamente, según creo.

–¿Amortiguaría esa falta de atención cierto caballero invitándoos a un breve paseo?

Laraine asintió y Miguel hizo un gesto con la mano para que tomara su brazo. Juntos se dirigieron hacia la huerta donde las verduras pugnaban contra las inclemencias del tiempo.

Aquella mañana de finales de septiembre de 1194 traía un inusual viento helado y la ventisca servía gotas de lluvia igual de frías. Guillaumes y Miguel, desafiando a los elementos, partieron temprano. No cazaron nada. Ni siquiera los animales se habían atrevido a abandonar sus madrigueras. Guillaumes se rio a carcajadas por primera vez en muchos días.

–¿Qué te parece tan divertido?

–Miradnos, aquí. Ni siquiera seríamos capaces de sostener una ballesta y una flecha. Hasta el moco cuelga helado de nuestras narices.

Miguel acompañó sus risas.

–Se reirán más de nosotros cuando nos vean aparecer de esta guisa en casa.

–No sé vos, pero yo agradecería un buen fogón y algo que llevarme al estómago.

–Supongo que uno debe saber cuándo retirarse.

–Eso dice el manual del buen Almoravid.

–Si eso es lo que dice, eso es lo que haremos.

La tarde fue igual de fría que la mañana. Las horas pasaban lentas en Aibar y Miguel miraba al norte, buscando en un punto oscuro de aquel atardecer una respuesta para sus preguntas. Iñigo le había dicho que le mantendría informado. ¿Por qué tardaban tanto en hacerle confesar a Pere?

La hora de la cena llegó y se fue y, poco a poco, cada uno de los moradores de la casa de Aibar se recogió en su habitación. Hacía frío en la estancia que Miguel compartía con Guillaumes. La única vela que permanecía encendida apenas confería luz suficiente para poder ver los contornos del escaso mobiliario de la alcoba. Miguel se mostraba distraído. Guillaumes gruñó sobre su cama.

–¿No pensáis dormir? –le dijo en tono amable.

Miguel sopló con fuerza. Durante un instante, el rastro del humo se vio ascendiendo hacia el techo. Luego, solo oscuridad. Guillaumes tenía razón. De

nada servía prolongar la velada. Permanecer despierto no iba a hacer que llegara ninguna noticia desde Pamplona. Atravesando la negrura de la habitación se metió en la fría cama.

Los fuertes golpes en la puerta lo pillaron aún en la primera fase del sueño, aunque ya habían pasado varias horas desde que se había acostado.

–¿Qué ocurre? –preguntó en alto Miguel, levantándose con brusquedad.

En ese instante la puerta se abrió y la luz de una vela apareció en el umbral.

–Señor, será mejor que bajéis –la voz somnolienta de Juan se escuchó de pronto.

El de Grez reaccionó deprisa y salió por la puerta preguntándole al sirviente qué sucedía. Juan, algo sorprendido, se apartó de la entrada para dejar pasar a aquel fornido infanzón.

–Don Iñigo está aquí.

Miguel se precipitó hacia la entrada desafiando la oscuridad que reinaba en la casa. Detrás le seguía Juan con la vela y, más atrás, salió Guillaumes.

Don Iñigo esperaba en la entrada. Le acompañaba un caballero de anchas espaldas, frente estrecha y gesto adusto. Miguel no lo conocía, pero debía gozar de la confianza de su tío si se había hecho acompañar por él hasta Aibar. Iñigo tenía amigos de muy distinta procedencia y ese no parecía ser de ningún reino cercano.

–¿Ha ocurrido algo? –preguntó en voz baja, pero con apremio, cuando llegó cerca de su tío.

–Pere ha confesado.

–¿Y bien? ¿A quién hay que ir a buscar?

–El culpable ha sido capturado –contestó escuetamente don Iñigo.

–¿Y se puede saber quién es?

–Por eso estoy aquí. Será mejor que vengáis conmigo a Pamplona y lo veáis con vuestros propios ojos.

A la misma hora que Miguel había recorrido por primera vez con Juan las propiedades de la tenencia de Aibar, Álvaro se encaminaba a la sala de armas de la casa de los Subiza. Su padre le había pedido que hiciera un recuento de todo el material, para poder pedir al herrero que reparara las armas que estuvieran en mal estado y encargarse de nuevas. Era un trabajo aburrido que, sin embargo, el heredero de los Martínez de Subiza se tomó muy en serio. Terrén

entró de golpe, abriendo la puerta con estruendo. Se le veía nervioso y eso era raro en él. Álvaro lo miró sorprendido, mientras el otro se apretaba una mano con la otra y miraba hacia todos los lados.

—¿Buscáis algún arma en particular? —le preguntó Álvaro.

Terrén se volvió hacia el lugar del que había salido la voz, como si se acabara de dar cuenta de que había alguien en la sala de armas, pero siguió con lo suyo e ignoró la pregunta. El joven lacayo rebuscó entre las armas que acababa de separar para que fueran reparadas. Primero miró entre las lanzas, tirando por el suelo casi todas, hasta dar con una en particular. Luego cogió varias flechas, mazas y espadas y se las cargó todas como si fueran un fardo.

—Esas armas están defectuosas —le advirtió el hijo de don Yenegro.

Terrén pasó a su lado y por un instante se encaró con él.

—Vendrán a por nosotros —el brillo de sus ojos era el de un loco, el de un iluminado. Si de normal la mirada de Terrén ya era aterradora, esa vez le pareció mucho más. Álvaro se apartó un poco de él. La locura en esa casa parecía ir por barrios y Álvaro tuvo que reconocer que no sabía qué temía más; si la enajenación iracunda y feroz de su padre o la locura que presentaba Terrén. Sin darle mayor importancia y puesto que el joven ya se alejaba de la sala, continuó con su trabajo, recolocando aquellas armas que habían quedado tiradas en el suelo. El trabajo volvió a abstraerlo hasta que, algo más tarde, un grito de alarma surcó la propiedad de los Martínez de Subiza.

García miró con desprecio a Pere. La piel quemada de su pecho y brazos presentaba un tono rojo intenso. No fueron demasiado crueles con él, solo un poco de intimidación para que confesara con rapidez. Y Pere aguantó varias horas en su obstinación; afirmando una y otra vez que cogió el palafrén de doña Teresa porque don Miguel así se lo había pedido. Negó en todo momento haber participado en el asalto, recordando a cuantos querían escuchar que estaba enfermo. También negó haber pagado a mercenarios, aduciendo que no tenía dinero y aseveró reiteradamente que nada tenía que ver con el dinero hallado en las alforjas del palafrén de doña Teresa. Pero cuando el hierro candente hizo aparición, surgieron las contradicciones, y Pere se derrumbó.

García se había mostrado paciente. No quería dejar pasar mucho tiempo sin vengar a su padre, pero no tenía tanta prisa como para quedarse sin la pieza más importante de toda la trama. Y así, poco a poco, bajo la mirada determinante e impenetrable del ahora primer Almoravid, Pere empezó a contradecirse primero y a confesar después. Y, por fin, dio un nombre, un

nombre que sonó claro, aunque no demasiado alto, pero el nombre que esperaban, después de todo. Y Pere, tras decirlo, se desmayó.

–Todo está preparado, señor –García desvió su mirada hacia el infanzón que le había hablado. Había meditado mucho sobre los pasos que debía dar y sabía que lo que estaba preparando, traería consecuencias. Pero era lo que debía hacer. A él le correspondía ahora tomar las decisiones y en eso se estaba aplicando. Sabía que sus tíos lo apoyaban. Lo habrían hecho aunque no la consideraran la mejor opción, pero, en este caso, pensaban como él.

Había una única cosa que no sabía cómo encajar: Miguel. Reunir las armas, los hombres, los caballos... había sido fácil. Pero hacer partícipe de todo ello a Miguel... simplemente no había sabido cómo hacerlo.

–Todos preparados para salir –dijo, contemplando por última vez el cuerpo maniatado de Pere.

García miró al cielo. Aguantaría sin llover. Se colocó los guantes y aseguró su espada al cinto. Sin prisa, pero con paso decidido, se dirigió hacia su caballo y montó. Miró hacia atrás una sola vez y solo entonces dio la orden de partida.

–¿Qué ocurre? –preguntó Álvaro saliendo a todo correr al exterior.

–Vienen. Os lo he dicho antes. Ya vienen –el que hablaba era Terrén, pero no parecía él. Sus ojos, su mirada... todo en él era una expresión absurda de locura, e incluso de disfrute.

Álvaro caminó hacia el muro que protegía la propiedad de los Martínez de Subiza y subió a uno de los salientes preparados para observar el exterior, justo donde se encontraba su padre. El joven miró hacia fuera. Decenas de hombres rodeaban la casa. Entrecerró los ojos. ¿Almoravid?

–¿Qué significa esto? –preguntó, mirando a su padre. No esperaba una respuesta, solo quería ver su reacción.

Don Yenegro no dijo nada. Se limitó a observar las maniobras de aquellos hombres que tomaban posiciones rodeando su casa y a contarlos para saber a qué número de irresponsables se enfrentaban.

–¿Qué vamos a hacer? –esta vez, Álvaro sí que esperaba una respuesta, pero ni de lejos era la que recibió de su padre.

–Nada. Se cansarán y se irán –dijo, descendiendo y dirigiéndose hacia el interior de su morada.

Pero don Yenegro se equivocó si pensaba que los Almoravid estaban allí

tan solo para intimidarlos o para mandarles un mensaje de advertencia. García había cabalgado hasta Subiza para llevarse a un hombre y no se iba a ir de allí sin él.

Álvaro siguió a su padre hacia el interior.

–¿Por qué están aquí esos hombres? –inquirió, persiguiendo a don Yenegro.

Este se encogió de hombros dando el asunto por zanjado. Su hijo se quedó en medio de la entrada, sin saber muy bien qué hacer o decir. Hasta que la voz de Terrén hizo que todos miraran hacia el muro.

–¡Nos atacan!

El cielo se volvió negro de repente y las flechas de los Almoravid, con sus colores azul y amarillo, surcaron el cielo. El semblante de don Yenegro cambió de repente. Miró a Terrén y poco después empezó a escupir órdenes y a vociferar como si se hubiera abierto la tierra. Álvaro corrió escaleras arriba.

–¡Rápido! –le dijo a su esposa–. Poneos a cubierto. Os ayudaré a trasladar a Blasquita a la parte de abajo. Vos coged al niño y a Marieta y no salgáis hasta que yo vaya a buscaros.

–¿Qué ocurre? –acertó a preguntar María con voz temblorosa.

–No sé por qué, pero los Almoravid nos están atacando.

María no dijo nada y siguió a su esposo.

El ataque se intensificó. Decenas, centenares de flechas surcaban una y otra vez el cielo de aquella mañana. Algunas, incendiarias, empezaron a propagar pequeños fuegos por algunos rincones. Y, de pronto, los ataques desaparecieron. Para entonces, los hombres de don Yenegro ya habían tomado posiciones en el muro y respondían con flechas y otros proyectiles. El de Subiza ordenó el alto el fuego y mandó a uno de sus escuderos que se levantara para ver qué hacían los atacantes.

Álvaro caminó hacia donde se encontraba su padre. No había recibido ninguna orden concreta, así que se acercó despacio. Terrén estaba a su lado, parecía haber recobrado la cordura, aunque permanecía más callado de lo habitual. El joven miró a ambos, sin entender nada de lo que estaba pasando, pero ninguno de los dos parecía dispuesto a dar explicaciones.

–Alguien se acerca –gritó el escudero que se había alzado para ver lo que ocurría al otro lado.

–¿Quién?

–Trae un trapo agitándolo al viento.

El silencio se hizo protagonista, de pronto. Todos miraban a don Yenegro,

esperando una reacción, una orden. Su rostro no pareció cambiar, pero Álvaro apreció cómo sus puños se apretaban. La ira estaba a punto de ser soltada y pobre del que estuviera entonces delante.

–Abrid la puerta –dijo, después de dejar pasar un largo tiempo.

Un joven imberbe cruzó despacio el umbral. Luego, la puerta se cerró tras el recién llegado. Don Yenegro lo observó de arriba abajo antes de dirigirse a él.

–¿Quién eres?

–Mi nombre es Martín Iñiguez.

–¿Tienes sangre Almoravid?

El joven estiró su espalda y se puso recto, afirmando con vehemencia, contento de poder alardear de sus raíces. Nada le hizo sospechar que esa jactancia, más que un escudo protector, constituía un pasaporte al mundo de los muertos.

–¿Qué mensaje traes? ¡Habla!

–Mi señor, don García, os conmina a que entreguéis a don Álvaro Yeneguez. Solo así detendrá el ataque.

Álvaro, que no comprendía, empezó a preguntarse el porqué de aquel requerimiento. Terrén detuvo el paso que iba a dar y la pregunta que resbalaba en su boca, antes de que pudieran iniciarse. Don Yenegro se permitió una sonrisa hueca y después escupió en el suelo.

–¿Quién se ha creído que es ese mal llamado caballero, para venir aquí y dar órdenes? –la voz de don Yenegro fue un trueno en un día sin nubes, pero el joven imberbe, inexperto y arrebatado por la fuerza de su juventud, no se arredró.

–Es el Almoravid... –el cuchillo largo y afilado del señor de Subiza no le dio tiempo a terminar la frase. La sangre de su cuello salió a borbotones, llevándose con ella las ansias sin fronteras de su recién empezada juventud. Martín intentó llevarse las manos al cuello, sin entender aún lo que acababa de suceder, pero no tuvo oportunidad. Don Yenegro arrastró con furia aquel cuerpo que se vaciaba de vida, caló su pie derecho en el estribo del primer caballo que encontró y ordenó abrir la puerta. Su mano derecha atizó con fuerza sobre el muslo del animal, haciendo que este saliera al trote hacia el exterior. En su carrera arrastró sin compasión el cuerpo del joven Martín. La puerta se cerró de nuevo y el silencio retumbó en el lugar.

–¿Por qué? –gritó Álvaro. Su pregunta captó la atención de su padre por

primera vez.

–¿Por qué lo he hecho?

–¿Por qué los Almoravid están ahí afuera y por qué han preguntado por mí?

–Dejadme a mí este asunto y no intervengáis –lo amenazó su progenitor con el dedo.

La siguiente lluvia de flechas dejó las preocupaciones de Álvaro en suspenso durante unos instantes, pero solo hasta que los Martínez de Subiza alcanzaron el espacio protector que hasta ese momento constituía la casa.

–¿Por qué me buscan esos hombres? –preguntó de nuevo Álvaro.

Su padre se volvió hacia él y lo tomó por las solapas de su camisa.

–Quedaos en el interior y no os mováis hasta que yo os lo diga. ¿Me habéis entendido bien?

Álvaro, algo asustado, asintió. Su padre aflojó la tensión de sus manos y se alejó de él. Mientras, la sombra de Terrén cruzó aquella entrada con prisa. Su padre no le había contestado, pero Terrén... Salió tras él y lo cogió por el brazo.

–Quiero una explicación.

–¿Una explicación? ¿El hijo cobarde de don Yenegro quiere una explicación? –le dijo muy cerca de su oído–. Ya lo habéis escuchado; esos hombres vienen a por vos.

–Sí, lo he oído. Pero, ¿por qué?

–¿Acaso importa la razón?

–A mí sí me importa.

Terrén se permitió sonreír. Le gustaba ver al heredero en apuros.

–Yo también vendría a por vos, si hubierais empleado una cantidad muy importante de dinero para pagar a los hombres que mataron a mi padre.

–Pero yo no he hecho nada de eso. Yo no he pagado a nadie para que matara a don Fortún.

–¿De verdad, no lo habéis hecho? –le dijo Terrén ya sin poder dejar de sonreír.

Una corriente gélida recorrió las venas de Álvaro y le hizo tragar saliva con cuidado. Las garras de la muerte atenazaron sus movimientos. Sintió sus oscuros ojos clavados en su espalda y su aliento pútrido entrando por sus fosas nasales. Se quedó allí, en medio del zaguán, mientras todo daba vueltas a su alrededor y los hombres de su padre se organizaban. Don Yenegro iba a

luchar, no ya por él, sino por lo que él consideraba el honor de los Martínez de Subiza.

Los ataques arreciaron, llegaron más flechas, proyectiles y fuego. Álvaro seguía sin poder moverse. Mientras, una escena pasaba una y otra vez por su cabeza. Se repetía cientos de veces hasta el infinito. Y se veía a él, introduciendo el broche de su madre en una bolsa repleta de dinero. «Es una buena causa –se había dicho–, por la memoria de mi madre y su eterno descanso. Si mi padre puede llegar a ser tan generoso, siendo como ha sido hasta ahora, es justo que yo también contribuya». Y eso había hecho, sin saber que con ese dinero y con ese broche pagaba la vida de don Fortún. Se llevó las manos al rostro. Su cabeza amenazó con estallarle. Trataba de ver la cara de aquel fraile que ocultaba su cabeza y que recibió su oro. Aquel fraile que se había negado a compartir con él palabra alguna y que lo había traicionado. No, Terrén era el que lo había traicionado. Incluso su padre. Se movió despacio hacia el comienzo de la escalera y se sentó con cuidado. «¿Qué hago?», se preguntó en silencio. Los proyectiles, piedras mayores ahora, comenzaron a alcanzar la morada y el humo se colaba silencioso por las rendijas de puertas y ventanas. «En una cosa tiene razón Terrén –reconoció dolido–, soy un cobarde». Sus manos temblaban. No se había dado cuenta hasta entonces.

–¿Álvaro?

Contraviniendo su orden, María había subido a ver qué ocurría.

–¡Por todos los santos, María!

Ella se agarró con fuerza a él, con la intuición de que algo terriblemente doloroso iba a ocurrir.

–Son los Almoravid, ¿verdad? Vienen a vengar la muerte de don Fortún. ¿Es que no hay forma de parar todo esto? –gritó confusa y atemorizada. Pero aún así, su voz sonaba fuerte y segura–. ¿Es que jamás se va a terminar?

Álvaro cogió a su esposa por los hombros y la abrazó con sincero afecto.

–¿Por qué, Álvaro? –dijo sollozando, aunque un poco más tranquila al sentir aquel contacto–. ¿No podéis hacer algo?

Álvaro la miró. Miró su rostro bello, anegado de lágrimas, y aquellos ojos que le imploraban. Y entonces dijo algo en tono muy bajo y aquellas palabras asustaron a María.

–Quizá sea hora de hacer algo.

–¿Qué... qué vais a hacer? –preguntó, preocupada

–María –le dijo en un tono serio–, quiero que sepáis que no soy culpable de nada. Que nada malo he hecho, ni he deseado, contra los Almoravid y que soy inocente. Oigáis lo que oigáis, no lo creáis y si las cosas se tuercen demasiado... si todo se complica... entonces solo hay una persona que me podrá ayudar. ¿Me entendéis bien, María? Solo una persona.

La respiración de la joven se agitó en extremo. Desde que llegó a casa de los Martínez de Subiza había vivido con miedo, y ahora lo sentía incluso más acentuado. Aunque se trataba de un miedo diferente. Tenía ante sí a la única persona que podía atenuar el miedo a vivir bajo el techo de don Yenegro, al único hombre de la casa que albergaba sentimientos nobles para protegerla a ella y a sus seres más queridos. Y ahora... ahora estaba insinuando que todo se iba a complicar mucho más.

–Sed fuerte, María, y cuidad de Blasquita, de nuestro hijo y de Marieta hasta mi regreso y de...

–¿Qué vais a hacer? –preguntó con un hilillo de voz.

–Yo... yo... voy a tratar de detener toda esta locura. Y ahora id abajo. ¡Corred! –le gritó, justo cuando una flecha incendiaria atravesaba la ventana.

Con prisa, cogió uno de los cubos que Juan había preparado con agua y lo lanzó sobre el fuego. Se aseguró de que estaba apagado y respiró tres veces. Después salió al exterior, no sin antes mirar hacia atrás para comprobar que su esposa le había obedecido. Caminó despacio y llegó hasta el lugar donde su padre había degollado al joven Martín. Su trapo, en el que se veían las huellas de su sangre vertida, descansaba olvidado en el suelo. Álvaro lo tomó con su mano izquierda y caminó hacia la puerta lateral. Nadie se fijó en él. Nadie vio cómo salía al exterior, ni cómo se colocaba frente a los hombres de García y agitaba el trapo, hasta que fue demasiado tarde.

–¡Insensato! –gritó su padre–. ¡Traedlo de vuelta! ¡Es una orden! ¡Haced que regrese ya!

Miguel estaba intrigado. Su tío no le había querido revelar el nombre de la persona apresada y le había llevado a la Torre del Rey y no a la casa Almoravid de la Navarrería.

–¿Qué hacemos aquí? –preguntó extrañado.

–Nuestra morada no ofrece garantías suficientes como para retener a todos los detenidos. Por eso, he arreglado todo con el arcediano para poder disponer de estos *aposentos*.

Miguel observó aquel sitio tan familiar. Borró de su mente todo recuerdo y se concentró en seguir a su tío por los estrechos pasillos que descendían hasta las celdas.

–Es aquí –dijo por fin Iñigo, deteniéndose.

El Almoravid hizo una seña con la cabeza al guardián y este sacó su fajo de llaves. El gruñido de la puerta penetró en sus oídos como lamento de muerte.

–Esperad –lo detuvo su tío–. Antes de entrar, quiero que tengáis esto.

Iñigo puso en su mano un hermoso broche de oro y perlas tan familiar que quemaba.

–Lo encontramos en la bolsa de dinero con que habían pagado a Pere.

El corazón de Miguel se retorció en su pecho. Miró al broche y luego a su tío. No sabía si sentir odio, rabia o ambas cosas a la vez. Se quedó parado, sin saber si quería cruzar esa línea que separaba la libertad de la muerte, porque era consciente de la verdad que se cernía sobre aquella celda. Se quedó petrificado, pero un gesto de su tío lo obligó a moverse.

–Hablad con él.

Miguel se introdujo en la oscuridad. Cuando sus ojos se acostumbraron a ella, posó su mirada sobre el bulto que se perfilaba en uno de los rincones. Se acercó despacio. Sin darse cuenta, había apretado tanto su mano, que los bordes de la joya se habían clavado en su palma. La ira crecía en su estómago igual que el trigo crece en el campo. Su instinto le empujaba a patear aquel bulto, pero se contuvo.

El prisionero se cubrió el rostro con los brazos y pegó más su cuerpo a la pared, si eso era posible. Sin embargo, no dijo nada. Se defendía, seguramente creyendo que iban a golpearlo de nuevo. Pero ninguna palabra salió de su boca. No rogó, ni suplicó. Miguel se acercó más a él. Iluminó el espacio con la antorcha que le habían prestado y buscó el rostro de aquel hombre. Una parte de él se negaba a reconocer la verdad y hasta que no lo viera con sus propios ojos, podía seguir fingiendo que todo eso no era sino una pesadilla. Cuando lo tuvo delante, muy despacio, tomó el brazo derecho del preso y lo movió. A pesar de la escasa iluminación de aquella celda, los ojos grises de Álvaro eran claramente reconocibles.

–¡Por el amor de Dios! –exclamó Miguel sin poder contenerse más–. ¿Cómo se os ocurrió organizar una carga contra los Almoravid? Y peor aún, ¿cómo se os ocurrió pagar a alguien entregando el broche de vuestra madre?

¡Vuestra propia madre! ¡Lo más valioso que tenéis!

Álvaro trató de ponerse en pie, pero la cadena que lo mantenía sujeto a la pared tiró de él y salió despedido hacia el suelo. Sin embargo, Miguel estaba tan cerca de él que detuvo su caída. Lo sujetó por el brazo. Sus rostros quedaron tan cerca el uno del otro, que podían verse con claridad. Amigo frente amigo, ahora convertidos en enemigos, traición de sangre.

–¿Miguel? –preguntó aturullado Álvaro.

El infanzón lo soltó y el cuerpo de su amigo cayó pesadamente sobre el suelo. Álvaro se llevó la mano al rostro.

–¡Contestad! –le conminó el de Grez–. Nunca os creí capaz de urdir tal plan y menos de llevarlo a cabo. ¿Cómo pudisteis?

–Yo no fui.

–¿Qué?

–Podéis pensar lo que queráis, pero yo no fui.

–Sin embargo...

–Sin embargo ¿qué? –dijo del todo rendido–. Los Almoravid no me habéis apresado, os recuerdo que fui yo quien se entregó libremente.

No sabía mucho de eso. Don Iñigo había sido parco en detalles y todavía no había hablado con García.

–Lo que habéis hecho es horrible –intervino Miguel, sin escuchar el verdadero significado de lo que Álvaro trataba de decirle–. Pagaréis por la muerte de don Fortún –había enfado y rabia en sus palabras.

–¿Ya me habéis juzgado y condenado? –gritó con desesperación, intentando levantarse otra vez, aunque esta vez fue más precavido y no lo hizo del todo, por lo que quedó en una posición un tanto extraña–. Si mi amigo, aquel que se crio conmigo, no me cree, ya no hay nada que hacer.

Bajó la cabeza, resignado. «Ya no hay nada que hacer», se repitió. Miguel se detuvo un instante y la luz de la antorcha iluminó todo su contorno. Álvaro aprovechó para continuar hablando.

–Al menos... al menos dejadme contaros mi versión. Y luego, juzgad. ¿No es eso lo que se espera de alguien leal a sus principios, leal a su honor, leal a su corazón? Solo os pido un poco de vuestro tiempo, antes de que me condenéis. O quizá don Sancho se equivocó al depositar en vuestro dedo ese anillo que lucís y la palabra de un Almoravid no vale más que una palabra dicha al viento.

El tiempo se detuvo en aquella estrecha y oscura celda. Y el mundo

parecía haberse acabado de repente.

–Por favor... –escuchó la súplica.

Miguel se volvió hacia su amigo. Verdaderamente creía que iba a ser una pérdida de tiempo, pero, una nostalgia venida de aquella niñez lejana que habían compartido le hizo escuchar.

–Terrén se me acercó un día con una bolsa llena de dinero. Me dijo que debía llevarlo en nombre de mi padre y sin que nadie se enterara a cierto monasterio que iba a ser reedificado. No creí a mi padre capaz de acción tan grande sin publicarlo a los cuatro vientos, pero, no sé cómo, Terrén acabó convenciéndome. Además, en las últimas fechas, de todos era conocido que mi padre había hecho ciertas donaciones. Así que lo creí y me fui con aquella ingente suma de dinero. Y luego añadí el broche de mi madre. Quería contribuir. Quería creer que, por fin, éramos una gran familia –Álvaro se calló durante unos instantes y retomó el relato entre sollozos contenidos–. Supongo que diréis que fui un iluso... Lo sé. Ahora lo cuento y yo mismo soy consciente del engaño, de lo ingenuo que fui. Terrén sabía que actuaría así y por eso me dio a mí el encargo. Pero eso ya no importa. Lo que importa es que fui al monasterio. Allí solo había ruinas y un monje mudo y tapado que recibió el dinero que yo le daba.

–¿No sabéis pues, quién es la persona a la que entregasteis el dinero?

Álvaro negó con la cabeza, algo más tranquilo al ver que, por lo menos, Miguel seguía su relato.

–Regresé a casa y me olvidé de aquello. Después de unos días mi padre me mandó a Petilla, a cerrar unos tratos. Aquel viaje no tenía sentido y ahora sé que solo me alejaba de aquí por prudencia, para que nadie pudiera relacionarme con el incidente donde don Fortún perdió la vida. Al regresar, María me informó del fallecimiento de vuestro padre adoptivo, pero jamás creí que, pocos días después, una horda de Almoravid rodearía mi casa e intentaría arrasarla, si no me entregaba.

–¿Por qué os entregasteis? Vuestro padre habría luchado hasta el final.

–Había mujeres y niños en la casa, Miguel. Inocentes. Ibais a quemarlo todo, todo. Mi esposa, mi propio hijo, Miguel, todo.

Al decir esto, Álvaro terminó de hundirse. Miguel sintió deseos de acudir a su lado, pero se contuvo. Ahora estaban en bandos diferentes. Y no solo diferentes, sino enfrentados. El infanzón respiró profundamente.

–Me gustaría que me creyeráis.

–Y a mí me gustaría poder creerlos.

–El Miguel que yo conocí me creería. Se reiría de mí, pero me creería.

–No puedo prometeros nada. Don García tiene el control ahora.

–No os comprometáis, entonces, a nada que no podáis cumplir. Pero prometedme solo una cosa. Prometedme que...

–No sigáis, Álvaro –le cortó, viendo por dónde iba a ir la petición de su amigo.

–Prometedme que, si todo sale mal, cuidaréis de María y de... y de mi hijo. ¡Prometédme! Eso, al menos, me lo debéis. Prometédme, Miguel. Si yo muero, nada quedará entre ellos y mi padre. ¡Nada! Y María... está embarazada. No me lo ha dicho todavía, pero lo sé. He visto cómo disimula las náuseas... Prometedme que...

El infanzón miró en silencio al prisionero que tenía delante, hundida su cabeza en su regazo.

–Os lo prometo –dijo al fin. Y Álvaro recostó su cabeza sobre la pared, algo más relajado.

Miguel se alejó de allí deprisa, intentando dejar atrás, cuanto antes, aquel entorno de horror y miedo. Pasó delante de su tío como una exhalación y subió las escaleras. Necesitaba coger un poco de aire. Respirar.

–¿Qué vais a hacer?

–¿Por qué suponéis que voy a hacer algo?

–García ha creído conveniente que os dejemos al margen y yo estoy de acuerdo con él.

–Entonces, ¿por qué me habéis traído hoy aquí?

–Porque creo que tenéis derecho a saberlo del propio implicado. No sería justo que alguien os lo contara.

–¿Justo? Decidme, ¿qué posibilidades tiene Álvaro de librarse de la muerte?

Sobrino y tío se habían encarado, situándose uno frente al otro.

–Él compró hombres para atacarnos. Pere ha confesado. Fue don Álvaro Yeneguez de Subiza quien le dio una bolsa llena de dinero para que buscara mercenarios y tendernos una emboscada. Lo aceptes o no, él es culpable y responsable de la muerte de vuestro padre. Y el muy mentecato puso allí el broche familiar como firma de su gran obra. Y, para coronarlo todo, los Martínez de Subiza han degollado a Martín y nos lo han entregado muerto y maltratado después de que un caballo arrastrara su cuerpo menudo por el

suelo.

Miguel no dijo nada. Estaba confuso. Le habían despertado de noche y le habían hecho cabalgar sin descanso hasta Pamplona, para encontrarse con Álvaro encarcelado. Y aquella revelación de la terrible muerte de un joven aún en ciernes... Otro Almoravid, para más detalles. Aquel no había sido un buen día para nadie. Peor para Álvaro, pero tampoco estaba siendo muy llevadero para él.

–Vamos a casa –dijo Iñigo–. Todos necesitamos descansar.

Pocas veces había silencio en casa de los Martínez de Subiza. María lo temía, porque no barruntaba nada bueno. Juan le llevó un caldo recién hecho. «Os sentará bien», le dijo, pero ella era incapaz de tragar nada. Solo podía pensar en Álvaro y pensar en él era sentir la muerte merodeando alrededor de ella. Por instinto, se llevó las manos a su regazo.

Don Yenegro no había vuelto a pronunciar palabra alguna desde que vio a su hijo en el exterior de su casa, presentándose ante los Almoravid. Era como la calma que precede a la tempestad. Y María estaba asustada. No creía tener valor suficiente para afrontar una tormenta de esas características. Blasquita, a su lado, permanecía tan quieta como lo había estado en los últimos años. La única felicidad venía de la pequeña cama donde dormía su hijo.

Un fuerte portazo puso a todos en alerta. En aquel otoño incipiente, de pronto, hacía calor; era el fuego abrasador del infierno que se acababa de abrir. María cerró la puerta de su habitación silenciosamente y la atrancó por dentro con una silla.

Don Yenegro rumiaba su venganza con cuidado. Fue a hablar con Terrén. A él debía pedirle algunas explicaciones. Estaba al tanto del papel que su hijo había desempeñado en la preparación del ataque a los Almoravid. No era lo que él había tenido en mente, pero, cuando Terrén se lo contó, no le pareció del todo mal –aunque eso jamás lo reconocería–. Después de todo, hasta cierto punto era bueno que su hijo se implicara de verdad en los asuntos de la familia, pero ahora... ahora empezaba a ver las cosas de otra forma; con una claridad distinta.

–Fue una mala idea –le dijo don Yenegro.

–A vos mismo os pareció una buena idea cuando os lo conté.

–No dije que me pareciera una buena idea, solo que era algo que había que hacer. Pero si no me equivoco, vos no le dijisteis la verdad a mi hijo.

–Por supuesto que no. ¿Acaso creéis que habría colaborado de buen grado?

–Os sobrepasasteis en vuestras funciones.

–¿No veis que os hice un favor? Vos habéis dicho cientos de veces que para los necios no hay gloria y para los débiles solo queda la bosta de caballo. ¿Y cuántas veces habéis considerado la ineptitud de vuestro hijo en voz alta? Fue un estúpido al salir por esa puerta y yo no voy a cargar con las consecuencias de sus actos.

En eso último Terrén tenía razón, pero no iba a tolerar que su lacayo creyera que podía actuar según le convenía. Era cierto que siempre había considerado a su hijo como una pobre herencia para él. Otra cosa era Jordán, pero tampoco iba a lamentarse en aquellos momentos por su pérdida. En cuanto a Terrén... acababa de descubrir sus cartas. Y lo que había enseñado, no era del agrado del señor de Subiza. Siempre le había apreciado más que a su propio hijo, pero lo que pretendía Terrén era desbancar a su heredero para colocarse él en ese puesto. Y si algo no toleraba don Yenegro era que alguien le obligara a actuar de una forma que él mismo no hubiera dispuesto.

Don Yenegro golpeó con fuerza la mandíbula de Terrén. Este, tras la sorpresa inicial, soltó una carcajada.

–Os he hecho un favor –le gritó, mientras el señor de aquellos lares desaparecía de su vista.

Alguien golpeó muy despacio la puerta de su habitación y María se estremeció. No pensaba que pudiera soportar una visita de don Yenegro.

–Señora –se escuchó la voz de Juan–. Señora, ha llegado el carro.

María se acercó lentamente hacia la entrada y apartó despacio la silla. Se asomó intranquila por la apertura que dejó la puerta al abrirse y comprobó que Juan estuviera solo.

–Pasad.

La joven se quedó quieta en medio de la habitación, temerosa, viendo cómo aquel sirviente miraba al suelo y daba vueltas entre sus manos a un viejo trapo.

–Habla de una vez. ¿Qué noticias traen de Pamplona? –le pidió casi en un susurro, elevando luego algo la voz y volviendo a repetir la frase.

–No hay buenas noticias, me temo. Don García no quiere que vuestro esposo salga impune. Pedirá la muerte para él. –Las palabras habían salido

trémulas, vacías de esperanza.

María se lo quedó mirando, incrédula. «Oigáis lo que oigáis, no lo creáis y si las cosas se tuercen demasiado... si todo se complica... entonces solo hay una persona que me podrá ayudar. ¿Me entendéis bien, María? Solo una persona». Aquellas palabras que le había dicho su esposo empezaron a repetirse una y otra vez en su interior, hasta hacerse claras y contundentes.

–Si puedo hacer algo por la señora –se atrevió a pronunciar Juan.

María se quedó con la mirada fija en él.

–Id a buscar a vuestro hijo Bartolomé y traedlo aquí. Requiero de sus servicios.

Miguel giró una vez más el broche dentro de su mano. Insufló aire con fuerza, como si eso pudiera cambiar en algo el destino. Pero la sala principal de la morada de los Almoravid no había cambiado y tampoco había conseguido detener el tiempo, ni hacerlo retroceder. Sabía que tarde o temprano, tendría que enfrentar la mirada de García. Y estaba casi seguro de lo que le iba a decir. Clavó su vista en la joya y observó la delicadeza de su forma, cada uno de los detalles, el trabajo del oro, la pureza de las perlas. Apretó la mano sobre ella en un intento de alcanzar el pasado.

García entró en la sala como una exhalación. Estaba serio y en su rostro se reflejaba satisfacción y rabia a partes iguales. Miguel se levantó al verlo. Quiso sonreír, pero el recuerdo de Álvaro se llevó aquella sonrisa por delante.

–Siento lo de Martín –le dijo, recibiendo su abrazo.

–Es una terrible pérdida –contestó García. El jefe del clan Almoravid apretó su puño y se dejó caer sobre la silla dispuesta al lado de la de Miguel–, pero ahora tenemos al culpable y el peso de la justicia recaerá sobre él. Mi tío me ha dicho que lo habéis visto. Insistió sobre ello, aunque yo tengo mis dudas sobre la conveniencia de vuestra visita.

–Creo que su decisión, vuestra decisión, estuvo acertada –García miró a su hermano de sangre. Parecía querer leerle el alma–. No creo que Álvaro deba cargar con el peso de lo que llamáis justicia. Él...

García se levantó con brusquedad.

–Pere ha hablado alto y claro. Y el dedo acusador apuntó directamente a vuestro querido Álvaro –Miguel pudo sentir el desdén en su voz–. Y, que yo sepa, don Álvaro no ha negado haber sido quien entregó el pago, ni quien

habló con Pere.

–Él asegura que lo hizo engañado.

–Espero que no estéis intentando proteger al de Subiza.

–Solo os pido que actuéis con prudencia y que no toméis decisiones finales antes de estar seguro de que esa es la verdad y de que esa es la justicia. No trato de exculpar a nadie.

–Primero, la actuación de Pere y, ahora, la defensa del Subiza. Os estáis aproximando peligrosamente al bando perdedor. Recordadlo en las próximas horas. No me gustaría tener que incluir vuestro nombre al final de la lista de inculpados.

–¿Creéis que soy un conspirador? Porque, si es así, estoy dispuesto a demostrar aquí mi inocencia. Elegid el arma y acabemos con esto ahora.

La conversación quedó interrumpida por la llegada de Iñigo, pero la tensión permaneció en el aire, a pesar de su presencia.

–¡Suficiente! –les recriminó. Sabía que Miguel se sentía culpable por lo de Pere y entre la espada y la pared por lo de Álvaro. Y sabía también que a García le estaba tocando bregar con cuantiosos asuntos. Pero eso no era excusa para que los dos hermanos se comportaran como dos gallos de pelea–. ¿Es que acaso no tenemos ya bastantes problemas?

Las palabras de Iñigo consiguieron suavizar un poco la tensión.

–Miguel, mañana enterraremos a mi joven primo. Y quiero que al día siguiente regreséis a Aibar. Mientras permanecéis aquí, no quiero que vayáis a ningún sitio que pueda comprometer el discurrir del caso. Si hace falta os pondré un guardián personal, pero no estoy dispuesto a que don Álvaro eluda su encuentro con la justicia. ¿Os ha quedado claro?

Miguel asintió y se marchó. Le habría gustado añadir algo más, pero la mirada de Iñigo le invitó a dejar las cosas como estaban. Esa era la forma que su hermano tenía de castigarlo por haber permitido que Pere llegara a lo que había llegado. Habría recibido, sin chistar, una buena tunda de latigazos. Después de todo, su sangre habría borrado parte del sentimiento de culpa que tenía pero, al parecer, García había decidido que su castigo era el exilio.

Martín no debería haber muerto. Por él corría la sangre de las nuevas generaciones Almoravid. Miguel se quedó por la parte de atrás. No conocía demasiado al fallecido y García parecía estar algo receloso. Cuando el sacerdote estaba recitando el responso, sintió una piedra pequeña golpearle en

el hombro. Se giró mirando hacia atrás y hacia delante sin ver nada fuera de lo normal. Pero, poco después, el impacto se repitió. Entonces fue más rápido y, al girarse, vio cómo una cabeza se escondía detrás de la tapia del cementerio. Con disimulo, sabiendo que seguramente habría alguien observándolo, pero fastidiado por los dos impactos recibidos, refuló hasta las piedras. La cabeza se volvió a asomar en ese momento.

–¡Menos mal! Creí que no iba a poder llamar vuestra atención.

Miguel miró aquel rostro que le había retado.

–¡Barti! No deberías estar aquí.

–Lo sé, pero debo hablar con vos. Es importante.

–¿Se trata de nuestro *aita*?

–Es importante que hable con vos –insistió sin destapar más información.

–No puedo hablar ahora contigo.

–Lo suponía. Os espero en casa del zapatero.

Y sin aguardar respuesta, Bartolomé desapareció sin dejar rastro.

Miguel miró al cielo cubierto por pequeñas nubes blancas que alguien parecía haber difuminado con su dedo. Regresó a casa con la incomodidad que representaba tener que mentir a García. Pero iba a tener que hacerlo, si quería hablar con su hermano. Temía por su *aita* o por su hermana. Con Álvaro preso, don Yenegro sería capaz de cualquier cosa. Dejó pasar un tiempo prudente e intentó marcharse sin más, pero el guardia de la puerta le impidió el paso.

–Voy a salir. Debo hacer un encargo.

–Don García ha dicho que os vigile –le contestó, colocando su grueso cuerpo contra el hueco de la puerta.

–Mañana parto para Aibar y he de recoger unas botas. Me da igual si me tenéis que vigilar, pero, por lo que yo sé, no podéis impedirme el paso –dijo con palabras un tanto apresuradas, mientras sacaba su espada–. Podéis seguirme si queréis y después decirle a don García adonde he ido, pero voy a salir por las buenas o por las malas.

El guardián se quedó mirando unos instantes antes de ladear la cabeza.

–Iré con vos, pero nada de trampas.

Casi sin dar tiempo a que abriera la puerta, Miguel se coló por el hueco con prisa y comenzó a andar sin esperar a que su acompañante lo siguiera. Llevaba la cabeza un poco gacha y caminaba con prisa. Temía que algo grave le hubiera ocurrido a su familia. Llamó a la puerta de casa de Blanca. Hacía mucho tiempo que no iba por allí. Se preguntó si don Ponce estaría en la

morada.

–Esperadme aquí –le dijo a su guardián cuando llegaron.

–Si no os importa, entraré con vos.

Miguel le puso una mano en el pecho.

–Sí, me importa. Esperad aquí.

El guardián no se atrevió a contradecirlo, pero no dejó que cerrara la puerta. Si no lo veía, al menos escucharía su voz.

–¿Hola? –dijo Miguel, penetrando en la oscuridad silenciosa de la casa–. Soy Miguel, vengo...

No le dio tiempo a continuar la frase, una mano tiró de él y lo llevó casi a rastras hacia el fondo de la vivienda. El olor a cuero penetró en su nariz de manera brusca.

–¿Barti?

Quien lo había apresado no lo soltó hasta llegar a la habitación que permanecía en semipenumbra. La puerta se cerró tras ellos.

–¿Qué ocurre? ¿Por qué me has hecho venir hasta aquí?

Por un instante sintió recelos. Quizá la mano de don Yenegro estuviera detrás de ese secretismo y Bartolomé solo había sido el cebo. Su vida, por la de su hijo. Sería un buen punto para negociar. De pronto sintió la necesidad de irse de allí. Si gritaba lo suficiente tal vez lo oyera el guardián que había dejado en la entrada. No sabía cuánto, pero él podría ayudarlo. Reculó y buscó a tientas el pomo de la puerta. No podía dejar que don Yenegro lo apresara. García se reiría de él y, con toda la razón del mundo, lo abandonaría a su suerte. Estaba a punto de salir corriendo, o al menos de intentarlo, cuando una voz captó su atención.

–No, por favor, no os vayáis –era una voz frágil, pero segura, y era una voz de mujer.

–¿Quién sois? –preguntó Miguel. Ese timbre le resultaba familiar.

Su hermano entonces encendió un par de velas y la sala empezó a aparecer ante sus ojos, los colores formaron contornos y los contornos, personas.

–Bartolomé, ¿qué significa todo esto?

–Por favor, no culpéis a vuestro hermano. Soy yo la que le ha pedido que os buscara.

Una silueta se levantó muy despacio de una de las sillas y avanzó hacia él. La claridad era ya para entonces suficiente como para distinguir a todas las personas que había en la sala: Blanca estaba allí y también don Ponce. Fue a

saludarlos, pero la mujer que se había levantado se acercó hasta él y se postró a sus pies.

–Por favor, don Miguel. Por favor.

Miguel concentró entonces toda su atención en la mujer que había caído a sus pies.

–¿María? –preguntó, agachándose y obligando a la dama a que se levantara–. No entiendo. ¿Qué hacéis aquí? ¿Por qué...?

–Él me dijo que acudiera a vos si todo se ponía en su contra. Lo despeñarán. Por favor, tenéis que ayudarlo.

Miguel negó con la cabeza.

–No puedo. Yo... lo siento mucho. No puedo –dijo retirándose de la mujer que le suplicaba.

–Él confía en vos. Tenéis que ayudarlo.

–¿No lo entendéis? No puedo ayudarlo aunque quiera. García me envía a Aibar hasta que todo esto termine.

–Pero lo van a matar y él no tiene la culpa de nada.

–¡Escuchadla! –intervino en esos momentos Ponce de Lehet–. Vos siempre habéis creído en la justicia. Por eso insistís tanto en mantener esa mesnada de forma permanente. ¿No es así? ¿Vais a deshonorar vuestros propios principios? Al menos, intentad sacar la verdad a la luz. Si algo aprendí mientras fui alcalde, es que siempre que hay dos partes enfrentadas, cada una tiene su porción de razón y su porción de mentira.

El infanzón desvió su mirada hacia él. Tenía en muy alta estima a don Ponce. Él le había ayudado en el pasado y, de no haber sido por esa ayuda, probablemente estaría muerto. Miguel movió el cuello. Hiciera lo que hiciera, parecía estar atrapado en medio. Se tomó su tiempo. Tenía poco margen de maniobra, por no decir ninguno. El silencio se agudizó hasta sonar como una bofetada. Intentaba pensar, mientras las miradas suplicantes, llenas de preocupación, se comían su alma. Bajó la mirada hacia un suelo que se abría en un abismo infinito. Allí estaba su infancia, su sangre, su alma Almoravid a punto de ser devorada. Tragó con fuerza, justo en el momento en que la mano de María se apoyaba en su antebrazo, temblorosa.

–Está bien –claudicó, atrapando la mano de la dama que los Subiza le habían arrebatado–. Veré lo que puedo hacer –lo dijo de corazón. Debía intentarlo. Lo intentaría.

A María se le abrió el cielo. Se echó sobre él en un abrazo de

agradecimiento; sollozaba nerviosamente y no paraba de darle las gracias. Miguel se sintió incómodo. Después de todo, había amado a aquella mujer como para pedirla en matrimonio, aunque en esos momentos no sintiera por ella sino un sentimiento de protección. Don Ponce, atento, llegó hasta donde estaba la dama y la tomó en sus manos.

–¿Por dónde empezamos? –preguntó el que una vez fue alcalde en Navarra.

Miguel se tomó su tiempo antes de hablar. Midió sus posibilidades y su margen de maniobra, mientras paseaba por la habitación.

–De momento, voy a hablar con Pere. Trataré de encontrar algún resquicio que me permita al menos demorar la acción de García. Yo no podré contactar con vosotros, así que tendréis que ser vosotros los que vengáis a mí. Don Ponce, ¿tenéis contacto con el nuevo alcalde? –como vio que el aludido asentía, continuó con su discurso—. A ver si encontráis alguna causa en la que Terrén esté implicado. Necesitaremos alguna prueba irrefutable para prenderlo y así poder interrogarlo sobre el ataque que sufrimos. Y si no hay causa con suficiente peso contra él... entonces habrá que buscar alguna excusa para sacarlo de Subiza –dijo, dirigiendo su mirada hacia doña María y Bartolomé.

–Haremos cuanto podamos –dijo ella.

Miguel hizo una pausa.

–Debo preguntaros algo. Necesito saber quién asesinó a Martín.

–Fue el amo –contestó Bartolomé.

–Ahora debo irme –dijo Miguel, tras asentir—. Cuando tengáis algo, venid a verme a Aibar.

Cuando estaba saliendo de la habitación, se volvió de repente.

–Necesito unas botas.

–¿Las queréis como siempre? –le preguntó Blanca.

–No, no me entendéis. Necesito llevarme ahora unas botas. Las que sea, ya os las devolveré en cuanto pueda. Es por el que me ha acompañado. Si le digo que no estaban preparadas, sospechará.

Miguel entró en el cobertizo a paso ligero y no se detuvo hasta llegar al último de los rincones. A esa hora, todo el mundo en la casa estaba dormido, o debería estarlo. El infanzón dejó la antorcha encendida en el único anclaje que colgaba de la pared. Pere era el único de los implicados en el asalto que seguía en la casa. Con un movimiento rápido, Miguel se le acercó y lo cogió del cuello, arrastrándolo hacia la pared. El joven abrió los ojos sorprendido,

todavía dentro de su propio sueño. Miguel no se anduvo con chiquitas.

–Quiero que me cuentes todo, desde el principio.

Pere tosió cuando sintió que la tensión sobre su cuello cedía. Luego se permitió una mueca de desdén.

–Dicen que andáis rabioso porque os han dejado fuera de todo este asunto
–aquella desconsideración fue una mala elección por parte del que fuera su escudero.

Miguel lo soltó de repente y buscó una cuerda gruesa. Deprisa, pero con gran precisión, hizo un nudo corredizo y, después, con acierto, lanzó la soga al aire haciendo que pasara sobre una de las vigas de madera y cayera al otro lado. Buscó un taburete y colocó a Pere encima pasando a continuación el nudo mortal por su pescuezo.

–Os lamentaréis de esto. No podéis matarme.

–No, no puedo mataros, pero tampoco puedo impedir que lo hagáis vos.

–Nadie creería que me he suicidado, así, atado, y vos no me podéis soltar.

–¿Qué otra explicación podrá dar quien os encuentre aquí mañana por la mañana colgando de esta viga?

Pere se empezó a asustar. Miguel parecía dispuesto a todo.

–Gritaré y alguien vendrá a socorrerme. Don García no quiere que me pase nada malo.

Miguel se permitió una sonrisa.

–Gritad todo lo que queráis. Diré que he venido al escuchar los chillidos. Vamos, solo quiero que hablemos. ¿Qué mal te puede hacer ya contármelo todo? ¿Cómo empezó tu amistad con los Martínez de Subiza?

Pere sintió cómo la cuerda se apretaba sobre su cuello.

–¿Intercederéis por mí? –preguntó con voz lastimera.

–Me has puesto en un serio aprieto. Has hecho que deshonre el nombre Almoravid –le dijo, balanceando el taburete donde descansaban los pies de su escudero.

–Está bien, pero bajadme de aquí.

–Lo haré cuando quede satisfecho.

–Coincidí con Terrén por casualidad en *Los Tres Caminos*. Bebimos y me contó cómo había muerto mi padre. Descubrirlo abrió las puertas del odio. Terrén supo cómo alimentarlo en su beneficio, lo sé. Pero yo quería venganza y servir a don Yenegro era la oportunidad de mi vida. Terrén me dijo que tendría que probar mi valía. Al principio me pidió cosas fáciles. Llevar

recados, espiar a algún caballero... o dama. Pasado un tiempo me pagó una prostituta. Poco a poco las exigencias fueron mayores y yo las cumplía, porque Terrén también era generoso al compensarme. Así llegó el día en que me pidió organizar un pequeño asalto. «Solo un susto, un asalto sin importancia –me dijo–. Yo te indicaré a qué hombres debes contratar y después te reclamaré y te tomaré bajo mi ala». Iba a ser eso, solo un susto, os lo juro.

–¿Siempre era Terrén, nunca estuvo don Yenegro implicado?

–Terrén era el que hablaba conmigo, si él estaba implicado o no, no lo sé.

–¿Y Álvaro?

Pere se encogió de hombros.

–Me sorprendí cuando él mismo llevó el dinero con el que yo debía comprar mercenarios.

–¿Hablaste algo con él?

–Terrén me ordenó que me pusiera un disfraz de monje cuando fuera a recoger el dinero. Creí que me lo pedía para que no nos vieran juntos. Pero luego apareció don Álvaro y supuse que por eso me lo había hecho poner: para que nadie pudiera decir que había visto al heredero de Subiza con el escudero de un Almoravid.

Por primera vez, Miguel se quedó en silencio. No sabía qué pensar. Los mismos hechos explicados de dos maneras diferentes. Pero esos hechos situaban a Álvaro en el peor sitio posible: él había entregado el dinero y encima había añadido el broche. Y nada de lo dicho por Pere sonaba lo suficientemente convincente como para exculpar a su amigo. Al contrario, le hacía parecer más culpable. A Terrén le había salido todo redondo. Si era él el que había ideado aquello, era más abominable de lo que pensaba y si era don Yenegro...

Soltó a Pere y le quitó la cuerda del cuello. Ya no había mucho más de lo que hablar con él. El siguiente paso era Terrén. Pero ¿cómo acceder a él e interrogarlo? Miguel miró al que había sido su escudero.

–Fuiste un imbécil al codearte con don Terrén –le dijo, para a continuación golpearlo con todas sus fuerzas con el puño en la mandíbula–. Y más imbécil aún al coger una flecha nuestra y matar a don Fortún. Lo podías haber tenido todo. Aliseda habría sido tuya algún día. Ahora la muerte te reclama, igual que hizo con tu padre unos años atrás, y no voy a ser yo quien le impida llevarse su premio –finalizó con rabia mientras lo golpeaba en el bajo vientre.

Miguel recogió la antorcha y se alejó, dejando tras de sí una cortina de

oscuridad.

Bostezó. Había dormido poco y mal. El tiempo se acababa y García apremiaba para que el ajusticiamiento de Álvaro se celebrara, como muy tarde, en tres días. «Tres días son insuficientes para sacar al oso de su madriguera», pensó Miguel, volviendo a bostezar. La sirvienta, a su lado, se afanaba por terminar todos los preparativos, mientras él ralentizaba la marcha. Tenía cientos de cosas en la cabeza, pero no podía hacer sino obedecer.

Cabalgó en silencio hacia Aibar con Jaime a su lado. Cuando llegaron, el sitio se le antojó extraño, demasiado alejado de todo lo que le preocupaba, y eso le ataba de pies y manos. La cuenta atrás había comenzado.

—¿Qué os preocupa? —le preguntó Guillaumes—. No habéis pronunciado apenas palabra desde vuestra llegada.

—No es nada —le contestó el infanzón, restando importancia a cómo se sentía.

—A mí tampoco me hace demasiada ilusión estar aquí de brazos cruzados. ¿Os preocupa ese amigo vuestro de la niñez? García me contó que os criasteis juntos.

Miguel lo miró a los ojos.

—¿Crees que es culpable?

—¿A qué viene esa pregunta? ¿Acaso vos no lo creéis?

—No sé qué pensar.

Guillaumes se levantó de repente de la silla, como si le hubieran dado con un palo.

—Espero que no le hayáis insinuado eso a mi hermano.

—He hablado con don Álvaro. Sostiene que es inocente. Que le tendieron una trampa.

Guillaumes sonrió.

—¿Y vos le creéis?

—¿Y si es verdad, Guillaumes? ¿Y si es inocente?

—Parecéis muy convencido —el hermano menor de García cambió el tono de su discurso.

—Me gustaría tener tiempo para indagar un poco más.

Pasado el mediodía, don Ponce se presentó en la casa de Aibar. Venía sudoroso, a pesar del rigor del otoño. Le acompañaba un sirviente al que

Miguel no conocía. El infanzón le hizo pasar enseguida y llamó a Guillaumes. No quería que ni él ni García pensaran que estaba actuando contra ellos.

–Ya conoces a don Ponce –le dijo a Guillaumes a modo de presentación. Este asintió levemente. Estaba intrigado y sentía curiosidad por saber de qué se trataba.

Miguel le apremió a que hablara.

–Las noticias no son demasiado buenas –empezó disculpándose, aunque él no tenía la culpa–. La ejecución de don Álvaro se ha dispuesto para el mediodía de pasado mañana.

Sin quererlo, la mandíbula de Miguel se apretó con fuerza durante unos instantes.

–Supongo que no habréis venido hasta aquí solo para contarme eso.

Don Ponce negó tres veces.

–¿Qué hay del otro asunto? El de don Terrén.

Guillaumes se mantenía callado mientras los dos caballeros hablaban. Don Ponce se rascó la cara y miró hacia su sirviente. Este se apresuró a acercarle una alforja y la puso en sus manos. A continuación, don Ponce lo despidió con un gesto de su mano, indicándole que los dejara solos.

–He estado hablando con don Sánchez de Pomar, el nuevo alcalde de Navarra. No hay gran cosa contra Terrén. Aunque hay indicios de que ha participado en más de una algarabía, de una forma u otra se las ha arreglado para que su nombre no sea mencionado. Pero... –continuó el viejo caballero sacando un montón de pergaminos de la alforja–. He encontrado todo esto.

–¿Qué es? –preguntó, mirando expectante lo que don Ponce ponía ante sus ojos.

–Comprobadlo vos mismo.

Miguel tomó los documentos y los observó con detenimiento.

–Esto es... –no podía continuar la frase–. Esto es del todo extraño y fascinante al mismo tiempo. ¿Cómo es posible que don Yenegro esté todavía vivo sosteniendo sobre su cabeza todas estas acusaciones?

–Don Sánchez de Pomar me ha dicho que no han tenido tiempo de verificarlas.

–¿No han tenido tiempo o es que los testigos han tenido demasiado miedo?

La pregunta se quedó en el aire, aunque tampoco había sido formulada para obtener una respuesta. Miguel continuó revisando los papeles. Lo que tenía delante era importante y demasiado bonito para ser cierto. Sin embargo,

todavía no veía cómo iban a ayudar todas esas acusaciones a conseguir la libertad de Álvaro.

—¿Vienen todas estas acusaciones con alguna sugerencia?

Guillaumes miraba a uno y otro sin intervenir, con sumo interés, para ver en dónde desembocaba todo aquello.

—Si actuamos con astucia, podréis tener a don Yenegro y liberar a su hijo.

Eso significaba tender una trampa, pero una trampa que debía ser ingeniosa y enorme. Don Yenegro era un buen cazador, tenía un olfato extraordinario. No se dejaría engañar con facilidad. Además era vil y peligroso como una serpiente. Miguel se sentó y por primera vez miró a Guillaumes.

—Tu hermano me ha pedido que me mantenga al margen, pero esa orden no incluye a mis amigos. Por eso está hoy aquí don Ponce. Creo que debo intentar saber la verdad. Si don Álvaro miente, no seré yo quien le prive de su merecido castigo. Pero, si es inocente, creo que ninguno de nosotros podría vivir con una carga tal. Yo, al menos, no. No me enfadaré si partes hoy mismo hacia Iruñea y le cuentas todo esto a García. Pero necesito hacerlo, necesito averiguar si tu hermano va a enviar a un inocente o a un culpable al encuentro de la muerte. Por la amistad que un día tuvimos, sí, pero más que todo, por el deber de ser fiel a la justicia y a mí mismo.

El silencio reinó en la sala durante unos instantes. Guillaumes se dio cuenta entonces de que Miguel esperaba una respuesta.

—Creo —dijo, aclarándose la garganta—, que de momento no se ha incumplido ninguna orden.

Miguel respiró algo más relajado. Los otros dos hombres se quedaron mirándolo. La cabeza de Miguel se puso en funcionamiento. Había que urdir una argucia compleja y estudiada con minuciosidad porque, tratándose de don Yenegro, cualquier pequeño detalle podía dar al traste con todo. Después de darle varias vueltas, empezó a exponer sus ideas en alto. Los otros dos le prestaron máxima atención.

—Creo que lo mejor para empezar es proponerle un trato. Un intercambio: Terrén por su hijo. Él entrega a don Terrén y nosotros le devolvemos a su hijo. Eso nos permitiría interrogar a Terrén.

Don Ponce se mordió el labio inferior antes de contestar.

—No creo que vuestro hermano quiera soltar al heredero de Subiza.

—Olvídate de García. Por supuesto que no aceptará el intercambio. Pero no

se trata de eso, se trata de que don Yenego lo crea, de que caiga en la trampa. Nosotros queremos a Terrén, ¿no? Una vez que lo tengamos le haremos confesar delante de todos. Eso liberará a Álvaro.

–O lo llevará antes a la muerte –dijo Guillaumes, quien todavía era reacio a creer en la inocencia de Álvaro.

–Muy arriesgado –dijo entonces don Ponce.

–Yo mismo iré. Hablaré con don Yenego y le propondré el trato.

–Ni hablar –dijo don Ponce–. Vos no podéis ir. Aparte de que todavía pesa sobre vos esa orden de alejamiento, don Yenego tiene muchas ganas de prenderos. Se lo pondría en bandeja. Os mataría alegando, con razón, que estaba en su derecho y entonces, olvidaos del trato. U os intentaría cambiar por su hijo; lo que sería mucho peor. Pondría a García en un aprieto.

–Estoy de acuerdo con él –apuntó Guillaumes.

–Iré yo –se ofreció don Ponce, no muy convencido.

Por un momento, Miguel pasó su mano izquierda sobre su mejilla antes de mirar al exalcalde.

–¿Estáis seguro? –preguntó por fin.

Don Ponce respiró hondo y asintió.

–Hay un asunto más... –prosiguió el de Grez. Las aletas de su nariz se hincharon mientras tomaba aire. Había llegado el momento de hacer su petición al rey. Era la oportunidad de rogar al rey que permitiera la formación de la liga–. Quiero que hagáis llegar a don Sancho todas las acusaciones que penden sobre don Yenego, junto con un documento que os voy a entregar. Es muy urgente –recalcó posando su mirada en los ojos de don Ponce.

–Son demasiados asuntos...

–Lo son. Pero sé que encontraréis el modo. Mi escudero Jaime os ayudará con ese asunto. Confío plenamente en él.

María temblaba de pies a cabeza. Había ensayado varias veces, pero su voz seguía saliendo trémula. No estaba muy segura de poder lograrlo, pero debía hacerlo, si quería que su esposo tuviera una oportunidad. Se acercó a don Yenego y cayó de rodillas a su lado. Imploró, desecha en lágrimas, para que le permitiera viajar hasta Pamplona y así poder ver a su esposo. El amo se negó. María contaba con ello. Desde el suelo miró con cierto descaro hacia Terrén que, como buen vasallo, aguardaba a la derecha de su señor. Le dio repugnancia, mas lo hizo porque lo tenía que hacer. Cuando tuvo la certeza de

que había captado su atención, se volvió de nuevo hacia don Yenegro rogándole que, al menos, le dejara ir a rezar por su esposo a la iglesia de Olcoz.

–¿Por qué Olcoz? –le preguntó el señor de Subiza

–Porque tengo mucha devoción a San Miguel, señor –contestó titubeante.

Don Yenegro se mantuvo en silencio; un silencio que corría por la espalda de la mujer, agarrándose tremebundo a su espina dorsal. Sospechaba algo. Estaba segura. Esperó, sin moverse, porque sabía que cualquier cosa que dijera podía echarlo todo a perder. Cerró los ojos y tragó saliva.

–Podéis rezar en la capilla de la casa, incluso en el silencio de vuestra habitación –dijo al fin.

«Ya está –pensó ella–. Todo perdido».

–Sin embargo... creo que os hará bien un paseo. Llevaos a Blasquita. Sí. Eso será lo mejor. Aunque... –pareció pensárselo mejor–, aunque no quiero que os llevéis a vuestro hijo ni que vayáis sola.

–Podría acompañarla si es de vuestro agrado –se ofreció Terrén con fingida humildad.

Don Yenegro afirmó una sola vez.

«¿Ha cedido, así, tan rápido?», se preguntó la mujer, con dudas. María se levantó del suelo pronunciando la palabra gracias decenas de veces, aunque le dolía en el fondo de su alma tener que sacrificar a su hijo esta vez.

–Partiré en breve –dijo la mujer para ahuyentar su temor. Todavía no se creía que lo hubiera logrado. Su mirada se encontró entonces con la de Terrén. Aquella mirada decía de un modo transparente lo mucho que la deseaba. Sintió miedo, de nuevo, y se preguntó cuánto tiempo más debería sentirse así. Necesitaba a su esposo.

Don Ponce esperó unos instantes más. El aviso debía haber llegado hacía un rato, pero aún así se dio un tiempo de margen. De todas formas, si Barti no aparecía en breve, tendría que intentar conseguir una audiencia privada con don Yenegro. Y eso sería francamente difícil, porque todo el mundo sabía que donde estaba don Yenegro, allí estaba Terrén. Andaba en estas cavilaciones cuando un sonido lejano captó la atención de su oído. Este ya no era el que había sido en su juventud, pero aún así no se podía quejar. Se centró en el sonido y se agazapó, para evitar ser descubierto por alguien que no fuera quien estaba esperando. Un silbido largo le anunció la llegada esperada. Bartolomé se asomó lo justo para que don Ponce lo viera y, cuando se aseguró de que este

se había percatado de su presencia, desapareció.

Se acercó a la casa todo lo que la vegetación le permitía para no ser visto, y esperó. Miró a lo alto para ver dónde estaba el sol. Se estaba volviendo viejo para esto, pensó con cierto desasosiego. Nunca le había importado tratar con criminales, pero, ahora, había perdido la costumbre. Debía andarse con tiento. Don Yenegro no era un maleante común. Era un ricohombre del reino, un noble, y, sobre todo, un hombre listo con un fino olfato para los engaños y un sexto sentido para hacer el mal.

La puerta principal de la casa se abrió por fin y un carruaje salió despacio, sus viejas ruedas se lamentaban en medio de un agudo silencio. Muy cerca cabalgaba un caballero, muy recto en la silla. Don Ponce suspiró. Dejó pasar unos instantes y se puso en marcha. «Lo que tenga que ser, será», se dijo con cierta aflicción.

Le costó pasar de la puerta. Todos los guardianes apostados en la entrada parecían dispuestos a poner trabas a su acceso. El exalcalde de Navarra empezó a ponerse nervioso, antes era más diestro en manejar este tipo de situaciones. «Solo estoy falto de costumbre. Lo único que necesito es recordar cómo lo hacía antes», se confesó a sí mismo.

–Traigo un mensaje para don Yenegro. Solo os pido que le aviséis y que él decida cuánto le importa la vida de su hijo.

El guardia de mayor edad hizo un gesto con la cabeza y uno de sus hombres se dirigió hacia la puerta de entrada de la casa.

–Dile que quiero verlo a solas –le advirtió.

La espera fue más larga de lo que don Ponce había calculado. No hacía viento, pero el frío se calaba hasta los huesos y sus huesos se empezaron a resentir. Tras la espera y una vez cacheado, don Ponce, por fin, fue admitido.

Don Yenegro lo recibió en una sala fría, donde el fuego había sido apagado recientemente. Con gestos medidos se sirvió una generosa copa de vino, pero no invitó al recién llegado, como tampoco le convidó a sentarse. Don Ponce decidió pasar por alto aquellos detalles y centrarse en la misión que tenía por delante.

–Mis guardias dicen que traéis ciertas noticias que tienen que ver con mi hijo.

–Vengo a proponeros un trato en nombre de los Almoravid –le expuso don Ponce, yendo al meollo del asunto.

–Creo que tengo fama de no hacer tratos. Y eso es porque no los hago.

–Eso es muy inteligente de vuestra parte –le dijo con tiento–, pero también es inteligente escuchar antes de tomar decisiones.

El de Subiza hizo una mueca.

–¿Y qué quieren los Almoravid a cambio de la vida de mi hijo?

–Solo al verdadero culpable.

El semblante de don Yenego se puso serio y su ceño se frunció hasta formar decenas de líneas verticales.

–Don Terrén ha acumulado un buen número de causas pendientes –prosiguió don Ponce, para no perder el hilo de lo que había ido a hacer allí y por miedo a que don Yenego se enfadara antes de terminar su cometido–. Los Almoravid están dispuestos a cambiarlo por vuestro hijo.

En ese momento, el de Subiza se levantó dando un fuerte golpe sobre la mesa.

–¿Creéis que podéis venir aquí y chantajearme? ¿Queréis que entregue a Terrén a cambio de mi hijo? Don Terrén es como un hijo para mí.

–Lo sé, don Yenego, pero don Álvaro es sangre de vuestra sangre. Según la naturaleza, más hijo que don Terrén. Entiendo que tengáis al joven en alta estima. Es valiente, aunque demasiado fogoso, si me permitís la licencia. Pero ¿entenderá también el pueblo, entenderán los nobles, entenderá el rey vuestra elección? ¿Entenderán que sacrificuéis a don Álvaro y deis vuestra bendición a alguien ajeno a vos?

–Nadie, ¿me habéis entendido?, nadie, me ha dicho nunca cómo debo actuar y creedme que vos no vais a ser el primero.

–No osaría hacerlo –dijo, tratando de mantener la calma y sabiendo que estaba perdiendo su oportunidad–. Por si os interesa, los Almoravid esperarán hasta el mediodía de pasado mañana en el término de Miluce. Si para entonces no habéis entregado a don Terrén, don Álvaro será ahorcado.

Don Ponce esperó para ver la reacción de su interlocutor. Don Yenego parecía pensativo.

–Tengo un mensaje para don García. Decidle que esté seguro de que me entregará a mi hijo pasado mañana, antes del mediodía –tronó.

Don Ponce contuvo la respiración. Aquellas palabras podían significar mucho o nada. La manera de decirlas parecía más una amenaza que una claudicación. Pero si significaban que iba a aparecer en Miluce y don Terrén iba a estar con él, se daba por satisfecho. Lo demás era trabajo de los Almoravid.

–Aseguraos de que don Terrén esté con vos.

–Por supuesto que me aseguraré. ¡Y ahora fuera de mi vista! –bramó.

Las últimas palabras fueron pronunciadas con furia desgarrada. Don Yenegro estaba empezando a hartarse. Primero, Terrén había comenzado a actuar por libre Y, si bien se merecía un castigo, no estaba dispuesto a dejar que otros se lo aplicaran. Los Martínez de Subiza tenían sus propios métodos y él era la justicia dentro de los límites de sus propiedades. Y ahora ese maldito de García se atrevía a mandar un caballero viejo para presionar sobre él, pensó.

La ira creció en su estómago, pero se contuvo hasta que vio salir a don Ponce de la sala. Se sirvió otra copa de vino y la apuró de un trago. «¡Ahorcado! Pretende ahorcar a mi hijo como un vulgar plebeyo. Un noble no puede morir ahorcado. A los nobles se les despeña o se les ahoga, pero no se les ahorca. Esta vez, don García, os habéis superado a vos mismo. Pero en vuestra insensatez, me habéis subestimado».

Bartolomé se las ingenió para esperar en los alrededores. Cuando don Ponce asomó la cabeza, el joven le dirigió una leve mirada. El viejo exalcalde afirmó muy levemente. El juego se había iniciado.

Estaba nerviosa. Sabía que aquella no era noche para dormir, pero no había calculado bien cuánto pesarían sobre ella la duda y el miedo. Ni siquiera el sueño tranquilo de su hijo le transmitía el sosiego que necesitaba. Había en la casa un trasiego insólito a aquellas horas de la madrugada y eso no hacía sino comprimir su alma. María sabía que no debía abandonar sus aposentos, pero si continuaba allí iba a morir. Así que salió. Los sirvientes trajinaban por la casa, y don Yenegro repartía órdenes sin parar. A su lado, Terrén permanecía enhiesto, ajeno a lo que se cernía sobre él, pensó la joven. El señor de Subiza puso una mano sobre el hombro del joven. María observó atenta. «Sí que sabe disimular, confraternizando con quien va a entregar a la horca».

La escalera crujió, anunciando la llegada apresurada de alguien. María se pegó a la pared buscando la oscuridad para camuflarse.

–Señora, soy yo –Barti se mostró en la penumbra de la noche.

–¿Ocurre algo? –susurró ella.

–Don Yenegro no para de decir que esta es la noche de la ira y del fuego. Me temo, señora, que en la mente del señor no está entregar a don Terrén a

cambio de su hijo.

Por un momento, el aire desapareció alrededor de doña María.

–¿Qué quieres decir? –pudo pronunciar al fin.

–El señor prepara el asalto de Aibar, mientras los Almoravid lo esperan en Miluce.

–¡Ah! –exclamó ella llevándose la mano a la boca–. ¿Estás... estás completamente seguro?

–Seguro, doña María. Debo irme, pero creí que debíais saberlo.

–Gracias –dijo de manera casi inaudible.

La mujer dejó que su espalda escurriera por la pared hasta llegar al suelo. Era la viva imagen del fracaso. Había sido derrotada antes incluso de poder luchar. Don Yenegro iba a sacrificar a su propio hijo.

Deseó ponerse a chillar y a gritar, pero se contuvo sollozando en silencio, ahogando su agonía entre las telas de su propio vestido. Su dolor no remitió, su derrota no se hizo más llevadera. Si Álvaro moría, ella moriría. O lo que era peor; viviría sin poder morir. Sus llantos cesaron de inmediato. Las lágrimas habían regado su rostro y empapado su cuello, y su nariz congestionada no le permitía respirar bien. Desvió su mirada hacia la puerta de sus aposentos, donde su hijo dormía, ajeno a lo que se cernía sobre su padre. Luego apretó fuertemente su regazo con sus dedos pequeños tratando de sofocar su desconsuelo y agarrar la pequeña vida que se estaba formando dentro de ella. Era tarde para avisar a don Ponce, tarde para ponerse en contacto con Miguel, tarde para avisar a los Almoravid. ¿O no?

«¿Por qué? –se preguntó Álvaro–. ¿Por qué se afanan en proporcionarme un desayuno tan opíparo si van a matarme? ¿Por qué se preocupan para que disponga de manjares succulentos si mi cuerpo se balanceará dentro de unas horas, vacío de vida, sin que importe a nadie? Ni siquiera mi padre se ha dignado a venir a verme. Tampoco ha mandado a alguien en su lugar. Y yo me encuentro aquí solo, porque es como uno debe enfrentar su propia muerte. Solo. Estoy rodeado de ricas comidas y vino especial, cuando, en realidad, lo único que me gustaría sería poder contemplar, una vez más, el rostro de mi esposa, sentir la manita de mis hijos sujetando mi dedo índice, contemplar juntos un nuevo amanecer...».

Álvaro pasó la mirada por aquellos platos exquisitos, pero no tenía hambre. Se entretuvo recolocando los alimentos en los platos, sin mucho

ánimo y sin el menor decoro. Cuando se cansó, se recostó en la pared y cerró los ojos. No era un hombre de acción, pero odiaba no poder hacer nada. Sin pretenderlo, las lágrimas se deslizaron por su rostro.

–¿Estáis seguro de que Miguel ha comprendido mis órdenes? –le preguntó García a su tío. Guillaumes le había contado los últimos movimientos de don Ponce por recomendación de Miguel. Había accedido a sus planes, pero aún no sabía si iba a tener que arrepentirse de no haber lanzado a Álvaro desde lo alto de la torre del Rey.

Iñigo afirmó con la cabeza.

–¿Y tiene claro lo que debe hacer?

Iñigo volvió a afirmar.

García no estaba muy convencido. Pere había dicho que don Álvaro le había pagado y Álvaro había reconocido que así era. Las piezas, simplemente, encajaban. Entendía hasta cierto punto el interés que podía tener Miguel en salvarlo, pero él, con sinceridad, creía que eso era tan solo una pérdida de tiempo. Si había aceptado, había sido solo por la posibilidad de coger a Terrén, al asesino de Martín, según le habían dicho. Y porque Miguel lo conocía demasiado bien y había mandado a Guillaumes a negociar, a interceder en su nombre ante él. Y Miguel sabía que tenía debilidad por su hermano menor.

La puerta de la torre del Rey se abrió. Álvaro no tenía muy buen aspecto, pero ningún prisionero lo tiene. El heredero del señor de Subiza no había pasado demasiado tiempo en prisión, pero había estado encadenado y apenas había podido ponerse de pie porque las cadenas se lo impedían. Así que, en esos momentos, andaba algo encorvado y sus movimientos eran torpes, como los de un niño que apenas ha empezado a andar.

Álvaro miró al cielo. El sol había subido ya sobre el horizonte. ¿Sería esa la última vez que lo viera?, se preguntó con el corazón latiendo muy deprisa en su pecho. Buscó a Miguel entre los hombres que lo custodiaban. No estaba. ¿Era esa buena señal? No estaba muy seguro. Alguien le dio un golpe en la espalda que le hizo volverse hacia atrás. Un desconocido le sonreía burlonamente, incitándole a ponerse en marcha. Pero, ¿está un hombre preparado para dar ese primer paso hacia la muerte? Nunca creía haber sido demasiado valiente, así que tuvo que hacer un esfuerzo considerable para

mantener la calma y tratar de que el pánico no terminara por incitarle a hacer una locura. Trataba de no suplicar por su vida, pero no sabía si iba a ser capaz de conseguirlo. Pensaba en María, y en su hijo, y en su otro hijo nonato. No iba a ser fácil acercarse a la horca, sabiendo que ellos... que ellos se quedaban en manos de su padre y de Terrén. Nunca se había llevado bien con este último y un pensamiento terrorífico sacudió su mente, al imaginar que don Yenegro pudiera reemplazarlo por él, incluso como esposo de María. Su cuerpo se sacudió de repente y tiró de sus brazos hacia atrás, en un intento por refrenar el avance. Sin embargo, la cuerda con la que iba sujeto tiró de él en el sentido opuesto.

Había ojos en las ventanas, de eso estaba seguro, aunque nadie parecía atreverse a asomar la cabeza. Se preguntó si su padre tendría pensado un asalto o algo así para rescatarlo o si, quizá, prefiriese que el destino lo librara de ese hijo que nunca había llegado a ser tal y como él quería. «¿Cuánto valgo para mi padre?», se preguntó angustiado.

El camino se hacía lento y largo, sombrío y esperanzador, lleno de quietud y de terror al mismo tiempo. García se colocó a su lado al salir de la ciudad. Miró de reojo. Algunos Almoravid custodiaban a Pere, al que le hicieron caminar un poco más atrás que él. Pero Miguel seguía sin aparecer. Quizá fuera mejor así. Su respiración se hizo más agitada. Sudaba. Un sudor frío empezó a resbalar por su nuca y luego por su espalda, empapando su ropa. El viento soplaba frío, casi gélido, en contraste con la necesidad de su cuerpo de ponerse a sudar.

«Debo ser valiente, pero no puedo, no puedo». Ningún hombre se entrega a la muerte por propia voluntad. Salvo que lo haga para salvar a otro y, en su caso, el único que saldría ganando tenía el nombre de Terrén y era alguien que no se merecía el sacrificio.

Don Yenegro montó en cólera. Descendió de su montura y le propinó un sonoro bofetón a Barti, que presuroso había sujetado las riendas de su caballo. El muchacho cayó hacia atrás y la ira y el fuego que debían haberse guardado para Aibar, empezaron a avivarse en Subiza.

Barti intercambió una mirada con su padre, pero la apartó enseguida, arrastrándola por el barro que se acumulaba alrededor de donde había caído. Acercó su mano derecha al pómulo donde había impactado el golpe de don Yenegro. Dolía y escocía. Sabía que la no ticia que sus labios acababan de

anunciar no iba a gustar a su señor, pero no podía haber imaginado cuánto iba a dolerle aquel golpe.

–¡Buscadlos! ¡A los dos! –ordenó con los ojos desorbitados–. ¡Esa sucia zorra va a estropearlo todo!

Bartolomé se levantó. Notaba cierto zumbido en su oído y le costó mantener el equilibrio. Había esperado al momento oportuno, o eso creía. Confiaba en haber aguardado el tiempo suficiente para que doña María huyera con su hijo hacia Miluce, sin poder ser alcanzada antes de llegar allí. Eso creía. Eso esperaba. Porque, si llegaban hasta María antes de alcanzar el prado donde iba a tener lugar el ahorcamiento, todo estaría perdido. Doña María moriría, su hijo moriría y don Álvaro... también.

Mientras la casa se agitaba en busca de la mujer y del niño, Barti rezaba en silencio.

–¿Qué ocurre? –le preguntó su padre, acercándose a él.

El muchacho se encogió de hombros. No quería darle explicaciones.

–Doña María no está y su hijo tampoco.

–¿Tienes tú algo que ver con eso? –Barti esquivó su mirada–. Porque si sabes algo, cualquier cosa...

Bartolomé se zafó de él como pudo. Odiaba tener que mentir a su padre, pero no tenía otra opción.

Juan miró a su hijo menor mientras se alejaba. Sabía que le ocultaba algo. Su celo de padre se puso alerta. Ya había perdido a una hija y a un hijo por culpa de don Yenegro. Cierto que Miguel había tenido suerte al ser aceptado como un Almoravid, pero don Yenegro no daría ninguna oportunidad a Barti, si descubría que estaba implicado en la huida de doña María.

–¿Qué haces ahí parado? –le escupió las palabras don Yenegro a Juan–. ¿Alguien te ha dicho que puedes dejar de buscar?

Juan salió en estampida. Había llegado ese momento en el que era mejor que el amo no se fijara en uno, ni que tuviera cuentas pendientes con él.

–Nada –le anunció uno de sus caballeros.

Don Yenegro gruñó.

–Traed aquí a su nodriza.

Una mujer joven, despeinada y ojerosa, fue arrojada a los pies de don Yenegro. Suplicaba y suplicaba afirmando que no sabía nada.

–¡Mientes! –le gritó a la cara.

–Os juro que no sé nada.

–¡Alguien ha tenido que esconder a doña María y a su hijo! –gritó exasperado.

Aquello no iba a ningún sitio y lo único que estaba logrando era retrasar toda la ejecución de su plan.

–¡Falta uno de los caballos! –anunció uno de los mozos de cuadra.

Barti apretó los labios y se mordió el interior de sus carrillos. Empezaba a ponerse nervioso. Aquella alerta llegaba demasiado pronto. Doña María había elegido un caballo resistente y veloz, pero ni de lejos era tan bueno como los *destrier* de los caballeros allí reunidos.

–¿Así que se ha ido de verdad? –preguntó mirando a la nodriza–. ¿Sabes tú algo de eso?

–Os juro que no sé nada –repitió ella fuera de sí.

–Pues si no sabes nada, no me sirves para nada.

Don Yenego tomó un azadón en su mano derecha y, sin dudar, lo estampó sobre el rostro de la mujer.

A Bartolomé se le encogió el estómago dentro de su cuerpo. No se atrevió a mirar a su padre, pero intuyó que lo estaría observando. La nodriza estaba muerta y a él le reconcomía la conciencia.

–Solo hay un lugar al que esa ramera ha podido dirigirse –dijo.

Todos los caballeros y hombres de armas de don Yenego se pusieron en marcha. El de Subiza miró a Terrén. Por un momento pensó en dejarlo en Subiza –no le gustaba que nadie lo presionara ni le chantajeara–, pero, en el último momento, pensó que podía serle útil. Era buen rastreador y tenía ganas de mostrarse de utilidad ante él. Si había alguien que podía dar caza a María antes de que esta llegara a Miluce, ese era Terrén.

La lenta oscilación del cuerpo de Pere plantó un nudo en el estómago de Álvaro. Su respiración era tan fuerte que podía escucharse a varios pasos, pero ni siquiera le parecía que pudiera ser suya. El escudero traidor había muerto chillando como un cerdo y suplicando perdón. Sus gritos aún resonaban dentro de la cabeza de Álvaro. El de Subiza cerró los ojos. Trató de controlar el tembleque de sus manos y de hacer desaparecer la imagen de todos aquellos cuerpos ejecutados que pendían de los árboles cercanos. Fue peor; el susurro de sus voces se pegó a sus oídos, recordándole que él era el próximo.

Era el momento. Miguel miró nervioso en todas las direcciones posibles.

Sería difícil que García esperara más de la hora marcada. Observó el cielo, intentando creer que sus ojos lo engañaban, que todavía el mediodía no se cernía sobre ellos. García se adelantó un paso. Miguel no estaba a la vista, pero podía ver cada movimiento que ocurría en el pequeño descampado donde todos aguardaban. Se había reunido un buen número de vecinos. Esos que aparecían en los papeles que don Ponce le había llevado a Aibar y que tácita o directamente habían acusado a don Yenegro Martínez de Subiza de crímenes, saqueos y robos. Algunos habían sido difíciles de convencer, otros ardían en deseos de ver pagar al ricohombre por sus crímenes reiterados e impunes. Otros, ni siquiera se habían atrevido a ir, pero Miguel esperaba que los que estaban fueran suficientes para llevar con peso la acusación final contra don Yenegro. Miguel se palpó el pecho y se dio dos golpecitos. Debajo de su coraza de cuero guardaba el documento que Jaime le había entregado hacía poco. Ni siquiera había tenido la oportunidad de mostrárselo a su hermano. En él se recogía la autorización del rey a los infanzones, labradores y a la Iglesia para defenderse de don Yenegro.

García dio otra zancada. Álvaro tragó saliva y retrocedió un paso. Los guardias que lo custodiaban tiraron de sus brazos hacia delante. «Es el fin – pensó–. Y esta es la manera como voy a morir».

Miguel apretó los puños. No era esa la forma. No, no lo era. Pero le había jurado a García que no intervendría si llegaba el momento y el de Subiza no se presentaba. ¡Había estado tan seguro de que don Yenegro aparecería!

Una soga surcó el cielo y fue enganchada con habilidad sobre la rama del primer árbol. De su extremo colgaba un nudo corredizo grueso, áspero. Álvaro fue izado a lomos de un caballo. Estaba maniatado, sus ojos casi habían dejado de ver la realidad que lo rodeaba y sus oídos apenas alcanzaban a escuchar los abucheos y los insultos. Estaba resignado.

Miguel cerró los ojos. Toda su infancia estaba a punto de desaparecer. De súbito, un ruido lejano de cascos de caballo quedó suspendido en el aire. Miguel miró hacia atrás, tratando de confirmar con la vista aquello que sus oídos percibían. Un jinete.

–¡Un jinete! –gritó casi con desesperada emoción–. ¡Un jinete!

Aquellas palabras hicieron brotar un murmullo entre los asistentes. El sacerdote que en esos momentos hacía la señal de la cruz sobre Álvaro dejó el gesto en suspenso.

–¡Un jinete! –volvió a gritar Miguel hasta cerciorarse de que su hermano

se había percatado.

Álvaro tenía la cabeza gacha. Su cerebro tardó en identificar las palabras y su significado. Contagiado por la inquietud que por un momento recorrió a los que estaban allí, miró hacia delante. El polvo del camino se levantaba a lo lejos formando pequeños remolinos. Algo pasaba, pero no podía discernir si era algo bueno o malo para él. Lo único que sabía era que su ejecución se había detenido, de momento.

Miguel salió a la carrera. Una silueta gruesa y oscura se empezó a vislumbrar sobre la grupa del caballo. Desenvainó la espada y la levantó en alto. Detrás de él se habían reunido algunos hombres Almoravid que lo imitaron. Miguel se adelantó. No parecía un caballero quien se acercaba. Pero no estaba seguro de saber de qué o quién se trataba. El caballo que se acercaba perdió ritmo y sus patas delanteras empezaron a fallar. Miguel clavó espuelas y aceleró el paso de su montura. Cuando llegó a la altura del jinete, descabalgó deprisa y se lanzó a la carrera para ayudarlo. Sin tiempo para prepararse, María, con su hijo en brazos, se echó sobre los hombros de Miguel, rompiendo a llorar. Hablaba deprisa, tan deprisa que el de Grez apenas podía entender lo que decía. El caballo se derrumbó detrás de ellos. Había dado todo lo que tenía. Había cabalgado hasta la extenuación.

—¡He tenido que venir. Tenía que avisaros! —pudo decir al fin. Luego se echó a llorar, mientras ponía a su hijo en brazos de Miguel.

Este se sintió incómodo. El pequeño tenía los ojos grises de su padre y la misma expresión, entre curiosa y temerosa, que Álvaro llevaba impregnada en su cara cuando eran pequeños.

—No deberíais estar aquí.

—Debía avisaros. Advertir también a mi esposo y tomar su lugar. Don Yenegro mintió. Nunca tuvo intención de salvar a Álvaro. Por eso me he escapado con mi hijo. Él se había preparado para dirigirse a Aibar. Quiere destruirlo todo. Por eso he venido. Para avisaros y para intentar que él me siguiera. No le importa Álvaro, no le importo yo, pero le importa este niño. No sé si lo habré logrado, Miguel. No sé si don Yenegro me habrá seguido, o si estará camino de Aibar en estos momentos.

El corazón de Miguel empezó a latir furiosamente dentro de su pecho. ¡Las mujeres estaban desprotegidas en Aibar!

—¡Protege a esta mujer y a su hijo! Llévala a ese lado de allí —le dijo a Jaime señalando hacia su derecha.

–No –dijo la mujer entonces–. He venido a entregarme. Mi esposo es inocente. Él debe vivir. Yo tomaré su lugar. Por favor.

–¿Habéis perdido el juicio? –le preguntó Miguel.

Los dos se miraron. No había tiempo que perder.

–¡Lleváosla ya! Y vigilad por si viene alguien más.

Miguel se montó de nuevo en su caballo y se acercó hasta García. Esa fue la primera vez que Álvaro lo vio. Iba vestido de azul. Con un traje semejante al que lució cuando fue armado caballero y sus enseñas Almoravid brillaban al sol del mediodía. Pasó cerca de él, pero no se dignó mirarlo. Fue directamente hacia aquel a quien debía obediencia. Miguel le dijo algo al oído. Desde su posición, Álvaro no podía mirarlos ni escucharlos, bastante hacía con tratar de que el caballo al que le habían subido no se moviera. «Tranquilo», le susurró. Aunque su súplica no fue demasiado bien atendida.

García miró al frente.

–Acabemos con esto y salgamos hacia Aibar –dijo, por fin, mirando hacia el sacerdote.

Miguel iba a rogar por la vida de Álvaro, suplicaría si fuera necesario. García levantó su mano derecha, adelantándose a él. El momento pasó. El caballo que hacía las veces de patíbulo empezó a contagiarse del nerviosismo general. El murmullo era grande alrededor. Álvaro meneó el cuerpo a un lado y a otro intentando dominar a su montura. Detrás de él se colocó un hombre con el rostro cubierto. García lo miró. Continuaba con su mano derecha alzada. Solo la tenía que bajar y aquel encapuchado daría un azote al caballo para que este saliera corriendo. Miguel asió con fuerza sus bridas. Su cuerpo se tensó y sus ojos miraron al frente en busca de un milagro que parecía no llegar; dispuesto a todo.

–¡Jinetes! ¡Jinetes! ¡Al sur! –el grito se oyó con nitidez entre todos–. ¡Don Yenego! ¡Viene don Yenego!

–¡Preparados! –gritó García, que ya había repartido las órdenes que debían ejecutarse en caso de que el de Subiza apareciera.

Todos se movieron y cierto desorden reinó durante unos instantes en la explanada. El encapuchado, tras un momento de incertidumbre, interpretó el cambio de posición de la mano de García como la orden para proceder. Estampó un fuerte golpe en el trasero del animal y este, enfadado, piafó y después movió su cuerpo para salir al galope. Pero, justo en el último instante, un caballero pasó por delante y detuvo el movimiento. Álvaro sintió un

pequeño tirón en su cuello.

–¡No, no! Tranquilo –le susurró al animal.

Don Yenegro entró a la carga, sin contemplaciones. Los Almoravid querían al señor de Subiza vivo, lo mismo que a Terrén. Los Martínez de Subiza querían arrasar todo y matar a cuantos más hombres Almoravid mejor. El combate era ya inevitable, ineludible. E iba a ser una lucha hasta el final.

–¡A mí! –gritó García.

Sus hombres se colocaron en posición.

–¡Miguel!

Miguel escuchó su nombre. Miró a García, que había formado a su pequeño batallón de ataque unos pasos más atrás. Luego miró hacia el frente. Los enemigos estaban en todas partes. Sacó su espada.

–¡Mierda! –gritó el de Grez entre dientes. El caballo del condenado, asustado como estaba, parecía dispuesto a salir corriendo.

La presión debajo de sus piernas desapareció de golpe. Álvaro cerró los ojos. Ya no tenía miedo. Buscó en su interior una oración. «*Pater noster...*». Todo a su alrededor se hizo claro y nítido: el jadeo de los caballos, la respiración de los hombres que luchaban, las palabras, el silbido de las espadas al surcar el aire, el olor de la sangre, el aroma de las hojas de los árboles que los rodeaban, la corriente del río cercano... Aguardó, sin miedo, el tirón que pronto notaría su cuello, pero lo primero que sintió fue una fuerte opresión en sus piernas, un abrazo, seguido del rasgar certero y fulminante de una espada que pasó por encima de su cabeza. Su cuerpo se dobló hacia delante y su estómago golpeó contra algo duro. Abrió los ojos. El suelo se movía cuatro palmos por debajo de su barbilla. Las manos, aún sujetas con cuerdas, y su postura, le impedían detectar con claridad lo que acababa de ocurrir. Pero estaba vivo. Un trozo de tela azul le rozó la nariz y la mejilla. Solo conocía a una persona que vistiera de azul aquel día. Sonrió. La espada de Miguel se movió en el aire. Álvaro recibió un salpicón de sangre caliente en el rostro. No dudaba de la habilidad de su amigo en el combate, pero anhelaba poder tener los pies en el suelo. Miguel se alejó un poco de la batalla. Álvaro lo supo porque los gritos dejaron de sonar de manera estrepitosa y llegaron algo más amortiguados.

El de Grez descabalgó, cogió el bulto que cargaba en el cuello de su caballo y lo dejó en el suelo. Los dos amigos se miraron por primera vez.

–Nunca me he alegrado tanto de veros –dijo Álvaro.

Miguel le sonrió, pero no perdió el tiempo. Sacó un cuchillo de hoja fina y corta y soltó las manos de Álvaro. Luego se dirigió a su caballo y sacó su espada de repuesto, lanzándole la suya a Álvaro.

–La necesitaréis. Vuestra esposa y vuestro hijo están allí –dijo, señalándole en la dirección del camino que bajaba al río.

Sin esperar respuesta, Miguel salió disparado. García ya le había llamado una vez. Por el camino rasgó el vientre de uno de los hombres de don Yenegro y mató a dos más. En menos de lo que tarda en cantar un gallo, se situó a la izquierda de su hermano de sangre.

–Llegáis tarde –le dijo García.

–Mejor tarde que nunca. ¿Dónde está Terrén?

García señaló hacia su derecha y partió al galope. Miguel salió detrás.

La maza de Terrén le rozó el casco y encabritó a su caballo. Miguel logró dominarlo en el último momento y evitó precipitarse al suelo. Tenía que separar a don Yenegro y a Terrén de sus hombres. Era lo acordado, pero eso no quería decir que fuera sencillo. Había que reconocer que aquel joven luchaba bien, aunque tenía un punto débil; se creía invencible. Con otro golpe de su maza se llevó por delante a dos hombres que servían a los Almoravid. Si bien la llegada de García y Miguel supuso una notable superioridad de fuerzas, parecía costarles doblegar a aquel temible guerrero y a los hombres que combatían a su lado. Por fin, Miguel metió el cuerpo de su caballo entre Terrén y los otros hombres. García aprovechó aquel movimiento para llevarse a Terrén hacia él. El hueco se abrió y eso fue la perdición de Terrén. García detuvo con su escudo el golpe de maza que le sobrevino. Aquel golpe abolló la parte inferior del arma defensiva. El segundo golpe fue a dar en pleno centro y su mano recibió todo el impacto. Eso dolió. Terrén aún arremetió una tercera vez, pero García se adelantó a sus intenciones. Su escudo salió disparado, pero su espada acertó a rasgar superficialmente el vientre de Terrén. García empujó con todas sus fuerzas el cuerpo de su enemigo y este se venció hacia uno de los lados.

Miguel, mientras tanto, se deshizo del resto de los enemigos, con la ayuda de parte de las fuerzas de los Almoravid. Al ver la maniobra de su hermano de sangre corrió hacia él. Descabalgó sin esperar a que su caballo frenara y agarró con fuerza el cuerpo de Terrén en su caída. Con fuerza golpeó su brazo hasta que la maza se soltó de su mano.

–Ya es nuestro –García colocó la punta de su espada sobre el gáznate de

Terrén.

Álvaro llegó al punto donde Miguel le había indicado que estarían su esposa y su hijo. Pero allí no había nadie. Un alto grado de intranquilidad embargó de pronto su corazón.

–¿María? –preguntó al aire. Allí no parecía haber más que árboles y por un momento se sintió ridículo, pero era un hombre que acababa de sortear a la muerte y no estaba dispuesto a mostrarse débil en aquel instante.

–¡María! –insistió en voz alta y rotunda.

Un pequeño bulto se movió cuatro árboles más adelante.

–¿Álvaro? –preguntó María con dificultad. Jaime y ella se asomaron desde su escondite.

–¡Dios mío! ¿Estáis bien? –le preguntó, abrazándola con intensidad. María sonreía a través de sus lágrimas.

–Miguel ha cumplido su palabra –dijo ella.

–No sabéis cuánto me alegro.

–Tenemos que irnos –apremió la dama.

Álvaro bajó la cabeza un instante. María sabía lo que significaba y no estaba dispuesta a dejar que lo hiciera. Ya había pasado por eso. Acababa de pasar por eso.

–No podéis ir –le dijo ella en tono de súplica–. Si lucháis al lado de vuestro padre, sucumbiréis con él y si tomáis parte por los Almoravid... seréis tachado de traidor.

–Solo quiero aclarar las cosas. No es conveniente que sobre un caballero vuele la incertidumbre de una condena. Soy inocente y quiero que este punto quede hoy aclarado.

María se dio por vencida. Estrechó con fuerza a su hijo entre sus brazos y bajó resignada la vista hacia el suelo. En ese instante se escuchó ruido entre la maleza. Álvaro se giró apuntando con la espada al frente.

–¡Dad la cara! –gritó, mirando a su alrededor con gran atención.

De entre la maleza salió el morro de un caballo primero y después un caballo entero y después el rostro de un jovencito asustado.

–¡Bartolomé!

El recién llegado puso pie a tierra.

–He sido muy lento, pero me alegro de veros vivo. No es un gran caballo, mas os lo entrego para que podáis usarlo –le dijo, ofreciendo a Álvaro las

riendas del palafrén.

–No sabía que supieras montar.

Barti bajó la cabeza, avergonzado.

–Pero no se lo diré a nadie.

–Gracias, señor.

–Quiero que hagas algo por mí. Lleva a mi esposa y a mi hijo hacia Baranain. Los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén os darán cobijo hasta que yo vaya a buscaros.

–¿Y vos? –preguntó el criado.

Álvaro miró la espada que tenía entre manos. «*Ad usque fidelis*¹⁵», pensó para sí, sin poder dejar de esbozar una sonrisa.

–Yo debo terminar lo que otros han empezado.

Jaime salió tras él.

El yelmo de don Iñigo tenía la forma de una cruz destacada en tonos dorados justo en el centro, tapando su nariz. Uno de los golpes del mandoble de don Yenegro le había acertado cerca de la oreja y presentaba una hendidura, no demasiado profunda, en esa zona; aunque el golpe había sido tan fuerte como para provocarle una herida en la parte superior de su oreja y hacerle sangrar. Pero el Almoravid ignoró este hecho y atajó el siguiente golpe con su propia espada. Don Jimeno lo ayudó por detrás; sin embargo el de Subiza parecía bastarse para contener a ambos. Acababa de matar a uno de los mejores caballeros de los Almoravid y sus fuerzas no parecían menguar sino todo lo contrario. Además, varios de sus hombres combatían aún con valentía y tesón. Luchaban a pie, en un fragmento de terreno reducido y la lid no se inclinaba hacia ninguno de los lados. Aquello parecía ir para largo. Sin embargo, hubo un hecho que marcó el posterior rumbo de la pelea. Tras desarmar a Terrén, los hombres que luchaban a su lado se rindieron y los de los Almoravid se sumaron a quienes combatían contra don Yenegro. Este, pronto, estuvo en minoría y, poco después... solo.

Don Yenegro giró sobre sí mismo, sabiéndose rodeado, pero no acabado. Se sentía con fuerzas para seguir luchando y estaba suficientemente enfadado como para llevarse a unos cuantos Almoravid por delante. Con su espada hizo ademán de atacar a don Iñigo. Este dio un paso atrás, pero sin dejar espacios libres. El círculo se estrechaba sobre don Yenegro, pero nadie parecía querer atacarlo. Ya no.

–¡Cobardes! –les gritó–. ¿No hay nadie aquí que quiera medirse conmigo?

–una risotada siguió a su comentario–. ¡Cobardes! ¡*Fodidos!* –repitió.

Dos hombres se apartaron dejando un pequeño hueco. Por él apareció Terrén, fuertemente sujeto por Miguel y con la espada de García pegada a su cuello. Don Yenego miró aquella estampa. «¡Maldito estúpido!», pensó.

El combate poco a poco fue remitiendo. Los hombres de don Yenego se rindieron y entregaron sus armas. Los espectadores, que habían huido al aparecer los de Subiza, empezaron a acercarse hasta formar un círculo más grande en el exterior. Había gran expectación por saber qué iba a suceder.

Terrén y don Yenego quedaron uno frente al otro.

–Vuestro señor hizo un trato –le dijo García al oído–. Vuestra vida por la de su hijo.

–¡Mentís!

–No miento. ¡Atadlo! –ordenó.

Aunque Terrén forcejeó para soltarse, Miguel lo tenía asido y no pudo zafarse. El de Grez le hizo colocarse de rodillas y le agarró por el cabello para que su cabeza se inclinara hacia atrás y mirara a García. Este, mientras tanto, se dirigió a don Yenego.

–Don Terrén va a relatarnos lo que ocurrió en realidad. De lo que él diga dependerá vuestro futuro.

–¡Hablad! –le gritó Miguel a Terrén–. ¿Quién ordenó el ataque que sufrimos camino de Tudela?

Álvaro caminó despacio. Sabía que la suerte estaba echada; los hombres de su padre bajaban las armas y se rendían. Con la espada bien sujeta, se abrió paso entre los curiosos que poco antes habían jaleado su muerte. Lo dejaron pasar sin entrometerse en sus asuntos. Miguel fue el primero que vio cómo su amigo pasaba entre el círculo formado por los curiosos y seguía avanzando.

–¡Álvaro! –exclamó en alto, para alertar a García y evitar que Álvaro cometiera locura alguna.

–Don García –llamó el joven de Subiza bajando su arma, pero sin soltarla–. He sido acusado de crímenes contra vuestro padre y vuestra familia. Siempre he reiterado mi inocencia y exijo que me deis la posibilidad de poder demostrarla aquí y ahora.

El Almoravid lo miró. Después asintió, dejándole paso. Álvaro se colocó cerca de Terrén y este sonrió. Siempre había tenido al hijo de don Yenego por un cobarde.

–Vos ideasteis el ataque contra los Almoravid –comenzó Álvaro.

Terrén sonrió y escupió al suelo. Si iba a ser Álvaro su interrogador lo iba a tener muy fácil.

–Vos lo preparasteis todo –respondió de manera jactanciosa.

Aquello no iba muy bien, pensó Miguel, tirando del pelo de su rehén y metiendo la rodilla entre sus costillas.

–Pensad bien vuestra respuesta antes de darla –le sugirió el de Grez.

–Me engañasteis para que llevara el dinero al escudero de don Miguel. Me dijisteis que era un donativo de mi padre para restaurar un viejo monasterio. Incluso le pedisteis a Pere que se disfrazara de monje –aquí hizo una pausa–. Y yo contribuí con el broche de mi madre, pensando que colaboraba con una buena causa. Sin embargo, con ese dinero comprasteis la vida de don Fortún.

Terrén volvió a sonreír. Sabía que era su palabra contra la de él y nunca conseguiría que dijera nada que pudiera incriminarlo.

Miguel y Álvaro se miraron. Entonces Álvaro elevó la espada y la dirigió despacio hacia el ojo derecho de Terrén.

–Os reíais de don Pedro porque era tuerto, pero, aún tuerto, valía cien veces lo que vos.

El rehén cerró los ojos. Álvaro dejó que la punta de la espada descansara sobre su párpado. Intentó echarse hacia atrás, pero provocó que Miguel lo empujara hacia delante y que la sangre comenzara a correr por su párpado.

Álvaro se revolvía por dentro. Sudaba. No estaba hecho para provocar sufrimiento de forma gratuita y lo estaba pasando mal. Pero era lo que debía hacer.

–Os reíais de don Martíniz de Medrano porque perdió uno de sus testículos cuando se estampó accidentalmente contra aquel muro de piedra.

Álvaro bajó su espada y cortó de un tajo el cinturón de don Terrén y rasgó sus calzas. El prisionero ya no sonreía.

–Os reíais de don Saturnino porque cojeaba –continuó, haciéndole un pequeño corte en el muslo de su pierna izquierda–. ¿Queréis que siga? Porque esto es lo que os ocurrirá si no empezáis a decir la verdad. ¡Ahora!

La sangre que escurría desde su ojo le impedía ver. Quería creer que era una herida superficial y que la vista en sí no se había visto afectada, pero no estaba seguro. Sintió miedo. Un temor que no había notado nunca antes. No le tenía miedo a las heridas, pero pensar en la oscuridad hizo que todo su cuerpo temblara. Además, las palabras de García coleaban en su mente. ¿Y si era

verdad que don Yenegro había pactado un intercambio entre él y su hijo? Después de todo, Álvaro era sangre de su sangre.

Álvaro colocó la espada sobre el pecho de Terrén y la hizo girar de un lado a otro.

–Hablaré –dijo por fin–. Don Yenegro y yo tratamos la posibilidad de dar un susto a los Almoravid. Solo un susto. Un ataque sin heridos ni muertos. Don Yenegro me dio el dinero para contratar algunos mercenarios. Me pareció gracioso involucrarlos sin que supierais nada. Admito que lo preparé todo y caísteis en la trampa.

Álvaro aflojó la espada. La punta estaba manchada de rojo, pero era su propio corazón el que sangraba; mucho más que las heridas que Terrén tenía en el ojo, en el vientre y en la pierna, juntas.

En el rostro de don Yenegro se marcó una mueca de desdén. No podía creer lo que acababa de ocurrir. Su hijo había hecho confesar a Terrén y ni siquiera le había hecho falta torturarlo. Le había bastado una simple amenaza. Ni tenía a su hijo por tan capaz, ni a Terrén por tan cobarde. Sin embargo, don Yenegro no estaba dispuesto a dejar que, ni aquel chivato ni los Almoravid, se salieran con la suya. Él era don Yenegro Martínez de Subiza y valía más que todos los hombres allí reunidos juntos.

–Responderéis por esas acusaciones –dijo. Y elevó su voz para que pudieran escucharlo bien.

En ese momento, todos giraron su cabeza hacia él. No había que olvidar que acababa de ser acusado y todavía portaba una espada en la mano y eso, a pesar de encontrarse rodeado de enemigos y desasistido, aún le hacía un hombre peligroso.

–¡Dadle una espada a ese mentecato y yo mismo me defenderé de las infames mentiras de don Terrén! –gritó el de Subiza. Aún tenía la esperanza de poder hacer cargar a su lacayo con todas las culpas.

Y podía haber ocurrido, de no ser porque los Almoravid no pensaban dejar que sucediera así y saliera impune. Y porque los muchos crímenes y acosos cometidos durante años, llamaban a su puerta reclamando justicia.

Don Yenegro se dispuso a atacar con su arma. García reaccionó a tiempo y avanzó hacia el hombre que había ordenado atacar a su familia. No estaba dispuesto a dejarle pelear con Terrén. Era hora de administrar justicia.

–¡Soltad el arma! –le ordenó.

–Nunca.

–Tendréis un juicio justo. ¡Soltad la espada!

–¿Osáis ordenarme a mí? ¿Quién os habéis creído que sois?

–Os lo ordeno como hombre que sirve a la justicia, os conmino como Almoravid, en el nombre de mi padre, muerto a causa de vuestras intrigas y órdenes directas.

–Nunca, ¿me oís? Nunca.

García elevó su espada.

–Yo lucharé por vos –le dijo Miguel–. Es mi deber.

García se volvió hacia su hermano de sangre.

–Os agradezco vuestro ofrecimiento, pero esto debo hacerlo yo.

Miguel asintió y le ofreció su yelmo. Los hombres que los rodeaban ensancharon el círculo, pero mantuvieron sus hierros en las manos y se prepararon para evitar que el de Subiza pudiera escapar.

Álvaro miró a su padre. Estaba dispuesto a pelear hasta el final. Nunca había sido derrotado y parecía muy seguro de sí mismo. Don Yenegro tomó la iniciativa. García se limitó a esquivar golpes. Don Yenegro tenía fuerza, pero a él le sobraba agilidad.

–¡Atacad! –le chilló–. ¡Vamos, atacad!

Pero el Almoravid no cayó en su trampa. Dejó que su rival le golpeará una vez y siguió esquivando golpes.

–¡Vamos, cobarde, atacad! –siguió insistiendo.

Pero García continuó a lo suyo. Los espectadores se fueron animando, jaleaban al joven, e insultaban a don Yenegro y a los Martínez de Subiza. Terrén intentó entonces soltarse aprovechando el jaleo pero Miguel, atento, le propinó un fuerte golpe en la cabeza que le dejó aturdido. Cuando García creyó que su oponente empezaba a cansarse, tomó la iniciativa. Soltó uno, dos, tres golpes rápidos y fuertes. Dejó pasar un instante y lanzó otros tres. Luego hizo un gesto con la cabeza a su tío Iñigo. Golpeó con fuerza tres veces más y dejó que su tío acabara por él. Iñigo le asestó un golpe en la espalda y García aprovechó el trance para desarmarlo. Don Yenegro miró alrededor. Por primera vez en su vida se encontró solo.

Miguel preparó la soga a conciencia y él mismo la suspendió de la rama más fuerte de aquel árbol que, hacía poco, daba cobijo a la sombra de un Álvaro a punto de transitar hacia el otro mundo. Varios hombres trajeron al

detenido. Don Yenegro quedó cerca del infanzón.

–Seguís siendo un sucio sirviente. Los de vuestra condición no sois sino animales sin privilegios ni bienes. Merecéis la clase de muerte que tuvo vuestra hermana.

Miguel detuvo un instante su trabajo y se enfrentó a don Yenegro.

–Ya os dije una vez, que un día sería yo quien preparara la soga de la que vuestro cuerpo pendería muerto. Y ese día ha llegado.

Iñigo y Jimeno subieron a don Yenegro sobre el caballo. García se aproximó a él. El alcalde hizo de testigo.

–Os acuso de haber organizado un ataque contra mi familia, a resultas del cual, mi padre, don Fortún Almoravid, fue muerto y muchos de nuestros hombres, heridos.

–Os acuso –dijo Miguel–, de haber intentado violar a mi hermana y de haber provocado su muerte.

–Os acuso de haber prendido fuego a mi casa y de haber matado a todos nuestros animales –dijo otro de los hombres que se habían congregado allí.

Y así siguieron otros muchos hasta que llegó Álvaro.

–Os acuso –declaró–, de haber dado muerte a Martín Almoravid.

Tras hacer aquella declaración, Álvaro se acercó al oído de su padre y le dijo algo que nadie más que él pudo escuchar.

–Os acuso también –le dijo–, de haber forzado a Blasquita el día de su boda con vuestro hijo Jordán –padre e hijo se miraron durante unos instantes. Álvaro estaba apenado. Y no era precisamente porque su progenitor estuviera a punto de unirse a la muerte, sino porque no mostraba arrepentimiento.

–Yo os maldigo –las palabras de don Yenegro salieron con eterno rencor y el corazón de Álvaro las recogió con una sombra de miedo. Sin embargo, fue capaz de encarar a su progenitor sin apartar la mirada. Las palabras del primer Almoravid rompieron aquel instante de tensión.

–Por todos estos crímenes y acusaciones –sentenció García, mirando al alcalde para tener su consentimiento–, se os condena a morir ahorcado. La sentencia se ejecutará ahora mismo. ¿Queréis un confesor?

Don Yenegro miró al frente, ajeno a cuanto ocurría. Era orgulloso. Álvaro se acercó de nuevo a él, preguntándose si estaría sintiendo lo mismo que él acababa de sentir. Lo dudó.

–Aceptad un confesor –le pidió, casi suplicó, su hijo.

El sacerdote que hacía poco le había dado a él la absolución se acercó a

su progenitor. Álvaro nunca supo si de los labios de su padre salió en aquel momento palabra alguna de arrepentimiento. Deseaba que así fuera, pero era un deseo y su padre... su padre nunca había dejado que nadie le dijera qué era lo que debía hacer.

García elevó su mano y cuando la bajó, dos caballos emprendieron la marcha a galope tendido e, inmediatamente después, dos cuerpos se balancearon durante unos instantes, hasta quedar inertes. Ese fue el fin de don Yenegro Martínez de Subiza y de don Terrén Pérez de Eulate.

Su respiración aún era agitada cuando Miguel salió a su encuentro. Álvaro mantenía sus manos debajo de los sobacos para mitigar el temblor que las atacaba. La espada de Miguel de Grez Almoravid, clavada en el suelo, a los pies del de Subiza, se balanceaba ligeramente de lado a lado.

–Os debo mi vida –la voz de Álvaro surgió firme.

Miguel se acercó a él hasta envolverlo en un fuerte abrazo. Se miraron, sonriéndose.

–Hubo un instante en que temí no llegar a conseguirlo.

–García será duro con vos.

–Lo será, tenedlo por cierto. Pero no lo lamentéis. La vida de un amigo está por encima de todo.

–¿Me seguís considerando un amigo?

–El mejor que jamás podré tener.

Por un instante la mirada tímida de Álvaro y la traviesa de Miguel se juntaron en la orilla del río, en un verano muy lejano, en el que sus sueños comenzaron a aflorar.

¹⁵ *Fiel hasta el final*. Inscripción que llevaba impresa la espada de Miguel, al igual que el anillo de su dedo índice.

YO TE DOY, LARAINÉ, MI FE

*Non es meravelha s'eu chan
Melhs de nul autre chantador,
Que plus me tra.l cors vas amor
El melhs sui faihz a so coman.
Cor e cors e saber e sen
E fors'e poder i ai mes.
Si.m tira vas amor lo fres
Que vas outra part no.m aten.*

*Cant eu la vei, be m'es parven
Als olhs, al vis, a la color
Car aissi tremble de paor
Com aissi tremble de paor
Com fa la folha contra.l ven
Non ai de sen per un efan
Aissi sui d'amor empres;
E d'ome qu'es aissi conques
Por domn'aver almorna gran.*

*Ai Deus! Car se fosson trian
D'entrels faus li fin amador,
e.lh lauzenger e.lh trichador
portesson corns el fron denan!
Tot l'aur del mon e tot l'argen
I volgr'aver dat, s'eu l'agues,*

*Sol que ma domna congues
Aissi com eu l'am finamen.*

*Bona domna, re no.us deman
Mas que.m prendatz per servidor,
Qu'e.us serviría com bo señor,
Cossi que del gazardo m'an.
Ve.us m'al vostre comandamen,
Francs cors umils, gais e cortes
Ors ni leos non etz vos ges
Que.m aucizatz, s'a vos me ren.*

*A Mo Cortes, lai on ilh es,
Tramet lo vers, e ja no.lh pes
Car n'ai estat tan lonjamen.*

Non es meravelha s'eu chan. Bernat de Ventadorn¹⁶

No os sorprendáis si os digo que canto mejor que cualquier otro compositor

Ya que soy aquel cuyo corazón está mejor dispuesto para amar
Y el más obediente a las leyes del amor.

Corazón y cuerpo, intelecto e instinto,
Fuerza y poder, todo esto he entrelazado.

Y las bridas me dirigen con tanta fuerza hacia el amor que yo
No presto atención a ningún otro menester.

Cuando la veo a ella, se hace visible en mis ojos,
En mi cara, en mi color,
Porque tiemblo de miedo como una hoja en el viento.
Tengo menos juicio que un bebé
De tan dominado que me tiene el amor;
Y para un hombre tan derrotado
Una dama debería tener gran solicitud.

¡Oh, Dios! Si fuera posible

Separar a los verdaderos amantes de los falsos;
Si los aduladores y embusteros tan solo llevaran un cuerno
En la mitad de sus frentes.
Todo el oro del mundo y toda la plata,
Si acaso los tuviera, los desecharía
Para que mi dama pudiera ver cómo la amo de verdad.

Buena dama, nada os pido sino
Me toméis como vuestro sirviente,
Para que os sirva como un buen señor
Cualquiera que sea mi recompensa
Me tenéis aquí a vuestras órdenes
Vos que sois honesta y humilde,
Alegre y cortés.
No sois ni león, ni oso
Que pudiera matarme al entregarme a vos.

A mi amor cortés, donde quiera que esté, yo le envío estos versos y
ojalá
no me pesara tanto la separación.

No os sorprendáis si os digo que canto. Bernat de Ventadorn.

Traducción: Begoña Pro Uriarte

LA VENTANA SE ABRIÓ DE GOLPE y el viento empujó la suave tela del
vestido de Laraine sobre su rostro. La dama estornudó.

–¡Por Dios bendito! ¿No os habréis resfriado? –le preguntó una de sus
sirvientas.

La mujer sonrió. No estaba acostumbrada a ese frío y aquel otoño estaba
siendo húmedo y de temperaturas algo bajas.

–¿Ha llegado ya don Miguel?

–Eso no os lo puedo decir.

–¿Quieres decir que no me lo puedes decir porque no lo sabes o porque te
han dicho que no me lo digas?

–Las dos cosas, señora –dijo la sirvienta, bajando la cabeza.

La puerta se abrió de pronto y por ella apareció una niña pequeña, de unos

seis años. Laraine creyó reconocer en ella a una de las sobrinas de Miguel, aunque no sabría decir con certeza de quién se trataba. De cualquier forma, era una Almoravid, como atestiguaban sus ojos oscuros.

–Mi tío me ha dado esto para vos –le dijo sonriendo con picardía y poniendo en su mano un paquetito pequeño envuelto en suave tela.

Laraine lo abrió con cuidado. Era un delicado broche que simulaba hojas diminutas entrelazadas.

–Dice mi tío que es para sujetar vuestro hermoso cabello.

Laraine la observó con detenimiento.

–¿Eso es lo que ha dicho?

–Exactamente ha dicho que era para sujetar vuestro hermoso y rebelde cabello, pero me ha dicho que solo os dijera lo de hermoso –en ese instante la chiquilla se llevó la mano a la boca–. ¡Ah!

–Decidle a vuestro tío que es muy bonito.

–¿Vais a bajar ya? –le preguntó la niña algo impaciente.

–¿Está Miguel nervioso?

–No lo sé –confesó la niña–. Pero, ¿vais a tardar mucho?

–¿Por qué quieres saberlo?

–Madre ha dicho que no podemos comer nada hasta después de la boda.

Laraine se echó a reír.

–No tardaré mucho –le dijo.

La chiquilla se escapó corriendo y fue en busca de su tío.

–¿La habéis visto?

La niña asintió con la cabeza y se hizo la interesante.

–Creo que debéis casaros con ella enseguida.

–Eso pretendo. ¿Le ha gustado el regalo?

–Yo diría que sí.

–¡Miguel! –le riñó una voz femenina por detrás–. ¿Qué se supone que hacéis ahí?

–Hablo con mi sobrina.

–Id a ocupar vuestro puesto –le conminó la esposa de García.

Como un niño reprendido, Miguel le guiñó un ojo a su sobrina y salió hacia la capilla. Todavía se le hacía algo extraño el paisaje y la casa de Aibar. Él habría preferido casarse en Pamplona, pero García había dispuesto que todo se hiciera en Aibar y él era el que mandaba ahora. Alguien carraspeó y todos se volvieron hacia la entrada. La capilla era pequeña y no muy luminosa,

pero la poca luz que se colaba por las aperturas verticales y estrechas que hacían las veces de ventanas, irradiaba calidez por toda la estancia. Miguel miró a la que pronto sería su esposa. Llegó agarrada del brazo de García. Roger estaba aún convaleciente y lo habían acomodado en una silla en primera fila para que pudiera seguir la ceremonia.

–Yo os la entrego en nombre de Roger –le dijo García a Miguel, poniendo la mano de la novia sobre la suya y haciendo la señal de la cruz sobre su cabeza.

–Y yo la acepto –le contestó él. La calidez de la mano de ella llegó hasta su corazón.

El pelo de Laraine estaba perfectamente recogido, tapado en parte por un hermoso velo bordado en tonos claros. Miguel le sonrió. Y así, tomados de las manos, y con sus familias como testigos, Miguel y Laraine se hicieron uno.

–Yo te doy, Laraine, mi fe, como lo hacen los maridos y las esposas y te tomo por mi esposa –dijo él.

–Yo te doy también, Miguel, mi fe, como lo hacen los maridos y las esposas y te tomo por mi marido.¹⁷

Tras la ceremonia, fue García el primero en acercarse a ellos y felicitarlos, seguido del rey don Sancho y de doña Blanca. Tras ellos, fueron pasando el resto de familiares e invitados.

–Me alegro de que hayáis podido venir –les dijo Miguel a Álvaro y María cuando pasaron a saludarlos.

Álvaro se abrazó a él. Estaba radiante. Ahora era el nuevo señor de Subiza. El rey lo había confirmado en el puesto de su padre y las cosas estaban cambiando en aquel pequeño lugar, como lo demostraba el rostro de María. El miedo parecía haberla abandonado. En su pecho lucía el broche de la madre de su esposo, que Miguel había devuelto a su dueño. Los dos amigos de la infancia habían hablado tras la muerte de don Yenegro y entre ellos parecía brillar la misma camaradería que tejieron y anudaron en aquella lejana infancia dichosa.

–Os deseo que seáis muy feliz –le dijo ella–. Y cuidad bien de Laraine.

–No hay nada más bello que el primer amor –le confió él al oído. Algo que la dejó desconcertada–. Lo digo por Álvaro –le aclaró–. Vos sois su primer amor.

Otros invitados esperaban y no hubo tiempo para más. Aún sorprendida por la declaración, pasó del brazo de Álvaro hacia la estancia donde iba a

tener lugar el banquete. Los sirvientes ya estaban preparados para servir suculentos y deliciosos platos, muchos de ellos provistos por Roger para la ocasión tan especial.

–¿Os divertís? –le preguntó Miguel a su esposa, después de que terminara la actuación de los trovadores.

Las costumbres de los navarros eran algo distintas de las de su tierra, sin embargo, tenía que reconocer que se lo estaba pasando bien.

–Todo es perfecto –dijo con sinceridad–. ¿Un poco más de esta carne? –le preguntó, señalando la que estaba comiendo.

–¿Os gusta?

–Sí –reconoció ella. Y seguido, puso un pedacito en la boca de él. Aquel gesto hizo que Miguel temblara por dentro. Le sonrió. Ardía en deseos de llevársela arriba, pero tendría que esperar un poco más, reclamado como era por los invitados.

Mientras paseaba entre los comensales, observó a toda la familia Almoravid allí reunida. Faltaba don Fortún, pero sabía que su espíritu sobrevolaba a todos ellos. Salió fuera para saborear el momento, mientras las mujeres le robaban a Laraine. Se sentía en paz consigo mismo. Las ráfagas de viento soplaban con insistencia y traían humedad de la lluvia que se aproximaba. Se apostó sobre un murete exterior que separaba la casa principal de las cuadras y se quedó allí, solo, pensando en todos los acontecimientos que habían transcurrido desde que fuera armado caballero. De cómo había librado el abrazo de la muerte. Recordó el primer encuentro con Laraine, su obligado bautismo en aguas tirrenas, la huida de Melior y de sus hombres, la mala fortuna de haber traído a Pere, la dolorosa muerte de su *amatxo* y la cruel desaparición de su padre adoptivo. Revivió la imagen del cuerpo de don Yenegro, por fin, entregado a la justicia y se acordó también de Ricardo, de la cruzada y de doña Berenguela. «Al menos ahora podrá estar con su esposo –pensó–. O quizá no. Ricardo no es hombre de pasar mucho tiempo en el mismo sitio si no hay una guerra de por medio».

–¿Qué hace el recién casado aquí, solo? –era el mismo rey quien le hablaba–. ¿Acaso necesitáis un consejo sobre cómo proceder?

–Vuestra majestad –dijo Miguel, negando con la cabeza y disimulando la sonrisa que el comentario del rey había hecho florecer–. Espero que todo esté siendo de vuestro agrado.

Don Sancho respiró con fuerza y miró a Miguel a los ojos.

–Supongo que no necesitáis ese consejo. Aunque yo sí necesito algo de vos.

Miguel elevó sus cejas en una clara invitación para que el rey continuara.

–Todos mis nobles han hecho su juramento. Han jurado que defenderán los fueros, a Navarra y a su rey.

–Lo han hecho, señor.

–¿Y vos?

El pulso del infanzón se aceleró un poco.

–Mi padre hizo ese juramento. Os dio su palabra como representante de todos nosotros.

–Don Fortún, una trágica muerte.

–Pero su juramento sigue en pie.

–¿Tan difícil es para vos expresar lo que os pido? –la voz de don Sancho sonó con cierta impaciencia.

Miguel miró el anillo que llevaba en su dedo.

–He intentado deshacerme de este anillo –dijo con cierto tono de ironía que el rey captó enseguida– pero, por alguna extraña razón, sigue pegado a mi dedo.

–¿Así que os sentís obligado?

–Vos sabéis que es así. Os debo lo que soy.

–¿Y qué sois exactamente? –la mirada astuta del padre, el sexto de su nombre, se reflejó por un instante en las pupilas de su hijo.

–Soy un Almoravid, vuestra majestad.

–Entonces... dadme vuestra palabra de Almoravid.

Miguel escrutó el rostro del rey y se preguntó si aquel hombre, gigante en tamaño, sería el rey que necesitaba Navarra, si era digno de aquel cargo que el destino había depositado sobre sus espaldas. «Al menos estas son grandes como para soportar el peso», se dijo. Valoró por un instante su mirada recia, la obstinación de su gesto, la grandeza de su cuerpo y decidió que merecía la pena intentarlo. Se arrodilló delante de él, como una vez había hecho hacía ya unos años, para recibir el espaldarazo.

–Yo, don Miguel de Grez Almoravid, juro por Dios a vos señor, por nombre rey de Navarra, que cuidaré de vuestra persona y de vuestra tierra y de vuestro pueblo y os ayudaré lealmente a mantener los fueros y las demás cosas tal y como vos las jurasteis. Y para refrendar este mi deseo y mi anhelo, os

doy mi palabra de Almoravid.

–Podéis levantaros, don Miguel. Vuestra esposa os espera.

–Con vuestro permiso, entonces, vuestra majestad.

Miguel se encaminó hacia la puerta, dejando al rey solo en el exterior. Se acercó al gran salón, pero no encontró allí a Laraine. Roger le dijo que seguía en la sala contigua con algunas de las mujeres. Al parecer, descubriendo algún regalo. Miguel se dirigió hacia allí y las mujeres le abrieron paso hasta que quedó delante de su esposa. Le tendió la mano y, sin mediar palabra, la condujo fuera de la sala. Algunos susurros surgieron de las gargantas femeninas. La suave mano de la mujer temblaba dentro de la mano que la asía.

–Ese no es el camino –le dijo Miguel cuando vio que esta se encaminaba hacia el gran salón. Con un gesto de sus cejas le señaló en contra la parte superior de la vivienda. Laraine sonrió con timidez y el temblor aumentó durante un instante, aunque sus ojos brillaron de una manera especial.

–Jaime, encárgate de que nadie nos moleste –le ordenó a su escudero.

–Sí, señor; digo, no, señor. Nadie os molestará.

Subieron despacio hacia la habitación preparada. El fuego ardía en la chimenea, haciendo de la estancia un lugar acogedor. Alguien había encendido velas y la cama estaba llena de pétalos de flores secas. Olía bien. Miguel sintió una sensación confortable. Sirvió dos copas de vino y le ofreció una a su esposa, que se había sentado sobre la cama. Se arrodilló a su lado, muy cerca de sus rodillas, y le acarició la pierna por debajo del vestido. La miró a los ojos y le sonrió.

–¿Sois virgen?

Laraine, que no esperaba aquella pregunta, se puso tensa y la copa se escurrió de su mano resbalándose el vino por su pierna y la cama.

–Me ofendéis –le dijo ella escondiendo su mirada.

Miguel le sonrió y le acarició la mejilla sonrojada. Luego procedió a retirar la copa caída.

–No me malinterpretéis. Solo quería saberlo para proceder...

–Por favor... –dijo ella.

Miguel le quitó el velo y ella tembló. Parecía que, después de todo, Laraine era humana y que no en todas las situaciones era tan segura como su actitud daba a entender. Le gustaba verla, aunque fuera durante breves instantes, algo confundida.

–Todo aquello que dijisteis cuando leísteis mi mano... –Laraine recordó

aquel lejano día, todo lo que había visto y le había dicho—. Lo dijisteis para impresionarnos, ¿no?

—La fuente de toda vida procede de lejanas tierras. Lucharéis contra las aguas. El destino os maltratará con una traición, pero de ella surgirá el amor más recio y más fuerte que jamás hayáis sentido, eso es lo que os dije. Y eso es lo que ha sucedido.

Miguel miró a su esposa, algo sorprendido. Lejanas tierras... fuente de toda vida... su casi ahogamiento... la traición de Laraine... su amor por él...

—¿Comprendéis? —le preguntó ella, mientras se acercaba a la ventana y buscaba algo escondido en el suelo debajo de las cortinas.

Miguel asintió despacio.

—Esto es para vos.

Miguel se acercó, sorprendiéndose al ver una lanza en miniatura en tonos amarillos y azules que Laraine le ofrecía.

—Es una réplica de la que os espera en la sala de armas para vuestros torneos.

Miguel sonrió.

—Y esto también es para vos, mi señor —le dijo, procediendo a poner en su cabeza una bonita corona trenzada de laurel—. Ahora tenéis mi velo, mi lanza y mi laurel. Soy vuestra igual que vos sois mío.

—Laraine Sybina, me siento como un dios.

—Pues no os lo creáis demasiado —dijo pellizcándole en el brazo.

—Yo también tengo algo para vos —Miguel puso en sus manos un delicado colgante de plata del que pendía una fina cruz con un doble travesaño. Laraine se giró para permitir que su esposo la sujetara a su cuello.

—Es preciosa —le comentó, volviéndose hacia él.

Laraine tomó entonces las manos de él entre las suyas y las recorrió con su dedo índice.

—¿Vais a leer de nuevo mi futuro? ¿Qué dicen mis manos?

—Dicen que sois afortunado, que evitaréis los gritos de la noche y que un buen fuego calentará vuestro hogar. Dicen...

—¿Sí? —le dijo él acercándose y besándola en los labios, buscando su lengua. Laraine suspiró intensamente, pero intentó proseguir.

—Dicen que un espíritu indomable recorre vuestras venas y... —Miguel la hizo callar, poniendo suavemente la mano sobre su boca.

—Creo que os confundís. Lo que dicen es que os voy a hacer mía esta noche

y todas las noches venideras y que seré dichoso de dormir entre vuestros brazos –le susurró mientras la desvestía.

Pamplona, 27 de agosto de 2012

¹⁶ Bernat de Ventadorn fue un prominente trovador del siglo XII. Compuso *cançons* de amor de las cuales han llegado hasta nuestros días 45 poemas, 18 de ellos con la música intacta. Nació en Ventadorn, lugar que hubo de abandonar tras enamorarse de Margarita. Viajó a Montluçon y Toulouse y siguió a Leonor de Aquitania a Inglaterra, a la corte de los Plantagenet. Regresó a Toulouse, contratado por el conde Raymundo V.

¹⁷ Fórmula recogida en las páginas del libro *Amar y Convivir. Matrimonio y Familia en Navarra. (Siglos XIII-XVI)* de Rocío García Bourrellier y Jesús María Usunáriz Garayoa.

PERSONAJES DE FICCIÓN PRINCIPALES

ÁLVARO YENÉGUEZ: Hijo menor de Yenego Martínez de Subiza.

MARÍA PÉREZ DE EULATE: Ahijada de Pere Pérez de Eulate. Esposa de Álvaro.

JORDÁN YENÉGUEZ: Hermano de Álvaro, primogénito de Yenego (fallecido).

JORDÁN EL PEQUEÑO: Hijo de Yenego y Blasquita. Hermanastro de Jordán (fallecido) y de Álvaro.

JUAN DE GREZ: Padre de Miguel. Sirviente personal de Yenego Martínez de Subiza.

GUIOMAR DE GREZ: Madre de Miguel.

GUIOMAR JUÁNEZ DE GREZ: Hermana de Miguel (fallecida).

TERESA JUÁNEZ DE GREZ: Hermana de Miguel.

BARTOLOMÉ JUÁNEZ DE GREZ: Hermano pequeño de Miguel.

TERRÉN PÉREZ DE EULATE: Hijo de Pere Pérez de Eulate. Caballero de los Martínez de Subiza.

BLASQUITA PÉREZ DE EULATE: Hija de Pere Pérez de Eulate, casada en primeras nupcias con Jordán y después con su padre, Yenego.

ROGER DE SALERNO: Comerciante de Sicilia.

LARAINÉ SYBINA DE SALERNO: Hija de Roger.

ALEJANDRO DE SALERNO: Sobrino de Roger.

PONCE DE LEHET: Antiguo alcalde de Navarra.

CONSTANZA DE LEHET: Hermana de Ponce, alcalde de Navarra.

GARCÉS GARCÍA: Zapatero. Marido de Constanza y cuñado del exalcalde de Navarra.

BLANCA GARCÉS: Hija de Garcés el zapatero y de Constanza de Lehet.

GUTIERRE GARCÉS: Hijo de Garcés el zapatero y de Constanza

ARNALDO FERNÁNDEZ: También conocido como Gaufrido de Aliseda (fallecido).

OLIVA: Esposa de Gaufrido de Aliseda.

PERE DE ALISEDA: Hijo de Gaufrido y de Oliva.

TERESA: Esposa de Fortún Almoravid.

GUILLAUMES FORTÚNEZ: Hijo menor de Fortún Almoravid y de Teresa.

NARBONA PÉREZ: Dueña de *Los Tres Caminos*.

GONZALO FERNÁNDEZ: Infanzón.

ORIA: Sanadora.

PERSONAJES HISTÓRICOS PRINCIPALES

MIGUEL DE GREZ: Infanzón. Fue *buruzagi* o cabo de la corporación de los Infanzones.

YENEGO MARTÍNEZ DE SUBIZA: Ricohombre del reino. Debió destacar por sus desmanes y delitos ya que históricamente se cuenta que la corporación de los Infanzones surgió para «defenderse de los atropellos del ricohombre Yenegro Martínez de Subiza por mal e fuerzas que facia al pueblo».

SANCHO VI DE NAVARRA: Rey de Pamplona y Navarra entre los años 1150 y 1194. Hijo de García Ramírez el Restaurador y de Margarita de l'Aigle.

SANCHO VII DE NAVARRA: Rey de Navarra entre 1194 y 1234. El último de la dinastía Jimena. Hijo de Sancho VI y de Sancha de Castilla.

BERENGUELA: Infanta de Navarra, reina de Inglaterra y de Chipre. Hija de Sancho VI el Sabio y de Sancha. Casada con Ricardo I Corazón de León.

BLANCA: Infanta de Navarra. Hija de Sancho VI el Sabio y de Sancha de Castilla. Se casó con el conde Teobaldo III de Champaña. Su hijo Teobaldo heredó el reino de Navarra a la muerte de Sancho VII el Fuerte.

FERNANDO: Infante de Navarra. Hijo de Sancho VI y Sancha. Se ofreció como rehén tras la liberación de Ricardo Corazón de León.

ALFONSO II DE ARAGÓN: Rey de Aragón, conde de Barcelona y conde de Provenza entre 1164-1196. Hijo de Ramón Berenguer IV y de Petronila.

RICARDO I CORAZÓN DE LEÓN: Rey de Inglaterra entre 1189 y 1199. También duque de Normandía y Aquitania y conde de Poitiers. Nació en Oxford el 8 de septiembre de 1157 y murió en Chalus, Limousin, el 6 de abril de 1199. Tercer hijo varón de Enrique II de Inglaterra y de Leonor de Aquitania. Se casó con Berenguela, infanta de Navarra. Acudió a la

Tercera Cruzada.

LEONOR DE AQUITANIA: Nació en Poitiers en 1122 y murió en Fontevraud en 1204. Duquesa de Aquitania y Guyena, condesa de Gascuña, reina consorte de Francia y de Inglaterra. Madre, entre otros, de Ricardo Corazón de León y de Juan sin Tierra.

JOANNA: Nació en el Castillo de Angers, Anjou, en octubre de 1165 y murió en Fontevrault el 4 de septiembre de 1199. Hija de Enrique II de Inglaterra y de Leonor de Aquitania y hermana de Ricardo Corazón de León. Contrajo matrimonio con Guillermo II de Sicilia y fue coronada reina de Sicilia en la catedral de Palermo. Tras la muerte de su esposo, Tancredo la mantuvo prisionera hasta la llegada de Ricardo Corazón de León camino de las cruzadas. Posteriormente se casó con el conde Raymundo de Tolosa.

FELIPE II DE FRANCIA: Rey de Francia entre 1180 y 1223. Acudió a la Tercera Cruzada.

ENRIQUE VI: Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Nació en 1165 y murió en 1197. En los años 1190 y 1193 se impuso a los nobles alemanes liderados por Enrique el León y apoyados por el rey Ricardo I de Inglaterra. Cuando este último regresaba de las cruzadas fue apresado por Leopoldo de Austria quien se lo entregó a Enrique VI. Este lo mantuvo prisionero hasta el 4 de febrero de 1194, fecha en la que lo liberó a cambio de cien mil marcos y de que el infante Fernando de Navarra, entre otros, ocupara su lugar.

LEOPOLDO V DE AUSTRIA: Duque de Austria entre 1177 y 1194. Participó en la Tercera Cruzada. Tras el sitio de Acre izó su bandera junto a las de Jerusalén, Ricardo I y Felipe II de Francia, pero Ricardo se la quitó del sitio de honor. Airado por este hecho, cuando Ricardo regresaba de la cruzada disfrazado de templario, fue reconocido en Viena y capturado. Tras pasar un tiempo prisionero en Dürstein, Leopoldo lo entregó a Enrique VI. El Papa Celestino III excomulgó al duque por haber hecho prisionero a un compañero de cruzada.

FORTÚN, JIMENO E IÑIGO ALMORAVID: Hermanos pertenecientes a una de las familias de ricos hombres del reino. Fortún fue alférez de Sancho VI el Sabio en 1174.

GARCÍA ALMORAVID: Hijo de Fortún Almoravid. Fue el primer *buruzagi* o cabo de la corporación de los Infanzones.

AÉLIS DE FRANCIA: Hija del rey Luis VII de Francia y de su segunda esposa, Constanza de Castilla. Estuvo prometida con Ricardo Corazón de León antes de que este se casara con Berenguela de Navarra.

PHILIP DE FLANDES: Pertenece a la casa de Alsacia o de Metz. Fue conde de Flandes entre 1168 y 1191. Murió en el sitio de Acre.

TANCREDO: Fue rey de Sicilia entre 1189 y 1194. Se enfrentó a Ricardo Corazón de León, quien le requirió la excarcelación de su hermana, así como su dote y herencia. Ricardo permaneció en Mesina hasta marzo de 1191, fecha en la que Tancredo se avino a firmar un acuerdo con el rey inglés.

ISAAC KOMNENOS DE CHIPRE: Fue el gobernante de Chipre entre 1184 y 1191, hasta que Ricardo I conquistó la isla camino de la Tercera Cruzada; cuando regresó en busca de su hermana Joanna y de su prometida Berenguela que habían naufragado frente a sus costas y a las que impedía acceder a tierra.

BORGOÑA: Hija de Isaac Komnenos. Se casó con el conde Raymundo de Tolosa después de que este enviudara tras la muerte de Joanna.

RAYMUNDO V DE TOLOSA: Conde de Tolosa de 1148 a 1194. Hijo de Alfonso I Jordán y de Faidida de Usés. Se casó con Constanza, hermana del rey Luis VII.

RAYMUNDO VI DE TOLOSA: Nació en Saint-Gilles el 27 de octubre de 1156. Fue conde de Tolosa entre 1194 y 1222. Se casó varias veces, entre ellas con Joanna de Inglaterra (hermana de Ricardo I) con la que tuvo a su hijo Raymundo que le sucedió, y con Borgoña, hija de Isaac Komnenos de Chipre.

CONSTANZA DE TOLOSA: Hija de Raymundo VI de Tolosa y de Beatriz de Bezier. Fue esposa de Sancho VII el Fuerte de Navarra. El rey la repudió posteriormente y regresó a Toulouse.

CELESTINO III: Giancinto Bobone. Ascendió al solio como Celestino III a la edad de 85 años. Al día siguiente coronó a Enrique VI como emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Papa número 175 de la Iglesia católica, de 1191 a 1198.

CARDENAL MELIOR: Cardenal católico.

BIBLIOGRAFÍA

- ANELIER DE TOLOUSE, Guillaume, *Histoire de la guerre de Navarre*.
- ALTADILL, Julio, *Castillos Medievales de Navarra*, Editorial Maxtor, 2005.
- BERRAONDO PIUDO, Mikel y SEGURA URRA, Félix, *Odiar. Violencia y justicia (siglos XIII-XVI)*. Colección Navarra 1212-1512 (número 2). Gobierno de Navarra. Departamento de Cultura, Turismo y Relaciones Institucionales, Caja de Ahorros de Navarra/Banca Cívica, Diario de Navarra. 2012.
- CAMPION, Arturo, *Datos históricos referentes al Reino de Nabarra, Una información acerca de los Infanzones de Obanos*, 1892. Euskal-Erria: revista bascongada San Sebastián T. 27 (2 sem. 1892) p. 353-357, 417-422, 464-471 (KM) 178876. Original de la Biblioteca de Koldo Mitxelena Kulturunea, Diputación Foral de Gipuzkoa.
- CARRASCO PÉREZ, Juan, *Historia Ilustrada de Navarra. Época Antigua y Media*, Diario de Navarra.
- CASTRO, José Ramón, *Miscelánea tudelana*, Caja de Ahorros de Navarra, 1972.
- DE HOVEDEN, Roger, *The Annals of Roger de Hoveden: Comprising the History of England and of other countries of Europe*. Translated from the latin with notes and illustratios by Henry T. Riley. Vol. I y II.
- DE MORET, José y DE ALESÓN, Francisco, *Annales del Reyno de Navarra. Vol. 2*, por Bernardo de Huarte, impresor de la muy Noble y muy Leal Provincia de Guipúzcoa. 1695.
- DE RIQUER, Martín, *Los trovadores, historia y textos, volumen II*, Editorial

- Planeta, 1975.
- DEL CAMPO JESÚS, Luis, *Sancho el Fuerte de Navarra*, La Acción social, 1960.
- FIERRO, Maribel, *El título de la crónica almohade de Ibn Sahib al-Salat*, CSIC- -Madrid.
- FORTÚN PÉREZ DE CIRIZA, Luis Javier, *Reyes de Navarra. Sancho VII el Fuerte (1194-1234)*, Editorial Mintzoa, 1987.
- GARCÍA ARANCÓN, M^a Raquel, *La Junta de los Infanzones de Obanos hasta 1281*, Institución Príncipe de Viana, Gobierno de Navarra, 1984.
- GARCÍA BOURRELLIER, Rocío y USUNÁRIZ GARAYOA, Jesús María, *Amar y Convivir. Matrimonio y familia en Navarra (Siglos XIII-XVI)*. Colección Navarra 1212-1512 (número 3), Gobierno de Navarra. Departamento de Cultura, Turismo y Relaciones Institucionales, Caja de Ahorros de Navarra/Banca Cívica, Diario de Navarra. 2012
- GASTON BRUNO PAULIN, Ambroise, *L'Estoire de la guerre sainte*, Paris, 1897.
- GOÑI GAZTAMBIDE, José, *Los obispos de Pamplona del siglo XIII*, 1957.
–*Historia de los obispos de Pamplona*, Ediciones Universidad de Navarra, 1999.
- GILLINGHAM, John, *Richard I*, Yale University Press, 2002.
- HILTON, Lisa, *Queens Consort: England's Medieval Queen*, Orion, 2010.
- HUICI MIRANDA, Ambrosio, *Las grandes batallas de la reconquista durante las invasiones africanas*, Madrid, 1956.
- JIMENO JURIO, José María, *Colección documental de Sancho VII el Fuerte. 1194-1234. Archivo General de Navarra*, Ediciones Pamiela, 2008.
- JUANTO JIMÉNEZ, Consuelo, *Cuadernos del Marqués de San Adrián. Análisis político-administrativo del histórico valle de Aibar*.
- LACARRA, José María y UTRILLA, Juan F., *Fueros sueltos en los manuscritos del Fuero General de Navarra*.
- LEHMAN, H. Eugene, *Lives of England's queens consort*, Authorhouse, 2011.
- LONGAS, *Fueros del reyno de Navarra: desde su creación, hasta su feliz unión con el de Castilla*, 1815
- LÓPEZ PAYER, Manuel y ROSADO, M^a Dolores, *La batalla de las Navas de Tolosa: historia y mito*, Caja Rural Jaén, 2001.
- MONMOUTH, Geoffrey of, *Historia Regum Britanniae*, Slatkine, 1929.
- NIETO SORIA, José Manuel y SANZ SANCHO, Iluminado, *La cultura Medieval: Iglesia y Cultura*, Ediciones Akal, 2002.

- PÉREZ DE LABORDA Y PÉREZ DE RADA, Alberto, *La villa de Obanos, de los Infanzones al Misterio*, Ediciones Eunate, Pamplona 2008.
- READ, Piers Paul, *Los Templarios, monjes y guerreros*, Vergara. 2000.
- RUIZ TABOADA, Arturo, *Aproximación al estudio del recinto amurallado de Toledo: El descubrimiento de la Puerta del Vado*.
- SAGASTIBELZA BERAZA, Manuel, *Berenguela de Navarra*.
www.ctv.es/USERS/sagastibelza/berenguela/
- SÁNCHEZ JIMÉNEZ, Antonio, *La literatura en la corte de Alfonso VIII de Castilla*. Proyecto presentado para la obtención del grado de doctor en el Departamento de Lengua Española, Universidad de Salamanca.
Director: Jesús Rodríguez Velasco.
- STRICKLAND, Agnes y STRICKLAND, Elisabeth, *Lives of the Queens of England*, 1852.
- TRINCADE, Ann, *Berengaria, in search of Richard the Lionheart's queen*, Four Courts, 1999.
- VAQUERO, Eloísa y ÁLVAREZ URCELAY, Milagros, *Historia de Navarra. Vol. I Desde la prehistoria hasta 1234*, Ediciones EH Herper, Pamplona, 1989.
- XIMENEZ DE RADA, Rodrigo, *De Rebus Hispaniae*.

Algunas referencias a la parte histórica de la novela:

Matrimonio de Berenguela de Navarra con Ricardo Corazón de León.

En septiembre de 1190, Leonor de Aquitania llegó a Navarra con una misión muy importante: Acompañar a la infanta Berenguela hasta Mesina donde las aguardaba su hijo Ricardo, con quien se iba a desposar. Ricardo, recién nombrado rey de Inglaterra, se encontraba allí ultimando los preparativos para llevar a cabo la Tercera Cruzada.

No hay constancia histórica de que el infante Sancho el Fuerte acompañara a su hermana Berenguela en tan largo y peligroso viaje, aunque ciertos autores dan validez a esta tesis, teniendo en cuenta el carácter de la empresa. Además, la ausencia de notas referentes al infante Sancho, hijo de Sancho VI, justamente entre los meses de septiembre de 1190 y junio de 1191 en los documentos históricos, avalaría las tesis sobre su posible inclusión entre los expedicionarios. Yo he aprovechado esta circunstancia para hilar la primera parte de esta novela e incluir al infante al frente de los navarros que posiblemente acompañarían a la infanta hasta su encuentro con Ricardo.

El itinerario seguido por la expedición navarra está sacado de fuentes históricas. Atravesaron los Alpes, por el desfiladero de Montgénévre, y recorrieron Lombardía hacia la costa tirrena. Estuvieron en Pisa, luego en Nápoles, y recalaron en última instancia en Brindisi. De allí, por fin,

embarcaron hacia Mesina.

Presencia navarra al otro lado de los Pirineos.

En 1192, aprovechando la ausencia de Ricardo y la enfermedad del senescal de Gascuña, varios nobles se sublevaron en los territorios del rey inglés, en lo que hoy es Francia. El senescal pidió ayuda a Navarra y el infante Sancho (futuro Sancho VII el Fuerte) cabalgó hacia el otro lado de los Pirineos para apaciguar la sublevación. Con este empeño asedió Muret y después llegó hasta Toulouse, donde las huestes navarras permanecieron asentadas al pie de sus murallas, aunque sin asediarla. Se estima en unos ochocientos los navarros que participaron en esta empresa.

En 1194, don Sancho pasó de nuevo los Pirineos. Le acompañaron ciento cincuenta ballesteros. En esta ocasión, el navarro se alió con Ricardo para ayudarlo a reconquistar los terrenos que el rey francés le había arrebatado, aprovechando su cautiverio al regresar de las cruzadas. Ricardo inició la maniobra desde el norte, mientras Sancho lo hacía desde el sur, tal y como habían acordado. Algunos autores creen que la muerte del rey navarro sorprendió al heredero en los alrededores de Loches y que no pudo regresar a tiempo. Otros argumentan que el infante pudo ser avisado a tiempo y que regresó, mientras sus hombres continuaban hasta Loches, donde se iban a juntar con las fuerzas de Ricardo. Y he aprovechado esta segunda hipótesis para narrar esta parte de la novela.

Los Almoravid y la tenencia de Aibar

Diversas fuentes consultadas señalan que los Almoravid fueron tenentes de Aibar en distintos periodos. Así, Consuelo Juanto Jiménez, profesora tutora de Historia del Derecho Asociado de Tudela y Profesora Asociada del Departamento de Historia del Derecho de la Sede Central de la UNED en Madrid, en su trabajo titulado: *El Análisis político-administrativo del histórico valle de Aibar*, señala los siguientes tenente durante el siglo XII: Conde Ladrón (1135), Vela Ladrón, hijo del anterior, (1136-1147), García Almoravid (1153-1155), Sancho Ramírez de Oteiza (1171-1179), Iñigo Almoravid (1184-1197), Iñigo de Oriz (1198) y don Arnal (1129). Por su parte, Julio Altadill, en el libro *Castillos Medievales de Navarra* señala estos

tenentes: 1193 (Simón de Almoravid), don García Romen (último lustro del siglo XII) y Sancho Ramírez, hasta 1212, cuando parte con Sancho VII el Fuerte hacia la batalla de las Navas de Tolosa. Y en la *Gran Enciclopedia Navarra*, en el capítulo correspondiente a los Almoravid, se señala que otro García Almoravid tuvo Aibar y Falces en 1193. Lo que queda claro de todo esto es que por estos años, el rey había confiado la tenencia de Aibar a los Almoravid.

Juramento de los reyes de Navarra

Este es el texto recogido en: *Fueros sueltos en los manuscritos del Fuero General de Navarra*, de José María Lacarra y Juan F. Utrilla, de cómo debe jurar el rey de Navarra y sus nobles:

Juramento del rey:

Jo, fulan, fijo de tal rey, o nieto de tal rey, juro por Dios et por estos sanctos euangelios et por esta sancta cruz que a todo el pueblo del regno de Nauarra, a los que agora son et serán en toda mi uida, et especialment a la glesia et a los clérigos, et a todos los ricos ombres et a todos los cauayleros et a todos los francos, et a todo el pueblo de Nauarra, que tenga a cada uno en lures fueros et en lures franquezas, et en todos lures drechos, et en las buenas costumbres entegrament, assi como mijor las ouieron siempre lures antezesores de los mios et eyllos mismos. E iamas que non los desafore en toda la mi uida, ni lis tuelga nada de lures fueros ni de lures franquezas, ni de lures drechos, ni de las buenas costumbres, ni otro por mi, nin sueffra que otro por mi en ninguna guisa lo faga.

Juro que desfaga todas las fuerzas et todos los tuertos, et todas las malas tueltas, et todas las malas costumbres que son fechas en tiempo de mi auuelo et de mi padre et de todos parientes que ayan seydo reyes de Nauarra, del auuelo ata aqui, las que serán fayladas por uerdat o mostradas por buen drecho, et nunca mas en la mi uida non sean presas nin demandadas aquestas fuerzas, nin sean fechas otras ningunas por mi, ni en mi nombre.

Juro que non sueffra que ningún ombre ni ninguna muger del regno de Nauarra sea preso su cuerpo ni ninguna cosa de las suyas, eyl o eylla dando fiador de drecho por quanto su fuero mandare, si por uentura non fuese

traydor judgado, o ladron, o robador manifiesto, o encartado por drecho. Pero si por fuero ouiero de fer emparanza por mi portero en algunos logares del regno, la emparanza que sea fecha, et el fiador promethyo de como su fuero manda d'aqueyl a quien la emparanza fuere fecha, en todo et por todo que mantenga yo también la emparanza como todas las otras cosas a su fuero.

Juro que ningún pleyto que uenga en la mi Cort non sea jurgado si non por conseio de XII ricos ombres del mio regno si fueren; et si XII ricos ombres si non fueren, con conseiyo de XII de los mas ancianos et mas sauios de Nauarra, o con conseiyo de la mayor partida d'estos. E todo esto que sea fecho por lur alcalde entre aqueylos que el pleyto es, et a su fuero de cada uno, si non fuese con uoluntad de entrambas las partidas que deyssado su alcalde quisiesen uenir a juycio de mi Cort. Pero si algún pleyto granado, como de reptamiento ueniese en mi Cort, que yo imbie por los ricos ombres et por los sauios antedichos, et con conseiyo de la mayor partida que yo de a cada uno su drecho.

Juro que si yo guerra nin paz ni tregoa ouiero a façer con otro regno o contra otro regno, o otro granado embargamiento o desembargamiento del mio regno de Nauarra, que lo faga con conseiyo et con uoluntad de los ricos ombres et de los sauios antedichos, o de la mayor partida d'eyllos.

Juro que los bienes del mio regno de Nauarra parta con los ricos ombres, et con cauayleros, et con ombres de uillas naturales de Nauarra, et non con otros estranios d'otra tierra.

Juro que ombres estranios de otra tierra, nin de otro lengoage, en villa ni en otro serruicio mio no aduga mas de V.

Juro que quando yo ouiero a fazer Cort general, que yo la faga con conseiyo de los XII ricos ombres et de los sauios antedichos, o con conseiyo de la mayor partida d'eyllos.

Juro que esta moneda uos tenga en mi uida, et non bata otra.

Juro que si yo ouiero a yr a Champayna o a otras partes fueras del mio regno de Nauarra, que yo dése senescal a aqueyl que los ricos ombres et los sauios antedichos a mi conseiaran, o la mayor partida d'eyllos.

Et todas estas cosas, et cada una d'eylas por si, como son escriptas de suso, aytorgo et confirrho et juro. Et yo Sancho por nombre juro que terre et complire et fare tener en toda la mi uida a todo el pueblo de Nauarra todas las cosas que de suso son escriptas.

En testimonianza d'esto aytorgo que daré cartas abiertas con mio sieyllo pendent en todas estas conueniencias, a los ricos ombres una carta, a las ordenes otra, a los cauayleros otra, a la cleriçia otra, otra a los infançones, a cada una de las buenas vilas del regno de Nauarra sendas.

Juramento de los ricoshombres:

Jo, fulan, juro por Dios et por estos sanctos euuangelios et por esta sancta cruz a uos seynor, por nombre rey de Nauarra, que yo curye el uuestro cuerrpo et la uuestra tierra et el uuestro pueblo, et uos aiude lealmientre a mantener los fueros et las otras cosas, assí como uos la auedes juradas.

Junta de los Infanzones de Obanos

Las Juntas de los Infanzones de Obanos surgieron durante el reinado de Sancho VII el Fuerte. Su aparición se justifica con la necesidad de los infanzones, labradores y eclesiásticos de defenderse de los atropellos del ricohombre don Yenegro Martínez de Subiza. Así se desprende de los testimonios recogidos, entre otros, por el abad de San Salvador de Leire y por don Pedro de Aldava hacia 1281, por orden de don Guerin de Amplepuix, gobernador de Navarra, durante el reinado de Juana I de Navarra y Felipe el Hermoso de Francia.

Don Sancho toleró las juntas porque suponían un freno al poder de la nobleza, del clero y de la burguesía y por cuestiones organizativas a la hora de perseguir a los delincuentes. Pero siempre receló de ellas. Durante su reinado se reunieron en Miluce, Arteaga y Obanos y, por lo menos una vez, lo hicieron en el prado de Carcalarre (Cárcar). Aunque el cabo era elegido por los junteros, el rey confirmaba esta elección, dando así legalidad a la junta. El primer cabo o *buruzagi* fue García Almoravid. Como debió cometer alguna injusticia, fue reemplazado por Lope Arceiz de Arce. Otros cabos que aparecen nombrados en este primer periodo son Miguel de Grez y Sancho Fernández.

Según los datos históricos, parece que las juntas se desarrollaron durante el siglo XIII. En esta novela he tratado de imaginar y recrear cómo pudieron haberse desarrollado los sucesos anteriores a la constitución de estas y que precisamente llevaron a su establecimiento, cómo se dieron los primeros

contactos y realizado las primeras reuniones en Obanos.

Para saber más sobre Obanos y las Juntas de los Infanzones se pueden consultar: Datos históricos referentes al Reino de Navarra. *Una información acerca de los Infanzones de Obanos. 1892. Original de la Biblioteca de Koldo Mitxelena Kulturunea, Diputación Foral de Gipuzkoa. <http://www.europeana.eu/rights/rr-f/>. La Junta de Infanzones de Obanos hasta 1281, de M^a Raquel García Arancón. La villa de Obanos, de los Infanzones al Misterio, de Alberto Pérez de Laborda y Pérez de Rada. Y www.obanos.es.*

ÍNDICE

LA DAMA DEL VELO. AÑO DE 1191

HERMANOS DE SANGRE

UN RESCATE ENTRE LAS OLAS

EN LAS AGUAS DEL TIRRENO

UN CORAZÓN ROTO

LOS SALVAGUARDAS DE RICARDO. AÑO DE 1192

UN PRISIONERO LLAMADO RICARDO. AÑO DE 1193

FUEGO EN SUBIZA. AÑO DE 1194

LA PRIMERA PALPITACIÓN DE UN CORAZÓN HERIDO

AL GALOPE POR TIERRAS DE RICARDO

TAÑIDO DE MUERTE

LA PRIMERA MESNADA

UNA AMISTAD BAÑADA EN SANGRE

YO TE DOY, LARAINÉ, MI FE

PERSONAJES DE FICCIÓN PRINCIPALES

PERSONAJES HISTÓRICOS PRINCIPALES

BIBLIOGRAFÍA

ALGUNAS REFERENCIAS A LA PARTE HISTÓRICA DE LA NOVELA